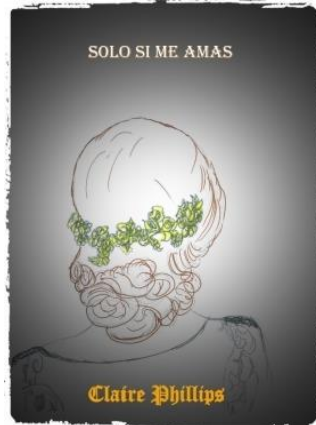


SOLO SI ME AMAS



Claire Phillips



Dedicatoria

Hay muchas personas a las que agradecer su ayuda, su apoyo, su paciencia para conmigo. Sin olvidarlas y sin dejar de agradecer a todas ellas su generosidad, espero no se enfaden porque dedique este libro a una persona que nos ha dejado, que se ha marchado, espero, a un sitio mejor. Allá donde estés Almudena, ojalá leas el libro y después te burles de mí como siempre hacías, con ese ingenio malicioso y pícaro que hacía imposible que nada que me dijese con “retintín” me sentase mal, más, por el contrario, siempre me arrancaba muchas carcajadas y mordaces réplicas sabiendo que de inmediato tú me las devolverías con renovada fuerza. Te lo dedico, Almudena, por ser como eras y por haber tenido la fortuna de conocerte. Siempre habrá una parte de Almudena que me acompañará.

SOLO SI ME AMAS
CLAIRE PHILLIPS

Mansión Brinfet en Mayfair, Londres,

Era una bonita tarde de primavera en la ciudad. La capital bullía de actividad en la época preferida de la aristocracia. La temporada social estaba en su cénit y todas las jóvenes de la nobleza y la aristocracia hacían su presentación junto a familiares y amigos comenzando con ese ritual, tan antiguo como muchos de los salones donde se desarrollaban, de socializar con sus pares por primera vez. Los mejores barrios, las calles donde se encontraban los mejores comercios, teatros y clubes, parecían estar en continua actividad. Lucían sus mejores galas para esa aristocracia, esa nobleza y esa clase alta que se paseaba durante unos meses por sus calles y locales. Cada rincón de la ciudad parecía estar siempre animado. La capital era un hervidero de gentes, voces y vida. Londres lucía animada, agitada, concurrida y bulliciosa desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Era su época de apogeo y eso se notaba en las calles, en las casas, en los comercios, en los clubs y en los parques.

Lord Cliff de Worken, vizconde de Plamisthow y antiguo comandante de la Marina Real de su Majestad, disfrutaba de una agradable tarde familiar en compañía de algunas de las personas que él más quería.

Permanecía en el sillón orejero más cercano a la chimenea del salón azul de la mansión Brinfet, en el elegante barrio de Mayfair, principal residencia de la señora viuda de Brinfet, tía de su esposa Julianna. Él, su esposa y sus cuatro hijos acababan de regresar de uno de sus viajes por mar y, como era su costumbre, se habían instalado unas semanas en el hogar de tía Blanche, como todos la llamaban cariñosamente, antes de trasladarse a la mansión de Worken en Irlanda, casa ancestral del conde de Worken y padre de lord Cliff.

Era la hora del té de la tarde y él, Julianna y sus dos hijos menores, Anna y Simon, compartían esos momentos con la tía Blanche y el almirante, duque de Frenton, al que, desde siempre, llamaban solo almirante, ya que gustaba ser llamado por este calificativo pues sentía orgullo de sus galones, ganados durante años de servicios en la Marina Real mucho tiempo atrás.

Desde su boda, celebrada en la cubierta de uno de sus barcos en el puerto de Londres, Cliff se sentía completo y en paz con el mundo. Agradecía a ese mundo, al destino y a los cielos que su esposa, su adorada Julianna, le amare y quisiera estar a su lado desde entonces. No eran pocas las veces en que simplemente se quedaba observándola. Era su afición preferida y la que le producía mayor deleite, observar a su esposa con alguno o todos sus hijos, aunque estuvieren realizando la más sencilla actividad.

Y ese era uno de esos días. Sentada en la chaise longue junto al menor de sus hijos, Simon, parecía una hermosa madona de los cuadros renacentistas. Una preciosa y encantadora *madonna* con su hijo. Sonrió al pensarlo. Con los años, Julianna, había ganado en belleza, serenidad y una especial y sensual calma que no parecía menguar en él ni su deseo ni su amor por ella. Amor que sentía con igual fuerza e intensidad por sus hijos. Bajó la vista a Anna, su pequeña Anna. Idéntica a su madre en apariencia y carácter, aunque quizás con la terquedad de su padre. De nuevo sonrió. Anna era una

versión pequeña de su Julianna y a él le encantaba. Adoraba a todos sus hijos, pero algo en Anna hacía que la viera como una extensión de sí mismo y sobre todo de Julianna y de las mujeres Mcbeth, como la tía Blanche, sentada en ese momento cerca de los demás. Observó a Anna poner en un plato, con primoroso cuidado, una selección de dulces para su padre, mordiéndose el labio, señal inequívoca de concentración en su pequeña. Cliff extendió los brazos y la tomó de la cintura aupándola, con mimo, para dejarla sentada en su regazo. Tras unos minutos en que se dejó disfrutar en placentero silencio de ese sencillo paraíso, Anna le sacó de su ensoñación:

—Papá, tía Blanche ha dicho que de mayor podré tener mi propia pastelería.

Cliff miró con ojos de padre arrobado a Anna, tan parecida a su madre incluso en esa forma de mirarlo, sosteniendo entre sus pequeñas manos el plato de té donde le había puesto orgullosa un surtido de esos dulces que todos estaban degustando, elaborados por Julianna con, como les gustaba decir a ambas, la inestimable ayuda de Anna.

—Y podrás tenerla si quieres, cielo. Papá se asegurará de que su gatita tenga la pastelería más bonita de las islas si ella quiere ser pastelera.

Anna se rio traviesa, pero, después, puso el gesto pensativo idéntico al de su madre y su tía abuela Blanche que tan familiar le resultaba:

—Pero la prima Marian dice que las ladies se casan con caballeros y no tienen pastelerías.

—Pero mi gatita no es una lady cualquiera y si quiere ser una lady pastelera, podrá serlo. Las damas Mcbeth no son damitas pusilánimes ni tampoco se conforman sin más porque los demás digan o piensen algo, ¿no es cierto?

La pequeña, tras unos segundos en que pareció meditarlo, asintió con un golpe de cabeza tozudo, idéntico al de esas damas Mcbeth mentadas.

—Es verdad. —Miró a su madre que permanecía sentada en el sillón frente a ellos con su hermano Simon, solo un año menos que ella, y que en ese instante devoraba un trozo de bizcocho de canela—. Seré pastelera y haré ricos dulces como mami.

Cliff besó los ondulados mechones castaños de su hija sonriendo antes de tomar un bollo del plato que sostenía.

—Y le harás ricos bollos a papá como estos porque le quieres mucho.

Anna alzó su rostro sonriendo orgullosa.

—Sí.

Cliff se rio ante el gesto tozudamente firme de su hija besándola de nuevo en la frente antes de mirar al almirante sentado junto a la tía Blanche y, con orgullo exagerado, decir:

—Almirante, la siguiente generación de damitas bonitas que elaborarán ricas viandas para paladares golosos, está asegurada.

El almirante soltó una carcajada dejando a un lado su taza de té haciendo un gesto a la niña para que acudiera a su lado. Anna saltó del regazo de su padre riéndose y, corriendo, fue a por el imponente almirante que la aupó y sentó en el brazo del sillón:

—¿Va a hacernos ricos dulces, mi querida lady Anna?

La pequeña asintió sonriendo.

—Mami me enseña y ya he hecho una tarta sola. ¿Verdad, mami? —giró el rostro buscando a su madre que la sonrió desde su asiento.

—Es verdad. Una riquísima tarta de crema y vainilla. Toda una obra de arte, almirante. No habría dejado ni una migaja.

El almirante se rio y miró a la pequeña.

—Bien, pues debiera saber, mi querida damita, que es tradición en esta familia, que el apuesto almirante sea el primero en probar los dulces de modo que ahora os halláis en deuda conmigo y habréis de hacerme una tarta de crema y vainilla para que la cate el mejor de todos los paladares. El mío.

Anna sonrió divertida y miró a su padre con sus risueños ojos miel.

—La hice para papi porque le quiero mucho.

Cliff se levantó y rápidamente tomó a su hija en brazos besándola en la mejilla, abrazándola cariñoso.

—Y papi te quiere mucho, gatita. Pero como también quieres al viejo y comilón almirante, debiéremos dejarle probar ese delicioso pastel que mi nenita sabe hacer.

Anna rodeó con los brazos el cuello de su padre mirando desde esa cómoda posición al almirante.

—Le haré un pastel. Prometido. Mami me ayudará.

Julianna sonrió después de pasarle la servilleta por el rostro a Simon y limpiarle los restos de su atracón.

—Mañana se la haremos, almirante. Se lo prometemos las dos. Y ahora, —se levantó del lugar que ocupaba dejando a Simon de pie frente a ella—, papá os llevará a los dos a la escuela de Caballería a recoger a Maxi y Meli y pasearéis los cinco a caballo.

Cliff dejó a Anna en el suelo junto a Simon y, sonriendo, dándoles un suave cachete en el trasero a ambos, señaló:

—Subid y tomad vuestros abrigos y decid a Furnish que enseguida nos marcharemos los tres.

Los dos niños salieron a la carrera y Cliff besó a su esposa en los labios.

—Espero que cierto padrino haya estado cuidando de mis dos trastos como debe hacerlo.

Julianna lo miró con cara de diversión pues hacía dos horas había dejado a Max, lord Maximilian Rochester, hijo del almirante y a la sazón el mejor amigo de Cliff y padrino de sus dos hijos mayores, los gemelos Maximilian y Amelia, a los que todos

llamaban cariñosamente, Maxi y Meli, llevarlos a la Escuela de Caballería para montar con él y con el mayor de sus hijos, Chris, de la misma edad de Simon, por los terrenos de entrenamiento de la Real Escuela de Caballería.

—Estoy seguro que les habrá consentido enredar en los establos. Bien sabe que les encanta cepillar a los potrillos recién nacidos y hay dos nuevos nacidos esta misma semana.

Cliff resopló.

—Los engatusa para que luego digan que es el mejor marino aun cuando ambos no ignoran que lo soy yo, pero con tal de poder cepillar a los potrillos son capaces de mentir cruelmente.

Julianna se rio negando con la cabeza.

—Tú haces lo mismo con Chris cuando lo llevas con Simon y Maxi a navegar y luego se pasa una semana declarándote mejor capitán que su propio padre. Sois los dos de la misma calaña.

Cliff sonrió arrogante y divertido.

—Papi, papi...

Simon y Anna volvían a la carrera colocándose rápidamente a su lado. Cliff miró el hatillo que llevaba Anna asido como si fuere un tesoro.

—Nenita ¿Qué llevas ahí?

—Bolos y panecillos de crema para tío Max. A él también le quiero mucho.

Cliff sonrió negando con la cabeza.

—Ese canalla tiene embelesadas a las damitas de esta familia y eso no puede ser.

Anna sonrió mirándolo con un brillo inocente en los ojos.

—Pero a papi lo quiero más.

Cliff sonreía tomándola en brazos y besándola cariñoso mientras la pequeña se reía melosa.

—Y yo a mi gatita también.

Se agachó y tomó con el otro brazo a Simon que observaba travieso la bandeja de pastas de la que había tomado un par de galletas.

—Vamos, mis dos pequeños trastos. Vayamos a rescatar a vuestros hermanos de las peligrosas manos de ese que se hace llamar tío Max. —Decía caminando con ambos en brazos hacia la puerta.

Ocho años después en el bosque de la propiedad de los Condes de Worken en Irlanda,

La primavera había hecho aparición por los campos, terrenos y el frondoso bosque de la propiedad del conde de Worken. Las flores y frutos brotaban por doquier. Los árboles, viñas y siembras de la propiedad y los alrededores lucían en su esplendor en una explosión de colores y aromas que invitaban a los habitantes de los alrededores a disfrutar de ellos y del aire libre.

Los condes habían congregado a su familia para pasar unos días juntos antes del traslado de todos ellos a Londres para el inicio de la temporada social en los que prometían ser unos meses llenos de compromisos y visitas sociales pues la mayor de sus nietas, lady Amelia de Worken, hija de lord Cliff de Worken y su esposa lady Julianna, a la que todos referían con el cariñoso nombre de Meli, cumplía dieciocho años y, con ellos, con uno de los rituales de la aristocracia de las Islas; la presentación en sociedad. Una presentación formal ante todos sus pares considerándose como el comienzo de la época en la que socializaría con otras jóvenes y, sobre todo, con caballeros entre los que escoger un futuro y adecuado esposo.

Precisamente, la protagonista de tales acontecimientos futuros se encontraba en el bosque junto a su hermana menor, Anna, tras haberse escabullido sigilosamente de la mansión para ir al bosque antes de la hora del té de la tarde y de que notaren su ausencia.

—De veras que no entiendo por qué te empeñas en buscar moras por esta parte del bosque. Yo siempre las he tomado de la zona norte y son excelentes, sin mencionar que el camino es menos adusto y complicado para llegar que hasta aquí. Me temo que todos los bajos de nuestras faldas están hechos un auténtico desastre con tanta humedad y arena.

Meli miraba a su hermana pequeña que llevaba unos minutos sobre una roca, en equilibrio, para poder alcanzar la parte superior de una morera y tomar las últimas moras.

—Las de esta zona son más grandes y quiero que tengáis la tarta de cumpleaños más grande y bonita del mundo. Dentro de un mes serás presentada en sociedad y ya nada será igual.

Meli se rio.

—Oh vamos, Anna, ni que fuera a cambiar solo por ponerme un traje blanco.

Anna la miró por encima de su hombro y sonrió:

—Bueno, no, por eso no. Pero, desde ahora, muchas cosas serán distintas. Tendrás pretendientes, socializarás y seguro no tardas mucho en encontrar un atractivo y rebelde caballero del que prendarte.

—¿Rebelde? ¿Mi caballero ha de ser rebelde? —Meli se reía comiendo algunos de los arándanos de la cesta que tenía entre las manos.

Anna se giró y la miró:

—En primer lugar, deja de comerte los arándanos que tenemos pocos. En segundo lugar, fuiste tú la que dijiste que el caballero que te robase el corazón debía ser rebelde.

Meli, parpadeó un instante, sorprendida por el comentario, y después la observaba regresar saltando de roca en roca hasta donde estaba ella.

—En primer lugar, Anna, eres una tirana. —La respondía usando el mismo tono que ella—. En segundo lugar, ¿Cuándo he dicho yo semejante cosa?

—Estábamos Marian, tú y yo en el salón de la abuela y dijiste que tú querías un caballero que fuere intrépido, rebelde, algo temerario y valiente.

Meli frunció el entrecejo brillándole más si cabía el verde esmeralda de sus ojos, idénticos a los de su padre.

—Oh, por Dios. —Empezó a reírse—. Tenía diez u once años cuando afirmé tener semejante deseo. No puedes tomarlo al pie de la letra.

Anna llegó a su lado y la sonrió traviesa.

—Claro que sí. Sé que hablabas en serio porque quieres un marido que sea como papá, como tío Ethan y tío Max y mamá siempre dice que ellos son unos canallas temerarios, aunque de gran corazón.

Meli se rio negando con la cabeza.

—Mamá siempre dice de todos los tíos, del abuelo, del almirante y de papá que tienen gran corazón. No es muy objetiva. —La miró de arriba abajo y se rio—. Anna tienes restos de moras, de hojas y de polen en cada rincón del vestido y el cubre faldas.

Anna se echó un vistazo y suspiró.

—Bueno, no importa. Para eso están estos vestidos de campo.

Meli se rio.

—Di mejor de pastorcita. Será mejor que entremos por las cocinas y nos apresuremos a cambiarnos antes de que la abuela nos vea.

Anna sonrió.

—Aunque refunfuñe, pienso que le gusta vernos vestidas así.

Meli puso los ojos en blanco.

—No creo que eso sea cierto. La verdad, nos da por un caso perdido. La pobre nos mira, cuando regresamos cubiertas de barro, arena o manchas de moras o fresas y, después, mira a Marian que siempre parece tan correcta y templada y suspira con resignación.

—Pues a mí no me riñe cuando estoy llena de harina o de azúcar.

Meli se reía girando para echar a andar de regreso a la mansión habiéndole quitado de las manos la segunda de las cestas a su hermana.

—Eso es porque, como ocurre con mamá, le gustan tus dulces e incluso que papá te llame lady pastelera. Siempre sonrío con cariño cuando le escucha referirte de tal modo. Vamos, si nos damos prisa llegaremos antes del té y, con suerte, no nos verán regresar.

—¿Por qué nosotras hemos de justificar siempre dónde estamos y cada paso que damos y, en cambio, Sebastian y Maxi pueden hacer lo que quieren? No es justo.

Meli enredó el brazo con el de su hermana menor dando ya los primeros pasos.

—Eso es porque son hombres y a ellos se les permite mayor libertad, incluido el poder galantear chicas sin que por ello se les critique.

Anna resopló.

—Eso es una tontería. Sebastian, Marian y yo tenemos la misma edad, y tú y Maxi nacisteis el mismo día, así que no pueden decir ni que son más maduros ni sensatos ni siquiera listos. Los dos siempre andan de trastada en trastada.

Meli se rio.

—Sí, bueno, pero al menos nos divertimos mucho cuando papá y tío Ethan les riñen llamándolos descerebrados.

Anna sonrió.

—Sí, pero luego se ríen con ellos de sus líos. —Se detuvo de golpe y giró—. Oh vaya, Meli, me he dejado el libro de recetas al otro lado del riachuelo. —Giró y miró a su hermana—. Adelántate y dile a Cooker que esconda las moras y los arándanos o el bobo de Maxi se las comerá como las encuentre.

Meli suspiró viendo cómo Anna ya daba sus primeros pasos para regresar donde se habría dejado el libro.

—Está bien, pero no te retrases que si no mamá nos reñirá por tardar. Además, hoy llegan los tíos Max y Mel y quiero estar para recibirlos.

Anna se detuvo y la miró.

—Tú lo que quieres es que tía Mel te preste su traje del día de presentación. Mamá me ha confesado que casi la tenías convencida hace unas semanas.

Meli se rio.

—Soy su ahijada y la primera de todas las primas que se presenta en sociedad. No era muy difícil argumentar en mi favor.

Anna sonrió negando con la cabeza.

—Corre, regresa y deja la puerta del corredor de servicio abierta para que pueda entrar por allí, así nadie me verá y tardaré menos en alcanzar con sigilo nuestras habitaciones.

Meli salió a la carrera con su cesta.

—No tardes o llegaremos muy retrasadas y luego no sabes mentir.

Anna cruzó de nuevo por la parte de las rocas el riachuelo y corrió hasta el claro donde ella y Meli habían estado sentadas un rato y enseguida localizó su libro de recetas. Tras tomarlo y guardarlo en la bandolera de cuero que llevaba cruzada en un

hombro, giró para regresar, pero se topó con dos hombres con ropas de marineros y aspecto de estar huyendo jadeaban y parecían tensos y alerta. Lucían sucios, con barbas, el rostro y toda la ropa sucia y con girones. La miraban fijamente.

Por instinto, Anna dio varios pasos atrás sin apartar los ojos de ambos hombres.

—No te asustes, muchacha. —Dijo con voz ronca uno de ellos—. No te haremos daño.

—¿Estos son los campos de la propiedad del conde de Worken? —Preguntó el otro. El más alto, de pelo oscuro y aspecto intimidante.

Anna asintió.

—¿Tu señor es el conde? —Volvió a preguntar.

Anna frunció el ceño sin responder <<¿Mi señor?>> De pronto comprendió que por las ropas que llevaba debía parecer una de las labriegas o de las mujeres que trabajaban en los campos cercanos.

—Responde, muchacha. —Ordenó tenso.

Anna de nuevo asintió.

—¿Su hijo se encuentra en la casa? —Preguntó de nuevo con tono algo más que tajante.

—¿Su hijo? —preguntó casi en un susurro.

—El comandante de Worken. —Aclaró el otro ligeramente más bajo.

Se escucharon unos perros a lo lejos, como de una partida de caza, y los dos hombres miraron hacia atrás tensándose.

—Maldita sea. Ese bastardo ha cruzado las lindes de la propiedad —Espetó el más alto mirando a los lejos, aunque aún no se veía a sus perseguidores. Giró bruscamente y miró de nuevo a Anna—. Muchacha, no tenemos tiempo para explicación alguna. Necesitamos que nos conduzcas sin dilación ante el comandante. ¿Se encuentra en la casa?

—¿Vais a hacerle daño? —Preguntó de pronto alarmada.

Los dos la miraron entrecerrando los ojos como si la pregunta les sorprendiese.

—No. Solo queremos... —se escuchaban los perros un poco más cerca y ambos volvieron a mirar a la espalda—. Maldita sea... —de nuevo el alto la miró para añadir—: Es amigo de nuestro padre y necesitamos su ayuda. Llévanos hasta él.

Anna los miró con fijeza unos segundos intentando saber si decían la verdad y sin saber cómo o por qué quiso ayudarles.

—Esos perros y quienes los guían están demasiado cerca. Nos alcanzarán antes de llegar a la mansión. —Miró tras de sí y señaló el riachuelo—. Seguidlo unos metros. Hay una pequeña cascada, detrás de la que podréis esconderos y el agua confundirá el rastro de los perros. —Se acercó a uno de ellos y extendió la mano—. Dadme un trozo de vuestras ropas, rasgaos un pedazo y lo dejaré prendidas de aquél árbol de allí y,

cuando esos hombres se acerquen, diré que seguisteis por allí, hacia el sendero que lleva al camino del pueblo. Después os llevaré a la casa. Lo prometo.

Los dos la miraron unos segundos quietos, pero al escuchar de nuevo ruidos y ladridos a su espalda reaccionaron. El más bajo se rasgó la parte de arriba de la blusa y se la dio.

—¿Estás segura, muchacha? Si ese hombre te cree mintiendo puede que te lleve ante los alguaciles.

Anna asintió.

—Idos o los perros os rastrearán.

El más alto al pasar por su lado se paró y la miró con fijeza.

—Si insistiere, decid que sois la doncella personal de una de las señoras de la casa. Seguro que eso hará que no quiera ir más allá de esa información para no alarmar a los señores más de lo necesario, sobre todo si acaba yendo a la casa principal, como hará seguramente.

—Diré que soy la doncella de su señoría, la condesa.

El hombre la sonrió de un modo amable a pesar de su aspecto y su barba y después salió a la carrera con el otro en dirección al riachuelo. Anna corrió para enganchar el trozo de tela en un árbol al otro lado y regresó donde hubo dejado la cesta y el libro para esperar a esos perseguidores preguntándose si aquello era buena idea, pero poco tiempo tuvo para arrepentirse de meterse en ese embrollo porque pronto aparecieron una buena jauría de perros de caza seguidos de tres hombres a pie, armados con escopetas, y dos hombres más a caballo que fueron directos hacia ella. Anna tembló un poco al verse rodeada por los perros que la olisqueaban y ladraban.

—Quietos.

Sonó una orden imperiosa y al alzar los ojos vio que procedía de uno de los hombres a caballo que permanecía firme mirándola a ella y a los perros.

—Muchacha, buscamos a unos fugitivos.

—De aquéllos árboles han salido hace unos minutos dos hombres. —Señaló el sitio de donde procedían ellos mismos—. Y han girado y cruzado por allí. Parecían buscar los caminos hacia el pueblo.

El caballero de nuevo la miró entrecerrando los ojos.

—¿Han hablado contigo?

Anna negó con la cabeza.

—Los perros huelen su rastro en ti. —Dijo con desconfianza y de modo bastante descortés.

—Uno de ellos chocó conmigo tirándome al suelo, pero no se detuvo, solo siguió corriendo tras el otro. —Dijo mirando casi al suelo fingiendo mirar a los perros por temor, aunque lo que temía es que supiere que mentía.

Escuchó que soltaba un exabrupto antes de ordenar a los perros y los tres hombres a pie correr hacia el sendero y tras obedecer esperó y no se movió hasta que uno de los hombres que sostenía las correas de varios perros alzó un brazo antes de gritar:

—Aquí, milord, han pasado por aquí.

Movía el trozo de tela que ella hubo enganchado en una rama. Tras eso, los dos hombres a caballo giraron sus monturas y fueron hacia ellos. Anna se quedó quieta hasta que todos ellos habían desaparecido entre los árboles y, por el ruido de los cascos y los ladridos de los perros, los supo a una prudente distancia. Giró presurosa agarrándose ligeramente la parte delantera de la falda para no tropezar llevando la cesta colgada de un brazo y corrió hacia el riachuelo que siguió hasta la cascada. Miró cautelosa y se detuvo junto a uno de los márgenes.

—Ya se han ido. —Dijo intentando no alzar la voz sin saber exactamente dónde se habrían escondido.

A los pocos segundos salieron de detrás de la cascada mojados por entero.

—¿La han creído? —Preguntaba el alto acercándose a ella.

—Eso, eso creo. —Miró en derredor y comprendió que como no se apresurasen no llegarían a la casa pues seguro daban media vuelta cuando los perros no oliesen rastro alguno—. Si quieren ver al comandante de Worken solo se me ocurre llevarles atravesando esta parte del bosque y los jardines traseros de la mansión antes de que esos hombres o sus perros nos alcancen.

Los dos la miraron y después asintieron.

—Está bien. Guiadnos.

Anna giró y dio un par de pasos, pero se detuvo de nuevo.

—¿No les harán nada, verdad? La casa está llena de criados, sirvientes, mozos y lacayos. Si intentaren algo los apresarán.

De nuevo ese hombre la sonrió a pesar de su aspecto de venir de un infierno.

—Decimos la verdad, niña. No vamos a hacer daño a nadie. Solo necesitamos la ayuda del comandante.

Anna suspiró. Mejor que la considerasen una niña a pesar de tener ya dieciséis años. Empezó a andar por el sendero estrecho que había recorrido mil veces con sus hermanos, sus primos y sus padres y pronto llegaron hasta el comienzo de la parte principal que daba a los jardines. Los dos hombres la seguían y los sabía mirando todo el tiempo hacia atrás.

—Les llevaré hasta el patio de atrás y le diré a milord que salga. Quizás debierais decirme quiénes sois. —Preguntaba sin detenerse mirándolos por encima del hombro.

—Soy lord Calvin Billers, vizconde de Donver, y él mi hermano lord James Billers.

Anna se detuvo y giró para mirarles extrañada e iba a hablar, pero comprendió enseguida que hasta que no se hallasen en la casa y hablaren con su padre,

probablemente estarían en peligro. Giró de nuevo y se apresuró atravesando los jardines viendo a los lejos al viejo Camus, el jardinero jefe de sus abuelos, que estaba junto a sus dos hijos y los supo a punto de ir a por ella corriendo a ayudarla en cuanto la vieron. Les hizo un gesto despreocupado con la mano evitándolo, alcanzando, poco después, el arco de entrada del patio trasero.

—Será mejor que entren y se alejen de la vista por si esos hombres nos siguen hasta aquí. Iré por milord. —Decía sin detenerse camino de la puerta de las cocinas.

En cuanto las cruzó se detuvo, miró hacia atrás y vio que los dos se habían apoyado en el arco del patio lejos de la vista de los senderos del jardín. Giró y vio en la mesa de la cocina, sentado comiendo algo, a uno de los mozos.

—Alan. —Lo llamó y enseguida se levantó—. Lo siento, no quería interrumpir tu descanso. —Se disculpó mortificada—. Hay dos hombres en el arco de entrada. —Lo guio hasta la puerta y los señaló—. Llévalos, por favor, agua. He de ir a por mi padre. Si ves a alguien acercarse por el sendero éntralos en la casa. Corren peligro.

Alan la miró extrañado.

—¿Milady? ¿Quiere que deje entrar a dos desconocidos?

—Sé que suena a locura, pero corren peligro y están buscando a mi padre. Por favor, solo vigílalos y dales algo de comer y beber. Enseguida traigo a mi padre.

Alan suspiró y miró de soslayo a la cocinera y algunos de los que estaban en las cocinas que también miraron por las ventanas a los extraños.

—Está bien, iré a vigilarlos hasta que llegue milord, pero John me acompañará. —Asintió haciendo un gesto a otro de los criados que también había estado a la mesa—. Si dan problemas no les dejaré entrar.

Anna sonrió asintiendo.

—Me apresuraré a traer a mi padre.

Sin más, corrió escaleras arriba y después atravesó el corredor que llevaba a la primera planta de la mansión de sus abuelos. Fue corriendo sin preocuparse de cruzarse con lacayos y criadas que la miraban alarmados y entró como un vendaval en el salón en el que sabía estarían todos para el té de la tarde.

—Papá, corre, ven.

Iba hablando aceleradamente y sin detenerse hasta alcanzarlo mientras él la miraba alarmado ya de pie, como su tío Ethan y su abuelo.

—Anna, ¿Qué ocurre?

La detuvo y la tomó de los hombros mirándola de arriba abajo con su traje lleno de manchas, barro y su aspecto desastroso tras esa experiencia.

—Unos hombres. Unos hombres han salido a mi encuentro en el bosque. —Vio cómo su padre y su tío se tensaban alarmados—. Vienen buscándote a ti. Están en apuros y les persiguen otros hombres. Dicen que son hijos de un amigo tuyo. —Hablaba acelerada tomando su mano antes de tirar de él para llevarlo fuera.

—Espera, espera, Anna, espera. Explícate. —La detuvo, pero no se desasíó de su agarre.

Anna tomó un par de bocanadas y lo miró.

—Dos hombres te buscan. Les persiguen otros armados y que van con perros. Dicen que su padre es tu amigo y que necesitan tu ayuda. Van con ropas de marineros, pero me han dicho que se llaman lord Calvin y lord James Billers. Uno dice que es el vizconde de Donver.

Cliff miró a su hija abriendo mucho los ojos antes de mirar a su hermano Ethan y después someramente a su padre, el conde de Worken.

—Los hijos del capitán Crowell.

Miró a Anna de nuevo y, dejándose llevar de la mano, permitió que lo arrastrase fuera con su hermano y su padre siguiéndoles.

—¿Qué te han dicho? ¿Quiénes les persiguen y por qué?

—No lo sé, papá. —Caminaba casi a la carrera—. Pero creo que los perros enseguida seguirán el rastro hasta aquí. Están en el patio de atrás. Tienen aspecto de venir de la guerra.

Cliff miró a su hija frunciendo el ceño sin detenerse y después a su padre y su hermano.

—Si son de verdad los hijos del capitán Crowell, no sé en qué lio pueden hallarse, pero no creo que sea nimio si les siguen y han venido buscando auxilio aquí sin saber seguro si me hallarían. Hace años que no les veo. De hecho, la última vez fue cuando ellos pasaban un año con su padrastro en uno de los barcos de la Marina Real. No eran más que unos muchachos.

—El capitán Crowell no es su padre entonces. —Señalaba comprendiendo el conde la relación exacta entre los dos caballeros y el capitán.

Cliff negaba con la cabeza.

—Crowell se casó con la viuda del heredero del vizconde de Donver, lord Billers, con el que había tenido dos hijos, uno de ellos el heredero desde la muerte de su padre. Pero eran muy pequeños cuando su madre enviudó y se casó después con Crowell que los consideraba sus hijos a todos los efectos, al menos esa impresión causaba viéndolos. Pero... —miró hacia delante siguiendo a Anna que casi tiraba de él con fuerza—. No logro entender en qué enredo se hallarán.

Cruzaron la cocina donde todos parecían vigilar a los extraños más allá del patio y Anna se detuvo en la puerta y los señaló.

—Son esos, papá.

Cliff asintió y la miró sonriéndola animoso.

—Sube a tu habitación, arréglate y no te preocupes, yo me ocupo.

—No dejarás que les pase nada, ¿verdad?

Cliff la atrajo a sus brazos y la besó en la cabeza.

—Sube, gatita. No les pasará nada.

Anna alzó la cabeza sin separarse de su padre que la besó de nuevo, esta vez en la frente, antes de suspirar sabiendo que no se movería de allí.

—Está bien, cielo. Quédate aquí, pero no salgas.

Anna sonrió y asintió antes de dar un paso atrás y colocarse junto a Cooker.

—Cooker, no la dejes salir, si es necesario la atas con la cuerda de asar aves.

Vio a la vieja cocinera sonreír y asentir mientras que Anna resoplaba.

Cliff salió al patio junto a su hermano y su padre, caminando decididos hacia los dos hombres que parecían vigilados por Alan y por John que se apartaron un poco.

—Soy lord Cliff de Worken. —Dijo nada más detenerse frente a ellos.

—Milord, soy lord Calvin Billers y él es mi hermano lord James. Os ruego disculpéis avasallaros así y más irrumpir en casa de vuestra familia de este modo, pero necesitamos vuestra ayuda.

Cliff los miró un instante observando a ambos hermanos, reconociendo en sus rostros gestos y rasgos que le eran familiares de los dos muchachos de antaño y también vio que estaban heridos. Asintió tajante antes de decir señalando la puerta de las cocinas:

—Será mejor que entremos y les atiendan y, mientras, nos contáis lo que ocurre. —Girando para cederles el paso señalaba—. Estos caballeros son mi padre, el conde de Worken, que presumo vuestro anfitrión desde este instante, y mi hermano lord Ethan de Worken.

Anna cuando los vio dirigirse a la puerta se colocó en discreto lugar tras Cooker y varias cocineras.

—Acompañadlos a una de las habitaciones de invitados, preparad ropas para ellos y que suba la doncella de la señora Brindfet. Sabe curar bien las heridas, al menos hasta que venga el doctor. —Iba ordenando el conde cediéndoles el paso y en escasos segundos dos lacayos y algunas doncellas y criados les guiaban arriba.

Cuando habían salido, Anna se apresuró a seguirles y enseguida alcanzó a su abuelo.

—¿Abuelo? —le tomó de la mano caminando a su lado—. ¿Están bien?

El viejo conde la miró sonriendo sin detener su paso.

—Sí, pequeña lianta. Están bien. No te preocupes, no dejaremos que a esos dos pobres desventurados les ocurran más desgracias.

Anna se rio apoyando la cabeza en su hombro caminando a su paso.

—El hombre que les perseguía daba miedo.

Su abuelo se detuvo y la hizo mirarlo a la cara comprendiendo que ella no solo los había visto mientras ayudaba a los dos jóvenes, sino que parecía haberlos tenido cerca.

—Hasta que no arreglemos este embrollo no saldrás por el bosque. Díselo a Marian y a Amelia pues puede ser peligroso.

Anna suspiró.

—Está bien.

La besó en la frente antes de girarla en dirección contraria.

—Ve a arreglarte y únete al resto de las damas de la familia en el salón.

Anna suspiró resignada antes de obedecer.

Cliff entró en la habitación donde los dos hermanos se hallaban sentados a sendos lados de una cama con la doncella de la tía Blanche viendo el corte en el costado de uno de ellos.

—Milord. —Alzó los ojos para ver a Cliff—. Sería mejor que primero se aseen para poder limpiar las heridas antes de coserlas.

Cliff asintió dejándole paso para que saliere de la habitación.

—Está bien. —Los miró con fijeza una vez se quedó con ellos a solas con su hermano, su padre y dos lacayos que preparaban sendos baños para ellos en la habitación contigua—. Debéis contarnos qué ocurre.

El mayor lo miró suspirando apartando el paño que le había dado la doncella para limpiarse un poco.

—Hace dos meses falleció nuestro abuelo, el vizconde de Donver, lo que me convirtió en el nuevo vizconde. James y yo recibimos la noticia de manos de un teniente de la Armada que vino buscándonos pues nos hallábamos navegando con nuestro padre por las costas griegas. Pusimos rumbo a casa de inmediato. Teníamos que regresar no solo para acudir al entierro de nuestro abuelo sino para asegurarnos que todo estaba bien. Nuestro padre decidió ir a Londres directamente en vez de detenernos en Plymouth o Weymouth y hacer el resto del camino a Lancashire, donde se encuentra la propiedad de mi abuelo, en carruaje. Íbamos a detenernos en Le Havre pues uno de los marineros era de cerca de allí y quisimos dejarlo cerca de la casa de su familia, pero tuvimos un problema con las velas y tuvimos que detenernos en Lannion.

—No fue un problema con las velas. Nos sabotearon. —Le interrumpió el menor de los hermanos.

Cliff los miró alternativamente.

—¿Sabotaje?

El mayor suspiró:

—Iba a explicar eso más adelante, pero sí, nos sabotearon. Desaparecieron las dos velas de la verga mayor cuando estábamos en plena travesía y la que quedaba resultó inexplicablemente dañada hasta el punto de detenernos en Lannion para repararla antes de continuar siquiera el poco trecho que nos quedaba hasta la costa inglesa.

—¿Quién llevó a cabo ese sabotaje? —Preguntó Ethan mirándolo serio.

Calvin negó con la cabeza.

—No lo sabemos.

—Pero nos hacemos una idea. —Aseveró James.

Su hermano suspiró.

—Permitan continúe el relato de los hechos y después comprenderán. —Miró a su hermano como si quisiera advertirle que dejare de molestar. —Una vez en Lannion, nuestro padre bajó a puerto con tres marineros para encargar la reparación de la vela y a ser posible una nueva. Varias horas después, uno solo de los marineros regresó con una grave herida en el pecho, de un disparo. Nos relató que varios hombres los acorralaron en un callejón y mataron a nuestro padre y a sus dos compañeros. Con varios hombres acudimos al lugar y encontramos gravemente herido a nuestro padre que apenas si vivió el tiempo justo para llevarlo de regreso a la embarcación.

Cliff frunció el ceño, pero no dijo nada dejándole continuar el relato.

—Nos dijo que pusiéremos rumbo de inmediato a Inglaterra y que nos comunicásemos con vos entregándole una carta de ayuda.

El menor tomó de las ropas una especie de caja de metal y de dentro sacó una carta que ofreció a Cliff, con restos de sangre en su exterior. Miró al mayor de los hermanos pues estaba abierta.

—No sabíamos con certeza dónde hallaros de modo que la leímos y comprendimos que la casa del conde parecía el lugar indicado ya que nuestro padre parecía creeros asiduo visitante de la misma.

Cliff miró la carta y solo contenía filas enteras de números. Suspiró.

—Vuestro padre me pide os ayude y auxilie de necesitarlo pues parece que intuía, ya antes de vuestro viaje, que el peligro se cernía sobre ambos. —Miró a su hermano—. Creo que presumía, como indicaban ellos, —señalaba con un suave gesto a ambos hermanos—, que podían atentar contra sus vidas y optó por alejarlos de tierras inglesas por un tiempo.

Ethan asintió antes de mirar de nuevo al mayor de los hermanos.

—Continuad.

—Pusimos rumbo a Inglaterra aún con la vela dañada, encomendándonos a los Dioses para poder llegar sin mucho percance decidiendo, además, enterrar en tierras inglesas a nuestro padre y a los tres marineros, pues incluso el que llegó por su pie al barco falleció. Sin embargo, apenas si nos encontrábamos en alta mar cuando nos atacó una goleta. Todo ocurrió muy deprisa pues nuestro barco no era de guerra y apenas si teníamos dos cañones de mera defensa. Pero no eran piratas sin más, sino que nos atacaron y abordaron con el único propósito de capturarnos a James y a mí. Nos llevaron al otro barco y dejaron a nuestra tripulación y barco a la deriva ya que destrozaron las velas y el timón.

—¿Reconocisteis a vuestros captores? —Preguntó Cliff.

Calvin negó con la cabeza.

—Eran mercenarios al servicio de otra persona que no tardamos en comprender sería la misma que ordenó atacar a nuestro padre.

Cliff asintió.

—¿Qué pasó después? —Le instó a continuar cuando se hubo quedado callado unos segundos.

—Una vez en el barco, nos encerraron, encadenados, pero nos dimos enseguida cuenta que pudieron rumbo a Inglaterra así que decidimos no hacer nada hasta llegar a costas inglesas o por lo menos cerca de ellas. —Cliff asintió como aseverando lo acertado de esa decisión—. En ningún momento vinieron a por nosotros ni tampoco nos dieron indicio alguno del motivo de nuestra captura.

James se enderezó ligeramente y continuó;

—En cuanto nos supimos solos comenzamos a intentar librarnos de las cadenas para, llegado el momento, escapar. Nos costó un esfuerzo ímprobo, pero al final lo logramos gracias al cuchillo que siempre llevamos en las botas y que no tuvieron la precaución buscar.

—El barco arribó en una cala cercana al puerto de Cork, cosa que obviamente no pudimos saber hasta después, pero en cuanto echaron el ancla vimos por unos ventanucos que una barca que salía de la playa se dirigía al barco. Conforme se acercaron vimos que eran hombres armados. No nos quedamos a averiguar lo que pretendían y, tras lograr engañar a nuestro carcelero para que se acercase lo bastante, lo atrapamos entre los dos y lo dejamos inconsciente tomando de su cinto las llaves. Sin más, nos escurrimos por el barco todo lo sigilosamente que pudimos y nos lanzamos al agua, antes de que se dieran cuenta de nuestra huida, nadando a toda prisa hasta la playa. Al llegar comenzaron a dispararnos desde el barco alertando a un grupo de hombres que permanecían al otro lado de la playa y a cuya cabeza se encontraban los dos tipos que nos han perseguido desde entonces. Recordamos lo que nos dijo nuestro padre y en cuanto supimos que estábamos en tierras irlandesas pensamos en vos, comandante.

—Habéis dicho que sospecháis quien cometió el sabotaje o al menos lo ordenó. Es de suponer que todo lo demás también. —Inquirió mirándolos serio Cliff.

—Estaban muy lejos y prácticamente echamos a correr en cuanto tocamos tierra, pero juraríamos que uno de los hombres era nuestro primo lejano, lord Alwin Folks, Barón de Folks. Primo que, de fallecer ambos, sería el nuevo vizconde de Donver. Solo él podría querer deshacerse de nosotros. —Respondió James.

—Pero si eso es así, ¿por qué matar al capitán Crowell? Él era vuestro padrastro y por lo tanto no podría interferir en el título.

—No, pero no se quedaría de brazos cruzados si sospechare que alguien intentaba matarnos y menos le dejaría salirse con la suya de hacerlo. —Respondió tajante Calvin.

—No, no lo haría, desde luego. —Convenía Cliff negando con la cabeza—. ¿Y el hombre que os ha seguido hasta aquí es él? —Preguntó de nuevo.

—No lo sabemos, milord. Casi nos da caza. Nos ha perseguido durante tres días con perros, caballos, hombres armados y casi lo logra. Sinceramente no hemos esperado a tenerlo tan cerca para confirmar nuestra suposición. —Respondió Calvin serio.

El conde que había permanecido cerca de la puerta escuchando en discreto lugar carraspeó.

—Dejemos que ahora tomen un baño, les atiendan y descansen tras comer y beber. —Miró a los dos jóvenes desde el lugar—. Nadie os llevará de aquí y desde luego no entrarán a por ninguno, de eso nos encargamos nosotros—. Miró a sus hijos—. Vayamos a ocuparnos de esos hombres armados que parecen pasearse por mis tierras y de paso averigüemos si las sospechas de ambos son acertadas o no, pero, en cualquier caso, solucionemos este entuerto antes de que vaya más allá.

Cliff y Ethan asintieron.

—Avisaré a comandancia para que vaya a buscar vuestro navío y tripulación, milores, y, desde luego, se ocupe de apresar ese barco que les atacó. —Señaló tajante Cliff—. Aquí estáis a salvo. Nos ocuparemos de averiguar qué está pasando y, después, de dar sepultura como corresponde a vuestro padre. Me encargaré de que encuentren vuestro barco, no os apuréis.

Calvin asistió:

—Gracias, milord. Estamos en deuda con vos y vuestra familia.

—No, no lo estáis. Sois los hijos de un buen y querido amigo.

—La muchacha que nos ha traído... —comenzó a decir James—. Dadle las gracias, milord. Consiguió desviar la partida de perros y darnos la oportunidad de escapar. Debiereis recompensarla o al menos dejadnos a nosotros hacerlo.

Cliff gruñó.

—Lo que voy es a darle unos azotes.

Caminaba hacia la puerta sin mirarlos. En cuanto salió miró a su padre.

—Anna ha visto a quién los perseguía ¿verdad?

El conde asintió.

—Por eso quería que salieseis. No creo que esos hombres tarden en presentarse ante nuestra puerta. Seguro que alegrarán que busquen fugitivos, ladrones o asesinos, pero, de cualquier modo, vamos a tener que detenerlos antes de que sean conscientes de quién es Anna, de que no solo ayudó a esos dos jóvenes, sino que es el testigo involuntario de todo este embrollo. Además, nadie entra en mis tierras a la caza de hombre alguno.

Cliff suspiró pesadamente caminando hacia el corredor del dormitorio de su hija.

—Asesinar a buen hombre como el capitán... —Negó con la cabeza—. Si esos hombres son responsables, pienso hacérselo pagar. Crowell era un buen marino y un hombre valiente y honrado. Merecía vivir tranquilo tras sobrevivir tantos años en el mar al servicio de la corona.

Ethan lo miró serio antes de desviar los ojos a Seamus, el mayordomo de sus padres, que había acudido y esperado a sus señores a la puerta del dormitorio de los dos huéspedes.

—Decid a miladies y, sobre todo, a los jóvenes que no salgan de casa hasta que se lo digamos.

El mayordomo asintió tomando el camino hacia la planta de abajo donde se encontraban las damas. Los tres continuaron hasta las habitaciones de Anna. Tras llamar y la doncella permitirles entrar, Anna, que acababa de terminar de vestirse, se acercó a ellos.

—Ven. —Le pidió Cliff para que se acercase más.

Anna obedeció y en cuanto la tuvo a su alcance la encerró en sus brazos cerrándolos fuerte.

—No vuelvas a ponerte en peligro. —Le ordenó.

Anna alzó el rostro y abrió la boca para protestar, pero viendo el semblante de su padre se limitó a decir avergonzada:

—Lo siento.

Tras romper el abrazo la llevó a uno de los sillones y la hizo sentar junto a su abuelo.

—Dinos lo que ha ocurrido y no te saltes detalle.

Anna suspiró mirando a su padre y a su tío que permanecían de pie frente a la chimenea. Les narró lo ocurrido hasta llegar al salón buscándolos.

—Entonces ¿viste a esos dos caballeros que iban a caballo?

Anna asintió.

—Uno de ellos daba miedo. Tenía el pelo cano y una cicatriz sobre la ceja derecha. El otro, el que daba las órdenes, o eso creo, era más joven, pero parecía —se detuvo unos instantes buscando la palabra— extraño.

Cliff alzó una ceja.

—Extraño. —Repitió—. Cielo, extraño puede ser muchas cosas.

Anna se rio entre dientes.

—Bueno, no extraño. Parecía —abrió los ojos mucho mirando a su padre tras unos segundos—. Ya sé. Se parecía a esos hombres que había en el puerto de Marruecos, en aquél callejón de las especias.

Cliff gruñó tocándose el puente de la nariz recordando el día, unos años atrás, en que los gemelos, Anna y la niñera de todos ellos, la señorita Donna, se perdieron en un callejón en Marruecos, cuando hicieron escala allí en uno de sus viajes, y los encontró cerca de un fumadero de opio.

Miró a su padre y después a su hermano.

—Bajo los efectos del opio o algo similar. —Les aclaró haciéndoles partícipes de lo que entendía.

Anna asintió.

—Sí, sí. Sudoroso, tembloroso, con aspecto cansado y esos ojos vidriosos. Como los de aquél lugar.

Ethan miró a su hermano alzando una ceja impertinente, esbozando una media sonrisa socarrona.

—Pero ¿tú a que sitios llevabas a tus hijos en esos viajes?

Cliff suspiró alzando los ojos al techo.

—Es mejor que no preguntes. Cuando enredaban a la pobre señorita Donna, solían lograr que los llevase por sitios extrañísimos. Pronto aprendimos a no dejarlos solos. —Cliff miró de nuevo a Anna—. ¿Crees que tardarán mucho los perros en llevarles hasta aquí?

Anna se encogió de hombros.

—No sé, papá. Estaban muy cerca cuando se chocaron conmigo. Además, no estoy muy segura que el más joven de aquéllos dos hombres me creyese.

—Está bien. Reúnete con los demás en el salón y no salgáis. Por favor, pídeles que no molesten a nuestros invitados pues realmente necesitan descansar. Especialmente diles a Simon y a Alexander que ni se les ocurra escabullirse para hacer alguna trastada.

Anna asintió poniéndose en pie.

—¿Puedo ir a la cocina?

Su padre se acercó y de nuevo la abrazó.

—Más tarde, cielo. Prometo lograr que Cooker te reserve todo un espacio para ti más tarde, pero ahora, por favor, prefiero que permanezcáis todas juntas. Obedece, gatita.

Anna alzó el rostro y asintió mirándole.

—¿Qué les digo a mamá, la abuela y tía Adele que ocurre cuando me pregunten?

—Ven, pequeña. —Su abuelo tiró de ella y la rodeó con un brazo girándola hacia la puerta—. Te acompaño y así te libro de contar con detalle lo que ocurre a las ansiosas damas de esta familia. —Alzó los ojos hacia sus hijos—. Colocad guardias y lacayos en las entradas y salidas y sobre todo mozos vigilando los accesos y caminos.

Ethan y Cliff asintieron saliendo tras ellos de las habitaciones de Anna en dirección a las escaleras donde se separaron ambas parejas.

En unos minutos toda la casa se convirtió en un hervidero de actividad, pero ella, sus hermanos, Meli y Simon, sus primos, Marian y Alexander, hijos menores de lord Ethan y su esposa lady Adele, así como su madre, su tía Adele, la condesa y la tía Blanche quedaron confinados en uno de los salones mientras lacayos, guardias y mozos recorrían la casa y los jardines como si esperasen ser asaltados por un batallón. A pesar de sus protestas airadas, ni su padre ni el tío Ethan dejaron a Alexander y Simon, de solo quince años, salir fuera.

Cuando un mozo avisó que por los caminos del bosque del sur se acercaban hombres con perros y dos jinetes, El conde se colocó presto para recibirlos con sus hijos a ambos lados. Los tres, al igual que guardias y lacayos apostados en ciertos lugares, observaron con tenso silencio todo el tiempo que tardaron en llegar hasta la altura del patio trasero de la mansión bajo cuyo arco se encontraban los tres evitando así el acceso a la edificación.

El conde, al igual que sus hijos, miró con gesto recto y desaprobatorio a ambos jinetes siendo el primero que reconoció al mayor de los caballeros.

—Sir Dennilson. —Lo saludó sin tirante cortesía—. Ordene a sus hombres sacar los perros de mi propiedad de inmediato.

El mayor de los caballeros esbozó una sonrisa ladina.

—De Worken, me alegra saludarles y pido disculpas por este pequeño escándalo canino que nos acompaña, más, me temo, nos hallamos a la caza de unos fugitivos. Unos ladrones peligrosos que se nos han escurrido entre los dedos cuando íbamos a llevarlos ante el magistrado.

—¿De veras? —Inquirió Cliff—. ¿Y ese magistrado conocía que debía esperar a tales ladrones para ser encerrados entre sus rejas? —Preguntó con evidente desconfianza.

—Sin duda, milord, sin duda. Dimos parte en cuanto se cometió el delito. —Se apresuró a contestar.

—Vaya, pues debéis haber errado los trámites o pasos a dar, sir Dennilson, pues yo soy el magistrado de esta zona y desconocía ni vuestros actos ni vuestras intenciones. —Aseveró el conde con rotundidad—. De hecho, no os conviene entrar en la propiedad de un de Worken sin su permiso, armados y acompañados de una jauría de caza pues, tanto si actúo como magistrado como si actúo como simple caballero que defiende su hogar, no consentiré ni tal acto ni las consecuencias de ello.

Sir Dennilson tensó el gesto y parecía querer decir algo, pero se vio interrumpido por el más joven al que ni Cliff ni Ethan perdían de vista pues, ciertamente, como había descrito Anna, tenía un aspecto bastante afectado y carente de mucha cordura.

—Vamos buscando unos fugitivos, milord. A vos también os conviene que los apresemos para que no anden libres por sus terrenos.

Esta vez fue Ethan el que se adelantó y mirándolo con fijeza y un nada velado desdén preguntó:

—¿Y vos sois?

— Lord Alwin Folks, Barón de Folks. —Respondió con sequedad.

—Bien, barón, permitid que os responda a esa anticipada conclusión que habéis sacado. Si hay o no hombres peligrosos o supuestamente peligrosos en los terrenos del condado, es un asunto que solo nos concierne a nosotros y más ocuparnos de él, ya sea apresando a tales hombres, ya adoptando las medidas que consideremos oportunas llegado el caso. Más, eso, en ningún supuesto, os da permiso ni a invadir nuestra propiedad, ni a hacerlo armados y pertrechados de hombres y animales, ni menos aún a impartir una justicia que no os corresponde, pues, como bien ha dicho el conde, —miró de soslayo a su padre—, esta es nuestra propiedad y, para mayor gravedad, él es el magistrado de la zona, de modo que vos y vuestros acompañantes no solo os estáis atribuyendo competencias y una autoridad que no os corresponde, sino que estáis invadiendo terrenos ajenos asustando a los habitantes de los mismos y, por lo tanto, ofendiéndonos.

Cliff sabiendo que el discernimiento de ese hombre estaba algo velado por el opio o por cualquier otro alucinógeno que tomare, dio un ligero paso cuadrando la espalda de modo imperioso:

—¿Barón de Folk? Permitidme deciros que vuestro nombre me resulta familiar de algún modo... —Fingió mirarle con interés antes de añadir—: ¿No seréis familia del vizconde de Donver? De ser así, permitidme transmitir os nuestro pésame por el fallecimiento del anterior vizconde. Nosotros lo haremos personalmente a lord Calvin y lord James cuando se unan a nosotros ya que esperamos en breve su visita. Claro que, ahora, lord Calvin ha de ser tratado como lo que es, el nuevo lord Donver, no habremos de olvidarlo.

Vio como ese hombre torció el gesto y lo supo conteniendo un exabrupto con esfuerzo.

—Sir Dennilson. —De nuevo intervino el conde con voz firme y que dejaba a las claras que no bromeaba—. Lamento no poder ofrecerles hospitalidad pues esperamos invitados, más, sí que voy a pedir os firmemente que os llevéis vuestros perros, hombres y armas de mi propiedad y lo hagáis de inmediato, pues, de lo contrario, me veré en la obligación de apartar toda cortesía a un lado e imponer de un modo nada agradable el respeto a mis deseos.

Ambos caballeros les sostuvieron la mirada a todos ellos varios segundos, especialmente el barón a Cliff, sabiendo éste que el muy canalla había entendido bien su comentario y lo que implicaba. Tras esos segundos, Sir Dennilson, con un golpe de cabeza, señalaba:

—Lord De Worken, milores, nos marchamos ya que se sienten soliviantados por nuestro grupo. Si nos disculpan, retomaremos la búsqueda de esos malhechores lejos de su propiedad.

—Que así sea. —Aseveró el Conde—. Más, tened la amabilidad de si os cruzáis con lord Donver y su hermano, guiadlos hasta nuestra propiedad. Al fin y al cabo, no solo son invitados en nuestra casa sino, además, amigos a los que acoger y proteger en tan tristes momentos de deceso familiar.

Cliff contuvo una sonrisa de sorna al ver a ambos mirarlos con una cólera nada disimulada antes de girar sus monturas y tomar el camino contrario con sus hombres y sus perros.

Una vez se hubieron alejado, Ethan miró a su hermano:

—Esos dos bastardos no tenían intención alguna más que de dar caza a los hermanos y asesinarlos lejos de miradas perjudiciales. Si buscan como objetivo hacerse con el título supongo que ahora parece algo más complicado ya que hemos reconocido a lord Calvin como el vizconde de facto al saber fallecido a su abuelo, más, no sé si eso frenará en un futuro las intenciones de esos dos tipejos.

Cliff suspiró girando y, echando a andar en dirección al interior de la edificación, señaló:

—De momento, ya están a salvo. Estemos atentos por si a esos dos individuos se les ocurre alguna otra tropelía en el intermedio, más, en lo referente a hacerse con

el título del vizconde, habrán de esperar un tiempo pues, de lo contrario, se encontrarían con tres cabezas visibles de la nobleza relatando este suceso ante las autoridades para llevarles a la Torre de Londres.

El conde asintió caminando junto a sus hijos.

—De cualquier modo, será mejor que, durante unos días, ni las damas ni ningún miembro de la familia se interne solo por el bosque. Mandaré aviso a los guardabosques para que estén ojo avizor por si estos dos indeseables vuelven a rondar estos lares y, de hacerlo, los echen de inmediato.

—Aun así, padre, —intervino Ethan—, dejemos guardias en la casa y los terrenos más cercanos. Nos quedaremos más tranquilos todos, pero especialmente ciertas damas que no dudo estarán alarmadas por nuestros hijos y los invitados que esperamos para celebrar el cumpleaños de los gemelos.

Cliff suspiró pesadamente.

—En cuanto llegue Max, le daré la triste noticia de lo ocurrido al capitán. Sé que lo sentirá profundamente.

Ethan los detuvo antes de tomar el pasillo que llevaba al salón azul:

—Debiereis escribir al secretario de la Cámara de los lores, padre, e informar del atentado contra la vida de milord y, más concretamente, de nuestras fundadas sospechas de que ha sido un posible heredero secundario al título de faltar ambos hermanos, para que no solo esté sobre aviso, sino que tome medidas respecto a ese barón de pacotilla.

El Conde asintió:

—Mandaré una misiva mañana mismo.

—En cuanto lord Donver y su hermano se recuperen, me aseguraré que regresan sanos y salvos a casa. —Señalaba Cliff echando a andar de nuevo—. Y, desde luego, no me detendré hasta dar la sepultura que merece al capitán y ayudaré a esos dos hermanos a llevar ante la autoridad para su enjuiciamiento al responsable de su muerte.

Al entrar en el salón se encontraron a sus hijos, Simon y Alexander, atando con uno de los cordeles del cortinaje a las tres jóvenes en un mismo enredo de cuerdas, jovencitas y refunfuños mientras los dos varones se reían y las damas más mayores los miraban aparentemente divertidas.

—Miedo me da preguntar, ¿qué estáis haciendo vosotros dos? —Preguntaba Ethan entrando en el salón con los ojos fijos en los cinco jóvenes.

Los dos jovencitos se reían cerrando el cordaje sin detener su acción siendo Alexander, con gesto teatral, el que señalaba:

—Estamos obedeciendo al abuelo. Asegurarnos de que estas rebeldes damas no se dan a la fuga a la menor ocasión desoyendo la petición de los más sabios de la familia.

Marian miró a su padre con enfado no contenido:

—Papá, por favor, ¿Puedes decir, no, ordenar, a estos dos descerebrados que nos suelten?

Ethan se acercaba riéndose al igual que Cliff que miraba a sus hijas y las escuchaba llamar a su hermano pequeño todo tipo de improperios mientras éste se carcajeaba indiferente.

—A ver, vosotros dos, soltad a vuestras hermanas antes de que se liberen solas y os ataquen en furiosa venganza. —Sonreía sentándose en el brazo del sillón ocupado por Julianna.

Mientras los dos adolescentes liberaban a sus hermanas entre refunfuños, Julianna preguntó discretamente sin que lo oyeren aquéllos:

—¿Qué ha ocurrido?

—Lord Donver y su hermano estaban en lo cierto. Ese canalla de barón y su acompañante, que no es otro que un tipejo llamado Sir Dennilson, parecían decididos a darles caza sin freno. De momento, ese peligro queda postergado pues no dudo que en el futuro esos dos canallas puedan intentarlo de nuevo.

—Durante unos días, hasta que se recuperen y, además, los sepamos libres de peligro, serán nuestros invitados. —El conde miró a su esposa con gesto serio.

—Bien, supongo que habremos de proporcionarles ropas y enseres básicos, al menos hasta que Cliff dé con su barco y lo traiga de regreso. —Señaló la tía Blanche con practicidad.

—¿Crees que darás con él? Quiero decir, lograrás encontrar ese navío. —Le preguntó Julianna a Cliff con gesto dudoso.

—Si como piensan ambos, el navío solo fue dañado en mástiles y timón, es posible que solo esté a la deriva y llevando tres días en alta mar no debiere sernos difícil dar con la nave pues más o menos podemos calcular su dirección. Al menos pondré dos de mis barcos al servicio de tal fin junto con el que, presumo, el almirantazgo enviará y es posible que algún buque de guerra también pues querrán apresar el otro barco, más, intuyo, éste se haya ya en algún puerto atracado y convenientemente lejos de cualquier vinculación con lo sucedido.

Ethan asintió mirándolo con fijeza.

—¿La declaración de ambos nos servirá para apresar al capitán del barco o los hombres que vieren?

—Primero habrá que dar con ellos y no creo que resulte fácil y menos situarlos en el lugar de los hechos salvo que los apresemos en plena travesía.

—Entiendo. —Asintió—. Supongo que, en tal caso, sí resultará una ardua tarea conseguir condenarlos.

—En realidad, presumo complicado dar con ellos, pero una vez apresados no debiere resultar imposible su condena con la declaración de dos herederos de una de las casas más antiguas de Inglaterra. En cambio, lo que sí estimo en todo extremo difícil es vincular a los responsables en la sombra de tales órdenes.

El conde miró por encima del hombro de su hijo pues ya se acercaban los jóvenes.

—Será mejor que dejemos los detalles para más adelante.

—Papá. —Anna se sentó junto a su madre con los ojos fijos en él—. ¿Ya se han ido esos hombres que perseguían a lord Donver y su hermano?

—Sí, cielo, pero, y esto va por todos vosotros, —miró a todos los jóvenes—, no os adentréis en el bosque ni por los alrededores solos ni sin pedirnos permiso por unos días. No nos han agradado ni los hombres a caballo ni los que les acompañaban y hasta saberlos con certeza lejos del condado, no os queremos correteando por ahí solos.

Anna resopló.

—Pero aún hemos de coger más moras para la tarta de Maxi y Meli. Necesito un par de cestas más, sobre todo, si hoy regresan Maxi y Sebastian que siempre las encuentran, aunque Cooker y yo las escondamos, y comen sin contención dejándonos con pocas. —Se quejó.

Su padre sonrió, pero fue Julianna la que contestó:

—Mañana le diré al viejo Camus que recolecte por ti y que, a cambio, le prepararás para él solo el bizcocho de miel que tanto le gusta.

Anna se rio divertida.

—Habrás de prometerle que también le daremos un poco del licor de cereza de Cooker, mamá. Si va a recorrerse medio bosque para llenarme dos cestas será mejor que le demos un buen y justo premio.

El conde soltó una risotada.

—¿Así que es el viejo Camus el que se bebe el licor de la cascarrabias de Cooker?

—No es cascarrabias, abuelo, pero ha de luchar contra muchos asaltadores que no hacen sino robarles sus dulces, sus guisos y, sobre todo, sus mermeladas y licores. —Se reía Anna mirando con ojos risueños a su abuelo.

El conde resopló.

—Hay asaltadores y asaltadores y no se me puede equiparar a mí, todo un conde de Worken, con jovenzuelos descerebrados roba galletas. — Miraba alzando la ceja a sus dos nietos sentados devorando el plato de hojaldres de la bandeja del té.

Marian miró a su padre dejando a un lado la taza de té que le hubo servido su madre:

—¿Entonces, esos dos hombres de los que nos ha hablado Anna, se quedarán en casa?

Ethan asintió:

—Han de recuperarse de sus heridas así que procurad ser amables con ellos y no molestarles en exceso. Recordad que han sufrido la pérdida de su padre y abuelo y han pasado por una experiencia muy desagradable, de modo que, no solo no hemos de

importunarles, sino que debemos, todos, intentar que su estancia sea lo más cómoda y agradable que nos sea posible.

—¿Y cómo son? —Preguntó Meli curiosa.

—Son dos caballeros jóvenes, Meli, lo que conlleva que no has de obviar que tú serás presentada en pocas semanas y ya debieres tener presente las normas de protocolo y adecuado comportamiento no solo en su presencia sino a los ojos de todos.

Meli frunció el ceño ante la respuesta de su padre, pero Anna se rio.

—Papá, lo que Meli quiere saber es si son apuestos, agradables y ese tipo de cosas.

Cliff suspiró pesadamente alzando los ojos al techo claramente resignado pues, aun habiéndola comprendido, pretendía obviar ese tipo de detalles con su hija, una hija, además, en supuesta edad casadera, aunque a sus ojos, sus dos hijas no pasarían nunca de ser sus dos pequeñas.

Anna giró el rostro, traviesa, mirando a su hermana mayor.

—No sé cómo lucirán una vez pasen por las manos de un valet, y sobre todo después de un buen baño y un buen afeitado, pero la verdad es que lucían terribles.

Tanto Meli como Marian suspiraron desilusionadas.

—Pues vaya. Supongo que habré que esperar a los caballeros que vengan a la fiesta de mi cumpleaños dentro de tres días.

Cliff gruñó mientras que su esposa se reía comprensiva de la reacción de su esposo que sabía tenso y más que lo estaría conforme se acercase la hora de la presentación de su hija Amelia.

Tras unos minutos de relajada conversación, Anna volvió a llamar la atención de su padre:

—¿Papá? Si esos hombres horribles ya se han alejado, ¿vuelves a dar permiso para ir a las cocinas?

Cliff extendió el brazo y acarició con los nudillos la mejilla de la menor de sus hijas:

—Sí, gatita, puedes ir a las cocinas todo lo que gustes, pero no te adentres en el bosque ni te alejes sola. Si necesitas algo, se lo indicas a Cooker.

Anna asintió sonriendo.

—Haré la tarta de calabaza y los panecillos para las mermeladas que gustan al almirante. Seguro que, después del largo viaje, querrá algo sabroso y dulce. —Miró a su madre sonriendo—. Mañana jugaremos con él a los postres ¿verdad? Me toca a mí elaborar dos esta vez.

Julianna se rio.

—Sí, esta primera vez yo solo elaboraré uno. Ya he pensado el que haré pues estoy segura será incapaz de adivinar todos los ingredientes.

Anna se rio.

—Pues no podrá averiguar ninguno, mamá. He encontrado algunas recetas curiosas en el libro que me regaló tía Blanche y sé que con ellas venceré al Almirante.

La tía Blanche, sentada frente a ella, la sonrió devolviéndole la sonrisa de cómplice enredo entre ambas.

Tras el té, Anna se fue directamente a las cocinas donde se entretuvo cocinando dulces con Cooker y en un rato también con su madre que, en un momento dado, se marchó para atender a la tía Blanche. Ella no se dio cuenta de la hora ni tampoco de lo que sucedía fuera de las paredes de la cocina, lo no era nada extraño tratándose de ella, hasta que el almirante, acompañado de sus nietos más pequeños, Julius y Aldo, entraron a la carrera en la cocina.

—Anna, Anna —iban gritando hasta que la alcanzaron.

Anna se reía limpiándose los restos de cacao de las manos.

—Pero ¿qué ven mis ojos? Sin son dos de mis primos preferidos. —Se agachó para abrazarlos y besarlos mientras los dos pequeños, de seis y cinco años, se reían traviesos.

—Tío Cliff ha dicho que podemos comer galletas, aunque sea muy tarde.

Anna se reía acercándoles el tarro de galletas de mantequilla que sabía las preferidas de los dos:

—Tomad, enanitos glotones, las he hecho para vosotros sabiendo que me las pediríais. Pero luego no me acuséis si no os acabáis la cena.

Los dos metían sus ansiosas manos en el tarro tras lo que Anna se acercó al ajado almirante dándole un cariñoso abrazo y un beso. Después lo llevó hacia la mesa para que tomare asiento.

—No hace falta que digáis por qué habéis acompañado a estos asalta cocinas, almirante. —Decía girando y tomando de la encimera un trozo de bizcocho de canela y un par de bollitos antes de sentarse junto a él haciendo una señal a Cooker para que le sirviere una taza de té mientras ella sentaba a los niños en la mesa con sus piernecitas colgando de modo desgarbado.

—Pequeña, has heredado el talento de tu madre, pero también su impertinencia.

La sonreía divertido antes de dar un bocado a uno de los panecillos emitiendo de inmediato un suave gemido de placer. Anna se reía sirviéndoles el té y un vaso de leche a los niños.

—En cuanto ciertos caballeros terminen su pequeño interludio culinario, iré a saludar a tía Mel y a tío Max antes de que la abuela me riña por ser tan desconsiderada.

Los dos pequeños se reían atrapando una última galleta a tiempo de que Cooker retirase el tarro de la mesa.

—Anna, tía Blanche nos ha dicho que nos ha comprado libros para antes de dormir ¿nos los leerás? —Preguntaba Aldo mirándola pedigüeño.

Anna se rio.

—Lo que tú quieres, tramposillo embaucador, es que os suba a leer llevándoos galletas o un poco de tarta.

El pequeño se rio travieso mientras ella lo tomaba y lo sentaba en su regazo.

—Os leeré y si sois buenos es posible, y digo posible, que os suba algún dulce. Sois peor que vuestro abuelo. Golosos sin remedio.

El almirante soltó una carcajada antes de terminar su último bocado y ponerse en pie lo que hicieron Anna y los niños tomando a ambos de las manos antes de seguirlo de regreso al salón donde estarían todos los recién llegados.

En cuanto cruzaron las puertas del salón, Anna se apresuró a abrazar a su tía Mel, hermana de su madre, a su tío Max, hijo del almirante y a sus primos, Christopher, de quince años, misma edad que Simon y Alexander, y tan trasto como ellos, Melina, de catorce años y Amanda de doce, a la que todos llamaban Maddy. Mientras todos se ponían al día de las nuevas de cada uno y esperaban, además, la llegada de Sebastian y Maxi, los hijos mayores de Ethan y de Cliff, y que habían asegurado llegar antes de la cena, Max, Cliff, Ethan, el conde y el almirante se retiraron a la biblioteca para hablar con tranquilidad donde el conde y sus hijos informaron al almirante y Max de lo acontecido en la tarde. Tras unos primeros minutos de consternación, los recién llegados se interesaron enseguida por los dos hermanos.

—A pesar de lo ocurrido parecen mantener cierto semblante sereno y sensatez suficiente para juzgar que debieren protegerse una vez esto quede atrás. —Señalaba Cliff tranquilo—. Hace un rato subí para asegurarme que no necesitaban nada y lord Donver parecía tranquilo sabiendo ya a esos dos locos que les perseguían incapaces de llegar a ellos, de momento. No le sorprendió que ese primo lejano, el barón, fuere el que se hallare a la cabeza de esa horrible partida de caza, pero, evidentemente, poco o nada lograrán intentando llevar más lejos este asunto.

—Pero no dejará que salgan impunes los responsables de la muerte del capitán ¿no es cierto? —Preguntó Max mirándolo con fijeza que aún asimilaba la noticia del asesinato de su viejo amigo y compañero de armas.

—Al contrario. —Contestó tajante Cliff—. Parece decidido a apresarse a todos los que participaron en el asesinato y, después de ello, lograr pruebas de la participación de ese barón y, en caso de haber más involucrados, desenmascararlos. Más, como yo, milord opina que esto será más complicado que atrapar al capitán del navío y los marineros que les abordaron en alta mar pues, contra ellos, sí podrán testificar al haberles visto cara a cara, secuestrarles y atacar sus hombres y navío, más, contra los demás, sería su palabra contra la de los otros que no serán meros marineros mercenarios sino aristócratas que, aunque de la baja aristocracia y él sea el vizconde de Donver, no dejan de ser de su misma clase y todos sabemos que, en estos casos, las pruebas irrefutables o contundentes serán importantes.

—Bien, pues contará con mi ayuda en lo que necesite. Estimaba al capital Crowell y no dudaré en ayudarles, no solo como sus hijos, sino como deber hacia él de llevar a los responsables de su muerte ante la justicia. —Aseveraba Max con firme resolución mirándolos a todos.

Sonaron unos suaves golpecitos en la puerta y, tras dar el conde permiso para que quién fuera entrase, apareció Anna con los pequeños Julius y Aldo de las manos:

—Disculpad, pero tía Mel quiere que estos dos enanitos se acuesten así que vienen a dar las buenas noches.

Los dos pequeños se acercaron a los cinco hombres y tras dar las buenas noches regresaron junto a Anna.

—Hemos sido buenos, ¿nos leerás con un trozo de tarta? —Preguntaba Aldo tomándola de la mano y caminando hacia la puerta que un lacayo sostenía.

—Sois dos lores embaucadores. Me habéis enredado para que os crea niños buenos y ahora habré de hacer honor a mi palabra y subiros un buen trozo de tarta para que lo zampéis mientras os leo.

Nada más cerrarse la puerta el almirante miró a Cliff y le sonrió:

—Es la viva imagen de Julianna y tiene sus mismos adorables ojos color miel y esas gloriosas manos para elaborar dulces.

Cliff soltó una risotada:

—Mañana, en el almuerzo, almirante, os recordaré que las habéis tildado de adorables cuando os desesperáis incapaz de vencerlas en el juego de los dulces. Tanto mi esposa como Anna han estado preparando duras contiendas y han encontrado e inventado dulces muy complejos para que no consigáis adivinar todos sus ingredientes. Debieréis prepararos para pagar premios a ambas en repetidas ocasiones. Os auguro una serie de derrotas nada desdeñables.

El almirante se reía negando con la cabeza:

—Adorables pero tenaces como nadie de modo que no dudo de la certeza de esa advertencia.

Max miró a Cliff frunciendo el ceño.

—¿Sigue asustándola montar a caballo?

Cliff suspiró.

—Lo hace porque comprende, después de que yo le insista mucho, que es necesario que sepa no solo montar sino hacerlo con cierta soltura o seguridad, pero, mientras Meli disfruta enormemente subida a un caballo, Anna se muestra incómoda, asustadiza y desconfiada consigo misma. No creo que se le pase alguna vez ese miedo, me temo.

Max asintió lentamente.

—En ese caso, no la forzaremos. Con que sepa montar con soltura, como bien dices, basta y eso ya lo hace. No es necesario obligarla y pasar momentos de miedo o tensión sin necesidad—. Cambiando el gesto sonrió—. Hemos traído el regalo de los gemelos y he de decir que son magníficos. No he de negar que Jonas ha tenido excelente ojo al elegirlos. Sin duda, ha sido un acierto dejar que sea ese marqués de pacotilla el que eligiere.

Cliff al igual que los demás se rieron por la forma burlona, pero con un trasfondo de cariño familiar, con el que Max se refería siempre a lord Jonas, marqués de Furlington y marido de su hermana Lady Eugene.

—Esta tarde me ha informado Julianna que recibió la misiva de Eugene informándole de su llegada mañana en la tarde, con tiempo suficiente para el cumpleaños de los gemelos.

El almirante sonrió:

—Lo que implica que, en cuanto lleguen lord Calverton y lady Cloe, estaremos todos y nos veremos luchando denodadamente para controlar a las fierecillas pues, juntos, se convierten en un ejército de endiablados trastos.

Los cinco caballeros se rieron pues juntando a los hijos de todos ellos, que por edades habían ido formando camarillas de revoltosos amigos, la casa se convertiría en un loco cuartel en estado de alerta constante.

Cliff terminó de vestirse y dejó a su esposa arreglándose para la cena pues se hubo retrasado charlando con Maxi, el mayor de sus hijos que acababa de llegar para pasar con ellos unas cortas vacaciones en su descanso de los estudios en Oxford, que realizaba junto a Sebastian, el hijo de Ethan y futuro conde de Worken. Ambos habían regresado para celebrar el cumpleaños de Maxi y su hermana gemela, Amelia, Meli como la llamaban todos, junto a la familia.

Tras asegurarse de que los guardias que había apostado en las entradas y salidas de la mansión estaban en sus puestos y no había novedades, subió a ver a sus invitados para instarlos a unirse a la familia en la cena si ese era su deseo. No se sorprendió al encontrar a los hermanos en pie sin deseos de continuar en la cama como meros convalecientes.

—Espero que hayan podido descansar un poco y que la llegada de algunos miembros de la familia no les haya perturbado el sueño. Me temo vamos a tener unos días algo agitados pues esperamos reunir a la familia más cercana para la celebración del décimo octavo cumpleaños de mis dos hijos mayores, Amelia y Maximilian.

James le sonrió amable.

—Debiéremos, entonces, disculparnos de nuevo por irrumpir en tan agradables momentos alterando su paz con este embrollo.

Cliff se rio.

—Hablar de paz cuando nos reunimos todos se me antoja un eufemismo nada desdeñable, milord. En realidad, debiere advertiros que la casa se convertirá en un pequeño campo de batalla con mis hijos y mis sobrinos enredando por cada rincón. De hecho, venía a invitaros a que probéis una pequeña muestra de esa locura pues, además de mis hijos y de los de mi hermano Ethan, se encuentran los de lord y lady Rochester. Estoy seguro que milord desea saludarles y expresarles no solo sus condolencias por los fallecimientos de su padre y de su abuelo, sino también sus deseos de que sea bien recibida su ayuda pues, al igual que yo, apreciaba y estimaba al capitán Crowell y le respetábamos sobremanera.

Calvin asintió:

—Sería un placer, más ¿estáis seguro, milord? Como decís, son momentos familiares y no queríamos importunar ni soliviantar a ninguno de los presentes.

Cliff negó con la cabeza.

—Más al contrario. Las siempre ansiosas damas de esta familia se quedarán más tranquilas al saberlos algo recuperados.

Ambos hermanos se rieron relajándose ligeramente.

—Estoy seguro que la tía Blanche, es decir, la señora viuda de Brindfet, y la condesa, se han asegurado que tengáis todo lo necesario para vuestra estancia, más, si necesitaréis algo, no dudéis en pedirlo al valet. Sin embargo, permitid que os informe que lord Rochester y yo hemos enviado sendas misivas a comandancia y al almirantazgo para que busquen con presteza el barco que os abordó. También he enviado dos goletas y un navío a la búsqueda de vuestra nave pues no dudo demos con ella y su tripulación y, con ello, proporcionar cristiana sepultura a los fallecidos, incluido el capitán.

—De nuevo, no sabemos cómo agradecer vuestra ayuda, comandante. Es más de la que podríamos esperar. —Afirmaba Calvin serio.

—No es necesario tal agradecimiento. Al terminar la cena, si gustáis, nos reuniremos en la biblioteca en reservada tranquilidad. De momento, os dejo para que podáis asearos. Tomaos el tiempo que gustéis, no hay prisa.

Cuando bajaba por la escalera principal se topó con Anna que subía refunfuñando y con cara de contrariedad.

—Gatita, ¿qué te ocurre?

Anna alzó los ojos y se detuvo a la altura de su padre.

—La abuela me ha reprendido por no llevar el cabello en un recogido más elegante y por no desilusionarla voy a pedirle a la doncella de Marian que me peine como a ella. —Suspiró cerrando un instante los ojos—. Dice que debiere empezar a lucir y comportarme como una damita más circunspecta y comedida pues en poco más de un año haré mi presentación junto a Marian. —De nuevo suspiró pesadamente—. ¿Te enfadarías si no me agradase socializar? Creo que no me va a gustar estar en salones, sonreír y fingir interés por cosas como los vestidos, los bailes y lo que unos y otros comentan de los demás. A mí esas cosas no me gustan.

Cliff sonrió atrayéndola hacia él y abrazándola.

—Gatita, cuando llegue el momento te presentaremos, pero puedes estar segura que ni mamá ni yo, y estoy seguro tampoco la abuela, querrán que cambies para agradar a los demás. Eres perfecta tal y como eres, y si no te gustan los bailes ni socializar no habrás de fingir que sí lo hacen. Te pareces mucho a tu madre. A ella tampoco le gustaban esas cosas y no oirás a nadie decir que no agradaba ni ella ni su personalidad.

Anna rodeó a su padre por los costados encajándose en su abrazo apoyando la mejilla en su pecho.

—Pero mamá te encontró a ti. ¿Y si yo no encuentro a nadie como tú? ¿Tendré que cambiar para encontrar un caballero? ¿No podría tener mi pastelería y no preocuparme de esos caballeros?

Cliff inclinó la cabeza sonriendo besando a su hija en la frente.

—Mi gatita podrá tener su pastelería si es lo que desea, pero eso no implica que debas renunciar a encontrar un caballero adecuado. Aunque he de advertirte que mis niñas no se conformarán con cualquier caballero. Quienes pretendan a mis niñas habrán de demostrar que se las merecen y muchos méritos habrán de hacer para que yo les considere siquiera dignos de mirarlas.

Anna se rio mirándolo como lo hacía Julianna, con sus idénticos ojos de color miel, de ese modo que le derretía el corazón.

—Papá, Meli tiene razón. Nunca creerás que nadie es tan bueno como tú para nosotras.

Cliff se rio antes de darle un último beso en la frente y abrir los brazos.

—Nunca. —La sonrió—. Vamos, gatita, sube y ponte en manos de esa doncella y dale gusto a la abuela.

Anna asintió girando y continuando su camino mientras Cliff la veía desaparecer por el corredor una vez hubo alcanzado la parte superior de la escalera. Sonrió negando con la cabeza antes de girar y seguir en dirección al salón previo al comedor donde ya se encontraría casi toda la familia reunida.

Al llegar al salón fue directo donde se encontraba su esposa charlando con su madre y la tía Blanche.

—Miladies. —Las saludó con cortesía—. Al parecer, mi gatita no se ha mostrado muy dispuesta a someterse a ciertos dictados de moda.

La condesa suspiró.

—Ha de comprender que ya no es una niña y que ha de empezar a comportarse y lucir como la señorita que es y que dentro de poco será presentada.

Cliff sonrió:

—Lo comprende, madre, pero prometedme no azuzarla demasiado. No quiero que, por agradaos o por complacernos, ahogue bajo capas de cortesía algunas de sus mejores cualidades.

La condesa sonrió:

—Está bien, no me comportaré de un modo en exceso rígido, más, no debieras apurarte. Anna es tan cabezota como tú y dudo que se deje cambiar sin pelear denodadamente. Ayer mismo la vi persiguiendo como loca por el jardín a un conejo con la única intención de ver de cerca sus rasgos para, según decía, poder hacer una mejor recreación de los mismos en una figura de cacao.

Cliff soltó una risotada.

—Sí, esa idea tiene el sello inconfundible de Anna.

—Sí, pero ni Meli ni Simon se quedan atrás en ideas alocadas. No solo le siguieron en su propósito, sino que entre los tres enredaron a varios lacayos y criadas para hacerle una especie de corralito en el salón de baile. Y ahí sigue nuestro particular invitado, ocupando todo un salón de baile.

Cliff se rio y miró a Julianna.

—No me mires a mí. Creo que la locura es un rasgo que han heredado de su padre. Yo me he limitado a advertirles que han de encontrar mejor ubicación para el animalito pues pasado mañana empezaremos a preparar el salón para la fiesta de cumpleaños y ni cien conejos impedirían el avance de ciertas damas con un objetivo marcado. Decorar un salón para un baile.

Cliff prorrumpió en carcajadas.

—Menudo hueso duro de roer son esas damas. —Las miró a las tres con gesto de diversión—. Presumo que ciertos niños gustarán cuidar de ese animal unos días en la zona de los niños.

—Ah no, ni hablar. —La voz de Amelia les hizo girar el rostro viéndola acercarse y tomar asiento junto a la tía Blanche—. Cliff, te prohíbo tajantemente que menciones el conejo a Julius y a Aldo pues bastante tortura es soportar ese pájaro endemoniado que lograron que les regalase el inconsciente de Max para que ahora tú les facilites otra mascota.

—¿Pájaro? —Preguntó Julianna.

Amelia suspiró negando con la cabeza.

—Marian les regaló un libro de aventuras que narra las supuestas hazañas de un grupo de marineros y corsarios y el personaje principal tenía un loro, de modo que lograron que su padre les comprase uno ya que afirman ellos seguirán su senda y serán firmes marinos y necesitarán una mascota adecuada.

Cliff soltó una carcajada.

—Solo Max podría conceder semejante capricho. Ese marido tuyo es un descerebrado, Mel. Nunca me cansaré de decírtelo.

Mel miró a Cliff suspirando:

—No he de negarlo, pero no me obligues a tildarte de igual modo por poner en manos de mis hijos un conejo que, presumo, pasará a convertirse en el nuevo habitante de Frenton House y, a ti, en el objeto de mis idus, especialmente si ese conejo se acaba comiendo mi huerto de especias y mis flores.

Cliff de nuevo se reía dejando enseguida que las conversaciones fluyesen a su alrededor.

—Meli, cielo, ¿Por qué tienes cara de contrariedad? —Preguntó tras un rato a su hija Amelia a la que veía mirando enfadada, al igual que hacía su prima Marian, sentada a su lado, a sus respectivos gemelos, Sebastian y Maxi.

—El bobo de Maxi no ha invitado al almuerzo ni al baile a los hermanos de su amigo lord Kevin.

Cliff alzó una ceja y deslizó sus ojos a su esposa y a la tía Blanche siendo la primera la que contestó:

—Los hermanos de lord Kevin, lord Lucas y lord Arthur, son considerados por las jovencitas los más apuestos e inteligentes de cuantos caballeros pululan por los salones esta temporada.

Cliff gimió. Realmente su hija ya no era una niña sino una jovencita que iba a traerle más de un quebradero de cabeza sobre todo porque, para su mortificación, era lista como una ardillita, muy traviesa, pero, además, una belleza nada desdeñable.

—No importa. —Intervino Marian—. Seguro mamá los invitaría. Estoy segura que vi el nombre de los marqueses de Chester en la lista de invitados y no se olvidaría incluir a sus dos hijos mayores.

Julianna sonrió:

—Yo también creo que los vi en esa lista, así que ninguna de las dos ha de sentirse decepcionada de antemano ni enfadarse con Sebastian o Maxi. En realidad, ellos solo tenían de invitar a sus amigos. No era necesario que hicieran extensivas esas invitaciones a los hermanos de los mismos. De eso, ya nos encargamos nosotras, no temáis.

Cliff vio a las dos jovencitas sonreír complacidas y de nuevo gimió. Realmente iba a comportarse como un fiero carcelero. Ningún caballere iba a acercarse a las damitas de su familia sin su aprobación.

Justo cuando iba a protestar ante su esposa por meter en su gallinero a los que, a sus ojos, se tornaban lobos deseosos de devorar a sus gallinitas, Seamus apareció por la puerta cediendo el paso a los dos hermanos.

—Lord Donver, lord Billers, os ruego paséis y permitid os presente a la familia mientras les sirven una copa de jerez. —Se apresuró a decir mientras caminaba hacia ellos y éstos daban unos pasos hacia el interior del salón.

Los guio hasta donde se encontraban todos acomodados:

—Permitan les presente. Madre, tía Blanche, ellos son lord Calvin Biller, vizconde de Donver y su hermano lord James Biller. Caballeros, permitan les presente a la parte de la familia que se encuentra en estos momentos aquí. Mi madre, la condesa de Worken, la señora viuda de Brindfet, mi esposa, lady Julianna, su hermana, lady Amelia Rochester y lady Adele, esposa de mi hermano lord Ethan.

—Miladies.

Ambos hicieron las cortesías de rigor.

—Estamos en deuda con vuestra familia por acogernos y cuidarnos con tanta consideración. —Señalaba Calvin con cortés gesto.

La condesa le sonrió amable.

—No existe tal deuda, milord, pues sabemos su padre no solo era un apreciado amigo de mi hijo, sino que, en más de una ocasión, prestaron servicio juntos ayudándose en numerosas ocasiones, así como a lord Rochester. Lamentamos su pérdida, milores. Sin duda una ausencia que se añorará.

Lord Donver sonrió:

—Sois muy amable, milady.

—Venid. —Intervino de nuevo Cliff girando para conducirlos a los otros sillones:

—Ya conocéis al comandante Rochester y su padre, su excelencia el duque de Frenton, más, os aconsejo os refiráis a él como almirante. Es un viejo achacoso lleno de manías. —Sonrió bromista.

—Cliff, no obligues a este viejo achacoso a darte una merecida tunda. —Le respondía con igual tono el almirante antes de girar y mirar a los dos caballeros—. Bien, jóvenes, bienvenidos. Aunque sea en tan terribles circunstancias, espero os sintáis bien acogidos por todos nosotros el tiempo que permanezcáis en nuestra compañía y me sumo a las condolencias de la condesa.

—Gracias, Excel... —Calvin carraspeó para de inmediato corregirse—, almirante.

Max se acercó un poco a ellos ofreciéndoles la mano en amigable gesto.

—Después podremos conversar con calma, no os apuráis, más, de momento, conformémonos con dejar que os aclimatéis un poco. —Añadía permitiendo que un lacayo ofreciese sendas copas de jerez a los dos hermanos—. Permitid os presenten a los más jóvenes de la familia. Estos dos caballeros con aspecto de meterse de cabeza en todo enredo que encuentren son lord Maximilian de Worken y lord Sebastian de Worken, los respectivos herederos de lord Cliff y lord Ethan y a la sazón continuadores de la leyenda de dos consumados canallas.

Sebastian y Maxi, así como sus padres, se rieron ante el comentario de Max antes de hacer las cortesías.

—Un placer, milores. No creáis lo que os digan estos otroras canallas pendencieros pues ahora no pasan de ser meros caballeros domesticados y domésticos. —Señaló burlón Maxi lanzando una mirada traviesa a Cliff.

—Muchachito impertinente. —Le dio un pequeño golpecito en la cabeza riéndose—. Yo sí que voy a domesticar ese inconsciente cerebro tuyo, marinero de agua dulce.

Maxi soltó una carcajada mirando divertido a su padre. El conde, de pie junto a sus dos nietos, giró para centrar la atención de los recién llegados a los más jóvenes repartidos entre los sillones cercanos.

—Estas dos encantadoras damitas, son mis nietas lady Amelia y lady Marian, las hijas mayores de esos otroras canallas— Dijo escuchando las risas a sus espaldas de sus hijos.

—Miladies. —Las saludaron corteses Calvin y su hermano siendo correspondidos por ellas con un suave gesto de cabeza desde el diván que ocupaban.

—Ellos son, —Continuaba el conde señalando al resto de los jóvenes—, lord Simon, lord Alexander y lord Christopher, hijos también de estos caballeros que permanecen a su lado y junto a ellos se encuentran las más jóvenes damitas de la reunión de hoy, lady Melina y lady Amanda, hijas de Lord Rochester.

—Miladies, milores.

De nuevo los hermanos hicieron sendas cortesías ante ellos siendo acomodados, a continuación, frente a Meli y Marian junto a sus madres y padres mientras esperaban la llamada para acudir al comedor para la cena. Tras unos minutos regresó Anna, peinada por la doncella de Marian, y con discreción se dirigió directamente hacia su abuela sentándose entre ella y Cliff.

—Mejor, cielo. Estás preciosa. —Convino la condesa hablándole con suavidad dedicándole una sonrisa comprensiva mientras le daba un par de palmaditas en la mano.

Anna alzó después la vista al brazo del sofá donde estaba sentado, de un modo confiado y relajado, Cliff que se inclinó y la besó en la frente, cariñoso.

—Estás preciosa, gatita. —Le susurró.

Anna sonrió y después acomodó la cabeza ligeramente apoyada en su padre, pero enseguida éste señaló a los dos caballeros sentados un poco más allá frente a ellos.

—Cielo, ¿recuerdas a lord Donver y su hermano?

Los dos hermanos se pusieron de inmediato de pie comprendiendo que la chica que ellos creían una doncella o criada y que les ayudó en el bosque, era, en realidad, hija y nieta de sus anfitriones.

—Caballeros, creo que no habéis tenido ocasión de ser presentados como corresponde. Milores, ella es mi hija lady Anna. Anna, aún sin ese aspecto de proceder de una contienda, supongo reconocerás a nuestros invitados.

—Milady. —Dijo formal Calvin haciendo la cortesía sintiéndose ligeramente incómodo, pero enseguida Anna les sonrió como si nada importase y se supo desubicado y ligeramente desconcertado por una jovencita recién salida de la escuela.

—Permitidnos expresaros como corresponde nuestro agradecimiento, milady. —La sonreía James—. Presumo, ambos os debemos la vida.

Anna se encogió de hombros despreocupadamente sonriéndole también.

—No habéis de agradecer nada, milord. Reconozco que por unos segundos me distéis un poco de miedo, pero fue solo por la sorpresa, solo eso. Aunque me alegra que hayáis abandonado vuestras barbas, milord. Sin ellas resultáis difícil de reconocer, más, también, lucís menos desastrosos.

—Anna. —La reprendió la condesa negando con la cabeza con mera resignación.

Anna la miró sin dejar de sonreír.

—Lo siento, abuela, pero es verdad. Realmente lucían terribles y fue por eso por lo que me apiadé de ellos.

Cliff soltó una carcajada pasando un brazo por los hombros de Anna.

—Cariño, la circunspección y la discreción no son tu fuerte y eso que no hace ni una hora que te he tildado parecida a tu madre.

Anna se rio, pero enseguida obvió a los dos caballeros que de nuevo tomaban asiento y miró con interés a su hermano mayor.

—Maxi, espero me hayas traído lo que te pedí o no te haré bollos en varios días.

Maxi se reía rodeando unos sillones acercándose a ella quedándose de pie apoyado en el dintel de la chimenea.

—Eres muy mandona, Anna. Sí, te he traído todo lo que me ordenaste traer. La señora que me atendió en ese enorme almacén, pienso, consideró hallarse ante un demente pues no atisbo a suponer qué ideas surcarían su mente ni lo que fuere capaz de imaginar ante un caballero que le pide semejantes cosas y menos aún en qué podría emplearlas. Solo puedo pensar que debió creerme un trastornado, sin mencionar que su curiosidad estaría exacerbada intentando saber para qué podría alguien como yo querer semillas de amapola y algo llamado ajonjolí, que ni me molestaré en preguntar qué diantres haces con ello ni para lo que sirve.

—Es una planta, bobo. Las semillas sirven para hacer aceites y mamá y yo vamos a probar algunas recetas con las semillas. Tía Mel dice que tostadas son como pipas de calabaza y de girasoles en pequeñito.

Maxi suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Solo tú podrías hacerme comprar semejante cosa. —La miró alzando las cejas—. ¿Y las amapolas? ¿También vas a hacernos comer flores?

Amelia miró a su sobrino riéndose:

—Pues lo creas o no, Maxi, algunas son comestibles. Pero no te apures, las semillas, en este caso, son solo para aromatizar.

Maxi resopló y miró a su padre.

—Porque sus dulces son deliciosos que si no pensaría que las mujeres de esta familia han perdido todo juicio y razón si es que en algún momento contaron con ellos.

Cliff se rio mientras que Anna resoplaba mirando a su hermano.

—Maxi, estás a un paso de quedarte sin catar dulce alguno en todo el tiempo que estés aquí.

Él soltó una risotada.

—No hay lugar ni escondite en esa cocina que no sea capaz de encontrar para hallar mi dulce recompensa.

—Si te veo rondando la cocina le diré a Cooker que te dé con el cucharón como hace con el viejo Camus cuando se acerca a su despensa.

Cliff y su hijo soltaron sonoras carcajadas mirando a Anna divertidos.

—No os riais, No estoy amenazando en vano. —Insistía cabezota solo logrando que los dos se riesen más. Cruzó los brazos en el pecho con indignación y miró a su madre—. Voy a ir al pueblo a comprarme un cucharón tan grande como el de Cooker y usarlo sin miramientos.

Julianna se rio:

—Si lo haces, compra uno también para mí pues con el almirante también por estos lares, no dudo necesitemos mucha defensa ante tanto asaltador de cocina.

—Lo he oído, pequeña lianta. Pienso exigir justa compensación por ese agravio innecesario. —Señalaba el duque desde el otro lado mirándola con gesto de falso enfado.

Seamus apareció por la puerta anunciando la cena por lo que todos se dirigieron al comedor. James se apresuró a ofrecer su brazo a Meli y Calvin, hallándose sentado junto cerca de ella, a Marian.

Anna caminaba junto a su abuela y la tía Blanche que obviaron cortesías y no esperaron verse guiadas por los caballeros.

—He de decir que son dos apuestos caballeros. —Sonreía la condesa lanzando una mirada de soslayo a los hermanos bajando la voz.

Anna frunció el ceño mirándolos también. <<Bueno, no podía negar que eran bien parecidos una vez limpios, afeitados y vestidos como Dios mandaba>>, se decía vencida por las evidencias. Sin esas barbas se les veía bien el color de sus ojos, de un azul claro muy destacable, más visibles aún por el contraste con sus cabellos oscuros. Eran altos, fuertes y de aspecto claramente aristocrático.

—Pues en el bosque parecían dos almas perdidas deseosas de hallar un gentil y misericordioso corazón que se apiadase de ellos.

Tía Blanche se rio mientras que la condesa suspiraba con resignación.

—Anna, definitivamente en ti predomina la sangre Mcbeth. —Señalaba tía Blanche aun riéndose entrando en el comedor.

—Anna, pequeña, ven a sentarte conmigo que quiero intentar sonsacarte algunos de esos enredos que cierto caballero ha confesado maquináis tu madre y tú contra el más apuesto de los presentes. —Señalaba el almirante de pie junto a una silla señalando la situada a su lado para ser ocupada por ella.

Anna se rio apresurándose a ocuparla diciendo tras darle un beso en la mejilla:

—No me vais a sonsacar nada, almirante. Mamá y yo estamos decididas a lograr muchos presentes a costa de vuestro paladar.

El almirante soltó una carcajada.

—Cliff, muchacho, ¿qué has hecho para convertir a dulces damitas en belicosas fierecillas? Eres una pésima influencia. —Decía el Almirante tomando asiento tras hacerlo las damas.

—Ah, no almirante, no me achaquéis a mí la fiereza de carácter de las damas Mcbeth. Nacen así y nada podría hacer yo para evitarlo.

Todas las damas, jóvenes y no tan jóvenes se rieron pues, salvo la condesa, todas las presentes eran Mcbeth o eran tratadas como tales.

La cena transcurrió con relajada cordialidad. Calvin y su hermano departieron con todos, aunque quizás menos con el almirante, Anna y Julianna que parecían niños pequeños confabulando contra el mundo ya que se pasaron toda la cena embromándose entre ellos con chascarrillos y burlas.

Tras la cena y el té, se retiraron a la biblioteca todos los caballeros, con Maxi y Sebastian acompañándolos. Tras acomodarse y servir unas copas para todos ellos, Max se centró en la misiva que le entregó Cliff.

—Milores, es evidente el capitán tenía firme inquietud sobre los posibles riesgos y peligros que se cernían sobre sus personas.

Calvin asintió con un sencillo golpe de cabeza.

—Ya antes de la recibir la noticia del fallecimiento de mi abuelo, padre parecía extrañamente inquieto. —Señaló meditabundo—. Como si sospechase que iba a pasar algo.

James asintió asertivo.

—Nos pareció extraño que insistiese tanto en que adelantásemos el viaje por el Mediterráneo pues lo habíamos planeado para el verano, pero supusimos que simplemente sentía extrañeza del mar. No era la primera vez que, tras unos meses en tierra, deseaba regresar a la mar con prontitud. Aunque, en esta ocasión, no solo él sino también el abuelo, parecían interesados en que embarcásemos.

Calvin miró a su hermano y continuó el relato.

—Ambos lo hemos hablado y, ahora, comprendemos que, quizás, ambos sospechaban que querrían atentar contra nosotros y nos alejaron del supuesto peligro. De hecho, querriamos saber si la muerte de nuestro abuelo se produjo por causas naturales o si antes que mi padre y que nosotros, él fue también blanco del barón, pues con pruebas o sin ellas, estamos seguros él es el responsable de lo ocurrido.

Cliff le sostuvo la mirada con gesto serio:

—Habládnos del barón.

Calvin negó con la cabeza cerrando los ojos ligeramente.

—Solo podemos decir lo que sabemos de boca de otros pues ni James ni yo habíamos visto al barón y antes a su padre más que en el funeral de nuestro padre, cuando éramos unos niños. Quiero decir, de nuestro verdadero padre.

Cliff asintió como si comprendiese.

—Del anterior barón solo sabemos que era un hombre despiadado, egoísta y, sobre todo, carente de escrúpulos. Amasó una fortuna en Jamaica como negrero y según nuestro abuelo era un tipo despreciable que no merecía más que la horca, al menos si las leyes fueren del todo justas, pero murió en su lecho sin sufrir más que por sus propios vicios, especialmente la bebida.

James suspiró antes de continuar lo que decía su hermano:

—Su hijo se parece a él, al menos eso aseguraban tanto nuestro abuelo como nuestro padre. A decir de ellos, parecía que, tras pasar un par de años en su plantación de Jamaica, regresó tan envilecido como su padre, aunque con unos vicios algo más graves. Al parecer, es adicto al opio y algunas de esas sustancias que hay en fumaderos y locales clandestinos y ha sido ese vicio el que le ha llevado casi a la ruina. Ha perdido

la fortuna de su padre y prácticamente ha llevado las propiedades de su familia a la quiebra.

—Desde luego, su aspecto de hoy delataba ese vicio. —Señaló Ethan con tirantez—. ¿Qué relación tiene con Sir Dennilson? Aparte de ser ambos de la misma ralea despreciable por lo que escuchamos.

Calvin negó con la cabeza:

—No sabría decirlo. Desconocemos a ese Sir Dennilson. Es de suponer que debe haber algún acuerdo entre ellos que les beneficie en caso de lograr eliminarnos.

El conde inspiró y expiró pesadamente.

—Sir Dennilson es uno de esos personajes de la baja aristocracia que se vale de lo que sea para ganar algo de dinero pues no procede de una familia con fortuna ni propiedades. Tiene un criadero de perros de caza y a mis oídos ha llegado que organiza atroces peleas clandestinas de perros, gallos e incluso de hombres sin reglas ni escrúpulos. Sí, debiéremos juzgarlos asociados en algo no demasiado lícito y menos honorable.

Cliff caminó hasta la chimenea y giró apoyándose después en el marco de la misma mirándolos a todos, especialmente a Calvin y James:

—Vayamos paso a paso. Lo primero es encontrar vuestro barco y poner a salvo a la tripulación que esperemos aún continúen sanos y salvos. Después, habremos de asegurar la captura y ajustamiento del capitán del otro navío y su tripulación. Encontrar pruebas de la vinculación del barón, presumo, por mucho opio que consuma, no será fácil pues no será tan estúpido. De cualquier modo, si las hay, las encontraremos tarde o temprano, más, milores, no habéis de descuidaros. Aunque ahora no puedan atacarles frontalmente sin colocarse como claros culpables de pasaros algo, no dudéis que ese tipejo intentará salirse con la suya en algún otro momento.

—Sí, supongo que es cierto. —Convino Calvin.

A primera hora de la mañana, Anna se encontraba enredando en la cocina con Cooker cuando escuchó la voz de su padre en el arco de la puerta.

—Buenos días, Gatita.

Se giró sonriendo incluso antes de mirarle y, limpiándose los restos de harina de las manos, fue a la puerta donde se hallaba su padre para abrazarle y besarlo.

—Buenos días, papá. ¿Vas a salir a cabalgar temprano?

—Voy a ir con los gemelos. Prefiero asegurarme de que no hacen de las suyas por la propiedad del abuelo.

Anna se rio.

—¿Puedo subir al salón del almirante a tomar el desayuno con él y con mamá?

—Claro, cielo. Ya estará despierto. Ve a mi habitación y recoge a tu madre. Estaba terminando de vestirse cuando he salido.

—Estupendo. Acabo de hacer los bollitos que le gustan al almirante para untarlos con la mermelada de Cooker.

Cliff la abrazó fuerte:

—¿Y no les has preparado bollitos a tu querido, amado y encantador padre?

Anna se rio alzando los ojos.

—Te he hecho bizcocho de nueces.

—Esa es mi gatita.

Se reía abriendo los brazos tras besarla en la cabeza e ir directo a la mesa donde Cooker ya le servía una taza de café mirándole con reprobatoria resignación, como era su costumbre cuando él tomaba el café y el primer bocado en la cocina como si fuere un niño travieso.

—Papá. -lo llamaba con aire distraído sentándose frente a él tras unos minutos—. He estado pensando.

Apoyó la barbilla en las manos mirándolo con fijeza mientras él comenzaba a esbozar una sonrisa.

—Miedo comienzo a sentir. Tú, pensando.

Anna frunció un instante el ceño reprendiéndolo con la mirada, pero enseguida continuó:

—Cuando tenga mi pastelería, ¿seré una lady comerciante como mamá y tía Mel?

Cliff la miró frunciendo el ceño apartando la taza de café:

—¿Una lady comerciante? ¿Dónde has oído semejante cosa?

Preguntaba, no obstante, saber que aún algunos aristócratas desdeñosos, rancios y sobre todo envidiosos, desaprobaban el que algunos de su clase se dedicaren al comercio como los burgueses y algunos e incluso tuvieren profesiones. Tanto a él como al resto de su familia les eran indiferente ese tipo de comentarios sobre todo porque, juzgaban, provenían de mentes estrechas que envidiaban la fortuna de las Mcbeth y el que éstas hicieren precisamente oídos sordos a esos comentarios.

Anna se encogió de hombros.

—Una tarde, en Vauxhall. Una mujer le dijo a otra que las damas que trabajaban dejaban de ser damas y la otra le contestó, mirando a mamá y a tía Mel que paseaban por el otro lado, que ellas eran comerciantes y que, a pesar de eso, nadie les negaba el saludo ni dejaba de considerarlas damas. Entonces, la primera insistió y dijo que eso solo era debido a que tú y tío Max erais sus esposos, no a que aprobasen lo que ellas eran ni quiénes eran.

Cliff gruñó:

—Anna, nunca escuches y menos hagas caso de lo que digan o piensen esas personas mezquinas pues solo dicen tontunas y sandeces por pura inquina y envidia.

Anna sonrió de oreja a oreja:

—Ya lo sé. —Respondió tajante—. Si he de elegir prefiero ser comerciante antes que lady. Tía Blanche no es una lady y no hay dama más inteligente, elegante y buena que ella. De mayor seré como ella, aunque espero heredar la mirada imperiosa de la abuela y ese gesto regio que hace cuando afirma algo como si fuere una ley de obligado cumplimiento.

Cliff soltó una risotada.

—Ay, gatita, no cambies nunca. Y no habrás de preocuparte, no has de elegir entre ser una lady y una comerciante, como tú dices, podrás ser ambas cosas y lograr que los desdeñosos te envidien sin límites.

Anna se rio poniéndose de pie y rodeando la mesa abrazó por la espalda a su padre que continuaba sentado y, tras besarlo en la mejilla, salió a la carrera escaleras arriba diciendo alzando la voz:

—Cooker no dejará que te acerques a las tartaletas de manzana. Te quiero mucho, papá, pero le he ordenado que dé con el cucharón a todo el que se acerque a las tartaletas.

Escuchaba las risas de su padre mientras subía a la carrera a la habitación de su madre.

Entró en la habitación sin llamar, pues solían hacerlo ella y su hermana Meli, cuando sabían que estaba solo ella.

—Buenos días, mamá.

Julianna giró el cuerpo para verla tras notar su reflejo en el tocador y poniéndose en pie la saludó:

—Buenos días, cielo. —Sonrió—. Por los restos de tu vestido y manos, no te preguntaré si has estado horneando temprano.

Anna se acercó y la besó en la mejilla.

—Quería un poco de tranquilidad para hacer la base de la tarta que será uno de mis dos postres para el almirante. —Sonrió orgullosa—. Estoy segura no averiguará de lo que está hecha.

Julianna se rio.

—Deberemos asegurarnos un buen premio para nuestra victoria.

Anna se rio.

—Yo ya sé lo que voy a pedir. Marian y yo queríamos ir a ver alguna representación y pediremos que nos lleve a las dos.

Julianna sonrió:

—Me parece bien, siempre que tu padre y el tío Ethan consientan. Aún sois muy jóvenes para ir sin nosotros al teatro, aunque el almirante sea vuestro acompañante.

Anna asintió con un golpe de cabeza.

—¿Tomamos el desayuno con él en su salón? He hecho sus bollitos para mermeladas preferidos. Papá está en la cocina esperando a Meli y Maxi. Van a ir a montar un rato. Supongo que Simon seguirá dormido. —Resopló—. Es un dormilón.

Julianna sonrió.

—Adelántate. Iré avisando para que nos sirvan el desayuno en el salón del almirante e iré a ver si tía Blanche está ya arreglada. Seguro gusta acompañarnos.

En cuanto salió de las habitaciones que ocupaban sus padres, se apresuró a cruzar el corredor que llevaba hasta las habitaciones del almirante que estaban en la zona norte. A él le gustaba quedarse en el ala cuyas habitaciones estaban orientadas a los jardines frutales. Al girar con prisas en uno de los recodos, chocó con un cuerpo y sin tiempo a verle ambos cayeron de bruces al suelo.

Al enderezarse ligeramente, apoyando ambas manos a los lados, quedando sentada en el suelo, miró a su derecha donde hubo caído el otro cuerpo y que también se enderezó rápidamente. Lord Calvin la miró de arriba abajo y emitió un suspiro que a ella le sonó cansado o resignado.

—Lo lamento, milady, no os había visto. —Decía poniéndose en pie para de inmediato ofrecerle la mano y ayudarla a enderezarse del todo.

—No os disculpéis, milord, presumo ha sido mi falta. Iba corriendo sin mirar.

Una vez en pie los dos, de nuevo notó como lord Calvin la miraba de arriba abajo y podría jurar que, de un modo ligeramente desaprobatorio, como si fuere una niña pillada en falta, lo que la hizo fruncir el ceño.

—Empiezo a entender por qué os confundimos con una mera mucama. ¿Gustáis siempre ir con ese aspecto? —Decía alzando una mano pasándole el pulgar por la mejilla retirando un ligero rastro de harina.

Anna resopló alzando el rostro con testaruda altivez:

—¿Y vos, milord, tenéis siempre la costumbre de dirigiros a las damas de un modo tan descortés como parecéis hacerlo cada vez que me veis?

Calvin sonrió:

—No os ofendáis, al menos no más de lo que ya lo estáis, pero, milady, vos sois aún una niña, no una dama.

Anna marcó aún más su gesto contrariado:

—Tengo dieciséis años, milord, no soy una niña. Y siendo sincera, no creo que vos seáis un caballero, aunque sí tengáis la supuesta edad para ser tildado de tal.

Calvin soltó una risotada que resonó aún más con el eco del corredor.

—Dejémoslo entonces en tablas, milady. Ni yo soy un caballero ni vos una dama. —Vio que Anna abría la boca para protestar airadamente y se apresuró a añadir—: Aun.

Anna lo rodeó con gesto imperioso resoplando:

—Milord, me marchó pues he de reunirme con quién sí que es todo un caballero.

Giró para mirarle y le sacó la lengua en un gesto infantil antes de apresurarse a girar y salir casi a la carrera hacia el fondo del corredor, escuchando, sin embargo, la risa de él a su espalda.

Tras el desayuno en el saloncito privado del almirante en compañía de éste, su madre y tía Blanche, Anna se apresuró para regresar a su dormitorio y ponerse un vestido de mañana pues el que llevaba se encontraba lleno de manchas, prueba inequívoca de haber estado enredando en la cocina. Bajó a tiempo de la llegada de su padre y los gemelos al comedor del desayuno, donde ya se encontraban casi todos los ocupantes de la casa, incluidos Julius y Aldo que parecían divertidos con algo que les contaba el conde. Tras saludar en general a toda la mesa se sentó junto a su padre, con esa mirada de determinación que Cliff conocía tan bien y que conllevaba que tenía algo rondándole la cabeza y que no pararía hasta lograrlo.

—Papá, ¿Puedo ir a Saint Joseph? Mamá me ha dicho que ella irá mañana. He preparado un par de bizcochos y panecillos y aprovecharé para dejar los libros que les ha comprado tía Mel. Además, así puedo leer un poco a los más pequeños.

—Precisamente hablábamos de acercarnos a la propiedad de los tíos Cloe y William pues se les esperaba para ayer. Aldo y Julius quieren que comprobemos si Albert ha llegado y Maddy, por su parte, mencionaba a Luisa.

—William nos dijo que llegarían ayer. —Intervenía Simon desde su asiento aun masticando.

Anna se rio negando con la cabeza pues Simon formaba, junto a sus primos Alexander Chris y Ronald, este último el hijo de la otra hija del almirante, lady Eugene y su esposo lord Jonas, así como con William, el hijo de los marqueses de Drundy, a los que todos llamaba tío William y tía Cloe, una peligrosa camarilla de amigos desde la cuna. Miró a su hermano y primo sentados codo con codo y señaló:

—Dios nos libre de los desastres que ocasionaréis ahora que os juntaréis de nuevo todos.

—Falta Ronald. —Respondió Chris apurando su taza de café.

—Los tíos Eugene y Jonas y los niños llegan en la tarde de hoy. —Señaló Adele con su característico carácter templado.

—¿Entonces puedo ir al orfanato? —insistía mirando a su padre.

Cliff asintió.

—Os dejaremos a tía Mel y a ti antes de ir a casa de los tíos.

—Estupendo. —Miró en derredor—. ¿Dónde están Maxi, Meli y Sebastian?

—En los establos con lord Donver y lord James, seleccionando monturas para estos ya que les van a acompañar al pueblo para que lo conozcan. De hecho, iremos todos juntos. —Contestaba Amelia mirando a su sobrina.

Anna se tragó un exabrupto. No le agradaba ese tonto de lord Calvin, aunque por lo que Marian y Meli dijeron la pasada noche antes de acostarse cuando se quedaron las tres charlando en el dormitorio de Meli, ambas consideraban a los dos hermanos apuestos, encantadores y, en palabras de Meli, lord James era un caballero cuya compañía no desdeñaría.

—¿Por qué frunces el ceño, gatita? —Le preguntó Cliff bajando la voz e inclinándose ligeramente hacia ella.

Anna se encogió de hombros.

—Aún he de terminar uno de los postres del juego del almirante, así que tienes que prometerme venir a recogerlos al orfanato con tiempo.

Cliff sonrió sabiendo que no sería ese el pensamiento que le hacía fruncir el ceño pues su pequeña era idéntica a Julianna y bien la sabía interpretar, pero no insistió y asintió.

—Os recogeré a la tía y a ti a tiempo.

—No, Cliff. —La voz de Max los hizo a los dos mirarlo—. No te apures, yo las acompañaré a Saint Joseph y me quedaré con ellas. De todos modos, quería visitarlo para hacer un listado de los enseres que los niños necesitan. Mi esposa, —dedicó una sonrisa dulce a Amelia—, está convencida de que las hermanas no han previsto que este verano hará mucho calor y, de ser así, debiéremos comprar unos uniformes algo más livianos para que no estén incómodos, además, quiero asegurarme que la construcción del gallinero ha terminado e inspeccionarlo antes de enviar las aves que tía Blanche ha comprado para el orfanato.

—Uy, eso me recuerda, tío Max, que hay que seleccionar un pollito para cada niño. Hemos de regalar uno a cada uno para que lo cuide y se encargue de él.

Su hermano Simon se carcajeó antes de decir:

—Yo sigo pensando que es una idea descabellada. Aún recuerdo los cuatro pollitos que nos regalasteis a nosotros para que los cuidásemos durante el viaje a Grecia y ninguno llegó a su destino y ciertas hermanas se cogieron un berrinche nada desdeñable por la pérdida de tan tierno y emplumado acompañante.

Anna bufó ignorando las risas de su hermano y continuando con su padre preguntó:

—¿Puedo invitar a los niños al almuerzo del día del cumpleaños? Prometo encargarme de vigilarlos y prepararé juegos para ellos.

Lady Amelia se rio, al igual que sus hijas, Amanda y Melina.

—Nosotras, durante el viaje, hemos tenido la misma idea. Tenemos algunas sugerencias para los juegos y habrá premios. —Decía Maddy sonriendo—. Tía Juls y tú tendréis que hacer algunos dulces de más solo para ellos. Nosotras vamos a comprar bastones y barras de caramelo en el pueblo y cintas y lazos para los premios de las niñas y regalos solo para niños. Papá nos va a acompañar.

Max miró a sus dos hijas con cariño paternal antes de desviar los ojos a Anna.

—Sí, presumo que mientras Juls y tú os dedicáis a hacer magia en esa cocina, nosotros compraremos todos esos supuestos premios y organizaremos las zonas de juegos para el día de la fiesta.

Anna se rio.

—Eso es estupendo. Los niños disfrutarán y seguro nosotras nos divertiremos viéndoles enredar por los jardines.

—Niñas, recordad que tendremos más invitados por toda la propiedad, de modo que habréis de asegurarnos que no enredan en exceso. —Señalaba la condesa—.

Pondremos la zona de los juegos para niños en los jardines de atrás y así las terrazas y los jardines del norte y del este quedarán un poco más despejados y dedicados a los mayores.

—Lo haremos, lo haremos, abuela. —Se levantaba Anna animosa y rodeaba la mesa para alcanzarla y darle un beso antes de mirar a su tío Max—. Voy a por las cestas de los bizcochos y bollos y los libros para salir cuando gustéis.

En cuanto salió del comedor, Max miró sonriendo a Cliff.

—Cada día se parece más a Julianna. Entre Meli, Marian y ella, nos esperan años muy duros espantando moscones y, cuando nos hayamos recuperado de la contienda, deberemos empezar de nuevo con Melina, Maddy, Eugene, Clarissa, Luisa. —Suspiró negando con la cabeza fingiendo agotamiento mientras sus dos hijas se reía traviesas.

—Papá, a nosotras nos falta una eternidad para ser presentadas. —Sonreía Melina.

—Ah, si eso fuera cierto. —Suspiraba teatral—. Más, me temo, no podemos detener el tiempo y dejaros en los felices instantes en que erais encantadoras damitas a las que se cogía en brazos y apenas si decían dos palabras.

Cliff y Ethan se rieron.

—Si eso se pudiese lograr, no habría caballero que no dejare a sus hijas en tan tierna infancia, para siempre, a salvo de pretendientes truhanes y canallas.

Amelia, Adele y la condesa se rieron.

—No todos los caballeros serán tales. Alguno ha de haber que sea bueno. —Sonreía la condesa mirando a los caballeros.

—Ninguno lo bastante bueno. —Respondieron los tres tajantes casi al unísono.

Tras pasar una mañana muy divertida con su tía Mel y los niños del orfanato, Anna obvió nada más y se quedó en la cocina terminando los dulces con su madre y Cooker, evitando algún oportuno intento de asalto de alguno de los varones de la familia, de todas las edades, a los que echaban con aguas destempladas de sus dominios como les decían cucharón en mano cada vez que intentaban hacerse con alguna presa.

Antes del almuerzo se reunieron en el salón previo. Tras asearse, Anna se unió a los demás a los que ya se habían incorporado los marqueses de Drundy, lord William y lady Cloe, y sus cuatro hijos, William, de quince años, Clarissa de catorce, Luisa de doce y el pequeño Albert de seis. Al igual que el conde y su familia, durante parte del año, los marqueses residían en Londres y otra parte en Hertbel Hall, la propiedad cercana a la del conde de Worken en Irlanda.

—Anna, Anna. —Julius y Albert fueron a la carrera hacia ella en cuanto cruzó el umbral de uno de los arcos de acceso al salón previo al comedor.

—Sea lo que sea, la culpa no es mía. —Decía ella entre risas al verlos acercarse sin freno.

Los dos se reían deteniéndose con un saltito final enderezándose a todo lo largo frente a ella, siendo Julius el que señalaba entusiasmado:

—El abuelo dice que Albert, Aldo y yo podremos ayudarle en el juego de los postres. Seremos catadores.

Anna se rio tomando a cada uno de la mano conduciéndolos hacia el almirante que los veía acercarse.

—Menudo tramposo es tu abuelo. —Dijo al llegar a su altura—. De modo que se valdrá de nuevas bocas para ayudarle a vencernos, ¿no así almirante?

El Almirante sonrió lanzándole una mirada impertinente alzando una ceja.

—Pequeñaja impertinente. Ha llegado a mis oídos que tu madre y tú os habéis estado valiendo de libros y consejos ajenos para buscar y hallar algunas triquiñuelas con las que engañar a cierto ajado, pero no por ello menos imponente caballero, de modo que es de justicia que el mismo también se valga de alguna triquiñuela en forma de enanitos golosos.

Anna tomó asiento a su lado riéndose y sentando en sus rodillas de inmediato a Aldo que ya la miraba meloso desde que se acercó a ellos.

—Enanito, tu abuelo intenta usarte como “triquiñuela” para vencerme ¿no lo dejarás? ¿A qué no? Recuerda que me quieres mucho y más aun a mis galletas.

Aldo se reía mirando a su abuelo y a Anna indistintamente desde el regazo de ésta.

—También quiero al abuelo. —El almirante sonrió con henchida satisfacción—. Pero es verdad que me gustan mucho las galletas de la prima Anna.

Esta vez fue ella la que miró con arrogancia al Almirante.

—A ver, vosotros dos. — La voz de Amelia les hizo a los dos girar la cabeza hacia ella—. No enredéis a mi pequeñín en vuestros lances ni me lo convertáis en un maquinador involuntario.

Anna se rio rodeando con los brazos por la cintura a Aldo pegándose su espalda al pecho.

—Tía Mel, no me reprendas pues ha sido el almirante el que ha enredado a inocentes mentes en nuestra contienda que, ahora, ha tornado en batalla campal por los medios de los que se vale para intentar lograr sus viles propósitos.

El Almirante soltó una risotada.

—¿Viles propósitos? Habrase visto tamaño dislate. Jovencita, ahora sí que habremos de combatir en una fiera batalla de la que solo uno saldrá victorioso.

—Ah no, almirante, seremos dos las vencedoras. No os olvidéis de mí. —Le sonrió Julianna sentada junto a Cliff.

—Definitivamente ese marido tuyo os ha convertido a ti y a tus antaño adorables hijas, en temibles fierecillas.

—Y de nuevo me veo en la obligación de recordarle, almirante, —intervenía Cliff riéndose—, que las damas Mabeth nacen indómitas, tenaces y fieras sin necesidad de ayuda alguna.

—Eso. —Aseveraba más de una voz femenina entre risas.

Calvin y James, sentados con sendas copas de jerez entre el resto de los presentes, permanecían conversando relajados con todos ellos. El primero se mantuvo atento a la conversación entre Anna y el almirante desde que ésta se unió a los demás, comprendiendo que parecía una costumbre en ella llegar siempre con un poco de retraso y sobre todo con cierto aire de despiste. También notaba cómo el comandante de Worken sentía debilidad por sus dos hijas, siendo la pequeña la que parecía lograr de él una nota mayor de ternura si cabía. No le pasó por alto que, antes de tomar asiento, le lanzó una mirada de airosa furia lo que denotaba que seguía enfadada con él. Tenaz, había dicho el comandante que eran las damas de la familia, pero a él le surgía la idea, respecto a la jovencita en cuestión, que era más que cabezota. Miró a su hermano James que, de nuevo, departía con la mayor de las hijas del comandante, como en varias ocasiones a lo largo de ese día, lo que le hacía pensar que a su hermano le agradaba más de lo aconsejable la mayor de las hijas del comandante. No debía olvidar hablar con él esa misma noche para recordarle que milady iba a ser presentada en sociedad en pocas semanas lo que significaba que sería una debutante y, por lo tanto, una joven que entraría en el mercado matrimonial y que, salvo que tuviere intenciones serias respecto a ella, debía actuar con cautela, no solo por cortesía y honor, sino por evitar que el comandante y los caballeros presentes en esa sala los despedazasen con saña.

La voz de los más pequeños le hizo desviar los ojos de su hermano y dirigirlos de nuevo a ellos.

—Mamá ha dicho que podremos jugar el día del almuerzo y que vendrán los niños de Saint Joseph. Habrá carreras de sacos, el juego de la herradura, tiro al arco y también atrapar la manzana en el barril de agua sin manos. —Hablaban entusiasmado el más pequeño de todos, Aldo, sentado en el regazo de Anna—. Además, Maddy y Melina serán árbitros y como nos quieren mucho no nos dejarán perder.

—Eso no deja de ser una mera suposición, de hecho, una falsa suposición. Seremos jueces justos y no nos dejaremos influenciar por sentimiento alguno y aunque os queramos mucho, no os ayudaremos a vencer. Eso sería hacer trampas. —Afirmó Maddy tajante mirando al menor de sus hermanos con desafiante diversión.

Aldo refunfuñó, pero fue Julius el que contestó mirándola con gesto de ofensa:

—Pero eres nuestra hermana. Tienes que ayudarnos. Es tu obligación.

Maddy, Anna y algunos de los que estaban más cerca se rieron ante el comentario y su tono acusatorio e indignado.

—¿Mi obligación es ayudarlos a hacer trampas frente a otros niños? — Preguntaba Maddy entre risas—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Julius abrió y cerró la boca varias veces como si fuere a decir algo y rápidamente se arrepintiese para, finalmente, resoplar y refunfuñar al igual que su hermano llamándolas malas hermanas, pero la conversación no fue a más pues Seamus entró para dar el anuncio del servicio de almuerzo, levantándose todos convirtiendo la sala, en un instante, en una ruidosa maraña de adultos y niños en dirección al comedor. Como en las ocasiones anteriores, James se sentó entre Marian y

Meli, mientras que Calvin se dejó guiar por la condesa que lo situó a su lado dejando al otro lado a lady Cloe, marquesa de Drundy.

En esta ocasión, toda la familia parecía esperar una parte del almuerzo en concreto, los postres pues, por lo que Calvin y su hermano escuchaban, iba a desarrollarse un juego entre el almirante y la esposa e hija del comandante, que, a esas alturas, ya sabían gustaban de enredar entre los fogones, con el beneplácito de toda la familia que no veía nada extraño en que damas de la familia cocinasen junto al servicio de la mansión. Para cuando llegó el momento, los lacayos despejaron la mesa dejando solo la vajilla, cubertería y cristalería necesaria para los postres dando pie a una especie de ceremonia que no debía ser excepcional entre ellos pues, tanto el servicio como los comensales, parecían habituados al mismo.

—Bien, bien, mis maquinadoras y sibilinas damas. Denme las pistas pertinentes.

La voz del almirante sonó con fuerza mientras el mayordomo dejaba frente a él una bandeja con tres platos retirando los cobertores de los mismos al tiempo y apartándose para que el resto de los lacayos colocasen en la mesa las bandejas con los postres y dulces para el resto de los comensales.

—Almirante, mal empezáis la contienda si nos tildáis de sibilinas y maquinadoras incluso antes de escuchar las pistas. —Señalaba Julianna riéndose.

—Más, aún con ese mal comienzo, no habéis negado la acusación de fondo que implica ser calificadas de tal modo, pequeña lianta.

Anna se levantó obviando todo protocolo sin que los caballeros de la mesa reaccionasen, y tanto Calvin como James se contuvieron de ponerse en pie por cortesía al haber una dama de pie, pues sus acompañantes les hicieron sendos gestos para que obviasen tal formalidad.

—Veamos, almirante. —Señalaba sentándose de modo relajado en la silla contigua al almirante ocupada por el menor de sus nietos, Aldo, que ella tomó sentándolo en su regazo—. El postre de mamá es una crema de frutos y va acompañada de un pan dulce elaborado con especias de tierras lejanas.

El almirante entrecerró los ojos lanzando una mirada suspicaz a Julianna sentada frente a él.

—¿Especias de tierras lejanas? ¿Qué te propones, pequeña Maquiavelo?

Julianna se rio:

—¿Es necesaria la pregunta, almirante? Vencerle, por supuesto.

El Almirante resopló.

—Argucias y enredos. Eso es lo que os ha enseñado ese esposo tuyo. —Resoplaba antes de desviar de nuevo los ojos hacia Anna de nuevo—. Sigue, tunanta.

Ana se rio:

—Y de nuevo os ponéis en peligrosa posición, almirante, si me llamáis así siendo yo la que ha de daros las pistas que, os aseguro, necesitáis.

El almirante movió frente a ella un dedo de arriba abajo de modo imperioso:

—No me intimidas, pequeña. Continúa. Siguiendo pista para este postre.

Señaló el plato de en medio de bandeja que contenía una especie de pastel.

—Bien, bien. —Sonreía ella orgullosa—. Os daré una pista y también una condición, almirante. Habréis de señalar de qué ingredientes ha sido elaborada la masa de la base del pastel siendo la pista el que os aseguro no es ni harina ni trigo ni cebada.

El almirante la miró frunciendo el ceño y después el pastel con gesto desconfiado.

—Pequeña maquinadora. Umm. Bien, continúa, ¿qué más?

Anna asintió sin dejar de sonreír.

—Bien, el relleno es una crema, como observaréis, y deberéis decir de qué fruta y como no quiero engañaros, notaréis un regusto a un licor que siendo marino deberéis reconocer con presteza.

El almirante alzó una ceja:

—Conociendo lo mucho que te gustan las historias de piratas y sus aventuras, estoy seguro es al ron.

Anna se rio:

—¿Veis, almirante? No somos tan sibilinas, hemos sido buenas y usado un licor que sabíamos reconoceríamos con esta pista incluso antes de probarlo.

—Ah, no, a mí no me engañas, algo habrá tras esa falsa muestra de generosa bondad. —Señalaba mirándola divertido.

—En realidad, solo os dejo entrever que estos enanitos de poco os servirán —removió divertida a Aldo en su regazo que se reía—. Pues sus postres ni llevan licores ni tampoco algunos ingredientes que, sabíamos, no serían del agrado de infantes paladares. Pero no me distraigáis, almirante, aún falta el tercero de los postres. Como veréis es un buñuelo, más, como en el postre anterior, habéis de identificar el elemento esencial de la masa, y os adelanto que está aromatizada con naranja, pero ni el relleno ni la crema con que lo he acompañado están elaboradas ni con ese ni con otro cítrico, pero sí con dos muy aromatizantes elementos uno de los cuales es una hoja y el otro una raíz.[\[1\]](#)

El almirante resopló:

—De nuevo reitero mi consideración inicial. Sois, ambas, unas maquinadoras sibilinas y peligrosas. —Decía mirando indistintamente a madre e hija que se reía con traviesa complicidad. —Seamus. —Llamó al mayordomo alzando la vista hacia su dirección—. Vaya buscando la lista de ingredientes para poder corroborar más tarde cuán profundos han sido los enredos de estas dos damas a las que, a pesar de ello, venceré.

Anna sonrió fingiendo inocencia:

—Promesas, promesas, promesas.

El almirante gruñó mirándola de soslayo mientras tomaba una cuchara, pero antes incluso de tocar postre alguno, Julianna se apresuró a decir:

—Un momento, almirante, se os olvida que hemos de elegir el premio de las vencedoras.

El Almirante suspiró:

—Muy pronto vendéis la piel del oso vosotras dos, confabuladoras.

Anna se rio:

—Pues la piel de mi oso será su palabra de honor de que nos llevará a Marian y a mí a ver una representación en el palco del ducado del Drury Lane, en cuanto regresemos a Londres. Será nuestro caballero toda la noche.

—Uy, sí, sería maravilloso. —Se entusiasmaba Marian desde su asiento.

—Ah, no, no, no. Yo también voy. —Se enderezó ligeramente en su asiento Meli mirando a su hermana.

Ana se rio:

—Bien, bueno, pues nos llevará a Meli, Marian y a mí. Pero habrá de galantearnos como haría un caballero. Nos ha de llevar a cenar, permitirnos beber champagne en el entreacto...

Cliff la interrumpió carraspeando y Anna suspiró deslizando los ojos a su padre:

—Bueno, sin champagne. —Se encogió de hombros—. Había de intentarlo.

Cliff negaba con la cabeza, pero sonreía mientras que el almirante se rio:

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar en caso de derrota. Una noche entera con tres hermosas damitas. Aunque tengan cabecitas peligrosas.

Las tres jóvenes se rieron mirándolo traviesas.

—Bien, por mi parte, —continuaba Julianna—, deberéis prestarme vuestro diario de a bordo de la primera travesía que hicisteis acompañado de Max y Cliff.

Los dos mentados la miraron frunciendo el ceño.

—No, no. No me miréis como si no entendiérais lo que ocurre. Cierta caballero al que no nombraré, —deslizó los ojos sonriendo a Ethan—, me ha asegurado que fue una travesía llena de riesgos para ambos. Riesgos procedentes, especialmente, de cierto duque que estuvo a punto de lanzaros por la borda en más de una ocasión y ardo en deseos de conocer qué pudisteis pergeñar para haceros merecedores y dignos de semejante peligro.

Cliff, Max y el almirante se rieron siendo este último el que señaló:

—Está bien, te lo dejaré leer. Pero. —Se detuvo haciendo un teatral alto mirando a Julianna y a Anna con fijeza unos segundos—. De ser yo el vencedor, vosotras dos elaboraréis solo para mí, cada mañana, los bollitos que me gustan y os aseguraréis que la fiera Cooker me deja tomar esa mermelada especial que guarda para ocasiones que ella tilda merecedoras de tal delicia.

Maxi soltó una risotada:

—Almirante, Cooker defiende esa mermelada con fiereza, como bien sabéis, ni siquiera suplicando deja a uno acercarse a ella.

Anna sonrió alzando la barbilla mirando al almirante con arrogancia:

—Lograré que le deje tomar un poco cada mañana, almirante. Mamá le hará su crema de castañas y yo el dulce de leche de coco que tanto le gusta. No se resistirá.

Julianna se rio mirando a Anna asintiendo.

—Lo sabía. —Las miraba Maxi con gesto acusatorio—. Sabía que mamá y tú la sobornabais con algo para que os dé algunos de sus tesoros.

Julianna y Anna se reían divertidas dando paso a la cata oficial del almirante.

Una hora después, sentados en uno de los salones, aún refunfuñaba el ajado caballero pues no logró vencer, según decía, por las aviesas artimañas de las que se hubieron valido sendas cocineras.

Anna y Marian entretenían a los más pequeños con el juego de los palillos chinos que jugaban frente a la enorme chimenea del salón mientras los demás permanecían repartidos por la enorme estancia con juegos de naipes, libros o simplemente conversando. Pero la tranquilidad de algunos de los presentes se vio interrumpida por la misiva que recibió Cliff que, con discreción, llevó a algunos caballeros a la biblioteca de su padre.

—Milores —miraba con fijeza a Calvin y James—, como suponíamos, no ha sido difícil encontrar vuestro navío estando a la deriva tan cerca de la costa inglesa. Me informa el capitán de una de mis goletas que han traído a toda la tripulación al puerto de Cork por ser el más cercano y los han dejado recuperando fuerzas en el hospital militar. El cuerpo de varios tripulantes fallecidos, que, presumo, eran los que estaban con vuestro padre cuando les atacaron en suelo francés, así como el de vuestro padre, se encuentran en las dependencias de la comandancia a la espera de recibir indicaciones sobre lo que hacer con ellos. Si me lo permitís, diré al capitán de mi navío que él y varios de sus hombres escolten al capitán Crowell a Lancashire, pues, presumo, querréis darle sagrada sepultura en la propiedad de la familia.

Calvin miró a su hermano y suspiró:

—Sería lo mejor, sí. —Miró de nuevo a Cliff asintiendo—. Os lo agradecemos, milord, y sería conveniente que James y yo marchemos de inmediato para Lancashire también.

Cliff asintió:

—Milores, sé que es una petición algo excesiva dadas las circunstancias, más, querría acompañarlos y el comandante Rochester también deseaba estar a vuestro lado cuando deis sepultura a un buen padre y amigo, más, os rogaría retrasásemos el viaje tres días. Dada nuestra ubicación, eso supondría que llegaríamos un día después que mis hombres y el cuerpo del capitán. Dentro de dos días es el cumpleaños de mis hijos y lamentaría sobremanera perder la ocasión de acompañarlos en tan señalada fecha.

James se adelantó a la respuesta de su hermano señalando:

—Por supuesto, milord. Como decís solo llegaríamos un día después y estamos en deuda con vos y vuestra familia. No os privaremos de compartir con vuestros hijos tan señalada fecha.

Calvin convino sabiendo que le debían la vida al comandante y su familia, así como todas las molestias que se tomaron para encontrar a la tripulación de su barco.

—Las naves del almirantazgo continúan buscando, junto con mis otros dos barcos, el navío que os abordó. Daremos con él cueste lo que cueste, más, reitero que acusar a los responsables finales resultará más difícil por lo que, mientras lo logramos, convendría que tomareis precauciones.

Calvin asintió:

—El barón deberá esperar un tiempo para no ser señalado con dedo acusador de ocurrirnos algo a James y a mí, pero comprendemos que habremos de asegurarnos de velar por nuestras vidas pues, ciertamente, estamos seguros volverá a intentarlo de uno u otro modo.

Escucharon un pequeño jaleo fuera y tanto Cliff como los demás se apresuraron a salir encontrándose a casi toda la familia arremolinada en el vestíbulo saludando con una algarabía de risas, exclamaciones y abrazos a los recién llegados.

Max, sonriendo y dirigiéndose ya en dirección al alboroto señalaba:

—Vengan, caballeros, les presentaré al resto de la familia. Mi hermana lady Eugene, marquesa de Furlington y su esposo, lord Jonas, así como a sus hijos, lord Ronald, lady Eugene y el trasto de lord Jason, que es tan revoltoso como mis pequeños Julius y Aldo.

Calvin y James siguieron a todos los caballeros al salón donde se hubieron dirigido todos, incluidos los recién llegados. En escasos minutos fueron presentados antes de que se acomodaren de nuevo en los sillones.

—Anna, Anna.

El más pequeño de los recién llegados se sentó con confianza en el regazo de la jovencita que lo dejó hacer sin oposición.

—Dime, enanito.

Jason sonrió:

—¿Me harás galletas nevadas? He sido bueno.

Anna se rio acomodándolo mejor:

—Bueno de verdad o solo ligeramente bueno. ¿Cuán travieso has sido? Confiesa.

El pequeño se removía riéndose:

—Un poquito, pero mami ha dicho que he sido... —frunció el ceño quedándose dubitativo y girando el rostro buscó a su madre.

—Tía Geny. —La llamó Anna sonriendo y tras esperar que le mirase continuó—. Cierta enanito asegura que ha sido solo un poquito travieso ¿he de suponer que entiendes por ello que ha sido bueno?

—Esencialmente bueno. —Respondió lady Eugene.

—Eso. —Exclamó Jason mirando a Anna—. Eso era. He sido eso.

Anna se rio zarandeándolo bromista.

—Eso, eso. ¿Así que esencialmente bueno, enanito revoltoso?

Jason se reía encantado.

—Te haré galletas, enanito. Las galletas nevadas que te gustan, pero más te vale darme más besos, abrazos y dedicarme más sonrisas que a ninguna otra dama del salón.

—¿Más qué a mami también? –Preguntaba frunciendo el ceño.

Anna fingió meditarlo:

—Bueno, a mamá te dejo darle más besos, abrazos y dedicarle más sonrisas. Pero solo a ella. Soy una dama muy celosa.

—Celosa no, lo que eres es una dama muy acaparadora, Anna. –Se reía su hermana frente a ella—. Tienes a toda esta panda de enanitos golosos desfilando al ritmo de tu tambor solo a cambio de galletas y trozos extras de tartas.

Anna se rio:

—Es lo que tiene poseer cierto talento, Meli. Soy el flautista de Hamelín, pero, en vez de flauta, llevo dulces con los que atraer hacia mis redes a mis pequeñas víctimas.

Su hermana empezó a reírse divertida:

—Anna, menudo ego el tuyo. ¿Así que tienes un talento? Y nada menos que como el del flautista de Hamelín.

—¿Qué puedo decir? Algún miembro de esta familia había de tener algún talento destacable. –Respondió ella con petulante arrogancia.

Cliff soltó una risotada desde su ubicación.

—Gatita, pecas de arrogante en exceso pues, aun gozando de ese talento, no es correcto jactarse del mismo con tanta autocomplacencia.

Anna se rio entre dientes y miró de nuevo a su hermana mientras decía:

—Incluso papá reconoce que soy talentosa.

De nuevo Cliff soltó una risotada negando con la cabeza:

—Talentosa y arrogante, no lo olvides.

Anna se puso en pie dejando a su lado a Jason al que tomó de la mano:

—Vamos, enanito, demostraremos cuán eficaz es mi talento. Si me acompañas a la cocina te daré unas ricas galletas de almendra. –Giró el rostro en dirección a la alfombra frente a la chimenea—. Venid a la cocina, víctimas mías, que voy a daros ricas galletas.

Julius, Aldo y Albert se pusieron en pie de un salto y, corriendo, se colocaron a su lado.

—Milores, miladies. –Decía ella mirando en derredor a algunos adultos—. Si me disculpan, mi talento reclama a sus víctimas.

—Vamos a tener que empezar a controlar ese supuesto talento tuyo, Anna. No conviene colocar bajo tu yugo a esas víctimas que luego no hacéis más que enredar. –

Sonreía la condesa viéndolos caminar decididos hacia la puerta que conducía al corredor.

—Ah, pero, qué triste sería la existencia de ciertos adultos ociosos de no tenernos a su alrededor enredando. Estaría triste, vacía, carente de emociones y aventuras. — Contestaba ella en tono teatral sin detenerse.

—Arrogancia, Anna, arrogancia. Ese es sin duda tu mayor talento. —Escuchaba decir a su abuela dejándola a su espalda.

—Lady pastelera de pacotilla. —Añadía su hermano Maxi risueño alzando la voz.

—Y orgullosa de serlo, canalla de medio pelo. —Respondió ella ya desde el pasillo solo escuchando después las risas de Maxi dentro del salón.

—Papá, hemos de hacer algo con esa insolente respondona que ha resultado la menor de mis hermanas, —señalaba Maxi sonriendo—, bien es cierto que Meli no le anda a la zaga.

Meli resopló:

—Maxi, estás a un paso de recibir un golpe en eso que llamas cabeza.

Cliff se rio mirando a su hija y después al mayor de sus hijos:

—Maxi, creía haberte enseñado a congraciarte con las damas bonitas. Recuerda que siempre es mejor tenerlas a tu favor que no en tu contra, sobre todo sin son inteligentes y decididas como las damas Mcbeth.

Meli se rio mirando a su padre y después a su hermano:

—Eso, Maxi, congráciate con esta bonita e inteligente dama.

Maxi se rio, pero fueron Simon y sus compinches, como se llamaban entre ellos, Alexander, Chris, Ronald y William, los que hablaron para pedir permiso para salir a montar a caballo e ir al pueblo.

—Podéis ir, pero tened cuidado y no alborotéis a las gentes del pueblo y eso incluye a las jovencitas del lugar.

Los cinco amigos se reían apresurándose a salir en dirección a los establos.

—Ya no los veremos hasta la cena. — Suspiró pesadamente Adele mirando a su esposo.

Ethan se rio:

—De tales palos tales astillas, amor. Lo raro sería lo contrario.

—Mañana podríamos ir a pescar. —Sugirió de pronto Cliff—. Seguro a más de uno de los caballeros presentes le agradecería tomar el aire y pescar dejando a un lado los pesares diarios. Esos caballeros que tan presurosamente han salido en pos de mejor diversión, serán los primeros en tomar sus cañas.

Julianna sonrió negando con la cabeza:

—Le diré a Cooker que os prepare a primera hora cestas para almorzar en la orilla y así os veréis libres para disfrutar vuestro día al aire libre cuanto gustéis, mientras, nosotras, ultimaremos, libre de interrupciones inoportunas, los últimos detalles para el almuerzo y el baile de cumpleaños.

Cliff besó a Julianna en la sien y en la frente en un gesto de cariñosa complicidad riéndose suave:

—¿Intentas decirnos, cielo, que os interrumpimos inoportunamente en vuestros quehaceres?

—¿Yo? ¿Decir tal cosa? Dios me libre de ser tan abruptamente sincera. — Respondía mirándolo con picardía haciendo que todos los caballeros se riesen.

—Dejas en evidencia de quién han heredado ciertas cualidades mis dos pequeñas. —Se reía Cliff de nuevo besando a su esposa—. Esa impertinencia es una muestra inequívoca de ello.

Julianna se reía traviesa alzando los ojos a su marido:

—Cómo si el padre de esas pequeñas no fuere tanto o más impertinente que su madre.

Meli miró a su hermano suspirando teatralmente:

—Estamos abocados al desastre, al peor destino posible. Nuestros padres nos han marcado desde la cuna.

Maxi soltó una carcajada:

—Es cierto. Cada vez que nos reprendan por algún motivo no habremos más que decir que ellos fijaron la senda y nosotros no hacemos sino continuarla sin posibilidad alguna de corregir nuestro destino.

—Ciertamente, ciertamente. —Se reía Meli mirando a sus padres con aire travieso.

—Cuánto habéis de aprender los jóvenes— suspiraba Cliff—. Os reprenderemos no sin motivo y os marcaremos la adecuada senda a seguir y que, vosotros, por costumbre, parecéis decididos a obviar inconscientemente en aras de un destino menos atinado.

Maxi y Meli se rieron divertidos por la mirada de falso reproche de su padre.

Al día siguiente, temprano, Calvin bajó para reunirse con los hijos del conde y el comandante Rochester pues iban a enseñarle la propiedad y cabalgar por los terrenos cercanos a los acantilados y que, aseguraban, eran de una gran belleza a primera hora de la mañana. Se topó con el comandante cuando descendía por las escaleras principales que enseguida le saludó cortés:

—Buenos días, milord.

—Comandante. —Respondía con aire relajado consciente de que ya de natural saludo, usaba su rango en la Marina y no su título.

—Si gusta, contamos aún con tiempo para tomar un café y algo caliente antes de salir. Nosotros solemos desayunar al regresar, más, también tomamos café y algún bollo antes de la salida.

Calvin sonrió:

—Me gustaría, sí.

—Podéis tomarlo en el comedor de mañana, más, si gustáis, os invito a acompañarme a la cocina. Acostumbro a bajar a tomar café temprano allí.

Calvin frunció ligeramente el ceño sorprendido por la costumbre, pero, limitándose a asentir, se dejó guiar hasta la parte de las cocinas.

—Buenos días, gatita.

Escuchaba al comandante decir en cuanto se detuvo bajo un enorme arco que daba al comedor contiguo a unas enormes y modernas cocinas.

—Buenos días, papá. —Enseguida apareció Anna acercándose a su padre dándole un beso y un abrazo cariñoso.

Calvin se quedó un poco rezagado sabiendo que aún no le habían visto ni ella ni el servicio que estaba por allí, trabajando o desayunando, limitándose a hacer una cortesía a su señor antes de seguir con lo suyo, como si no estuviere uno de los señores en la cocina. <<Curioso>> pensó al verlo. Cliff se dejó guiar por su hija a una enorme mesa donde había bandejas de bollos, pasteles y bizcochos.

—Observo, gatita, que, a pesar de resultar vencedora de la contienda, has hecho bollos de los que tanto gustan al almirante.

Anna se reía sentándolo en un banco mientras una oronda mujer le servía café y le acercaba mermeladas y algunas cosas.

—No seas malo, papá. Me gusta hacerle sus bollos y también tomar el desayuno con él en su saloncito. Además, hoy nos acompañarán los enanos porque van a, y cito sus palabras, preparar adecuadamente su estrategia para la batalla de mañana. Presumo que intentarán ganar cuantos juegos y premios puedan, aunque no les diremos hasta el final que hay premios para todos los niños, así estarán entretenidos hasta entonces.

Cliff sonrió negando con la cabeza y girándola hacia la puerta señaló:

—Pase, milord, no se quede ahí. Aprovechese pues tiene a su alcance bollos recién horneados.

Anna giró como un resorte y al verlo acercarse frunció el ceño.

—Buenos días, milady.

La saludó acercándose a la mesa sin dejar de observarla, así como su atuendo pues llevaba un sencillo vestido con un delantal con rastros de harina y otras cosas que presumía pruebas de su actividad anterior.

Anna resopló girándose orgullosa respondiéndole con un seco:

—Buenos días, milord.

—Cooker, por favor, sirva una taza de café a lord Donver que, presumo, necesitará entrar en calor en estas tempranas horas. —Indicaba Cliff mientras a él le señalaba con un dedo el banco frente al suyo para que se sentare a la mesa con él.

Calvin sonrió sentándose frente a Cliff.

—Huele a manjar de los dioses. —Señaló inhalando el aroma a pan, bollos y bizcochos recién horneados.

—Y sabrán de igual modo, se lo aseguro. — Cliff se reía pasando un brazo por la cintura de Anna que, de pie a su lado, le ponía varias cosas en un plato—. Son las creaciones de esa encantadora señora que le sirve el café y a la que todos llamamos Cooker y que no es sino la que defiende el fortín de la cocina de todos los asaltadores de estos lares. —Escuchó la risa de la mujer que lo miraba divertida a pesar de ser su señor—, y, por supuesto, de mi pequeña lady pastelera. —Añadía con claro deje de orgullo tiñendo tanto su voz como su mirada

Alzó los ojos hacia Anna que se rio mirando a su padre.

—Papá, aunque me llames así no pienso dejarte entrar a hurtadillas en la cocina ni decirle a Cooker que no te dé con su cucharón cuando pretendas robar bollos.

Cliff soltó una risotada soltándola.

—Eres demasiado dura con tu padre, gatita.

Anna se rio sentándose a su lado.

—Cooker os ha hecho empanada y el pollo que le gusta a tío Ethan para vuestras cestas de pesca y yo os he metido pastelitos de crema y pasas y bollos de almendras.

—Gracias, tesoro. —La sonrió Cliff inclinándose y besándola en la frente antes de que ella se enderezase y mirase más allá en dirección a los hornos lo que Cliff imitó sonriendo de inmediato—. ¿Estás horneando una buena provisión de galletas para tus esclavitos?

Anna se rio.

—Estas son para mañana, pero he de hacerlas antes de que las vean los enanos o no dejarán ni una. Cooker y yo estamos haciendo cosas para la merienda de mañana y escondiéndolas en la despensa o nada llegará a las mesas del jardín.

De nuevo Cliff se rio.

—Cruelles, sois cruelles. Privar a los caballeros de esta familia de esos manjares. —Chasqueó la lengua divertido. Cliff miró a Calvin sonriendo—. Como veréis, milord, las damas de esta familia son talentosas, más, también, fieras contrincantes. Si no les agradáis vuestro futuro se torna sombrío, gris y carente de dulces manjares.

Anna se rio apoyando la cabeza en el brazo de su padre tras volver a tomar asiento junto a él.

—Siempre consigues enredarnos a todas, papá, así que tu futuro está lejos de tornarse de tal modo. Nos tienes a todas embelesadas, o, como gusta decir a tía Blanche, vilmente engañadas.

Cliff se rio lanzando una mirada traviesa a su hija y después a Calvin.

—Debería darte vergüenza, Cliff, atiborrarte de dulces sin avisar a tus acompañantes.

La voz de Ethan, que entraba decidido, les hizo girar la cabeza y a Anna levantarse y correr a abrazar a su tío.

—Buenos días, tío Ethan. No te enfades. Te he guardado un par de panecillos de especias.

Ethan sonrió besándola en la frente:

—Así me gusta. Una damita buena para con su tío predilecto.

Anna se rio divertida dejándolo acomodarse junto a Cliff mientras ella iba a un lateral y regresaba con unos panecillos aún calientes del horneado que ponía frente a su tío antes de salir presurosa hacia los hornos y sacar varias fuentes de galletas. En cuanto las dejó en lugar seguro se acercó a su padre.

—¿Puedo subir al saloncito del almirante?

—Sí, cielo, sube ya si quieres. Dile al almirante que regresamos en una hora y que, tras el desayuno, marcharemos a nuestro día de pesca. Avisa también a tus hermanos y primos para que estén listos.

Anna asintió antes de agacharse y besar a su padre en la mejilla y ya giraba para salir a la carrera cuando su padre la detuvo.

—Nenita. Esta tarde pasaremos el tío Max, tú y yo a caballo. Llevas días sin subirte a tu montura.

Anna suspiró frunciendo el ceño:

—Ya sé montar, papá.

—Lo sé, cielo, pero cuando te pasas mucho tiempo sin montar, luego pasas miedo.

Anna suspiró pesadamente.

—Está bien, pasaremos esta tarde.

Cliff asintió y le dedicó una sonrisa cariñosa antes de girarla y darle un suave empujoncito:

—Anda, ve a embelesar a tu ajado almirante y a engatusarlo con los bollitos con mermelada.

Anna se rio y salió a la carrera y, en cuanto la supo lejos, miró a Ethan:

—No logro que deje de temer a los caballos.

Ethan apartó la taza de café tras apurarla:

—Pero no puedes forzarla demasiado. Como bien dice, ya es una buena amazona, no necesita que la obliguemos a montar.

Cliff se dejó caer desgarbadamente en el respaldo del banco:

—Lo sé, pero no me agrada saberla asustada con algo. No es solo que no le guste montar, sino que le asusta. Así como a Meli le encanta montar, cabalgar y todo lo relacionado con los caballos, Anna se asusta incluso teniéndolos cerca.

—No la azuces demasiado hacia los caballos, Cliff. Si no le agradan, lo único que conseguirás es que sienta más aprehensión por verse empujada hacia ellos.

Cliff suspiró:

—Está bien. No la presionaré más. Vamos, termina de zampar que seguramente Max ya esté en los establos esperándonos.

Para cuando regresaron a la hora del té de la tarde tras pasar el día de pesca con los caballeros y sus hijos más mayores, James y Calvin subieron a asearse en sus habitaciones.

—Has de reconocer que son una familia peculiar. —Sonría James caminando hacia las escaleras para reunirse con todos ellos en el té de la tarde.

—Si por peculiar te refieres a que no son como la mayoría de los rancios y retrogradas aristócratas, sí, desde luego sí lo son. Pero no olvides ni quienes son ni la posición que ocupan. Te recuerdo que, en ese salón de abajo, están los cabezas de tres de los más reputados linajes de las Islas y tampoco se quedan atrás el resto de los invitados, como Lord Drundy. Eso, sin olvidar, que la señora Brindfet posee una de las mayores fortunas del continente. No es de extrañar que incluso los más recalcitrantes defensores de las tradiciones, si no se postran, al menos, se aseguran muy mucho de no ofenderla a ella y los suyos de modo que llegue a sus oídos, al comandante de Worken o a cualquiera de sus familiares.

—Bien, supongo que todo eso es cierto, más, yo me refería a la manera de comportarse de todos ellos. Lejos de formalidades, de las rígidas normas de nuestra clase e incluso obviando reglas que otros consideran sagradas. Sin ir más lejos, ¿Dónde se ha visto que una vizcondesa o su hija realicen actividad alguna en la cocina?

Calvin se rio:

—Su padre llama a esa jovencita lady pastelera. No parece en modo alguno desaprobador la afición de su hija como tampoco la de su esposa.

—Ni él ni ningún otro miembro de la familia ya que asumen como algo normal esa actividad e incluso la alientan. Incluso el conde parece apreciar esa cualidad en ambas.

Al llegar al salón se acomodaron con sus anfitriones.

—¿Por qué no podemos quedárnoslo?

Preguntaba unos minutos después uno de los pequeños a lady Amelia que entraba con algunas damas al salón de la mano de los más pequeños.

—Cielo, vosotros ya tenéis mascota.

Aldo miró entonces a Anna que caminaba a su lado con Jason.

—Prima Anna, el conejito es tuyo, podrías regalárselo al que quieras. Si me lo regalas, prometo cuidarlo bien.

Anna se rio.

—¿Y quién cuidará de mí cuando tu madre me envíe con los angelitos en venganza?

—Ni lo dudes. —Aseveraba ella sentándose junto a la condesa y, tras acomodarse, miró a Cliff—. Advertí que no permitierais a mis trastos ver cierto animalito y hete que ahí estaba, tan feliz y contento, en el salón de baile indiferente a

que éste fuere decorado para el baile. Ahora no habrá forma de quitarles de la cabeza el intentar hacerse con él.

Anna sonrió:

—Lo siento, Aldo, pero el conejito está destinado a ser la mascota de los niños del orfanato. Después de todo tú tienes un caballito, un pájaro como todo un pirata y sobre todo a tu hermano Julius que no deja de ser una mascota revoltosa.

Aldo se rio pillo mirando a su hermano mayor que bufaba en queja.

—Podrías encontrar a algún hermanito del conejito y regalármelo. —La miraba pedigüeño.

Anna lo sentó en su regazo sonriéndole:

—No me mires con esos ojitos engañosamente tiernos que eres capaz de hacerme buscar ese hermanito para ti y no creo que sea buena idea enfrentarnos a los idus de tu madre como consecuencia de ello.

Aldo suspiró pesadamente.

—Venga, trasto, cuéntenos los planes que tenéis para lograr vuestras victorias en los juegos mientras Melina te sirve una taza de té y te pone unos ricos bollitos y hojaldres.

El pequeño miró de refilón a su hermana mayor que servía el té y asintió dejando en el olvido su contrariedad al ver el plato que le cedían con los bollitos.

Durante el té escuchó a Anna refunfuñar antes de salir para cambiarse y ponerse el traje de amazona cuando su padre la instó a hacerlo recordándole que había prometido ir con él y su tío a dar un paseo. Tras verla salir del salón, Calvin, discretamente preguntó a Cliff:

—¿Puedo preguntaros si el temor de milady hacia los caballos tiene origen en algún incidente del pasado?

Cliff suspiró antes de contestar:

—En realidad, nada le ha pasado con los caballos. Simplemente le asustan desde niña. Creímos que se le pasaría con los años o por lo menos que se mitigaría, pero, por el contrario, parece que su temor ha arraigado.

—Mi hijo Aldo, —Intervino Max—, tuvo un percance a los pocos días de subirlo por primera vez a una montura, y tardó varios días en volver a atreverse a subir a su pony, más, apenas tenía poco más de dos años y a esas edades es fácil lograr que se le olviden las cosas. En realidad, a todos nuestros hijos los subimos pronto a un caballo y todos parecían coger pronto la afición por la equitación. Pero el caso de Anna fue distinto. Desde el principio se mostró recelosa incluso con los caballos pequeños y más dóciles con los que daban sus primeros pasos, y solo el hecho de insistir ante la necesidad de que aprendiere a montar la hizo acercarse a ellos, pero no motu proprio sino siempre por insistencia de quienes la rodeábamos.

—Lo curioso es que Anna no es asustadiza por naturaleza. No es que sea temeraria, pero os aseguro que no se asusta fácilmente. —Decía Cliff—. Ni estando en Tierra ni en el Mar. Aunque he de reconocer que Max, Meli y Simon se parecen en

carácter más a mí, y Anna a su madre. Gusta de los libros, de permanecer en el hogar o cerca de los suyos y, como imagino ya habréis deducido, elaborando dulces y postres. Desde pequeña se sentaba en la cocina y observaba atenta lo que ocurría alrededor y cuando tuvo fuerza para sujetar una cuchara comenzó a enredar con su madre o con los chef o cocineras de casa. En el barco, gustaba ayudar en las cocinas, aunque solo fuere a pelar patatas. —Sonrió negando con la cabeza—. Si uno la perdía de vista, no había más que ir a donde estuviere el horno o el fuego de la lumbre para hallarla, ya fuere en una casa, ya en el barco.

Calvin lo miró un instante antes de decir:

—Es una curiosa afición. Las damas de las familias de la sencilla aristocracia rural o terratenientes suelen ayudar en ciertas cuestiones domésticas, pero, sinceramente, no imagino a ninguna de las debutantes de Londres siquiera acercarse a las cocinas ni para ordenar que preparen su té.

Cliff y Max se rieron.

—Bueno, las damitas Mcbeth no son lo que se dice dadas a dejarse llevar por absurdas normas antiguas. Hemos educado a nuestros hijos, y más a nuestras hijas, para que respeten ciertas costumbres, normas, especialmente ciertas reglas de decoro, más, otras, preferimos adaptarlas a nuestro parecer e incluso algunas simplemente obviarlas. Presumo que el caballero que acabe con mis dos hijas habrán de aceptar sin rechistar ciertas cosas si pretenden hacerse con su mano. Así la pasión que Meli siente por los caballos y su deseo, que yo no pienso coartar, de tener una buena cuadra. La pasión de Anna es la cocina y sin nada lo remedia, y dudo que ello ocurra, su intención de poner una pastelería el día de mañana, y puedo aseguraros que será otra cosa a la que no solo no me opondré, sino que la alentaré y ayudaré en todo lo que guste.

Calvin alzó las cejas ligeramente sorprendido:

—¿No os importará que vuestra hija tenga un negocio?

Max y Cliff soltaron sendas carcajadas.

—Milord, sería de una hipocresía nada desdeñable ¿no creéis? Nuestras esposas, a la sazón madres de nuestras hijas, tienen también negocios, no en vano las navieras y empresas Brindfet son de la tía Blanche siendo ellas sus únicas herederas.

Calvin asintió:

—Expresado de ese modo, sus posibles reticencias y una oposición a tales actividades serían del todo injustificadas, no solo a los ojos de vuestras hijas sino de toda la familia.

—Sin mencionar, milord, que yo no tengo motivo alguno para tal oposición, más, por el contrario, sí muchos para alentarlas y aplaudir su iniciativa, empezando por el orgullo que produce en mí, como su padre, que no se conformen con lo que se les marque y luchen por lo que creen justo y desean. —Insistió Cliff.

—Aún con ello, os estimo muy conocedor y consciente de que muchos os criticarán, a vos y a vuestras hijas, e incluso más de uno reprobará vuestra conducta y acciones.

—Soy consciente, sí. Más, haré oídos sordos a todos ellos, pero que tema mi furia aquél que dañe a mis hijas o las menoscaben pues, aun obviando sus opiniones, no dejaré que éstas hagan mella ni en la vida ni en el ánimo ni en los sueños de mis hijas.

Antes de la cena, Calvin se percató de que, de nuevo, era la última en unirse a los demás, pero que enseguida se unió a su hermana y su prima Marian a las que por edad y carácter parecía unida. Por lo que escuchó durante la cena, tanto Lady Julianna como su hija, desde primeras horas de la mañana tenían pensado ayudar en la elaboración de algunos dulces de la fiesta del día siguiente y muy especialmente de la merienda de los niños del orfanato con los que toda la familia parecía muy vinculada. Pero si hubo algo que despertó de veras su curiosidad, fue el que la jovencita iba a elaborar el pastel de cumpleaños de sus hermanos con ayuda de su madre y de la cocinera, por lo que escuchaba, empleando los frutos que gustaban más a sus hermanos gemelos. Aquello le resultó enternecedor, más cuando el mayor de los cuatro hijos del comandante, embromaba a su hermana indicándole cosas que gustaría tuviere el pastel mientras ella refunfuñaba diciéndole que en vez de un pastel iba a hacerle un pan de higos como el que tomaban, según ellas, los dos ancianos maestros que había tenido tiempo atrás.

Al subir a acostarse se topó con la joven que regresaba de las habitaciones de los niños llevando al más pequeño de ellos, el jovencito Jason, de cinco años, de la mano. Se quedó fuera de la vista de los mismos mientras los veía caminar por el corredor que conducía a otra de las alas de la casa escuchándoles hablar.

—Mami dice que desde mañana Meli será una dama a la que galantearán pretendientes.

—Bueno, no desde mañana, sino dentro de unas semanas, cuando todos nos instalemos en Londres pues será presentada en sociedad. —Le respondía Anna caminando sin soltarlo de la mano.

—Ah, ¿Qué es galantear? —preguntó mirándola ceñudo.

Anna se rio:

—Pues, jóvenes caballeros intentarán atraer su atención y agradarle por encima de otros. Le regalarán flores y cosas bonitas, la sacarán a bailar en los salones de las fiestas a las que acuda, la invitarán a pasear por el parque esperando que ella acepte y sobre todo intentarán prenderla, lograr que ella se enamore de alguno de ellos para poder pedir su mano a mi padre.

—Ah. — Tras unos segundos la miró —. ¿Nosotros tenemos que hacer esas cosas para que nos sigáis llevando de paseo al parque?

Anna se rio:

—No, enanito, tú solo habrás de darme un beso y un abrazo cuando vaya a buscarte.

Jason se rio travieso.

—¿Y seguirás haciéndome galletas nevadas?

—Claro. Nunca te faltarán galletas nevadas, mi glotón. —Respondía ella agachándose y tomándolo en brazos mientras el pequeño se dejaba llevar.

Calvin la vio alejarse con el pequeño en brazos y una vez los supo en el otro corredor continuó su camino hacia las habitaciones que tenía asignadas. Al entrar se encontró al valet que le hubieron asignado preparando sus ropas de cama y tras pedirle un instante atravesó el salón que unía su estancia con la de James y entró con confianza en ella.

—Vaya, no te esperaba. —Decía James alzando la vista del libro que leía sentado frente a la chimenea.

—Necesitaba hablar contigo de una cosa. —Se sentó frente a él en el otro sillón orejero—. ¿Me equivoco o te agrada más de lo que es el simple agrado, lady Amelia de Worken?

James apartó el libro dejándolo sobre la mesa junto a su sillón:

—Me parece una joven realmente hermosa y encantadora, si es eso lo que preguntas.

—No, no es eso lo que pregunto y lo sabes. Es la nieta de nuestros anfitriones, a quienes les debemos la vida, no lo olvides, y para ahondar más en la importancia de lo que tú no quieres contestar, te recuerdo James, que milady es, o lo será en unas pocas semanas, una debutante. Para acercarte a ella has de hacerlo o con todo el decoro y cortesía de quién es un mero conocido de la familia, o, por el contrario, como un pretendiente y en tal caso actuar como tal con las consecuencias que ello supone.

James lo miró serio un instante.

—¿No crees, Calvin, que en estos instantes tenemos preocupaciones más graves que la de plantearme la posibilidad de sentar cabeza con debutante alguna?

Calvin asintió:

—Razón de más para que no actúes con excesiva familiaridad con milady alentando posibles galanteos o, en su caso, ilusiones en ella o en personas que pudieren observarlos.

James suspiró:

—Está bien, quedo apercibido, tranquilo.

Calvin asintió poniéndose en pie:

—Tras la fiesta de los hijos de milord, marcharemos a casa donde, presumo, nos esperan desde hace días. Tras poner los asuntos de la propiedad en Lancashire en orden, habremos de partir a Londres para asegurarnos que el resto de los asuntos del abuelo están también en correcto estado, incluido el fondo Donver, pero no querría que dejásemos de lado ni la búsqueda y enjuiciamiento de ese barco que nos abordó ni tampoco la búsqueda de pruebas contra el barón. Estoy convencido que organizó al dedillo el asesinato de padre y eso no es algo que se hace sin estudiar bien el asesinato y quiénes lo llevasen a cabo.

—Sin olvidar que no dejo de dar vueltas a que quizás precipitase la muerte del abuelo que no por viejo moriría sin más. —Añadía James con el ceño fruncido.

Calvin suspiró:

—Sí, eso también deberemos investigarlo intentando tener la cabeza fría porque, como nos dejemos llevar por impulsos y venganzas, no haremos sino facilitar o bien que se salgan con la suya o bien que queden impunes quienes tomaren parte en todo esto.

Por la mañana, cuando bajaron ambos hermanos al comedor de mañana, la casa era un hervidero de gentes entrando y saliendo. Criados, lacayos, lo que parecían gente del pueblo que se sumaban a los que habitualmente trabajaban en la casa. Al llegar al comedor se encontraron a gran parte de la familia y esos amigos que parecían más familia que simples amigos, todos sentados alrededor de la mesa en una algarabía de voces entremezcladas en muchas conversaciones. Tras saludar con cortesía tomaron asiento cerca del conde pues éste les indicó esos asientos:

—Me temo que hoy la casa y esta alocada familia se han vuelto si cabe más alocadas. —Sonrió divertido el conde a los dos—. Las damas corretean como pollos sin cabezas, los caballeros preparan diversiones para sí y para los invitados y el servicio no hace sino intentar obedecer los imperiosos mandatos de las damas y las ocurrencias de todos los locos habitantes de la casa.

—Las damas de la familia agradecemos que se nos compare con aves de corral de un modo tan encantador, querido. Es una alusión de lo más, galante, agradable y considerada. —Señalaba con cierta ironía la condesa desde su asiento.

El conde se rio, pero no añadió nada más porque Anna apareció con gesto decidido. Ataviada con un vestido sencillo cubierto con un delantal ligeramente manchado y con una enorme cuchara de madera en la mano y ceño de enfado situándose en el centro de la estancia.

—Escuchadme todos porque no lo repetiré. Si veo a alguno más acercarse a la cocina juro que le dispararé sin preguntar qué deseaba y como pesque a alguno de vosotros, — señaló a sus hermanos y sus primos mayores con gesto furioso—, acercarse a la bandeja de panecillos de cacao, le clavaré un tenedor en la mano.

Sebastian se reía poniéndose en pie acercándose a ella con cara de canalla.

—Vamos, vamos, primita, no te enfurruñes. Si no han sido más que un par de panecillos de nada. Seguro que ni se han notado.

—Seb, no me obligues a pegarte delante de tus padres. No han sido solo un par de panecillos. Han sido dos tú, varios Maxi, otros tantos Simon, Chris, Alexander, William. Y así todos. No ha habido miembro de esta familia que no haya ido a “dar un paseo por la cocina” —Resopló—. Todos habéis entrado a robar, ladrones de pacotilla. —Se quejaba furiosa—. No es una vana amenaza. Si veo a alguien, aunque solo sea asomar la cabeza, le desplumaré con la misma delicadeza que he visto a Cooker desplumar una gallina.

Cliff se puso en pie riéndose divertido.

—Bueno, bueno, gatita, prometo que ninguno de estos ladronzuelos os molestará a mamá, a Cooker y a ti y podréis seguir trabajando sin preocuparos de tales hurtos.

Anna resopló mirándolo ceñuda:

—Papá, no es por ofender, pero tu palabra en este aspecto no vale ni un penique. He visto como mamá te sacaba a empujones de la cocina mientras ibas devorando todo lo que tus manos alcanzaban a pillar.

Cliff soltó una risotada acercándola y besándola en la cabeza:

—Gatita, eres muy severa con tu pobre padre hambriento.

Anna bufó.

—Papá, mamá me ha dicho que si te declarabas un hombre hambriento te golpease con la cuchara por perjurio.

Cliff soltó una carcajada abriendo los brazos divertido.

—¿Eso te ha dicho? Definitivamente sois unas damas algo belicosas.

Anna resopló:

—Esta belicosa dama, no dudará en demostrar cuán profunda puede ser su vena vengativa de veros asomar cabeza alguna por mi cocina. Advertidos quedáis todos. No haré distinción alguna. Y si alguno ha pensado mandar a los pequeñajos para ablandar mi corazón o el de Cooker, desistid de tal idea. Los hemos sobornado preventivamente y no atenderán sugerencia perversa alguna. —Giró con aire teatral echando a caminar con imperiosa dignidad hacia la puerta—. Cooker está armada. Tiene muchos y grandes cuchillos a mano. Que lo sepáis.

Escuchaba las carcajadas a su espalda, pero siguió sin detener su paso orgulloso.

Meli sonrió mirando a su hermano:

—¿Has conseguido ver el pastel? Porque a mí no me han dejado verlo. Lo guardan celosamente.

Maxi sonrió negando con la cabeza.

—Cooker me echó de la cocina en cuanto me percibió cerca y mamá después y cuando conseguí eludirlas, esa fiera conocida como “mi hermanita la desplumadura de gallinas”, me ha empujado sin miramientos ni delicadezas.

Conforme avanzaban los preparativos, los ánimos de todos en la mansión iban creciendo en alegría y buen humor. El día hubo amanecido claro, pero conforme avanzaba la mañana parecía que el sol y el cielo se mostraban a favor de lucir con la luz y claridad propia de esa primavera que se había abierto paso en esas semanas previas. Las terrazas profusamente decoradas y engalanadas con bonitas mesas y con centros de flores, algunas de las vajillas de celebración de los condes, las cristalerías y plata que relucían ante el brillo de sol que se dejaba reflejar en ellos, con los lacayos y criadas vestidos y colocados como en los momentos de celebración. Los jardines lucían rebosantes de color y un agradable olor primaveral, con pequeños guiños decorativos colocados en ciertos lugares en conmemoración a la fecha que celebraban los anfitriones y que no era sino el día del nacimiento, dieciocho años atrás, de sus dos primeros nietos, lord Maximilian y lady Amelia de Worken. En uno de los jardines se

ultimaban algunos detalles de las mesas y juegos destinados a entretener a los más pequeños.

El conde y algunos de los caballeros que habitaban la mansión, disfrutaban de unos momentos de relax previos a la llegada de invitados y del inicio de los festejos. Disfrutaban de una copa de jerez en la terraza que daba al lago. El conde conversaba en plácido descanso con sus hijos, el almirante y los hermanos Billers. Algunas de las damas de la familia terminaban de inspeccionar distintos lugares de los jardines y ellos simplemente se habían retirado a un discreto lugar “para no estorbar” señalaba jocoso el conde.

En unos minutos apareció Anna, ya vestida y arreglada para la fiesta acercándose con los dos más pequeños de la familia de la mano.

—Papá. —Se acercó a su padre con confianza—. ¿Puedes vigilar a Aldo y Jason unos minutos mientras subo a ayudar a Meli? Las niñas están en la parte de atrás colaborando para terminar de colocar a tiempo las mesas de almuerzo de los niños.

Cliff sonrió alzando a los dos pequeños y colocándolos en la enorme baranda de piedra de la terraza con las piernas colgando.

—Yo me ocupo de mantener a estos dos trastos bajo estricta vigilancia, no temas. —Les guiñó un ojo a los niños embromándolos antes de mirar a su hija acercándose y besándola en la frente—. Estás preciosa, gatita.

Anna le sonrió:

—Gracias, papá. Pero con este vestido no podré correr ni jugar a muchas de las cosas con los pequeños. —Se quejó.

Cliff la sonrió tomándola de la barbilla.

—Pero no has de hacerlo, solo vigilarlos. Ya no eres una pequeña revoltosa que puede corretear por los jardines por doquier, ya eres una hermosa damita que ha de comportarse como tal.

Anna suspiró en gesto de pura resignación.

—Tienes que subir a ver a Meli dentro de unos minutos, papá.

Cliff la rodeó con los brazos y de nuevo la besó en la frente.

—Lo sé, cielo. Espero que aún seas portadora fiel de nuestro secreto.

Anna se rio.

—Sí, por supuesto. —Contestó orgullosa—. Meli no ha conseguido sonsacarme nada sobre el regalo de mamá y tuyo, y eso que lo ha intentado con ahínco incluso torturándome con esos libros de poesía tan aburridos.

Cliff se rio girándola y dándole un empujoncito hacia las puertas francesas dobles que daban a una de las habitaciones de acceso a las terrazas que permanecerían abiertas para que los invitados se movieran con libertad.

—Vamos, mi pobre y torturada hija, regresa con tu madre y tu hermana y ayúdalas. Dentro de quince minutos subiré.

Anna suspiró caminando hacia el interior y, mirándole por encima del hombro, le sonrió:

—Espero que luego no me acuses de no saber guardar un secreto cuando soy la más competente de la familia al respecto. Al abuelo se le ha escapado ante Maxi que les habéis comprado como regalo de toda la familia una pareja de puras sangres árabes.

—Pequeña delatora.

Escuchó al conde carcajeándose a su espalda mientras ella seguía su camino de regreso a las habitaciones de su hermana donde terminaba de arreglarse para su día.

Cliff sonrió negando con la cabeza.

—Al parecer no ha habido miembro de esta indiscreta familia que no haya informado a mis hijos de la existencia de esa pareja de caballos. —Miró indistintamente a los caballeros presentes incluidos los niños que se reían traviosos.

—Siendo fieles a la verdad, —sonreía divertido Ethan—, nosotros no hacíamos más que confirmar las sospechas de tus siempre inquisitivos hijos.

La condesa apareció en ese momento sonriendo, al parecer complacida, con los ojos fijos en Cliff:

—Hay que reconocer que cuando Anna se deja engalanar luce francamente bonita. En unos o dos años será idéntica a Julianna habiendo dejado atrás los rasgos añados de modo que deberás vigilarla como un halcón o todo caballerete con ojos en el rostro se lanzará por ella sin remedio. Será terrible intentar custodiar a Marian y Anna juntas.

Ethan soltó una carcajada:

—Madre, no se apure, Cliff y yo tenemos una excelente colección de armas y una excelente puntería.

Calvin había observado con disimulo la imagen de la niña, como pensaba en ella desde hacía ya varios días, entrando en la terraza vestida como una dama, no como una niña ni como una pastorcita, y ciertamente el impacto era asombroso. Era la viva imagen de su madre con algunos años menos. Con el pelo castaño muy claro y esos más que destacables ojos que ahora que los había visto en toda su plenitud, se maravillaba, no sin asombro, de su color miel que era francamente bonito y cautivador.

Verla acercarse a su padre y después interactuar con él cariñosa y bromista como siempre, pero apartado ya su aspecto añado, le había hecho removerse ligeramente incómodo por simplemente pensar y verla como una mujer y no como una niña. Resopló para su interior antes de dejarse imbuir de nuevo por las conversaciones que fluía a su alrededor. Durante un rato fueron pululando por los alrededores todos los miembros de la familia que cuidaban este o este otro detalle para finalmente colocarse en la terraza a la espera de la llegada de los primeros invitados. Justo antes se unieron a ellos, Cliff y su familia.

—Cariño, estás preciosa. —Saludaba orgulloso y cariñoso el Conde a Meli besándole la mano formal, pero, de inmediato, dándole un abrazo—. Maxi, Meli, —miró a los gemelos con cariño—. Muchas felicidades. —Tomó sendas copas de champagne de la bandeja que cedió a ambos nietos y después cogió una para sí, como hacían el resto de los presentes—. Como cabeza de esta familia, hablo en nombre de todos y os digo que es un orgullo ser vuestro abuelo, que forméis parte de esta familia y, sobre todo, que sea vuestra madre la que os haya marcado el camino y no el tarambana de vuestro padre.

Cliff soltó una risotada mientras a su alrededor se reían los demás:

—Gracias, padre, es agradable y tranquilizador saber que habla en nombre de toda la familia incluido este tarambana. —Miró a sus hijos sonriendo y alzando la copa—. Por Maxi y Meli. Os deseamos mucha felicidad y parabienes en vuestro décimo octavo cumpleaños.

Todos brindaron y felicitaron a los dos protagonistas departiendo unos pocos minutos mientras ya veían acercarse los primeros carruajes por el sendero.

Durante una hora los condes, Cliff, su esposa y sus cuatro hijos, como anfitriones, fueron recibiendo y dando la bienvenida a todos los invitados mientras el resto de la familia se encargaba de departir con ellos por las distintas terrazas, jardines y estancias de la primera planta de la mansión.

Tras esa hora, Anna se acercó a su tío Ethan que, en ese momento, permanecía junto a Calvin y lady Adele tras despedirse de unos vecinos que le hubieron presentado amablemente y con quienes estuvieron departiendo un rato.

—Tío Ethan. —Anna lo miraba con gesto preocupado y casi nervioso—. ¿No deberían haber llegado ya los niños de Saint Joseph?

Ethan la sonrió amable:

—No temas, Anna, llegarán pronto. Recuerda que hemos enviado dos carretas para que cupieren todos los niños y para ir seguras por los senderos desde el pueblo, han de ir con ritmo lento.

Anna suspiró estirando el cuello intentando divisar la entrada de la propiedad.

—Si se retrasan mucho, no les dará tiempo a ver las cuadras antes del almuerzo y a los más pequeños queríamos dejarles ver los potrillos.

Adele sonrió a su sobrina:

—Cielo, dile a Seamus que coloque un lacayo en el comienzo del sendero de entrada para que te avise cuando se acerquen y así que vayan algunos mozos extra a ayudarles a bajar a los niños. Seguro, ganarán tiempo.

Anna sonrió antes de asentir y salir presurosa.

Ethan sonreía negando con la cabeza.

—Marian ya me ha preguntado dos veces por qué se retrasan los niños y Julius, Albert, Aldo y Jason, están sentados en las escaleras de la entrada expectantes. Quizás debimos enviarlos a recoger un poco antes.

—No empieces tú también a alarmarte, Ethan —Decía Adele con su característica calma—. Aún es temprano. Aunque Anna y los demás piensen que se retrasan, en realidad, aún es temprano.

Ethan miró a Calvin:

—Me temo, milord, que casi todos los de la casa, obviarán al resto de los invitados en pro de los pequeños de orfanato de Saint Joseph. Siempre sucede. Acabamos todos, jóvenes y no tan jóvenes, jugando con los pequeños y enredando con ellos.

Calvin sonrió:

—Es lógico, supongo. Siempre son más divertidos y amenos los juegos y travesuras infantiles que las meras conversaciones de los adultos por amigos o conocidos que éstos sean.

Ethan se rio:

—No se extrañe que acabemos todos compitiendo junto a los niños incluidos el conde, el almirante y, por supuesto, los supuestamente pro hombres de la familia.

Adele se rio mirándolo impertinente:

—¿Pro hombres de la familia? ¿Puedo saber a quién atribuyes tan generosamente tal calificativo? Pues espero no sea a ti mismo. Esta mañana, he visto a cierto pro hombre correr como alma que lleva el diablo siendo perseguido por una colérica Anna por robar cierto bocado en las cocinas.

Ethan se rio:

—En mi defensa diré que esa fierecilla defiende sus dulces como si defendiere las joyas de la corona británica. Qué carácter se gasta por simplemente intentar alcanzar un mero panecillo especiado.

A los pocos minutos, Calvin se hallaba departiendo con algunos nobles de la zona, su hermano y Sebastian, el nieto del conde y percibió enseguida cuándo se produjo la llegada de los niños del orfanato que fueron conducidos con presteza a una parte de los jardines, dónde ya se encontraban algunos de los hijos de otros invitados y los más jóvenes de la familia, así como algunos de los caballeros, y comenzaron juegos con ellos antes del almuerzo. No tardó en ver a Anna, junto a algunas de sus primas, incluida lady Marian, centrar su atención en los niños, sus juegos y sus necesidades, junto con un grupo de lacayos y criadas.

En cuanto comenzó el almuerzo, los invitados adultos se repartieron en mesas de las terrazas, jardines y un par de salas de la casa siendo atendidos por lacayos y doncellas perfectamente uniformados mientras la familia del conde y especialmente Cliff, Julianna, Meli y Maxi, iban grupo por grupo saludando y departiendo con ellos pausadamente. Calvin, junto con su hermano, se colocó en una de las terrazas desde donde se observaba a lo lejos la zona de los jardines donde hubieron colocado las grandes mesas para los niños que, no obstante, se iban acomodando de modo relajado en mantas y manteles repartidos por el jardín cerca de ellas. Desde allí, Calvin pudo ver a Anna sentada en el césped atendiendo a un grupo de niños, que parecían los de menor edad, junto con algunas de sus primas.

—Hace un rato, —la voz de James a su lado en tono bajo le hizo mirarlo y percatarse que, aunque se dirigiese solo a él, mantenía los ojos fijos en los grupos de niños—, lady Marian me estuvo explicando que toda la familia siente una especial vinculación con el orfanato de Saint Joseph e incluso que lady Amelia, lady Julianna y la señora Brindfet son sus grandes benefactoras como lo son de una escuela— orfanato de Londres. —James por fin le miró dedicándole una sonrisa socarrona—. Es evidente, en la familia del conde y del duque sienten una especial inclinación por los niños, incluso los marqueses de Drundy están muy involucrados en la misma causa pues tanto el marqués como la marquesa, son también benefactores y activos voluntarios en ambas instituciones.

Calvin volvió a girar el rostro observando la actividad de los niños.

—Es una buena causa. Mejor dedicarse a ayudar a niños que no a vicios tan en boga entre la aristocracia como el juego, los chismes o, lo que es peor, empujar y hacer cosas nada honorables para medrar socialmente.

James suspiró.

—Sabes que tarde o temprano, con pruebas o sin ellas, deberemos enfrentar a ese cobarde del barón. No dejaré que quede impune por asesinar a nuestro padre y si estamos en lo cierto, al abuelo.

Calvin miró con gesto serio a su hermano:

—Lo sé. Pero has de prometerme que actuarás, que actuaremos, con cabeza, James. No hemos de dejarnos llevar por arrebatos pues ello nos colocaría a su merced, estoy seguro.

Se vio interrumpido por un pequeño alboroto y al girar el cuerpo y mirar al fondo de la terraza vieron a un pequeño grupo de niños colocados alrededor de los dos homenajeados mientras algunos de los adultos de la familia condal se reían ante la escena.

—Está bien, está bien. —Maxi alzaba los brazos haciendo una señal de silencio y orden en los pequeños sonriendo—. Bien, alborotadores de pequeña estatura, guiadnos hasta el objeto de vuestro de deseo y procederemos al cortar el mismo. —Decía con falso tono solemne mientras Meli tomaba de la mano a dos de las niñas más pequeñas dejándose guiar por todos ellos al interior de la casa.

Una vez fuera de la terraza, el conde, ya en pie, hacía un gesto a los lacayos y al mayordomo al tiempo que decía:

—Damas y caballeros, si gustan acompañarnos a uno de los salones donde mis nietos tendrán el honor de dar el primer corte a su pastel de cumpleaños antes de que esos pequeños golosos sean incapaces de soportar más sus ansias por hincar el diente a tan delicioso dulce.

Los invitados, guiados por los lacayos y doncellas, fueron conducidos a un enorme salón en cuyo centro había una mesa con un enorme pastel coronado con frutos del bosque. A su alrededor se sentaron en el suelo todos los niños, mientras que los miembros de la familia se colocaban cerca de la mesa.

—Bien, cariño. —Julianna hablaba cerca de sus hijos mirándolos con evidente cariño de pie junto a su esposo—. Conocéis la tradición. Habéis de decir unas palabras y entregar el primer trozo a la persona que gustéis honrar.

Maxi le cedió el cuchillo para el primer corte a su hermana que, sonriendo, dio las gracias a todos por acudir a celebrar con ellos su cumpleaños y a sus abuelos por todas las molestias que se habían tomado para organizar esa bonita fiesta y cortó un primer pedazo que entregó a padre. Maxi bromeó con el almirante y con el conde y tras un par de chascarrillos agradeció la fiesta y los regalos y, cuando cortó el primer trozo, se acercó con él a Anna y abrazándola le dijo con evidente cariño:

—Gracias, gatita. Me encanta mi pastel.

Anna se rio tomando su trozo de pastel y le dio un bocado antes de darle otro a él.

De inmediato, un par de lacayos procedieron a trocear el pastel dando su ración a los pequeños que entre risas sentados en tres corrillos lo devoraban junto a sus vasos de limonada. Los adultos, por el contrario, se fueron repartiendo de nuevo por las terrazas donde los lacayos les iban llevando sus trozos de pastel con té y algunos bombones de licor.

Calvin permaneció, junto a su hermano, en el salón con algunos miembros de la familia departiendo con algunos de los invitados, pero también disfrutando de la algarabía infantil reinante en esos momentos. Los cuatro hijos del comandante permanecían divertidos dentro de un grupo de niños entre los que se encontraban algunos de sus primos y veían a todos ellos embromar y enredar a los pequeños para divertirlos.

En un momento dado, los pequeños Aldo y Jason se acercaron a la carrera al grupo en el que estaban el comandante, el conde y ellos dos y poniéndose en formal postura frente a almirante:

—Abuelito. —Decía imperioso Jason—. Maxi y Meli dicen que necesitamos dos jueces que den miedo para que no hagamos trampas.

El almirante soltó una risotada y miró al conde divertido:

—Creo que deberemos complacer a estos tramposos en ciernes e ir a asegurarnos de que las trampas, enredos y fullerías no se cometen por estos lares.

El conde se reía mientras Aldo le tomaba imperioso la mano para llevarlo consigo, de igual modo que Jason tomaba la del almirante.

En cuanto se hubieron alejado un poco, Cliff miró a algunos de sus acompañantes desviando la vista de inmediato al fondo del salón por donde ya comenzaban a salir muchos de los niños atravesando las grandes puertas francesas que daban a las terrazas y jardines:

—Preveo muchas de esas trampas a pesar de esos dos ajados caballeros pues ya veo a mis hijos enredando a algunos de los niños y eso que aún no han comenzado los juegos.

Calvin y los demás dirigieron entonces los ojos a los niños y sus acompañantes y ciertamente parecía haber mucha expectación, pero también algunos enredos en ciernes. Enseguida los siguieron hacia los jardines donde parecían preparadas ya para el comienzo de los juegos algunos lacayos, criadas y mozos. Empezaron a repartirse los niños por los distintos juegos ya colocados y Calvin sintió curiosidad por el de los más pequeños de entre dos y cuatro años. Todos ellos parecían estar al cargo de Anna y una de sus más jóvenes primas, Maddy, la tercera de los hijos de lord Maximilian.

—Bien, pequeños. —La escuchaba decir al grupo de niños que la escuchaban atentos—. El juego consiste en colocar el rabito a esos burritos de allí. —Señaló dos caballetes donde había sendos dibujos de dos burros—. Pero no será tan fácil, os vendaremos los ojos y deberéis guiaros por lo que os diga un compañero de juego que seremos lady Amanda y yo, y ese caballere de ahí con cara de gruñón. —Señaló sonriendo a su primo Chris, el mayor de los hijos de lord Maximilian, que fingía ser un juez severo—. Decidirá quién se ha acercado más. Quién ganará ese enorme oso de peluche que sostiene en la mano y que deberemos quitarle con fiereza pues parece gustarle demasiado.

Vio al joven Chris soltar una carcajada mientras los pequeños lo observaban entre curiosos y divertidos.

—Anna, no por ser mi prima me privaré de castigarte severamente si te burlas de mí.

Anna se reía divertida tomando de la mano a los primeros participantes colocándolos en la supuesta línea de salida.

—Bien, pequeñines, ahora nosotras os pondremos la venda y deberéis caminar hasta los burritos y colocarles su cola. Si os decimos a la derecha vais hacia esta mano. —Se las señalaba a ambos que concentrados la escuchaban—. Si os decimos la izquierda, esta otra. Tú. Señaló a uno de los niños—. Deberás hacer caso a mi voz. Y tú, enanito, a ella. —Señaló a Maddy que sonreía al pequeño—. Entonces, ¿Listos?

Los dos asintieron tajantes y enseguida les colocaron sus vendas cegándolos para, a continuación, poner entre sus dedos un alfiler con unas tiras de lana prendidas a modo de falsa cola del burro.

En cuanto dio comienzo la contienda los niños empezaron a moverse como pollos sin cabeza siendo Maddy y Anna las que les iban guiando no solo con las indicaciones sino con suaves empujoncitos hasta que finalmente llegaron a los caballetes donde pincharon como pudieron sus alfileres.

Calvin se reía incluso después de la contienda mientras los niños eran despojados de sus vendas para que vieran el resultado antes de ceder su turno a otros contrincantes. Al escuchar su risa Anna lo miró con gesto terco y enfadado:

—Milord ¿cree que lo haría mejor? Porque dudo que se acercare más al burro que los pequeños.

Calvin sonrió arrogante:

—No intentéis desafiar a alguien que puede venceros incluso con los ojos vendados, milady. No es justo que compita con los pequeños, más, tampoco vos

debierais demostrar vuestra falta de experiencia por vuestra corta vida, desafiando a quién está más ducho que vos en esta y otras muchas lides.

Anna resopló:

—Milord, ¿venís a ayudar o solo a molestar? Porque de ser esto último podéis volveros por donde habéis venido con el deber cumplido.

Calvin se rio:

—Ni una ni otra cosa, milady. Si no os importa, soy un mero espectador, solo eso.

De nuevo Anna resopló lanzándole una mirada de disgusto no disimulado antes de girar con gesto orgulloso hacia el grupo de pequeños y tomar a otra pareja de contendientes ignorándolo a él, lo que hizo que Calvin ensanchase su sonrisa, divertido ante el gesto refunfuñón y de queja de ella. Le resultaba curiosamente entretenido hacerla enfadar. Observó los lances unos minutos más, reconociendo la diversión inherente en ver el entusiasmo y las travesuras de los pequeños, así como la inocencia de éstos siendo aún tan pequeños.

Para cuando Chris declaró vencedora a una pequeña y le entregó el premio de campeona, así como a los demás sus bolsitas de caramelos “por participar”, Calvin se vio enredado por Maxi para que participara en la carrera de tres piernas junto a un muchacho de nueve o diez años, mientras Anna y Maddy se llevaban a su grupo hacia el sitio donde estaba colocado otro juego.

Durante un par de horas los niños dieron rienda suelta a toda su hilaridad y diversión con los juegos y los regalos y un té con dulces final antes de que se marcharen de regreso cuando empezaba a oscurecer. Algunos de los invitados del almuerzo permanecerían en la casa pues esa noche se celebraba también un baile al que acudirían invitados venidos de todo el condado e incluso de Londres.

Calvin subía en dirección a sus habitaciones para asearse y vestirse para la cena y el baile cuando, sin querer, vio a las tres mayores nietas del conde conversando con este a las puertas de uno de los salones.

—Marian, Anna y tú aún sois demasiado jóvenes para asistir a un baile de gala, incluso aunque no sea tan formal como el que daremos en Londres.

—Pero es por el cumpleaños de Maxi y Meli, abuelo, queremos asistir. Prometemos no quedarnos hasta tarde y retirarnos si nos lo pedís. Por favor.

El conde miraba a su nieta Marian que le ponía gesto y ojos pedigüeños, después deslizó los ojos hacia Anna que parecía tener más rostro de mera resignación:

—¿Tú también deseas asistir?

Anna miró a su prima y su cara de ansiedad sabiendo que o acudían ambas o a Marian no la dejarían.

—Desde luego, abuelo. Es el cumpleaños de Maxi y Meli y estoy deseando verlos bailar y ser agasajados en el salón de baile. –Contestó con falso entusiasmo.

El conde sonrió negando con la cabeza:

—Ay, pequeña, careces del talento para mentir. En eso, no puedes negar que eres hija de tu madre. —Le dio un par de suaves y cariñosos golpecitos en la mejilla. —Miró a las tres jóvenes antes de decir—. Está bien, acudid juntas vosotras dos, pero en cuanto la abuela o yo os digamos que debéis retiraros, lo haréis sin rechistar.

Marian se lanzó a sus brazos riéndose:

—Lo prometemos, lo prometemos. Gracias, abuelo. Ahora tendrás dos damitas más con las que has de bailar. —Le decía zalamera mirándolo sonriendo complacida.

—Pequeña lianta. —Respondía besando en la frente a Marian antes de señalar la escalera de acceso a la zona privada de la familia. —Subid a engalanaros para la fiesta, fierecillas.

En cuanto se hubieron alejado, Anna suspiraba pesadamente:

—Marian, espero que recuerdes este momento cuando te pida algún favor en un futuro no muy lejano. Uno enorme para ser más precisos.

Marian se rio lanzándole una mirada traviesa.

—Lo tendré presente, no temas.

Mel se rio:

—Te aseguro que Anna se encargará de que lo tengas presente y no olvides tu deuda.

Anna sonrió de oreja a oreja:

—Eso no debierais dudarlo.

Calvin esperó a que pasaren por delante suya para evitar que le vieran y tras eso regresó a sus habitaciones dejándose en manos del valet que les asistía a James y a él. Bajaron a tiempo de unirse a la familia y los primeros invitados, esos que compartirían con el conde y los suyos la cena previa al baile, encontrando divertido que las dos jovencitas Lady Marian y Lady Anna fueren sentadas a ambos lados del Almirante que parecía entretenerlas y también guiándolas en las lides de una cena de gala ante pares del reino y algunos vecinos ilustres.

Tras la cena, los brindis y algunas palabras del Lord Rochester, padrino de los gemelos, todos fueron guiados a uno de los salones de baile mientras los condes, los vizcondes de Plamisthow y los gemelos, recibían a los nuevos invitados que iban llegando para el baile. Calvin permanecía en discreto lugar con Lord Ethan y su esposa que atendían junto al resto de la familia a los invitados en el salón mientras un bonito cuarteto de cuerdas suavizaba el ambiente con música ligera.

—Papá. —La voz de Marian centró la atención de Lord Ethan en su hija y sobrina que se habían acercado a él—. ¿Podemos aceptar bailes?

Ethan suspiró resignado, pero se vio liberado por su esposa Adele de darles una rotunda negativa a ambas jóvenes.

—Las dos podréis bailar con el abuelo y con vuestros padres, pero nada más. Si acaso, podréis pedirle a Maxi que os saque un tercer baile que no sea un vals.

Vio a Marian fruncir el ceño con clara desilusión pues era evidente estaba deseando bailar con algún caballero, pero igual gesto mostró Anna, aunque, en este caso, Calvin, sin necesidad de preguntarla, sabía que su contrariedad no se debía a esa limitación sino incluso al hecho de estar allí. Aquélla certeza le hizo elevar ligeramente las comisuras de los labios que pronto contuvo para no ser demasiado evidente.

Tras abrir el baile el vizconde con su hija y lady Plamisthow con su hijo, se sucedieron varias piezas y con ello el fluir normal de ese tipo de reuniones. Pero no habían alcanzado ni la transición de la velada cuando Cliff se acercó a ambos hermanos con las dos jovencitas del brazo.

—Milores. —Los saludó cortésmente—. Espero que disfruten de los festejos.

—Lo hacemos, milord, gracias. —Contestó James sonriendo.

—Voy a excusarme unos minutos para escoltar a estas dos jovencitas a sus dormitorios pues es hora de retirarse, más, no quería olvidar mencionar, que hemos previsto la salida mañana hacia Lancashire tras la marcha de los pocos invitados que permanecerán en la mansión esta noche.

Calvin asintió:

—Estaremos listos, milord.

Cliff asintió con un golpe de cabeza:

—Bien, Marian, Anna, dad las buenas noches a lord Donver y lord Billers pues habéis de retiraros por imperioso mandato de la abuela a la que no me atrevería a contrariar.

Las dos hicieron sendas reverencias mientras se despedían con cortesía, siendo correspondidas de igual modo antes de dejarse guiar por Cliff fuera del salón.

Calvin se retiró temprano pues quería estar despejado durante el viaje de regreso a Lancashire suponiendo que, incluso en el caso de no encontrarse con contratiempo alguno en el trayecto, le esperaban unas semanas duras tomando las riendas de la propiedad y del título y lo que era más importante, comenzando a dar los primeros pasos para hacer justicia, aunque tardasen mil vidas, James y él se encargarían de lograr la justicia para su padre y si no se equivocaban para su abuelo.

Amaneció temprano, bajando al comedor de mañana donde se encontraban algunos invitados de los condes de la noche anterior mezclados con algunos de los habitantes de la casa, pero enseguida notó la evidente ausencia de los más pequeños de la familia, a los que sí había visto los días anteriores compartiendo el desayuno y el almuerzo con los demás en los comedores.

En cuanto tomó asiento cerca de lord Sebastian, que conversaba con su tío lord Maximilian y la mayor de las hijas de éste, lady Melina, y mientras un lacayo le servía su taza de café, preguntó:

—¿No nos acompañan hoy los pequeños? Me habría gustado despedirme de ellos antes de partir.

Sebastian le sonrió:

—Están todos disfrutando del desayuno en el salón privado del almirante. Anna y la tía Julianna suelen acompañarlo siempre que están bajo el mismo techo. Los pequeños han preferido evitar el ajetreo de los invitados que aún continúan en la casa y que parten tras el desayuno. No os apuréis, podréis después despediros de ellos en uno de los salones si gustáis.

Max apartó el periódico que había estado ojeando someramente mientras conversaba con su hija y el hijo de su amigo y mirando a Calvin señaló:

—Si queréis, milord, mientras hacemos un poco de tiempo antes de partir, pues aún habremos de esperar unas horas que se marche el último de los invitados de la pasada noche, podemos inspeccionar los caballos que llevaremos para el trayecto y comentamos la ruta más conveniente.

Calvin asintió:

—Me gustaría, sí.

—Después del desayuno podremos ir...

Se vio interrumpido por la estruendosa irrupción en el comedor del menor de sus hijos, Aldo, seguido por Jason, su sobrino, que también corría con evidente intención de dar con una víctima que, en cuanto otearon a los presentes y lo localizaron, fueron directos a él. Max se reía viéndoles ir hacia él sin freno.

—Tío Max. —Se apresuraba a hablar Jason aún jadeante cuando ambos se hubieron detenido con sendos saltitos finales frente a él que hubo apartado la silla de la mesa para poder mirarles cara a cara—. Anna dice que hemos de pedir permiso para ir a visitar al pastor y almorzar con él.

—¿Podemos, papá? ¿Podemos? —Se sumaba ansioso Aldo—. Anna y el primo Simon nos llevarán. Haremos un picnic en el prado donde el pastor tiene a sus ovejitas. Hay muchas nuevas que son bebés. Además, Simon dice que es el último día antes de que les corten el pelo. ¿Podemos ir? ¿Podemos?

Max sonreía a los dos ansiosos niños dejándoles hablar y cuando terminaron les miró con fingida meditación unos segundos:

—Esquilar, hijo, se dice esquilar a las ovejas. Veamos. Si os dejo, habéis de prometer obedecer a Anna, a Simon y al pastor y no asustar mucho a su pobre rebaño.

Los dos asintieron enérgicos riéndose.

—Está bien. Decidle a Anna que podéis acompañarlos, pero antes habéis de despediros de tío Cliff y de mí pues estaremos fuera unos días.

Aldo se encaramó a las rodillas de su padre:

—¿A dónde vas? ¿Vais a navegar? ¿Podemos ir con vosotros?

Max sonrió a su hijo menor:

—No, trasto. En esta ocasión no podéis acompañarnos pues no vamos a navegar, pero cuando regresemos saldremos todos por la costa en el velero que tío Cliff tiene atracado en Cork.

—Estupendo. –Exclamaba entusiasmado—. Se lo diré a Albert y los demás. Qué bien. –Estiró los brazos haciendo que Max se agachase para que alcanzare a besarlo en la mejilla y le rodease el cuello con sus bracitos—. Nos dirás adiós antes de irte, ¿verdad?

—Claro, trasto. –Se reía Max dándole un beso en la frente y depositándolo enseguida de pie—. Regresad con los primos y el almirante.

Los dos salieron de nuevo a la carrera atravesando el comedor indiferente a nada más que su nuevo objetivo y que no era sino regresar con los demás. Melina miró a su padre sabiendo la pregunta que estaba a punto de formular:

—El conde ha pedido a Simon, Chris, Ronald, William y Alexander que no nos dejen solas si salimos de la mansión y sus jardines.

Max deslizó los ojos a Sebastian que añadió a lo dicho por su prima:

—El abuelo, cree que es posible que esos hombres aún continúen por los alrededores. Los alguaciles no dieron con ellos y prefiere que no anden las pequeñas por los campos sin alguien vigilándolas, especialmente Anna y Meli que tienden a escabullirse al bosque sin que nadie se percate.

Max suspiró:

—Sí, eso lo han heredado sin duda de Julianna, a la que gusta rodearse de naturaleza y de lo que ella califica “los pacíficos ruidos de la naturaleza”. –Miró a su hija Melina con evidente cariño—. Cielo, no salgáis solas de los terrenos de la mansión en unos días y si ves a tu hermana, tus primas o a los más pequeños hacerlo, avisa al abuelo o al Conde.

Melina asintió.

—Lo haré, papá. No habéis de preocuparos.

Tras inspeccionar las monturas que llevarían en su viaje en compañía de Llord Sebastian y su tío, regresaron a la casa con tiempo para ver a los condes despidiéndose de los últimos invitados que salían en su carruaje camino de sus propias casas. El conde les esperó a los tres mientras se acercaban:

—Por fin solos de nuevo. –Señalaba Sebastian sonriendo a su abuelo.

El conde sonrió:

—¿Si por solos te refieres a que la invasión queda circunscrita a pequeños alborotadores y caballeretes de medio pelo con escaso sentido común? Sí, por fin solos. –Miró a Max antes de añadir—: Todos están en el salón amarillo pues no querían desperdigarse sin despedir al vizconde y a lord Billers ni tampoco desearos a Cliff y a ti buen viaje y pronto regreso.

Los cuatro fueron directos al salón al que se refería el conde donde se encontraban todos los habitantes de la casa y James, que conversaba con Maxi y su padre. La condesa se acercó a ellos y sonriendo a Calvin señalaba:

—Esperamos no abrumarle con tantas personas, más no queríamos dejarles partir sin desearles buen viaje y sobre todo que pronto puedan dejar atrás los trágicos acontecimientos vividos por su familia. En todo caso, nos gustaría que nos

considerasen amigos y que sepan que, si algún día necesitaren algo, estaríamos encantados de ayudarles.

Calvin hizo una suave cortesía:

—Sois muy amable, milady. James y yo estamos en deuda con vuestra familia y os trasladamos la misma consideración, condesa. Esperamos veáis en nosotros unos buenos amigos que siempre estarán para lo que necesiten.

Fueron despidiéndose uno a uno de todos los presentes incluidos los más pequeños. Calvin enseguida notó la ausencia de Anna y evitando preguntar en alto donde se hallaba, esperó unos instantes sabiendo que no dejaría a su padre marcharse sin despedirse de ella. Tras unos minutos más, por el rabillo del ojo la vio aparecer por una de las puertas seguida de una doncella.

—Papá. —Abrazó cariñosa a Cliff rodeándolo por los costados acomodándose como algo natural dentro de los brazos de su padre—. ¿tendrás cuidado?

Cliff cerró más los brazos y la besó en el cabello.

—Sí, gatita. Tendré cuidado.

Anna alzó el rostro y le sonrió.

—Os he preparado cestas con hojaldres, panecillos, quesos y bizcochos.

Cliff de nuevo la besó, esta vez en la frente.

—Gracias, gatita. Los devoraremos sin medida. Se buena mientras esté fuera. Obedece al abuelo y al almirante y no enredes en demasía con los pequeñajos.

Anna se rio traviesa antes de abrir los brazos e ir a por su tío al que también abrazó cariñosa. Después fue hacia James que estaba junto a su hermana Meli y le ofreció un pequeño hatillo:

—Tomad, milord. Son galletas de pasas y ron. Las podréis comer durante el camino.

James se rio tomándolas.

—Sois muy amable, milady. Os aseguro las devoraré sin contención.

Calvin se colocó junto a su hermano y lanzó una mirada inquisitiva a Anna que, deslizando los ojos a él, tornó el gesto en contrariedad mal disimulada y tomando otro pequeño hatillo se lo ofreció:

—Buen viaje, milord. —Dijo casi a regañadientes lo que a él le provocó gracia, tan mal disimulada como la contrariedad de ella.

—Gracias, milady. Procuraré no caerme de la montura cuando las devore.

Anna resopló:

—Por mí no hagáis el esfuerzo, milord. —Respondió en un murmullo refunfuñón que su hermana le reprendió con un suave codazo.

Calvin no pudo evitar reírse. Era cabezota hasta lo indecible y después de haberse ganado la antipatía de esa jovencita, dudaba que llegare algún día a lograr su agrado.

Dos años después, Stormhall, residencia de los Condes de Worken en Londres,

Todos los jardines habían sido decorados por las damas de la familia que parecían decididas a engalanar la mansión, los jardines y todos los salones que se abrirían esa noche a los invitados de los condes, como si fuere la mejor y más importante fiesta de sus vidas. Las farolas colocadas por los senderos de los jardines lucían ya encendidas dando una cálida luz a las fuentes y las flores colocadas en las aguas de las mismas para que flotasen sobre ellas. Los salones lucían hermosos con ese aroma de los ramos y centros de flores colocados en los lugares indicados para lucir bonitos y también dar ese suave aroma fresco y primaveral. Los lacayos y doncellas ya habían ocupado sus lugares para recibir en pocos minutos a los primeros invitados, esos que compartirían con el conde y los suyos, la cena previa al baile.

Anna permanecía sentada en banqueta del dormitorio de su hermana mientras Meli terminaba de colocarse los guantes de noche.

—Anna, deja de fruncir el ceño que pareces un perro enfurruñado.

Anna alzó los ojos y vio a su hermana mirándola con gesto de broma.

—No puedo creer que hoy sea la noche de tu compromiso. ¿Por qué tienes que casarte tan pronto? Apenas hace dos años que fuiste presentada.

Meli se acercó y se sentó con ella en la banqueta:

—¿Por qué esperar? No encuentro motivos para no casarme y sí para hacerlo, empezando porque le quiero mucho y él a mí. ¿No te alegras?

Anna le rodeó con los brazos desde su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

—No, no me alegro. Cuando te cases vivirás en otra casa, lejos de mí.

Meli se rio.

—Si lo prefieres, podemos convertirnos en dos viejas solteras que viven juntas toda la vida y que comparten su casa con muchas mascotas malhumoradas.

Anna se rio alzando los ojos hacia ella:

—¿Podríamos?

Meli se rio mientras Anna se enderezaba.

—Eres teatralmente melodramática. Y yo que creía que llevar ya unas semanas disfrutando con Marian de tu primera temporada te habría hecho apreciar las mieles de socializar y poder hallar tu propio príncipe azul.

Anna resopló:

—Meli, me agrada mucho lord James, incluso creo que empiezo a quererle un poquito, pero tildarlo de príncipe azul es exagerar o simplemente demostrar cuán ciega te ha vuelto estar enamorada. Es atractivo, encantador y tiene ese sentido del

humor que siempre hace que ría con él, pero eso está lejos de convertirle en príncipe azul, especialmente porque tiene a ese sapo por hermano.

Meli soltó una carcajada.

—De veras que no logro entender esa animadversión que despierta en ti el pobre lord Donver. Eres a la única a la que no le agrada. Incluso podría decir que eres la única joven que no parece encandilada con él. Mientras otras están deseando que las saque a bailar, que les dedique dos palabras o simplemente una mirada con sus enormes ojos azules, tú, le pones cara de contrariedad y de estar siendo torturada cada vez que sencillamente te saluda, de hecho, Marian asegura que las dos o tres veces que te ha sacado a bailar esta temporada, parece que te pisa por doquier porque le miras con furiosa rabia.

Anna resopló en disgusto:

—Solo me saluda e invita a bailar porque es amigo de papá y está en deuda con él y con el abuelo y, ahora, porque tengo la desgracia de que la ciega de mi hermana se ha prendado del pobre lord James que no tiene la culpa de ser su hermano, ciertamente, pero sí ese estigma.

De nuevo Meli se rio negando con la cabeza.

—¿Quién tiene un estigma? —Preguntaba tía Blanche entrando en el dormitorio sonriendo.

Anna se puso en pie de un salto:

—El pobre lord James y su estigma se llama “hermano odioso”.

La tía Blanche alzó los ojos al cielo suspirando:

—Anna, cielo, promete que serás amable con el estigma, aunque solo sea por tu hermana.

Anna se rio por la forma en que su tía se refirió a Calvin siguiéndole a ella la broma.

—Lo intentaré, tía. Pero, por suerte, podré sentarme en la cena junto a Sebastian y su amigo lord Kevin. Además, papá ha invitado a lord Allen y al señor Spencer. Es un hombre muy divertido y agradable y como papá quiere que Maxi, Simon y yo seamos amables con él y nos aseguremos conocen a otros invitados, le he dado mi palabra de que Marian y yo le presentaremos a todo el mundo.

La tía Blanche frunció el ceño:

—¿Quién es el señor Spencer?

Meli sonrió acercándose a ella mientras contestaba:

—El hermano menor de lord Allen, tía. Es una historia algo complicada. No sé si papá o el abuelo te han reseñado la historia de lord Allen.

La tía asintió:

—Fue el almirante. Sé que es el nieto del anterior vizconde de Allen, que murió hace poco más de un año y cuyo único heredero era su hijo que marchó a las Américas en un acto de rebeldía y, quizás, también, debido a la mala relación que mantenía con

su padre llevando consigo, además, a su esposa, hija de un vicario, con cuyo matrimonio ese vizconde no estuvo muy de acuerdo.

—Oh, pero es una historia muy bonita. ¿No crees, tía? —Sonrió con mirada soñadora Anna—. El joven lord Allen desoyó los mandatos clasistas de su padre y se casó con su verdadero amor y después partió a las Américas alejándose de los dictados imperiosos de su padre.

La tía Blanche se rio:

—Para ser una joven que parece no estar interesada en galanteos ni en las palabras dulces y amables de los caballeros, has resultado una romántica incorregible, pequeña.

Anna resopló:

—En realidad, me agrada la terquedad de lord Allen y su decisión. —Asintió con un único golpe de cabeza tajante y cabezota.

Meli se rio:

—Sí, bueno, creeremos que ese es el motivo. —Miró con cariño a su hermana y después a su tía.

—Sigo sin saber quién es el señor Spencer. —Insistió la tía con resignación

Las dos hermanas se rieron.

—Lo siento tía, nos hemos distraído. —Se disculpaba Meli—. El joven lord Allen falleció cinco años después de llegar a tierras americanas dejando a su viuda con un pequeño de unos tres o cuatro años, no lo recuerdo. —Hizo un gesto con la mano al aire de modo despreocupado restando importancia a ese detalle—. En fin, que la pobre lady Allen, se quedó con su pequeñín sola en aquéllos lares, pero, por fortuna, volvió a casarse con un intrépido americano, llamado Daniel Spencer, con el que tuvo otro hijo.

—El encantador señor Spencer del que nosotras hablábamos. Dermont Spencer. —Añadía Anna sonriendo enredando su brazo con el de tía Blanche—. Verás cómo te agrada, tía. Tiene esa forma de hablar y esos modales relajados y despreocupados de los antiguos colonos, como los llama, burlón, el almirante.

—A James le agradan los dos hermanos. —Añadía Meli sonriendo—. Maxi iba acompañado de ambos el día que paseamos por Hyde Park y congenió con ambos a las mil maravillas.

La tía Blanche sonrió mirándolas a ambas, especialmente a Anna:

—¿Así que te agrada el señor Spencer por su acento y sus modales relajados?

—Por eso y porque dice que una mujer de hoy, en estos tiempos de cambios y avances, no ha de dejarse llevar por normas antiguas que coarten su espíritu emprendedor. —Alzó la barbilla orgullosa—. Ni aunque sea una lady. Así que como yo tengo espíritu emprendedor, me agrada un caballero con una visión moderna de la vida, y uno que considere, además, admirable que una mujer quiera ser comerciante. Dice que en su país hay muchas mujeres que empiezan a abrirse camino en campos antaño reservados a los hombres.

—Espíritu emprendedor. –Repetía la tía riéndose—. Cariño, lo que tú tienes es mucha tenacidad y terquedad como tu madre y como yo.

—Pues eso. Espíritu emprendedor. –Insistía ella cabezota con aire orgulloso.

—Está bien, está bien. Vayamos al dormitorio de vuestra madre que todas las damas os esperan allí antes de que empiecen a llegar los invitados. –Miró a Meli con cariño—. Todas quieren ver lo bonita que estás, cielo.

Meli se rio dando un beso a su tía en la mejilla y un abrazo.

—Mérito tuyo, tía, el vestido es precioso.

Su tía le dio un par de palmaditas en la mejilla.

—Vamos, vamos, que me haréis llorar y hoy no es día para lágrimas. Reunámonos con las damas pues tu padre también está nervioso y querrá estar contigo un rato antes de la llegada de los invitados y de poner tu mano en el brazo del que va a ser tu prometido.

—Bueno, eso si Meli aún no se lo piensa mejor y decide compartir casa con su solterona hermana y muchos animales malhumorados. ¿No suena a un futuro mejor y más prometedor? –Señalaba Anna con aire travieso cruzando los brazos a su espalda saliendo del dormitorio por delante de ellas.

Tras unos minutos que Meli, Marian y Anna calificaron de bochornosos por las lacrimógenas muestras de sentimentalismos exacerbado de todas las damas de la familia, que incluían, cómo no podía ser de otro modo a la condesa, a tía Blanche, a las tías Amelia, Adele, Eugene y Cloe y, por supuesto, a Julianna, que como madre de Meli estaba más emocionada aún que las anteriores, todas bajaron para reunirse con los varones de la familia que se hallaban en el salón donde serían conducidos los primeros invitados antes de la cena.

Simon era, junto a Sebastian, William, Ronald, Chris y Alexander, el más joven de la velada, recibió a Meli para conducirla, con el asentimiento de Cliff, junto al que ya había sido declarado por su padre y el resto de la familia como su prometido, lord James Billers que aguardaba de pie, cerca de la enorme chimenea del salón de tapices, flanqueado por su hermano lord Donver y el conde junto al que se encontraba ya Cliff.

En pocos minutos se desarrollaban relajadas y animosas conversaciones a la espera de que Seamus abriese las puertas instantes antes de la llegada de los primeros invitados. Anna, que pronto se encontró charlando con su hermano Maxi y el almirante, ni siquiera quiso acercarse a saludar a Calvin pues lograba hacerla enfadar con una pasmosa facilidad y parecía que, lograrlo, le divertía sobremanera porque siempre hacía con ella algún comentario sarcástico o llenos de ironía que ella juraba sabía que la haría enfadar.

Cuando Seamus anunció la llegada de los primeros invitados, los condes, Cliff y Julianna, Calvin y, por supuesto, los protagonistas de la velada, Meli y James, pues no era sino una fiesta de compromiso, se colocaron en el vestíbulo para ir recibiendo a esos primeros invitados que, a continuación, serían acompañados por el resto de la familia hasta el momento de la cena.

Para cuando Calvin, tras acompañar a su hermano en la recepción, se unió a los demás en el salón y, de nuevo, buscó, como parecía ya una costumbre arraigada en él, a cierta joven de mirada airada y gesto contrariado cada vez que lo veía y cuanto más lucía el ceño fruncido, a él más le gustaba agujonearla. Era su particular juego y divertimento.

Desde el día en que la vio entrar en el salón de la propiedad del conde en Irlanda se supo curioso con esa jovencita de mirada decidida y mente peculiar. Saber a la muchacha a la que habían casi asaltado como dos bribones en medio del bosque y que les hubo, no solo conducido a lugar a salvo, sino asegurado que pudieren hacerlo desviando la atención de sus perseguidores, le despertaba curiosidad y también cierta chispa de diversión. Era amable, risueña y cariñosa con todos los que conocía, al menos con los que mantuviere una relación más allá de la de mera cortesía, pero, en cambio, con él, esos bonitos ojos miel se volvían feroces e irradiaban enojo y sus bonitos labios que solían lucir una sonrisa o un gesto que él ya había reconocido como una seña suya particular de concentración, solían emitir, en cuanto lo atisbaban cerca, un resoplido de irritación o murmuraban refunfuños nada carentes de picardía aunque ella solo quisiera pincharle tanto como él a ella. Desde que un año atrás, su hermano James, comenzó a frecuentar la casa de los condes y de los vizcondes, pues cortejaba abiertamente a lady Amelia, él se veía, en ocasiones, abocado a compartir momentos cercanos e incluso familiares con ella y los suyos, y como siempre, ella, o bien intentaba ignorarlo, o bien no se contenía a la hora de mirarle con esos ojitos de enfado e indignación o bien le sorprendía con algún comentario socarrón. Pero ese año, ella y su prima, la hija de lord Ethan de Worken, habían sido presentadas en sociedad, y él, obviando su costumbre de evitar a como diere lugar los salones de las debutantes, hubo acompañado en más de una ocasión a James, convirtiéndose, sin quererlo, en el objetivo de muchas debutantes ansiosas y de sus madres, más ansiosas aún que ellas, de cazar a algún buen partido, preferiblemente, el poseedor de un título y más preferiblemente aún, con las arcas del mismo lo más abultadas posible, como era su caso.

Pero si él se hubo convertido en objeto de deseo de muchas jovencitas, salvo, por supuesto, esa que le miraba con cara de pocos amigos en cada ocasión, no se le escapaba que las dos nietas del conde, recién imbuidas en el mercado matrimonial, eran también presas perseguidas por los caballeros, no ya solo por su familia y relaciones sino porque era justo reconocer, ambas eran francamente bonitas, cada una en su estilo. Lady Marian era muy parecida a su madre, lady Adele, de pelo rubio y gestos suaves, y con los ojos de su padre, verdes como los de Worken, aunque a diferencia de su padre, su tío, su abuelo y sus dos primos, los suyos eran un poco más oscuros. Por su parte, él cuando veía a Anna, siempre recordaba la predicción que Lady de Worken hizo un par de años atrás en la terraza de la mansión, que sería la viva imagen de su hermosa madre, y efectivamente lo era.

La vio de pie junto a su prima Marian y su hermano mayor, Maxi, riéndose de algo que había dicho lord Kevin, uno de los dos hijos menores del marqués de Chester y que, por lo que había observado durante los instantes de la recepción, estaban invitados a la cena previa con sus tres hijos, lord Lucas, el heredero, lord Kevin, amigo

de Sebastian y Maxi y el menor de los tres, lord Arthur, amigo a su vez de otros de los jóvenes de la familia.

Tomando una copa de champagne de una bandeja sostenida por un lacayo al pasar por su lado, se acercó al grupo saludando con una suave cortesía a todos los presentes.

—Lord Donver, debe estar feliz de pasar a formar parte de la familia De Worken. —Señaló lord Arthur mirándole con una sonrisa relajada—. Es una gran fortuna poder hacerlo, sobre todo estando solos, vuestro hermano y vos, desde el fallecimiento de vuestros padres y abuelos.

Calvin sonrió con amable cortesía:

—Sin duda, somos afortunados. Mi hermano pasará a tener más hermanos e incluso a experimentar por primera vez la experiencia de tener hermana. —Miró a Anna que le devolvió la mirada con recelo.

—Ah, pues no tardará en aprender que son una tortura, milord. —Decía entre risas Maxi—. Lo vuelven a uno loco.

Anna le dio un codazo:

—Eso es una grosería, bruto. La experiencia de tener hermanos es peor, infinitamente peor. —Resopló mirándolo ceñuda.

Maxi se rio rodeándola por la cintura con un brazo al tiempo que la besaba en la frente:

—No refunfuñes, gatita. Tener hermanas también tiene ciertas ventajas.

—Tener hermanas será una oportunidad que no dudo, James y yo experimentaremos, de ahora en adelante, con sumo placer. —Añadía Calvin sonriendo y mirando con pícaro diversión.

Anna alzó la barbilla con cabezonería:

—Hablando con propiedad, milord, será vuestro hermano el que cuente con tal oportunidad pues será, por matrimonio, hermano de Simon, Max y mío, más, vos, solo sois un añadido engorroso.

Maxi soltó una carcajada mientras Marian la reprendía con un suave “Anna”.

Calvin se rio mirando a Maxi y a los dos caballeros:

—Me temo, milores, que milady ha sabido ver mi carácter como a través del agua cristalina. Soy engorroso, no he de negarlo.

Los tres se rieron mientras Anna resoplaba mirándolo con evidente deseo de clavarle un tenedor logrando que él la mirase con más diversión si cabía.

No hubo tiempo de más pues Seamus entró anunciando la cena por lo que Calvin se apresuró a buscar a la tía Blanche que sería su acompañante esa noche y Anna se dejó conducir al comedor por Lord Kevin que sería, junto a Sebastian, su compañero en la mesa.

Si ya había encontrado un más que evidente parecido entre Anna y su madre y entre ésta y la tía Blanche, durante la cena, Calvin comprobó que Anna no solo se

parecía físicamente a su madre y su tía abuela sino también era idéntica en carácter y personalidad, aunque quizás tenía un espíritu más rebelde, similar al de la tía, que calmo como el de su madre. En todo caso, apreciaba el carácter, la inteligencia despierta y esa amabilidad innata de la tía Blanche que hubo sentido desde el primer día que la conoció hacía ya dos años en Irlanda.

Habían sido dos años intensos y en algunos aspectos frustrantes. Tras tomar posesión del título y las propiedades, se dedicó durante los primeros meses a poner todos los asuntos en orden y, sobre todo, en intentar ajusticiar a quienes mataron a su padre y abuelo, más, no fue tan fácil. Lograron apresar al capitán y casi toda su tripulación, pero la falta de pruebas por su intervención en el asesinato de su padre llevó a que solo fueren ajusticiado por piratería en aguas inglesas, por atacar un barco inglés y por el secuestro de dos pares del Reino. Pero llegar hasta el barón, aún no había sido fácil pues carecían de pruebas y el que les persiguiesen por tierras del conde, fue eludido por él y su amigo arguyendo que no intentaban cazarles sino ayudarles pues había llegado a sus oídos que intentaban matarles. La carta de su padre, una vez descifrada por el comandante Rochester, sirvió para afianzar los indicios y sospechas de las acciones e intenciones del barón, pero no como prueba fehaciente. Probar una cosa u otra no era, al final, sino confrontar la palabra de unos contra la de otros y en nada beneficiaba enzarzarse en ese tipo de discusiones sin pruebas. Por ello, aún andaban intentando lograrlas y sobre todo se mantenían atentos a los pasos que daba el barón pues si duda, tarde o temprano cometería algún error fatal, si no por culpa de sus deudas, sí por esa adicción a sustancias extrañas que le convertían en un ser cada vez más ajeno a la realidad e incluso al mundo, claro que, por ello, también, más peligroso, porque como todo animal que se siente cada vez más acorralado, se volvía más y más agresivo y acabaría atacando sin pensar.

Miró en derredor, vio a su hermano sentado junto a su hermosa prometida sonriendo como un bobalicón. Realmente el muy tarambana se encontraba prendado de lady Amelia antes de abandonar la propiedad de Irlanda de los Condes.

Miró a lord Cliff que se ponía en pie llevando del brazo a su esposa. Ambos rodearon la mesa de la cena para colocarse al otro lado, frente a Meli y James.

—Damas y caballeros. —Atraía la atención de todos alzando ligeramente la voz mientras los lacayos servían copas de champagne a todos los presentes—. Les ruego disculpen interrumpa la cena y el comienzo de la llegada de los deliciosos postres, para atraer su atención y solicitarles la venia de que se unan a mi querida esposa y a mí en una felicitación sincera a los dos jóvenes frente a los que me hallo; mi querida y adorada Amelia, Meli, mi dulce y encantadora hija a la que con cierto pesar entrego a este afortunado caballero. Y lord James Billers, un joven que pasará, desde hoy, a convertirse en miembro de esta familia, más, también, no siento decirlo, en objeto de mis particulares torturas, pues como padre de la novia, tengo esas prerrogativas. —Se escucharon algunas risas y vítores sobre todo de los caballeros de la familia. —En fin, no ha de temer, no más de lo necesario. —Sonrió bromista a James—. No retrasemos más la celebración, así que, damas y caballeros, alcemos las copas y brindemos por los novios deseándoles una hermosa boda y una más hermosa y feliz vida juntos.

Tras el brindis, los novios se intercambiaron los tradicionales regalos. James, entregando a la novia la sortija de pedida que su madre le hubo dejado antes de fallecer y ella, conociendo la afición de James por el mar, entregándole como regalo la réplica de un hermoso velero que estaba atracado en el puerto de Cork y que Cliff, como marino experimentado, se hubo asegurado de reformar y acondicionar con las últimas novedades náuticas y también ciertas comodidades.

Antes de levantarse de la mesa, todos los comensales y sobre todo los novios, se vieron sorprendidos por la llegada de los más jóvenes de la familia, no presentes hasta ese momento, por su juventud, y que no hubieron querido perderse la celebración ni la oportunidad de felicitar a su prima Meli. Allí estaban todos, los hijos de lord Maximilian y lady Amelia, Melina, Amanda, Julius y Aldo; Los hijos de lord Jonas y lady Eugene, Eugene y Jason; Y los hijos de lord William y lady Cloe, Clarissa, Luisa y Albert.

En un pequeño alboroto de risas y voces, felicitaron a los novios y entregaron el regalo de la familia a la pareja y que no era sino una propiedad en Irlanda, cerca de la que tenían los condes y la de los vizcondes y que las damas de la familia se habían encargado de acondicionar como correspondía.

Durante esos minutos, Calvin no desvió los ojos de Anna, que parecía atraerle como la miel, la misma cuyos ojos reflejaba cuando sonreía. Había sentado en el brazo de su silla a Aldo, el menor de los hijos de lord Maximilian, y en sus rodillas a Jason, el pequeño de lady Eugene, que tendrían ahora unos siete años y eran, como muchos de sus primos y hermanos, dos trastos de cuidado, lo cual había podido comprobar las veces que había acudido a reuniones, bien en casa de los condes bien en la de la tía Blanche. Se reían traviosos de algo que les había dicho Anna tras poner en sus manos sendos dulces que tomó de su plato y que ambos se apresuraban a devorar con evidente placer. Durante unos minutos disfrutaron de las bromas de Anna, de su primo Sebastian y de lord Kevin hasta que el conde hizo a todos los jóvenes retirarse tras despedirse cortésmente de los invitados, pero vio a Anna levantarse y llevar de la mano a los pequeños hasta salir del comedor. Escuchó el suave suspiro a su lado y vio a la tía Blanche sonreír negando con la cabeza.

—Me temo que esos dos pillos han logrado convencer a Anna para que les lea unos minutos antes de dormir. Siempre la enredan con suma facilidad.

Calvin sonrió:

—Cuando ponen ojitos incluso yo reconozco haber caído en su trampa.

La tía Blanche se rio:

—Eso es porque vos, milord, aún no estáis curtido en tales lides. Hay que entrenar mucho para resistir esos ojitos y muchos otros arteros trucos de los que se valen, os lo aseguro. Anna se rinde voluntariamente, sin oposición ni lucha, y claro, esa es su perdición.

—Peores destinos hay, supongo. —Le sonrió.

—Sí, supongo que los hay.

Tras la cena comenzaron a llegar el resto de los invitados al baile de compromiso que iban siendo recibidos por los condes, los vizcondes y los novios, y por supuesto, él como familia del novio, mientras los asistentes a la cena se fueron acomodando en los salones y terrazas abiertas a los jardines. Tras un rato, colocado en la cola de recepción junto a los vizcondes, vio que Cliff miraba a dos caballeros que estaban en la cola esperando para saludar a los anfitriones y de inmediato hacer un gesto al mayordomo que se acercó presto:

—Seamus, por favor, vaya a buscar a mis hijos Maxi y Anna y a mi sobrina Marian.

Vio como enseguida el mayordomo se retiró para cumplir la orden mientras él se quedaba curioso observando a esos dos caballeros de reojo mientras seguía saludando a los invitados.

Justo cuando llegaron a la altura del conde esos dos caballeros que ya comenzaban a hacer las cortesías de rigor, vio a los hermanos y la joven lady Marian colocarse un poco más allá.

—Milord. —La voz de Julianna le hizo prestar de nuevo atención a lo que ocurría frente a sí—. Permitid os presente a lord Amos Stone, vizconde de Allen y su hermano menor, el señor Spencer. Caballeros, permitan les presente al hermano de lord Billers, lord Calvin Donver, vizconde de Donver.

—Lord Allen, señor Spencer. —Los saludó con cortesía notando el marcado acento de las Américas en ambos caballeros cuando le saludaron.

Enseguida vio a Maxi acercarse y saludar a ambos caballeros y conducirlos junto a las dos jóvenes que les recibían encantadas, al parecer. Eso le hizo fruncir el ceño tanto o más que verlos a los tres conducirlos hasta los salones. Tuvo que esperar a que acabase la larga cola de invitados para regresar al salón donde pronto dio comienzo el baile. Sonrió involuntariamente cuando vio que Marian era conducida al centro del salón por su padre y Anna por el suyo mientras el conde guiaba a Meli y la condesa a James. Él, por su parte, guio al centro de la pista de baile a la tía Blanche que, entre chascarrillos de sus dos sobrinas, Julianna y Amelia, intentaba refunfuñar por ser conducida por él a centro de la pista en el baile de apertura en vez de lo que ella calificaba, una juventud más ducha.

Nada más terminar ese primer baile toda la pista se llenó de parejas y él se reunió con James y otros miembros de la familia del conde para departir. En un momento dado, Anna se acercó y como parecía un gesto innato en ella abrazó a su padre por el costado que la dejaba hacer.

—¿Te diviertes, gatita? —Le preguntaba bajando la voz.

Anna asintió:

—Mañana, lord Allen y el señor Spencer, nos acompañarán a pasear al parque con los pequeños. Dicen que llevarán los caballos que trajeron de América y enseñarán a los peques a montar como los... —frunció el ceño quedándose un instante pensativa— ¿cómo llaman a los que son del oeste del continente?

Cliff se rio:

—¿Te refieres a los vaqueros?

Ella sonrió divertida:

—Eso, vaqueros. Dicen de ellos que son hombres muy rudos y de fuerte carácter.

Cliff de nuevo se rio antes de besarla en la frente:

—¿Y quieren convertir a los trastos de tus primos en enanos rudos y de fuerte carácter?

Anna se rio:

—Yo les observaré desde los senderos.

Cliff suspiró:

—¿No quieres aprender a ser una dama de fuerte carácter?

Anna asintió:

—Aprenderé desde la firme posición del suelo, no temas.

—Ay, cielo. —La besó en la frente de nuevo—. ¿Habéis presentado a lord Allen y al señor Spencer a nuestros invitados?

—Sí. Creo que Maxi iba a llevarles a uno de los salones donde parecen congregarse muchos caballeros para presentarles a algunos marinos. No sabía que el padre del señor Spencer era Oficial de la Marina Americana.

Cliff sonrió:

—Así fue como les conocí. El señor Spencer padre era aquél caballero que se encargaba del puerto de Boston. ¿Recuerdas el día que llegamos a Boston y estuvisteis recorriendo los muelles con un par de caballeros con el uniforme azul de los americanos?

Anna frunció el ceño y negó con la cabeza:

—Era muy pequeña, papá.

Cliff se rio:

—Es verdad que eras una mocosa encantadora. Cómo han pasado los años. — Suspiró alzando los ojos al techo.

—Sigo siendo encantadora, papá. —Se quejó ella.

—Es cuestión de opiniones. —Contestaba él con ese deje burlón—. Vamos, gatita, regresa con los jóvenes y disfruta el baile. Recuerda guardar al abuelo y al almirante un vals a cada uno.

Anna sonrió enderezándose:

—El abuelo tiene el primer baile tras la cena fría y el almirante el vals previo a la misma. Están en mi carné de baile desde esta mañana.

—Muy bien, gatita, pues entonces, ve a reunirte con tu prima y tus amigas.

—Recuerda lo que me has prometido. No consientas que te enrede. —Señaló una última vez antes de marcharse tras hacer una última reverencia.

Julianna miró a su esposo con gesto de curiosidad:

—¿Qué le has prometido?

Cliff suspiró:

—Que si el joven lord Tilder, el heredero del conde de Dawens, solicita visitarla, le dé evasivas.

Julianna giró el rostro y vio a su hija alejarse esquivando a algunos grupos de jóvenes.

—¿Ese joven quiere cortejarla? Pero si la temporada apenas ha comenzado. Además, Anna aún es muy joven para comprometerse.

Cliff besó a su esposa en la sien en un gesto cariñoso que no se estilaba entre la aristocracia y menos en un lugar tan público, pero que no parecía importarles si lo criticaban o no.

—Sí, es muy joven, cielo, y no dejaré que la cortejen salvo que ella lo desee y, desde luego, no cualquier caballerete se acercará a mi pequeña por muy heredero de un condado que sea. De todos modos, no has de preocuparte, el pobre lord Tilder le ha expresado su deseo de visitarla en varias ocasiones, pero ella no parece alentarle en modo alguno, bien es cierto que el joven tampoco parece simplemente resignarse.

Calvin, que escuchaba a los vizcondes, miró disimuladamente al otro lado del salón donde Anna departía con su prima y un par de jovencitas y parecían acompañadas por varios jóvenes entre ellos ese lord Tilder, y, también, el mayor de los hijos del marqués de Chester, lord Lucas y uno de sus hermanos, lord Arthur, el menor. Aún no había asentado aquéllas ideas e información que había escuchado cuando una voz atrajo su atención.

—Calvin.

Giró el rostro y el cuerpo y enseguida sonrió al encontrarse frente a sí a un viejo amigo de estudios.

—Ben, Ben Rochard, qué gran sorpresa que hayas venido.

Le dio un abrazo cómplice riéndose los dos.

—Lamento haber llegado tan tarde, más, nuestro barco llegó a puerto con más retraso del esperado.

—¿Nuestro? —Preguntó comenzando a girar el rostro hacia sus dos acompañantes.

—Sí, disculpa mi descortesía. Permite te presente a mi prometida, la señorita Alison Vinyad, hija del barón de Vinyad.

Calvin hizo una suave cortesía frente a ella.

—Es un placer. Debo daros la enhorabuena a los dos pues cuando recibí la carta en la que me informabas de tu compromiso, reconozco mi sorpresa, más viendo ahora a tu prometida, toda sorpresa queda abandonada en pro de una admirable comprensión.

—Calvin, no me obligues a golpear esa dura cabeza tuya por ser en exceso galante con mi dama. —Se reía su amigo que enseguida adelantó a otra joven—. No

creo que recuerdes a mi hermana lady Cinthia, pues me temo la última vez que pudisteis coincidir ella no tendría más que cinco o seis años y nosotros no éramos sino unos alocados y descerebrados adolescentes.

Calvin dedicó una encantadora sonrisa a la joven de vivos ojos azules, cabello rubio y rasgos claramente patricios que hacía una suave cortesía frente a él.

—Milady, un placer volver a veros.

Ben se rio a su lado atrayendo su atención:

—Por favor, permítenos saludar a James ya que nuestro retraso nos ha impedido hacerlo como debiéremos y deseárselo todas las suertes del mundo.

Calvin, fue entonces conscientes de las personas cercanos a ellos y girando el rostro rápidamente les hizo hueco:

—Lord Plamisthow, Lady Plamisthow, permitan les presente a un viejo y querido amigo de estudios, lord Benjamin Rochard, vizconde de Treville y su prometida, la señorita Alison Vinyad, hija del barón de Vinyad, así como a su hermana, lady Cinthia Rochard. Milord, milady, señorita Vinyad, los vizcondes de Plamisthow.

Tras el mutuo intercambio de cortesías, Calvin atrajo la atención de su hermano que en ese instante departía con una ajada pareja que parecía darles sus felicitaciones.

—James, hermano, mira lo que nos han devuelto las arenas del desierto.

James giró con Meli de su brazo y enseguida sonrió al posar los ojos en Ben.

—Ben, viejo excavador de tesoros, qué alegría que llegaséis a tiempo. Permite te presente a mi hermosa y encantadora prometida, lady Amelia de Worken. Querida, este insensato con aspecto de aventurero temerario, es lord Benjamin Rochard, vizconde de Treville.

—Milord, un placer conocerle. He oído hablar de vos.

—Es placer es mío, milady. —Sonreía Ben divertido—. Os ruego no creáis nada de lo que estos dos hermanos pudieren decir pues me temo no hablan sino con ausencia de juicio. Siempre han denotado carecer de él salvo para una cosa. Encontrar las más valiosas y hermosas joyas. —Le sonrió con picardía.

—Ben, esta vez soy yo el que te amenaza con golpear esa cabeza dura. —Sonreía Calvin antes de volver a mirar a su hermano—. James, lady Amelia, las dos damas que le acompañan son su prometida, la señorita Vinyad y lady Cinthia Rochard, su hermana.

—Un placer conocerlas a ambas y espero se sientan bien acogidas. —Las sonrió Meli.

—Así es, milady, pero, por favor, llamadme Alison. —Contestó su prometida con una sonrisa amable—. Ciertamente es agradable regresar a tierras inglesa tras tantos años.

—¿Tantos años? ¿Lleváis mucho en el extranjero? —Preguntó Julianna curiosa.

—Mi padre, milady, al igual que Ben, formaba parte de una expedición que estaba investigando ciertas zonas de Egipto, realizando algunas excavaciones y eso

nos ha llevado por esos territorios por varios años. De hecho, la última vez que yo estuve en suelo inglés tenía apenas diez años.

—¿De veras? Ha debido ser muy interesante, y habréis vivido muchas aventuras, algunas, seguro, no muy agradables, y también tuvo que ser duro vivir tan lejos por tan largo periodo.

—Sí y aunque no me arrepiento de haber estado junto a mi padre, confieso que me agrada regresar a tierras menos áridas y tranquilas.

Meli sonrió a Calvin.

—¿Por qué no acompañamos a vuestros invitados a conocer al resto de la familia? Seguro les agrada conocer caballeros y damas de su edad.

Cliff carraspeó:

—Gracias, cariño, me siento como un anciano tras ese nada velado comentario.

Meli se rio acercándose a su padre y dándole un beso en la mejilla:

—No pretendía insinuar tal cosa, papá, prometido. Más no es menos cierto que ya no eres un jovencuelo.

Cliff resopló girándola y dándole un empujoncito hacia James:

—Huye, hija ingrata, huye antes de que me tome como el peor de los agravios el que me tildes de viejo achacoso.

Meli se reía caminando del brazo de James acompañados de Calvin que hubo ofrecido su brazo a la hermosa lady Cinthia y de Ben y su prometida.

Llegaron hasta donde se encontraban Marian y Anna conversando con Sebastian, Maxi, lord Lucas y lord Kevin, así como lord Allen y su hermano, el señor Dermont Spencer.

—Caballeros, Marian, Anna, os traemos unos amigos. —Señalaba Meli relajando, ya antes incluso de las presentaciones, el ambiente.

Todos se giraron e hicieron hueco a los recién llegados que enseguida fueron presentados e incluidos en las conversaciones.

—Entonces, milord, —preguntaba Anna realmente interesada en lo que había oído de Ben—. ¿Habéis descubierto reliquias del pasado?

—Alguna sí, más, me temo, las importantes parecen haber sido ya objeto de descubrimiento por expediciones anteriores, aunque no ha de perderse la esperanza de hallar nuevos secretos y tesoros. De cualquier modo, esa labor, la dejaremos para otras manos, al menos por un tiempo, pues creo que ha llegado la hora de regresar a casa y volver a la vida civilizada lejos de tiendas azotadas constantemente por los vientos del desierto.

Meli sonrió divertida y Anna señaló:

—Deberíais escribir un libro con vuestros relatos y aventuras, prometen ser francamente interesantes. Yo os aseguro que compraría esos relatos y los leería con avidez e incluso se los leería a mis pequeños primos antes de acostarse pues no todo van a ser piratas y corsarios.

Maxi se rio:

—Lo dice quién nos hacía leerle una y otra vez las aventuras de Barba roja.

Anna se rio:

—Oh, Dios mío, es cierto. ¿Lo recuerdas? Tenía tan ajado el libro por el uso que en ocasiones me daba miedo que se rompiese. —Sonrió mirando a su hermano—. En mi defensa diré que asociaba la figura del famoso pirata a la de Leary. —Miró a sus acompañantes antes de explicar—: Era el contra maestre del barco de mi padre. Era un hombre robusto, muy alto y grandote, más aún a los ojos de una niña pequeña. Tenía un espeso cabello y barbas pelirrojas y mientras Maxi y Meli enredaban con el timón o con los aparejos, él se sentaba conmigo, extendíamos un mapa y me enseñaba dónde estaba cada lugar y se inventaba historias truculentas de batallas, descubrimientos de tierras lejanas y épicas contiendas.

Meli se rio:

—Es verdad. En todas sus historias había batallas, espadas y canallas despiadados que valientes pelirrojos vencían siempre.

Marian se rio:

—Lo que explica tu inclinación por Barba Roja. Si todos los héroes de aquellas historias eran pelirrojos, en tus ojos infantiles, Barba Roja, a pesar de sus tropelías, debía ser el valiente corsario de alma bondadosa.

Anna se rio:

—Bueno, no tanto, seguía siendo un pirata. —Miró a Alison sonriendo—. Imagino, señorita Alison, que, a vuestros ojos infantiles, los héroes serían excavadores de tumbas, o valientes y aguerridos nómadas del desierto.

—Siendo sincera, mi héroe infantil era un hombre subido a un globo aerostático. —Se reía divertida—. Apenas llevábamos unos meses en Egipto cuando una noche apareció un explorador que estaba recorriendo todo el territorio en uno de esos globos y desde entonces yo soñaba que regresaba, me subía en él y me llevaba de nuevo a los verdes campos ingleses.

Dermont Spencer sonrió:

—Pues, ya no regresaros a verdes campos, señorita Alison, más, quizás, sí podáis experimentar ese viaje en globo. Durante varios días, uno de esos locos que gustan surcar los cielos con esos globos, se encuentra en la propiedad del sur de Londres de lord Shelby y permite a algunos experimentar la sensación de volar. Precisamente Amos y yo, —miró un instante a su hermano—, estuvimos comentando esta mañana organizar una visita a la propiedad de lord Shelby en estos días y saber cómo es eso de estar a tantos pies de tierra firme.

—Uy, ¿de veras? —Anna abrió mucho los ojos con entusiasmo antes de mirar a su hermano y a su primo—. ¿Creéis que nosotros podríamos también ir?

Sebastian soltó una carcajada, pero la respuesta vino de labios de Maxi que con socarronería señaló:

—Preguntándolo con la misma cara de ansiedad que muestra Simon cuando se le ocurre alguna trastada, temo decir que no.

—Pues a mí también me gustaría probarlo. –Se sumó Marian al entusiasmo de Anna—. Tiene que ser bonito verlo todo desde el cielo y tener cerca las nubes.

Maxi y Sebastian emitieron sendos gemidos mirando a sus hermanas.

—Podríamos organizar una pequeña excursión todos juntos. –Ofreció lord Allen—. Una especie de día en el campo. Almorzar al aire libre y todos los que deseen volar, hacerlo. Seguro que, si solicitamos a lord Shelby que interceda a nuestro favor con su invitado, nos permite experimentar esa aventura.

—Uy, uy, sí, sí. –Anna se removía nerviosa como una niña pequeña mirando a su hermano y a su primo suplicante—. Por favor.

Calvin tuvo, por primera vez en su vida, deseos de conceder a alguien, sin pensarlo, un deseo, y, costase lo que costase, hacerlo realidad. Verla con los ojos brillantes, las mejillas arreboladas y dando pequeños saltitos en el lugar como si fuere una niña pequeña delante de un escaparate de golosinas removi6 algo dentro de 6l que le hizo sentir extrañamente inc6modo consigo mismo, como si perdiese por un instante el control y dominio de su vida, de su capacidad de decisi6n con sensatez. Tuvo que desviar los ojos de ella o acabaría revelando esos extraños pensamientos con que solo alguien le mirase al rostro.

—He de sumarme a ese deseo. –Señaló a su lado lady Cinthia que, en ese instante, record6 llevaba asida de su brazo bajando los ojos a ella que a su vez miraba a su hermano—. Ciertamente ser6 una experiencia curiosa ¿no crees?

Vio a Ben suspirar con resignaci6n pues su prometida parec6 mirarle con la misma expectaci6n que su hermana.

—Quizás sí podamos organizar esa excursi6n si todos parecen conformes. –Respondía vencido finalmente.

Lord Allen sonri6:

—Déjenlo en nuestras manos pues lord Shelby es un conocido que seguro tiene a bien aceptar. En cuanto lo hayamos organizado, nos pondremos en contacto con todos. Les damos nuestra palabra. –Mir6 de soslayo a su hermano que sonreía asintiendo.

—Estupendo. –Exclamaba Anna—. Del almuerzo nos ocupamos nosotros. –Sonri6 satisfecha—. Imaginaos la cara de los peques cuando les contemos que hemos volado sobre las nubes. –Añadía mirando a su hermana y prima que se reían cómplices.

—De veras que eres la contradicci6n hecha mujer, Anna. –Empez6 a decir Maxi riéndose entre dientes—. Te asusta subir a lomos de un caballo, pero estás deseando ponerte a metros y metros por encima de las cabezas de todo ser vivo.

Anna se encogió de hombros:

—No hay contradicci6n alguna, Maxi. Nada tiene que ver una actividad con otra. Es como comparar montar a caballo con navegar. En nada se parece una cosa con la

otra y no por no asustarte una puede gustarte mucho la otra. Uy. –De pronto se quedó callada y sin mediar palabra se escondió tras la espalda de su hermano—. Se acerca lord Tilder, si pregunta por mí, decid que estoy en las terrazas del norte.

Meli y Marian se reían negando con la cabeza mientras su hermano resoplaba cansinamente.

—Anna, se ve tu vestido tras Maxi. Ciego habría de estar el pobre lord Tilder para no verte. –Señalaba sin dejar de reírse Marian.

Anna pegó un empujón a Sebastian acercándolo a su hermano a modo de pared.

—No os mováis ninguno de los dos. –Ordenaba tajante a sus espaldas mientras Meli y Marian se reían más aún—. Y vosotras dos, brujas, no os riais.

—Oh vamos, Anna, te agrada lord Tilder, no hace falta que le evites como a la peste. –Intentaba razonar Marian sin dejar de reírse.

—Me agradaría más si no se empeñase en cortejarme. Solo tengo dieciocho años, por todos los cielos, no he de casarme aún. Además, seguro que no me dejaría poner mi pastelería o intentaría convencerme de que esas cosas no las hace una dama que se precie de serlo.

Maxi se rio mirándola por encima de su hombro.

—Está bien, lady pastelera. Nosotros te libramos de ese lord pesado.

Anna alzó el rostro tras él y le sonrió:

—Eres el mejor hermano del mundo. Mañana te haré los bizcochos de nueces y miel que tanto te gustan.

Sebastian carraspeó:

—Perdona, primita, pero somos dos los que hacemos de parapeto y los que habremos de mentir.

Anna se rio entre dientes:

—A ti te haré las natillas para el almuerzo.

Sebastian sonrió truhan:

—Acepto. –Miró canalla a su primo—. Una negociación francamente provechosa.

—Protestaría, pero en este instante me interesa más teneros a buenas. –Decía Anna tras sus espaldas—. Ahora haced honor a la palabra dada y cumplid vuestra parte de lo “negociado”. –Señalaba con cierto retintín.

Los dos se rieron esperando la llegada de lord Tilder que se acercaba decidido al grupo y que unos minutos después se marchaba en dirección a la terraza del norte.

—Bien, querida y cobarde hermanita, —iba diciendo Maxi moviéndose y dejándola de nuevo a la vista—, esto te da al menos media hora de paz, pero mucho vas a tener que esconderte el resto de la noche. –Sonrió mirando a su primo al tiempo que decía—. Creo, Seb, que la noche promete logrnos toda una semana de ricas viandas y dulces preferidos.

Anna los miró a los dos ceñuda:

—¿No seréis capaces? ¿Vais a abusar de mí en mi momento de debilidad?

Los dos se miraron sonriendo y después a ella ensanchando sus sonrisas respondiendo al unísono:

—Sin dudarlo.

Anna resopló airada.

—Creo que me voy a buscar cobijo en mejores y más nobles brazos y corazones. Voy a buscar a mi almirante. — miró a los demás alzando la barbilla antes de hacer una suave reverencia—. Si me disculpan.

—Puedes correr, Anna, pero no huir. No te librarás tan fácilmente. —Le decía Maxi ya a su espalda con aire teatral.

Ella le miró por encima del hombro.

—Por tu bien, no compartas el globo conmigo o soy capaz de lanzarte con furia una vez estemos a bastante altura.

Maxi soltó una carcajada:

—No lo harías, Anna, me quieres demasiado. Tu tierno corazón no te lo permitiría.

—Ya veremos. Quizás me deje el corazón en tierra.

La respuesta de ella sonó mientras giraba sobre sus talones para mirarle antes de sacarle la lengua como una niña pequeña. El gesto hizo que Calvin se riese recordando el episodio en casa del conde tiempo atrás. El resto de la noche hizo de acompañante de Ben, su prometida y su hermana. Durante la cena fría, vio a Anna reunirse de nuevo con su prima haciendo compañía al señor Spencer, lord Allen y, por ende, a ellos también que se sentaron junto en la misma mesa. Más tarde, con disimulo, siguió sus pasos, viéndola bailar con el señor Spencer, con lord Allen, una pieza con lord Tilder, lo que le llevó a comprender que por fin dio con ella, y también la vio bailar con su abuelo al igual que antes de la cena con el almirante. Le producía cierta ternura verla bailar con ambos pues los miraba con casi la misma adoración que a su padre.

En un mes, su hermano se convertiría en el esposo de lady Amelia de Worken, miembro de pleno derecho de esa familia convirtiéndolo a él, también, en parte de la misma. Era curioso sentirse parte de una familia tan grande y unida y que parecía defenderse entre ellos sin distinción a si eran hermanos, primos o tíos, incluso Lord William y su esposa, que a todos los efectos eran considerados como parte de la familia, así como sus hijos, no tenían vínculo de parentesco o familia con ninguno de ellos, pero no hacían diferencia alguna con los demás.

Vio a James acercarse a Anna y pedir que le concediese un baile y cómo esta accedía sonriendo. Frunció el ceño obviando la conversación que discurría a su alrededor. Iba a tener que empezar a pensar en ella como en una hermanita, una hermanita política, peleona y responzona pero como en una hermanita. Suspiró pues ciertamente no había de verla de otro modo ni había motivo alguno para no verla así. Hasta ahora, simplemente le resultaba divertido hacerla enfadar y su constante

búsqueda de ella en salones y reuniones se debía a que conseguía, por unos instantes, aguijonearla, dejarla aguijonearlo a él y verla refunfuñar lo que era algo que lograba romper la monotonía de ciertos eventos. Bien, se decía así mismo, pues ahora tenía una hermanita a la que hacer refunfuñar.

Sus caóticos pensamientos se vieron interrumpidos por James que traía de cada brazo a una hermana. Anna sonrió a James cuando éste le dio las gracias por el baile y sobre todo por no pisarle.

—Eso no es muy galante. Yo no piso a mis parejas, al menos no sin intención, pero ese comentario ha hecho que la próxima vez que bailemos pise esos enormes pies con mucha, mucha intención.

James se rio.

—Me doy por reprendido y consideraré esos pisotones justo castigo.

Anna asintió con un golpe de cabeza como gesto de testaruda aseveración, pero enseguida fijó los ojos en lady Cinthia y le dedicó una sonrisa a Calvin que le hizo sospechar de inmediato.

—Me alegro por vos, milord, por fin una dama hermosa y de carácter templado que mitigue vuestro infame carácter. Quizás debamos proclamar esta la noche de la fortuna de los hermanos Billers pues ambos parecen haber encontrado damas que hagan justicia a su noble linaje.

Calvin pronunció su gesto contrariado desviando entonces los ojos a la hermana de Ben que, por suerte, departía con Marian, Sebastian, su hermano Ben y su prometida. Por un instante, estuvo a punto de negar taxativamente la conclusión a la que Anna llegó, pero después miró con nuevos ojos a Lady Cinthia. <<*Era bonita, educada, de edad y familia adecuada, ¿Por qué no? Quizás sí que podría mirarla de ese modo*>> pensaba, aunque sin excesiva convicción, incluso él lo sabía. Giró el rostro hacia Anna que le sonreía con cierta arrogancia satisfecha, las cejas alzadas y los ojos brillantes.

—Quizás tengáis razón y declaremos esta nuestra noche afortunada. —Fue la única respuesta que le dio.

Anna ensanchó su sonrisa aún más.

—Es una suerte, milord, empezaba a pensar que os quedaríais para vestir santos.

Calvin soltó una carcajada.

—Eso es una impertinencia, pequeña impertinente.

Anna se encogió de hombros de modo despreocupado, sin darle pábulo al modo de referirse a ella:

—No he de negarlo, más tampoco vos que tenéis cierta edad, una edad avanzada para ser exactos, y aún seguís soltero. Incluso vuestro hermano os ha tomado la delantera en el camino de la rectitud, del matrimonio, de la vida sosegada y fructífera.

Calvin se reía negando con la cabeza:

—¿He de entender entonces de sus palabras, milady, que mi vida no es nada de eso? ¿Ni recta, ni sosegada, ni fructífera?

De nuevo Anna se encogió de hombros:

—Pero ya no habéis de preocuparos. Habéis encontrado al fin quien os enmiende y os lleve de nuevo al redil. Quizás así consigamos que dejéis de lado vuestra faceta de incordio declarado.

Aun sabiendo la respuesta sonrió divertido y alzando una ceja impertinente preguntó:

—¿Quién me ha declarado un incordio?

Anna alzó la barbilla sonriendo con petulancia mientras cruzaba los brazos a la espalda con aire pícaro:

—Una dama de indudable inteligencia, sabiduría y apreciación del carácter de quienes le rodean.

Calvin sonrió con la misma picardía:

—Espero que no os refiráis a vos misma, milady. Después de todo, esa capacidad de autocomplacencia, sin mencionar lo ajena a la realidad de vos misma que estáis, invalidaría la previa apreciación y con ello dejaría vuestra idea de que soy un incordio como una idea errónea y del todo carente de sentido.

Anna ladeó ligeramente la cabeza sin dejar de mirarle como si meditase sobre lo que acababa de decir:

—Umm, interesante. Suponiendo que tengáis razón y que mi visión no sea certera, mi apreciación sería ciertamente errada, pero ¿habríamos de deducir por ello que no sois realmente un incordio? ¿Habríamos de negar la verdad de vuestro carácter solo porque una persona yerre? Mi error no debiera ser considerado como base para la negación de la verdad más evidente que no es otra, sino que sois un incordio y, sea cual sea mi opinión o impresión de vos, la verdad está por encima de ella. Luego, aun reconociendo mi posible error, vos seguís siendo un gran y solemne incordio.

Calvin alzó las cejas mirándola un poco desconcertado:

—No sé si daros la razón o aducir que, además de errada, habéis perdido el juicio y todo sentido de la realidad incluida esa verdad de la que habláis.

—En ese caso, —Anna sonrió con complacida diversión—, habéis de darme la razón, sin duda alguna. Uy. —La vio desviar los ojos por encima de su hombro lo que le hizo girar para mirar tras de sí—. Milord, me marchó. Como no creo que nos volvamos a ver en lo que queda de noche, me despido.

Lo dijo tan deprisa que a Calvin no le dio tiempo a girar de nuevo antes de verla salir presurosa hacia el otro lado del salón donde se encontraban sus padres bailando el vals, el que supo era el último de la noche. Anna se acercó al lugar donde estaban su hermano Simon y algunos de sus primos más jóvenes y se quedó a su lado de pie observando a sus padres bailar con ojos soñadores. Incluso desde donde él estaba la veía mirarlos con cariño y esa sonrisa de sincera adoración.

Tras partir de la casa en compañía de su hermano después de haberse marchado el último de los invitados siendo ya muy tarde, Calvin se quedó en la biblioteca de Donver House, cerca de la mansión de Stormhall de los condes, pues ambas estaban en Mayfair. Degustaba una copa de coñac mientras observaba el fuego de la chimenea crepitar.

—Sabía que estarías aquí.

La voz de James le hizo girar la cabeza viéndole acercarse y tomar asiento en el otro asiento orejero. Tras unos minutos dijo con cierta seriedad en la voz:

—Has de prometerme que cuando me case dentro de un mes, no te pasarás las noches trabajando solo en casa ni tampoco que dejarás de acudir a salones y fiestas, pues has de buscar esposa.

Calvin lo miró alzando las dos cejas sorprendido por la petición.

—¿Temes que me convierta en un ermitaño?

James se rio:

—Sé que no eres un monje, Calvin. Sé que gustas a las mujeres y que disfrutas de los favores de algunas. No me malinterpretes. No creo que seas un ermitaño, no es eso. Pero no me gustaría que te acostumbrases a esta vida en solitario, compartiendo cama y compañía, solo algunas horas, con cortesanías, viudas o algunas damas de vida alegre. Además, sé que te gusta la vida en familia. Te he observado con la familia de Meli y con los pequeños. Sabes que tarde o temprano habrás de casarte, lo que no quiero es que sea por obligación. Y no lo digo porque me preocupe el futuro del título, no es eso. Pero tras la muerte de padre, ambos sabemos que añoramos la vida en familia y, puesto que no hay razón para negarte esa vida ni tampoco retrasarla, debieres empezar a buscar una dama para ti. Sin prisas, pero no lo dejes estar, Calvin.

Calvin le sostuvo la mirada en silencio unos segundos:

—¿No se te ha ocurrido que a lo mejor sí conozco a la dama adecuada?

James frunció el ceño unos instantes hasta que de pronto sonrió:

—¿Te refieres a lady Cinthia? A ver si mi cuñadita va a tener razón. Bueno, no he de negar que es bonita y parece agradable.

Calvin no contestó, sino que desvió los ojos al fuego:

—Sí, parece agradable. —Se limitó a repetir unos segundos después.

No volvieron a tocar ese tema hasta el día de la boda. Durante todo ese mes tuvo varias oportunidades para coincidir con la prometida de James, sus hermanos y algunos de sus primos. Como el día en que fueron a montar en globo, pero él estuvo casi todo el tiempo con Ben, su prometida y su hermana. También coincidió con ellos en un par de ocasiones en varios eventos en casa de tía Blanche, de los condes y, en una ocasión, en Frenton Hills. También vio a algunos de los caballeros en White`s y en un par de salidas temprano cuando fue a montar, momentos éstos en que coincidió con los más pequeños a los que la familia tenía por costumbre llevar a montar por los terrenos de la Real Academia de Caballería casi a diario.

En los salones de la aristocracia, durante esas semanas, coincidió con Ben, su prometida y su hermana en dos ocasiones, y en una tercera en que fueron invitados, él y James, a cenar en su casa.

La semana previa a la boda, James y él partieron a Irlanda, a la propiedad del Conde de Worken donde se celebraría la ceremonia y algunos festejos previos. Como en ocasiones anteriores, toda la familia del conde y esos allegados a los que consideraban parte de su familia, se congregó para los fastos y pasar en familiar compañía esos momentos. En los días inmediatos a la ceremonia, fueron llegando algunos invitados que también residirían tanto en la propiedad del conde como en la cercana de Cliff o en la de lord William, marqués de Drundy.

Durante los tres primeros días, James y él parecían en constante ajeteo y si no estaban con invitados de los condes, almuerzos o excursiones, se encontraban ultimando detalles para la ceremonia. Los únicos que parecían más ajenos a todo y sobre todo divertidos, eran los más jóvenes de la familia que enredaban a placer y disfrutaban de las atenciones de todos los que les rodeaban.

La cuarta mañana desde su llegada despertó temprano y decidió salir a cabalgar y, evitando cruzarse con algún invitado inoportunamente madrugador en el comedor de mañana, decidió salir por el patio trasero cruzando el corredor previo a las cocinas que ya conocía de sus visitas anteriores. Al llegar al arco de acceso a las cocinas una voz masculina le llamó haciéndole de inmediato detenerse y cruzarlo.

—Buenos días, milord, ¿vais a los establos a tomar una montura? —Le preguntó Cliff sentado en la mesa frente a varias bandejas.

—Buenos días, milord. Esa era mi intención, sí.

—Venid y sentaos conmigo unos instantes. Así disfrutaréis de un café y algún bollo caliente. No es bueno montar con el estómago vacío.

Sonrió acercándose y tomando asiento de inmediato mientras la oronda Cooker le servía una taza de café. Con disimulo miró en derredor buscando a quién sin duda debiera estar por allí a esas horas y no tardó en salir de algún rincón de la cocina con una fuente llena de magdalenas recién horneadas que dejó en una encimera.

—Papá, he estado pensando.

Comenzó a decir de espaldas a la mesa y sin percatarse de quién se hallaba sentado allí. Cliff, que se había arrellanado en el banco, la miraba claramente divertido lanzando una mirada discreta a Calvin.

—Gatita, empiezo a sentir pavor ante tal comienzo de conversación.

La escucharon resoplar mientras seguía colocando las cosas en una bandeja sin mirarlos:

—Si cuando regresemos veo un bonito local donde poner una pastelería ¿podríamos empezar a hacer planes para mi negocio?

Cliff ensanchó su sonrisa sin contestar esperando que Anna se girase para mirarlo lo que hizo unos segundos después sin percatarse aún de la presencia de Calvin que quedaba a la derecha de su posición.

—¿No quieres terminar de disfrutar primero de tu primer año de temporada?

Anna se encogió de hombros como gesto de clara indiferencia.

—Ven, cielo.

Cliff dio un par de palmaditas en el banco a su lado y Anna fue enseguida sentándose en sentido opuesto al suyo pudiendo mirarle a la cara y así dando la espalda a Calvin.

—¿Quieres empezar a buscar local?

Anna se encogió de hombros:

—En Londres he estado acompañando a tía Mel a la escuela del orfanato los últimos meses y he enseñado a varias de las chicas más mayores algunas cosas porque querían trabajar en alguna cafetería del centro o en una casa de pasteleras. También un par de muchachos han aprendido panadería y hacer masas. Les gusta y parecen querer que ese sea su futuro. Si pusiere la pastelería podrían trabajar en ella. Seguiría enseñándoles y podría ofrecerles un trabajo y salarios estables. Además, Cooker dice que su hija también quiere ir a Londres. Mamá ayudó, cuando vivía con tía Blanche, a la hija de la cocinera de la tía a montar su pequeña cafetería. —Apoyó la cabeza en su hombro melosa.

—Estás decidida, ¿no es cierto?

Anna asintió sin decir nada.

—Está bien, cielo. Cuando regresemos a Londres te acompañaré a conocer a esos chicos y chicas y si creo que están preparados os ayudaremos.

Anna alzó la vista sonriendo:

—Y con Elene, la hija de Cooker. Regresaría con nosotros a la ciudad.

Cliff se rio entre dientes y la besó en la frente.

—Está bien. Iremos poniendo en marcha todo, pero sin prisas. Podrías abrir en septiembre u octubre y, mientras, disfrutarás de tu temporada, aunque vayamos dando algunos pasos. Y recuerda lo que hablamos y los planes que hicimos con el abogado y el administrador de tía Blanche. Al principio, implicará mucho trabajo, y deberás ir paso a paso pensando bien cada uno de ellos.

Anna sonrió de oreja a oreja.

—He estudiado los papeles que me dio el abogado. Sé que he de pensar los dulces, piezas de pastelería y panadería y los postres que haremos, las cantidades, las personas que creemos entrarán más asiduamente, incluso tía Blanche dice que se encargará de buscar los proveedores adecuados pero que muchas de las cosas que emplearemos, como frutas, trigo y harina, podremos obtenerlas de su propiedad de Devon y de las del abuelo y la tuya. Tía Blanche me ayudará en esa parte hasta que aprenda.

—Ay, gatita, realmente no habrá quién te quite la idea de la cabeza ni que decidas postergar estos planes, ¿verdad?

Anna sonrió.

—Soy Mabeth.

Cliff soltó una carcajada:

—Sí, eso es innegable. Vamos, ve a terminar tus tareas de hoy y te acompaño al salón del almirante para que tomes el desayuno con él, mamá y la tía Blanche.

Anna asintió:

—Como yo no he de acompañar a los invitados a la visita a las ruinas del monasterio ¿puedo ir con los peques a visitar al pastor?

—Puedes si regresáis con tiempo para almorzar. —Vio que ella iba a protestar—. Recuerda tu promesa a tu hermana. Marian y tú la ayudaríais a atender a los invitados más jóvenes y hoy llegan muchas de las damitas y caballeros jóvenes que se quedarán hasta la boda.

—Está bien. Regresaré a tiempo. Prometido.

—Bien. —Sonrió Cliff satisfecho—. Pues ahora ve a sacar del horno esos ricos panecillos especiados que huelen de maravilla y que milord y yo estamos deseando probar.

—¿Milord? —Preguntaba ya frunciendo el ceño y girando el cuerpo para encontrarse a Calvin sentado frente a ellos con cara de evidente satisfacción.

Calvin ensanchó su sonrisa en el instante en que supo que ella le vio y era consciente de su presencia y de haberlos escuchado y más sonrió cuando la vio contener un resoplido de disgusto mientras se ponía de pie y mascullaba un malhumorado:

—Buenos días, milord.

Giró sin esperar respuesta caminando con paso imperioso hasta el fondo de la cocina donde abrió uno de los hornos mientras él la miraba sonriendo divertido.

—Creo, milord, que vuestra hija se ha enfadado con ambos por no hacerle notar mi presencia antes.

Hizo el comentario bajando un poco la voz en dirección a Cliff consciente de que no había hablado tan bajo como para que ella no le oyere. Apreciación corroborada por el resoplido que escuchó más allá. Cliff se rio mirando el gesto terco y malhumorado de su hija cuando regresaba con un plato con varios panecillos aún humeantes.

—Mi lady pastelera es una damita muy terca. No la hagáis enfadar o nos quedaremos sin probar bocado durante semanas.

Anna se dejó caer junto a su padre en el banco sin mucha delicadeza y con cara de pocos amigos.

—Papá, si no fuera porque te quiero mucho, ahora mismo iría a pedirle su sable de gala al almirante que anoche mismo su valet estuvo poniéndolo reluciente para la ceremonia.

Cliff se carcajeó divertido antes de besar el ceño fruncido de su hija:

—Es bueno saber que me quieres lo bastante para no blandir tal sable contra mí, gatita.

—Es por la generosidad de mi corazón, papá, no porque merezcas tal generosidad.

Cliff de nuevo se rio con sano y divertido placer.

—Ay, gatita, menuda fierecilla has resultado.

Se levantó apurando su taza de café.

—Deja que vaya un instante al establo para avisar que saldremos a montar tus hermanos y yo en unos minutos, así les daré tiempo para preparar con calma las monturas y después subiré contigo hasta el salón del almirante.

Anna asintió:

—No han de esperar mucho, papá. Seamus le ha subido unas bandejas a Maxi y Simon con café y bollos porque si no luego se ponen pesados al decir que los tengo abandonados.

Cliff sonrió echando a caminar hacia la puerta que daba al patio exterior.

—Creo que esos hijos míos han sido malcriados por ti y tu madre.

Anna se rio:

—De tal palo.

Respondía con aire travieso alargando las palabras mientras veía a su padre salir escuchando su risa de nuevo como respuesta a su comentario.

Giró el rostro y miró ceñuda a Calvin que no parecía tener prisa a juzgar por su postura relajada pero enseguida Anna tornó su rostro en un gesto pícaro:

—Debéis estar contento, milord, entre las jóvenes que llegan hoy, y a las que mi padre se refería, se encuentra la encantadora lady Cinthia. A decir de mi hermana, mi predicción inicial no era desacertada pues parecéis congeniar a las mil maravillas. Con suerte, en poco tiempo, seáis vos quién celebre todos estos festejos con ocasión de vuestro feliz enlace.

Calvin alzó una ceja con tono impertinente mirándola con fijeza:

—Nunca podemos aseverar con certeza lo que nos deparará el futuro. Todo es posible.

Anna sonrió divertida apoyando los codos en la mesa para a continuación apoyar la barbilla en sus manos sin dejar de mirarlo con aire travieso.

—He de reconocer que milady es muy hermosa, por lo que, con un poco de fortuna para vos, vuestros hijos se parecerán a ella y con una fortuna aún mayor, heredarán su inteligencia, personalidad, encanto y carácter.

Calvin prorrumpió en carcajadas antes de inclinarse ligeramente hacia delante mirándola con idéntico aire travieso:

—¿Intentáis decirme que no sería afortunado en caso de encontrar en mis hijos rasgo alguno que recordase a su padre?

Anna ensanchó su sonrisa:

—Ciertamente, tal descubrimiento en sus personas podría abocarle a un destino menos prometedor que el que tendrían pareciéndose solo a su madre. Y siendo un poco egoísta, me gustaría que los primos de quienes serán hijos de mi hermana y, por lo tanto, mis sobrinos, fueren un poco más agraciados de lo que lo es su antecesor.

Calvin se rio negando con la cabeza:

—Me habéis herido, milady. ¿tan poco puedo ofrecer que ni siquiera mis hijos debieran heredar nada de mí?

Anna se encogió de hombros:

—Les ofreceréis una madre de la que sí heredar rasgos y cualidades y, por ello, todos vuestros hijos os apreciarán y agradecerán vuestra contribución a este mundo; La elección de una esposa adecuada que dé hijos parecidos a ella. Heredarán de vos el buen tino para elegir pareja. Nada hay mejor que eso, a salvo la ausencia de rasgos de vuestra enervante personalidad.

Calvin comenzó a reírse increíblemente divertido:

—Me habéis tildado, no hace tanto tiempo, de ser un incordio y ahora añadís que adolezco de una personalidad enervante, si no os conociese pensaría que no os agrado.

Anna sonrió:

—La cuestión, milord, es que no me conocéis en absoluto.

Calvin sonrió aceptando la réplica mordaz y aguda de Anna que nunca dejaría de sorprenderle cuando contestaba a sus sarcásticos aguijones, aunque en esta ocasión hubiere sido ella la que hubiere comenzado.

Anna se levantó lo que él imitó rápidamente, centrando enseguida los ojos en la puerta del patio pues Cliff hacía su entrada y enseguida dijo:

—Milord. —Lo miró sonriendo—. Espero nos disculpéis. Si gustáis compañía en vuestro paseo podéis esperarnos a mis hijos y a mí o, si queréis salir ya, reuniros con nosotros en algún punto de los terrenos del norte pues es por allí por dónde cabalgaremos.

Calvin asintió:

—Saldré a vuestro encuentro, milord, mientras, iré destensando músculos y despejando la mente saliendo por los senderos colindantes.

Cliff asintió tomando de la mano de modo relajado a Anna.

—Bien, en ese caso, nos veremos en unos minutos. —Viendo a su hija echando a andar hacia el arco de entrada de las cocinas la incitó a despedirse con un simple—: ¿Anna?

Ella giró y tras una suave reverencia dijo con cierto retintín:

—No os caigáis del caballo, milord, recordad que habéis de flanquear a vuestro hermano en la Iglesia.

Calvin se reía mientras contestaba haciendo la cortesía:
—No he de olvidarlo. Gracias por recordármelo, milady.

Hallándose ya en las escaleras de comunicación con la zona privada y llevando a su hija de la mano, Cliff señaló:

—Podrías intentar al menos disimular tu desidia para con lord Donver, cielo. Recuerda que dentro de tres días seremos familia.

Anna resopló:

—No me lo recuerdes. Meli debería haber tomado en consideración ese detalle antes de enamorarse de lord James. Tener un hermano incordio y molesto nos deja con un miembro en la familia que será un incordio y molesto.

Cliff se rio por el gesto de terquedad y refunfuño de su hija:

—Sinceramente, no entiendo por qué te enerva tanto lord Dover. Con todos parece haber congeniado. En cambio, tú y él no paráis de zaheriros con intención. Es como si os gustase veros enfadados.

—No me preguntes a mí. Yo solo me defiendo de su molesta, enervante y maquiavélica mente.

Cliff se carcajeaba subiendo las escaleras.

—¿De veras es maquiavélico? ¿Pero qué te ha hecho para que lo taches de tal?

Anna resopló cabezota mirándolo ceñuda como mera respuesta logrando que él se volviere a reír.

Nada más regresar del paseo a caballo, Cliff se reunió con su esposa y otros miembros de la familia, así como con los novios, para acompañar a los invitados que ya se encontraban en la mansión, a la excursión a las ruinas del monasterio cercano antes de regresar para el almuerzo en los jardines de la mansión. Calvin, con disimulo se retiró a su dormitorio para cambiarse y tras ver partir a toda la comitiva desde el ventanal de sus habitaciones, bajó a la primera planta donde se topó con el conde que daba ciertas indicaciones al que parecía un joven habitante de las granjas vecinas. Al verlo descender la escalera se detuvo para esperarle y saludarle.

—Buenos días, milord, ¿se ha retrasado y perdido la excursión?

Calvin sonrió:

—Siendo fiel a la verdad, milord, el retraso ha sido intencionado.

El conde se rio:

—No puedo culparos por ello. Aunque mi esposa me reprendiese por decirlo, pero vistas unas piedras ruinosas, vistas todas. —Calvin sonrió asintiendo, pero el conde enseguida giró el rostro a su joven acompañante—. Ron, dile a tu padre que no se preocupe, enseguida mandaré a dos mozos que le ayuden a agrupar de nuevo a los animales y si algún ternero se ha extraviado que os ayuden a encontrarlo. Le diré a mis nietos, ya que querían entretenerse con el pastor, que, en vez de enredar con las ovejas, os ayuden a agrupar a las vacas. Con lo pillito que son, seguro encuentran a cada alma perdida. Harán algo útil, aunque, además, se diviertan.

—Gracias, milord. Se lo diré a mi padre. Gracias. —Repetía haciendo una reverencia y antes de salir presuroso el conde añadió:

—Recuerda que mañana estáis todos invitados al almuerzo aquí y podéis traer a los pequeños, habrá juegos y dulces, limonadas y premios para ellos.

El conde sonrió negando con la cabeza viéndole salir a la carrera.

—Seamus, avisa en los establos que dos o tres de los hombres habituados al ganado, vayan a la granja de los Palton y ayuden a agrupar los animales. El pequeño olvidó cerrar el cercado la pasada noche y ahora se encuentran desperdigados por los páramos del sur. Diré a lord Alexander y a lord Christopher que, en vez de llevar a sus hermanos y primos a visitar al pastor y su rebaño, vayan a los páramos a ayudarles. Presumo llegarán con las ropas y botas llenas de barro, pero al menos habrán hecho algo de provecho mientras corretean por los campos.

Enseguida el mayordomo hizo una reverencia y salió a cumplir su encargo mientras el conde giraba y deslizaba su atención a Calvin:

—En fin, creo que voy a avisar a Alexander y Chris del cambio de planes en su tarea de cuidar de sus hermanos pequeños. Cuidar que Albert, Aldo, Julius y Jason regresen sanos y salvos tras correr como locos por los campos no es lo que se dice una tarea nimia, me temo, y menos si Anna y Simon se unen a la excursión.

Suspiró negando con la cabeza encaminándose a un salón donde se escuchaban ligeras voces infantiles.

—¿Sería un abuso que les acompañe? Prometo colaborar en devolver sanos y salvos a esos pillastres.

El conde que ya caminaba en dirección al salón lo miró sin detenerse:

—¿Queréis acompañarles? ¿Estáis seguro? Van a ir atravesando el bosque hasta los campos.

Calvin asintió:

—Suelo recorrer Donver Land y los alrededores no solo a caballo sino a pie varias veces por semana. Creo que es una costumbre saludable no solo para el cuerpo y mente sino también para conocer lo que acontece en las tierras de uno de primera mano.

El conde sonrió:

—Sí, nada hay mejor que la propia experiencia. Venga entonces, ya que no tardarán en marchar.

En cuanto llegaron al salón, cuatro fierecillas se abalanzaron sobre el conde con ansiedad.

—¿Podemos irnos ya? ¿Podemos? —Preguntaban nerviosos.

—Antes de irnos he de deciros una cosa. —Señaló a la chimenea—. Poneos allí en fila.

Los cuatro obedecieron en un estruendo de carreras y risas hasta ponerse firmes delante del marco de la chimenea.

—A ver, niños, escuchad bien. En vez de ir a ver el rebaño de ovejas, Chris y Alexander os llevarán a la granja de los Palton pues la pasada noche se dejaron el

cercado abierto y ahora todas las vacas y terneros se hallan desperdigados por los campos. Habéis de ayudar a retornarlos a su lugar.

Julius y Albert intercambiaron una mirada antes de sonreír con cara de pillos.

—Un momento, caballeres. No podéis hacer trastadas. Esos animales son importantes para la familia Palton así que nada de enredos. Los llevaréis de regreso al cercado y, a cambio, por cada animal hallado y devuelto, os daré una moneda a cada uno para que compréis golosinas en la tienda del pueblo.

—Uy, ¿de veras? —Respondía Aldo con los ojos como platos.

El conde asintió sabiendo a los niños incentivados con firmeza tras esa promesa.

—¿Nos darás una moneda sin importar si es una vaca o un ternero?— Preguntaba Albert.

El conde se rio:

—Sí, sí, una moneda por animal. No importa si es una vaca o un ternero.

—Estupendo. —Exclamaron—. Vamos a ser ricos.

El conde y Calvin re reían viéndoles con ojos avariciosos en el rostro y una sonrisa de pura expectación.

—Bien, enanitos, ya estamos listos. —Anunciaba Anna entrando en el salón con Simon tras ella cargando, con cara de resignación, dos enormes cestas.

—Ni que nos fuéremos a una isla desierta, Anna. Por favor, has metido comida para un mes. —Refunfuñaba tras ella dejando las cestas junto a la puerta.

Anna sonrió y le miró con arrogancia:

—No dirás lo mismo más tarde cuando Chris, Alexander y tú devoréis como salvajes esas cestas.

Simon se reía mientras los cuatro niños salían a la carrera hacia Anna.

—Anna, Anna. El abuelo nos ha prometido una moneda por cada vaca o ternero que devolvamos al señor Palton. —Decía Julius con entusiasmo exacerbado saltando a su lado.

Anna alzó los ojos a su abuelo que rápidamente le explicó lo que ocurría.

—Vamos a ser ricos, Anna, vamos a ser ricos. —Exclamó como conclusión Aldo aferrado a sus faldas dando saltitos de excitación.

Anna se rio mirándolo:

—Muchos terneros y muchas vacas vas a tener que devolver para poder hacerte rico, enanito.

Tomó su mano ansioso y tiró de ella hacia la puerta.

—Es verdad. Así que hemos de irnos ya. Hay que encontrarlos y devolvérselos al señor Palton.

Anna se reía dejándose tirar mientras los otros tres niños salían a la carrera en dirección a la salida seguidos de Chris, Simon y Alexander que tomaron las cestas al

pasar por la puerta. Calvin se unió a los tres primos apresurándose para alcanzar a los niños y a Anna que iban delante de ellos.

Durante unos metros se limitó a observar la particular comitiva delante de sus ojos, especialmente a Anna que llevaba un traje de mañana entallado en cintura y busto, con una pequeña sobrefalda para proteger las ropas muy propia de las damas en días campestres como ese. Llevaba el pelo recogido en un sencillo peinado que dejaba gran parte de su cabello caer por la espalda lo que le daba un aire más ligero y alejado de formalidades. Tenía una figura francamente bonita. Piernas largas que se intuían muy someramente bajo esos ropajes, el talle estrecho y un cuello largo y de piel, a todas luces, suave incluso sin tocarla. Suspiró obligándose a apartar los ojos de ella, al menos de los detalles de su anatomía.

Al caminar delante con los niños e ir charlando con ellos, aún no se había dado cuenta de que, junto a su hermano y primos, iba él.

Al llegar al comienzo del bosque se detuvieron y fue entonces cuando ella lo vio y como era ya un gesto habitual en ella frunció el ceño:

—¿No deberíais estar visitando las ruinas del monasterio?

Calvin se rio tomando a uno de los pequeños, a Aldo, subiéndolo despreocupadamente a sus hombros mientras contestaba:

—¿Y perder la oportunidad de hacerme rico atrapando vacas y terneros?

—¿Vos también recibiréis una moneda? —Preguntó claramente desilusionado Albert mirándolo con gesto de contrariedad.

Calvin se rio:

—No. —Lo tranquilizó divertido—. Pero no tendré reparos en ayudaros a llenar vuestros bolsillos, milores avaros.

Albert y Julius se colocaron a sendos lados de él cuando echaron a andar de nuevo mientras Anna llevaba de la mano a Jason.

—¿Sabéis atrapar vacas? —Preguntaba Julius esperanzado.

—Incluso sé cómo lograr que lo sigan a uno hasta el cercado.

—¿De veras? ¿Cómo? —Preguntaba con los ojos como platos Jason sin soltar la mano de su prima.

—Pues tomando un puñado de hierba de tallo largo e ir moviéndola frente a su hocico para que sepan que si te alcanzan podrán zampársela.

—Vaya, Anna, el mismo truco que realizas tú con las galletas frente a las narices de ciertos glotones de medio metro. —Se reía Simon burlón.

—No solo con los de medio metro. Tú ayer me perseguiste por toda la cocina intentando alcanzar la bandeja recién horneada.

Simon se rio travieso:

—Ah, sí, qué tiempos aquéllos de juventud. —Señalaba con un medio suspiro teatral.

Anna alzó los ojos al cielo.

—Qué santa paciencia ha de tener una hermana para no matar a ciertos hermanos.

Jason sonrió mirando a Anna:

—Pero los primos pequeños estamos a salvo, ¿verdad?

Anna se reía ante la cara de pillo de Jason.

—Sí, sí, mis pequeños trastos estáis a salvo de represalias. Esas solo se las dedico al bruto del primo Simon.

—Sí, soy un mártir. Un pobre hombre torturado por una infame bruja.

—Simon, no vuelvas contra ti los idus de la bruja si no quieres que te hornee como a un pavo.

Los cuatro pequeños se reían burlones de su primo llamándole pavo y dedicándole chascarrillos mientras atravesaban el bosque en dirección a la granja de los Palton. En cuanto llegaron a su destino, los niños, con los cuatro caballeros siguiéndoles como locos, se dedicaron a perseguir y dar caza a las vacas y terneros. Calvin, Simon, Chris y Alexander les perseguían evitando que se produjere una estampida campo a través, así como que los pequeños se hicieren daño. Mientras tanto, Anna se dedicó a prestar dos manos más a la señora Palton para reagrupar en el gallinero a todas las gallinas y los dos gallos que andaban sueltos por el pajar para acabar sentadas en las maderas del cercado junto a la pequeña hija de cinco años de los Palton observando a los hombres ir retornando una a una las vacas y terneros.

Jason y Aldo se plantaron, con su característico saltito final incluido, frente a Anna al finalizar su labor, con sus ropas y cabellos desordenados y aún jadeantes, para decir con firmeza Aldo mirándola con orgullo henchido exudando cada poro de su cuerpo:

—Hemos atrapado seis vacas y dos terneros. El abuelo nos habrá de dar. —Se quedó callado unos segundos mientras contaba con los dedos de la mano concentrado—. Ocho, ocho monedas a cada uno.

Anna se dio un par de golpecitos en la barbilla fingiendo meditarlo.

—Ciertamente es lo pactado, más, yo he visto como el joven Ron y sus dos hermanitos, Leroy y Sam, atrapaban y ayudaban a retornar esos mismos animales. De modo que, ¿no creéis justo reclamar idéntica recompensa para ellos?

Los dos pequeños la observaron en silencio unos segundos:

—Es verdad. Umm, supongo que habremos de decirle al abuelo que ha de premiarles a ellos también.

Anna sonrió:

—Diremos a Simon que él haga entrega de su premio a Sam, Leroy y Ron como representante del abuelo, ¿Os parece?

Los dos pequeños giraron como dos resortes y echaron a correr hacia Simon que sonreía pues había escuchado lo que decía su hermana:

—Simon, Simon. Has de dar ocho monedas a Ron, a Leroy y a Sam. El abuelo lo prometió. —Ordenaba tajante Aldo mientras Anna se reía.

Simon sonrió negando con la cabeza mientras tomaba su bolsa y se agachaba frente a sus primos y, tras entregarles algo a cada uno y susurrarles unas palabras, los dos salieron disparados en dirección a los tres hijos varones de los señores Palton.

—Milady, no es necesario. —Decía la señora Palton observando la escena en que los dos pequeños les daban sus ocho monedas a cada niño.

—Bueno, es de justicia. No está bien que se recompense a unos y no a otros por hacer lo mismo. Los pequeños han de aprender a valorar el trabajo y esfuerzo de los demás tanto como el suyo. —Respondía Anna que enseguida tomó en brazos a la pequeña—. Y ahora, señorita, tus hermanos y tú, tomaréis unos ricos bocados para recuperar fuerzas. —Caminaba con ella hacia donde habían extendido la manta sobre la que dejaron las dos cestas.

Calvin, que permanecía a unos metros de ella observándola, sonrió involuntariamente. Parecía darle lo mismo que esa niña fuere solo la hija de uno de los arrendatarios, y menos aún que, al tomarla en brazos, se manchare la sobre falda del barro de las botas de la pequeña.

—¿Te gustan los hojaldres con crema dulce?— Iba preguntando a la pequeña mientras la niña le rodeaba el cuello con los brazos para afianzarse.

La niña sonrió asintiendo mientras su madre decía con cierta resignación:

—Milady, Ron ha traído esta mañana la cesta que le dio lady Julianna con bollos y panecillos de miel.

Anna la miró sonriendo:

—Señora Palton, tiene usted tres niños tragones como lo son esos trastos que empiezan a tomar posiciones encima de la manta preparándose para zampar. — Señaló con la cabeza a sus primos y también a sus hijos que se iban sentando en las mantas—. ¿Quiénes mejor que ellos para apreciar esos bollos? Mañana no ha de olvidarse de llevarse las sacas de café, cacao y té que mi padre ha traído para todos los arrendatarios del abuelo. Le aseguro que les gustarán. El cacao ha sido tostado y molido de modo que solo ha de usarlo.

La señora sonreía escuchándola y dejándose llevar hasta las cestas. Una vez sacaron todas las cosas, Anna dejó a los niños al cargo de su hermano y primos mientras aceptaba la sugerencia de la señora Palton de ver el terreno que su marido estaba preparando para hacer ella un huerto. Calvin aprovechó que el señor Palton parecía querer acompañarlas para unirse.

—Si me lo permite, señor Palton, me gustaría acompañarles. En varias de las granjas de mi propiedad, algunos de los habitantes desearían un pequeño terreno para cultivo de autoabastecimiento y quizás siga la senda tomada por usted y les ayude a construirlos.

El señor Palton sonrió lleno de orgullo:

—Sería un placer enseñárselo, milord. Siempre es bueno que el señor de una tierra se interese por ellas. El conde y lord Ethan suelen visitar a menudo las granjas y son lady Juliana y su hermana lady Amelia quiénes nos han suministrado las semillas y esquejes pues ambas cultivan sus propias verduras y especias y suelen tener excelentes resultados.

Calvin miró a Anna que, caminado junto a la señora Palton en dirección al terreno tras el granero, les escuchaba.

—Le diré a mi madre, señor Palton, que mañana les dé también algunas raíces y semillas para árboles frutales. En un par de años podrán recoger frutos y tomarlos varios meses. Es bueno para los niños que tomen fruta y he de reconocer que los frutales de mi madre en Irlanda parecen arraigar mejor que los de la tía Amelia en Frenton Manor. El abuelo dice que es la tierra irlandesa que no se resiste a que algo no se le dé bien.

El señor Palton se rio mirándola sonriendo:

—Nuestra tierra es como sus habitantes. Tenaz y Terca.

Anna se rio:

—Entonces yo tengo solo sangre irlandesa.

Los señores Palton y Calvin se rieron deteniéndose justo a pie de un pequeño cercado que rodeaba una tierra removida y lista para sembrar.

—He tenido que cercar el perímetro para evitar que los animales acaben devorando la siembra. —Explicaba el señor—. También lo he dividido según lo que pretendemos sembrar y las raíces que tendrá cada uno. Para que tengan espacio bastante para crecer.

—Procure poner los que necesitarán más riego en un lado y los que menos en otro y en el centro, separándolo, el huerto de especias. Ahorrará espacio y, sobre todo, conseguirá que sea menor el trabajo. —Sugirió Calvin.

Los tres le miraron alzando las cejas y él sonrió:

—El pasado año hicimos eso en el campo de cultivo de la casa principal de mi propiedad y parece haber sido un acierto pues hemos tenido más y mejores productos y la recolección ha sido más sencilla. Además, se ahorra un poco de agua si es que no llueve lo necesario ese año.

El señor Palton deslizó los ojos al terreno y tras unos segundos asintió:

—Pues quizás tengáis razón, milord. Sería más sencillo el cuidado y la recolección, ciertamente.

Anna lo miró frunciendo el ceño y él le devolvió la mirada con cierta petulancia no disimulada.

Tras conversar unos minutos con los señores Palton, los dos regresaron donde aún esperaban los niños con sus tres vigilantes.

—Será mejor que regresemos. Le prometí a papá que llegaríamos a tiempo para el almuerzo y que ayudaríamos a recibir y acoger a los invitados que lleguen a lo largo de la mañana.

Aldo resopló con claro disgusto y Jason la miró horrorizado.

—Tranquilos, enanos. Le diré al abuelo que, tras entregaros vuestras recompensas, os deje descansar en las habitaciones infantiles y que, más tarde, tío William y tía Cloe os lleven al pueblo para que podáis gastar parte de vuestra fortuna en la tienda.

—Estupendo. —Julius se ponía en pie de un salto—. Tío William nos llevará a la tienda de pesca, seguro. —Miró a los dos hijos menores del señor Palton con expectación—. Mañana, tras el almuerzo en la casa grande, podremos irnos al muelle del lago y usar las moscas y aparejos que compremos.

Chris se levantó tomando a su hermano con un brazo de modo desgarbado sujetándolo con brazos y piernas colgando cómicamente:

—Muy bien, pequeñajos. Ahora ya tenéis planes para hoy y para el almuerzo de mañana e incluso habéis enredado a vuestros amigos. Ahora, corred y despediros de los señores Palton y de vuestros amigos hasta mañana.

Mientras los pequeños salían a la carrera, Ron esperaba a su hermanita.

—Preciosa. —Anna se arrodilló frente a ella cariñosa—. Mañana jugaremos a hacer bonitas guirnaldas de flores, tomaremos el té con las niñas mayores y tú y yo conseguiremos bonitos lazos y cintas en los juegos, ¿quieres?

La pequeña se reía asintiendo traviesa antes de darle un beso en la mejilla y tomar la mano de su hermano que la guio enseguida hacia la casa donde estaban sus padres en la puerta despidiéndose de todos con una suave cortesía.

Simon se reía viéndoles alejarse mientras los pequeños, por el contrario, regresaban.

—Meli nos va a reñir a los dos, Anna. Tú jugando con las niñas y yo con los pequeños. Seguro que nos reprende por no atender a los adultos y dedicarnos a enredar con los pequeños durante el almuerzo al aire libre de mañana.

Anna sonrió.

—Almorzaré con los invitados, pero después ayudaré a Maddy y las demás en los juegos.

Simon negó con la cabeza riéndose:

—Lo que traducido significa que correrás, saltarás y enredarás con los pequeños durante toda la tarde.

Anna alzó la barbilla orgullo:

—Es posible. —Miró a sus primos y su hermano sonriendo divertida—. Tomad las cestas y regresemos que todos hemos de asearnos para recibir a los invitados.

—Anna. —Aldo y Jason tomaron sus manos con firme confianza—. ¿Mañana vendrán de visita los niños de Saint Joseph?

Anna asentía echando ya a caminar en dirección al bosque:

—Sí, así que, si pensáis pescar en el lago desde el muelle, habéis de aseguraros que todos los que quieran pescar tienen caña y aparejos para poder hacerlo. Desde ahora, os encargo una importante tarea. La actividad de pesca.

Julius frunció el ceño:

—Pero eso son muchos aparejos y moscas. No tendremos dinero para todos.

Chris se rio y aupó a su hermano colocándose en la espalda a caballito.

—Pequeñajo, yo compraré esas cosas y vosotros os encargáis de que Seamus os de cañas y cañas cortas para los más pequeños y lo ordenáis y colocáis todo para ellos.

Albert sonrió:

—Le puedo decir a papá que nos preste algunas de las cañas que usamos nosotros.

Alexander le removió el cabello divertido:

—Cuantas más, mejor. Díselo cuando os lleve esta tarde al pueblo.

El pequeño asintió orgulloso de tener tan importante tarea.

Cuando ya se acercaban a la mansión, y con los tres mayores adelantados con Julius, Albert y Aldo, que parecía estar embromando a su hermano Chris, Jason, aún de la mano de Anna la miró sin detenerse ignorando a Calvin que caminaba a su lado en silencio:

—Anna, después de la boda ¿Meli vivirá lejos? Yo no quiero que se vaya lejos.

Anna le sonrió:

—Bueno, creo que la verás tanto como ahora, aunque viva en otra casa. Cuando esté en Londres podrás visitarla y ella a ti, tanto como ahora. Y cuando resida en el campo, estará muy cerca de aquí, así que cuando vengáis a pasar una temporada a casa de tía Blanche, del abuelo o de mi padre, ella estará cerca. Lord James y ella pasarán un tiempo en la propiedad de Lord James en Lancashire, pero no será tanto como para que la añores mucho.

—Ah. —Asentía como si meditase la información—. ¿Y seguirá viniendo a la escuela a montar con nosotros?

Anna se rio:

—Sí, desde luego. A Meli le encanta montar y más en la Escuela de Caballería y hacer carreras con sus primos.

El pequeño se rio travieso:

—Mamá dice que nunca la venceremos ninguno, aunque sea una chica.

Anna se rio:

—¿Así que ni aunque sea una chica, eh pequeñajo? —Lo había alzado y lo zarandeaba mientras el pequeño estallaba en un ataque de hilaridad.

—Para, para... —se reía sin parar—. Bueno, bueno, no es una chica, es una Mcbeth.

Anna se detuvo jadeando tanto como el pequeño tomándolo de la mano en cuanto lo depositó con los pies en el suelo:

—Así me gusta, que reconozcas que las Mcbeth somos fieras contrincantes.

El pequeño se reía girando y alzando el rostro hacia Calvin:

—Las niñas Mcbeth son tan bendicidas como los niños.

Anna soltó una carcajada:

—Belicosa, enano, somos belicosa.

Jason la miró como si no entendiese porqué le corregía, pero enseguida desvió sus enormes ojos azul cielo idénticos a los de su madre, lady Adele, de nuevo hacia Calvin:

—Tía Blanche dice que las niñas Mcbeth no son pusilánimes. –Se rio divertido—. Eso significa que no son cursis ni melindrosas como algunas niñas del parque a las que solo les preocupa no mancharse el vestido.

Anna se rio sin poder evitarlo y Calvin miraba sonriendo al pequeño que parecía a la vez admirado de las damas de su familia y divertido por no tener que tratarlas con la misma delicadeza que “a las niñas del parque”.

—Bueno, las niñas belicosa y que no son pusilánimes son, según mi experiencia, las mejores. Con ellas puedes jugar, correr y bromear. –Señalaba Calvin sonriendo y mirando de soslayo a Anna alzando una ceja desafiándola a que le contradijese.

Jason se rio:

—Mi hermana Eugene siempre juega conmigo en el jardín y no le importa si le ensucio el vestido. Y la prima Meli me ayuda a cepillar a mi caballito y juega conmigo después en el establo al escondite. Siempre regresamos llenos de paja y heno. Las primas Melina y Maddy pintan con nosotros y no se enfadan si las manchamos de pintura. Y Anna siempre juega con nosotros, nos lee, nos hace dulces y galletas y nos lleva al parque. A veces montamos en las barcas y nos deja remar, aunque nos mojemos.

—Sois un hombrecito afortunado, caballero. Tenéis encantadoras y bellas damas dedicadas a vos y sin enfadarse por hacer alguna trastada.

Jason frunció ligeramente el ceño:

—A veces nos castigan si hacemos algo malo.

Anna se rio:

—Y también os servimos de coartada y protección las más de las veces cuando hacéis alguna de vuestras incontables travesuras.

Jason se rio travieso alzando los ojos a su prima:

—Eso también. Pero porque nos queréis mucho y somos primos. Es lo que hacen los hermanos y primos. Es una obligación.

Anna se rio inclinándose y besándolo en la cabeza:

—Es verdad. Siempre se quieren y protegen.

—Aja. —Asintió satisfecho y orgulloso antes de alzar los ojos a Calvin—. Mamá nos ha dicho que ahora vos y lord James seréis mis primos, así que habéis de protegernos.

Calvin lo miró alzando las cejas:

—Pues no lo había pensado, pero si lo dice vuestra madre ha de ser cierto, de modo que, deberemos protegerles, sí.

Jason se rio:

—Y ahora tendrán muchos primos que les querrán y protegerán. Es nuestra obligación. —Afirmó tajante.

Anna sonrió negando con la cabeza deteniéndose al llegar al arco del patio trasero de la casa por el que él entró la primera vez que estuvo allí y mirando a su primo señaló:

—Vamos, corre. Ve con Aldo y los demás que los alcanzarás. —Los señaló estando solo a unos metros delante de ellos—. Id a asearos y podéis quedaros en el cuarto de juegos hasta la hora del almuerzo. Le diré al abuelo que vaya allí a pagar sus muchas deudas y en la tarde tío William os llevará al pueblo.

Jason se giró saliendo a la carrera en pro de los demás. Anna siguió entonces caminando hacia la puerta trasera que daba a las cocinas y Calvin la siguió colocándose a su lado.

—Supongo que ahora deberé considerarme como parte de un extenso grupo de primos y primas, a juzgar por lo que acabo de escuchar y comprender.

Anna se encogió de hombros sin detenerse ni mirarlo:

—Y de nuevo me reafirmo en mi apreciación inicial; el mayor reparo que ponerle a su hermano es ese estigma que le acompaña.

Calvin prorrumpió en carcajadas deteniéndose lo que la hizo a ella detenerse para mirarle:

—Incordio, de personalidad enervante y ahora un estigma. De seguir así temo acabar el año como una de las plagas del antiguo Egipto.

Anna suspiró mirándolo con simple resignación:

—No ceje en su empeño, milord, a lo mejor logra ser todas ellas.

Calvin de nuevo se rio negando con la cabeza:

—Bien, no cejaré entonces, milady. Siempre es loable tener una meta en esta vida.

La miró desafiante mientras ella volvía a lanzarle esa mirada mitad molestia mitad rebeldía y terquedad antes de girar y seguir hacia el interior de la casa.

—Será mejor que nos despedamos, milord. Yo he de cumplir con mis deberes familiares y a vos os conviene engalanaros para recibir como se merece a lady Cinthia. Intentad parecer más apetecible que otros caballeros. —Sonrió lanzándole una mirada altiva—. Al menos intentadlo, milord, que no se diga que no pusisteis empeño, aunque no lo logréis.

Calvin sonrió divertido:

—Me siento halagado ante tanta generosidad por vuestra parte, milady. ¿De modo que no lograré, pero sí, en cambio, podré intentarlo? —Se enderezó con arrogancia y cierta dosis de orgullo sin dejar de mirarla—. Bien, milady, que no se me tache de falta de amor propio. Lucharé con fiereza para ser considerado, ¿Cómo lo habéis descrito? ¿Apetecible? —Ensanchó su sonrisa con cierta maliciosa picardía—. Viniendo de una pastelera reconocida por sus innegables dotes, empiezo a sentirme como un pastel en el escaparate de una pastelería.

Hizo una formal y ligeramente exagerada cortesía ante ella antes de pasar a su lado con gesto imperioso mientras añadía con voz burlona:

—Si me disculpáis, he de tornarme un hombre apetecible.

Contuvo una carcajada cuando la escuchó a su espalda murmurar un “hombre imposible” tras un resoplido de indignación.

Para cuando regresó a la planta de abajo, ya había bastante ajeteo con los carruajes que llegaban, los lacayos y palafreneros subiendo los baúles y los invitados que eran conducidos por miembros de la familia a sus distintas habitaciones. Vio a James terminando de saludar a unos recién llegados y dejando que una de las jovencitas de la familia los acompañase planta arriba. Se acercó a él tranquilo.

—Por lo que observo, estás muy feliz en tu papel de novio.

James le dedicó una media sonrisa displicente.

—Según he oído, te has pasado la mañana correteando por un prado en busca de vacas.

Calvin se rio entre dientes:

—Es una forma de describirlo.

James se rio:

—¿Hay alguna otra?

Calvin sonrió negando con la cabeza, pero enseguida su hermano le hizo mirar hacia la puerta de entrada.

—Acaba de llegar el carruaje de Ben. Vayamos a recibirlo. —Decía ya acercándose hacia las escaleras de la entrada.

Calvin asintió, pero, en cuanto dio dos pasos, vio a Anna recibiendo bajo el arco del vestíbulo a lord Allen y al señor Spencer junto a su padre y su hermano Maxi. La vio sonreírle con traviesa diversión en cuanto se detuvo frente al carruaje del que ya descendían Ben, la señorita Alison y lady Cinthia. La supo observándolos con disimulo mientras saludaban a los recién llegados y más cuando, con lady Cinthia del brazo, comenzó a subir las escaleras. Lo sonrió con sorna al pasar a su altura antes de aceptar el brazo del señor Spencer para acompañarlo dentro.

Ya no la volvió a ver hasta que llegó al salón previo a la cena donde se iban congregando la familia e invitados antes de ser llamados al comedor. El almuerzo trascurrió de manera relajada en las terrazas donde cada invitado se iba colocando dónde buenamente le diere el gusto de modo que los grupos de personas se movían de

modo natural y sin formalidades. Tras el mismo, algunas jóvenes fueron acompañadas por las damas de la familia a conocer los jardines y algunos lugares curiosos de la propiedad mientras los caballeros se reunían en varios salones a charlar con cigarrillos puros y copas de licor o jugaban a las cartas hasta el momento de prepararse para la cena pues así descansaban y se relajaban del largo viaje de modo sosegado pues algunos procedían de Londres y hubieron de tomar, además del barco, un carruaje para llegar a la propiedad de los condes de Worken.

En el salón previo a la cena, Anna estaba acompañada del señor Spencer, lord Allen y también Marian y su gemelo Sebastian y, cuando por fin deslizó, tras un rato, los ojos hacia el lugar en el que él se hallaba, Calvin consideró una mala fortuna que él se hallase, precisamente en esos instantes, ligeramente inclinado hacia lady Cinthia que hablaba en voz baja obligándolo a acercarse hacia ella. Para cuando alzó la cabeza y los ojos hacia Anna la vio sonriéndolo con complacida satisfacción y desafiante mirada. Pero no tuvo mucho tiempo de reaccionar porque los dos más pequeños de la familia, Aldo y Jason, entraron a la carrera en el salón obviando nada y nadie hasta que dieron con su presa que no era otra que la propia Anna que ya se reía cuando los vio aparecer desde las puertas dobles vestidos con sus pijamas y las batas siendo seguidos por una azorada niñera.

Se detuvieron frente a ella con un saltito logrando que muchos del salón les mirasen curiosos.

—Anna, tienes que venir con nosotros. —Ordenó Aldo imperioso.

Anna se agachó frente a los dos y los miró sin dejar de sonreír:

—¿He de hacer eso?

Los dos asintieron enérgicamente.

—Te necesitamos. —Insistió.

Anna sonrió:

—¿Y puedo saber cuál es el motivo de que sea requerida mi ayuda?

—Cooker no quiere darnos ninguna galleta porque tú no les has dado permiso para darnos una en la noche.

Anna se rio.

—Es verdad, no se lo he dado, qué descuido el mío.

Jason resopló cruzando los brazos al pecho ofendido y con gesto de contrariedad:

—Ese es un grave descuido. Nos ibas a dejar sin galleta para nuestro cuento.

Anna se rio enderezándose y girando hacia sus acompañantes:

—Milores, señor Spencer, les ruego me disculpen. He de ir a remediar sin demora tan grave delito antes de que mis pobres primos sufran cruelmente por mis actos.

Aldo y Jason se apresuraron a tomarla de la mano como si se asegurasen con ello que no se les escapaba mientras ella se reía y cruzaba con ellos el salón diciendo al pasar junto a sus padres:

—Y luego dicen que soy yo la que los tiene esclavizados.

Regresó a tiempo de dejarse conducir al comedor por el señor Spencer que fue su compañero de mesa mientras al otro lado se hallaba sentado su primo Sebastian. Él estaba sentado entre la marquesa de Chester y lady Cinthia. Al dar comienzo la cena su hermano lo miró desde la otra ala de la mesa y le sonrió dándole a entender quién le hubo sentado como pareja de cena de lady Cinthia. O iba con cuidado o todos pensarían que la estaba cortejando, incluida la propia lady Cinthia lo que le colocaría en una complicada tesitura y más en una situación que quizás avocase a un final no exactamente buscado por él. Era bonita, agradable, educada, de una buena familia, pero algo fallaba, pensaba cansinamente intentando descubrir qué podía ser. Quizás fuere, simplemente, que él no buscaba esposa y que por ello no se trataba de que ella fuere o no fuere tal o cual cosa, sino que a sus ojos aún no se le presentaba la idea del matrimonio como algo realmente tangible.

La cena transcurrió con la normal ceremonia de ese tipo de cenas con invitados de la alta aristocracia, es decir, con conversaciones ligeras sin ahondar demasiado en temas peliagudos ni demasiado espinosos, con muchos comentarios banales y alejados de peligro y, sobre todo, con preguntas y respuestas meramente corteses. Era un baile que todos los comensales presentes parecían conocer bien, dominando el arte de la conversación ligera y el trato cordial con la medida justa de adulación y amabilidad. Al acabar, los caballeros se quedaron degustando licores, frutos secos y fumando en el comedor mientras las damas, precedidas por la condesa, se acomodaban en el salón para servir el té hasta el momento en que los caballeros regresaren.

—Lo reconozco. —Comenzó a decir Ben sentándose a su lado con una copa de coñac en la mano—. James parece adaptarse muy bien al papel de caballero serio, formal y reformado.

Calvin lo miró sonriendo tras lanzar una mirada a su hermano que permanecía sentado al otro lado charlando con lord Lucas, lord Maximilian Rochester y lord Allen.

—Sí, desde luego se ha rendido sin demasiada oposición. —Sonrió canalla mirando a su viejo amigo—. Y no es el único, ¿no es cierto?

Ben se rio:

—No estés tan seguro. Yo me resistí, al menos al principio, pero al final no tuve más remedio que admitir las evidencias y aceptar las consecuencias de las mismas. Ya era hora de sentar cabeza.

—En fin, no es una mala consecuencia estar unido a la señorita Alison. Reconozco el buen gusto y acierto de tu elección.

Ben sonrió asintiendo en aceptación del halago.

—¿Y tú, amigo, cuándo te lanzarás a los brazos del matrimonio y la dicha de la vida estable? Ya hace dos años que asumiste el título, debieras estar preparado para dar herederos y un futuro a Donver Manor y sus tierras.

Calvin suspiró:

—Debiera, pero no, no lo estoy, al menos no más que hace un mes, una semana o ayer mismo.

Ben se rio negando con la cabeza:

—Ya te llegará el momento, no te apures. A todos nos llega.

Deslizó los ojos por el comedor, a los caballeros que les rodeaban y aunque había bastantes en edad de casar y sentar cabeza, como indicaba su amigo, él solo centró los ojos en lord Lucas, hijo del marqués de Chester considerado a sus veintisiete años, uno de los preferidos de matronas y debutantes. También se fijó en lord Allen, de unos veintisiete o veintiocho, procedente de tierras americanas, llevaba un par de años en Inglaterra y un poco menos asumiendo el título de sus difuntos padre y abuelo y, a pesar de su escaso trato previo con la aristocracia, parecía ser bastante aceptado, claro que ser el nuevo vizconde de Allen era lo que permitía tal consideración por sus pares, no él en sí. Conocía bien a los de su clase y no eran generosos de manera espontánea ni desinteresada. Había en el comedor algunos aristócratas deseables para las damas casaderas y no dudaba que de aquélla boda saliere alguna otra. De nuevo Ben atrajo su atención:

—Preséntame al Duque de Frenton, por favor.

Calvin frunció el ceño girando el rostro hacia la cabecera de la mesa donde el duque, el conde de Worken y el heredero de éste, Lord Ethan, departían en relajada complicidad.

—Si gustas, lo haré, más, creí ya habíais sido presentados.

Ben negó con la cabeza:

—No formalmente. Es un personaje interesante y me agradaría conocerle. Alison fue invitada a la mansión Brindfet una tarde a tomar el té con las sobrinas de la señora Brindfet y algunas de sus hijas y el duque se hallaba allí y parece que agradó sobremanera a Alison.

Calvin sonrió.

—Te lo presentaré si lo deseas. Realmente es un personaje curioso.

Tras acercarse y hacer las oportunas presentaciones se quedaron charlando con los tres caballeros hasta que todos ellos se reunieron con las damas en el salón. Ben fue de inmediato junto a su prometida mientras que él se quedó un poco rezagado oteando el entorno, deambulando unos minutos alrededor del salón. Finalmente se acomodó junto a lord Lucas que parecía querer iniciar una partida de cartas al igual que otros invitados en otras mesas mientras que otros grupos se colocaba cerca del pianoforte donde algunas jóvenes parecían dispuestas a amenizar la velada tocando distintas piezas.

Pasaron un par de horas y algunos de los invitados comenzaron a retirarse y cuando él decidió también hacerlo, se disculpó con sus compañeros de mesa y se levantó. Caminó hacia la puerta en dirección al corredor que conducía al ala donde estaban instalados él y su hermano. Atravesó ese corredor y antes de girar para llegar

a sus habitaciones se detuvo al escuchar risas y voces infantiles en el corredor contiguo. Con discreción fue a ver lo que ocurría encontrándose al final del mismo una puerta abierta y frente a ella a los cuatro pequeños de la casa, en pijama y las ropas desordenadas de haber estado trasteando y por la cara de pillos de los mismos, a pesar de la tardía hora, habían estado haciéndolo hasta ese mismo momento. Con ellos se encontraban Marian, Meli y Anna que se reían de algo que les habían contado. Esperó en discreto lugar hasta que los pequeños fueron conducidos de nuevo al interior de la estancia por Marian y Meli mientras que Anna se despidió de ellos antes de caminar hacia el otro lado del corredor. La observó en esos instantes sin hacerse notar. Era la primera vez en toda la noche que la veía al detalle y debía reconocer que era una mujer de una belleza nada desdeñable, con ese espeso cabello castaño claro, los ojos que sabía de color miel por haberlos visto a la luz del día y una bonita figura que en ese instante quedaba patente y realzada con el elegante vestido azul cielo que lucía y que marcaba bien su entallada cintura y que, sin duda, le sentaba de maravilla.

Sonrió negando con la cabeza regresando con reservado andar hasta sus habitaciones. Le divertía en extremo verla refunfuñarle, fruncir el ceño con él y dedicarle mordaces réplicas, pero no era menor el placer de verla sonreír y bromear con relajo ante aquéllas personas a las que apreciaba y a las que se sentía unida. Recordando la primera vez que la vio en el bosque y, comparándola con la imagen de esa noche, era más que palpable que había dejado atrás aquél aspecto aniñado y ligeramente desastroso que incluso resultaba cómico observándolo con la lejana perspectiva de tantos meses.

Apenas si la vio de lejos al día siguiente. Era el día del almuerzo y la fiesta al aire libre con los invitados del conde y sus hijos, así como con los arrendatarios y familias vecinas cercanas. Casi toda la familia anduvo atendiendo a unos y otros y asegurándose que todos se divertían y se relacionaban con los demás. Durante la tarde hubo juegos y actividades para los hijos de los vecinos, arrendatarios y los niños del orfanato. Él, como James y algunos caballeros, se estuvo entreteniéndolo con los pequeños que dedicaron gran parte de la tarde pescando en el lago.

Por la noche, por el contrario, sí se notó el nerviosismo previo al día siguiente en que se celebraría la boda y toda la mansión se llenaría de invitados. Muchos de los habitantes de la casa se retiraron temprano y él también pues quería pasar un rato con James como hacían las veces en que se quedaban a solas en casa charlando tras un día largo o especialmente cansado.

—Bien, tu última noche como hombre libre. —Decía entregándole una copa de coñac antes de sentarse en el sillón orejero parejo al que ocupaba James frente a la chimenea del salón que compartían entre sus habitaciones.

James sonrió tras tomar la copa de la que bebió un trago antes de estirar las piernas cruzándolas a la altura de los tobillos acomodándose de modo displicente en el sillón.

—Lo cierto es que es una libertad que no añoraré en absoluto.

Calvin sonrió:

—Sí, desde luego te has entregado más que voluntariamente a tu nuevo status.

James se rio entre dientes tras lo que bebió otro trago.

—Me gusta mi nuevo status, no he de negarlo.

Tras unos segundos James le miró con fijeza:

—Quiero que me hagas un favor. —Calvin lo miró con la misma firmeza que él—. Quiero que no espolees a lady Anna, al menos tanto como parece gustarte hacerlo. — Vio que Calvin iba a protestar, pero se apresuró a añadir—: Calvin, sé que te gusta aguijonearla. Parece que lo has convertido en tu particular diversión.

Calvin frunció ligeramente el ceño:

—Lo dices como si hubiere encontrado mi particular entretenimiento en torturarla.

James se rio:

—No tanto, pero desde luego te gusta hacerla rabiar y verla fruncirte el ceño, lo que, dicho sea de paso, parece un gesto espontáneo en cuanto te ve.

Calvin se rio.

—Sí, consigo levantar airadas pasiones en las féminas.

—Calvin, toma en serio mis palabras y mi ruego. No la hagas rabiar mañana. Quiero a mi cuñadita sonriendo todo el tiempo para que mi esposa también lo haga.

Calvin sonrió negando con la cabeza.

—¿Cuñadita? ¿Así vas a referirte a ella a partir de ahora?

James se rio:

—Me parece que si la llamase así frunciría tanto o más el ceño conmigo que con cierto hermano al que tilda de incordio y de estigma.

Calvin empezó a reírse francamente divertido:

—¿De modo que cierta dama refunfuñona no tiene reparo alguno de tildarme de tal modo ante otros? Interesante. — Señalaba con aire malévolo.

—Calvin, ni se te ocurra lograr más refunfuños de los precisos en el día de mi boda. Te lo advierto. De ordinario tienes un talento innato para hacerla enfadar sin siquiera proponértelo, si encima te sientes especialmente acicateado, preveo un perenne gesto adusto en el rostro de mi cuñada y tras él en el de mi esposa.

Calvin se rio.

—Está bien, está bien. Me comportaré “en el día de tu boda”. Que no se diga que tu estigma no ha sido considerado en tan señalada ocasión.

James sonrió:

—Has de reconocer que cierta damita te ha sabido interpretar a las mil maravillas. Eres un individuo de lo más enervante cuando te lo propones.

Calvin sonrió con malicia:

—James, si no quieres que aguijonee a esa damita, sé lo bastante sensato para no aguijonearme tú a mí.

James sonrió.

—Está bien, seré sensato y no despertaré a la fiera enrabietada que llevas en tu interior y que sale cuando se la agujonea.

Tras unos minutos de silencio en que se limitaron a disfrutar del placer de permanecer en tranquila ociosidad con sus copas observando el crepitar de las llamas en la chimenea, James rompió el silencio:

—Debemos hablar de una cosa.

Calvin lo miró serio apartando la copa cuyo trago había apurado:

—Si vas a decirme otra vez lo de que no me convierta en un viejo solitario lleno de manías, puedes obviar la conversación.

James esbozó una media sonrisa, pero pronto volvió a tornarse serio:

—No, no es eso. —Se enderezó ligeramente dejando también la copa vacía en la mesita—. He pensado en una cosa que debiéremos tener presente, muy especialmente tú. El barón.

Calvin entrecerró los ojos con su atención claramente prendida:

—¿Qué ocurre con él?

—Es seguro que ya haya llegado a sus oídos mi matrimonio. Imaginará que si yo, y comprensiblemente tú, nos casamos, empezaremos a tener descendencia, alejándolo cada vez más del título. Si aún pretende alcanzarlo, ha de saber que cuenta con cierta premura pues cuantos más herederos haya entre él y el título, más le costará alcanzarlo, sobre todo porque ya no solo habrá de ocuparse de nosotros sino de otros nuevos herederos que tendrán, en el caso de mis hijos, la protección y apoyo de una familia tal como la del conde de Worken y los suyos.

Calvin agudizó su gesto contrariado:

—Eso ha de ponernos en guardia a ambos, ¿Por qué has dicho que yo he de tenerlo especialmente presente?

—Porque tú eres el primer escollo y será más fácil llegar a ti estando solo en Donver Manor o en Londres que llegar a mí estando en Irlanda, cerca de los de Worken y los suyos e incluso en Londres. Es de suponer que intente primero llegar a ti antes que a mí y lo hará antes de que empecemos a dar nuevos miembros a la familia.

Calvin suspiró dejándose caer en el respaldo del sillón deslizando al tiempo los ojos a la chimenea:

—Supongo que tienes razón. Ahora, el tiempo corre en su contra. No solo se halla en apuros económicos, sino que, además, parece complicársele todo de creernos con idea de asentarnos y formar familia. No he de descuidarme, —giró la cabeza para mirarle con fijeza—, pero tú tampoco, James. Además, ahora has de cuidar de tu esposa, no solo de ti.

James asintió:

—Lo sé. Por eso, en cuanto regresemos del viaje de novios tendré una seria conversación con ella, pero también con su padre y abuelo. No creo que esté de más, que ellos también estén al tanto de nuestros recelos y de lo que supondría de tener razón.

Calvin asintió, pero pronto suavizó su gesto:

—De momento, procura dejar eso para cuando regreses del viaje de novios y no te preocupes por mí. Prometo estar ojo avizor y no descuidarme. Mientras, disfruta de las mieles del día de mañana y lo que comienza tras él.

James sonrió asintiendo viéndole enderezarse y ponerse en pie.

—Me retiro para que descanses. Mañana me levantaré temprano intentando no estorbar en demasía a la condesa y demás damas de la familia que andarán atareadas ultimando detalles, pero si necesitas ayuda o apoyo en algo, no tienes más que pedirlo.

James sonrió:

—Ya que lo dices. ¿Por qué no te aseguras de no llegar tarde a la ceremonia?

Calvin prorrumpió en carcajadas:

—No se me ocurriría, no ya para no molestarte a ti sino para evitar los idus de las mujeres que pasarán a formar parte de tu vida de forma activa. Algo me dice que de ser el culpable de retrasar la ceremonia o hacer algo fuera de sus planes, me convertirían en el objetivo de todas sus vengativas y peligrosas mentes.

James se rio:

—No lo dudes. Teme sobre todas las cosas a la condesa, más no descuides al resto de las damas, que no le andan a la zaga de temeraria terquedad.

Calvin asintió girando y comenzando a caminar hacia la puerta de su dormitorio.

—No olvides las alianzas. —Escuchó decir a James a su espalda justo antes de cerrar la puerta.

El día amaneció claro, radiante, como si hubiere querido anunciar a los cuatro vientos que era un día de boda en la mansión del conde y esa luz primaveral radiante y alegre parecía infundir el mismo estado de ánimo a todos los habitantes de la casa. En el comedor del desayuno los invitados de la mansión y algunos miembros de la familia y amigos se contagiaban esa excitación previa a un acontecimiento alegre. Incluso Calvin sintió un poco de cosquilleo nervioso, de anticipación expectante ante lo que acontecería antes del almuerzo. Departía con cierta cautela con lord Ethan y su hijo menor, lord Alexander cuando entraron los cuatro primos menores todos ellos con cara de pillos. Se acercaron al sillón donde parecían esperar que se hallare el conde y al no encontrarlo fueron directos a por la que parecía su siguiente víctima, lord Ethan.

—Tío Ethan. —Julius fue el que se adelantó más—. ¿Nos dejas subir al cuarto de Maxi? Queremos estar con los mayores y que sus valets nos vistan como a ellos. Le hemos prometido a la prima Meli que todos estaremos muy elegantes.

Ethan soltó una carcajada:

—¿Queréis lucir como caballeros elegantes? Está bien, Podéis subir al salón de Maxi y Simon. Le diré a mi valet que, en cuanto termine conmigo, acuda a socorrer a sus ayudas de cámara para que os hagan lucir como verdaderos caballeros.

Jason se puso de puntillas apoyando ambas manos en el brazo de la silla haciéndole un gesto para que se acercase un poco pues, al parecer, no quería que le escucharen:

—Yo seré el acompañante de Anna en el almuerzo.

Ethan se rio:

—¿Cómo has logrado colocarte en tan afortunado lugar?

Jason se rio mirando a Aldo:

—Aldo y yo vamos a ser los pajes y es el papel más importante porque vamos delante de Meli. Somos sus guardianes. Por eso Aldo se sentará con Marian y yo con Anna.

Alexander se rio poniéndose en pie haciendo un gesto a los cuatro menores:

—Está bien, caballeres de medio pelo, voy a llevaros al cuarto de los mayores, pero habréis de comportaros como hombres pues son unas estancias de hombres.

Los cuatro se cuadraron con gesto orgulloso en cuanto su primo Alexander se colocó junto a ellos girando para echar a andar con él. En cuanto salieron por la puerta Ethan sonrió a Calvin.

—Creo, milord, que la mesa presidencial en la que estaréis junto a los novios, se hallará concurrida en esta ocasión pues no dudo que esos cuatro pillos que acaban de salir con intención de engalanarse, han reservado sus puestos junto a las permisivas damas de esta familia y no me refiero solo a las fácilmente engatusables jóvenes, sino que, presumo, mi augusta madre y la señora Brindfet no han dudado a la hora de dejarse enredar por tiernos infantes.

Calvin sonrió:

—No lucharé en contra de los deseos de esos supuestamente tiernos infantes, pues presumo llevaré las de perder, de modo que les cederé con gusto un puesto en esa mesa y no opondré resistencia alguna en caso de que incluso quieran ocupar mi silla.

Ethan se rio:

—Por suerte para vos, tenéis esa silla asegurada, aunque pongo en duda que esa silla os garantice la atención de dama alguna de la mesa, pues entre mi padre, el almirante y esos cuatro caballeres, estimo seréis el varón menos atendido por las féminas. No en vano, en esta familia nos preciamos de ser acaparadores y muy egoístas en lo que a los aprecio y cuidados de nuestras damas se refiere y hallándose alguna presente, tendemos a acapararla sin recato ni remordimiento.

Calvin sonrió:

—No seré yo quien critique esa costumbre, milord.

Se vieron interrumpidos por Seamus que tras disculparse entregó a Calvin una nota. Sonrió al leerla:

—Al parecer, mi hermano teme mi tardanza hoy y me apremia a que suba a arreglarme con tiempo suficiente. —Sonriendo se puso en pie haciendo de inmediato

una cortesía—. Disculpadme, milord. Creo que iré a seguir los requerimientos del novio antes de que amenace con ensartarme con cualquier objeto punzante que su mano llegue a alcanzar.

Ethan se rio poniéndose en pie también:

—Seguiré vuestra senda, milord, pues no será vuestro hermano sino el mío o, peor aún, mi esposa o la suya la que pretendan llenarme de agujeros en venganza por una supuesta demora.

Tras arreglarse e ir al dormitorio de James para asegurarse que no necesitare nada, Calvin, sonriendo, decidió bajar al salón donde Lord Ethan le aseguró comenzarían a reunirse los varones de la familia antes de la ceremonia para no estorbar a las damas y sobre todo no ser objeto de sus nervios incontinentes.

Al llegar justo al comienzo de la escalera vio a Anna de pie junto a la barandilla con los ojos fijos en el otro lado del pasillo. Se detuvo para observarla. Llevaba un bonito vestido color verde agua con pequeño ribete en rosa y parecía un travieso duendecillo escapado del bosque con ese recogido que entrelazaba mechones de su cabello con cintas de color rosa y pequeñas flores del color del vestido. Sonrió de modo involuntario pensando que cuando se encontraba quietecita era una preciosidad. Suspiró negando con la cabeza pues había de asentar con firmeza la idea de que era una preciosa hermanita, una peleona y refunfuñona hermana pequeña. Continuó caminando y, a pocos metros, ella notó su presencia pues giró la cabeza y, al verlo, el cuerpo entero como si se preparase para un ligero enfrentamiento. Sonrió de nuevo al pensarlo.

—Buenos días, milady. Una preciosa mañana para una boda, ¿no creéis?

Anna suspiró:

—Buenos días, milord. Le he prometido a Meli no agujonearos ni haceros burla así que me limitaré a daros la razón y afirmaré con fuerza que hace una hermosa mañana para una boda.

Calvin se rio entre dientes divertido ante su gesto de comedia contrariedad y resignación tras ese comentario.

—Bien, en ese caso, admitiré mi equivalente promesa a mi hermano y no haceros fruncir el ceño en pos de una agradable celebración.

Anna negó con la cabeza cerrando un instante los ojos:

—Ambos fracasaremos estrepitosamente, me temo. Vos me enerváis y parecéis gustar del talento de enervarme.

De nuevo Calvin se rio:

—Hagamos mutuo propósito de enmienda por unas horas, milady, aunque solo sea por la felicidad de esos pesados hermanos nuestros.

Anna se vio sorprendida por la ironía de su voz y mirada mezclada con ese chascarrillo lo que hizo que se riese:

—Bien, milord, habremos de hacer ese propósito de enmienda y sin que sirva de precedente, por hoy, os daré la razón. Meli y vuestro hermano son dos novios pesados.

Calvin sonrió:

—¿Puedo preguntaros que hacéis aquí?

Anna suspiró:

—Esperar a otra pesada, me temo. Marian ha olvidado sus guantes. Vamos a las habitaciones de mi tía Blanche que es donde están Meli, mi madre y las demás damas de la familia ayudando a la novia. Marian y yo nos hemos retrasado pues hemos estado en el salón de mis hermanos ayudando a mis primos a arreglarse, o, mejor dicho, vigilando que dejaren a los valets hacer su labor sin retorcerse.

Calvin sonrió:

—Por lo que tengo entendido, esos caballeros gozarán del privilegio de ser acompañantes en el almuerzo de ciertas damas de la familia.

Anna sonrió:

—Sí, no he de negar que voy a tener los acompañantes de mesa más apuestos de toda la fiesta. A mi derecha tendré al almirante y a mi izquierda a Jason. Claro que el destino compensa lo bueno con lo malo y me veré privada de todo dulce al hallarme entre dos golosos confesos y nada comedidos.

Calvin sonrió y vio por el rabillo del ojo que se acercaba Lady Marian presurosa:

—Os dejo para que podáis reuniros con vuestra madre y hermana. Yo, por mi parte, bajaré a reunirme con los caballeros y procuraré no estorbar hasta que llegue el momento de la ceremonia.

Anna asintió, pero antes de que diere un paso le detuvo:

—Esperad, milord. ¿Lleváis las alianzas? Recordad que habéis de entregárselas a Aldo justo antes de entrar en la capilla. No se las deis antes o las perderá.

Calvin sonrió:

—James me acaba de dar la misma indicación. No temáis, las guardaré con celo hasta ese instante.

Anna asintió antes de mirar hacia el pasillo por el que se acercaba Marian y despedirse de él con una suave reverencia.

Calvin se reunió con los caballeros de la familia condal en el salón privado junto a la biblioteca que solían usar los condes. Allí todos los varones de la familia, salvo lord Cliff y sus dos hijos, se relajaban antes de la ceremonia. Los cuatro pequeños se hallaban allí perfectamente engalanados para la ocasión recibiendo indicaciones del conde y el almirante y entre las bromas del resto de los caballeros. Tras unos minutos Aldo se acercó a él con gesto de concentrada seriedad.

—Mamá me ha dicho que vos habéis de darme los anillos de la prima Meli y del primo James.

Calvin sonrió al escuchar la referencia de su hermano como “primo James”.

—Así es. Os los entregaré justo antes del comienzo de la ceremonia, no temáis.

Aldo asintió con un golpe firme de cabeza.

—Bueno. Pero no los perdáis o nos reñirán a los dos.

Calvin se rio divertido.

—No os preocupéis, los custodiaré con fiereza.

—Es importante. Si somos buenos en la ceremonia, la prima Anna nos ha prometido un trozo extra de tarta. Además, hoy dormiremos con ella y con las primas en el salón del primo Maxi, todos juntos. Jugaremos a las charadas.

Calvin sonrió divertido ante la cara de expectación del pequeño.

—Bien, en ese caso, nos aseguraremos de cumplir fielmente nuestros deberes y tareas antes del almuerzo para ganar tan merecido premio.

De nuevo Aldo asintió con un golpe tajante de cabeza sonriendo complacido, le tomó de la mano tirando de él para acercarlo donde estaban su padre y los demás varones mientras comenzaba a decir:

—Dentro de tres semanas será mi cumpleaños. La prima Meli ha prometido que habrá regresado de su viaje y estará en mi fiesta. Será en casa del abuelo en Londres. ¿Vendréis?

Calvin sonrió bajando el rostro para poder mirarlo:

—¿Me estáis invitando, lord Aldo?

—Aja. —Asintió sonriendo—. Vais a ser mi primo, ¿no es cierto? Tenéis que venir y llevarme un regalo.

Lord Maximilian se acercó tomando en brazos al menor de sus hijos y, sentándolo en el sofá junto a su primo Jason, señaló:

—Deberías avergonzarte, enano pediguño. Exigir un presente no es decoroso.

Aldo se rio:

—Pero si no sabe que ha de llevarme un presente no me lo llevará.

Lord Maximilian sonrió negando con la cabeza:

—Aldo, lord Donver sabe cuáles son las costumbres de todo invitado a una fiesta de cumpleaños. No has de darle instrucciones o guiarle a lo que deseas.

Aldo se rio travieso:

—Solo se lo recordaba.

Pocos minutos después, todos fueron conducidos a la capilla donde ya muchos invitados habían sido colocados por algunas de las damas que iban recibéndolos. Calvin se situó junto al altar cerca del conde y el Almirante. Observó la capilla de la mansión perfectamente decorada con flores de color blanco, amarillo y borgoña. Había unas bonitas guirnaldas colocadas en los lados de cada banco y en el exterior ya había congregados muchos vecinos y arrendatarios que estarían presentes para recibir a los novios a la salida cuando ya fueren esposos y que también les

acompañarían en el almuerzo en los grandes salones de la mansión. Poco a poco fueron llegando los últimos rezagados y con ellos las damas de la familia antes de la llegada de James del brazo de lady Julianna y después de ellos Anna del brazo de su hermano Maxi y Marian del de Simon. Finalmente llegó la novia del brazo de su orgulloso padre que, tras entregársela a James en el altar, se colocó junto a su esposa e hijos.

La ceremonia fue sencilla y breve, pues así lo pidieron los novios, los cuales fueron recibidos a la salida por una lluvia de flores y vítores de los vecinos y amigos que se hubieron congregado para la ocasión y que no tardaron en acompañarles hasta los salones donde fueron agasajados con un copioso almuerzo amenizado por un cuarteto de viento que tocaba música popular irlandesa.

Calvin tuvo que reconocer que fue un almuerzo divertido y lleno de sorpresas agradables empezando por la compañía de cuatro pequeñajos en la mesa principal que acaparaban la atención de todas las damas de la familia, como había predicho lord Ethan esa mañana, y especialmente la de Anna que incluso mantuvo gran parte del almuerzo a Jason en su regazo.

Durante el pequeño baile en uno de los salones, Meli bailó con su padre, su abuelo y, por supuesto, con su flamante esposo. Enseguida dieron paso a los demás invitados. Las damas y caballeros más jóvenes de la familia bailaron con muchos de los vecinos, arrendatarios y amigos. La fiesta se alargó hasta la noche incluso después de que los novios se despidieron de la familia y se marcharen para comenzar su viaje de novios que les llevaría al norte de Irlanda y Escocia a visitar algunas de las propiedades del Conde y de la señora Brindfet.

Poco a poco se fueron marchando los invitados que no pernoctarían en la mansión. Los que sí lo hacían también se fueron retirando paulatinamente hasta que ya no quedó nadie en los salones. Para cuando él subió a sus habitaciones, era más de media noche y se encontraba cansado de la larga jornada. Mientras se desvestía recordó el comentario del pequeño Aldo, de sus planes para la noche con sus primos y primas y no pudo evitar sonreír.

Supuso contaría con tiempo para despedirse de ellos pues seguramente ya nos los vería hasta la fiesta de cumpleaños del pequeño Aldo. Era extraño sentir deseos de formar parte de ciertos momentos con una familia tan numerosa y que era tan heterogénea como particular.

Bajó temprano para avisar en los establos que saldría en su carruaje tras el almuerzo ya que el barco que le llevaría de regreso a Londres no saldría hasta media tarde. Consciente de que había adoptado una costumbre que solo se permitía a la familia, tomó el camino que suponía cruzar la cocina para llegar a los establos desde el patio de atrás. Nada más llegar al arco de la cocina se detuvo para otear el interior. Había ajeteo, como siempre, pero en la mansión había dos grandes cocinas, una situada junto a esa que era la empleada por la mayoría de los que trabajaban en esa parte, incluido el chef, y la más pequeña, en cuyo arco de acceso se encontraba él en ese instante, y que era la empleada por la llamada Cooker, era la parte dedicada solo a panadería y pastelería y que era la frecuentada por los miembros de la familia y usada

en las más de ocasiones por lady Julianna y su hija. Observó el movimiento del interior y tras unos segundos escuchó voces ya familiares. La de Anna y su padre y, en esta ocasión, también la de lady Julianna.

Decidió por fin entrar y nada más hacerlo vio el gesto amigable de Cliff y de contrariedad de Anna, como si fuere innato. Casi se ríe, pero se limitó a entrar siguiendo la indicación de Cliff y tras hacer una cortesía a los presentes, tomó asiento frente a los vizcondes.

—Esperamos que no se marche antes del almuerzo, ya que por fin tendremos uno tranquilo en familia pues todos los invitados se habrán marchado antes del mismo. —Señalaba Julianna cediéndole un plato lleno de bollos y panecillos aún calientes mientras la siempre eficiente Cooker le servía una taza de café como ya era un gesto habitual en ella.

—Marcharé tras el almuerzo, sí. Precisamente iba a avisar a mi cochero de que no ha de preocuparse hasta entonces.

Cliff tomando un bollo le miró de refilón:

—Si gusta, no ha de viajar en el barco de pasajeros, milord. Lord Rochester partirá de Cork a última hora de la tarde en su goleta. El viaje le resultará más agradable y tranquilo, se lo aseguro.

Calvin sonrió:

—¿No molestaré?

Julianna sonrió:

—Al contrario, seguro mi hermana agradece alguien que escuche por primera vez sus recelos a los barcos, la navegación y el bamboleo de la nave. Es, junto a su hija Maddy, la única de la familia que no parece apreciar la vida en el mar.

Anna suspiró sentada al otro lado de su padre.

—¿Puedo volver con ellos a Londres?

Cliff le pasó un brazo sobre los hombros:

—Cariño, no te librarás tan fácilmente de la cacería de los marqueses de Chester. Nos han invitado a todos y todos hemos de acudir. Pero te prometo que no tendrás que cabalgar en busca de piezas, podrás quedarte con la abuela y mamá en la parte de las colinas y solo observar la partida.

Anna suspiró con resignación.

—Está bien, pero quiero que conste que no me gustan las jornadas de caza.

Cliff se rio.

—Tomo nota y constará, como las mil veces anteriores en que lo has dicho.

Anna resopló en clara indignación.

—Decir eso no hace sino resaltar que escuchas lo que digo, pero luego optas por ignorarlo, papá. No es ni galante ni atento hacerlo notar.

Cliff se rio:

—Oh vamos, gatita, sabes que te escucho y atiendo tus peticiones, ruegos y mandatos, pero no pretenderás que aliente sin más lo que es irracional y carente de lógica.

—Es lo que pretendo, sí. —Respondía ella cabezona mirándolo acusatoria—. Eres mi padre, el padre que me quiere y adora por encima de todo y si me vuelvo irracional no ha de hacérmelo notar, sino simplemente darme la razón.

Cliff soltó una carcajada:

—Ese razonamiento solo puede expresarlo y defenderlo una Mcbeth. Tiene el sello inconfundible de tía Blanche.

Anna y Julianna se rieron:

—Es posible. —Aceptó Anna—. Pero eso no lo hace ni menos cierto ni menos válido.

Cliff se reía besándola en la frente, cariñoso, antes de enderezarse en su lugar en el banco:

—Y de nuevo lo reitero, gatita. Tomo nota y hago constar tus palabras y sentir.

Anna vio por el rabillo del ojo al grupo de lacayos y doncellas que comenzaban a subir unas bandejas por una de las escaleras que daban acceso a la zona privada de la familia y poniéndose en pie señalaba sonriendo:

—Me marchó pues me espera un copioso desayuno con ciertos hermanos, primos y primas glotonas y un almirante que nos tiranizará durante un buen rato.

Cliff se rio viéndola marchar con aire risueño antes de mirar a Calvin:

—Milord, si gustáis podéis acompañarnos a montar. Mi hermano, su esposa y lord Maximilian ya se encuentran en los establos. Vamos a dar un último paseo antes de que nos volvamos a separar hasta que nos volvamos a reunir en Londres en una semana. Además, así quedaremos un poco fuera del ajetreo de la partida de los invitados más rezagados de los que se encargarán de despedir como corresponde los condes.

Calvin sonrió asintiendo:

—Me gustaría, sí. Reconozco el placer de montar por los terrenos de Worken Hills en esta época en que está todo en plena explosión de vida.

—Estupendo. —Exclamaba Cliff entusiasmado poniéndose de pie con ímpetu—. En tal caso, milord, me adelantaré y pediré su montura mientras os dejo en manos de mi esposa para que podáis terminar con calma vuestro café. No os apuréis, hoy es un día calmado y no tenemos prisa alguna. El sosiego rige hoy nuestras existencias. Hay que recuperarse del día de ayer.

Tras el paseo a caballo Calvin subió a asearse y cambiarse de ropa antes de unirse a toda la familia en los salones de la primera planta. Aún subía las escaleras cuando un ruidoso grupo de voces resonaban por los pasillos superiores y en escasos minutos aparecieron a la carrera los cuatro pequeños con Anna y Marian tras ellos aparentemente persiguiéndoles en un estruendo de risas y carreras.

Tras pasar a su lado como una exhalación los cuatro pequeños sin detenerse en su camino hacia la primera planta, se topó con las dos jóvenes que se detuvieron en seco un par de escalones por encima de él haciendo una desgarrada reverencia aún jadeantes.

—Buenos días, milord. Lamentamos abordarle de este modo tan impetuoso. — Señalaba Marian sonriendo y respirando trabajosamente—. Tenemos una importante misión y que no es otra que colgar a esos malhechores de medio metro de la torre más alta que encontremos.

Calvin escuchó las risas traviesas de los pequeños a su espalda.

—No se disculpe, milady. Y no es necesario que os entretengáis conmigo. Apresuraos y no dejéis que tales malhechores se den a la fuga.

Giró el cuerpo y dio un paso a su derecha cediendo el paso a ambas jóvenes consiguiendo unos estruendosos gritos de protesta a su espalda antes de que se oyeren los pasos acelerados de huida.

Las dos jóvenes obviaron toda cortesía saliendo tras ellos gritando:

—No huyáis, os alcanzaremos.

Calvin las vio pasando como una exhalación a su lado en persecución de sus presas que salían despavoridas gritando y riéndose. Para cuando bajó y se reunió con la familia en el salón, esas supuestas cazadoras y sus presas se hallaban sentadas sobre la alfombra frente a la chimenea jugando a los palillos chinos embromándose entre todos ellos.

Tras acercarse y saludar con cortesía a los presentes se acomodó en uno de los divanes cercanos a la chimenea aceptando la copa de jerez que le ofrecía el conde. Lord Maximilian sentado al otro lado junto a su esposa, Lady Amelia, le sonrió:

—Acabo de informar a mi esposa que nos acompañareis en el viaje de regreso a Londres, milord.

—Sois bienvenido, milord. —Le sonreía Amelia—. Aunque espero que sintáis ese amor por el mar que asegura mi esposo tenéis pues no creo que os haya advertido que, de tener vientos a favor en esa travesía, no dudará tomarlos todos para navegar con toda la velocidad que pueda. Gusta mucho de ello, me temo.

Max se rio antes de besar con confianza y cariño a su esposa en la sien.

—Exageras, cielo. Suelo ser más precavido de lo que parece dar a entender, más, no es menos cierto que, como marino que se precia de serlo, siento pasión por surcar las olas y ponerme a prueba, a mí y a mi embarcación, de darse la oportunidad. Pero no sufras, contigo y Maddy a bordo, me contendré. No os haré más penosa la travesía. —De nuevo la besó cariñoso logrando que ella esbozase una sonrisa de clara y enamorada complacencia.

Calvin sonrió.

—Puedo reconocer que siento un poco la inclinación de milord en cuanto a las aventuras en el mar y la velocidad de contar con vientos favorables, más, también

aprecio los parabienes de una travesía tranquila y exenta de emociones y peligros añadidos.

—Mamá.

La voz y la figura de Aldo que se encaramaba, con absoluta indiferencia a nada más, en el regazo de su padre con los ojos centrados en su madre, les interrumpió. Max, que sonreía dejando a su hijo menor acomodarse en sus rodillas, lo miraba claramente divertido.

—La prima Anna me hará el pastel de mi cumpleaños. Quiero que sea tan grande como el de ayer.

Amelia se rio:

—Cielo, el de ayer era un pastel de boda y para muchísimos más invitados de los que habrá en tu fiesta.

El pequeño frunció el ceño:

—Bueno, así cabremos a más y comeremos más.

Max soltó una carcajada desviando los ojos de su hijo a su padre:

—Padre, ese comentario tiene su marca y sello. ¿qué ha hecho? ¿Enredar a mi pequeño para lograr un dulce mayor bajo la excusa de su cumpleaños?

El Almirante se rio:

—¿Para qué sirven esos nietos míos si no es para usarlos en mi provecho?

Aldo se rio travieso en el regazo de su padre mirando a su abuelo que le guiñaba un ojo. Enseguida miró a la alfombra frente a la chimenea:

—Anna, Anna. —La llamaba sin moverse del cómodo lugar en el que se hallaba y cuando Anna giró y lo miró sonrió—: ¿Me harás una tarta muy grande?

Anna se reía poniéndose en pie acercándose a él y sentándose a los pies de su tía Amelia. Le hizo un gesto al pequeño para que se sentase con ella lo que de inmediato obedeció, claramente encantado, pues se apresuró a escurrirse del regazo de su padre dejándose caer en el de Anna.

—¿Cómo de grande?

—Muy grande. Enorme. —Sonreía entusiasmado—. Con muchos pisos. De crema y cacao.

Anna se reía dejándole describir durante unos minutos el pastel que se imaginaba.

—¿Todo eso vas a querer en tu pastel? —El pequeño asentía enérgicamente—. Si eres bueno conmigo durante el tiempo que resta para tu cumpleaños, te lo haré.

El pequeño se removió ligeramente para poder girar y abrazarla meloso:

—Seré muy bueno. Pasearemos por el parque y compartiré los barquillos contigo y le diré al abuelo que nos lleve a ver los patos del Serpentine. Te gusta darles de comer.

Anna se rio besándolo en la cabeza antes de que alzase el rostro para mirarla con ojos traviosos:

—¿Y vendrás de paseo conmigo por Bow Street como un caballero elegante que me lleva del brazo y me invita a tomar cacao en alguna bonita cafetería?

Aldo asintió tajante:

—En la del escaparate de las barras de caramelo. Podemos comprar regaliz y caramelos de café para tía Blanche. —Sonreía orgulloso.

Anna se reía divertida:

—Pequeño embaucador. Siempre sabes cómo lograr de mí lo que deseas. ¿Así que me llevarás a tomar cacao y comprar regalices y caramelos para tía Blanche?

Aldo se reía acomodándose en su regazo meloso.

Durante unos minutos se desarrollaron conversaciones y continuaron los juegos de los pequeños y mayores repartidos por el salón. Calvin, si bien participaba en la conversación inmediata a quienes estaban a su lado, no podía evitar mirar con más asiduidad de la que le gustaría, a Anna que permanecía en el mismo lugar leyendo una historia de piratas a Aldo y a Jason.

El almuerzo se desarrolló en la terraza en un ambiente relajado y alejado de toda formalidad y rigidez, con los comensales repartidos en mesas donde se acomodaban al gusto cuando se servían libremente de un buffet colocado en una mesa. Anna parecía simplemente cómoda con los suyos pues almorzó con los pequeños, pero en varias ocasiones se sentó junto a sus padres, abuelos, el almirante y la tía Blanche. Calvin se retiró temprano para terminar de recoger sus enseres pues tras el té de la tarde partiría con la familia de lord y lady Rochester hacia Londres en la goleta que tenían atracada en el puerto de Cork. Al reunirse de nuevo con los habitantes de la casa aprovechó para sentarse con los más pequeños que parecían francamente entretenidos con un juego de charadas. De ese modo disfrutó de los últimos momentos en la casa del conde pues no tardaron, tras tomar el té, en despedirse de todos ellos hasta volver a encontrarse en Londres, aunque él pasaría al menos un par de semanas en su propiedad de Lancashire gestionando la recogida de la siembra y la llevanza de algunos de los productos a los mercados de abastos.

Londres, tres semanas después,

Durante los últimos dos días había estado ocupada ayudando a la tía Amelia, a su madre y a la tía Blanche en los preparativos de la fiesta de cumpleaños de Aldo que se celebraría en Frenton House. Se había desplazado a pasar unos días a la mansión del almirante en Londres para poder trabajar con su chef en el menú del almuerzo y, sobre, en todos los dulces de la fiesta infantil mientras la tía Amelia, la tía Blanche y su madre se dedicaban a los preparativos, incluidas las actividades y juegos para los niños y la decoración. Habían recibido esa mañana una misiva de Meli disculpándose por no regresar a tiempo a la fiesta pues los caminos en la zona de Escocia, su último tramo del viaje de novios, no hacía recomendable viajar y por ello iban a esperar que mejorase un poco el tiempo para iniciar el regreso. El pobre Aldo se llevó una desilusión, pero se vio mitigada por el presente que James y Meli le hubieron enviado y que no era sino una enorme cometa en forma de Ave Fénix con la que llevaba toda la mañana jugando en el jardín con su hermano Albert y su padre.

—Gatita.

La voz de su padre le apartó un instante de la fuente de panecillos de crema para poder mirarle. Entraba en la cocina de Frenton House con su hermano Simon. Enseguida se acercó a abrazarla y darle un beso.

—Tu madre me ha pedido que te ordene descansar un poco antes de la fiesta. Me asegura que llevas dos días prácticamente encerrada en las cocinas volviendo loco al pobre chef del almirante y todo su personal de cocina.

Anna miró de soslayo al chef situado más allá y sonrió:

—Un poco sí. Pero no te preocupes, en cuanto termine los panecillos subo a asearme y descansar antes de la fiesta.

—Está bien. —Respondía mientras traviesamente estiraba el brazo y atrapaba un panecillo salado y un pedazo de queso.

—Papá. —Le reprendió sin mucha convicción y enseguida vio a Simon rondando las fuentes de buñuelos—. Simon, aléjate de esos. —Suspiró sin terminar la frase al verle meterse rápidamente en la boca uno de ellos con cara de poco arrepentimiento.

—Deliciosos. —Decía sin apenas tragar.

—Debería daros vergüenza. Sois ladrones.

Simon y su padre se reían mientras ella les empujaba sin muchos miramientos ni delicadeza alguna hacia la puerta de las cocinas con ambos logrando, no obstante, atrapar algunas piezas a su paso.

Una hora más tarde subía a asearse y descansar un poco antes del almuerzo con toda la familia y el comienzo de la fiesta. Un par de horas después, eran Marian y la tía Blanche las que la despertaban.

Mientras se arreglaba con el vestido y demás cosas que tía Blanche dejaba preparado con su doncella, Marian les narraba a ambas la velada de la noche anterior en la mansión de los duques de Bandist a la que ella debiera haber ido, pero excusó su

ausencia alegando una oportuna jaqueca, aunque no fue por estar ultimando algunas cosas para la fiesta.

—Lord Lucas es el más apuesto de los caballeros que acudió a la velada, más, no he de negar que lord Allen es muy atractivo y encantador.

Anna le sonrió divertida pues sabía que ambos se habían convertido en los predilectos de Marian entre cuantos pululaban por los salones.

—Pues yo sigo pensando que, aunque ambos sean los más apuestos, el más encantador de todos los caballeros es el señor Spencer. ¿Sabes lo que ha enviado a Aldo por su cumpleaños? Un sombrero como el que, asegura, lucen los jinetes del Oeste americano.

Marian se rio:

—¿De veras? Qué divertida originalidad. Seguro que está emocionado después de pasarse toda una mañana aprendiendo a montar como ellos en la escuela.

—Anna, cielo, recuerda que con ese vestido no podrás corretear por los jardines con los niños. —Le decía su tía mientras observaba a su doncella terminar de cerrar los últimos botones de su espalda.

Anna la miró desde el espejo sonriendo.

—Lo sé, tía. Le he prometido a mamá que haré de árbitro de alguno de los juegos o de acompañante, pero no dejaré que Aldo, Jason, Albert o Julius me enreden para jugar. No te apures.

La tía Blanche la observó unos instantes entrecerrando los ojos como si calibrase la verdad de sus palabras.

—Está bien. —Aceptó finalmente—. Y ya que has hecho propósito de contención en ese aspecto, procura hacerlo también en otro más. Trata bien a lord Donver pues ha confirmado que vendrá.

Anna suspiró alzando los ojos al cielo.

—Está bien. Seré comedida con ese incordio de hombre.

Marian se rio.

—Si así es como vas a dar prueba de tu comedimiento, no quiero ni saber cómo habrías sido de no haberte sonsacado tal promesa.

Anna resopló:

—De veras que no sé cómo lo logra, pero consigue hacerme enfadar con solo tenerlo cerca. Parece disfrutar haciéndome rabiar y, desde luego, lo consigue con suma facilidad. El muy pesado se divierte viéndome refunfuñar.

Marian se rio:

—Oh vamos, sé justa. Tú no escatimas tampoco mordaces comentarios para hacerle rabiar.

Anna sonrió:

—Eso son meros actos de auto defensa.

La tía Blanche se rio instándola a girarse para verla bien.

—Anna, una Mcbeth no se auto defiende, ataca sin contemplaciones. No intentes engañarnos.

Anna sonrió divertida:

—Bueno, está bien. Quizás si lance algún órdago contra ese enervante cuñado que se ha buscado Meli.

La tía Blanche se rio resignada mientras echaba un último vistazo al vestido color vainilla con flores borgoña de Anna:

—Cariño, estás preciosa. —Miró a Marian y su vestido color melocotón que le quedaba francamente bonito con su pelo oscuro y sus ojos azulados—. Las dos estáis realmente bonitas. Debemos decir a Madame coquette que os elabore un par de vestidos de noche con esos colores que lucís las dos. Realmente os favorecen.

Las dos se rieron besándolas cariñosas.

—Vamos, vamos, niñas, no me enredéis y bajemos a reunirnos con los demás que, seguro, ya han llegado todos para el almuerzo y no debemos retrasarlo pues los amiguitos de Aldo y sus familiares vendrán poco después del almuerzo.

Anna enredó su brazo con el de su tía comenzando a caminar hacia la puerta.

—La tía Cloe y el tío William llegaron temprano y los tíos Eugene y Jonas llegaron antes de que subiere a descansar. Excepto Meli, ya deben estar todos abajo.

Marian la miró sin detener su camino:

—Es una lástima que no llegaren a tiempo. Papá me ha dicho que es mejor que no se arriesguen a adentrarse en los caminos del norte si hay riesgo de lluvias. Espero que nos traigan un regalo.

Anna y la tía Blanche se rieron:

—Dudo que unos novios atolondrados en su viaje de boda se acuerden de buscar presentes para nadie.

Marian sonrió divertida a Anna y después a la tía Blanche que fue la que hubo contestado:

—Bueno, no será para tanto. Se han acordado de comprar un presente a Aldo. Lo primero que ha hecho cuando hemos llegado es enseñarnos con orgullo su cometa.

Anna se rio:

—Pero eso solo se debe a que Aldo los persiguió con ahínco durante días para que no se olvidasen de su cumpleaños.

Marian sonrió:

—Chico listo.

En cuanto llegaron al salón previo al comedor donde almorzarían, se acercaron a saludar a todos. Anna, tras saludar a todos, fue llevada por su padre frente a Calvin que se hallaba junto a su hermano Maxi y su primo Sebastian.

—Milady. —La saludó con la cortesía habitual.

—Milord. Os creíamos en el campo.

Calvin sonrió:

—Y así era. He regresado hoy mismo. No había de faltar a la palabra dada a lord Aldo.

Anna asintió sin mucho entusiasmo.

—Le ha traído de regalo un pequeño juego de títeres muy curioso, Anna. —Le comenzaba a decir Maxi—. Es como un pequeño teatrillo con distintos escenarios y decorados para ir creando distintas historias y obras de teatro.

Anna giró el rostro y miró a Calvin sorprendida:

—Es un bonito regalo, milord. Sin duda lo disfrutarán tanto él como sus hermanos y primos.

Calvin sonrió con complacida suficiencia:

—Esa era la idea.

Cliff le pasó el brazo por los hombros a tiempo de que ella no frunciese el ceño ante la cara de satisfacción de Calvin.

—Gatita, ¿Por qué no vas a ayudar a tu madre a poner orden a esos pequeñajos revoltosos?

Anna sonrió viendo a los cuatro pequeños riéndose divertidos ante algo que parecía decirles Alexander y que claramente les estaba alentando a alguna travesura.

—Sí, será mejor controlarlos antes de que les dé por llevar alguna maquinación de Alex demasiado lejos.

En cuanto se hubo alejado, Cliff miró seriamente a Calvin.

—Milord, creo que debiéramos hablar en privado unos minutos. Si gustáis acompañarme a la biblioteca. Allí estaremos un poco más tranquilos.

Calvin tornó serio su rostro ya que por el gesto y la voz de Cliff supo que era algo importante.

—Por supuesto.

Cliff miró a su hijo y sobrino y dijo:

—Pedid al abuelo y a tío Max que se reúna con nosotros en la biblioteca lo más discretamente posible y aseguraos de que nadie nos molesta por unos minutos.

Los dos asintieron y fueron a cumplir su petición mientras ellos dos salían del salón camino de otra estancia. Esperaron que se unieran a ellos los dos caballeros llamados por Cliff y tras hacerlo cerraron la puerta para evitar ser molestados:

—Milord, puesto que ahora forman parte de la familia, consideramos un deber asegurarnos de que se hallan a salvo, tanto vos como lord James. —Señalaba serio Cliff mirando con fijeza a Calvin—. Tras la boda, surgió en más de uno de nosotros la incertidumbre de si el barón de Folks, ahora que pueda temer la aparición de nuevos herederos en un corto periodo de tiempo, intentaría asegurar que esos herederos no llegaren a surgir y atentar, en su caso, contra vuestro hermano o contra mi hija, lo cual, sobra decir, no permitiremos bajo ningún concepto.

Max se incorporó ligeramente en el asiento que ocupaba para señalar:

—Nos tomamos la libertad de investigar un poco la situación del barón y más exactamente si continuaba con sus deudas y esas adicciones y compañías que le convertían no solo en un peligroso enemigo sino también en alguien impredecible.

—Y han descubierto que se halla aún más necesitado de dinero que dos años atrás, con una necesidad acuciante de solvencia con la que poder al menos calmar los ánimos de sus acreedores. —Les interrumpió Calvin con seriedad.

Max y Cliff asintieron tajantes.

—Por mi parte, he llevado a cabo las mismas pesquisas pues el mismo temor surgió en James y en mí ya antes de la boda. Aunque yo pienso que intentará algo contra mí antes que contra él por la sencilla razón de que le resultará más fácil llegar hasta mí. Muy especialmente porque, como soltero, me muevo más por la ciudad y en mi casa hay menos servicio que en la actual de James puesto que atender mis necesidades en nada son comparables a la de un hombre casado.

Cliff entrecerró los ojos:

—Lo que no es óbice para que considere también a vuestro hermano un obstáculo a su objetivo y con él a mi hija, más aún si empezare a sospechar que pretendieren ampliar pronto la familia.

Calvin asintió:

—No lo olvido, milord. Por ello James y yo ya habíamos hablado de tomar precauciones extra cuando regresaren a Londres.

—Ello no estará de más, desde luego, —intervino con firme decisión el conde—, pero no olvidéis que el barón no solo anda necesitado urgentemente de fondos, sino que su situación lo hace inestable e impredecible. De hecho, la razón por la que nos apremiaba hablar con vos era comunicaros que hace apenas una semana uno de mis nietos vio a Sir Dennilson salir de uno de los clubs cercanos a Kensington con un hombre que se parecía mucho al barón. Les siguió durante unos minutos hasta una taberna del muelle donde parecían intercambiar dinero con un par de tipos de aspecto no muy recomendable. A la mañana siguiente, Maxi y Sebastian, fueron con varios de los hombres que suelen navegar con Cliff a esa misma taberna para buscar información y consiguieron averiguar que los tipos que les describieron suelen trabajar como sicarios para quienes paguen la suma que piden. Suelen hacerlo sin importar lo que se les pida, pero, además, suelen valerse de un grupo de hombres de su misma ralea que no dudan en usar cualquier medio necesario con tal de cumplir lo que se les manda y sobre todo cobrar sus honorarios.

Calvin lo miró serio en silencio unos segundos:

—Entiendo. Sospechan que han contratado a esos hombres para acabar lo que no empezaron hace dos años.

—Dos hombres de mi tripulación acompañarán a mi hija desde que regrese del viaje, más, creemos conveniente que vuestro hermano y vos cuenten con una protección similar. —Señalaba Cliff en tono serio.

—De momento, procuraré estar especialmente atento, pero no creo que sea necesario un guardián, aunque no rechazaría que James contare con uno pues no solo ha de preocuparse por él sino por su esposa y que ella no se sienta constantemente intranquila o inquieta ante el temor de que le pasare algo.

Cliff asintió serio aceptando su decisión a pesar de que no la compartiese:

—Bien, como gustéis, más, si llegáis a requerirlo, espero nos lo hagáis saber. Os aseguro que algunos de los hombres de nuestras tripulaciones son fieros custodios, especialmente cuando se trata de algún miembro de la familia. Algunos de ellos ven a mis hijos casi como los suyos y los estiman de tal modo, no dudando en protegerlos con fiereza de quienes pretendieren hacerles daño, os lo aseguro.

Calvin sonrió, pero su respuesta no llegó a salir de sus labios pues dos suaves golpes en la puerta atrajeron la atención de todos justo en el momento en que la puerta se abría y aparecían ufanos Aldo y Anna, ésta última quedándose de pie en la puerta mientras Aldo iba decidido a por su padre.

—Papá. —Se detuvo frente a él tomando su mano para tirar de ella—. Vamos. El almuerzo ya ha sido anunciado y no podemos retrasarnos porque la fiesta empieza después. Mis amigos vienen a jugar y me traen regalos.

Max se levantaba sonriendo dejándose empujar por su hijo hacia la puerta seguido por los demás que sonreían, pero en cuanto llegó a la altura de Anna, Aldo soltó a su padre y apesó la mano de su prima diciendo tajante:

—Ya podemos almorzar.

Anna se rio entre dientes mirando divertida a su primo.

—Para ser tan pequeñito eres muy mandón.

—No soy pequeño. Hoy cumpla siete años. Ya soy mayor.

—Es verdad. Eres un ancianito achacoso. —Se burlaba ella socarrona girando para salir de la estancia con Aldo de la mano y los demás tras ellos.

Fueron directamente al comedor pues todos parecían haberse dirigido ya a él, pero aún no habían tomado asiento. Aldo no dudó en guiar a Anna junto a la cabecera de la mesa y sentarla junto al almirante con él al otro lado, mientras que Calvin fue guiado por la señora Brindfet justo a los asientos frente a ellos pues lo acomodó junto a ella que tenía al almirante a su izquierda.

El almuerzo dio comienzo con total normalidad, aunque en un ambiente distendido sin rigidez ni formalidad. Apenas hubieron comenzado el primer plato, Aldo lo llamó desde su lugar frente a él.

—Mamá me ha dicho que mañana montaremos el teatro y podré invitar a Albert y a Jason para que vengan a pasar el día con Julius y conmigo.

Calvin sonrió:

—Me alegra saber que daréis buen uso al presente, milord. Más no olvidéis aseguraos los mejores personajes.

Aldo lo miró sopesando el comentario ladeando ligeramente la cabeza:

—¿Cuáles son los mejores?

—Pues ¿cuáles van a ser? Los valientes y aguerridos guerreros, los piratas temerarios y, sobre todo, el general, al fin y al cabo, es el que mandará a todos los soldados bajo su mano.

Aldo sonrió:

—Es verdad. Pero le tendremos que decir a Maddy y a Melina que hagan de niñas porque ninguno queremos esos personajes.

Calvin se rio:

—Es comprensible. No puede permitirse que fieros caballeros hayan de fingir ser niñas por mucho que lo requiera la historia recreada.

Aldo asintió.

—Además, papá siempre dice que hemos de proteger a nuestras damas. Nos corresponde como sus caballeros. —Giró el rostro mirando a Anna sonriendo—. Yo protejo a Anna cuando paseamos por el parque. Hace unos días un bruto quiso mojarla desde una barca y yo no lo deje ¿verdad que no?

Anna se rio:

—Es verdad. Me defendiste de ese niño tan bruto y no erraste tu certero lanzamiento.

Aldo se rio travieso mirando indistintamente al almirante y a Calvin:

—Le lancé el puñado de trozos de pan que nos quedaban y todos los patos fueron a por él. Cuando bajó de la barca estaba muy enfadado pero el primo Chris le dijo al hombre que lo acompañaba que era culpa suya y que debía reprenderlo a él y no dejar que molestase a los demás.

Anna miró a la tía Blanche:

—Lo que me recuerda, tía, que, la próxima vez que veas a Lady Wikken, quizás te formule algún comentario mordaz de los suyos pues era el mayor de sus hijos el que fue reprendido por Chris y el menor el que casi acaba de cabeza en el Serpentine por el ataque, merecido he de decir, de los patos.

Tía Blanche suspiró:

—Procuraré evitarla unos días. Ha consentido en exceso a todos sus hijos, especialmente al menor. —Miró a Aldo con una media sonrisa—. Está bien que protejas a las damas, Aldo. De todos modos, procuremos todos alejarnos un tiempo de ese pequeño y sus custodios.

Aldo sonrió asintiendo:

—Lo haré. No me gusta mucho. Es muy bruto y siempre está regañando a su niñera y diciéndole que ella no puede darle órdenes porque él es lord y ella no.

Anna suspiró:

—Esa pobre mujer se gana el cielo con cada día que trabaja para lady Wikken.

La tía Blanche sonrió negando con la cabeza:

—Aun siendo cierto, Anna, no debieras señalarlo delante de otros.

Anna se encogió de hombros:

—Solo estamos nosotros. —Deslizó los ojos hacia Calvin y añadió con voz de resignación—. Bueno, y milord, pero él no cuenta.

—Anna. —Se escucharon varias voces femeninas cercanas reprendiéndola mientras Calvin se reía mirándola desafiante.

—Como siempre, me halagáis de un modo encantador, milady. —Le dijo con socarronería sin dejar de reírse.

En cuanto llegaron los postres, Aldo saltó de su asiento y se sentó en el regazo de Anna mientras que Jason atravesaba el comedor para ocupar la silla libre de Aldo a su lado y el almirante y la tía Blanche les llamaban enanos acaparadores. Enseguida se dedicaron a informar a Anna todos los juegos y actividades que habían previsto con sus hermanas, su madre y su padre para la tarde, incluyendo el juego preferido de Aldo que no era sino atrapar la manzana en un barril de agua sin manos.

Calvin, que ya comprendía antes de ir que era un día para los niños siendo éstos los protagonistas, procuró mantenerse atento a lo que narraban pues era habitual que no solo las damas de la familia sino también los caballeros acabaren enredados, las más de las veces, en los juegos, ya como árbitros, ya como participantes, ya como víctimas. No tardó demasiado en hacerse realidad su suposición pues, en cuanto empezaron a llegar los invitados, la familia se fue repartiendo en tareas, siendo la de los mayores atender a los invitados acompañantes de los niños, como padres, abuelos o tíos, mientras que los demás, incluido él, fueron repartidos en distintos lugares del hermoso jardín de Frenton House para cumplir con cometidos diversos. A él, en concreto, le fue encomendada la labor de hacer de juez en los juegos de las manzanas que no eran sino el de atraparlas en un barril de agua con las manos atadas a la espalda y el de hacer diana con arcos y flechas colocándolas como dianas en un pequeño atril a cierta distancia del punto de disparo.

Tras un buen rato francamente entretenido con los niños más mayores le llegó una pequeña tanda de pequeños de una edad inferior, precedidos por Aldo y Jason. El grupo venía acompañado y vigilado por varias damas jóvenes de la familia, Anna entre ellas. Nada más colocarse cerca del barril, Calvin colocó a los primeros niños en posición dándoles muy solemnemente las instrucciones pues hacía de juez severo y firme, aunque no fueron pocas las ocasiones en que hizo de rescatador de algún pequeño evitando que acabare hundido en el barril.

Aldo no venció en esta ocasión, pero no fue pequeña ni su diversión ni su desorden posterior, como la de muchos niños que acabaron mojados. Anna, Melina y Maddy, con ayuda de algunas doncellas, les iban secando con paños y arreglándoles medianamente.

—Ay, enanito, un poco más y no solo metes la cabeza en el barril sino todo el cuerpo. —Le iba diciendo con una sonrisa divertida a Aldo mientras le secaba el pelo y él se reía divertido.

—Pero he logrado atrapar la manzana que es lo importante. —Aseveraba enderezándose con orgullo.

Calvin se rio al escucharle:

—Bien, pues ahora veamos cuán importante le parece acertar una flecha en una manzana.

Se acercó a él con un arco y una flecha infantiles en las manos que le ofreció y que Aldo se apresuró a tomar con ímpetu. Lo fue guiando hasta la línea que había hecho con una cinta sujeta en el césped.

—Bien, caballero, ahora toca demostrar cuán ducho arquero sois.

Aldo alzó el rostro para mirarle.

—Pero está muy lejos. Ahí es para los niños más mayores.

Calvin giró el rostro y midió mentalmente la distancia.

—Cierto.

Caminó firme hacia los atriles donde estaban las manzanas y los acercó poniéndolos en línea con cada niño, regresando de inmediato junto a Aldo mientras los otros recibían ayuda de Maddy y Melina.

—Bien, ahora sí se encuentran a una distancia justa. De modo que debiere tomar posición y postura de arquero.

Aldo sonreía obedeciendo situado junto a Jason y otro de los niños que también se colocaban de perfil asiendo con fuerza el arco.

—Caballeros, contarán con tres disparos, de modo que no han de apresurarse. Procuren no errar disparo alguno. —Decía con voz solemne—. Alcen los arcos y coloquen sus flechas y cuando estén listos ténsenlos y disparen procurando atravesar su manzana. Y recuerden, quienes acierten se llevarán una manzana bañada en caramelo.

Calvin sonrió cuando les vio mirándolo de refilón ante la referencia a la manzana con caramelo y después volver a concentrarse. Jason fue el primero que dio en la manzana en su primer lanzamiento celebrándolo con saltos, exclamaciones y gestos de orgullo mientras Anna se reía abrazándolo antes de cederle su dulce premio. Aldo, tras el tercer disparo continuaba sin acertar, pero como cumpleaños fue premiado con un disparo extra ante los ruegos de Maddy, Melina y Anna al supuesto inmutable juez que cedió llamándolas embaucadoras. Es esta ocasión, Anna se colocó tras Aldo ayudándole a apuntar y cuando alcanzó la manzana los dos saltaron eufóricos como si hubieren conquistado un castillo y no meramente alcanzado una manzana a poco más de cinco metros con una flecha. Después, los pequeños se marcharon al lugar donde les esperaba el siguiente juego con un Aldo caminando con petulante arrogancia mientras Anna le sujetaba su manzana de premio.

Calvin los observó durante unos minutos hasta que, de nuevo, tuvo que seguir con su tarea.

Cuando llegó la hora del té, las limonadas y los dulces, se reunió con la familia y los invitados en la terraza aprovechando que Aldo y los pequeños quedaron en manos

de sus padres y algunos de los varones de la familia para sentarse cerca de Anna pues sentía curiosidad por cómo se había desarrollado su temporada social en las tres semanas que él llevaba lejos de Londres pues, durante el almuerzo pudo escuchar algunos comentarios de la de Marian y muchos momentos compartidos con su prima, especialmente por la muy reiterada referencia a algunos caballeros en esas historias.

—¿Me permiten acompañarles? —Preguntaba acercándose a la mesa donde se encontraban Anna y sus padres disfrutando de un té mientras observaban a los niños devorando sus dulces.

—Por favor, milord. —Le sonrió amable Julianna señalándole el único asiento libre que estaba junto a Anna.

—Gracias. Me temo que esos pequeños me han dejado exhausto. Son como Atila cuando se trata de conseguir un premio.

—No se diferencian en gran medida de lo terribles que eran nuestros hijos, milord. —Sonrió Cliff—. Podéis creernos, los gemelos, Anna y Simon eran temibles cuando se trataba de competir en juegos infantiles.

—Papá. —Protestó Anna mirándole acusatoria—. Eso no es cierto. Ser competitivos no nos convertía en temibles. Además, debes recordar que nosotros aprendimos nuestros modales y comportamientos de nuestros padres, sin olvidar que ellos nos han dotado, por herencia, de ciertos rasgos de los que no podemos desprendernos pues los llevamos impresos como seña de identidad familiar. No somos, por ello, responsables de las consecuencias que tal herencia provoque.

Cliff soltó una carcajada antes de mirarla con picardía:

—¿Intentas decir que sois temibles porque vuestros padres lo somos?

Anna asintió con un golpe seco de cabeza sonriendo de oreja a oreja;

—Precisamente eso es lo que afirmo con rotunda convicción. Sí.

Cliff se reía divertido extendiendo el brazo y rodeando los hombros de Anna atrayéndola hacia él besándola en la frente.

—Gatita, siendo tu padre te adoro, más, no por ello puedo dejar de sentirme herido al ser tachado como responsable de tu testarudo, fiero y peleón carácter, así como de las consecuencias que suelen derivarse de los actos que realizas debido a tal carácter.

Anna se rio entre dientes mirándolo traviesa:

—Y yo, papá, siendo tu hija, te quiero mucho, más no por ello puedo obviar el hecho de que has marcado de modo irremediable mi futuro. Pero seré generosa y admitiré que no eres el único responsable y, por ello, culpable, de tan cruel destino, pues mamá también tiene su parte de culpa en tal destino.

Julianna se rio:

—Gracias, cielo, siendo tu madre yo también te quiero. —Señalaba imitando el tono empleado por padre e hija.

Cliff sonrió desviando los ojos al otro lado de la terraza:

—Juls, tía Blanche nos está haciendo señas. Creo que quiere que la ayudemos a escabullirse de sus dos acompañantes.

Julianna deslizó los ojos hacia donde estaba su tía y sonriendo se puso en pie, lo que también hicieron Cliff y Calvin, éste por cortesía, pero el primero para acompañar a su esposa mientras que Anna permaneció sentada en su lugar. Tras alejarse unos metros la pareja, Calvin volvió a tomar asiento junto a Anna que lo miró frunciendo ligeramente el ceño.

—No empecéis a fruncir el ceño que aún no he hecho comentario o acto alguno para ganarme vuestra desaprobación.

Anna resopló:

—Aún. Vos mismo lo habéis indicado.

Calvin sonrió:

—No me castigéis antes de tiempo. Pero decidme, ¿qué habéis estado haciendo estas últimas semanas? Además de conquistar a todo caballero en salones y reuniones sociales.

Anna gimió:

—No digáis eso y menos delante de mi abuela. Piensa que procuro desalentar a todo hombre que se me acerca mostrándome arisca y fría, cuando simplemente procuro no mostrarme como una boba ansiosa por las atenciones de un caballero solo en aras de que me ofrezca un anillo, un título y una casa.

Calvin la miró con fijeza unos segundos:

—¿No deseáis casaros?

Anna se encogió de hombros:

—Si encontrase al hombre adecuado supongo que sí lo desearía, más, también quiero otras cosas, no solo ser la esposa de alguien.

—¿Pastelera? ¿No era eso lo que deseabais alcanzar? Tener vuestra propia pastelería donde dar rienda suelta a ese talento que parecéis poseer.

Anna lo miró con desconfiada precaución como si el sentir que la halagaba la pusiere extrañamente en guardia.

—Recuerdo lo que hablasteis con vuestro padre en la cocina de casa de vuestro abuelo.

Anna suspiró:

—No se os ocurra hacer insinuación alguna de desaprobación pues no me desalentaréis ni conseguiréis que considere existe el más mínimo indicio de incorrección o falta de decoro en mi aspiración.

Calvin sonrió:

—Me malinterpretáis. En ningún momento he pretendido nada de ello, más lo contrario. Considero admirable tanto vuestra tenacidad como vuestro empeño. Todos hemos de tener una meta en la vida y es obvio que a nadie perjudica aquélla que os

habéis propuesto, de modo que no hay motivo para el desaliento o la desaprobación. No, no lo hay, al menos, no a mi juicio.

Anna lo observó unos instantes entrecerrando los ojos ladeando la cabeza como si calibrase la verdad de sus palabras y gestos. Calvin ensanchó su sonrisa.

—No os mostréis tan desconfiada. —Insistió divertido.

Anna suspiró, esta vez como si no fuere de desesperación o cansancio sino de hallarse simplemente crédula a sus palabras, pero nada más pudo decir pues Aldo se plantó frente a ella con imperioso ímpetu enderezándose a todo lo largo mientras la miraba con fijeza:

—Es el momento de la tarta. —Anunció tajante.

Anna se rio.

—Enanito mandón. —Se puso en pie lo que también hizo Calvin sonriendo a Aldo—. Vamos a por tu enorme tarta. —Anna abría la mano frente a Aldo para que la tomase lo que hizo de inmediato sonriendo satisfecho—. ¿Recuerdas lo que hablamos? Tienes que dar el primer pedazo a aquélla persona que quieras mucho y con la que te sientas agradecido por ser buena contigo, como mamá, papá, el almirante, tus pobres hermanas que se han esmerado durante días para que tuvieses una gran fiesta o Chris que se ha pasado dos horas correteando como un loco tras tus amiguitos.

Aldo se reía caminando con ella de la mano hacia el otro lado de la terraza.

—Pero le gusta hacer eso. Le gusta mucho jugar.

—Ah, pero una cosa es jugar y otra luchar contra un ejército de descontrolados y traviesos enanos.

Aldo se reía hasta que Anna le detuvo frente a la mesa en la que se hallaban el almirante, los padres de Aldo y tía Blanche para, después, hacer un gesto al mayordomo para que trajese el enorme pastel. En cuanto lo tuvo frente a él abrió la boca y los ojos de asombroso placer:

—Qué grande. —Exclamó admirándolo con placer.

—Lo que pediste, o debiera decir, ordenaste, pequeño tirano. —Se reía Anna tomando el cuchillo que le cedía una doncella—. Venga, arriba—. Lo subió a una banqueta para colocarlo a la altura del pastel mientras sus hermanos y algunos niños se acercaban también—. Ahora has de decir unas palabras agradeciendo a todos que estén aquí y sus presentes y después has de cortar el primer bocado.

Aldo sonrió orgulloso con sus padres a cada lado y mirando a lady Amelia dijo:

—Gracias y ahora he de partir mi pastel.

Anna se reía cediéndole a su tía el cuchillo para que ayudase a su hijo pequeño mientras ella tomaba asiento junto al almirante y la tía Blanche dejando que el pequeño tomase el completo protagonismo puesto que, durante unos minutos, ayudado por su madre y hermanas fue partiendo porciones de pastel que se iban entregando a los invitados.

Calvin, que también tomó asiento junto al almirante, conversó con éste mientras degustaban el pastel con el té que hubieron servido los lacayos. Anna

permanecía sentada junto a su tía Blanche y también sus padres, que se unieron a ellos en la mesa, y fue, en esos instantes, cuándo oyó que los vizcondes de Plamisthow acompañarían al día siguiente a Anna y Marian al baile de Lady Chester, uno de los más esperados de la temporada según oía comentar a sus acompañantes. Casi una hora después, y cuando comenzaba a anochecer, los invitados se fueron despidiendo y marchando poco a poco, quedando solo la familia que cenaría en relajada intimidad. Él, por su parte, permanecía con ellos pues Max y su esposa le invitaron a acompañarles en la cena como parte de la familia y, a pesar de lo extraño de ser considerado así ya de pleno derecho y condición, le agradó la sensación y también la comodidad y familiaridad con que todos empezaban a tratarlo. Algunas damas, incluida Anna, se retiraron para cambiarse de atuendo y, aunque sin llegar a una formalidad excesiva, sí que abandonaron sus atuendos de tarde para lucir unos vestidos algo más acorde a las horas.

Como en ocasiones anteriores, la cena transcurrió con tranquila familiaridad, aunque con la pequeña diferencia de que, en esta ocasión, los niños también estaban presente en el comedor a pesar de ser de noche. Anna se sentó, esta vez, entre sus primos Sebastian y Chris. Al llegar los postres, Aldo se subió a las rodillas de su hermano mayor, robándole la mayor parte de cada dulce bocado, y Jason se sentó sobre el regazo de Anna con idénticas intenciones, aunque, en su caso, era Anna la que le iba cediendo cada cucharada, bocado y mordisco antes incluso de que el pequeño lo reclamase.

Le resultaba curioso observar cómo los pequeños solían buscar de manera instintiva a ciertos miembros de la familia y Anna parecía de la predilección de jóvenes y mayores pues no solo los pequeños la buscaban sino también el almirante, su padre, incluso el conde parecía reclamar su compañía en más de una ocasión para que simplemente se sentare a su lado a leer o a jugar a algún juego de mesa. De cualquier modo, cada vez que los pequeños reclamaban la atención de Anna, también atraían la suya hacia ella sin saber cómo o por qué ocurría eso.

Tras la cena, él se quedó con los caballeros charlando de asuntos políticos o de los recientes acontecimientos de la cámara mientras las damas se iban retirando poco a poco. Finalmente, se despidió de sus anfitriones, el almirante y su hijo y esposa, marchándose en compañía de Maxi y Sebastian, que parecían querer ir a buscar algunas nuevas diversiones. Aunque por unos instantes estuvo tentado de buscar idénticas diversiones, recordó al salir la conversación mantenida con lord Plamisthow, lord Rochester y el conde acerca de la posible intención del barón de Folks de intentar en una nueva y cercana ocasión lo fallado dos años atrás y con ello el asalto al título de vizconde de Donver.

Tras indicar a su cochero que le llevase de regreso a su casa, se limitó a acomodarse en el asiento rememorando lo acontecido desde la boda de James. Partió de Irlanda en la Goleta de lord Rochester y tras atracar en Londres apenas si marchó dos días después a Lancashire a atender la hacienda y los asuntos del título. Había estado francamente ocupado y solo la promesa hecha de regresar a Londres para acudir al cumpleaños de cierto pequeñajo encantador pero muy mandón, le hizo adelantar su regreso a la ciudad una semana.

No sabía si era la boda de James o simplemente el carácter y modo de conducirse de la familia del Conde de Worken, pero se sentía cómodo en compañía de todos ellos, incluida Anna a la que no dudaba hacer refunfuñar con sumo placer y diversión. Pensar en ella en ese momento le trajo a la cabeza su imagen cuando ella le observó escudriñando su rostro y gesto intentando descubrir la verdad de sus palabras esa tarde. Sonrió al pensarlo pues supo el momento exacto en que se desconcertó al no descubrir atisbo alguno de dobleces o sátira en esas palabras. Recordó la sensación que le produjo sentirla sin desconfianza o recelo hacia él, como si en un instante se relajase en su compañía y, de algún modo, le produjo cierto satisfecho placer.

Desvió los ojos y su atención fuera del carruaje pues empezaba a dudar de la conveniencia de tener en sus pensamientos tan a menudo sobre quién, en su mente, debiera aparecer como una simple hermana menor a tenor de los vínculos recién creados por su hermano y la familia de ella. Suspiró centrando sus ojos en el paso de las farolas, recién encendidas por los serenos, y el ajeteo de las calles que a esas horas estaban en pleno apogeo de movimiento de aristócratas y caballeres e de lleno enfrascados en la vorágine de la temporada social.

En cuanto llegó a su casa, se aseó y cambió de atuendo, acomodándose para pasar una velada tranquila, pero, nada más sentarse en el sillón de su despacho, recordó la conversación mantenida con su hermano pocas semanas atrás en la que le pedía que no se dedicare a trabajar por las noches y dejare a un lado la vida más allá de las responsabilidades de las tierras, el título y, todavía su venganza pendiente. Se levantó y fue hasta la bandeja de plata donde su mayordomo dejaba el correo que había estado acumulándose por unas semanas. Inspeccionó las invitaciones deteniéndose en una en concreto, la de los marqueses de Chester. El baile de máscaras esperado por una buena parte de la alta sociedad ya que todos los años conseguía atraer y lograba concurrir a lo más granado y exquisito de la nobleza y aristocracia de las islas. Pensó en la cara de pesar de Anna cuando hablaban esa misma tarde de la velada y no pudo evitar sonreír. Un baile no resultaba a sus ojos tan apetecible como una tarde lidiando con un grupo de revoltosos niños. Negó con la cabeza deslizando los ojos al fuego de la chimenea que crepitaba frente a él. Extendió las piernas cruzándolas a la altura de los tobillos. De querer ir al baile, debiera enviar a primera hora, sin demora, una misiva anunciando su aceptación tardía a la invitación de los marqueses junto con una bonita cesta de flores para la marquesa como cortesía por su demora.

Miró de nuevo la invitación antes de apartarla y dejarla sobre la mesa junto al sillón que ocupaba y fijó sus ojos en la chimenea. Socializaría durante unos días y cuando James regresare del viaje, hablarían seriamente sobre cómo proceder respecto al endiablado barón y su más que posible paso adelante para hacerse con el título antes de que se le complicaren más las cosas y, lo que era aún más probable, su situación cuando los acreedores le empujaren definitivamente desde un precipicio cansados de esperar el cobro de las deudas. Suspiró pesadamente. Lamentaría morir a manos de ese canalla sabiéndole con posibilidad de hacerse con el título, pero sobre todo que llegare a quedar impune de sus actos. Sonrió ligeramente pues algo le decía

que el conde y los suyos considerarían un atentado contra los suyos el que les pasare algo a James o a él. Parecían decididos a ayudarles y protegerles.

Recordó la primera vez que vio al lord Plamisthow y lord Rochester cuando él y James hicieron su primer viaje con su padrastro, el capitán Crowell que, ya por entonces, a sus ojos, era su padre y lo estimaban como tal. Eran apenas unos mocosos a medio camino de dejar atrás la niñez y estaban emocionados y entusiasmados con su viaje en un barco de la Marina Real capitaneado por su padre, al que acompañarían en barcos parejos dos amigos y compañeros, los, por entonces, capitán De Worken y capitán Rochester. Fue un viaje lleno de aventuras, emociones y nuevas experiencias que despertaron en James y en él no solo su amor por el mar sino su mente a un mundo más allá de las propiedades familiares, del destino marcado por ser herederos de un título y por las normas y costumbres de su clase. Fue el primero de muchos viajes compartidos con su padre pues, a la menor ocasión, embarcaban con él y procuraban pasar unos meses a bordo de su navío. Pasaron los años de adolescencia y comienzo de la edad adulta compaginando periodos en casa y periodos en el mar y siempre estarían agradecidos, no solo por haber asumido de buen grado el papel de padre con ellos, sino por sus enseñanzas, por la vida que les abrió y por los recuerdos a su lado. Suspiró cerrando un instante los ojos. Le debían llevar ante la justicia a quién le asesinó.

En la mañana, aún temprano, Anna se encontraba en el jardín de la casa de tía Blanche cogiendo algunos limones de los limoneros cuando su padre se acercó tomando la cesta de sus manos y liberándola de ese peso.

—Buenos días, gatita. ¿Vas a preparar algún dulce de limón?

Anna negó con la cabeza sonriendo.

—Es para el té de la tía Blanche. Hoy saldremos un poco temprano. Voy a ir con ella y con Marian a recoger nuestros vestidos en Madame Coquette. —Suspiró negando con la cabeza—. El miriñaque para el baile de máscaras es realmente incómodo. No sé por qué gusta tanto a las damas lucirlo.

Cliff sonrió llevándola con él de regreso a la casa.

—Pues supongo será porque las damas suelen lucir francamente hermosas con él y, porque hasta las doce los invitados no pueden desprenderse de la máscara lo que dota de un poco de emoción y misterio a la velada.

Anna se encogió de hombros:

—Supongo, pero tampoco es tan difícil adivinar quién está tras una máscara si le conoces previamente. Pienso que siendo meros conocidos o desconocidos sí existe ese posible misterio.

Cliff se rio:

—Cariño, a veces eres muy soñadora, pero en otras ocasiones eres demasiado práctica. —Dejó la cesta al alcance de la doncella que preparaba la bandeja con el té que supuso sería para la tía Blanche antes de llevar a Anna hacia el salón—. Ven, cielo, querría hablar de una cosa contigo.

La condujo hasta el salón junto al comedor de mañana y tras ayudarla a tomar asiento junto a la chimenea, se apoyó en el dintel de la misma mirándola con fijeza.

—Verás, cielo, quería ponerte sobre aviso de cierto temor que empezamos a sentir. —Anna lo miró frunciendo el ceño, pero con clara atención a lo que decía—. ¿Recuerdas el incidente de los hombres que años atrás persiguieron a lord Donver y su hermano? —Anna asintió sin decir palabra—. Pues, empezamos a sospechar que el hombre tras ellos y que no era sino uno de los dos hombres a caballo de aquél día, intentará de nuevo atentar contra ellos.

Anna se mantuvo atenta unos instantes antes de preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué querrían hacerles daño? Lord Donver es realmente un hombre fastidioso cuando se lo propone, pero no hasta el extremo de tal crueldad.

Cliff se rio entre dientes mirándola divertido:

—No, no hasta ese extremo, ciertamente. —Sonrió negando con la cabeza—. El barón de Folks, que así es como se llama el caballero en cuestión, sería el siguiente en heredar el título de vizconde de faltar los dos hermanos Billers. Dada su penosa situación y sus deudas, no dudamos que necesite la fortuna del título de Donver, más, dado que uno de los hermanos se ha casado con nuestra Meli, es presumible que crea que pueden empezar a surgir nuevos herederos al título preferentes a él, incluso más, si, además, lord Donver también sigue la senda de su hermano y decide dar nuevos herederos al título que supondrían nuevos obstáculos para el barón.

Anna asintió tras unos segundos en que asimiló lo que oía.

—Pero, ¿por qué me lo haces saber a mí? —Abrió mucho los ojos alarmada—. ¿Crees que Meli puede correr peligro?

Cliff suspiró caminando hacia ella y tomando asiento a su lado:

—No has de alarmarte, cielo. Troy y otro de los hombres de mi tripulación seguirán a Meli allá donde vaya a partir de ahora y cuidarán bien de ella. Además, tus hermanos, tus tíos, el abuelo y yo, no dejaremos que nada le pase. De cualquier modo, quiero que estés un poco atenta por si ocurriese o vieses algo fuera de lo común y especialmente si cualquiera de los dos hombres de aquél día se acercase a vosotras o incluso a lord Donver o lord James.

Anna ladeó ligeramente la cabeza observándole pensativa y enseguida afirmó:

—Piensas que los veremos.

Cliff sonrió pues Anna era tan perceptiva como Julianna a la hora de saber lo que pensaba:

—Creo que podría darse el caso. Pensamos, o, mejor dicho, sabemos que el barón se encuentra en una situación precaria y muy acuciante y dado que no parece el tipo de individuo que reaccione bien bajo presión, es posible que llegase a cometer una locura. Ante tal idea, preferimos mostrarnos precavidos y sobre todo atentos. Recuerda lo que siempre os hemos enseñado. Mejor prevenir. —Sonrió travieso a su hija intentando suavizar su gesto.

Anna suspiró:

—Bueno, está bien, procuraré estar un poco más atenta a lo que ocurra a mi alrededor y de apreciar algo extraño, os lo comunicaré a ti, al abuelo o a los tíos.

—O a lord Donver o lord James. Hemos de procurar su bien. Recuerda que ahora forman parte de la familia. —Le sonrió malicioso—. Aunque consideres a milord un incordio.

Anna sonrió:

—Sí, un incordio familiar por lo que parece.

Cliff se rio poniéndose en pie tomando su mano para ayudarla a hacer lo mismo.

—Vamos, mi refunfuñona hija. Será mejor que no hagamos esperar a las demás damas de la familia.

Anna asintió sonriendo:

—¿Maxi nos acompañará esta noche al baile de los marqueses de Chester?

—Presumo irá, más, seremos tu madre y yo los que cuidaremos de ti y de Marian.

—Estupendo. —Sonrió—. Así podrás librarme de los desconocidos enmascarados que se acerquen a mí.

Cliff la abrazó cariñoso y besó su cabeza:

—Espantaré a todo caballero que se te acerque, no temas. De cualquier modo, debieras, al menos, intentar bailar y divertirte con aquéllos que te agraden y con tu prima Marian.

—Lo haré, prometido. — Sonrió alejándose de él y subiendo las escaleras para reunirse con su tía antes de que Marian fuere a por ellas en el carruaje de sus abuelos.

Calvin estuvo reunido, casi toda la mañana, con su secretario y su administrador revisando cuentas y documentación y para cuando terminó era casi la hora del almuerzo, así que, para despejarse, decidió marchar a almorzar a White's donde seguro encontraba algún amigo o conocido con el que almorzar amenamente. Al llegar, pronto encontró compañía pues Lord Allen y su hermano acaban de llegar y le incitaron a unirse a ellos en el almuerzo.

—¿Os veremos en el baile de esta noche de Lady Chester? —Le preguntó lord Allen tras un rato conversando relajados ya en una mesa

Calvin sonrió:

—Sí, asistiré. Al parecer, he de hacer honor a la palabra dada a mi hermano y no convertirme en un ermitaño.

Los hermanos se rieron divertidos por el modo de decirlo.

—¿Y acudir a un baile de máscara evitará tal destino? —Preguntó el señor Spencer aun sonriendo.

—Eso parece, ya que, según él, he de acudir a fiestas y reuniones sociales para evitar adoptar manías de viejo solitario y resentido.

—Bien, ahora ya conocemos el modo de evitar tan dramático y poco halagüeño destino. —Se reía lord Allen mirándole tras su copa.

En la noche, Calvin llegó temprano al baile de máscaras donde supo que se encontraría a casi todos los rostros conocidos de la aristocracia y la nobleza tras esas máscaras y miriñaques. Sonrió entrando en el salón de baile, ya a rebosar de invitados, pues ciertamente parecía una muy concurrida reunión. Deambuló durante unos minutos reconociendo a muchos de los presentes tras sus disfraces y poco tardó en dar con cierta jovencita y sus acompañantes. Conforme se acercaba a ellos, desde una discreta posición que le permitía ir acortando las distancias mezclándose entre los invitados, pudo disfrutar de la más que evidente belleza de las tres damas que acompañaban al comandante, desde su esposa hasta su sobrina e hija, pero era ésta última la que sin duda atraía más su atención con su vestido color azulado y ese antifaz dorado, de idéntico color a sus ojos, pensaba sin necesidad de verlos de cerca. De nuevo le vino a la cabeza un pensamiento ya recurrente cuando la veía y que no era sino que, cuando estaba quietecita, era una preciosidad, cautivadora y deliciosa. Gruñó deteniéndose a unos metros frenando en seco ese hilo de su pensamiento pues el camino al que le dirigía era peligroso. Terminó de recorrer la distancia hasta su grupo y tras un breve saludo de cortesía decidió centrarse en Cliff y su esposa para alejar ciertos pensamientos. Enseguida llegaron lord Allen y su hermano que parecieron centrar la atención de las dos jovencitas lo que, sin saber por qué, le molestó. En cuanto vio al señor Spencer ofrecer el brazo a Anna y conducirla al centro del salón antes del comienzo del primer baile, se supo concentrado en ellos dos. Permaneció atento a la conversación a su lado solo someramente mientras observaba en la distancia a Anna bailar con el señor Spencer.

No era consciente que, desde un rincón de la casa era observado, oculto entre las sombras, valiéndose de la discreta reserva que le otorgaba el antifaz y el elevado número de invitados, un hombre en concreto que llevaba dos días siguiéndole a la espera de encontrar el mejor momento para llevar a cabo sus planes y parecía que esa noche prometía otorgarle tanto la oportunidad como los medios. Se deslizó por los jardines a la parte de atrás de la casa y, acercándose a la verja trasera, hizo una señal apareciendo frente a él dos hombres:

—Esperad en el callejón. Le haré salir por detrás. Apresadle y llevadle fuera de la ciudad. Allí hacéis lo acordado y enterradlo en un lugar de difícil acceso. Cuando terminéis, venid en mi busca e informadme.

Calvin esperó a que las dos jóvenes regresaren tras el baile, pero antes de que llegaren se vio sorprendido por Ben, su prometida y su hermana lady Cinthia.

—Buenas noches, Calvin. —Le saludó divertido Ben—. No te imaginaba con gusto por este tipo de veladas. —Señalaba con cierta sorna bajando la voz.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—Puede que no me conozcas tan bien como presumes, Ben. —Sonrió mirándole bajo el antifaz con socarronería antes de girar el rostro y saludar a las dos damas que iban de sus brazos—. Señorita Alison, lady Cinthia, están preciosas, aunque no debiere decirlo pues supuestamente el misterio las envuelve bajo esos antifaces y esos miriñaques.

Ambas sonrieron bajo sus máscaras.

—¿Nos acompañas a tomar unas copas de champagne? —Preguntó Ben.

Calvin asintió ofreciendo su brazo a lady Cinthia guiándolos enseguida hacia uno de los laterales de la sala donde había una amplia mesa con refrescos y algunos dulces. Tomó de la bandeja copas de champagne que fue entregando a sus acompañantes.

—Mañana tenemos pensado ir a la ópera. ¿Te animarías a acompañarnos? —Le preguntó Ben tras unos minutos.

Calvin que veía por el rabillo de ojo que las parejas que habían estado en la pista bailando comenzaban a regresar a sus lugares tras cesar ese primer baile, se distrajo momentáneamente limitándose a asentir.

—Bien, si gustas, te recogeremos en tu casa.

Calvin giró el rostro para mirarle intentando concentrarse en lo que sus oídos habían oído, pero no su cerebro. Tras unos segundos de desconcierto fue consciente de lo que había aceptado y tragándose una maldición sonrió amable a Ben y las dos damas y respondió:

—No, no os desviéis. Nos encontraremos allí.

—Está bien, como gustes. —Convino Ben antes de dejar la copa en la bandeja girando de inmediato hacia su hermana—. Cinthia, ¿te importaría que te acompañase junto a tus amigas un instante mientras bailo con Alison?

La joven sonrió, pero Calvin se le adelantó sabiendo que estando a su lado era una descortesía no invitarla a bailar:

—En realidad, lady Cinthia— giró el rostro para mirarla a la cara—. ¿Me concederíais el honor de ser vuestra pareja en el siguiente baile?

Tras aceptar, ambos condujeron a las dos jóvenes al centro del salón bailando con ellas la primera de las danzas populares de la noche. Al terminar, Calvin se aseguró de conducirles al lado del salón en el que sabía estarían los vizcondes con sus dos pajarillos y no se equivocó, enseguida Ben propuso acercarse a ellos para saludarles lo que él aceptó sin rechistar. Tras unos minutos de mera cortesía y habituales saludos, se relajaron con conversaciones entre los del grupo que incluía a lord Maxi, lord Allen y el señor Spencer. Era consciente de llevar a lady Cinthia aún del brazo por lo que no podía dedicarse a charlar ni aguijonear a Anna, aunque estaba deseando que centrarse, aunque fuere bajo un ceño fruncido tras el antifaz, sus ojos en él. Se sentía incómodamente molesto al saberla atendiendo más la conversación con el señor Spencer que a él. <<¿Estaba interesada en el señor Spencer?>> empezó a preguntarse mientras escuchaba solo de soslayo la conversación cercana a la él. <<No hacía ni un día que ella le hubo dicho que desalentaba a todos los caballeros. Así que no la creía interesada en el señor Spencer, ¿o sí?>> Gruñó para sí <<¿Por qué diablos se preguntaba esas cosas?>>. De nuevo gruñó en su mente sin evitar lanzar una mirada de soslayo a Anna cuyos ojos resaltaban cual topacios bajo ese antifaz azul oscuro con plumas del tono de su vestido remarcado con el dorado que resaltaba más si cabía el color de los mismos.

Por suerte para él, lord Allen pidió un baile a lady Cinthia y el señor Spencer, tras haber bailado con Anna, se inclinó por bailar con Alison, dejándoles a él y a su amigo en compañía de Marian y Anna. Con un disimulado ardid, hizo que la atención de Ben se centrara en Marian dejándole a él a Anna que ya fruncía el ceño incluso antes de escuchar a Ben invitar a su prima a bailar y ella aceptar. En cuanto giraron en dirección al centro del salón, él se inclinó suavemente hacia ella sonriendo como un lobo, pero antes de formular pregunta alguna, ella se le adelantó:

—Sois un liante.

Calvin se rio entre dientes sin dejar de mirarla desafiante y complacido.

—No sé de lo que habláis.

—Sí que lo sabéis. Casi habéis empujado a lord Treville hacia Marian seguro que para poder hacerme enfadar.

Calvin se rio:

—No era esa mi intención, aunque reconozco mi delito de guiar ligeramente a Ben hacia milady. En mi favor diré que no tengo por meta la que habéis presumido, sino una más sencilla, bailar con vos.

La vio resoplar y mirarlo después con gesto de desconfianza.

—Milady, os acabo de solicitar un baile, ¿vais a dejarme así? ¿Seréis tan cruel?

Le lanzó una mirada mitad desafío mitad provocativa picardía.

—Pues, si fuere inteligente, sí, os dejaría así sin más, pero como tengo un corazón demasiado blando para mi bienestar mental, no aceptaré ese baile, pero os agradecería me acompañaseis a la terraza a tomar un poco de aire fresco.

Calvin sonrió divertido:

—Será un placer. —Afirmaba con formal cortesía ofreciéndole su manga para que posara en ella su mano sin dejar de sonreírla con cierto placer burlón.

De nuevo ella resopló posando su mano en su manga, pero antes de dar un paso, giró ligeramente hacia sus padres y su hermano que conversaban con una ajada pareja y señalaba a su madre:

—Mamá, voy a tomar el aire a la terraza pues empiezo a notar un poco asfixiante el salón y el antifaz.

Julianna miró a Calvin y después a ella y sonrió:

—Está bien, pero no te quites el antifaz. Es muy temprano aún y sería una descortesía para los marqueses.

Anna asintió dejándose conducir por Calvin hacia la terraza evitando a los invitados que abarrotaban el salón. Tras cruzar los ventanales franceses abiertos hacia la zona de los jardines, comprendieron que no fueron los únicos que habían tenido esa misma idea pues la terraza se encontraba atestada de parejas que paseaban para aliviar el calor del salón.

—Paseemos por los senderos. —Sugirió Calvin señalando la escalinata que conducía a los mismos—. Están bien iluminados y seguro hay invitados paseando por ellos.

Annaladeó ligeramente la cabeza:

—Pero estaríamos solos.

Calvinsonrió:

—¿Teméis que os haga algo, terca dama?

La escuchó emitir ese característico resoplido que solo él conseguía:

—No es eso, pero no deberíamos pasear solos.

Calvin ensanchó su sonrisa:

—Hay más parejas paseando y prometo no alejarnos de los senderos bien iluminados.

Anna le miró frunciendo el ceño, pero, suspirando, aceptó:

—Está bien, pero como saque a pasear con nosotros su incordiante personalidad, les dejaré solos.

Calvin se rio negando con la cabeza:

—Avisado quedo. —Respondió con un deje pícaro.

Comenzó a caminar hacia la escalinata, pero al llegar al primero de los escalones la detuvo sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. Miró a los pies de la escalera y unos metros más allá, encontrando un hombre con la vista fija en ellos. No tardó en reconocerlo y a pesar de sus deseos de enfrentarlo, no podía hacerlo con Anna a su lado. Giró con suavidad conduciéndola hacía el otro extremo de la terraza para rodear la casa.

—Pero... —Empezó a protestar ella al ver que la alejaba de su supuesto destino.

—Quizás sea mejor que vayamos por los jardines de atrás. Están bien iluminados y presumo no chocaremos con una pareja cada pocos metros.

Anna se dejó guiar, pero justo al comienzo de la escalinata de los jardines traseros, que como había afirmado estaban bien iluminados y mucho menos concurridos, ella se detuvo. Apartando la mano de su manga, giró el cuerpo para poder mirarle cara a cara.

—¿Vais a decirme por qué habéis cambiado de opinión tan rápidamente?

Calvin entrecerró los ojos sin contestar sosteniéndole la mirada.

—Os he visto centrar vuestra atención en aquél hombre de negro a varios metros de la otra escalinata nada más deteneros. ¿Es por él por lo que no deseáis pasear por aquélla zona?

Calvin empezó a esbozar una sonrisa:

—Sois muy perspicaz. Sí, es por él.

—¿Le conocéis?

—No, no exactamente. Sé quién es y, sobre todo, lo que puede pretender.

Anna frunció el ceño desconcertada.

—¿Puedo saberlo o preferís que simplemente me finja ignorante?

Calvin soltó una enorme carcajada sorprendido por su pregunta y su tono práctico.

—Realmente no sé cómo siempre conseguís sorprenderme. —Negó con la cabeza sonriendo—. Está bien, os lo diré. Creo, no, en realidad tengo certeza de que se trata del barón de Folks. Suponía que tarde o temprano comenzaría a seguirme o, cuanto menos, mandaría hacerlo, pero me ha dejado un poco sorprendido hallarlo aquí.

Anna giró para mirar hacia el otro lado de la terraza:

—¿Creéis que os ha seguido hasta aquí? ¿Con qué motivo? Nada puede haceros en medio de un baile, de modo que ¿Qué pretende? ¿Poneros en alerta? Sería un necio de hacerlo pues os avisa de sus intenciones ¿no creéis?

Calvin se rio tomándola del hombro haciéndola girar para poder mirarla de nuevo:

—En una ocasión vuestro padre aseveró que no sois asustadiza y no puedo sino corroborarlo. Os informo de la presencia de un hombre que sabéis peligroso y aún con ello, ni os asustáis ni hacéis gestos de desconcierto como sería de esperar.

La supo frunciendo el gesto, enfadada y desconcertada:

—¿De esperar? ¿De esperar en quién o por quién?

Calvin se rio:

—No os enfadéis pues no pretendo ofenderos sino, al contrario, alabar vuestra entereza, pero, sinceramente, habéis de reconocer que si dijere a la mayoría de las jóvenes de ese salón que un caballero, que juzgo peligroso, se halla persiguiéndome y más aún que se halla aquí, no reaccionarían tan calmadamente como vos.

Anna le miró unos segundos y después empezó a reírse.

—Bueno, expresado de tal modo, quizás tengáis razón. —Alzó el rostro mirándolo con claro orgullo exagerado—. Es que las Mcbeth no nos asustamos fácilmente. Somos muy fieras ¿recordáis?

Calvin se rio entre dientes:

—Bien, mi fiera lady Anna, ¿qué deseáis hacer entonces? ¿Queréis regresar al salón o paseamos por los jardines?

Anna estuvo a punto de responder, pero vio a ese hombre aparecer al otro lado de la terraza por donde se regresaba a los salones, mirándolos fijamente.

—Pues, creo que lo dejo a vuestra elección, milord. —Señaló discretamente por encima del hombro de Calvin hacia aquél lado de la terraza mientras decía—. ¿Queréis enfrentaros a él o preferís simplemente eludirlo?

Calvin giró ligeramente el rostro y lo vio tensándose de inmediato pues mantenía, bajo la máscara, los ojos fijos en Anna. Dio un paso a la derecha a modo de muro impidiendo que pudiese seguir mirándola.

—Rodeemos la terraza por los senderos. No me agrada la idea de que se os acerque.

Anna asintió y, posando la mano en su manga, respondió:

—Entonces rodeemos la terraza. Además, mi padre me advirtió que, si veía a ese hombre o al otro que le acompañó aquél día en la propiedad del abuelo, se lo comunicare de inmediato.

Calvin asintió comenzando a bajar con ella la escalera mirando, una última vez por encima de su hombro para cerciorarse de que aún se mantenía a distancia.

En cuanto tocaron la arena del sendero, Calvin la giró para tomar el que iba paralelo a la terraza. Miró por encima de esta y vio al barón apoyado en la barandilla mirándolos con determinado interés como si se cerciorase de que le vieran. Eso le puso en guardia y deteniéndose, tiró de Anna para ponerla a su espalda mientras él se ponía cara a cara a los jardines y los muchos sitios oscuros de los mismos.

—¿Qué hacéis? —Preguntó Anna a su espalda.

—Algo me dice que hemos hecho exactamente lo que ese loco quería. Nos ha empujado sin darnos cuenta a los jardines. A la zona menos transitada —Pasó un brazo hacia atrás desde su costado y la empujó ligeramente hacia su espalda—. No os alejéis de mí. Regresemos a la terraza y después al interior. No debí alejaros de los demás.

Anna iba a protestar, pero escucharon el ruido de una rama al partirse y el de las piedrecitas de los senderos removerse más allá, en la parte menos iluminada. Notó como Calvin tensó cada músculo de su cuerpo enderezándose a todo lo largo bajando al tiempo el brazo y tomando su mano con firmeza.

—No os mováis. —Le ordenó tajante sin apartar la vista de los jardines.

Anna se aferró, con su mano libre, a la espalda de su levita.

—Caminad hacia la terraza, pero no os apartéis de mí. Vamos juntos. —Señaló Calvin que empezó a caminar hacia las escaleras de la terraza sin dejar de mirar a los jardines y tampoco sin dejar que Anna se separare de él.

Sin embargo, en cuanto Anna puso el pie en el primer escalón de la terraza notó algo a su espalda y supo enseguida que era el cañón de una pistola.

—No, no, deteneos.

La voz a su espalda hizo que Calvin girase en redondo y tirase de Anna hacia él para encerrarla en sus brazos casi como un gesto que le salió sin pensar. Al alzar el rostro Anna se encontró entre sus brazos y a él mirando tras ella lo que la hizo girarse un poco, solo un poco pues él la encerraba fuertemente en su cuerpo. Vio en quién mantenía él sus ojos fijos y de quién era la voz.

El hombre de negro les apuntaba con una pistola mientras sonreía aparentemente divertido.

—Ni se os ocurra gritar o alertar a nadie pues antes de que nadie llegue hasta aquí, les habré disparado.

—Pues hacedlo, bastardo. Después no podría escapar de aquí y suponiendo que huyeseis, ¿Cuán lejos creéis llegaríais? —Lo retó Calvin— ¿Creéis que ese antifaz enmascara vuestra identidad, barón de Folks?

El barón soltó una estruendosa carcajada mientras se retiraba, con su mano libre, la máscara dejando en evidencia su deteriorado aspecto, demacrado, con los ojos enrojecidos como dos años atrás, pensaba Anna.

—Para ser alguien a quién apuntan con un arma, os mostráis demasiado arrogante.

Calvin abrió ligeramente los brazos deslizando a Anna hacia su costado sin separarse de ella ni dejar que ella se separase de él, pero poniéndose él como primer blanco:

—Disparad. Eso es lo que buscáis ¿no es cierto? Queréis el título de Donver y para ello no tenéis otra salida que acabar con los herederos anteriores, así que, hacedlo, vamos. —De nuevo lo retó.

—De eso nada. No pienso acabar con vuestra vida señalándome en el proceso como culpable. Pero estáis en lo cierto, sois un estorbo, uno de lo que he de librarme.

Anna y Calvin le vieron hacer una señal y cuando ambos miraron a su espalda vieron a cuatro enormes hombres tras ellos, armados.

—Ellos se encargarán de vos y lo harán mientras yo permanezco a la vista de todos los que en el salón se congregan y que, oportunamente, me verán quitarme la máscara a las doce otorgándome la mejor de las coartadas para el momento de vuestra muerte. Os han visto aquí, siendo el último lugar en el que habréis de ser visto y, por lo tanto, cuando os encuentren, yo no podré ser señalado como autor de vuestra muerte. Claro que, para ello, ahora, también he de librarme de milady, más, de eso no habéis de juzgarme culpable, sino a vos por ponerla en tal peligro.

Anna, por instinto, se pegó al cuerpo de Calvin que cerró un poco más los brazos a su alrededor, en un gesto protector.

—No vais a tocarle un solo cabello. —Respondió Calvin amenazante.

De nuevo el barón se rio:

—Puede morir cumpliendo ese deseo, no temáis. —Tornando su gesto amenazante a pesar del temblor manifiesto de sus manos, consecuencia segura de su adicción, añadió—: Más, si no obedecéis, podemos asegurarnos que, antes de esa muerte, sufrirá unas muy dolorosas horas previas. De vos dependerá lo que mis hombres harán antes de darles muerte.

—¿Pensáis acaso que mi hermano, el conde de Worken y lord Plamisthow no os sabrán responsable de mi desaparición y muerte? ¿Y qué creéis os harán si hacéis daño a su nieta e hija? Yo os lo diré. Os despellejarán vivo antes de colgaros de la Torre de Londres. —Respondió Calvin furioso.

—Podrán sospechar, pero no demostrar nada pues incluso tendré al propio lord Plamisthow como testigo de hallarme aquí cuando vos y su hija desaparecisteis. —De pronto sonrió complacido—. De hecho, se me ocurre que podría darse la feliz circunstancia de que me proporcionaseis la historia adecuada para salir impune de nuevo. Todos podrán pensar que el trágico final se debió simplemente al proceder de una enamorada pareja que se fugó para sellar su amor, pero tuvo la mala fortuna que

en el camino a Gretna Green[2], unos asaltadores de camino les robasen y acabaren con sus vidas. —Se rio divertido.

—Nadie creará semejante historia y menos la familia de lady Anna.

—Nos aseguraremos que se la crean propios y extraños. —Ensanchó su sonrisa más aún antes de mirar tras ellos a los cuatro hombres que les apuntaban—. Atadlos y cumplid con lo acordado, aunque vamos a asegurarnos que la historia es como me conviene. Llevadlos en dirección a Escocia, a Gretna Green, avanzad lo bastante para que la historia sea creíble, pero matadles cuando os halléis a una distancia suficiente. Parad en un par de posadas antes, bajad uno o dos de vosotros y decid que en el coche se encuentra vuestro señor, el vizconde de Donver, que lleva a su joven enamorada para contraer matrimonio en Escocia. Todos creerán la romántica huida y después el cruel y desafortunado final.

—Nuestro acuerdo solo suponía matar al vizconde. —Dijo uno a su espalda.

—Pues ahora también a milady. —Antes de que se rebelasen añadió—: Os pagaré por ambos y por alejadlos más de lo previsto.

Escucharon a los cuatro hombres tras ellos murmurar y Calvin, girando la cabeza sin aflojar su abrazo de Anna, señaló:

—Os pagaré el doble por dejarnos libres y podréis salir indemnes de lo que ha ocurrido.

El barón soltó una carcajada:

—No, no aceptarán. A diferencia de vos, ellos me saben capaz de muchas cosas y entre ellas está la de valerme de ellos para daros muerte. Ellos saben que vos no les dejaríais libres tras lo ocurrido. Vuestro estúpido honor y conciencia no os lo permitiría.

Calvin volvió a mirar a los hombres.

—Lo haría si dejaseis a milady a salvo.

Anna los miró sin separar el rostro del pecho de Calvin y, aunque por un instante los creyó dudar, supo que no eran de la clase de hombres que creyesen a Calvin o a ella capaces de no intentar que les ajusticiaren. Dos de ellos dieron sendas zancadas hasta ellos y tirando uno de cada uno de ellos los separaron sin miramientos para de inmediato atarlos con las manos en la espalda mientras Calvin les amenazaba con matarlos sin tocaban a Anna cuyo antifaz cayó al suelo cuando intentó forcejear inútilmente con ese hombre que enseguida la amordazó evitando que gritase.

Sin soltarla, la fue guiando por el sendero hacia el interior de los jardines sabiendo a Calvin tras ella, también siendo conducido con un poco más de brusquedad por el sendero. En cuanto llegaron a la verja trasera del jardín de la mansión aparecieron otros dos hombres que parecían aguardarles listos para una contienda pues llevaban sus armas en la mano y estaban colocados de modo que evitaban ser sorprendidos. El hombre que la sujetaba la aupó dentro del carruaje que esperaba en el callejón trasero y después la empujó al sillón delantero quedando de espaldas a la dirección del mismo. Enseguida apareció Calvin al que también empujaron cayendo a su lado antes de que dos hombres se sentaren en el asiento de enfrente cerrando la

portezuela y después las cortinillas a tiempo solo para dejarles ver cómo subían dos hombres más en el pescante trasero y otro junto al cochero. El coche se puso en marcha con brusquedad y el impulso hizo que Anna saliere ligeramente despedida hacia delante ya que con las manos maniatadas a la espalda no podía asentarse bien, pero Calvin, que tenía las manos atadas por delante, seguramente porque el hombre que le ató no consiguió sujetarlo bien para hacerlo por la espalda pues lo vio resistiéndose a él, alzó rápidamente los brazos y la alcanzó atrayéndola hacia él dentro de los mismos para después dejarla caer en su costado.

—Maldita sea. Si no quieren desatarnos, al menos, permitid a milady ir con las manos por delante. —Ordenó a los hombres sentados frente a él.

Ambos intercambiaron una mirada siendo uno de ellos el que se inclinó hacia ellos, mientras el otro les apuntaba con el arma, y, tras desatarla, volvió a hacerlo, esta vez con las manos delante. Anna se bajó enseguida la mordaza de la boca quitándosela de la misma.

—Si gritáis o hacéis algo que nos moleste, os dispararemos sin contemplaciones o quizás decidamos no tratarla con demasiada delicadeza.

Calvin lo miró furioso:

—No importa si nos matan o no, les aseguro que como toquen un solo cabello de milady e incluso si siguen tratándola y dirigiéndose a ella como lo hacen, antes de expirar mi último aliento les haré arrepentirse de cada instante de sus vidas.

Los dos hombres le miraron con desconfianza acomodándose en el asiento.

—Guarden silencio y procuren no darnos problemas ya que, al parecer, vamos a tener que compartir viaje más tiempo del que esperábamos.

Calvin volvió a alzar los brazos y sin decir nada rodeó con ellos a Anna y la empujó con cuidado para que cayere en su costado e inclinándose le susurró en el oído:

—No dejaré que os ocurra nada. Os prometo que escaparemos a la primera oportunidad. De momento, intentemos no ponerlos a malas.

Anna alzó los ojos y lo miró antes de asentir y apoyar la mejilla en el hueco de su hombro. Calvin apoyó la barbilla en su cabeza sabiendo que, para salir de ese lío, iba a tener que estar algo más que acertado en sus decisiones porque de lo contrario, Anna saldría mal parada. Tras unos minutos en que comenzó a ver que recorrían las calles de Londres y que les llevaban por los caminos del norte de la ciudad en dirección a Herts, empezó a cavilar que quizás sí pudiese encontrar un modo de conseguir escapar de sus captores y si, como había insinuado el canalla de Folks, pretendían llevarles lo bastante al norte para que terceros pensaren que había sido una fuga de enamorados hacia Escocia, quizás, podrían huir de ellos y alcanzar terrenos conocidos y, sobre todo, en los que él podría despistarlos. Notó que Anna se movía ligeramente. Alzó el rostro hacia él y tras mirar de soslayo a esos hombres le preguntó en susurros:

—¿Cuánto creéis que tardarán mis padres o mi hermano en darse cuenta de mi ausencia?

Calvin frunció el ceño pues ciertamente no debían tardar demasiado. Seguro que a la media hora de no verles en el salón empezarían a estar en guardia y, seguramente, se pondrían a buscarles.

—Media hora, una hora a lo sumo.

—Mi padre nunca creerá que me he fugado con vos.

Calvin sonrió:

—No sé si estimar eso un alivio o un tomarlo como un insulto a mi atractivo.

Anna suspiró cansinamente.

—No creo que mi padre llegue siquiera a pensar que me he fugado con nadie, menos con quién sabe considero un incordio equiparable a un tormento.

Calvin se rio. Era increíble que pudiese hacerlo en semejante y precaria situación.

—Intentaré que mi ego no se encuentre magullado más allá de lo que sería aconsejable.

—Hablo en serio. —Lo miró ceñuda.

—Lo sé y por eso deberé considerar ese “halago” como algo realmente sentido. —Respondía sonriéndola consciente no solo de tenerla en sus brazos sino de hallarse acomodada en su costado como si fuera algo natural—. Anna, escúchame. —Acercó aún más su rostro al de ella bajando la voz—. Tu padre no tardará en darse cuenta de que ocurre algo grave más allá de esa historia absurda de la fuga. Estoy seguro moveré cielo y tierra para hallarte, pero, mientras lo hace, procuremos ser listos y hallar el modo no solo de no enfadar a estos tipos que no parecen muy amigables, sino, además, de escapar cuando surja la menor oportunidad.

Anna suspiró antes de mover ligeramente la cabeza en un leve asentimiento. Tras unos segundos, Calvin comprendió una cosa que no debería habersele pasado por alto. Aun no siendo cierta la historia de la fuga, él y Anna habían desaparecido de la fiesta juntos y, supuestamente, solos, sin acompañante alguna, y el solo hecho de que otros sospecharen que se habían fugado dejaría su reputación seriamente dañada cuando regresaren pues, una debutante en compañía de un soltero que no era de su familia, pasaría a estar estigmatizada. Gruñó para sus adentros pues la idea de que sus problemas la colocaren en esa tesitura era inaceptable, pero la solución sería el compromiso entre ellos lo que dudaba ella aceptare. Bajó la vista mirando su perfil pues mantenía el rostro apoyado en su hombro con los ojos fijos en la ventanilla y más concretamente en la pequeña rendija entre las cortinillas que, al igual que a él, le permitirían ver someramente por dónde iban. Realmente era una preciosidad. Eso era lo que le faltaba, tener la esposa adecuada, pero por los motivos equivocados para unirse de por vida. Se vio sorprendido porque ella alzó los ojos y al notarlo observándola frunció el ceño, con su característico gesto, lo que le hizo sonreír:

—No te enfurruñes. Solo estaba pensando que no debieras hallarte en este embrollo.

Anna suspiró encogiéndose de hombros:

—¿Es necesario que reitere que sois un incordio?

Calvin sonrió conteniendo una carcajada para no enfadar a esos dos hombres que les vigilaban con creciente desconfianza.

—Anna, creo que deberías tutearme, al menos hasta que salgamos de este entuerto.

Anna hizo una mueca con los labios antes de mirarle con determinación:

—Está bien, pero después seguiré llamándote lord incordio o lord pesado o lord estigma.

Calvin se rio entre dientes:

—Bien, si ese es el precio que he de pagar para salir bien parados de este entuerto, puedes llamarme como te plazca, lady cabezota.

—Mal empiezas si me tildas de cabezota después de haberme enredado en semejante lío. Además, mejor una mujer cabezota como compañera de líos que no una que tienda al melodrama porque, de serlo, estaría llorando desconsoladamente desde hace un buen rato.

Calvin suspiró:

—Puedo, entonces, agradecer a los dioses tener a una cabezota Mcbeth aquí conmigo.

—Sí, agradéceselo.

—Guarden silencio de una vez. —Ordenó uno de los hombres frente a ellos—. Si lo prefieren, les volvemos a amordazar.

Calvin lo miró con desagrado tragándose una imprecación, pero cerrando ligeramente más los brazos alrededor de Anna instándola a volver a dejar caer la cabeza en su hombro y recostarse en él.

—Les aseguro que nuestras familias nos seguirán. —Dijo Anna con la cabeza apoyada en el hombro de Calvin y con la voz firme, no como antes que había estado susurrándole al oído.

—Razón por la que no nos detendremos hasta que hallamos tomado bastante distancia.

—Aun así, ese barón está loco si piensa que mi padre, mis abuelos o cualquiera de mis familiares, no le darán caza y, con él, a ustedes por alejarme de ellos. Mucha distancia tendrá que poner entre ellos y ustedes para que, siquiera, consigan mantenerse con vida el tiempo suficiente para recordar el nombre del barón que les ha enredado en esta locura.

Calvin la miró ligeramente desconcertado, pero cuando ella alzó los ojos la supo con alguna idea en la cabeza, sabiéndola agujoneando a esos hombres con algún propósito.

—No nos alcanzarán y os aseguro, *milady*, —marcó con desagrado el título—, que ni vuestros familiares ni nadie nos dará caza. Sabemos lo que hemos de hacer.

Calvin, que no hubo desviado los ojos de Anna, comprendió pronto que ella había llegado a la misma conclusión que él. Cuanta más distancia creyeren esos hombres debieren tener entre Londres y ellos para acabar con sus dos vidas, más tiempo tendrían para escapar o encontrar un medio para hacerlo, claro que él pensaba que, además, más les acercarían a Lancashire y con ello a su propiedad. Alzó el rostro hacia ellos y con gesto serio señaló:

—¿De veras? ¿Saben lo que han de hacer? Porque desde mi punto de vista no saben nada. Creían que solo habían de tomarme a mí, y ha resultado que también les ha ordenado secuestrar a la hija y nieta de dos de los mayores y más reputados nobles de las Islas. Creían que solo habían de acabar con mi vida, y, ahora, también han de acabar con la de milady. Creían que debían llevarme a una prudente distancia de Londres y ahora, o se alejan mucho de la ciudad o les cazarán como a zorros. Creían que esta historia acabaría esta noche o a lo sumo mañana, y ahora, han de asegurarse que todos creen que milady y yo nos hemos fugado en una huida romántica hasta Escocia. Tal y como yo lo veo, no saben realmente lo que han de hacer, o mejor dicho, no saben realmente en lo que el barón les ha enredado sin ustedes comprenderlo ni siquiera sospecharlo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y el que había permanecido todo el tiempo en silencio señaló:

—En eso tiene razón. Ese bastardo nos ha engañado, Trent.

—Calla, Bill. —Espetó brusco—. ¿No ves que intenta enredarnos? —Miró furioso a Calvin que simplemente permaneció mirándoles desafiante antes de volver a mirar a su compinche—. Le exigiremos a ese bastardo una suma mayor, mucho mayor. Deja eso de mi cuenta. Y no se te ocurra empezar a pergeñar líos con Joe y los demás o acabaremos teniendo problemas. —Giró el rostro hacia Calvin y Anna y con evidente enfado añadió—: Si les veo intentar enredar a mis hombres les dispararé sin miramientos y me importará poco si estamos o no a una distancia que el barón considere conveniente para sus estúpidos planes.

Calvin se tragó una sonrisa pues, aunque lo había hecho enfadar, lo sabía ahora con la mosca tras la oreja respecto a su compañero y el resto de los hombres que le acompañaban de modo que estaría pendiente de ellos lo que, quizás, en algunos instantes, desviase su atención de Anna y de él.

Miró a Anna y esperó que ella alzase los ojos hacia él.

—Intenta dormir un poco. Es evidente que estaremos en marcha durante unas horas y es mejor que descanses.

Anna lo miró un instante antes de asentir.

—Está bien, lo intentaré.

Acomodó mejor al cabeza en su hombro y la notó acurrucándose ligeramente en su costado, aunque estando maniatados y, además, ambos disfrazados, con unos trajes que no eran lo que se podrían calificar como muy cómodos, dudaba que fuere a conseguir dormir demasiado. Al menos la supo un poco abotargada durante más de

una hora de camino en la que el coche iba bastante rápido para ser de noche y, por lo tanto, una vez dejaron atrás la ciudad, con los caminos a oscuras.

—¿Dónde están? —Preguntaba Julianna con evidente alarma tras más de una hora buscando a Anna y Calvin.

Cliff, Maxi, Benny y Sebastian, que también había ido a la fiesta, llevaban más de una hora buscándolos por los salones y la casa con la prudente y pertinente discreción, pero temiéndose lo peor. Cliff hacia unos instantes que hablaba con los marqueses de Chester, los cuales, también con disimulo, instaron a sus tres hijos, Lucas, Arthur y Kevin a buscarlos.

Marian, en la terraza con Julianna, la señorita Alison y lady Cinthia bajó la voz mirando a su tía:

—Tía Juls, si no aparecen antes de que los invitados se desprendan de las máscaras, más de uno empezará a formular ideas y chismes y debemos hacer algo antes.

Julianna miró a la marquesa y con gesto de preocupación señaló:

—Milady, entrad y os ruego empecéis a decir de manera tangencial a algunos invitados, como comentarios sin importancia, que habéis hecho acompañar de una doncella a Anna a casa pues se encontraba aún convaleciente de un resfriado no bien curado y temíais que, con tanta aglomeración de gente, recayese en su dolencia.

La marquesa le apretó la mano esbozando una sonrisa amigable.

—Dejadlo de mi cuenta. En unos minutos, más de un oído creará a vuestra hija en casa, en los brazos y bajo los cuidados de la señora Brindfet. No os apuréis.

Julianna asintió agradeciendo su gesto justo cuando llegó Cliff con gesto de alarma y el antifaz de Anna en las manos y bajando la voz, con sus hijos y los hijos de los marqueses con ellos, señaló:

—Estaba en uno de los senderos de los jardines traseros. La cinta está rasgada. Creo que se le ha caído en un forcejeo.

—Oh Dios mío. —Jadeó Julianna tomándolo con manos temblorosas—. ¿Un forcejeo? ¿Con quién? ¿Dónde está?

—La puerta de la verja de atrás está abierta y hay marcas en el callejón de un carruaje que ha permanecido estacionado allí un buen rato. —Señalaba Maxi—. Alguien se la ha llevado.

—¿La han secuestrado? ¿Por dinero? —Preguntaba cada vez más asustada.

Cliff la atrajo a sus brazos.

—Cariño, por favor, no te asustes. Daremos con ella y la traeremos sana y salva. —Miró al marqués y sus hijos. —Será mejor que marchemos con discreción evitando habladurías. Nos pondremos de inmediato a buscarlos pues creo que sé quién está detrás de esto y no perseguía a Anna sino a lord Donver.

El marqués frunció el ceño, pero no quiso preguntar en ese instante que comprendía no era el adecuado:

—Partid por la puerta lateral. Lucas os acompañará. Nosotros nos encargaremos de que no haya habladurías ni sospechas, más, si necesitaseis ayuda, hacédnoslo saber de inmediato.

Cliff dio la mano al marqués asintiendo.

—Así lo haremos, gracias.

Siguieron a lord Lucas por una parte no concurrida de la casa con Maxi y Marian con ellos.

—¿Quién crees que ha sido? —Le preguntaba Maxi a su padre sabiéndose ya lejos de oídos indiscretos.

—El barón, el barón de Folks. Atentó contra lord Donver y su hermano para hacerse con el título y parece encontrarse apremiado de volver a intentarlo antes de que nazcan nuevos herederos.

—Anna corre peligro, ¿no es cierto? —Preguntaba Julianna sin detenerse.

Cliff sin soltarla de su mano la miró intentando insuflarle ánimos inútilmente pues él estaba muy asustado por su hija.

—Lord Donver se asegurará de que no le ocurra nada. Estoy seguro. El que se los llevaran a ambos significa que son conscientes de que aquí no podían actuar sin correr excesivo riesgo. Eso es bueno, pues nos da tiempo para hallarlos y actuar.

Desde el otro lado de la terraza, el barón observaba entre las sombras lo ocurrido instantes antes, pero siguió con más interés y rabia los acontecimientos ocurridos después cuando la marquesa se dedicó a asegurarse de que un posible rumor de fuga o similar no aconteciere. Maldijo a los marqueses, especialmente al saberse impedido de deslizar rumor alguno pues, de hacerlo, muchos dirigirían sus ojos a él y le convenía pasar desapercibido con ese nuevo giro de acontecimientos, pero tenía que asegurarse una buena coartada y una que le alejare de Donver y esa dichosa lady Anna. Se deslizó hacia el vestíbulo murmurando imprecaciones. Ahora había de dejarse ver y notar en un club concurrido de altos aristócratas antes del amanecer. Si bien su historia de la fuga quizás tardase un poco en hacerse notar, bastaría con que estuvieren desaparecidos varios días. Si esos tipejos cumplían su cometido, los matarían de modo que cuando los descubriesen muchos pensaren que se habían fugado y el conde y los suyos, por mucho que sospecharen, no podrían acusarle de nada.

Cliff llevó a Julianna y a Marian a casa de la tía Blanche enviando de inmediato aviso a su padre, hermano, al almirante, Max, William y Jonas. Mientras informaban de lo ocurrido a la tía y a Simon, que se encontraba también en la casa, Cliff se apresuró a tomar un papel con su sello y escribir unas líneas.

—Furnish. —Llamó al mayordomo—. Enviad un lacayo al puerto, que diga al capitán que envíe a Troy y su compañero junto a dos hombres más, camino de Escocia. Han de encontrarse con mi hija Mel y su esposo sin demora y asegurarse de que se hallan bien y que regresan sanos y salvos, además de informarles de lo ocurrido. Que tomen la ruta por mar pues presumo será más rápida.

—Enseguida, milord. —Respondía tomando la nota—. Lady Anna estará bien, milord. Milady es muy inteligente y despierta, seguro consigue escaparse y ponerse a salvo hasta que la encuentre, milord.

Cliff esbozó una media sonrisa agradecida, aunque no las tenía todas consigo pues sabía bien que los hombres que pensaba contratar el barón no tenían escrúpulo alguno con tal de hacerse con una suma de dinero.

En escasos minutos, comenzaron a llegar escalonadamente todos los varones de la familia acompañados por todos los que no eran demasiado jóvenes, incluidas las damas.

—¿Sabéis algo? —Preguntaba con alarma la condesa—. Decidme que sabéis algo. Mi pequeña Anna.

Cliff abrazó a su madre cariñoso antes de sentarla junto a la tía Blanche.

—Lo primero es lo primero. —Señalaba Cliff con cierta practicidad—. El secuestro está relacionado con Lord Donver, solo es mala fortuna que Anna se hallase con él en ese momento.

—¿Pero cómo puedes estar seguro? —Preguntaba Amelia mirándole seria—. ¿Y si era al contrario?

Max apretó la mano de su esposa.

—Estoy de acuerdo con Cliff. No es coincidencia que ese barón buscase sicarios y se hallare con la premura del tiempo para hacerse con el título. Además, si hubieren querido llevarse a Anna desde el principio, no se habrían llevado con ella a milord pues es un estorbo mayor que el beneficio de llevárselo y, por el contrario, tomar a Anna si era él el objetivo, garantiza la cooperación de milord, al menos durante un tiempo. Lo que, desde otro punto de vista, también nos da la certeza de que pretendían aprehenderlo allí y llevar a cabo sus planes en otro lugar. Eso nos da un poco de tiempo para encontrarlos.

—Pues id a por ese barón y sacadle, aunque sea a golpes dónde están esos hombres o dónde han llevado a mi niña. —Decía Julianna mirando a Cliff con gesto serio.

Cliff miró a Ethan, William y Jonas:

—¿Os encargáis vosotros de localizar al barón? Y, por mucho que se resista, sonsacadle dónde están esos hombres. Si no está con Donver y Anna, que presumo no lo estará pues ha de alejarse, al menos en apariencia, de cualquier infortunio que pudiere pasarle al vizconde, estará en alguno de los salones de juego o salas similares.

Ethan asintió enderezándose:

—Lo localizaremos a como dé lugar, te lo prometo. —Miró a Julianna con determinación—. Si está enredado en esto, le sacaré a golpes todo lo que sabe y más le vale que Anna esté bien o no llegará a ver un nuevo día. —Miró a su hermano y preguntó—. ¿Tú qué vas a hacer?

Cliff de pie con las manos apoyadas en los hombros de Julianna señaló:

—Max y yo iremos con algunos de mis hombres a la taberna donde fueron vistos el barón y Sir Dennilson y no saldremos de allí hasta que el tabernero o alguno de los presentes nos digan lo que oyeron. Por experiencia sabemos que, por mucho que se disimule, en esos sitios siempre hay un oído que algo de más escucha. Seguramente el posadero o alguna de las meseras hayan oído algo y siendo así, saldré de allí con lo que quiero saber. Os lo aseguro.

El conde asintió tajante:

—¿Qué deseas que haga yo? —Miró a su hijo firmemente pues sabía que ya tendría alguna cosa en mente.

—Sir Dennilson. El almirante y tú ocupaos de Sir Dennilson, pero quiero que vayáis con Maxi y Sebastian y todos armados. No me fío de ese individuo.

—¿Y yo? —Preguntó Simon poniéndose en pie.

—Simon, tú y tus primos, —miró a Alexander, William, Ronald y Chris—, deberéis aseguraros de que nadie nota nada extraño ni en la ausencia de la Anna ni en la nuestra cuando vayamos tras esos canallas. Tendréis que cuidar de todos y aseguraros que están a salvo.

Los cinco intercambiaron una mirada antes de asentir tajante.

—Podréis hacer lo que debáis tranquilos, papá. Nosotros nos ocuparemos de todo.

La condesa se puso en pie y se acercó a Cliff:

—Encuentra a Anna y tráela de regreso. Nosotras nos ocuparemos de los niños y de que nadie note nada.

Cliff besó a su madre en la mejilla antes de abrazar fuerte a Julianna:

—Encontraré a mi pequeña, Juls. La traeré sana y salva y despellejaré a quienes se la han llevado.

—Cliff. —Murmuró llorosa abrazándolo fuerte—. Devuélveme a mi Anna.

—Lo prometo, amor, lo prometo. —Respondía antes de besarla en la frente.

Era noche cerrada cuando Anna notó el carruaje detenerse en lo que parecía una posada y al intentar enderezarse Calvin cerró fuerte los brazos y le susurró:

—No os mováis y fingiros dormida si se acercan. Estamos en una fonda de no muy buena reputación—. Intentó describir con delicadeza pues sabía que aquello era un burdel alejado de los caminos frecuentados—. Conviene que nos crean a ambos dormidos. Han dejado a hombres en cada puerta del carruaje para asegurarse que no escapamos, pero temo más a los hombres que hay dentro de ese local que a los que nos custodian. Si alguno de los que se hallan dentro descubre que llevan a dos aristócratas y sospechan que pueden sacar rédito de nuestras cabezas, nuestros captores no serán el peor problema al que tener que enfrentarnos.

Anna alzó la vista sin moverse para poder mirarle en la semioscuridad del interior del carruaje:

—¿Sabéis dónde estamos? —preguntó en un susurro

—No estoy muy seguro. En algún lugar dejaron los caminos principales, pero seguimos en dirección al norte. Presumo que estamos muy cerca de Hertford.

Anna frunció el ceño:

—¿Tanto hemos avanzado? ¿Qué hora es?

—Pasadas las cuatro. No nos hemos detenido y estos hombres tenían esta ruta bien estudiada. Es de suponer que, aunque no pensaren ir mucho más al norte, esta parte si pensaban hacerla conmigo.

Anna se inclinó un poco para poder mirar por la ventanilla, pero la única rendija entre las cortinillas se encontraba tapada por el hombre situado al otro lado de la puerta del carruaje.

—Deberíamos encontrar el modo de mandar un mensaje o un aviso a mi padre indicando dónde estamos o a dónde nos dirigimos.

Calvin sonrió alzando los brazos dejando que se sentare derecha a su lado.

—No estaría mal, pero, sinceramente, no se me ocurre medio alguno de lograr tal cosa.

Anna suspiró removiéndose penosa en el asiento:

—No creo que estos trajes nos ayuden mucho en nuestra huida.

Calvin la observó mientras ella miraba con cara de incómodo disgusto su propio atuendo y después observó el suyo, especialmente sus zapatos con hebilla que no eran lo que calificaría como aptos para huida o carrera alguna y menos campo a través como presumía tendrían que hacerlo.

—No, ciertamente no son lo que se dicen cómodos. Supongo que será una de las primeras cosas de las que ocuparnos antes de huir o asegurarnos un atuendo más adecuado a la primera ocasión que se nos presente.

Anna asintió dejándose caer en el respaldo de modo desgarbado:

—No es por ser quejica, pero tampoco me importaría comer algo. ¿Crees que al menos nos darán una última comida?

Calvin sonrió negando con la cabeza, divertido por su expresión:

—Supongo que al menos dos o tres *últimas comidas* si pretenden llevarnos muy al norte, cosa distinta es que sean comidas muy apetecibles si planean detenerse solo en lugares como esta fonda que no tiene aspecto ni de recomendable ni de preocuparse mucho por la comida que sirven a sus clientes.

Anna hizo una mueca con la boca:

—Visto así, quizás sea preferible un poco de hambre.

Tras unos segundos la vio acurrucarse un poco y la supo con frío.

—Ven. —Alzó de nuevo los brazos y la acomodó dentro de ellos atrayéndola hacia él—. No podré darte comida en este momento, pero sí puedo, al menos, proporcionarte un poco de calor.

Anna suspiró dejándose llevar, acurrucándose en su costado con la cabeza en su hombro mientras él se apoyaba en la esquina del asiento.

—¿Crees que la gente pensará que hemos huido a Escocia?

Calvin suspiró pesadamente pues no dudaba que, de notarse su ausencia en la fiesta, ese fuere uno de los rumores que más rápidamente se extendería entre cada rincón de la ciudad y después de las islas.

—No te preocupes por eso ahora. Preocupémonos de escapar con bien de esto. Lo demás, lo solucionaremos cuando se presente.

Anna no contestó, pero él la sabía dándole vueltas a todo incluido el hecho de que toda la ciudad la sabría a solas en compañía de un soltero, independientemente de las historias que circularan, todo se reduciría a eso, de modo que, aun escapando, tenía un problema de difícil solución.

—Anna. —Esperó que alzase los ojos hacia él—. No te preocupes. Yo te he metido en este lío y yo te sacaré.

Anna de repente le sonrió:

—En realidad, no me has metido en lío alguno. Fui yo la que te instó a salir fuera del salón.

Calvin sonrió:

—Cierto. Eres tú la que nos ha metido en este lío.

Anna frunció el ceño, pero enseguida sonrió ante la cara de él.

—Casi me haces caer en tal embuste. Digamos que estamos en tablas. Yo por tener la desafortunada idea de salir a la terraza y tú por ser un incordio y tener un loco persiguiendo tu título.

Calvin se rio entre dientes.

—¿Yo no tengo la culpa de que un loco persiga mi título?

Anna suspiró:

—Está bien, quizás no la tengas, pero sigues siendo un incordio.

Calvin de nuevo se rio entre dientes.

—Está bien, cabezota. Soy un incordio.

Anna sonrió complacida:

—Me alegra que por fin lo admitas. Siendo consciente de ello, la vida de todos será más sencilla a partir de ahora pues, reconociendo tu defecto, podrás intentar remediarlo por el bien de todos y del tuyo propio.

Calvin sonrió negando con la cabeza de nuevo maravillado ante el hecho de que consiguiera hacerle reír en semejante situación, pero su atención se desvió fuera del carruaje donde escuchaba voces acercándose. Los hombres regresaban y parecían enfadados por el volumen de sus palabras y sobre todo por la tensión que emanaba de ellas.

—Anna, hazte la dormida. Regresan y creo que no lo hacen de excesivo buen humor.

Anna asintió acomodando la mejilla en su hombro cerrando al tiempo los ojos mientras él la apretaba ligeramente contra él. La portezuela se abrió de golpe y dos hombres entraron, uno de ellos el tal Trent, pero el segundo no era ese Bill que les hubo acompañado anteriormente sino otro de los hombres que les apuntó con un arma en el jardín de los marqueses.

Permaneció en silencio hasta que el carruaje se puso en marcha con brusquedad.

—Supongo que en alguna de las paradas que hemos de hacer, tendrán la deferencia de darnos comida y algo de beber ¿o piensan torturarnos pasando hambre y sed hasta el último momento?

El que identificaba como el jefe o por lo menos el que llevaba la voz cantante entre esos hombres, el tal Trent, le sonrió con socarronería:

—Les alimentaremos. No temáis, milord, no será el hambre lo que os mate. — Respondía con sorna.

—Es un alivio saberlo. —Añadió él con el mismo tono.

Tras unos minutos en que permanecieron en silencio, Anna alzó la cabeza por fin, dejándole él enderezarse a su lado, libre ya de sus brazos. Fijó sus ojos en el hombre sentado frente a ella, distinto al anterior.

—Usted no es Bill. —Señaló de modo sencillo con la esperanza de averiguar algo de ese hombre o de los demás.

El hombre soltó una carcajada que resonó en el pequeño espacio con fuerza:

—Desde luego que no. —Respondía riéndose aún—. Si tanto os interesa, milady, mi nombre es Joe.

Anna asintió con un golpe cabezota de cabeza:

—Bien, Joe, diría que me alegro de conoceros, más, me temo, mentiría descaradamente y ambos lo sabríamos, especialmente cuando os halláis con un arma en las manos cuyo cañón apunta en nuestra dirección.

De nuevo el tal Joe soltó una risotada ronca.

—Bonita y con redaños. Milady, me caéis en gracia, como dicen los de vuestra clase.

Anna resopló:

—Podrías demostrar cuán en gracia os he caído dejándonos libres.

—Joe, no estamos aquí para socializar. Limítate a vigilarlos y no les des palique. —Ordenó Trent mirándolo con gesto tenso.

Anna lo miró con desagrado y gesto cabezota:

—¿Me permitiréis bajar de este carruaje en algún momento para ir al excusado o eso también alteraría vuestro ánimo?

Joe soltó una carcajada mirando de soslayo a su compañero claramente divertido por la impertinencia de la que era capaz Anna frente a dos tipejos como ellos.

—No me deis problemas, milady, si no queréis que os haga el viaje mucho más incómodo y sobre todo más doloroso que hasta ahora. —La amenazó Trent.

—Problemas tendréis, pero no porque os los quiera dar, pero habéis de saber, por si no tratáis con frecuencia con mujeres, que, sean de la condición que sean, ciertas necesidades no pueden obviarlas si no queréis que sea vuestro viaje el que resulte incómodo e incluso doloroso. No se trata de que intente imponerme ni crear problemas sino de usar un poco el sentido común. Ir a un excusado, así como comer y beber son necesidades básicas que no os conviene obviar por el bien de todos no solo el mío.

Calvin, que veía a ese hombre gruñir molesto pero vencido por lo evidente, señaló con tono calmo:

—Solo habéis de dejarnos bajar en la siguiente posada y si queréis asegurarnos de que nada extraño ven aquéllos con los que nos topemos, seguid el plan del barón. Se supone que somos una pareja de enamorados en plena huida. Entraremos en una habitación, nos asearemos, comeremos y beberemos, con sus hombres vigilando fuera como los custodios de esa pareja que en apariencia debieren ser.

Trent los miró furioso y tras unos largos segundos señaló:

—No piensen ni por un instante que les quitaré la vista de encima. Les dejaré bajar en la primera posada con habitaciones que halla y que no sea en exceso concurrida, pero no se quedarán a solas. Mis hombres y yo estaremos con los dos. No se me van a escapar.

Calvin asintió en gesto de aceptación. Pasada una hora de camino en lo que parecía una carrera pues azuzaban con fuerza los caballos, Anna se volvió a apoyar en él. Calvin sabía que no eran los bandazos del carruaje sino la temperatura tan baja que hacía. Apenas empezaba a amanecer, pero toda la noche en el carruaje y sin mantas ni nada para entrar en calor empezaban a hacer mella en ella, especialmente manteniendo las manos maniatadas con esa cuerda tan áspera que ya dejaba rojeces en su piel. De nuevo la rodeó con los brazos y la atrajo a su costado.

—Cierra los ojos, Anna.

Ella negó con la cabeza.

—Deberías ser tú el que intentase dormir ahora.

Calvin sonrió:

—Estoy más que curtido, Anna. Sabes que en los barcos a veces se pasan muchas noches en vela y de vigía. James y yo hemos pasado muchos meses en el mar acompañando, años atrás, a nuestro padre. Tú conoces esa vida, lo que conlleva y a lo que te acostumbras.

Anna suspiró dejando caer la cabeza en su hombro:

—Sí, pero también sé que un hombre inteligente ha de saber aprovechar los momentos para descansar y recobrar fuerzas.

Calvin sonrió apoyando la barbilla en su cabeza:

—Está bien cabezota. Cerraré los ojos.

Anna sonrió sin moverse:

—Bien, yo haré de vigía.

Los dos hombres frente a ellos los observaban y esta vez les habían escuchado siendo Trent el que, curioso, preguntó a Anna:

—¿Por qué conocéis la vida del mar?

Anna alzó el rostro enderezándose ligeramente sonriendo con arrogancia:

—No sois muy consciente de a quién habéis apresado ¿verdad? Quizás no os convenga saberlo pues, cuando mi padre os dé caza, lamentaréis habernos secuestrado y, sobre todo, haber obedecido a un loco como el barón.

Trent la miró entrecerrando los ojos:

—¿De qué estáis hablando?

—Para frecuentar tabernas del puerto no sois muy despierto ni parecéis muy enterado de lo que ocurre por allí. —Respondía Anna sabiendo que así lo enfadaba más aún, pero empezaba a comprender que la curiosidad y sobre todo desconfianza en el tal Trent eran su mayor debilidad—. Mi padre, señor, es el comandante de Worken, mi abuelo el conde de Worken, mi tío es el comandante Rochester y mi padrino el almirante Rochester, duque de Frenton. ¿Creéis que ellos, o cualquiera de los hombres de sus tripulaciones dejarán con vida a quién se ha llevado a la hija y sobrina de uno de sus capitanes? ¿Qué pensáis os harán como se os ocurra dañarnos?

Vio al Joe fruncir el ceño y mirar acusatorio a su compañero como si esa información, que Anna comprendía desconocida para él, creyese debiera habérsela contado.

—¿Es la hija de De Worken? —Preguntó en un tono claramente acusatorio.

Trent gruñó:

—¿Qué importancia tiene? Nadie sabrá que hemos sido nosotros los que la hemos tomado.

—Sí, sí que lo sabrán. —Afirmó tajante Calvin sabiendo que Anna acababa de aguijonear a ambos hombres, pero sobre todo abierto un motivo de discordia entre ellos—. Seguro alguien sabría que pensabais matarme a mí. Todos saben que hemos desaparecido juntos lo que implica que el comandante y sus hombres no tardarán en atar cabos pues ninguno de ellos creará esa patraña de la huida de enamorados. En cuanto os asocien con mi desaparición, os asociarán con la de milady y, por lo tanto, os sabrán culpables. Ni la mayor bolsa de oro que el barón pueda ofreceros compensará lo que el comandante y los suyos os harán por llevaros a su hija. El barón os ha engañado y enredado en un asunto del que no saldréis bien parados en modo alguno.

—Callaos. —Gritó con furioso nerviosismo Trent—. No volváis a hablar y como intentéis amedrentar a mis hombres o amenazarles con esas historias, os arrancaré la lengua antes de mataros.

Anna sonrió con petulancia:

—Os despellejarán vivos. Mi padre no os dejará siquiera llegar a ser ajusticiados y sus hombres se pasarán semanas torturándoos por haberme alejado de

los míos. He crecido con ellos, son mi familia y ninguno de ellos perdonará lo que me hagáis.

—Callaos de una vez. —Gritó Trent de nuevo.

Anna se encogió de hombros con fingida indiferencia y volvió a acomodarse en el costado de Calvin, que pensaba que si salían con vida de ese lío iba a tener unas serias palabras con Anna sobre cómo no enfadar a un hombre aunque, en este caso, la sabía haciéndolo con consciencia y motivo y, desde luego, con eficaz resultado a juzgar por la reacción de Trent que parecía al borde de la furiosa locura y su compañero lo observaba con cautela pero, sobre todo, con una más que palpable desconfianza acusatoria pues empezaba a comprender que su amigo y el barón les habían engañado y enredado en algo que escapaba de su control a pasos agigantados.

Se acomodó en el asiento e intentó relajar el cuerpo y la mente, pero dormir iba a tener que hacerlo en otro momento pues no confiaba en que ese hombre no acabare tirándolos del carruaje en marcha de tener oportunidad.

Tres horas de tortuoso camino después, se detuvieron para cambiar los caballos en una posada, pero no les dejaron descender y supuso que sería porque era la primera posada en muchas millas y parecía concurrida y con ello con un elevado riesgo para ellos, de modo que pusieron rumbo de nuevo al norte con paso vivo.

En Londres Max, William y Jonas por fin dieron con el barón tras toda la noche recorriendo todos los clubs y locales de juego y antros de peor calaña. Lo hallaron en un local mugriento del East River, donde se consumía opio. Estaba en un estado de absoluta enajenación cuando lo sacaron de allí sin contemplaciones y lo llevaron hasta la mansión del Conde para intentar que recuperase un poco de lucidez, pero, dado su deplorable estado, los tres caballeros sabían les iba a costar horas que volviere a cierta consciencia o razón, horas que Anna y Lord Donver permanecerían aún sin paradero conocido.

Por su parte, Cliff, Max y algunos de sus hombres recorrieron la calle de las tabernas del puerto dejando un rastro de pavor en más de uno a su paso y cuando por fin dieron con el tabernero que buscaban, solo lograron sonsacarle el nombre del jefe del grupo contratado por el barón, llamado Trenton Cullins, un tipejo de lo peorcito y capaz de lo que fuere por una bolsa de monedas. También averiguaron que el barón les había contratado para asesinar a dos hombres, el primero un caballero que consideraba un estorbo pero que debían asegurarse de que las pruebas que surgieren apuntaren a un robo o a un asunto alejado de él de ahí que pretendieren llevarlo fuera de la ciudad. Nada más consiguieron averiguar, aunque al menos eso les dio la esperanza de contar con cierto tiempo para hallarlos pues si tenían que alejar al vizconde de la ciudad, eso les daba ciertas alternativas para buscarlos y sobre todo un tiempo necesario.

Por su parte el conde, el almirante, Maxi y Sebastian, tardaron algunas horas en encontrar a Sir Dennilson. Lo hallaron en un burdel cercano a Picadilly donde acudían muchos caballeros. Tras ordenar a dos hombres del local vestirlo y meterlo en un carruaje, pues lo hallaron inconsciente por la ingesta de alcohol que debía haberse

metido por la garganta, y desnudo junto a dos mujeres que parecían llevar horas allí con él, se lo llevaron a la mansión del conde.

Justo cuando lo tiraban en el suelo la bodega cerca de donde se hallaba el barón, en estado de absoluta enajenación por el opio, entraban en la bodega Cliff, Max y algunos de sus hombres pues habían recibido el mensaje de Ethan y, después del conde, de hallarse allí.

—¿Habéis averiguado algo? —Le preguntaba Ethan mientras Cliff se desprendía de la levita y se remangaba la camisa con la vista fija en Sir Dennilson que ya se encontraba sentado y atado en una silla en el centro de la estancia aún inconsciente del alcohol.

—Poco, en realidad. El barón contrató a un tal Trenton Cullins y sus hombres para matar a dos hombres, presumo, el primero, lord Donver y, el segundo, lord James. Tenían que hacerlo eliminando sospechas sobre del barón y, para ello, pensaban sacarlo de la ciudad y simular un atraco u otra cosa que no relacionasen con él, de modo que, al menos, conocemos su intención de llevarlo lejos de la ciudad y eso nos da cierto margen, pero no mucho. Dentro de poco amanecerá así que necesitamos saber qué dirección tomaron lo antes posible. —Miró con fijeza el desastroso cuerpo que se hallaba más allá y que no era sino el barón—. Supongo que estará ausente por culpa del opio que incluso huelo desde aquí y poco o nada habréis conseguido sacarle.

Ethan suspiró pesadamente:

—Está en estado de enajenación. Tardará demasiadas horas en regresar de donde se halle.

El conde se acercó decidido con Maxi y Sebastian tras él con sendos cubos de agua:

—Ahora íbamos a empezar con Sir Dennilson. Borracho o no, va a decirnos dónde está Anna. —Aseveraba con evidente enfado—. La madame del burdel del que le hemos sacado, nos ha dicho que pasadas las diez, Dennilson recibió la visita del barón. Se encerraron en una habitación, pero por cómo salió éste pasados unos minutos, parecían haber discutido acaloradamente. Tras eso, Dennilson simplemente se dedicó a beber durante horas con las dos mujeres que le acompañaban.

Cliff hizo un gesto con la cabeza a su hijo que, alzando el cubo, lanzó con fuerza su contenido sobre sir Dennilson que se removió en su silla abriendo los ojos y tosiendo con esfuerzo.

—Despertad, bastardo. —Le ordenó el conde colocado frente a él.

Dennilson alzó el rostro parpadeando sin demasiada lucidez en el rostro. El conde miró a Sebastian que de inmediato lanzó el segundo cubo de agua fría al rostro y cuerpo de Sir Dennilson. De nuevo tosió y parpadeó intentando centrar vista y mente y sacarlo del estupor etílico.

—Lo siguiente que lanzaremos no será agua sino una buena tanda de golpes, de modo que despertad de una vez. —Señalaba el conde con desagrado.

Le dieron unos segundos para intentar centrarse antes de que Cliff se acercase con gesto furioso. Lo agarró del cuello de la camisa y lo alzó unos centímetros de la silla en la que permanecía atado:

—Vais a decirnos lo que ese loco del barón y vos habéis planeado y, sobre todo, dónde os habéis llevado a mi hija antes de que os descuartice y desmiembre pieza a pieza.

Lo soltó con brusquedad dejándole caer en la silla de nuevo:

—Empezad a hablar. —Ordenó con voz de imperiosa cólera.

Sir Dennilson lo miró deslizando después la vista a los hombres que le rodeaban y los que tras ellos se encontraban, desde lacayos hasta marineros.

—No sé de lo que habláis. Soy inocente de todo lo que señaláis.

Cliff alzó el brazo para golpearle, pero la mano de Max le detuvo y lo hizo mirarle antes de apartarse ambos para dejar paso a un marinero que comenzaba a caminar hacia ellos con gesto hosco y la mirada fija en Sir Denilson mientras Max decía:

—Dejemos que pruebe la furia de Vender y comprenda que no ha de engañarnos ni intentar creernos estúpidos.

Vender era uno de los cocineros de la tripulación de Cliff, tan grande como una montaña y solía boxear con frecuencia. Era un tipo francamente imponente con solo verle, pero furioso era temible. Mientras se remangaba la camisa frente a Sir Dennilson que abría los ojos con alarma, señalaba:

—Vais a decirle a mi capitán donde se halla nuestra pequeña lady Anna. Nadie se acerca a nuestros grumetes.

Maxi, situado junto a su abuelo y primo, sonrió. Desde que eran unos mocosos revoltosos, todas las tripulaciones de sus padres les llamaban grumetes, a él y a sus hermanos, pues crecieron con ellos pasando muchos años en las tripulaciones de los barcos de sus padres conviviendo y aprendiendo de todos los miembros de las mismas cada secreto del mar. Para ellos no era lord o lady tal o cual, eran los grumetes de Worken y esa montaña frente a Sir Dennilson consideraba a Anna casi una hija pues había pasado con él, en la cocina del navío principal de sus padres, más horas que con nadie.

Sir Dennilson miró a Cliff y Max situados a su derecha con gesto tenso cuando veía a Vender terminar de remangarse el segundo brazo.

—No pueden dejar que me toque. Haré que les cuelguen.

—No amenacéis en vano. —Respondía el almirante desde su lugar al otro lado—. Suerte tendréis si salís de aquí con vida y con todas las partes de vuestro inmundo cuerpo unidas a él. Dentro de dos segundos empezareis a recibir golpes de ese hombre que tenéis frente a vos y que no parará ni aun ordenádoselo. Sois parte en el secuestro de nuestra pequeña Anna y ni el mismísimo Dios os salvará como no nos digáis dónde está y la encontremos sana y salva.

Vender alzó el brazo cerrando el puño y cuando iba a asestar el primer golpe Dennilson gritó con estruendosa voz:

—Ha sido Folks, ha sido Folks. Yo nada he tenido que ver.

—Datos, Dennilson, dadnos datos. —Ordenó Cliff con aparente inmutabilidad—. Dónde, cuándo, qué ha planeado, cómo. Todo, decidlo todo y no finjáis desconocerlo pues sabemos que os ha visitado esta noche tras la desaparición de mi hija.

Dennilson le miró con preocupación pues si sabían que Folks le hubo ido a ver no podría eludir sin más las preguntas.

—Solo ha venido a contarme una locura, he intentado disuadirle, pero era tarde. He intentado frenarle.

—¿Y lo habéis intentado en un burdel ahogándoos en alcohol en compañía de dos mujerzuelas? —Preguntaba Maxi furioso tras su padre—. De nuevo, no intentéis tomarnos por estúpidos. Hablad de una vez, dad datos pues no vamos a perder el tiempo con vos.

—¿Dónde está mi hija? —Insistió Cliff con furia.

Dennilson miró a Vender que alzaba de nuevo el brazo.

—Camino de Escocia, camino de Escocia. —Respondía aceleradamente casi sin aliento.

—Hablad. —Ordenó de nuevo Cliff deteniendo el supuesto golpe de Vender mientras Dennilson lo miraba con desconfianza.

—Ese loco ha venido buscándome. Tenía un plan, pero el muy estúpido lo ha cambiado en el último momento.

—Sí, el plan era matar a lord Donver lejos de la ciudad, lo sabemos. Lo que queremos son datos, Dennilson, así que no intente enredarnos y ganar tiempo. —Insistía el conde.

—Quería tener coartada para la desaparición de Donver y su asesinato así que cuando supo que iba a la fiesta de lady Chester pensó que podría hacer que se lo llevaran de ella y él hacerse ver cuando se retirasen las máscaras, de modo que, nadie dudaría que él estaba allí cuando desapareció Donver. Pero el muy estúpido se ha llevado a su hija. —Miró a Cliff con recelo—. Vino con una historia de que todos pensarán que se ha fugado con Donver y que en el camino de Escocia son asaltados y asesinados por ladrones.

Cliff le sostuvo la mirada un instante y después hizo un gesto a Denver que asestó un duro golpe en la mejilla de Dennilson dejándolo unos instantes aturdido.

—Detalles, Dennilson, ahora dad detalles. ¿Qué camino? ¿Cuándo piensan fingir ese asalto? ¿Cuán lejos piensan llegar y alejarlos de Londres? Dad detalles o empezará a golpearos con mayor fuerza que ese puñetazo que habéis recibido. —Señaló Cliff con tono amenazante y mirada fría—. Sed consciente que el tiempo que mi hija esté lejos de su familia corre en vuestra contra, no solo de la suya, y si por llegar tarde le pasare algo, vos sufriréis un tormento inimaginable antes de morir, empezando porque os

dejaré en manos de Vender que os demostrará cuán grave ha sido vuestro error al llevaros a mi hija.

—Yo no me la he llevado, ha sido Folks, ha sido Folks. —Repetía mirándolo con el golpe haciéndose rápidamente visible en su mejilla.

—Hablad de una vez. —Ordenó el Almirante con voz furiosa.

—No sé qué camino han tomado, solo sé que Folks les ordenó fingir una huida a Escocia lo bastante creíble para él eludir sospechas. Tienen que llevarlos bastante al norte, no sé dónde ni cuánto.

—¿Cuántos hombres tiene Trenton Cullins?

Dennilson miró con desconcierto a Max que fue el que preguntó esta vez, como si no esperase supieren quién era Trenton:

—Seis, quizás siete u ocho. —Respondía a regañadientes.

Cliff giró el cuerpo tras hacer una señal a Vender que noqueó a Sir Dennilson con un mero golpe y enseguida señalaba caminando hacia la puerta de acceso a la parte superior:

—Padre, encadenad a Folks y Dennilson hasta que regresemos. Vigíladlos y no os reprocharé algún que otro golpe o herida que le hagáis. Os dejo tres de mis cañoneros para que se queden custodiándolos. Junto con el almirante y las damas, habréis de quedaros y aparentad normalidad en la medida de lo posible. Nosotros, —miró a Max, William y los demás—, habremos de repartirnos en varias partidas entre los caminos del norte y apresurarnos, con suerte daremos con ellos antes de que se les ocurra detenerse y cumplir el mandato de ese bastardo. —Miró por encima del hombro el cuerpo del barón.

—Si son siete u ocho hombres, armados y capaces de todo, tendréis que ir no solo armados sino en grupos para poder rescatar a Anna. —Señalaba el conde comenzando a subir las escaleras para salir de las bodegas.

—Eso me temo. El problema es que hasta el norte hay muchos caminos que podrían tomar, incluso, aunque contemos con la pequeña ventaja de que ellos tendrán que ir en carruaje para fingir esa historia de la huida a Escocia, nos llevan muchas horas de ventaja y muchos caminos para despistarnos.

Maxi tras su padre señaló:

—Si acertamos camino campo a través podemos alcanzarlos antes, pero corremos el riesgo de que se nos escurran por algunos senderos pequeños o no marcados.

—Por eso vamos a tener que hacer varias partidas. Subamos a biblioteca y repartámonos las posibles alternativas. Mientras, —giró y miró a Vender—. Tendremos que reunir a cuantos hombres podamos con premura.

Vender asintió tajante:

—No se apure, capitán. En una hora regresaré con las tripulaciones de los tres barcos que hay anclados en el puerto y la de milord. —Lanzó una mirada a Max que asintió.

—Sebastian, Maxi, idos a buscar en Frenton House, en Brindfet House y en las demás casas de todos nosotros, caballos para todos. Vamos a necesitarlos todos. —Les indicaba lord William a los dos jóvenes—. Si faltaren, no dudéis en alquilar los que sean precisos.

Los dos jóvenes asintieron e iban a salir a la carrera para cumplir lo pedido cuando por el corredor de la primera planta aparecieron, precedidos por el mayordomo del conde, el marqués y sus tres hijos:

—Venimos para saber si los habéis localizado y, de no ser así, a ayudar en lo que podamos.

El conde sonrió ligeramente al marqués:

—Gracias. Agradecemos y aceptamos esa ayuda pues me temo estamos contra reloj. Seguidnos a la biblioteca y os informamos de lo que ocurre y de lo que haremos.

Mientras Maxi y Sebastian salían presurosos para cumplir su encargo, los demás se congregaron en la biblioteca de la mansión.

Pasadas las doce del mediodía se detuvieron en una segunda posada con un aspecto algo destartado, pero al menos parecía tranquila lo que hizo que Anna y Calvin pensaren que podrían por fin bajar y asearse un poco. Trenton se había adelantado para inspeccionar el lugar y parecía regresar rápidamente lo que les daba esperanzas:

—Está bien. —Señalaba Trent abriendo de golpe la portezuela—. Podéis bajar y entrar directamente hacia las escaleras. No habléis con nadie ni hagáis ninguna estupidez. Recordad, milord, apuntamos a ambos y al menor movimiento, dispararemos.

Calvin no se movió y le miró serio alzando sus muñecas:

—¿No creéis que les resultará extraño, más incluso que nuestro atuendo, el que ambos vayamos maniatados?

Trenton los miró adusto sacó una navaja de su bota y la abrió comenzando a cortar las cuerdas mientras señalaba con voz adusta:

—Si me dais problemas, lo lamentaréis. —Insistió amenazante mientras cortabas las ataduras de Anna.

—No os los daremos. Solo queremos asearnos, comer y beber algo. —Señalaba Anna dejándose ayudar a bajar del carruaje por Calvin que tuvo que sujetarla una vez posó los pies en tierra pues, tras tantas horas en el carruaje, tenía las piernas adormecidas.

—¿Estás bien? —Le preguntaba con suavidad sujetándola.

Anna asintió alzando el rostro hacia él y dando un paso atrás.

—Sí, solo ha sido el momento de enderezarme.

—Vamos, Entrad. —Les ordenó Trent con la mano en su gabán marcando el cañón de su pistola en el bolsillo para que lo notaren.

Calvin rodeó con un brazo la cintura de Anna obviando toda formalidad y caminaron hacia el interior precedidos por dos hombres, con Trenton a un lado y Bill al otro y dos hombres tras ellos. Nada más cruzar el umbral de la posada los ojos del posadero y de una oronda mujer tras la barra se posaron en todos ellos. Trenton les indicó las escaleras hacia la planta superior con un golpe de cabeza antes de dar siquiera un paso. Enseguida obedecieron observando lo que les rodeaba en el pequeño salón de la posada. Solo había una pareja en una esquina. Mayores y que parecían ajenos a todo. Junto a la barra había un hombre con aspecto de labriego y que también lucía aspecto de llevar unas horas bebiendo y, por último, en una mesa, un hombre con un aspecto sombrío y sobre todo no muy confiable, que les observaba sin perder ojo de Anna. Subieron a la primera planta donde, tras un pequeño pasillo con dos puertas a cada lado, les hizo entrar en la del fondo.

De pie, tras cerrar la puerta dejándolos a ellos dos, a Trenton y Bill dentro, la habitación parecía minúscula y asfixiante. Anna miró en derredor y en una esquina había un pequeño biombo. Caminó decidida hacia él encontrando tras el mismo una palangana de porcelana descascarillada y una jarra con agua y lo que parecía un par de cubetas que hacían las veces de excusado. Gimió para su interior y miró a Trenton.

—De esta habitación no podremos escapar, ni siquiera hay ventanas, de modo que ¿por qué no nos dejan un poco de privacidad para asearnos?

—No. —Respondió secamente.

—Vais a tener que salir. Me importa poco si nos van a matar, pero, hasta entonces, trataréis a milady con el decoro que corresponde. —Inquirió Calvin con gesto adusto cuadrando la espalda frente a Trenton que le sostuvo la mirada unos segundos—. De este miserable cuarto no se puede escapar de modo que si nos encierran no habrá forma de salir. Dejen privacidad a milady. —Insistió.

Trenton gruñó girando con desagrado abriendo la puerta haciendo un gesto a Bill para que saliere. Antes de cerrar la puerta señaló:

—Les traerán algo de comer y beber. Os conviene, milord, no dejar nada pues no sé cuándo volvamos a dejaros bajar del carruaje y probar otro bocado e incluso si llegaréis a hacerlo.

Cerró la puerta con brusquedad dejándolos solos. Anna miró a Calvin y después tras el biombo:

—En fin, en espacios más reducidos hemos estado, ambos, en un barco, aunque desde luego no tan poco halagüeños. —Le sonrió antes de extender el biombo—. Espero no os importe, pero creo que necesito cierta privacidad.

Calvin empezó a reírse dejándose caer en la silla mientras ella desaparecía tras el biombo. A Dios gracias no era melindrosa, como dijo en una ocasión, con certero tino, el pequeñajo de Jason, porque de lo contrario, ese tipo de situaciones iban a ser más penosas aún de lo que ya lo eran de por sí.

Tras unos minutos Anna salió señalando:

—Vuestro turno. Os he dejado bastante agua limpia y hay una pastilla de jabón, pero no os aconsejo usarla, huele a rayos.

Calvin se rio cediéndole la silla y procediendo como ella antes. Poco después apareció Bill con una bandeja que dejó en una banqueta antes de marcharse mirándolos a los dos con cara de desagrado malhumorado.

—Al bueno de Bill no le agradamos. —Señalaba Calvin sentándose en el borde del camastro pues no había más sillas.

Anna se rio:

—¿Qué le vamos a hacer? Otro caballero al que mi abuela diría espanto con mi frío recibimiento y mi distante proceder.

Calvin la miró sonriendo divertido:

—¿Eso es lo que hacéis? ¿Os mostráis distante con los pobres caballeros que intentan atraer vuestra atención?

—Oh sí, muy distante. En cuanto uno parece tener intención de acercarse yo corro en dirección contraria. Mi lema debiera ser, “con un salón de distancia entre ambos como mínimo”.

Bajó los ojos a la bandeja y vio una hogaza de pan, un trozo de queso, una olla de barro vieja que parecía contener una especie de guiso humeante y una jarra de cerveza.

Calvin tomó una cuchara y tomó un poco de guiso. Lo probó e hizo una mueca de desagrado:

—Bien, no es sabroso, pero no creo que nos convenga ponernos quejumbrosos. Al menos está caliente. Mataremos el sabor del guiso con el del pan y el queso.

Anna sonrió tomando la hogaza y partiéndola con las manos, pues no había cuchillo, ofreciéndole unos de los pedazos resultante a él. Empezaron a comer y ella reconoció que el guiso era francamente un espanto, pero con tal de no morir de hambre nada sobraba. Aunque el queso y el pan le supieron a gloria en comparación. Cuando hubieron terminado, Anna sonrió de pronto divertida:

—Puedo añadir a mi lista de aventuras el haber bebido cerveza. Julius, Albert, Aldo y Jason se reirán mucho cuando se lo cuente. Aunque, supongo, tendré que cambiar muchos de los datos reales de esta historia.

Calvin sonrió:

—Esos enanos son unos trastos de cuidado.

Anna se rio:

—La verdad es que no son peores de lo que lo fuimos mis hermanos y yo, aunque, en nuestro caso, mis padres tenían que lidiar con nosotros en un barco y con una tripulación a la que solíamos enredar en temibles trastadas. Aún hoy nos asombramos de no haber hundido el barco en más de una ocasión. Meli y Maxi eran los peores. Tienen la capacidad de entenderse con solo intercambiar una mirada y contra eso nada puede vencerlos.

Calvin se rio:

—James dice que a veces piensa que ella puede comunicarse con su gemelo incluso estando en distintas estancias. Parece que piensa en él y enseguida aparece.

—De pequeña, lo que más me gustaba era escucharles terminando las frases del otro, aunque conforme crecí conseguía enervarme tener una conversación con ellos en las que ninguno terminaba una frase pues lo hacía el otro y continuaban como si nada. Era agotador. Sobre todo, discutir con uno porque sabías que discutías contra dos y así no había forma de ganar. Simon aseguraba que el mejor modo de vencerles era enfrentarles previamente porque enfadados el uno con el otro solían ayudarse y defenderse, pero, al menos, se hallaban distraídos con su enfado y podías encontrar huecos en lo que nosotros denominábamos el muro de los gemelos.

—Puedo reconocer que tu familia me agrada. Toda ella.

Anna se rio:

—Pues claro. Incluso siendo un incordio has de tener buen criterio. Tu hermano lo ha tenido al elegir a Meli, aunque eso haya significado añadir un estigma a lo que Simon denomina entre risas nuestra “estirpe”.

Calvin sonrió:

—Empiezo a entender el motivo por el que tu hermano me puso sobre aviso sobre las vicisitudes de tener hermanas.

Anna sonrió con excesiva arrogancia:

—Somos unas vicisitudes adorables. La sal de la vida.

—Sí, una sal que escuece como mil rayos en una herida abierta. —Anna resopló y él ensanchó su sonrisa—: ¿Puedo preguntarte una cosa sin que te enfades? —Anna lo miró frunciendo el ceño, pero asintió por lo que él continuó—: ¿La razón por la que espantas a todos esos futuros pretendientes de tu lado es porque te gustaría encontrar a alguien como tu padre? Conozco tu deseo de poner una pastelería y dado que tu familia tiene los recursos para ello, no dudo que lo consigas a pesar de lo que puedan pensar algunos, pero también creo que ese es solo uno de los motivos y dada la relación que te une a tu padre, pienso, que también puedes desear un hombre como él.

Anna le sostuvo la mirada un buen rato ladeando al cabeza:

—Es posible. No es que desee un marido idéntico a mi padre, más, supongo que mi padre es mi principal referencia. Es bueno, cariñoso, inteligente, divertido, valiente y nos quiere mucho a mi madre, a mis hermanos y a mí. Nada malo habría en que buscare similitudes en los demás hombres.

Calvin sonrió:

—No, desde luego que no, más, también creo que la relación que os une es muy especial. Como dices, quiere a su esposa e hijos, pero contigo parece sentir una especial inclinación.

Anna sonrió divertida:

—Eso es porque soy la que más se parece a mi madre. Al igual que mi madre siente una especial inclinación por Maxi y Meli por lo mucho que se parecen a mi padre. Simon, como se parece físicamente a mi madre y a mí, pero tiene el carácter de

mi padre, siempre será el preferido de todos, especialmente de mi abuelo. Siempre ha dicho que Alexander y él eran sus nietos predilectos por ser los pequeños, pero yo sé que es porque se parecen a sus hijos en carácter y a sus nueras en aspecto. Yo quiero mucho a mi padre, no he de negarlo. Cuando era pequeña solo me dormía cuando él me cogía en brazos y, conforme crecía, el lugar en el que me hallaba a salvo, estuviere donde estuviere, era junto a mi padre. Mi madre siempre menciona que, siendo un bebé, bastaba que oyese su voz para que le buscase con los ojos y una vez los posaba en él, no los separaba. No es que quiera tener a alguien idéntico a mi padre a mi lado, pero, en lo esencial, sí que me gustaría que se pareciera. ¿Y tú? ¿Qué te gustaría que tuviere la mujer con la que compartas tu vida? Según Meli parece agradarte mucho lady Cinthia.

Calvin suspiró:

—Es bonita y encantadora, ¿por qué habría de negarlo? Pero supongo espero una especie de revelación que me indique si ella es la elegida.

Anna se rio:

—¿De veras? ¿Cómo un rayo que la ilumine bajo acordes celestiales?

Calvin se rio:

—No tan poético ni grandilocuente, pero algo similar.

Anna sonrió:

—James me enseñó una vez un retrato de vuestra madre y era realmente bonita. Supongo que el único defecto que pudiere achacársele, a los ojos de un esposo marino, es no gustarle demasiado el mar, pero a mi tía Amelia tampoco le gusta demasiado y se casó con el tío Max que no consigue vivir lejos del mar demasiado tiempo.

—Eso no menguó el cariño ni de ella por mi padre, quiero decir, mi padrastro, el capitán Crowell, ni el de él por ella. A mí me encanta el mar y no por ello dejaría de amar a una mujer a la que le asustase navegar.

Anna se encogió de hombros:

—Eso nos diferencia. A mí me encanta hacer pasteles, dulces y pan y aquél a quién ame no solo habrá de aceptarme por ello, sino que habrán de gustarle mis dulces. —Ensanchó su sonrisa—. Necesito un marido al que poder someter bajo el yugo de mi talento.

Calvin empezó a reírse negando con la cabeza:

—¿Lo encadenarás a tu voluntad so pena de no catar dulce alguno?

—¿No suena al mejor de los paraísos? —Sonreía con picardía.

Calvin se reía divertido por la expresión de su rostro y, sobre todo, por esa capacidad que tenía de embromarlo incluso hablando con cierto poso de verdad. Se levantó y abrió el armario.

—¿Qué haces? —Le preguntó con curiosidad observándolo.

—Buscar algo con lo que abrigarnos. Cuanto más al norte vayamos, mayor será el frío en las noches y si en el carruaje, me temo, pasaremos frío, más aún lo sentiremos de lograr escapar. —giró con una manta de tacto áspero en las manos—. Bien, no es lo que se dice una manta agradable, pero nos servirá.

Anna se levantó y tomó la que cubría la cama.

—Bien, pues contamos con dos. Aunque no sé cómo lograremos sacarlas de aquí sin que el posadero haga todo un estruendo por robarle la ropa de cama.

Calvin sonrió:

—Te sugeriría que la llevases bajo las faldas, pero quizás lo consideres un atrevimiento.

Anna miró la manta que sostenía entre sus manos frunciendo el ceño y después la de él.

—Umm ¿no quieres que esos hombres las noten tampoco?

Calvin sonrió:

—Sería lo mejor, sin duda, pero eso ya si se me antoja más difícil.

Anna negó con la cabeza.

—En realidad es más sencillo. Si me rodeo el cuerpo con ellas bajo el disfraz no se notará, pero habrás de ayudarme a abrir y cerrar el vestido. Una vez nos escapemos las usamos con libertad.

Calvin la miró con gesto serio.

—¿Estás segura? —Preguntaba dudoso sabiendo que tendría que ayudarla a enrollarse por encima de la camisola las mantas y después ayudarla a vestirse.

—Como bien dijiste, lo primero es preocuparnos de salir de esta con bien. Después ya nos preocuparemos de lo demás, como sentirme ofendida porque me hayáis visto con el vestido abierto. Vamos —Giró poniéndose de espaldas a él—. No perdamos más tiempo. Seguro esos hombres no tardan en venir a por nosotros. Desátame las cintas del corsé.

Calvin dudó un instante, pero enseguida se puso manos a la obra aflojando las cintas para que ella pudiese sacarse el vestido.

Anna se rio mientras caminó deprisa hacia el biombo:

—No preguntaré dónde has adquirido esa destreza para abrir el vestido de una dama.

Calvin guardó silencio viéndola desaparecer tras el biombo con las dos mantas en las manos a pesar de que sonreía divertido. Varios minutos después salía con el vestido puesto, pero sujetándose con ambas manos entorno al torso antes de girar y acercarse a él.

—Tendrás que atármelo y cerrar fuerte las cintas para que no se me mueva mucho el vestido con las mantas bajo él.

Calvin vio bajo el vestido las mantas que se había enrollado alrededor del cuerpo sobre la camisola. Suspiró para sus adentros pues iba a tener que deslizar los dedos por debajo de la tela para ajustarlo y cerrarlo bien.

—Menos mal que llevo la camisola porque las dos son tremendamente ásperas.

Calvin se concentró en cerrar el vestido procurando no hacer caso ni a la sensación de tener su piel tan cerca ni a la suavidad y calidez de la misma las pocas veces que la rozó en la parte superior. Lo ajustó y cerró bien antes de dar un par de pasos atrás mientras ella se volvía pasando las manos por el vestido para terminar de colocarlo. Agradeció, extrañamente, que se escuchare ruido fuera anunciando que esos hombres regresaban.

La tomó de la mano sin mediar palabra y tiró de ella para pegársela al costado rodeándola de inmediato con un brazo por la cintura. Anna no mostró oposición alguna ni se quejó pues, por algún motivo, se sentía a salvo cuando él hacía eso que, además, parecía convertirse en una costumbre a pasos agigantados. Nada más atravesar la puerta, Trenton les hizo salir ordenándoles, al igual que antes, que no hablaren con nadie ni hicieren señal alguna.

En cuanto se sentaron en el carruaje, les volvió a maniatar poniéndose en marcha con brusco arrancar nada más acomodarse en el asiento. En esta ocasión, tanto Anna como Calvin permanecieron atentos a lo poco que veían de los caminos y campos por los que pasaban intentando ubicarse y sobre todo conocer bien el trayecto que seguían. Tras unas horas solo atisbaron a ver un cartel que avisaba de encontrarse a pocas millas de Bedford. Cuando empezó a oscurecer, Trenton hizo una señal al cochero que tomó un desvío para un camino secundario, aunque no descendieron el ritmo de los caballos. Se detuvieron pasadas las cinco de la tarde en una posada de aspecto más que dudoso. Trenton y Bill bajaron y les hicieron esperar para después de unos minutos hacerles rodear la posada y subirles por una puerta trasera hasta el pasillo que daba a la planta de las habitaciones. Calvin no necesitó más que un segundo para comprender que no era una posada sino un burdel cercano a algún pueblo o ciudad pequeña. Si consiguieren averiguar cuál, podría ayudarles. Les condujeron hasta una destartalada habitación cerrando tras ellos la puerta una vez les desataron las manos.

Anna se dejó caer en la silla un poco cansada y magullada del traqueteo del último y tortuoso tramo recorrido. Calvin se acercó a ella y la tomó en brazos dejándola después sobre la cama.

—Tienes que dormir en un sitio que no se mueva tanto.

Anna suspiró poniéndose de costado mirándolo pues él se quedó de pie junto a la cama.

—Empiezo a creer peor que nos lleven mucho más lejos que el que decidan matarnos de una vez.

Calvin se arrodilló a su lado, junto a la cama, para poder mirarla cara a cara.

—Aun han de llevarnos un poco más al norte, pero eso es bueno, Anna. Cuando nos escapemos, estoy seguro que pensarán que intentaremos regresar a Londres

cuándo ocurrirá lo contrario. Iremos a Lancashire. Para cuando se den cuenta, seguro habremos puesto algo de distancia entre ellos y nosotros. Pero no te desanimes ni te dejes llevar por el desaliento.

Anna suspiró asintiendo.

—Está bien. Solo estoy un poco cansada y magullada de la última parte del camino. Solo eso. En cuanto duerma un poco, estaré bien.

Calvin asintió enderezándose y mirando en derredor.

Se acercó a la mesa donde había una jarra con agua y volcó un poco en una pila de barro. Mojó el pañuelo que llevaba en su levita y regresó junto a Anna sentándose en el borde de la cama y pasando el pañuelo por su frente.

—¿Mejor? —Preguntó tras unos segundos.

Anna asintió enderezándose y quedando sentada a su lado con la espalda apoyada en la pared.

—¿Sabes dónde estamos?

Calvin negó con la cabeza.

—No estoy seguro de cuál es la dirección con los últimos cambios de caminos cuando han comenzado a conducir por senderos estrechos y poco transitados. No puedo atisbar si vamos en dirección a Warwickshire, Leicestershire o Rutland, pero sí que ya estamos en el condado de Northamptonshire.

Anna asintió mirando hacia la puerta cuando escuchó pasos. Calvin giró el cuerpo para poder ver la puerta, pero sobre todo para ponerse delante de ella a modo de muro. Tras unos segundos en que se escuchó la cerradura y la llave, entró Trenton con Joe que sostenía una bandeja que enseguida dejó en el suelo junto a la puerta.

—Pasaremos aquí la noche. Os aconsejo no intentar escapar porque os mataremos, pero lo que es aún peor, la ralea de este establecimiento podría, de teneros en sus manos, haceros cosas que a buen seguro no os gustarían, sobre todo a una preciosidad como vos, milady.

Anna que solo asomaba los ojos sobre el hombro de Calvin se contuvo para no decir nada mientras notaba los músculos del cuello, hombro y espalda de Calvin endurecerse tensos ante la referencia a ella.

En cuanto se marcharon, Anna suspiró:

—Prométeme que cuando esto termine llevarás a ese hombre con barrotes ante un juez para que le encierre en algún sitio y tire la llave después.

Calvin se reía girando de nuevo para poder mirarla.

—Bien, puedo prometer que haré todo lo posible para ello.

—Si lo haces te consideraré un incordio, pero un incordio útil y necesario. Serás un mal menor.

Calvin rio negando con la cabeza:

—Ese halago me llena de orgullo y me siento tan estimado y apreciado que no creo llegue a sobreponerme a la sorpresa.

Anna suspiró alzando los ojos al cielo:

—Y de nuevo prima más tu faceta de incordio enervante. —Miró hacia la puerta y señaló—: Quizás en esa bandeja haya algo caliente.

Calvin se levantó y la tomó regresando a la cama pues en la habitación no había mesa sino solo una silla destartalada y la cama.

—Haz sitio para que ponga esto. Me temo que no hay otro lugar en toda esta lujosa estancia.

Anna se deslizó hacia su izquierda para dejar sitio para la bandeja que él dejaba entre los dos. Ambos observaron el contenido de la bandeja e hicieron idéntico gesto de desagrado.

—Creo que en esta ocasión me conformaré con el pan y el queso. —Decía Anna mirando con recelo el guiso.

Calvin sonrió:

—Seremos dos. —Añadía apartando el cuenco con el guiso.

Anna dio un par de bocados al pan y después un trago a la cerveza antes de tumbarse de costado en la cama. Calvin, que tampoco parecía tener apetito, apartó la bandeja antes de tomar una manta y extenderla junto a la cama. Anna le miraba desconcertada.

—¿Qué hacéis?

—Preparar un lugar donde echarme.

Anna se incorporó mirándolo fijamente:

—¿No dormiréis a mi lado?

Calvin le sostuvo la mirada con fijeza:

—Por favor. —Insistió ella—. Sé que no debería, pero no creo que consiga dormir sola. Aquí no me siento segura.

Calvin suspiró tras unos segundos con los ojos fijos en los de ella.

—Está bien, pero tu padre, abuelo, tíos y demás varones de la familia acabarán matándome si salimos vivos de esto.

Anna se rio divertida:

—Sí, sí que lo harán.

Calvin suspiraba sentándose en el borde de la cama.

—Gírate, voy a aflojarte el vestido para que estés más cómoda.

Anna sonrió:

—¿Así que pasas de querer dormir en el suelo por decoro a querer aflojar mi vestido en menos de un segundo?

Calvin la miró alzando la ceja:

—Si hemos de ser indecorosos, al menos, seámoslos cómodos.

Anna se reía dándose la vuelta para que él pudiese aflojarle las tiras de su espalda. Tras hacerlo, él la tapó con la manta tumbándose en su lado por encima de la manta. Anna, de costado, le miró fijamente antes de que apagara la vela.

—Gracias por no negarte.

Calvin giró poniéndose de costado cara a cara con ella sonriéndola:

—Respondería que un placer, pero dada nuestra precaria situación no me atrevo a tal eufemismo. Cierra los ojos, Anna. Prometo que estaré a tu lado cuando los abras y que no me moveré de aquí mientras duermes.

Anna suspiró.

—Este sitio no es una posada ¿verdad?

Calvin alzó una mano y le acarició la mejilla con el pulgar:

—No temas, Anna. Nada va a pasarnos. Te debo la vida, no lo he olvidado. Tampoco la ayuda de tu padre y abuelo. No pienso pagar esa deuda dejando que nada te ocurra.

—Si lo haces buscaré el perro más grande que exista y lo lanzaré con fiereza contra ti en venganza.

Calvin sonrió.

—Duerme. —Le ordenó sonriendo.

—Que conste que obedezco porque estoy cansada y prefiero cerrar los ojos para no ver el lugar en el que nos hallamos.

No tardó mucho en saberla dormida profundamente lo que le dio la oportunidad de observarla bien estando tan cerca el uno del otro. Desde que parecían aliados para salir airosos de ese lío, la notaba más relajada a su lado y le gustaba esa sensación casi tanto como le divertía verla y oírla refunfuñar. No podía dejar que esos tipejos le hicieran nada. Se aseguraría de sacarla de allí y devolverla sana y salva a su familia. Suspiró porque supo que si lo lograra tendría que hacer frente a una inevitable realidad. Ambos habían desaparecido juntos y eso era algo que estigmatizaría la reputación de Anna para siempre. Alzó la mano y deslizó la yema de su dedo por su mejilla sonriendo cuando ella, dormida, le dio un manotazo para apartarlo como si fuera una mosca molesta que perturba su descanso.

Todos los caballeros de la familia, junto con los hijos del marqués de Chester y los hombres de la tripulación de los dos barcos de Max y Cliff, atracados en ese momento en el puerto de Londres, salieron a primera hora de la mañana en dirección al norte separándose en tres grupos que seguirían los caminos y otros tantos que irían campo a través, una vez todos hubieron salido de la ciudad. Cliff, que llevaba con él a Max, a su hijo Maxi y al mayor de los hijos de lord Chester, lord Lucas, se reservó para él el camino que estima más probable considerando que Trenton y los suyos buscarían senderos y caminos poco transitados para recorrerlos rápida y discretamente. Mientras, William y Jonas, acompañados por el señor Spencer, seguirían los condados costeros del este de la isla atravesando Essex, Suffolk, Norfolk y finalmente Lincolnshire pues no creía que llegaren mucho más al norte con Anna y lord Donver.

Por su parte Ethan, acompañado de lord Allen, su hijo Sebastian y el segundo de los hijos del marqués, lord Kevin, seguiría la ruta de la izquierda, es decir, Buckinghamshire, los caminos del oeste de Northamptonshire en dirección a Warwick, Birmingham y finalmente Staffordshire. Cliff, en cambio, seguiría la ruta central, más enrevesada por estar más llena de caminos rurales y de escaso tránsito pero que creía la más probable para personajes como Trenton pues buscaría el secreto y discreción antes que la comodidad y seguridad. Atravesaría Hertfordshire en dirección a Bedfordshire y Horthamptonshire y, de no tener pistas sobre que tomase la ruta de Rultand, optaría por seguir por Leicester y seguir pistas o bien hacia Derbyshire o, en su caso, Nottinghamshire. Esperaba fervientemente que no decidieren acabar con lord Donver antes pues dadas las muchas posibilidades, senderos y caminos que recorrer, necesitaban cierto tiempo para localizarlos y alcanzarlos.

Conforme avanzaban y se detenían en las posadas y puestos de postas a preguntar y buscar cualquier indicio por pequeño que fuere, el desánimo empezaba a crecer con la misma intensidad que su furia y deseos de despedazar a quién se llevó a su pequeña y más si le hacían algo.

Fue cerca de Hertford, en una posada, donde por fin encontraron la primera pista. Un hombre, cuya descripción se ajustaba a la de Trenton, había hecho un cambio de caballos en un carruaje cuyos ocupantes, se había encargado de decir a la posadera, era una pareja de enamorados en plena fuga, pero ni ella ni ninguno de los clientes los vieron pues no bajaron del carruaje y salieron presurosos una vez cambiado el tiro de caballos. Siguieron la ruta hacia Bedford y, aunque algo le decía a Cliff que ellos tomarían senderos secundarios, él tomó la ruta principal con el único objetivo de ganar algún tiempo y acortar millas a sus perseguidos. Para cuando alcanzaron Bedford e hicieron un cambio de caballos, empezaba a anochecer. Por mucho que corriesen, sabía que Trenton y los suyos habían de pernoctar en algún sitio de modo que decidió continuar hasta que alcanzaren el condado de Northampton y detenerse a descansar solo unas horas para comer y reponer unas pocas fuerzas.

Sentado, ya de madrugada, en el salón privado de una posada, estudiaba concentrado los mapas, senderos y posibles caminos no señalizados mientras Maxi, lord Lucas y Max dormían. Tras unos minutos apareció Max sentándose frente a él:

—Deberías dormir unas horas, Cliff. En nada ayudaría a Anna que te cayeres del caballo por agotamiento.

Cliff alzó la cabeza y miró serio a su amigo:

—Se han llevado a mi pequeña, Max. Mi pequeña Anna está ahí fuera en manos de unos canallas. No puedo descansar.

Max suspiró pesadamente dejándose caer en el respaldo del asiento.

—Anna es una Mcbeth, no lo olvides. No se rendirá ni se dejará avasallar. Se parece demasiado a su madre, a la tía Blanche y a Amelia. Si te sirve de algo, dudo que Donver deje siquiera que le rocen un cabello.

Cliff de nuevo alzó los ojos hacia él con preocupación:

—Sí, pero Donver se encuentra en una tesitura tan delicada o incluso peor que la de Anna. Recuerda que a él lo quieren y necesitan muerto. De cualquier modo, te aseguro una cosa. Voy a descuartizar a ese barón y al miserable de Dennilson y como uno solo de esos hombres simplemente roce la mano a mi pequeña, la ira de Dios no será nada en comparación con la que conocerán de mi mano.

Max sonrió:

—No seré yo el que te refrene, no temas. —Se puso en pie mientras añadía—: Vamos, duerme al menos tres o cuatro horas. En cuanto amanezca buscaremos pistas para elegir la senda a tomar.

Cliff suspiró pesadamente mientras se ponía en pie con desgana:

—Mi gatita se encuentra perdida, Max, ¿Cómo crees que podré dormir?

Calvin despertó desconcertado con la sensación de peligro rondándole. En cuanto abrió los ojos comprendió dónde se encontraba. Abrazaba a Anna que permanecía acurrucada a su lado profundamente dormida con la cabeza apoyada en su hombro. No se movió durante unos minutos observándola con la luz del día que entraba por el minúsculo ventanuco del techo, viejo y sucio, permitía, no obstante, entrar la luz del amanecer. Una luz aun ligeramente anaranjada por lo que supuso no serían más de las seis de la mañana. La observó, con su recogido ya deshecho dejando su pelo ondulado caer sobre su hombro y espalda. Observó su perfil. Era idéntica a su madre, casi dos gotas de agua y, como en una ocasión escuchó decir al conde y al almirante, lady Julianna fue la más hermosa de las jóvenes de su época aun no teniendo los ojos azules y el cabello rubio tan en boga entre la aristocracia inglesa. La observó unos minutos en completa quietud y silencio y recordó la vez que la vio en la terraza, el día del décimo octavo cumpleaños de sus hermanos gemelos. Aún era una muchachita y ya despuntaba la belleza serena y cautivadora que tenía ahora. Suspiró conteniendo un gruñido de frustración. En nada le convenían esos pensamientos cuando estaba con ella, menos aún en esa situación, y menos todavía estando tumbados, solos, en un camastro perdido Dios sabría dónde. James iba a matarlo, lord Plamisthow iba a matarlo, él mismo debiera matarse por pensar en Anna del modo en que empezaba a pensar. Inspiró para tomar una bocanada de aire lo que no fue sino un error pues el aroma de su cabello y piel impregnó sus fosas nasales, llenando de golpe sus sentidos de un modo que lo aturdió por unos segundos. Se removió con suavidad para abrir sus brazos y dejar de abrazarla como lo hacía, antes de incorporarse ligeramente y sentarse en el borde del camastro. Tomó un par de buenas bocanadas de aire antes de girar el cuerpo para poder mirarla. Le tomó la mano y se la apretó suavemente.

—Anna. Anna, despierta.

Anna tardó un poco en reaccionar a la voz que le llamaba y removiéndose incómoda abrió los ojos encontrándose a su lado a Calvin mirándola con fijeza. Gimió incorporándose poco a poco:

—Podría haber sido una pesadilla. —Señaló con voz resignada pero también con cierto sentido del humor.

Calvin sonrió:

—Yo también me alegro de verte.

Anna hizo una mueca:

—Lo siento. Prometo que no suelo levantarme de mal humor, pero habría estado bien despertar y descubrir que ese loco del barón y sus secuaces no son más que el producto de mi vívida imaginación.

Calvin se rio entre dientes poniéndose en pie y ayudándola a hacerlo. La giró y con suavidad le apretó de nuevo las cintas mientras decía justificándose:

—Prefiero que estemos preparados para cuando vengan a por nosotros, lo que, presumo, no será dentro de mucho porque les conviene salir de aquí antes de que toda la ralea de este establecimiento, como bien los describió ayer ese tipejo, se despierte.

Anna asentía y le dejaba hacer. Enseguida se terminó de ajustar el vestido cuando lo tuvo ya bien cerrado. Se pasó las manos por el pelo haciendo una mueca de disgusto.

—Sería demasiada fortuna que tuvieras un peine en uno de tus bolsillos ¿no es cierto?

Calvin se rio.

—Sí, lo sería. No te preocupes, no tardaremos demasiado en fugarnos. Dejaré que nos lleven un poco más al norte, pero, sobre todo, esperaré hasta tener certeza de dónde estamos antes de huir.

Anna asintió sentándose en el borde del camastro:

—Supongo que para huir necesitaremos todo el dinero posible, sobre todo para deshacernos de estas ropas y tomar otras nuevas.

Calvin se sentó a su lado sonriendo:

—Sí, estás en lo cierto.

—¿Cuánto dinero tienes?

Calvin sonrió:

—Bien, ciertamente no esperaba tener que viajar cuando acudí a la mansión de los marqueses, más, algo sí llevo.

Anna abrió el bolsito que prendía de su muñeca volcando su interior. Tomó la bolsita de terciopelo con las monedas que llevaba para después ofreciéndosela.

—Eso es todo lo que yo llevo.

Calvin se rio tomando de su mano la bolsa y de inmediato volcándola descubriendo, en vez de unos cuantos peniques o monedas sencillas como esperaba, varias monedas de oro.

—¿Cómo es que llevas tanto dinero para acudir a un baile?

Anna negó con la cabeza.

—La tía Blanche siempre nos da una moneda de oro al salir de casa tras la cena para que, si ocurre algo, podamos tomar un coche que nos lleve a casa sin importar lo

lejos que estemos y, como nunca uso ese dinero, va acumulándose hasta que acaba siendo pesada la bolsa y entonces se la doy a tía Mely para que lo meta en el cepillo del orfanato.

Calvin sonrió negando con la cabeza. Estaba seguro que cualquier jovencita se gastaría ese dinero en fruslerías en las tiendas de Bow Street, pero a ella no parecía importarle tener ni llevar esa pequeña fortuna y menos gastarla en cosas para ella. Sabía que la fortuna de las Mcbeth era considerable y que la tía Blanche era extremadamente generosa con su familia, pero, al parecer, todos ellos lo eran.

—Bien, puedo reconocer que tu bolsa es más abultada que la mía y nos ayudará sobremanera en nuestra huida.

Anna asintió:

—Estupendo, pero no olvides contarlas y decirme cuánto hay para sacar la misma cantidad del cajón de mi dormitorio y dárselo a la tía Mely. Los niños de la escuela—orfanato no van a pagar por las locuras de ese demente del barón de Folks ¿verdad? No sería justo.

Calvin se rio.

—No, no lo sería, aunque convendría que ni nuestros captores ni nadie viere la bolsa. Mejor escóndela bajo el vestido y así, en caso de que cayeren en la cuenta de quitarnos el dinero, solo encontrarán el mío.

Anna frunció el ceño, pero enseguida tomó la bolsa y se la colocó entre la camisola y el corsé del miriñaque.

—Buena idea. —Decía admitiendo el acierto. Le miró con picardía después señalando—: Realmente vas a ser un incordio muy útil, ¿quién lo hubiera dicho?

Calvin soltó una carcajada.

—Gracias. Eres extremadamente amable y generosa.

Tras unos segundos Anna le miró con fijeza:

—¿De veras conoces lo bastante esta zona para poder movernos rápido por el campo con esos hombres persiguiéndonos.

Calvin suspiró:

—Conozco bien Lancashire, Manchester y Merseyside, pero puedo conducirnos a través del condado de Derbyshire con cierta soltura. Por ello nos conviene llegar lo más al norte que podamos, aunque espero atraviere Leicester o incluso Nottinghamshire pues si se desvieren hacia la costa Este, hacia Lincolnshire, nos sería más complicado encontrar lugares seguros o incluso si decidiéremos tomar el camino de regreso a Londres, aquélla zona cuenta con demasiadas granjas con campos abiertos y en los caminos nos apresarían con facilidad.

—¿Y no habría alguna forma de instarles, sin que lo supieren, a atravesar Northamptonshire en dirección a Leicester?

Calvin frunció el ceño meditándolo pues quizás si fuere conveniente alentarlos de algún modo a tomar esa dirección, pero ¿cómo?

—Quizás si insinuáremos que, seguramente, los regimientos de Dakham y los de Birmingham hayan recibido aviso de nuestra desaparición, ese canalla de Trent decida eludir caminos que se acerquen a los puestos de los enclaves del ejército y no le quede más remedio que optar por Leicester como el camino entre ellos.

—Pero podría entonces decidir escoger dirigirse a la costa y acabas de decir que eso no nos conviene.

—Cierto. —Asintió Calvin—. Sería un riesgo.

—Aunque si tú insinúas lo de los regimientos, quizás yo puedo también deslizar en algún momento la idea de que con cierta probabilidad mi padre o el tío Max estén rodeando la costa en alguno de sus barcos para ir más deprisa.

Calvin sonrió divertido:

—Puede que al final ambos podamos tildarnos útiles.

Anna le dio un golpe en el hombro:

—Eso es una grosería.

Calvin sonrió divertido. Tras unos segundos Anna miró en derredor viendo a la luz del día el antro en el que estaban. Al escucharla suspirar Calvin tomó la mano de su regazo y se la apretó.

—No es un sitio muy recomendable, pero, con suerte, nadie sabrá jamás que estuvimos en él.

Anna asintió:

—Bueno, yo prometo no contarlo.

Calvin sonrió. Ambos se quedaron un buen rato sentados expectantes hasta que esos hombres fueron a buscarles y, como Calvin había supuesto, volver a sacarles por la parte de atrás evitando cruzarse con los tipejos del lugar que aún permanecerían dormidos, seguramente con las prostitutas de ese burdel.

Nada más acomodarse en el carruaje, Trent y Bill volvieron a manietarles sin decir nada. Calvin esperó casi media hora intentando averiguar la dirección que tomaban y en cuanto vio un cruce con varias señas calculó que se encontrarían Rothwell pero sospechaba que iban en dirección a Corby y si no se equivocaba a Oakham. Si no les hacía girar el rumbo y dirigirse hacia Market Harborough y Wigston, atravesarían Rutland y seguramente tomarían la ruta de Lincolnshire, aunque dudaba terminasen de atravesar este último condado antes de que decidieren, por fin, detenerse y fingir su asalto en cualquier camino.

Miró a Anna que permanecía con la vista fija en la rendija que separaba las cortinillas de la puerta de su lado del carruaje y como él, parecía buscar pistas del camino y dirección tomados.

—No te preocupes, Anna, estoy seguro que tu abuelo y tu padre habrán enviado aviso a los regimientos en el camino a Escocia para que nos busquen.

Anna giró el rostro hacia él y enseguida comprendió que intentaba sacar a colación lo hablado con ella. Asintió intentando no resultar en exceso descarada:

—Solo conozco el regimiento que está en Birmingham, ¿hay algún otro?

Calvin la sonrió sabiendo que estaba intentando hacer comprender a los dos hombres que permanecían atentos a cada palabra las alternativas que tenían, o, mejor dicho, las que ellos querían creyesen tenían.

—Tu abuelo y tu padre habrán mandado aviso a todos los regimientos, no solo al de Birmingham. Hay otro cerca de Dakham. De ellos habrán salido patrullas por los caminos de esos condados.

—¿Por qué iban los soldaditos a buscar a una pareja de atontados aristócratas que se fugan a Escocia? —Preguntó Trenton con desagrado.

—Porque no somos simples aristócratas. ¿Aún no lo han entendido? Milady es hija, sobrina y ahijada de algunos de los más reputados oficiales de la Marina Real. Los soldados ingleses protegen a los suyos y sus familias. Lo consideran una cuestión de honor. Además, les hemos asegurado que ninguno de los varones de Worken creerán esa absurda historia de la fuga de enamorados. —Respondió Calvin con excesiva arrogancia intentando así remarcar esa posible búsqueda de los militares y con ello intentando que fuere más creíble el peligro para ellos de esa posibilidad.

Bill miró a su amigo con gesto de clara preocupación.

—Si empiezan a seguirnos soldados, yo me marchó. No pienso dejar que me acorralen uniformados.

Trenton lo miró furioso y después a Calvin:

—¿No ves que intenta enredarnos?

—No pienso arriesgarme a que sea verdad. Llevarnos a la hija de De Worken no estaba en el trato y menos que nos acorralen soldaditos furiosos.

—Maldita sea. —Gruñía Trenton antes de dar un golpe al coche que se paró unos metros después bajándose con evidente enfado.

Anna y Calvin permanecieron en silencio mientras Trenton subía al pescante del conductor y le oían decirle algo, aunque no oyesen exactamente el qué. Anna giró el rostro y sonrió con falsa inocencia a Bill que permanecía frente a ellos vigilándolos:

—Siempre podéis seguir bordeando la costa.

Bill la miró entrecerrando los ojos con desconfianza.

—¿Pensáis que voy a caer por vuestra cara de inocencia, milady? ¿Por qué íbamos a seguir esa ruta? ¿Creéis que no os creo tan astuta para enredarnos?

—Bill, deja de escucharles ¿no ves que intentan engatusarnos? —Se escuchó la voz de Trenton que asomó la cabeza con tensión y enfado que enseguida miró a Calvin y a Anna—. ¿Qué están intentando?

—Creo que milady pretende que nos dirijamos a la costa. —Contestó Bill.

Trenton giró el rostro con rudo gesto hacia Anna:

—¿Qué intentáis? ¿Por qué queréis que nos acerquemos a la costa? — Se quedó callado unos segundos mirándola con fijeza antes de sonreír—: Sois astuta. Sabéis

que, si nos acercásemos a la costa o a algún puerto, nos hallaría vuestro padre. Pensáis que nos sigue por mar, ¿no es cierto?

Anna no contestó sabiendo que no debía hablar demasiado no solo para no enredarse demasiado sino para no enfadarlos mucho más.

Trenton de nuevo se incorporó y subió para hablar con el cochero. Tras unos minutos entró con brusquedad cerrando la puerta justo cuando el coche arrancó con un tirón violento. Les miró con gesto de evidente enfado y contrariedad durante unos minutos. Calvin alzó los brazos y la rodeó con ellos acomodándola en su costado sin dejar de vigilarlos de soslayo. Anna se dejó hacer pues el carruaje daba bruscos bandazos y le resultaba difícil sujetarse con las manos atadas.

Permanecieron en silencio las siguientes dos horas y pronto Calvin se supo en dirección a Harborough al reconocer a lo lejos una granja y la casa de ésta por la que había pasado varias veces cuando atravesaba Leicester en dirección a Lancashire en la época en que estudiaba en la universidad y regresaba, en las fiestas y algunas vacaciones, a la propiedad familiar. Bajó la cabeza, e instando a Anna a alzarla un poco, posó sus labios en su oreja y susurró:

—Parece que ha dado resultado, vamos en dirección a Harborough.

—Eh, déjense de enredos.

La voz tajante e imperiosa de Trenton les hizo a ambos mirarlo. Anna le miró con cara de no haber roto un plato en su vida:

—Milord solo se preocupaba por mí. Me preguntaba si me encontraba bien. Conoce mi incomodidad a viajar en carruaje especialmente en trayectos tan largos.

—Es lo que les ocurre a las mujeres remilgadas. Todo son problemas y quejas con ellas. —Aseveró Trenton con desprecio.

—Es posible, más, de momento, no creo que debiera formular queja alguna ni de mi comportamiento ni el de milord. Hemos sido todo obediencia y facilidades.

Trenton gruñó:

—Déjense de cháchara y no enreden más o la próxima que nos detengamos ni me molestaré en darles comida.

Calvin instó a Anna a volver a acomodar la cabeza en su hombro. Le era más fácil sujetarlos a ambos en ese traqueteo teniéndola bien encajada en su costado, además, si el cochero cogía un mal bache, un socavón o una curva muy pronunciada, Anna podría ser lanzada de golpe al otro lado pero, sobre todo, la quería muy cerca conforme más pasaba el tiempo, no solo porque notaba a ese Trenton cada vez más irascible, sino porque no se sentía del todo seguro de poder protegerla de producirse un forcejeo o alguna situación descontrolada en un espacio tan pequeño puesto que cualquiera de ellos podría tirar de ella por sorpresa y alejarla de él. Iba a protegerla a cómo diere lugar.

No pasaron muchas más horas antes de llegar cerca de Fleckney, lo que supo enseguida pues vio un viejo cartel que anunciaba, en el camino secundario por el que circulaban, la proximidad de una posada, última, anunciaba, antes de llegar a Fleckney.

Calvin no tardó en comprender que Trenton iba a hacerles bajar allí y quizás también en Wigston o Leicester para hacer creíble la historia de la huida, pero, después, procedería a matarles sin demora. Se detuvieron en la posada y Trenton se bajó entrando en la misma para regresar unos minutos después.

—Bien, ahora vais a bajar y caminar directamente al reservado del fondo del salón. No habléis ni miréis a nadie. Si os veo hacer un mero gesto, lo pagaréis muy caro.

Calvin y Anna asintieron tras desatarles las ataduras, dejando Anna que Calvin le ayudara a descender del carruaje sintiendo de inmediato un escalofrío por el cambio de temperatura. Calvin la rodeó por la cintura acercándose:

—Te dije que conforme más al norte fuéremos más notaríamos la bajada de la temperatura.

Anna asintió agradeciendo llevar bajo el miriñaque esas horribles mantas pues sin capa, sombrero ni guantes para el exterior, ya que solo llevaba los de encaje del baile, sentía el frío calar rápidamente en su cuerpo.

Siguieron a Trenton al interior notando no solo su tensión sino la de Bill y Joe que, aunque sabían llevaban pistolas en los bolsillos donde escondían sus manos, fingían estar al servicio de ambos actuando como guardianes. Calvin comprendió que Trenton, en esta ocasión, quería que les vieran pues era una posada concurrida, no de aristócratas, pero sí de gente que claramente estaba de viaje o eran lugareños y, desde luego, no debía ignorar que el atuendo que lucían les garantizaría la atención de todos los que estuvieran en el salón. Nada más alcanzar el reservado, Trenton les hizo entrar y cerró la puerta tras ellos con él y Bill dentro.

—Sentaos. —Ordenó tajante.

Anna caminó hasta la mesa y tomó asiento junto a la ventana y Calvin la siguió sentándose a su lado.

—Ya he encargado la comida.

—¿Puede pedir un poco de té para mí? —Preguntaba Anna mirándolo con fijeza—. Hace frío y no creo que me ayude beber cerveza de nuevo.

Trenton gruñó y girando el cuerpo miró a Bill antes de ordenarle:

—Pide té para milady.

Bill suspiró cansino antes de salir y volver a cerrar la puerta tras él mientras Trenton tomaba asiento frente a ellos con cara de pocos amigos. Anna le sonrió antes de decir:

—¿Me permitirá ir al excusado?

Trenton gruñó de nuevo:

—Sois demasiado exigente. Té, excusado. Es evidente no estáis acostumbrada al rigor de la vida y que todo os lo dan en bandeja de plata los sirvientes y lacayos.

Anna se rio:

—He pasado más tiempo a bordo de un barco que en tierra. No deberíais juzgar tan precipitadamente. He tenido una vida privilegiada, no lo niego, pero no deis por sentadas tantas cosas. No todos los aristócratas son iguales, así como no todos los canallas son iguales.

Trenton soltó una carcajada, de pronto divertido por la impertinencia de la joven.

—Quizás no seáis como todas esas damiselas que no saben dar paso alguno sin que un criado les alise el suelo, pero ello no os ayudará en esta ocasión. Vuestro destino se halla sellado.

Anna asintió con un golpe de cabeza y después le volvió a sonreír:

—Pero en ese destino por sellado que esté, al menos, cabrá una posibilidad de aseo, ¿No es cierto?

Calvin sonrió negando con la cabeza antes de mirar serio a Trenton:

—Dejadnos ir a asearnos. Acompañadnos a una habitación y encerrarnos en ella unos minutos mientras traen la comida.

Trenton suspiró pesadamente:

—Si no dais problemas, dejaré que ambos subáis unos minutos a una habitación. Pero más os vale, milord, no dar problemas.

Anna sonrió limitándose a aceptar sin rechistar ni hacerle enfadar más, además, tenía la esperanza de que en esa posada sí pudieren comer en condiciones y sobre todo sin hacer enfadar más a ese hombre especialmente porque notaba cómo Calvin parecía atento a lo que les rodeaba como si empezare a hacer cálculos y ver modos y formas para escapar y más concretamente en hallar el mejor momento para hacerlo.

No dejaron a la posadera ni a ninguna de las meseras entrar para servir la comida, sino que fueron Bill y el propio Trenton los que entraron con las bandejas que dejaron encima de la mesa. Calvin y Anna se limitaron a comer en silencio, disfrutando, por primera vez en esos dos días, de comida decente y caliente. Una vez terminaron, Trenton cumplió su palabra y les encerró en una habitación donde pudieron asearse con agua limpia y jabón. Antes de bajar, Anna mientras se desenredaba el pelo con un peine, miraba a Calvin.

—Sabes dónde estamos y la dirección que llevamos, ¿no es cierto?

Calvin alzó los ojos hacia ella tras volver a ponerse las botas y terminar de vestirse pues ambos se asearon bien por turnos tras un biombo y con una tina de agua.

—Sí. Esperaré a que nos lleven un poco más al norte, lo más cerca que podamos de Leicester. Dudo que crucen la ciudad, pero si llegamos cerca de ella o incluso si la alcanzamos debiéramos escapar y usar la ciudad, sus calles y sus gentes para eludirles. Además, allí podremos hacernos con ropas y comida y, con suerte, caballos. —De pronto se quedó callado sabiendo que a ella le asustaban—. Anna, ¿tendrás algún problema si consiguiéremos caballos? Tendremos que ir campo a través y por terrenos no muy transitados.

Anna se encogió de hombros:

—Como se encargó mi padre de lograr, no es que sea la mejor amazona de las islas, pero sé montar con soltura. Que no me gusten los caballos no quiere decir que no acepte, en ocasiones, valerme de ellos, sobre todo si pueden salvarnos la vida.

Calvin la miró serio unos segundos calibrando la verdad de sus palabras o si simplemente intentaba no mostrarse temerosa.

—Está bien, si nos acercamos a Leicester, huiremos a la primera oportunidad y nos dirigiremos directamente allí y buscaremos ropas, comida y sobre todo monturas para escapar, aunque presumo que primero tendremos que escondernos bien para que no nos alcancen.

Anna asintió.

—Lo que no logro atisbar es cómo esperas escapar y lograr distanciarnos lo bastante para que no nos atrapen.

—No lo sé, pero habremos de estar en todo momento atentos para hallar el modo.

Se levantó y rebuscó por la estancia. Tomó el cubo del carbón de la chimenea y uno de los paños. Anna se levantó y le observó escribir sobre el paño “siete hombres, armas, Lancashire. Enseñar a lord Plamisthow”

—¿Qué vas a hacer con eso?

Calvin se puso en pie y tras dejar el paño en el borde de la tina tras el biombo con un par de monedas, regresó junto a Anna.

—Con suerte lo encontrará el posadero o cualquiera de las meseras y se lo enseñará a tu padre si alcanza esta posada. Son pocas las probabilidades de que así sea, pero no por intentarlo perdemos nada.

—Pocas las posibilidades. —Repitió ella pensativa—. Sí, supongo que incluso aunque llegare hasta aquí nada garantiza que el posadero o quién encuentre el paño no se quede las monedas sin más.

Calvin sonrió limpiándose las manos del carbón empleado:

—Pero nada perdemos por intentarlo.

Anna se rio:

—A salvo dos monedas.

Calvin se rio entre dientes:

—A salvo eso.

—¿Crees que llegaremos hasta Leicester o Trenton pensará que ya hemos viajado bastante?

Calvin tuvo el deseo de mentirla para no asustarle, pero sabía que no podía mantenerla en la ignorancia especialmente pues ambos debían estar atentos y alerta.

—No, no creo que nos lleven más allá. También han de pensar en su seguridad y cuanto más nos retengan, más riesgo corren de ser capturados.

Anna hizo una mueca:

—Supongo que sí, que es así. Deberíamos pensar cómo escapar y lograr el tiempo suficiente para huir tomando la distancia necesaria para tener una oportunidad.

Calvin asintió.

—Mientras almorzábamos se me ha ocurrido un modo, no del todo fácil, pero, al menos, sí más viable que intentar escapar desde el carruaje.

—Es decir, que en la próxima parada en que bajemos deberemos escapar. —Entendió rápidamente Anna.

—Y preferiblemente hacerlo cuando estemos en un reservado no en una habitación donde, como ahora, siempre mantienen a dos hombres en la puerta. Aunque presumo, esto no será fácil.

Anna sonrió:

—A diferencia de antes en que solo permanecían Bill y Trenton con nosotros mientras los demás estaban en el salón. Entiendo.

Calvin sonrió pues ciertamente era muy intuitiva.

—Pero ¿cómo nos desharemos de Trenton y Bill? Están armados. —Insistió Anna.

—Eso aún está en fase de concreción, pero me temo que deberemos ser osados y algo temerarios.

Anna se rio:

—Deberías haber sido secuestrado con Meli. Ella ha copado toda la osadía y temeridad en la parte femenina de la familia. Yo tiendo más a la meditación y a dar órdenes a los temerarios de la familia, es decir, todos menos mi madre y yo.

Calvin sonrió negando con la cabeza, pero no tuvieron tiempo a decir nada más pues Trenton entró con rudeza en la habitación conduciéndoles directamente al coche, con la fortuna para ellos de que no se molestó en inspeccionar la estancia antes de dejarla.

Por su parte Cliff, Max y sus acompañantes, salieron, en dirección al norte, antes de terminar de amanecer, siguiendo la ruta que conducía a Kettering pues Max y Cliff siguieron el consejo de uno de los mozos que juzgaba los caminos hacia Kettering los que más probablemente seguiría un carruaje que pretendiere detenerse lo menos posible pero encontrando un par de postas de caballos, aunque a Cliff le preocupaba que ese mismo mozo les hubo dicho que, en ese camino, solo había una posada para pernoctar y que solía estar muy concurrida, por lo que él sabía en ella no se detendría un tipejo como Trenton arriesgándose en demasía. Al menos en una de las postas, uno de los mozos reconoció haber cambiado, tras el almuerzo del día anterior, los caballos de un carruaje procedente de Londres en el que iban al menos cinco hombres, además del cochero y que, además, pensaba iba en dirección a Rothwell pues le preguntó por postas pasado el cruce anterior al mismo. Se pusieron en camino, aunque Cliff tenía la

certeza que, llegados allí, tendrían que tomar uno de los senderos que conducía a distintos caminos y de equivocarse les alejaría demasiado de sus perseguidos.

Forzaron la marcha y azuzaron sus caballos no deteniéndose hasta alcanzar la última posta previa a Rothwell donde preguntaron no solo a los que se encontraban en la posta sino en todas las casas alrededor de la misma, por si hubieron visto carruaje alguno con varios hombres colocados en los pescantes. Fue un niño de poco más de doce años quien dijo que, estando en la colina con sus cabras, vio detenerse de golpe a los pies de la misma, en el sendero, y salir de él un hombre que discutió con algunos de los hombres del pescante y el cochero y finalmente retomar el camino, pero cambiando la dirección pues giraron y rodearon la colina para tomar el camino hacia Desborough. Era evidente que ese Trenton quería evitar los caminos principales pues tomó el que discurría parejo al camino principal que cualquiera tomaría. De todos modos, Cliff, Max y sus acompañantes siguieron un ritmo implacable hasta alcanzar Market Harborough donde se detuvieron, a la hora del almuerzo, solo para cambiar de caballos y para comer y beber algo antes de caer desfallecidos. Cliff apenas si probó bocado pues no estaba muy convencido que ese Trenton quisiera llevar más al norte a sus presas antes de acabar con ellas. Mientras los demás terminaban de comer y preparaban sus caballos, Cliff y Maxi recorrieron las calles de la pequeña ciudad preguntando por si alguien hubiere visto u oído algo. Desesperados, regresaron a la posada justo cuando el coche de postas paraba en la puerta. Iba en dirección contraria a la suya. Mientras ellos sacaban sus monturas del establo lord Lucas se detuvo a charlar con el cochero de la posta y tras un par de monedas este le indicó a una pareja ajada que acaba de entrar en la posada. Lord Lucas entró y se sentó con ellos unos instantes regresando rápido junto a sus acompañantes después.

—Milord. —Se puso frente a Cliff con gesto animoso—. Acabo de hablar con una pareja que se ha subido a la posta a la altura de Gumley a primera hora de la mañana, cree que ha visto pasar el carruaje que buscamos. El caballero afirma le llamó la atención pues se detuvieron unos instantes para cambiar solo dos caballos del tiro. Iban en dirección a Fleckney, pero, en vez de tomar el camino que va hacia Saddington por el lado este, iban a rodear la pequeña laguna por el lado oeste, evitando la posada de esa parte, lo que les resultó en extremo extraño ya que nadie bajó del carruaje en Gumley.

Cliff miró a lord Lucas pensativo:

—Eso significa que estamos en lo cierto y se dirigen por caminos poco transitados. Nos llevan medio día de ventaja.

Max le miró con fijeza y después sacó el mapa que puso entre ellos para estudiarlo:

—La fortuna ha de estar a nuestro favor. Deseemos que lleguen hasta Leicester o por lo menos que nosotros les demos caza para entonces. Suponiendo que hayan parado a descansar el tiro y comer algo, es posible que estén cerca de Fleckney. Habrán de tomar los senderos hacia Wigston o quizás Oadby. Por esas zonas hay muchos caminos secundarios entre granjas y zonas de cultivo. Será difícil hallarles

salvo que hayan dejado una pista, pero, como señalaba, con suerte, seguirán camino hacia Leicester debiendo hacer al menos dos paradas.

Cliff asentía guardando de nuevo el mapa:

—Démonos prisa. Debemos alcanzar Fleckney antes de que oscurezca y buscar referencias o pistas para entonces. Leicester debemos considerarlo el límite para nosotros y para ellos. Dudo que ese Trenton se arriesgue a llevarlos más al norte, aunque de todos modos deberá encontrar un sendero poco transitado para llevar a cabo el mandato del loco del barón.

Enseguida subieron a sus monturas frescas poniendo rumbo hacia Fleckney.

En el carruaje, cuando empezaba a anochecer, Anna notaba ya los rigores de tantas horas de traqueteo y la bajada de las temperaturas. Se acurrucó en el costado de Calvin que, de nuevo, la rodeó con los brazos permitiéndole acomodarse y buscar un poco de calor. Miró hacia delante a sus captores.

—¿Vamos a detenernos a pasar la noche? Milady necesita descansar.

—No, no pararemos tantas horas. —Respondía secamente Trenton.

—Pues al menos se detendrán para darnos algo caliente con lo que poder entrar en calor y nos dejarán asearnos.

Trenton gruñó:

—Pararemos para cambiar el tiro de los caballos y si no dan problemas les dejaremos descender y comer algo.

Calvin le sostuvo la mirada en silencio antes de desviar los ojos hacia el campo, oscurecido hacía un par de horas, reconoció el camino de Kilby y supo que estaban en la ruta directa a Wigston lo que implicaba que, si lo pasaban y paraban tras el mismo en la primera o segunda posada que encontrasen, él y Anna iban a tener que encontrar el modo de escapar y aprovechar la noche no solo para despistar a Trenton y los suyos sino para llegar lo más cerca posible de Leicester. Esperó en silencio procurando mantener cómoda y lo más caliente posible a Anna que parecía acurrucarse cada vez más por el frío.

Se detuvieron en una posta de mal aspecto incluso bajo el mero farol que tenía en la puerta y bajó Trenton dejándoles en el carruaje con Joe para vigilarles. Regresó a los pocos minutos y se pusieron de nuevo en marcha sin cambiar caballos lo que le llevó enseguida a la conclusión que se había detenido solo para preguntar a cuánto estaba la posada más cercana y no debía ser a mucho si marcharon sin cambio de tiro.

Estaba en lo cierto, casi una hora después se detuvieron en una posada donde, de inmediato, comenzaron a soltar los caballos del carruaje y de nuevo Trenton entró en la casa dejándoles con Joe. Calvin supo que era su oportunidad, pero necesitaban tiempo para despistarles y huir. Movié ligeramente al cabeza posando los labios en el oído de Anna queriendo evitar que Joe les oyere pues, aunque distraído mirando por la ventanilla, en un espacio tan pequeño les oiría si no susurraban.

—Anna, escucha y no hagas movimientos. Cuando bajemos finge no encontrarte bien. En cuanto nos sentemos tendrás que hacerles creer que estás enferma, lo bastante para no seguir la marcha esta noche.

Anna asintió ligeramente indicándole así que le entendía y estaba conforme. Trenton regresó con cara de pocos amigos y de no agradarle la idea de detenerse en aquél lugar, lo que Calvin entendió pues, en cuanto entraron, vio que la posada no solo estaba abarrotada de personas de los dos coches de postas que debían haber hecho un alto para la noche allí, sino que, además, ellos llamaban, si cabía, más la atención por su aspecto y porque llegaban rodeados de aquéllos hombres con aspecto de poco amigables. Les condujeron a un reservado de la parte trasera donde Trenton y Joe ocuparon la mesa con ellos tras hacer una señal a sus acompañantes para que se repartieren por el comedor de la posada. Una vez los cuatro a solas, Anna supo que debía acentuar su farsa de encontrarse ligeramente indispuesta, pues desde que bajaron del carruaje se fingió mareada y débil.

—Calvin, ¿puedes pedir a la camarera un poco de sales para el mareo? Creo que no me encuentro bien. —Decía con voz fingidamente temblorosa mientras dejaba caer su cabeza sobre los brazos que había cruzado en la mesa.

Calvin tragándose una sonrisa y fingiendo excesiva preocupación, le pasó un brazo por la espalda para rodearla antes de alzar los ojos hacia Trenton que fruncía el ceño mirándolos.

—Milady ha de descansar. Lleva demasiadas horas en ese carruaje y salvo que quiera que la saquemos de aquí en brazos, lo que alarmaría a cuantos hay ahí fuera, debiera dejarnos descansar.

Trenton negó con la cabeza tajante.

—Solo nos detendremos el tiempo necesario para el cambio de tiro y comer algo. Aprovechad el tiempo para recuperaros.

—Milady necesita dormir un poco. Descansar fuera de ese carruaje.

—No. Continuaremos camino...

Trenton se vio interrumpido por Anna que inclinándose a la derecha tomó una bocanada de aire exageradamente antes de decir:

—Creo que necesito una ajofaina.

Trenton frunció el ceño, pero enseguida comprendió que decía que iba a vomitar.

—Maldita sea. —Masculló poniéndose en pie con los ojos fijos en Anna antes de deslizarlos a Calvin—. Está bien, vos ganáis. Iré a pedir una habitación, más, como no sea más que uno de sus enredos, lo pagarán caro.

Calvin asintió con un golpe de cabeza, no obstante, con gesto de desagrado y en cuanto Trenton salió hizo a Anna apoyarse en él continuando su farsa. A los pocos minutos Trenton entró y mientras hacía un gesto a Joe señaló:

—Os doy tres horas. —Miró a Calvin con gesto de desagrado antes de añadir—. Milady podrá descansar en una habitación, pero si después de ese tiempo continúa enferma no me importará cómo acabe el viaje. Al fin y al cabo, el final será el mismo.

Calvin se puso en pie instando a Anna a hacer lo mismo con cuidado y en cuanto ambos estuvieron frente a la cortina de separación de ese reservado y el comedor, tomó a Anna en brazos y ella, cerrando los ojos, apoyó la cabeza en su hombro continuando su teatrillo. Trenton hizo un gesto a sus hombres poco perceptible de que permanecieran en el comedor, como él esperaba hicieren creyendo a Anna enferma e incapaz de escapar. Subieron directamente al primer piso con Trenton delante de ellos y Joe a su espalda. Depositó a Anna sobre la cama con cuidado mientras Trenton señalaba abruptamente:

—Tres horas, solo eso.

Calvin sonrió pues, cuando cerró la puerta tras él, le escuchó decir a Joe que no se moviere de allí a pesar de las quejas de este por quedarse sin probar bocado por ese motivo.

Anna se sentó de golpe en cuanto escuchó los pasos de Trenton alejarse por el estrecho pasillo y en voz baja preguntó:

—¿Y ahora? ¿Cómo nos libraremos de Joe?

Calvin sonrió mirándola divertido mientras sacaba de su manga, dejándolo deslizar por su mano, un cuchillo que hubo tomado de la mesa antes de tomarla en brazos.

—Habremos de hacerle entrar y entonces deberás distraerlo un instante para que deje de fijar su atención en mí.

Anna sonrió:

—Suponiendo que eso funcione, ¿después que haremos?

—Saldremos por la habitación que hay al fondo del pasillo. Es la que ha de tener ventanas. Esperemos que durante al menos una hora o dos ninguno de sus amigos ni el propio Trenton suban a relevarlo como imagino harán para que Joe cene o simplemente para cerciorarse de que aún seguimos aquí.

Anna suspiró mirando en derredor:

—Está bien, hazle entrar.

Calvin asintió dando un par de pasos hacia atrás alejándose de la cama:

—Para no considerarte la temeraria de la familia te lanzas muy alegremente al peligro.

Anna sonrió tumbándose en la cama:

—Yo no diría alegremente.

Calvin sonreía negando con la cabeza antes de girar ligeramente mirándola una última vez preguntado bajando la voz:

—¿Preparada?

Anna asintió cambiando el gesto del rostro tornándolo, falsamente, en malestar y preocupación:

—Joe, entre. Necesitamos su ayuda.

Señalaba Calvin alzando ligeramente la voz a unos pasos de la puerta. Tras unos segundos ésta se abrió apareciendo Joe con cara de contrariedad.

—¿Qué queréis? —Preguntaba desde la misma sin soltar el pomo con la mano contraria a la que llevaba la pistola.

Anna se colocó de costado y lo miró falsamente angustiada.

—Ayudadme a levantarme mientras milord aparta las mantas de la cama.

Joe gruñó mirándola unos segundos dudando.

—Será mejor eso a que dentro de unos minutos tengamos que llamar al posadero para pedirle que cambie la ropa de cama porque milady ha vomitado en ellas. —Lo azuzó Calvin desde los pies de la cama.

—Malditos seáis. —Refunfuñaba entrando en la habitación tras cerrar la puerta.

Fue directo hacia la cama donde Anna fingía intentar incorporarse y alargando el brazo abrió la mano frente a él:

—Ayudadme a sentarme.

Joe se acercó mirando de soslayo a Calvin que giró como si fuere a acercarse a la mesa donde se encontraba la ajofaina, pero en cuanto Joe se inclinó para tirar de la mano de Anna, lo que le hizo apartar la pistola, Calvin se colocó tras él alzando el brazo y rodeándole el cuello con él, apretando la punta del cuchillo rápidamente contra su garganta.

—Ahora vais a dejar caer la pistola al suelo y no moveros si no queréis que os abra la garganta de lado a lado.

Anna, intentando no mostrar impresión por la amenaza ni el modo en que parecía decirlo, rodó con rapidez hacia el otro lado de la cama y tras ponerse en pie la rodeó.

—Anna, toma la pistola. —Le dijo nada más escuchar el golpe de ésta contra la madera.

Anna se apresuró a obedecer apartándose varios pasos de ellos al tiempo que alzaba la pistola y apuntaba a Joe mientras Calvin se apresuraba a amordazarlo y maniatarlo. Enseguida tomó la pistola de las manos de Anna tras dejar a Joe atado en la cama asegurándose de que no pudiese soltarse fácilmente. Miró a Anna y la tomó de la mano.

—Hemos de tomar distancia de aquí y encontrar el camino hacia Londres.

Anna lo miró seria antes de que abriese la puerta y sacare la cabeza para cerciorarse de que no había nadie en el corredor. De nuevo la miró y cerrando fuerte la mano en la suya señaló bajando la voz:

—Vamos, en silencio y sin hacer ruido.

Anna asintió dejándose llevar por él que, tras cerrar la puerta, la condujo en dirección contraria a la salida, hacia el fondo del corredor. Al llegar frente a la puerta de una de las habitaciones. Llamó con un par de golpes y al no encontrar respuesta la abrió agradeciendo a los cielos que no encontrase el cerrojo echado. Calvin asomó la cabeza y después tiró de Anna entrándola.

—Vamos, está vacía, pero no podemos arriesgarnos a que vengan y nos encuentren aquí. La luz está encendida luego esta habitación está ocupada por alguien que a buen seguro está en el comedor.

Anna cerró la puerta tras ella mientras Calvin atravesaba la habitación con rapidez y abría las ventanas que daban al patio delantero de la posada. Instó a Anna a acercarse y mirar por ella.

—Hemos de salir con cuidado asegurándonos que nadie del comedor nos vea salir. Bajaré yo primero y te ayudaré en la última parte. Descenderemos por el canalón. Esperemos aguante el peso. Aléjate de la ventana cuando llegues a la primera planta.

Anna le miró y asintió:

—Has dicho lo del camino a Londres para que se dirijan hacia allí, pero ¿crees a Trenton tan tonto de caer en esa trampa?

Calvin sonrió:

—Digamos que le creo lo bastante desconfiado para al menos no asegurarse que no hemos seguido esa ruta. Con suerte todos ellos se dirigirán a Londres, pero en el peor de los casos, mandará a dos o tres hombres por esa ruta lo que ya de por sí, implica tener menos hombres tras nosotros.

Anna asintió sonriendo:

—Sí, supongo que esa desconfianza de la que Trenton hace gala nos beneficia. — Miró de nuevo por la ventana antes de apartarse para dejarle espacio—. Está bien, vamos.

Calvin sonrió, pero miró el interior de la habitación. Se apartó de la ventana y recorrió la estancia rápidamente tomando algunas cosas de ella que dejó en la cama y después abrió el armario.

—La habitación está ocupada por un hombre nada más. No hay ropas de mujer.

Anna se acercó y miró el interior apresurándose, como él, a tomar algunas prendas.

—Me vestiré con ropas de hombre. Me ayudará a ir más deprisa. Ya buscaremos atuendo más apropiado cuando nos alejemos.

Calvin la miró un segundo, pero no quiso discutir. Realmente el miriñaque no les ayudaría a moverse. Sin delicadezas la giró y le abrió el vestido antes de tomar él también algunas prendas, incluidas unas botas del ocupante de aquella habitación y apartarse para también quitarse la ropa dándose la vuelta intentando así otorgarle un poco de intimidad.

—No olvides las mantas y la bolsa de monedas. Las necesitaremos.

Anna, que ya empezaba a quitarse el vestido dejándose la camisola y el corsé para no tardar demasiado, contestó:

—No las olvidaré. Pero si dejamos las ropas aquí, sabrán que nos hemos cambiado.

Calvin comprendió que acertaba así que señaló sin detenerse en su actividad:

—Las llevaremos y las ocultaremos a la primera ocasión.

Se cambiaron con premura y en cuanto Calvin se dio la vuelta no pudo evitar sonreír viéndola con unos pantalones que le quedaban muy grandes, como la blusa y la chaqueta, pero aun así estaba extrañamente encantadora, como un duendecillo travieso que le roba la ropa a un granjero. La veía atando las ropas del disfraz como si fuere un hatillo mientras que había dejado las mantas sobre la cama.

Tomó las mantas y algunas de las cosas que hubo cogido en la habitación que no eran sino las dos velas de la mesa, la yesca, el peine y una pequeña jarrita que pensó quizás acabaren necesitando para beber agua. Hizo un hatillo que lanzó por la ventana y después el que ella hizo con todas sus ropas. La miró antes de salir por la ventana y cerciorarse de que estaba bien:

—¿Podrás andar con esos zapatos de baile?

Anna se encogió de hombros:

—No tenemos otra opción.

Calvin asintió suspirando de resignación:

—Está bien, apresurémonos. Recuerda, procura descender intentando no acercarte a la ventana. El espacio es estrecho, pero al menos con el canalón tenemos donde agarrarnos.

Anna asintió antes de verle descender con cuidado y en cuanto alcanzó el suelo alzó el rostro hacia ella y le hizo una señal para que bajare. Dio gracias a los cielos de haberse cambiado ese vestido pues dudaba que hubiere podido descender con él. Notó los brazos de Calvin rodearla cuando casi tropieza sujetándola y evitando que cayere de bruces contra el suelo. La afianzó bien con los pies en el suelo antes de preguntarle en un susurro:

—¿Estás bien?

Anna asintió ladeando un poco el rostro para mirar a través del ventanal del comedor que estaba abarrotado de gente a pesar de ser ya tarde.

—Los coches de postas llegaron justo antes que nosotros. Aún está sirviéndose la cena para todos ellos.

Anna miró a Calvin que pareció leerle el pensamiento y contestar a una pregunta que aún no había formulado.

—Vamos. —Insistía inclinándose para tomar los dos hatillos—. Hemos de alcanzar el puente de Kilby lo antes posible.

Anna lo seguía atravesando la calle un poco más abajo de la posada intentando hacerlo sirviéndose de la oscuridad.

—¿De veras sabes dónde estamos exactamente?

Calvin extendió uno de los brazos y la tomó de la mano acercándosela.

—Estamos más allá de Wistow. Kilby Bridge se encuentra a unas cinco millas, pero podemos acortar campo a través. —Le iba diciendo sin detenerse.

—Pero es de noche. No veremos por dónde vamos.

—Hemos de seguir el riachuelo. Solo hemos de alcanzar aquéllos árboles y adentrarnos entre aquellas colinas. Si alcanzamos el riachuelo podremos seguirlo hasta Kilby Bridge y continuar después hasta Wingston, pero no podremos acercarnos al pueblo pues será de día y seguramente Trenton y los suyos andarán cerca. Habremos de poner rumbo al norte, campo a través, pero será mejor que dejemos Leicester al este. Creo que no nos quedará otro remedio que ir por Glenfield y después Markfield.

Anna se apresuraba a seguir su ritmo intentando no mostrarse débil ni un estorbo y a pesar de que ya notaba los pies húmedos del barro, sabía no debían detenerse. Atravesaron rápidamente un campo alcanzando los árboles que él le había dicho, pero siendo de noche era difícil ver dónde pisaban.

Calvin sabía que a ella le costaría moverse por esos terrenos, y más de noche, con esas manoletinas de baile que llevaba así que en cuanto alcanzaron la parte de la vegetación, obviando todo miramiento le pasó un brazo por la cintura para ayudarla a sostenerse y evitar que cayere con ese terreno complicado. Tras más de media hora en que caminaron lo más deprisa posible, alcanzaron por fin el riachuelo, lo que Calvin agradeció a los cielos pues casi que se estaba guiando por instintos ya que apenas si se veía más allá de unos metros y era difícil hacerse una idea exacta de su ubicación.

—¿Cuánto crees que tardarán en darse cuenta de nuestra huida? —Acabó preguntando por fin Anna.

Calvin se detuvo en un recodo junto a la orilla y se puso a enterrar el hatillo con sus ropas intentando no parecer alarmado.

—No creo que tarden mucho más si no se han percatado ya. Trenton cenaría y subiría a ver a Joe y al no verlo en la puerta seguro sabrá que algo ocurre. Si contásemos con un poco de fortuna tendríamos una hora de ventaja, pero no creo que Trenton tarde ese tiempo en subir para cerciorarse de que tú podrías seguir camino de nuevo.

Anna que le veía afanarse para esconder el hatillo se tragó un gemido.

—Crees que ya nos estarán siguiendo, ¿no es cierto?

Calvin alzó los ojos hacia ella un instante antes de asentir.

—Si nuestras suposiciones son ciertas, Trenton mandará algunos hombres directamente en dirección a Londres, pero, por poco inteligente que sea, no tardará en comprender que seguiremos campo a través y si sospechare que nos dirigimos al norte tomará esta dirección y si acaso los caminos hacia Leicester.

Anna esperó que él terminase de esconder las ropas. Tras hacerlo Calvin la tomó de nuevo de la mano y la fue guiando siguiendo la orilla del riachuelo hacia el norte.

—Sé que tienes frío, Anna. Aguanta un poco, por favor. En cuanto alcancemos Kilby Bridge me detendré a tomar una de las mantas para cubrirte con ella.

—Estoy bien. —Respondía ella a pesar de que le constaba que Calvin debía notar cómo temblaba ya que le sujetaba la mano.

Calvin tiró suavemente de ella y la rodeó por la cintura pegándose a su costado.

—Estás temblando y sé que esos zapatos que llevas no alivian ni la dureza del terreno ni tampoco el frío. Estoy seguro llevas los pies mojados.

—Solo será un tramo del camino. No has de preocuparte. En cuanto nos distanciemos podremos preocuparnos de esas cosas.

Calvin sonrió a pesar de que en la oscuridad supiere que ella no le vería.

—Al parecer, aunque alegues que tu hermana es la que se ha llevado la parte temeraria de la familia, tú tampoco anda escasa de tu buena porción de ella.

Anna se rio agradeciendo el calor de su cuerpo porque realmente tenía mucho frío y no ayudaba llevar los pies empapados ni zapatos de baile.

Como había temido Calvin, Trenton terminó de cenar y subió antes de pasada una hora a la habitación donde los hubo dejado. Al encontrar a Joe en la cama atado entró en cólera incluso antes de darle tiempo a explicarse pues, tras quitarle la mordaza de la boca, le increpó y le exigió saber dónde estaban sus prisioneros.

—Se han escapado.

—Eso ya lo veo. —Le gritó furioso tras cortar una de las ataduras lanzándole el puñal para que continuare él de desatarse—. ¿Cuánto hace que se han escapado?

Joe le miraba de soslayo sabiéndole capaz de algo más que propinarle una paliza por dejar a milord y milady escapar de entre sus manos.

—No hace mucho.

—Maldita sea. —Gritó lanzando la palangana contra la pared con fuerza antes de girar y mirar colérico a Joe—. ¿Por dónde han salido?

—Por el corredor. —Se apresuró a contestar.

—Imposible. Tendría que haberles visto. Maldito seas, bastardo inútil.

Joe temiendo la furia creciente de Trenton se apresuró a decir:

—Milord le insinuó que buscarían el camino hacia Londres. Es de suponer que busquen acercarse a De Worken si es cierto que nos vienen buscando.

Trenton lo miró en silencio lo que a él le pareció una eternidad por su gesto tenso y furioso que estaba seguro no traería nada bueno, no para él, al menos.

—Reúne a todos. Ese Donver no es estúpido y no creo que simplemente regrese a Londres.

Tras unos minutos y con todos ya en los establos, Trenton paseaba de un lado a otro como un león enjaulado.

—Joe, tú y Sam iréis en dirección al sur.

—¿Pero no habías dicho que ese tipo no era estúpido y no regresaría sin más a Londres?

Trenton miró iracundo a Joe antes de decir:

—No podemos arriesgarnos. Si los encontráis, matadlos. Se acabó lo de este estúpido viaje y la coartada del barón. No pienso arriesgarme a que me cuelguen por dejar sueltos a esos dos malditos estirados.

Bill se adelantó:

—¿Y nosotros?

—Tú y Cosby vendréis conmigo al norte por el bosque. Si yo huyese tomaría campos cubiertos. Leroy y Laslo iréis al norte por el sendero hacia Leicester. Tarde o temprano buscarán cobijo en alguna posada o casa. No durarán más que unas horas a la intemperie.

Separaron los caballos de carruaje y tomaron otros de los establos separándose de inmediato. Bill, Trenton y Cosby dirigieron sus caballos directamente hacia la dirección tomada por Anna y Calvin.

Apenas media hora después, por fin alcanzaron Kilby Bridge donde Calvin decidió detenerse no solo para dejar a Anna descansar sino porque iba a intentar que entrase en calor ya que no dejaba de temblar. La sentó en unas rocas mientras él desataba el hatillo.

En cuanto se sentó Anna se descalzó. Calvin la observó tomando sus pies y masajearse los con gesto de dolor. Se acercó a ella tras anudar todo de nuevo menos la manta que liberó y se la pasó por los hombros cubriéndola con ella. Se sentó a su lado y sin mediar palabra le tomó los pies y los colocó en sus muslos manteniéndolos en sus manos para darles calor.

Anna se arrebujó en la manta mirándolo un poco avergonzada incluso con esa escasa luz.

—Definitivamente mi padre va a matarte.

Calvin se rio sin soltar sus pies masajeadolos despacio.

—Es muy posible que lo haga, pero aun con ello me arriesgaré ¿o prefieres que deje tus helados piececitos doloridos tal y como están ahora?

Anna se rio incapaz de no hacerlo por el modo juguetón con el que le lanzaba el desafío.

—Prefiero que sigas masajeadolos. Además, no es mi vida la que corre peligro sino la tuya.

—Qué considerada.

—Sí que lo soy.

Calvin sonreía negando con la cabeza mientras le masajeaba los pies notando como poco a poco recobraban un poco de tibieza.

—Ahora que hemos alcanzado el puente que decías, ¿Qué dirección hemos de tomar?

—Hemos de continuar al noroeste. Hacia Glen Parve, al oeste de Wigston, y continuar camino hacia Braunstone Town, con suerte llegaremos antes del mediodía y allí podremos hacernos con ropas, comida y sobre todo caballos.

Anna suspiró.

—Está bien, supongo que he de fiarme de ti pues conoces esta zona.

Calvin se mordió la lengua para decir que la conocía, pero solo someramente y desde luego no de recorrerla a pie campo a través. No iba a asustarla aún más de lo que la sabía asustada.

—Hemos de irnos ya. Si ese Trenton o alguno de los suyos sabe algo de rastreo, nos conviene poner toda la distancia que podamos entre ellos y nosotros, sobre todo antes de que amanezca.

Anna asintió posando de nuevo los pies en el suelo apresurándose a calzarse.

—Sé que es duro para ti caminar con esos zapatos y más mojados y llenos de barro.

—No importa. —Le interrumpió ella poniéndose en pie con gesto cabezota dibujado en el rostro —. Mientras lleguemos vivos a donde dices y nos hagamos con ropas y, sobre todo, caballos, no me importará, de veras.

Calvin suspiró tomando el hatillo y después anudando las puntas de la manta a su alrededor para asegurar que la cubriese y pudiese moverse dejando las manos libres, agradeciendo para su interior que fuere tan terca y claramente contraria a mostrarse débil.

—Vamos. —De nuevo la tomó de la mano—. Si empieza a costarte caminar has de decírmelo, Anna. Prefiero ir más despacio e incluso llevarte sobre la espalda a que te hagas daño.

Anna no respondió resultándole extraño el modo en que se comportaba con ella, esa preocupación por su seguridad y bienestar. Lo siguió sin apenas intercambiar algunas palabras en algunos pocos instantes cuando él la guiaba asegurándose de que iba bien y pisaba con firmeza en los tramos más difíciles. Caminaron durante horas y cuando empezaba a clarear el cielo en el comienzo del amanecer, estaba desfallecida, helada y con los pies, estaba segura, que llenos de heridas de los zapatos y de andar por terreno con piedras y vegetación. Llegaron a una zona donde clareaba la vegetación y Calvin se detuvo instándola a sentarse a resguardo bajo un árbol que parecía cobijarles de la vista. Más allá del claro, vislumbró un sendero por el que, a buen seguro, circularían carromatos, caballos y animales de granja.

Calvin observaba todo el horizonte con gesto tenso y cuando ella iba a preguntarle se echó sobre ella tapándole la boca.

—Shh, Trenton y sus hombres están a unos metros. Están inspeccionando la linde del bosque. Nos deben haber adelantado con los caballos. —Le susurraba mientras retiraba la mano de su boca, pero se mantenía sobre ella.

Anna ladeó la cabeza para intentar mirar más allá y escuchó ruidos de cascos a lo lejos y voces en las que no podían distinguirse lo que decían. Esperó callada, tensa y asustada pues sabía, aunque él no se lo hubiere dicho, que, de atraparlos, Trenton y los suyos, directamente les matarían. Notó como tensaba los músculos de sus brazos cuando los cerró ligeramente más a su alrededor impidiéndole moverse, pero también protegiéndola. Miró fijamente a Calvin que permanecía con el rostro dirigido hacia el sendero y los terrenos que le rodeaban y parecía atento a algo o alguien que se acercaba a ellos. Bajó el rostro y posó los labios en su oreja:

—No te muevas. —Le susurró—. Uno de esos tipos está inspeccionando esta zona.

Permaneció en completo silencio y sin mover ni un solo músculo ni siquiera para girar la cabeza y mirar en la dirección del ruido que anunciaba los pasos de alguien acercándose por el ruido de las ramas rompiéndose y la gravilla removiéndose. Notaba a Calvin cerrando los brazos a su alrededor como si fuera una serpiente atrapando a su presa, con todo su cuerpo. Se sentía engullida por entero por él, pero al mismo tiempo protegida y agradablemente cálida.

Ninguno de los dos se movió incluso cuando escuchaban con nitidez los ruidos alejarse y con ello la persona que estuviere inspeccionando esa zona. Se escucharon voces bruscas, secas y cortantes a los lejos antes de los cascos de los caballos alejándose.

Notó, más que escuchó, la exhalación del aire que no se había dado cuenta había estado conteniendo Calvin, pues todo su pecho se expandió sobre ella. Aflojó ligeramente los brazos a su alrededor, pero no se movió, sino que simplemente bajó el rostro para ponerlo a la altura del de ella.

—¿Estás bien?

Anna asintió.

—¿Se han alejado lo bastante?

Calvin asintió suspirando pesadamente:

—Han tomado la dirección hacia Wigston así que, de momento, podremos continuar con nuestros planes pues nosotros también iremos en esa dirección, pero por el lado oeste. Lamento tener que decir que habremos de seguir hacia Glen Parve y hacia el oeste de Wigston, pero no podremos tomar los senderos o caminos cercanos a los mismos antes de continuar camino hacia Braunstone Town, no si no queremos toparnos con ellos ni llegar antes del mediodía.

Anna suspiró:

—No importa. Ya me habías advertido que hasta llegar a Braunstone no podríamos hacernos con ropas limpias y secas y con unos caballos.

Calvin la observó sin moverse de donde se encontraba a pesar de lo consciente que era de hallarse sobre ella, abrazándola de un modo en exceso comprometido, pero, por un instante, cuando vio a lo lejos a Trenton y dos hombres acercarse a su dirección todo su cuerpo reaccionó con alarma queriendo simplemente asegurarse de que ella estuviere protegida, a salvo, aunque solo fuere con su cuerpo. Llevaba el arma que le hubo quitado a Joe, pero solo tenía dos balas de modo que, incluso acertando a dos de ellos, un tercero podría haberlos disparado a ambos. Inspiró una buena bocanada de aire antes de alzarse y apartarse para quedar sentado a su lado dándole la oportunidad a Anna de enderezarse ligeramente.

Anna miró en derredor unos instantes y con el comienzo del amanecer ya podían ver lo que les rodeaba y lo que era mejor, por dónde pisaban. Al girar el rostro lo vio mirándola con fijeza sentado a su lado.

—Siento haberte tirado al suelo con tal brusquedad. Creo que he reaccionado por reflejo.

Anna le sonrió divertida.

—Tienes mi permiso para hacerlo si se trata de salvarnos la vida a ambos. Además, cuando salgamos de este entuerto, tendré otro motivo para odiarte con ahínco y sobre todo para que mi padre practique su puntería usando a cierto vizconde incordio de diana.

Calvin se rio entre dientes aupándose y tras sacudirse la arena y hojas húmedas, la tomó de las manos y la impulsó para dejarla también en pie.

—Al menos, ahora podremos ver por dónde vamos. —Señalaba mientras tomaba de nuevo el hatillo que hubo apartado al tirarlos a ambos al suelo.

Anna sonrió dando unos pasos hacia unos matorrales.

—E incluso podremos encontrar algunas cosas que comer. —Giró tras tomar algo y se lo enseñó—. Moras. Moras maduras.

Calvin se acercó y la ayudó a tomar algunas depositándolas en el pañuelo que le cedió.

—Será mejor que las vayamos comiendo mientras continuamos, no tengamos la mala fortuna que regresen por estos lares.

Anna se apresuró a cerrar bien el pañuelo antes de seguirlo. Tras unos metros en que caminaron en silencio, por fin preguntó:

—¿Cómo es que conoces esta zona?

Calvin sonrió:

—Reconozco que mis conocimientos de estos terrenos son limitados. Cuando regresaba a casa en vacaciones en la época de la universidad, solía tomar senderos y caminos campo atravesada. Me resultan conocidos algunos puntos del camino que hemos de recorrer.

Anna miró en derredor y solo veía vegetación boscosa, y más allá, en la dirección que tomaban, algunos terrenos algo más escarpados de colinas y algunas lomas.

—A mí me gusta mucho pasear por el bosque en las propiedades de mi padre, del abuelo y en las de tía Blanche, pero tiendo a despistarme y no prestar atención al camino o dirección que voy siguiendo, pero, por suerte, suelo perderme por los terrenos en los que he crecido. —Alzó el brazo y le ofreció algunas moras que él apresó sonriendo—. Desde que éramos pequeños, mi madre nos llevaba al bosque a observar las estrellas y solíamos tumbarnos a su alrededor durante mucho rato hasta quedarnos dormidos. Mi padre solía llevarnos muchas veces de regreso en brazos o subidos en su caballo. En los barcos nos subíamos a la cubierta y los tumbábamos mientras alguno de los oficiales nos contaba historias sobre las estrellas y el origen de los nombres de muchas de ellas. Marian siempre nos llamaba sus asilvestrados primos, pero en las ocasiones que estábamos en casa del abuelo, era la primera en pedir a mi madre ir a ver las estrellas en el bosque.

Calvin sonrió:

—Agradezco en estos momentos que no seas de las que se asustan en los bosques o en campo abierto ni de las que se lamenta constantemente de las incomodidades lejos de mansiones o lujosas propiedades porque, de lo contrario, esta involuntaria aventura habría sido aún más tortuosa.

Anna se rio:

—¿Más aún? Imposible.

Calvin sonrió:

—Bien, de momento estamos pasando los rigores de caminar sin ropas ni calzado adecuados por terrenos nada fáciles, con frío y, sobre todo, unos tipejos nada recomendables persiguiéndonos, pero al menos tenemos moras para alimentarnos.

Anna lo miró ceñudo:

—Como sigas conformándote con tan poco, te quedas sin moras. Piensa en comida caliente, ropas secas y sobre todo veloces caballos. Esas son las cosas con las que hemos de conformarnos, no menos.

Calvin se reía observándola tan tozuda y al tiempo valiente dadas las circunstancias.

—Tienes razón, mis disculpas. No hemos de conformarnos con menos que eso y si me apuras con un lugar donde estar a salvo, un lecho cómodo y cálido y toda una horda de rudos hombres que den caza a esos hombres y al barón.

Cliff y sus acompañantes, extenuados, llegaron a Fleckney donde, apenas hubieron tomado unos caballos de refresco y algo de comer, se pusieron rumbo al norte buscando alguna pista o indicio del paradero de Anna. Había anochecido y eso les retrasaría en la marcha, aunque también les daba esperanza de que sus perseguidos hubieren hecho un alto en el camino. En cuanto alcanzaron el sendero en dirección a Wishton, Cliff decidió detenerse en una de las paradas de postas a preguntar si hubo pasado por allí el carruaje. Entraron en el lugar, de no muy buen aspecto, y fueron observados por todos los presentes que a esas horas eran más una panda de borrachos que de seres racionales.

Cliff fue directo a la barra tras la que se encontraba un hombre orondo de aspecto algo descuidado incluso para aquél lugar y, tras dejar una moneda de oro en la barra frente a él, se produjo el efecto inmediato que él esperaba de atraer su atención más allá de lo usual. Con gesto decidido y voz tajante señaló:

—Es suya si nos da información.

El hombre soltó la jarra que fingía limpiar y le miró con fijeza, clara señal de tener toda su atención.

—Queremos saber si ha pasado hoy por aquí un carruaje en el que iba una pareja acompañada de algunos hombres.

El mesonero le dedicó una media sonrisa que Cliff interpretó sin esfuerzo, pero solo señaló:

—¿Qué gano yo traicionando a mis clientes?

Cliff tomó la moneda y respondió con frialdad:

—La pregunta debiera ser ¿qué pierde? Y la respuesta es obvia, oro. —Giró para mirar al comedor sabiendo más de un oído y más de un par de ojos observándolos—. Oro que no tendré inconveniente entregar, en cambio, a aquél que no se muestre tan escrupuloso de ayudarnos.

Como sabía, el posadero no tuvo tanto escrúpulo en cuanto supo que perdería esa o cualquier otra moneda en favor de cualquiera de los presentes.

—Sí, un carruaje se detuvo y cambiaron solo dos caballos.

Cliff giró para ponerse cara a cara con él alzando de nuevo la moneda.

—¿A dónde se dirigían?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —Contestaba con aspereza.

—Yo puedo ayudarles. —Respondió una anciana algo bebida del fondo de la barra mirando con fijeza la moneda.

Cliff se acercó a ella y alzó la moneda ante sus ojos:

—Suya es si es cierta esa afirmación.

La anciana alzó la mano con intención de tomarla, pero Cliff la separó un poco, lejos de su mano, acuciándola así a hablar. La anciana sonrió avariciosa sin dejar de mirar la moneda:

—En los establos hay dos hombres. Iban en ese carruaje.

Cliff giró de golpe la cabeza y miró al posadero mientras dejaba caer en la mano de la mujer la moneda y cuando vio al posadero hacer el gesto de intentar alejarse. Se apresuró a extender los brazos y aferrarlo por el cuello de la camisa con firmeza por encima de la barra atrayéndolo hacia él dejando su barriga apoyada sobre la barra de modo desgarbado:

—¿Esos hombres están en sus establos? —Preguntó con tono amenazante y mirándolo de un modo que el posadero debía considerar una clara advertencia.

—Han, han llegado hace unos minutos.

Cliff hizo un gesto a Maxi que se acercó tras soltar con desgana y descuido al posadero:

—Quedaos lord Lucas y tú aquí. Evita que ninguna de las personas de aquí se acerque a los establos. Vamos a por esos hombres.

Tanto Maxi como lord Lucas asintieron mientras él y Max se apresuraron a salir con sigilo tomando ya de sus cintos sus pistolas.

—Será mejor que no nos confiemos. Si realmente son tipejos de Trenton, serán peligrosos. No nos descuidemos.

Max asintió colocándose cada uno a un lado de la puerta para mirar el interior discretamente.

—Malditos sean esos petimetres del demonio.

Escucharon la voz de un hombre en el interior.

—Esto es culpa tuya, Joe. No te quejes ahora. Ya puedes pedir al diablo que Trenton les de caza antes de que alerten a otros. Nunca debimos fiarnos de ese barón.

Max y Cliff intercambiaron una mirada al escuchar a esos dos hombres que parecían estar ensillando una pareja de caballos de fresco y, tras unos instantes, Cliff le hizo una señal para que rodease el establo y entrase por la otra puerta para sorprenderlos mientras él vigilaba desde esa. Mientras Max rodeaba por el exterior el lugar, Cliff permanecía atento a la conversación del interior.

—Ese bastardo nos ha engañado y Trenton nos ha enredado en un asunto del que no saldremos con bien. La hija de De Worken. Como cualquiera de sus hombres descubra quiénes se la han llevado, nos descuartizarán. —Refunfuñaba Joe—. Al menos, tú y yo estaremos lejos cuando Trenton los cace y los mate. Eso nos librá de una buena.

Cliff casi se abalanza sobre ellos con furia al escucharles decir que matarían a su hija, pero conteniéndose a duras penas esperó la señal de Max de estar en posición. Le convenía mantener los nervios templados en la medida de lo posible para obtener información de esos bastardos y localizar a Anna.

—Si crees que eso nos libraré de que nos descuarten no conoces a algunos de los hombres de De Worken. —Respondía el otro justo cuando Cliff vio a Max hacerle la señal desde la puerta del otro lado.

—No será nada en comparación con lo que les haré con mis propias manos. — Señalaba amenazante entrando con paso firme mientras alzaba la pistola y les apuntaba con ella—. No se muevan o recibirán un disparo en un lugar que no les matará, pero dolerá como mil rayos. Les mantendré vivos para torturarlos a placer hasta que me digan dónde está mi hija.

Joe y Sam giraron como dos resortes al escuchar la voz a su espalda soltando los arreos que llevaban en las manos que cayeron al suelo en un ruidoso golpe. Al encontrar a Cliff a unos metros de ellos apuntándoles mientras se les acercaba, ambos acercaron sus manos a sus cinturones con intención de tomar sus armas.

—Si tocan esas pistolas no será solo él el que les dispare.

La voz ronca a su espalda les hizo girar de nuevo para encontrarse a Max apuntándoles y caminando igualmente hacia ellos.

—¿Dónde está mi hija? —Insistió Cliff ya frente a Sam al que pegó el cañón de la pistola al pecho.

Sam bajó el rostro a la pistola, después lo alzó hacia el rostro de Cliff y finalmente miró a Joe en lo que parecía una rápida sucesión de actos reflejos.

—No, no lo sé. —Respondió sin mucha convicción.

—Respuesta inadecuada. —Señalaba con voz ronca y mirada fría Cliff antes de alzar la culata de la pistola y golpearle con ella en la sien para de inmediato apuntar a Joe mientras Max se mantenía en guardia—. Si no responde mejor que su amigo no será un golpe de mi culata lo que se llevará sino una bala. Responda ¿dónde está mi hija?

Joe, que reconoció de inmediato a Cliff en cuanto lo tuvo frente a él, sabía que no era de los hombres a los que se podía engañar y menos enredar. Miró de soslayo a Sam que había caído de rodillas tras el golpe en la sien con una pequeña herida en la misma sin dejarlo inconsciente.

—No lo sabemos. Es la verdad.

Cliff cerró fuerte la mano en la empuñadura de la pistola avisándolo de su furia.

—Es la verdad, es la verdad. —Se apresuró a repetir—. Donver y milady se han escapado, se han escapado.

Cliff deslizó los ojos hacia Max una décima de segundo antes de volver a fijarlos en Joe.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cuántos de los bastardos de Trenton los siguen? Tiene un segundo para responder antes de que le disparemos pues no pienso perder tiempo con una canalla en vez de ir a buscar a mi hija.

Joe miró el cañón de la pistola que Cliff hubo alzado para ponerlo a la altura de su frente.

—Hace unas horas, solo hace unas horas. Se han escapado y nos hemos dividido para buscarlos.

—Detalles, denos detalles o le consideraremos un estorbo. —Señalaba Max tras él con voz furiosa.

Joe iba a girar el rostro hacia él, pero Cliff le detuvo empujando el cañón de su pistola contra su frente:

—¿Cuántos hombres les siguen?

—Cinco, cinco. —Respondía abriendo los ojos al ver a Cliff cernirse sobre él apretando el cañón en su frente con mirada iracunda—. Trenton se dirigía hacia el norte.

—¿Desde dónde? ¿Dónde se han escapado? —Insistía Max.

—En la posada Red Ducks, en el camino hacia Wigston. Milady decía encontrarse enferma y Trenton dejó que descansare un poco, pero se han escapado.

Cliff apartó la pistola de su cabeza y miró a Max:

—Atémosle. Él nos llevará a esa posada sin atajos ni engaños o le abriremos como a un cerdo. —Miró a Joe de soslayo y después a Sam.

Max giró y buscó con rapidez tiras de cuero con que atarlos, lo que hizo de inmediato llevándolos con ellos al interior de la posada donde Maxi y lord Lucas esperaban de pie junto a la barra vigilando a los presentes. En cuanto les vieron, Maxi se apresuró a acercarse a su padre con gesto esperanzado.

—La posada Red Ducks cerca de Wigston. Anna y Donver han logrado escaparse, pero les persiguen esos hombres. —Contestaba a la pregunta no formulada por su hijo—. Dejaremos a este con un hombre para que lo entregue a los alguaciles —señaló con un golpe de cabeza a Sam—. A este nos lo llevamos pues si quiere ver amanecer, le conviene llevarnos prestos a esa posada.

Lord Lucas, que se hubo acercado, tomó del brazo a Sam y lo empujó hacia uno de los hombres que les acompañaban que se apresuró a tomarlo para encargarse de él.

—Debiéremos enviar dos hombres a buscar a tío Ethan y a tío Jonas para que les informen de las nuevas e intenten alcanzarnos lo antes posible y, sobre todo, se unan a la búsqueda. Aunque perdamos dos hombres en nuestra partida lograríamos traer de regreso a esta zona a los demás. Quizás alguno de nosotros logre dar con ellos antes que esos bastardos. —Sugería Maxi mirando con fijeza a su padre.

Cliff giró el rostro y envió a dos hombres en las direcciones tomadas por los otros dos grupos que se apresuraron a salir con rapidez. Mientras, ellos tomaron de nuevo sus monturas manteniendo a Joe maniatado en un caballo.

—¿Cuánta ventaja nos llevan? —Preguntó Maxi a su padre.

Cliff lo miró y antes de azuzar los caballos alzó los ojos al sol que comenzaba a alzarse.

—Medio día, quizás un poco menos. Según este canalla, se escaparon al anochecer.

Pasadas las doce, tras recorrer lo que a Anna le parecían miles de millas bordeando los senderos, vislumbraron el comienzo de Braunstone Town, tal y como Calvin hubo prometido. Detenidos en un lugar, a resguardo a una prudente distancia, observaron la linde que anunciaba el inicio del pueblo, con las primeras casas. Calvin la hizo esconderse tras unos árboles lejos de los caminos y de posibles miradas.

—Anna, será mejor que me esperes aquí mientras voy a buscar ropas, comida y caballos. Será menos arriesgado si voy solo y llamaré menos la atención que acompañado de una damita con ropas de hombre.

Anna frunció el ceño, pero comprendió que ni su aspecto ni el de él, que parecía bastante desaliñado, pasarían desapercibido en un lugar en el que serían completos extraños. Suspiró dejándose caer en el tronco de árbol apoyando la espalda desviando los ojos más allá, al pueblo.

—Está bien, esperaré aquí, pero sería mejor que te llevases el dinero. — Señalaba removiéndose y tomando de debajo de sus ropas su bolsa.

Calvin la tomó sonriendo y dejando el hatillo a su lado. Tomó la pistola y se la entregó.

—¿Sabes usarla?

—Amartillo y apunto antes de disparar. —Contestaba firme.

Calvin sonrió antes de tornar su rostro serio mirándola con fijeza:

—Anna, si alguien se acerca, dispara. No le des oportunidad de acercarse lo bastante a ti para intentar nada. No me agrada dejarte sola, por eso prometo que, de sentir peligro, dispararás.

Anna asintió:

—Prometido.

Calvin se impulsó para ponerse en pie mirando una última vez a su alrededor como si sintiere la necesidad de asegurarse que allí estaría a salvo.

—No te muevas de aquí, Anna. Mantente oculta y sujeta firme el arma.

Anna asintió y en cuanto lo vio alejarse un poco se apresuró a decir:

—Ten cuidado.

Calvin se giró y la sonrió animoso, pero en cuanto volvió a girarse no pudo evitar ensanchar la sonrisa porque supo que no había sido una mera frase, sino que de verdad mostraba preocupación por él. Al final iba a lograr que estimase a su particular “incordio”.

Cruzó el valle con la atención puesta en los caminos y en cuanto alcanzó la primera de las casas, se arregló las desastrosas ropas que llevaba como buenamente

pudo y se deslizó calle abajo intentando pasar desapercibido entre los lugareños. Alzó los ojos al cielo agradeciendo al creador que fuere día de mercado y hubiese muchos puestos y carretas con los productos de las huertas cercanas para la venta, así como gentes en las calles lo que le permitía deambular entre ellas con un poco más de discreción. Decidió primero acercarse a la tienda de abastos y hacerse con ropas y, especialmente, unas botas para Anna cuyos pies sabía doloridos e incluso la vio cojear el último tramo del camino por mucho que intentare disimilar con él. Se deslizó discretamente en una de las tiendas atrayendo la atención de una jovencita que terminaba de atender a una ajada pareja.

—Buenos días.

La saludó con la mejor de sus sonrisas que, por lo que comprobaba gracias al azoramiento de la joven, no menguaba a pesar de ir sin afeitado, despeinado y con ese aspecto desaliñado. En cuanto las mejillas de la jovencita se tiñeron de rojo todo fue como la seda pues ni siquiera mostró curiosidad por el hecho de que comprase ropas y calzado de mujer. Tras empaquetárselo todo fue al mercado a por comida y una alforja de agua apresurándose para terminar pronto e ir a por caballos al establo de alquiler de equinos que le recomendó una mujer en el mercado. Allí se dirigía cuando tuvo que esconderse en un callejón evitando, en el último momento, tropezar y tirar todos los paquetes que llevaba. Se ocultó tras una pared y unas cajas de verduras permaneciendo muy quieto mientras observaba a Trenton y uno de sus hombres entrar en una taberna de la calle mientras otros, entre ellos Bill, iban por el mercado parándose en cada puesto y carreta, estaba seguro que preguntaban por él y Anna.

—Maldita sea. —Masculló.

Miró al otro lado del callejón que daba a una de las estrechas calles y decidió salir por allí y procurar escabullirse discretamente del pueblo. Tenían que tomar caballos, pero con todos esos hombres en la ciudad, buscándoles resultaba un riesgo excesivo. Habrían de esperar, se decía callejeando para salir de la ciudad presuroso. Habrían de caminar un poco más y buscar en alguna de las granjas cercanas o incluso intentarlo un poco después. Atravesó el prado tras el pueblo a la carrera temiendo que le vieren pues en campo abierto era demasiado fácil dar con él, pero, en cuanto alcanzó las lindes de la colina en cuya base había la vegetación en la que dejó a Anna oculta, casi respiró de alivio. No había aún recuperado el resuello cuando Anna se le acercó corriendo.

—Te he visto venir corriendo. Te has arriesgado mucho. ¿Ha ocurrido algo? — Le preguntaba alarmada con un más que evidente gesto de preocupación en el rostro, con el cuerpo tenso mientras sostenía con firme tensión la pistola en una mano.

Calvin soltó la cesta de comida y los dos paquetes grandes con las ropas que llevaba y aún con la respiración forzada señaló:

—Trenton y sus hombres merodean la ciudad. No tardarán mucho en encontrar a alguien que les diga que ha visto un hombre parecido a mí. —Anna lo miró preocupada por lo que se apresuró a decir—: He comprado ropa y comida, aunque no he podido alcanzar el establo.

Anna tomó con ímpetu uno de los paquetes rasgando el papel de estraza del envoltorio.

—Botas. —Sonreía de oreja a oreja antes de mirarlo. —Ya encontraremos un lugar donde conseguir monturas.

Calvin sonrió tomando la cesta y el otro paquete:

—Vayamos tras aquéllas rocas. Alejémonos del prado para poder cambiarnos y decidir cómo actuar.

Anna asintió tomando el paquete ya abierto y el hatillo, siguiéndolo con ánimo renovado. En cuanto llegaron a las rocas ella se colocó tras unas que le tapaban hasta el rostro mientras que Calvin permanecía tras un árbol. Anna se apresuró a ponerse el vestido, las botas e incluso el abrigo que le hubo comprado. Sonrió al ver entre todas aquéllas cosas, un peine y una lazada con que sujetarse el pelo. Eran ropas propias de las mujeres de campo, pero dio gracias a los cielos pues no solo serían más abrigadas sino más cómodas, lo que era una bendición si iban a tener que seguir caminando campo a través.

—¿Por dónde han entrado Trenton y sus hombres a la ciudad?— preguntaba terminando de atarse las botas tras las rocas—. He estado observando todo el tiempo esta parte y el camino de acceso desde el sur y no los he visto.

Calvin frunció el ceño escuchándola y ciertamente si no habían accedido por el camino del sur debían haber entrado por el oeste o el este pues por el norte supondrían que lo habrían rodeado antes de regresar a él y dudaba que Trenton hubiere dado media vuelta tan pronto.

—Pues es una buena pregunta. Quizás debamos rodear el pueblo y evitar el riesgo de topárnoslo de nuevo, pero, ciertamente, el no saber qué dirección llevan complica mucho nuestra decisión.

Anna por fin salió tras las rocas a tiempo de él terminar también de cambiarse. Sonrió al verla. Parecía la hija de un labriego que se hallare en plena travesura.

—Al menos he acertado con la talla.

Anna se encogió de hombros mientras se acercaba a la cesta de comida:

—Me conformaba con que fueren ropas limpias y secas, pero gracias por el acierto. —Tras retirar el trapo que cubría la cesta sonrió más aún—. Una hogaza de pan, queso, manzanas. Empanadas de carne e higos también. —Alzó el rostro hacia Calvin que enseguida notó junto a ella—. ¿Era día de mercado?

Calvin se reía tomando las ropas que ella hubo apartado haciendo un hatillo con ellas y las suyas viejas.

—Sí, lo que ha sido una suerte porque así, al menos, he pasado un poco más desapercibido.

Anna frunció el ceño y lo miró meditabunda.

—Se me está ocurriendo que, quizás, podamos mezclarnos con las gentes que acude hoy a vender sus productos y que al final del día regresa a sus granjas. Es probable algunos se dirijan al norte. Puede que topemos con algún lugareño que

acceda a llevarnos parte del trayecto. Decías que íbamos en dirección a Glenfield, si alguno de ellos se dirigiere hacia allí podríamos esperar hasta Glenfield o algún lugar cercano para hacernos con los caballos y, con un poco de fortuna de nuestra parte, es posible que eludamos a Trenton y los suyos.

Calvin giró el rostro observando de lejos el pueblo.

—No es mala idea. Si rodeamos el pueblo, los podemos alcanzar una vez se hallen fuera del mismo. Pero habremos de esperar unas horas ya que estoy seguro que hasta que no comience a anochecer el mercado permanecerá.

Anna asintió:

—Es lo más probable, sí. Pero así podríamos descansar. Quizás Trenton y los suyos, al creernos huyendo sin mirar atrás, se alejen bastante.

Calvin tomó la cesta y los dos hatillos.

—Si vamos a hacer eso, será mejor que nos pongamos en un lugar donde esperar hasta entonces, lejos de la vista de terceros y sobre todo de Trenton y esos hombres.

Anna asentía siguiéndole y dejándose guiar hasta un lugar un poco apartado, pero desde el que aún conservaban cierta vista del pueblo y sobre todo del prado, de modo tal que, si alguien lo cruzase acercándose a ellos, lo verían casi de inmediato.

Calvin los llevó tras unas rocas que servían para alejarles de la vista de otros, pero también de muro de protección. Extendió una de las mantas y la instó a sentarse. Esperar a que anocheciera para intentar que alguno de los granjeros que se dirigiere de regreso a casa les llevare, era arriesgado pues habrían de esperar y dejar pasar unas horas, pero también lo era seguir a pie y más estando tan cerca de ellos Trenton y los suyos. Se sentó junto a ella que había tomado la cesta y comenzaba a sacar la comida. La sabía cansada, con los pies y el cuerpo doloridos y también destemplada, pero aún con ello, no hubo hecho gesto ni dicho palabra alguna de queja.

—¿Puedo preguntarte una cosa sin que te enfades? —Le sorprendió preguntándole sin detener su actividad ni tampoco mirarle.

Calvin tomando la hogaza de pan y abriendo la navaja que hubo comprado procediendo de inmediato a cortar algunas porciones, contestó:

—¿Podría impedírtelo?

Anna le miró de soslayo alzando una ceja impertinentemente:

—Realmente morirás siendo un incordio, ¿verdad?

Calvin se reía ofreciéndole un trozo del pan que ella tomó y después Anna le cedió el queso para que hiciera lo mismo que con el pan, cortar unos trozos.

—Está bien, está bien. ¿Qué querías preguntar?

—¿Por qué no llevaste a ese loco del barón ante la justicia tras lo ocurrido hace dos años?

Calvin deslizó un instante los ojos a su rostro antes de volverlos a posar en lo que hacía.

—No encontramos pruebas que respaldasen nuestras más que fundadas sospechas. La palabra de un capitán de barco condenado a la horca por piratería y asesinato no era bastante para llevar a un aristócrata ante el magistrado, ni siquiera a uno de la calaña del barón.

Anna asintió con un gesto de comprensión tomando el pedazo de queso que le cedía.

—Entiendo. Mi padre me previno hace unos días contra él. ¿tan acuciantes son sus deudas y su situación para actuar ahora de nuevo?

Calvin tragó el bocado que masticaba antes de contestar:

—Lo son. Es un hombre débil que se ha dejado superar por sus debilidades y sus vicios y le han llevado a un extremo insostenible para él y peligroso para terceros.

—¿Qué pasará cuando no reciba noticias de Trenton? No crees que mandará a buscar a Meli, ¿verdad?

Calvin la miró con fijeza unos instantes:

—De momento, su objetivo prioritario seremos nosotros, sobre todo porque tu palabra y la mía sí que valen más que la de un pirata.

Anna frunció el ceño:

—¿Piensas que habremos de subir a un estrado y decir ante Dios y un magistrado que hemos estado vagando solos por medio reino?

Calvin sonrió divertido a pesar de que la preocupación de ella tenía un trasfondo más que de evidente y una lógica preocupación:

—No temas, ni tu padre ni ningún varón de tu familia me dejaría hacer tal cosa. Es más, puedo darte mi palabra de honor que jamás te haré pasar por tal embarazosa situación.

Anna suspiró:

—No quiero que me prometas eso. Si llegare el caso de que fuere el único medio de llevar a ese loco endemoniado a una celda oscura e imposible de volver a abrir, lo haré sin dudarlo. Pero antes de llegar a eso, preferiría que encontrásemos otro medio de hacer condenar a ese hombre.

Calvin la sabía capaz de dejar de lado su reputación con tal de hacer lo correcto, que ella juzgaba no era sino condenar al barón, pero no él. No, él no se perdonaría semejante sacrificio y menos podría volver a mirarse en un espejo de hacer tal cosa.

—Bien, pues primero salgamos con bien de este lío y, después, prometo hacerle encadenar sin necesidad de que lleguemos a eso.

Anna sonrió:

—Estupendo. Y ahora, otra pregunta más sencilla. Si conseguimos eludir a ese canalla ¿Cuánto crees tardaremos en llegar a tu propiedad?

—A caballo, sin detenernos más que para tomar un poco de resuello, y campo a traviesa, podríamos tardar un día y medio o dos a lo sumo.

Anna suspiró pesadamente:

—Supongo entonces, que, dadas nuestras circunstancias actuales, eso significa que tardaremos aún tres días como poco.

Calvin asintió intentando no sonreír pues, incluso sabiéndola hastiada y cansada, le resultaba cómico como deducía la verdad de sus palabras y de aquello que no le decía y, a pesar de ser peor de lo que ella claramente esperaba, no emitía una queja como tal, sino más bien una conclusión resignada.

—Para encontrarnos en semejante embrollo, me maravilla lo tranquila que te muestras.

Anna resopló:

—Me reservo mis ataques de histeria desesperada y furiosas ganas de venganza para cuando estemos a salvo. —Alzó las cejas y esbozó una media sonrisa—. Aunque quizás debiera decir, cuando yo esté a salvo pues, desde ese preciso instante, volcaré toda mi ira y deseos de disparar contra cierto lord incordio al que ni siquiera mantener lazos con mi pobre hermana le salvará de mis vengativos actos.

Calvin se rio y le lanzó una mirada impertinente mientras abría la mano frente a ella y poniendo voz sería señaló:

—Hablando de disparar. Devolvedme la pistola, milady, antes de que decidáis cobraros tal venganza antes de tiempo.

Anna sonrió:

—Creo que, de momento, me reservo el derecho de conservarla en mi poder.

Calvin se reía ante su cara de cabezota impertinencia.

—Bien, pero procura apuntar en otra dirección que no sea la mía, al menos hasta que estemos a salvo, perdón, hasta que tú estés a salvo.

Anna se rio entre dientes mirándolo con picardía.

—Lo procuraré. —Ladeó el rostro para mirar hacia el pueblo antes de volver a mirarlo a él—. ¿Qué historia contaremos al granjero que nos encontremos para que acepte llevarnos sin que nos mire con alarma o extrañeza?

Calvin sonrió:

—Podemos decirle que vamos a visitar a unos familiares a Glenfield y que queremos ahorrar hasta el último penique, incluso el de los billetes del coche de postas, pues necesitamos todo lo que podamos para arrendar un pequeño terreno y trabajarlo.

Anna lo miró frunciendo el ceño.

—Un momento, así insinúas que somos un matrimonio o algo similar.

Calvin se rio divertido ante el gesto de contrariedad de ella:

—Pues no esperarás que nos hagamos pasar por hermanos ¿verdad? Te aseguro que eso no lo creería ni el más crédulo de los hombres.

Anna resopló:

—Y de nuevo sale tu vena de exasperante incordio.

Calvin sonrió acercándose más a ella.

—Ven. —Le tomó la mano y tiró ligeramente de ella—. Intenta dormir un poco pues después necesitaremos estar despiertos y con fuerzas.

La instó a apoyar la cabeza en su muslo mientras él tomaba la segunda de las mantas para tapparla con ella. Anna se dejó hacer, pues después de comer un poco del pan y queso, que le habían sabido a Gloria, notaba el cuerpo realmente sucumbiendo al cansancio. Apoyó la cabeza en su muslo quedándose de costado sobre la manta y pronto notó cómo él echaba sobre ella una segunda de esas ásperas mantas.

—Tú también deberías dormir. —Señaló girando el rostro para mirarlo—. Apenas si lo has hecho desde que salimos de Londres.

Calvin la sonrió:

—Yo hago la primera guardia mientras tú descansas y después vigilas tú.

Anna se rio entre dientes acomodándose de nuevo y cerrando los ojos antes de decir:

—Muy salomónico. Me parece bien.

Trenton se hallaba cada vez más enfadado consigo mismo, con sus hombres y sobre todo con Joe, al que cuando volviere a encontrárselo le iba a dar una paliza que no olvidaría jamás. Tras horas buscando a esa maldita pareja no habían logrado más que unas vagas sospechas de haber sido visto lord Donver, pero ninguna de las personas que decían haberlo visto lo afirmaban con seguridad. Sentado en la taberna de la calle principal del pueblo miró a Bill que sentado frente a él con Cosby, parecían a punto de salir huyendo de allí y no terminar el trabajo. Gruñó para su interior. Bill había prestado demasiados oídos a lord Donver y a la hija de De Worken y estaba seguro le traicionaría como le diere la oportunidad. Giró el rostro a Leroy y Laslo concentrados solos en llenar el buche.

—Leroy, tú y Laslo marcharéis al norte.

Los dos hombres levantaron la vista de su plato y tras unos segundos asintieron. Trenton se apresuró a mirar a Bill para que no hiciere comentario alguno:

—Nosotros seguiremos al oeste.

Bill frunció el ceño:

—¿Por qué estás tan seguro se dirigirá al oeste?

Trenton frunció el ceño molesto por tener que darle explicaciones:

—La propiedad de ese tipo está en Lancashire, seguro marcha a terreno conocido.

—Pero va con milady. No puede moverse fácilmente. —Inquirió mirándolo ceñudo.

—Lo que nos favorece. —Se inclinó hacia delante poniendo los codos en la mesa y mirándolos con gesto adusto bajó la voz para añadir—: Nos han visto a todos los rostros, más nos vale darles caza pronto y matarlos o acabaremos en la horca.

Bill lanzó una mirada furtiva a su compañero de banco, Cosby, que parecía pensar, como él, en escabullirse de ese lío a la primera oportunidad, pero ambos sabían que como Trenton sospechare de esa intención, les mataría sin dudarlo.

—Está bien, nosotros al oeste y Leroy y Laslo al norte, pero ¿Y si han regresado a Londres?

Trenton le volvió a mirar molesto:

—De ser así, por el bien de Joe, espero que logre encontrarlos y matarlos. — Giró de nuevo el rostro hacia Laslo y Leroy para decir—: Si les veis, matadlos. Ya hemos esperado bastante y nos hemos complicado mucho la vida con esa estúpida ocurrencia del barón de fingir una huida. A partir de ahora, lo haremos a mi modo. Cualquiera que los encuentre, los mata.

Laslo y Leroy intercambiaron una mirada antes de decir este último:

—De ser así, nosotros nos llevaremos una tajada mayor.

Trenton frunció el ceño y se tragó un exabrupto limitándose a asentir con un golpe brusco de cabeza.

Mientras tanto Cliff, Max, Maxi y lord Lucas, acompañados de cinco hombres y guiados por Joe, alcanzaron la posada donde se hubieron escapado Anna y Calvin. Tras descender del caballo, Cliff llevando maniatado a Joe, entró en el establecimiento mientras Max, lord Lucas y Maxi dejaban los caballos en el establo para también entrar en la posada. Cliff se dejó guiar por Joe hasta la habitación desde donde supuestamente escaparon y tras dejarlo caer con indiferente brusquedad en una silla destartalada, miró en derredor. En ese momento entraron su hijo y los demás.

—Anna no se habría escapado desde esta habitación. —Señaló Maxi mirando en derredor igual que su padre.

—Ni tampoco Donver. —Convino Cliff—. Sabría que contaban con tiempo limitado para tomar distancia de modo que buscaría un lugar desde el que huir sin ser vistos y desde donde alcanzar terrenos favorables para la huida.

Salió decidido de la estancia y miró a ambos lados del corredor.

—Si yo fuere ellos, habría buscado una habitación vacía desde la que deslizarme y como presupondría que la primera dirección en la que me buscarían sería el camino de regreso a Londres buscaría otras direcciones. —Señaló Maxi siguiendo a su padre fuera de la estancia.

Cliff asintió serio.

—Cierto. Pero ¿cuál? Descartamos el sur, pero hacia el este hay demasiado campo abierto y por ello desprotegido, salvo que se hicieren con caballos con los que intentar tomar distancia.

Max salió junto a ellos e imitándoles miró a ambos lados.

—Yo habría mirado en las habitaciones del fondo del corredor. Lejos de las escaleras y contaría con que, seguramente, en ellas habría ventanas que den a una orientación distinta al patio de atrás.

Cliff y Maxi asintieron conviniendo en lo acertado de esa suposición, caminando imperiosos a las habitaciones del fondo que abrieron sin miramientos encontrándose dos ocupadas, pero descartándolas de inmediato por carecer de ventanas al exterior, para finalmente abrir una tercera en la que un hombre dormía.

Cliff entró, ignorando por completo al ocupante y sus protestas y, tras abrir la ventana, sacó medio cuerpo para mirar más allá antes de entrar y volver a salir de la habitación.

—Bajemos. —Señaló tajante—. Creo que salieron por esta y si no me equivoco siguieron calle abajo hasta alcanzar la zona arbolada por la que comienza el bosque.

Caminaba firme escaleras abajo para después salir de la posada donde ordenó a uno de sus hombres que se ocupare de entregar a Joe a los alguaciles más cercanos a ese lugar. De inmediato tomaron sus monturas y las llevaron sujetas de las riendas, calle abajo y hasta el comienzo de la zona boscosa.

—Padre, este terreno es demasiado duro para recorrerlo de noche, casi a ciegas y con esos hombres persiguiéndoles. Recuerde que Anna iba vestida con un disfraz, no con ropas adecuadas para viajar y menos para estos rigores.

Cliff suspiró escuchando a Maxi con la vista fija en la vegetación:

—Lo cual no dudo les retrase en demasía, pero salvo que lograren hacerse con ropas, lo cual estimo improbable en plena huida, las ropas y el calzado de ambos les complicarán la huida.

—Me preocupa que Anna no llevare abrigo alguno. —Señaló serio junto a su padre.

Cliff giró el rostro para mirar a su hijo suspirando.

—Pensemos antes de decidir hacia dónde dirigirnos. —Sugería Max mirando en derredor de pie junto a su amigo.

—Siendo de noche y buscando la protección y cobijo de algo que les rodease, yo me habría dirigido hacia este lado del camino. De modo que hacia el oeste. —Señala Cliff.

—Cierto. Noroeste. —Convino Max tajante—. Hemos de intentar ganar terreno con premura, especialmente teniendo en cuenta que a Anna la siguen esos tipejos.

Cliff gruñó girando decidido pasando las riendas por el arco de su caballo antes de impulsarse y montar.

—Será mejor que vayamos campo atravesado rodeando el bosque. Iremos en dirección a Glenfield. Es la ciudad más cercana en esa dirección y si yo fuera Donver buscaría cuanto antes caballos y ropas cómodas con las que poder tomar distancia de sus perseguidores antes de buscar ayuda.

Lord Lucas miró en dirección del camino y, después, del campo al que Cliff se refería iban a tomar.

—Pero si fuera ese canalla, ¿no procurarían cubrir todos los posibles caminos que hubieren podido tomar? Si como ha reconocido el bastardo que apresamos, se escaparon y ellos no sabían dónde se dirigían, debía haber procurado cubrir todas las

direcciones. Sabemos que hacia el sur envió los hombres con los que nos hemos topado, pero ¿y el camino directo al norte?

Cliff lo observó meditabundo unos segundos:

—Tenéis razón. Si envió hombres hacia el camino del norte posiblemente les adelantasen. —Miró a Maxi—. Hijo, tú y lord Lucas tomad esa ruta directa. Preguntad si los han visto, a ellos o a esos canallas, y salvo que tengáis una pista clara, esperadnos en Glenfield.

Anna despertó desorientada notando el aire en el rostro. Al abrir los ojos lo primero que vio fue la cesta y más allá la silueta del pueblo. Giró el rostro y se topó con los ojos de Calvin fijos en ella que le miraban desde arriba. Suspiró antes de enderezarse para quedar sentada:

—¿He dormido mucho?

Calvin negó con la cabeza:

—Unas dos horas. Es temprano, puedes dormir un poco más si gustas.

Anna retirando la manta con que la había cubierto negó con la cabeza:

—Deberías dormir tú. Tienes aspecto de estar muy cansado. Yo haré guardia.

Calvin sonrió:

—Aún tenemos tiempo.

—Razón de más para que aproveches la oportunidad de descansar un poco. —Insistió cabezota.

Calvin sonreía negando con la cabeza dejándose caer de espaldas sobre la manta mientras Anna suspiró resignada. Él se había asegurado de que estuviere cómoda y era lo mínimo que ella podía también hacer por él, así que se acercó a él mientras decía:

—Apoya la cabeza en mis piernas. Tal y como estás no podrás conciliar el sueño.

Calvin sonrió divertido pues la cara de resignación de Anna era un poema, lo cual le divertía. Se aupó ligeramente y acomodó la cabeza en su regazo sin evitar sonreír divertido.

—No te rías, bobo, solo lo hago para equilibrar las cosas.

Calvin se rio entre dientes lanzándole una mirada provocativa y seductora, pero también pícara logrando que ella resoplase mientras giraba orgullosa el rostro en dirección al pueblo.

—¿Les has visto salir?

—No, pero no es de extrañar. Si han salido por los caminos de norte o del oeste, es difícil que desde este lugar les viéremos.

Anna asintió con un suave movimiento de cabeza:

—¿Crees que Trenton llevará a todos sus hombres con él?

—Si es listo, los habrá desperdigado.

Anna se mordió el labio meditándolo todo antes de deslizar los ojos de nuevo a él.

—Está bien. Será mejor que duermas. Ya no te preguntaré nada más.

Calvin sonrió provocador:

—¿Podrás contenerme? —Preguntó burlón logrando de nuevo escuchar ese suspiro de cansada resignación que tan bien conocía. Ensanchó su sonrisa mientras cerraba los ojos—. Bien, pues si no vas a preguntar nada más, puedes observarme dormir.

La escuchó resoplar:

—Preferiría observar el descanso de un cochino.

Calvin se rio sin abrir los ojos.

—Dado que no contamos con ninguno, me ofrezco para ser tu entretenimiento.

La escuchó de nuevo suspirar:

—¿Quieres guardar silencio de una vez, pesado, antes de que me enerves lo bastante para dispararte y acabar de una vez con el sufrimiento de ambos?

Calvin abrió los ojos para mirarla encontrándosela ceñuda con los ojos fijos en él. Se rio entre dientes antes de alzar una mano y con la yema de un dedo recorrer su frente y todo el puente de su nariz sorprendiéndola.

—Anna, no me dispararías por muy incordio que sea. Tienes demasiado buen corazón.

Anna volvió a fruncir el ceño sin decir nada mientras él volvía a cerrar los ojos sabiéndola desconcertada y, por primera vez, desde que la hubo conocido, sin una réplica mordaz que espetarle.

Anna permaneció muy quieta con la vista fija en el pueblo y sus alrededores hasta que lo supo dormido. El gesto y sobre todo el modo de mirarla de unos minutos antes no solo le hubieron provocado un terrible desconcierto sino, además, una extraña sensación que nacía en algún lugar de su cuerpo que la aturdió y dejó, por unos instantes, completamente indefensa, o esa era, al menos, la reacción que ahora parecía sentir. Bajó la vista al rostro de Calvin.

Con su aspecto desaliñado de varios días sin un buen afeitado y un buen descanso, parecía mucho más joven, alocado y también relajado. Quizás fuere eso lo que le hacía bajar sus defensas con él, que ambos se habían relajado en su relación por acuerdo mutuo. Sintió un inexplicable deseo de deslizar los dedos por sus mejillas y las líneas de su rostro. Meli lo describió una vez como apuesto. En realidad, todas las damas que conocía lo habían descrito así en una u otra ocasión, desde las jóvenes hasta las más ajadas. Incluso tía Blanche y su abuela lo tildaban de bien parecido y atractivo. Recordó el día en que Marian regresó de la ópera con un hilarante estado de ánimo pues ella y Sebastian habían escuchado a la madre de una de las debutantes de ese año instar a su hija a acercarse y socializar un poco con Calvin destacándolo como uno de los adecuados partidos a tener en cuenta, especialmente cuando de todos era conocido, decía, que era un gallardo seductor, lo que, según la ajada *grande dame*, era

un excelente indicio para una joven esposa pues auguraba que su vida no sería ni monótona ni tediosa. Suspiró. Aunque se hubiere referido a otro sentido, uno que jóvenes oídos no debieran haber escuchado, ahora Anna no debía sino darle la razón, al menos en los calificativos que no en la intención, pues, desde luego, su tiempo en compañía de Calvin estaba siendo de todo menos monótono o tedioso, claro que seguramente hubiere preferido conocer la faceta a la que se refería esa dama y no a su peligrosa aventura. Este último pensamiento la hizo fruncir el ceño mientras se reprendía por él, ¿Por qué iba a querer ella conocer esa faceta de Calvin? Atractivo o no, no dejaba de ser un incordio con tendencia a agujonearla por mero placer. Suspiró negando con la cabeza. En nada le beneficiaban ese tipo de tonterías en esos momentos. Alzó la vista al pueblo observándolo. Tres días, iban a tardar tres días en llegar a su propiedad. Claro que eso era si tenían la suerte de su lado y esos canallas no daban con ellos antes.

Cuando hubieron pasado casi tres horas y notando que comenzaba a oscurecer, Anna decidió despertarlo. Bajó el rostro hacia él sorprendiéndose porque lo encontró despierto con los ojos fijos en ella. Frunció de inmediato el ceño, aunque no se movió:

—¿Desde cuando estás despierto?

Calvin sonrió notando su ligero azoramiento. Se alzó para quedar sentado sin dejar de mirarla.

—Unos minutos. Parecías tan concentrada que no quise sobresaltarte de golpe.

Anna entrecerró los ojos, pero decidió concentrarse en lo que en ese instante era primordial.

—Empieza a anochecer. Deberíamos comenzar a rodear el pueblo y alcanzar el camino que sale en dirección a Glenfield.

Calvin asintió impulsándose para quedar de pie, ayudándola después a hacerlo tras lo que ambos se apresuraron a recogerlo todo. Anna miró las ropas que se hubieron quitado y tomándolas preguntó:

—¿Qué hacemos con ellas?

Calvin la miró de soslayo mientras cerraba el hatillo con las mantas y tomaba la cesta con la comida:

—Deberíamos llevarlas con nosotros. Podemos dejarlas en algún lugar visible del camino y así seguro las encuentra alguien a quién le puedan hacer falta o dar uso de algún modo.

Anna sonrió atándolas para llevarlas más cómodamente:

—No te imaginaba con ese sentido de la practicidad. —Reconoció apresurándose a alcanzarlo para ponerse a su altura caminando en la dirección acordada.

Calvin la miró ladeando ligeramente la cabeza:

—Empiezas a darte cuenta de que soy un hombre inteligente, encantador, un ejemplar de varón sin parangón. —Señalaba con jocosa sorna.

Anna resopló:

—Lo que no tiene parangón es tu ausencia de sentido común y cordura.

Calvin se rio extendiendo el brazo tomándola de la mano.

—¿Ves? Ya volvemos a ser los de siempre. Tú una refunfuñona y yo un incordio encantador.

—Yo no soy refunfuñona, solo contigo, y tú no eres un incordio encantador, solo un incordio. —Respondía mirándole como si fuera un niño pequeño al que se reprende por una travesura lo que aún le hizo reír más.

Rodearon el pueblo desde la protección que les otorgaban los árboles y la vegetación que rodeaba la zona, alcanzando el camino que daba al norte unos minutos después de que comenzaren a salir los granjeros de las zonas cercanas con sus carretas y mulas. Calvin y ella esperaron junto al camino, lejos de la vista hasta cerciorarse de que entre esas gentes no se encontraran Trenton y los suyos y. cuando estuvieron seguros. salieron logrando que un granjero que iba acompañado por dos pequeñajos de uno nueve o diez años, detuviere su carreta al verles.

—Buenas noches. —Se acercó Calvin con gesto amable—. Mi esposa y yo nos dirigimos al norte y agradeceríamos sobremanera si nos permitieren ir con ustedes.

El granjero miró tras él a Anna y después de nuevo a Calvin asintiendo.

—Claro, suban. Así tendré alguien con quien conversar. —Hizo un gesto a sus dos hijos sentados a su lado para que pasaren a la parte de atrás de la carreta y enseguida obedecieron.

—Es muy amable.

Le sonrió antes de tomar a Anna de la cintura y alzarla a la tabla delantera, pero ella de inmediato pasó a sentarse junto a los niños tomando la cesta y el hatillo que él le cedía. Nada más poner la carreta en marcha el granjero señaló:

—Soy John Spencer y esos dos pelirrojos son mis hijos pequeños. Tommy y Carl.

Calvin sonrió girando ligeramente el cuerpo para ver a los dos pequeños que tenían cara de pilluelos pecosos.

—Encantado, señor Spencer. Nosotros somos Calvin y Anna Billers y estamos en deuda con usted.

—Olvídelo. Si no nos ayudamos los unos a los otros, no seríamos hombres de bien. —Sonrió afable.

Anna, que sintió una punzada de remordimiento por mentir a ese hombre, miró a Calvin por el modo en que les presentó, sobre todo porque lo dijo de modo relajado y como si no sintiere extrañeza al decirlo cuando ella, en cambio, sintió un tirón en su mente al escucharlo llamarla de ese modo. Suspiró para su interior y miró a los dos pilluelos a su derecha.

—Seguro que a esta hora tendréis hambre.

Los dos alzaron los ojos hacia ella y sonrieron traviosos:

—Tengo dos empañadas de frutas que seguro están deliciosas. ¿Os gustaría?
—Los vio abrir los ojos de claro entusiasmo así que se apresuró a mirar al señor Spencer y señalar—: Señor Spencer, ¿permite a sus dos pelirrojos degustar un par de empanadas de frutas?

El señor Spencer soltó una carcajada:

—Es muy amable, señora Billers. Con lo tragones que son los dos las devorarán.

Anna sonreía tomando de la cesta las dos empanadas cediéndoselas a los pequeños que las tomaron entre risas traviesas.

—¿Están ricas?

Los dos asintieron con entusiasmo mientras masticaban.

—¿Han estado en el mercado? —Preguntaba Calvin sabiendo al pobre hombre deseando charlar con un adulto.

El señor Spencer asintió:

—Sí, aunque no ha sido un buen día, me temo.

—Lo lamento. He paseado por él y me parecía que había gentes y movimiento.

—Y los hay, pero pocos compran, me temo. Llevamos una temporada en que escasea el dinero y con él las ventas de mercancías y llevarlos hasta Londres o grandes ciudades resulta demasiado costoso y supone abandonar la labor en la granja durante demasiados días. Por eso, casi todos los granjeros y ganaderos de los alrededores acudimos los días de mercado de todos los pueblos de la comarca intentando vender nuestros productos.

—¿Y qué vende usted, señor Spencer? —Le preguntó curiosa Anna.

—Maíz, mazorcas de maíz.

—Oh, ¿de veras? —Sonrió—. Mi tía vende, —comprendió que debía corregirse rápidamente—, mi tía vende a un comerciante de Londres que suele buscar buen maíz pues lo manufactura para hacer harinas e incluso suele comprar para donar a un orfanato y comedor de Londres.

—¿Un comerciante, decís? —Preguntaba claramente interesado.

Anna asintió:

—Si gusta, puedo darle su nombre y referencias y que ella hable con el administrador para que se ponga en contacto con usted. Quizás lleguen a un acuerdo provechoso. Así no habría de ir a los mercados ya que vendería toda o casi toda su cosecha de una vez.

El señor Spencer le miró de soslayo y después a Calvin:

—¿Usted conoce a ese comerciante, señor Billers? ¿Cree que me compraría la cosecha?

Calvin sonrió mirando por encima de su hombro a Anna ya que sabía ella se refería a su tía Blanche.

—Estoy seguro que, de gustarle su maíz, se lo compraría, señor Spencer.

—Le gustará. —Afirmó tajante sonriendo—. Mis mazorcas son excelentes, se lo aseguro.

—Estoy convencido de que así es, señor Spencer. —se rio divertido Calvin que giró el cuerpo para mirar a los dos pillastres que terminaban de zamparse sus empanadas. —Y vosotros ¿habéis venido a ayudar a vuestro padre hoy?

Los dos se encogieron de hombros.

—Hoy es el día que mamá hace compota y nos ha enviado con papá para que no enredemos a su alrededor. —Contestó uno de ellos.

Anna sonrió:

—Por enredar hemos de entender que metéis la cuchara en la olla de vuestra madre cada vez que ella no os ve ¿no es cierto?

Los dos se rieron divertidos claramente culpables.

—Mi esposa elabora una compota francamente sabrosa, pero siempre dice que con estos dos a su alrededor le desaparece más de la mitad antes de llegar incluso a ponerla en los botes.

Calvin sonrió a los pequeños que se reían traviesos.

—Ladronzuelos. ¿Así que vuestra pobre madre os ha enviado con vuestro padre para poder realizar la compota con tranquilidad y sin ladronzuelos a su alrededor?

Los dos se rieron más aun mirando a su padre cómplices.

—Yo tengo dos hermanos que me roban todo lo que preparo como me descuide. Son unos glotones. Pero saben que como me dé cuenta les daré con mi enorme cuchara de madera. —Los dos se reían divertidos—. No, no os riáis, no es chanza, les persigo con mi cucharón y si los alcanzo, les zurro.

Los pequeños se reían divertidos y el más pequeño preguntó a Calvin entre risas:

—¿Vuestra esposa golpea con la cuchara a sus hermanos?

Calvin sonrió mirándoles con regocijo:

—Y no solo a ellos. Todo el que se aventura a robarle galletas recibe su merecido.

—¿Puedo preguntarles qué les espera en Glenfield?— preguntó el señor Spencer al cabo de unos minutos en que sus hijos se acomodaron un poco y se adormecieron, el pequeño con la cabeza sobre el regazo de Anna.

—En realidad, nuestro destino no es Glenfield pues habremos de continuar viaje un poco más. Vamos a visitar a unos familiares.

—Pues, en ese caso, tendrán que hacer noche en la ciudad. Si gustan les ofrezco cobijo en nuestra casa. No es lujosa, pero al menos es seca, caliente y les aseguro mi esposa nos preparará una sabrosa cena. Está a unas cinco millas al sur de la ciudad por lo que, me temo, solo podría llevarles hasta allí.

—Sois muy amable, señor Spencer. No querríamos molestar. Además, hemos de continuar camino pues nos esperan, pero agradecemos su oferta.

El señor Spencer asintió:

—Si cambian de opinión antes de llegar a Glenfield, no duden en quedarse en casa.

Una hora y media después, llegaron a un cruce del camino que se dirigía a Glenfield deteniéndose entonces, pues el señor Spencer tomaba el camino a la derecha hacia su granja:

—Siento no poder acercarlos un poco más, pero con los niños y el maíz en la carreta, temo encontrar algún socavón que no pueda ver siendo ya tan de noche y quedar atrapado hasta mañana.

Calvin que ya hubo saltado de la carreta y ayudaba a descender a Anna le sonrió:

—Ya ha hecho mucho por nosotros, señor Spencer. Le estamos muy agradecidos. Quede con Dios.

El señor Spencer les sonrió golpeándose al tiempo la gorra que llevaba con dos dedos:

—Espero que el resto de su viaje sea tranquilo. Tengan cuidado que nunca se sabe a quién puede uno encontrarse por los caminos y una bonita pareja como ustedes aún tienen mucha vida por delante.

—Gracias, señor Spencer. —Le sonrió Anna ya junto a la carreta—. Le doy mi palabra que le hablaré a mi tía de sus mazorcas para que se asegure que vienen a verle.

Tras despedirse de él, se dirigieron a Glenfield por uno de los lados del camino intentando no apartarse demasiado de él pues apenas si veían por dónde pisaban. Apenas habían pasado unos minutos desde que se despidieron del señor Spencer cuando escucharon ruidos de cascos de caballo casi sin tiempo de reaccionar pues vieron pasar a su lado el coche de postas a toda velocidad casi arrollándolos a pesar de apartarse. Calvin abrazó a Anna casi por reflejo antes de instarla a mirarlo a pesar de la oscuridad:

—¿Estás bien?

Anna asintió:

—Apenas si me ha dado tiempo a ver los faroles. Ese cochero es un loco temerario, o eso o conoce tan bien el camino que no duda en recorrerlo a esa velocidad de noche.

Calvin giró el rostro hacia el punto a lo lejos donde brillaban alejándose los dos faroles traseros del coche.

—Me inclino por considerarlo simplemente temerario.

Sonaron dos disparos y Calvin se tiró a Anna al suelo cubriéndola con su cuerpo. Al golpear el suelo Anna exhaló el aire de la impresión.

—No te muevas. —Le ordenó Calvin mientras se enderezaba ligeramente.

Vio dos jinetes acercándose a la carrera con uno de ellos iluminado someramente por el farol que llevaba en la mano. Sonaron dos disparos más.

—Vamos, vamos, Anna, corre, corre. —La empujó hacia la parte del campo en dirección al bosque—. Corre y no mires atrás.

Anna se levantó echando a correr con él detrás.

—No mires atrás. —Le insistía sin que ella se diera cuenta de que se detuvo.

Calvin giró el cuerpo tras detenerse viendo a los dos jinetes acercarse. Sabía que debía dar tiempo a Anna para llegar a la arboleda con la oscuridad a su favor o la matarían. Sonó otro disparo y de inmediato otro. Enseguida notó un dolor agudo en un costado y casi de inmediato cayó de rodillas al suelo.

Tras esos dos disparos Anna se detuvo y jadeante giró no viendo a Calvin tras ella. ¿Dónde estaba? Vio un farol más allá y se tiró al suelo. Alzó la vista y vio a dos hombres a caballo iluminados por el farol que sostenía uno de ellos alzado ligeramente, y enseguida vio la sombra en el suelo. Era Calvin. Uno de los dos hombres se bajó del caballo con una pistola en la mano. <<La pistola>>, recordó de pronto. Nerviosa abrió el hatillo y tomó la pistola que le hubieron quitado a Joe. Con manos temblorosas la amartilló mientras se ponía en pie escuchando voces de dos hombres. Se acercó con cuidado escuchando a uno de ellos preguntar por ella a Calvin mientras le apuntaban con el arma.

—Oh Dios, oh Dios...— Murmuró alzando la pistola y apuntando a uno de ellos guiándose por la luz del farol.

Tomó una bocanada de aire y disparó casi que cerrando los ojos.

—Laslo.

Escuchó y cuando abrió los ojos vio el farol en el suelo junto a un hombre y al otro, de pie, con la pistola en la mano apuntando a ciegas a la oscuridad. Se apresuró a correr para acercarse un poco sabiendo que en la oscuridad no le verían hasta llegar muy cerca de ellos. Amartilló el arma de nuevo tras detenerse manteniéndose en la oscuridad y disparó antes de decir alzando la voz:

—Si no se van, volveré a disparar.

Calvin aun en el suelo de rodillas miró al hombre que permanecía de pie y mientras el otro gemía en el suelo señaló:

—No fallará. La próxima vez no fallará. Si la obliga disparará matándole.

Leroy le apuntó mirándole iracundo:

—Cállese. —Gritó antes de mirar de nuevo a la oscuridad—. Le mataré.

Anna sabía que contaba aun con la ventaja de la oscuridad, pero no tenía más balas y no dudaba que ese hombre disparase a Calvin.

—Váyanse. Yo le perdono la vida y usted la de milord. ¿Quiere morir por unas monedas que no va a disfrutar estando ya rindiendo cuentas a su hacedor?

Leroy, sin dejar de apuntar a Calvin, miró a Laslo que se retorció a su lado.

—Maldita sea, Leroy, no pienso morir en un campo por culpa de Trenton y ese barón demente. —Le espetaba Laslo desde el suelo mientras apretaba su hombro—. Vayámonos.

Leroy le volvió a mirar y después a Calvin pensando que, de todos modos, con una bala en el cuerpo y Trenton obsesionado por darle caza, no llegaría muy lejos. Además, se vengaría de ellos simplemente diciendo a Trenton dónde estaban.

—Está bien. —Dijo alzando la voz apartando el arma de Calvin—. Nos vamos.

Sin dejar de mirar a Calvin se acercó a su amigo y le ayudó a ponerse en pie y, tras un poco de esfuerzo, a subirse de nuevo al caballo para, a continuación, hacerlo él.

—Vámonos. —Ordenó a Laslo mientras giraban los caballos antes de azuzarlos.

En cuanto los vio alejarse Anna corrió donde estaba Calvin al que supo herido pues, iluminado ligeramente por el farol que aún continuaba en el suelo, no le vio levantarse, sino que cayó de costado a la tierra.

—Calvin, Calvin. —Se dejó caer de rodilla a su lado inclinándose sobre él alarmada y asustada—. Calvin. —Lo giró con cuidado dejándolo boca arriba—. Oh Dios mío. —Jadeó al ver sangre en la mano que se apretaba contra el costado.

Calvin se intentó incorporar haciendo un gesto de dolor, pero ella se lo impidió.

—No, no. No te muevas. Déjame ver la herida.

Se incorporó quedando sentado mirándola con gesto tenso.

—Hemos de irnos de aquí. Regresarán. Solo se han ido porque has herido a uno de ellos.

—Y ellos a ti. No podemos huir contigo herido.

Calvin gruñó al levantarse, pero ella, que también se incorporó, le veía respirar trabajosamente.

—Muéstrame la herida.

Le ordenaba mientras, sin miramientos, le apartaba la mano y le abría la chaqueta y la camisa. Manaba mucha sangre del agujero de bala que tenía en el costado. Se agachó y tomó el borde de su enagua, rasgándola de un tirón. Tomó la tela que hubo roto y la partió apretando un trozo contra la herida y con la otra le rodeó el costado para apretársela y mantenerla.

—Hemos de encontrar un galeno o alguien que pueda curarte. —Le decía anudando la tela. Alzó el rostro y lo veía, incluso con esa escasa luz, perdiendo lividez—. Hay que buscar un lugar seguro.

Calvin que se apoyaba en ella ligeramente pues empezaba a notarse ligeramente mareado, era más que consciente de que perdería el conocimiento de seguir allí.

—La granja del señor Spencer. —Dijo casi al tiempo que lo pensaba—. Debemos estar cerca de la granja del señor Spencer.

Anna le miró unos segundos dudando, pero finalmente asintió.

—Está bien.

Se apartó de él con cuidado tomando el farol y el hatillo pues la cesta hubo quedado olvidada cuando salieron corriendo y no iba a ir a buscarla. Se acercó de nuevo a él instándole a pasar el brazo por sus hombros.

—Apóyate en mí.

—Anna, no creo que llegue. —Señalaba tras unos metros recorridos en que ella le notaba cada vez más tambaleante.

Anna lo dejó caer al suelo y abriendo el hatillo, enrolló una manta que puso tras su cabeza y con la otra le cubrió. Tomó las dos velas que había dentro y las encendió abriendo un instante el farol.

—Calvin, voy a correr hasta la granja y pediré ayuda. Te dejo las velas para poder encontrarte después.

Calvin le miró asintiendo conteniendo claramente un gesto de dolor. Anna se inclinó ligeramente sobre él poniendo su rostro frente a suyo a escasos centímetros.

—No te duermas. Prometo que no tardaré y te curaremos enseguida.

Calvin intentó esbozar una sonrisa, pero se quedó en una mera mueca de dolor. Anna se impulsó y, tomando el farol, corrió de regreso al camino y de ahí hasta el cruce donde se hubieron separado del señor Spencer girando de inmediato al camino que él hubo seguido. Llegó al cercado exterior de la casa de la granja que, como él señor Spencer hubo dicho, estaba a pocas millas del camino. Corrió el pequeño sendero hasta la puerta principal de la pequeña casa agotada y, jadeante, después de recorrer tan deprisa como alcanzaron a darle sus piernas y fuerzas las millas del camino, llamó a la puerta intentando contener el ritmo frenético de su corazón y el ligero temblor de todo su cuerpo. Tras unos eternos segundos sonó la rotunda voz del señor Spencer al otro lado.

—Señor Spencer, abra, se lo ruego. Soy la señora Billers, necesitamos su ayuda. Calvin está herido.

Enseguida se escuchó el ruido de bisagras al otro lado y pronto se abrió la puerta dejando ver al señor Spencer con gesto de preocupación.

—Señor Spencer, se lo suplico, ayúdenos. Unos asaltadores nos han abordado, Han disparado a Calvin y está herido junto al camino.

El señor Spencer dio un golpe de cabeza asertivo mientras abría la puerta y le cedía el paso.

—Entre señora Billers, atempere el cuerpo mientras voy a por el caballo para la carreta. Dora, —miró mientras tomaba el abrigo que prendía de una percha junto a la puerta—. Esta es la señora Billers, es la joven de la que te hablé.

Una mujer pelirroja y de aspecto bonachón se acercó a ella y la empujó suavemente hacia la chimenea mientras decía:

—Pase, pase. Ha de entrar en calor. He oído lo que ha dicho. No se preocupe, John irá con usted y lo traerán enseguida. Él sabrá que hacer. Fue sargento en la guerra contra Napoleón y sabe cómo actuar con ese tipo de heridas.

Anna se calmó ligeramente al escuchar esas palabras dejándose arrastrar hasta la chimenea junto a la que parecían haber estado los señores Spencer, ella zurciendo y él haciendo lo que parecía una canasta de mimbre, al menos hasta que ella les interrumpió.

—Lamento importunarles de este modo, pero no sabía qué hacer ni dónde acudir. Esos hombres deben estar buscándonos pues les hemos visto y pensarán que tomaremos represalias acudiendo a los alguaciles. Además, Calvin no parecía poder andar y no tengo fuerza para cargar con él.

—No se apure, —Le decía sonriéndola comprensiva dándole un par de palmaditas en las manos que ella mantenía en el regazo pues se hubieron sentado en sendas sillas frente a la lumbre—, todo saldrá bien. Yo siempre me asusto cuando John recorre los caminos para ir a los mercados temiendo que un día tropiece con esos asaltadores que no tienen compasión ni con ricos ni con pobres. Y no ha de disculparse, las buenas gentes han de ayudarse.

Anna sonrió ligeramente agradeciendo el toparse con el señor Spencer y conviniendo para sí misma que sí, que los señores Spencer eran buenas gentes. Sintió un ramalazo de remordimiento pues sabía que respondía su amabilidad con una flagrante mentira.

El señor Spencer irrumpió enseguida en la habitación marchando con él a buscar a Calvin. Tardaron media hora en encontrarlo, media hora que a Anna se le hizo eterna y casi insoportable pues temía, a cada segundo que pasaba, que Calvin hubiere muerto. En cuanto vieron la luz tenue de las velas, el señor Spencer detuvo la carreta y Anna no esperó para saltar y correr hacia Calvin cayendo de rodillas a su lado en cuanto lo alcanzó.

—Calvin, Calvin.

Lo llamaba claramente asustada mientras se inclinaba ligeramente sobre él estirando el brazo y posando una mano en su mejilla provocándole una inmensa sensación de alivio no solo el notarlo aún caliente sino sentir cómo reaccionaba tímidamente ante su contacto.

—Calvin. —Lo volvía a llamar—. Calvin, estamos aquí. Vamos a llevarte a un lugar cálido y seguro donde curarte y donde te pondrás bien.

El señor Spencer llegó a su lado llevando del bocado el caballo con la carreta tras él. Se arrodilló al otro lado de Calvin y tras mirarlo y retirar la manta para ver su herida alzando el candil para ver mejor, alzó los ojos a Anna.

—Sujete el caballo, señora Billers, yo subiré a su marido en la parte de atrás. En casa limpiaremos la herida y lo curaremos.

Anna se levantó deprisa y obedeció mientras el señor Spencer tomaba en brazos a Calvin momento en el que por fin dio alguna señal, aunque fuere emitiendo un gemido de dolor. Tras colocarlo en la parte trasera de la carreta sobre un poco de paja que el señor Spencer hubo precavidamente puesto para hacer más cómodo el lecho a Calvin, Anna se subió junto a él tapándolo con la manta y colocando su cabeza en su regazo mientras el señor Spencer ponía en marcha la carreta.

—Calvin, Calvin, soy Anna. —Le decía bajito cerca de su oreja.

—Anna. —Susurró finalmente casi de modo inconsciente sin siquiera abrir los ojos.

Anna le subió la manta intentando mantenerlo caliente mientras le acariciaba el rostro intentando que supiere que estaba allí con él, que iba a salvarlo. Llegaron a la granja donde la señora Spencer les esperaba en la puerta claramente preocupada. Tras bajar a Calvin, el señor Spencer lo llevó al interior de la casa a una pequeña habitación que Anna supo sería de sus hijos y que la señora Spencer, mientras ellos iban a buscarlo, hubo acomodado a éstos en otro lugar para cederles la humilde pero cálida y caliente estancia a ellos.

El señor Spencer, nada más dejarlo en la cama y mientras se desprendía del abrigo y se remangaba la camisa, miró a uno de sus hijos que permanecía en el umbral, uno de unos catorce años que ella no había conocido y con voz calmada pero firme señaló:

—Pete, ocúpate del caballo y después asegúrate de que tus hermanos no alborotan y regresan a la cama sin rechistar.

El muchacho de inmediato desapareció mientras el señor Spencer comenzaba a desprender a Calvin de las ropas, a lo que Anna le ayudo presta. Tras inspeccionar la herida el señor Spencer miró a Anna:

—La bala ha salido y ha tenido suerte, ha atravesado la parte exterior del costado. Debemos cerrar la herida y evitar que pierda más sangre. Voy a tener que usar hierro candente, señora Billers, es el único medio de cerrar la herida y evitar infecciones. Es joven y fuerte, esperemos que no haya complicaciones.

Anna sentada en el borde del camastro junto a él, asintió al señor Spencer tomando la palangana de agua caliente y el paño que le daba la señora Spencer para limpiar la herida.

—Dora, pon en la lumbre el hierro, voy a por unas cuerdas para atarlo. Esto va a dolerle como mil infiernos.

Por la mañana, Anna miraba amanecer por la pequeña ventana de la habitación, sentada junto a la cama de Calvin que permanecía durmiendo con una ligera fiebre después de una mala noche que ella recordaría siempre como una de las peores, si no la peor, de toda su vida. En su cabeza se presentaban las imágenes de la misma. Limpiar la herida mientras la señora Spencer le ayudaba a sujetar a Calvin que se retorció de dolor sin apenas abrir los ojos, el momento en que el señor Spencer cerraba ambos lados de la herida con el hierro candente con Calvin atado y gritando de dolor al hacerlo. El olor a carne quemada que impregnó la estancia unos minutos haciendo cruelmente patente lo ocurrido. El transcurrir de la noche mientras ella intentaba mantenerlo caliente y lo más inmóvil posible ya que el señor Spencer decía que así la herida se curaría antes y él sufriría menos. Los sueños febriles de Calvin en que llamaba a su padre, su abuelo, su hermano e incluso nombres que ella no reconocía, en más de una ocasión, de mujer.

Ahora, tras esas horas, esperaba, con el amanecer que empezaba a nacer, que Calvin despertase. Al escuchar ruido en la estancia principal de la casa junto a la que se encontraba la pequeña cocina de la señora Spencer, Anna imaginó que estaba empezando sus tareas diarias entre las que se encontraría preparar el desayuno de todos y preparar a los pequeños para ir a la escuela, pues sabía, pues así se lo relató el señor Spencer, que sus hijos pequeños acudían a la escuela y solo los mayores ayudaban en la granja cuando terminaba ésta. Decidió no solo agradecer la amabilidad de los señores Spencer ayudando a la única mujer de la casa en sus quehaceres sino también mantenerse ocupada mientras Calvin recuperaba la consciencia, así que, tras tapar bien a Calvin, poniéndose en pie y recogiendo el cabello en un sencillo moño, salió de la habitación dirigiéndose a la cocina donde encontró, como suponía, a la señora Spencer en plena faena.

—Señora Spencer, ¿me permitiría ayudarla, por favor? Puedo elaborar pan y algún bollo y empanada sencillos para el desayuno y el almuerzo y ayudarla con los pequeños, así como en sus tareas del hogar.

—Oh querida, no es necesario. Ha pasado la noche en vela y, tras una experiencia tan terrible, ha de estar agotada.

Anna se encogió ligeramente de hombros.

—Prefiero mantenerme ocupada. Además, han sido en extremo amables y generosos con nosotros, es lo mínimo que debiera hacer. Sé elaborar algunas cosas usando pocos ingredientes y gastando poca harina. Ayudé en las cocinas en el barco en el que viajé con mis padres y los cocineros me enseñaron muchos trucos.

La señora Spencer la sonrió mientras le cedía un delantal que ella se apresuró a tomar y atarse sobre la ropa.

—En ese caso, se lo agradezco, además, será agradable tener a una mujer a mi alrededor para variar. Siempre tengo a varones rondándome y en lo referente a cosas del hogar son más un estorbo que otra cosa. Y si hablamos de la cocina, son simplemente una jauría de bocas hambrientas.

Anna sonrió relajándose ligeramente:

—La entiendo bien. Mi padre y hermanos me enseñaron pronto que un hombre en la cocina es auspicio de desaparición de viandas y todo lo que sea comestible.

Anna pudo, por fin, encontrarse un poco más tranquila y calmada tras tomar un té y tras dos horas en la pequeña cocina con la señora Spencer elaborando platos, panes y bollos sencillos pero sabrosos y tiernos en un horno, cuya leña ayudó a partir a la señora Spencer junto a la puerta trasera de la casa mientras el señor Spencer, como ellas, daba comienzo de sus labores diarias en los establos y cercados de animales antes del desayuno y del despertar de sus hijos.

Ver al señor Spencer y sus hijos devorar con entusiasmo el desayuno en la mesa de madera del pequeño salón le recordó los momentos en que ella y Maxi se sentaban en el comedor de la tripulación en los barcos mientras todos ellos desayunaban o almorzaban, muchas veces cosas que ella ayudaba a elaborar cuando ya comenzó a tenerse en pie y colarse en las cocinas al igual que hacía su madre.

—Señora Billers, tiene usted un talento encomiable. —Le sonrió el señor Spencer devorando alegremente un panecillo de pan de maíz.

Anna le sonrió sentada junto al más pequeño, Carl, que a su vez devoraba con ansia un trozo de bizcocho aún caliente.

—Gracias, señor Spencer. Puedo reconocer que, de tener un talento, como usted lo califica, solo puedo referirlo a la cocina, pues en todo lo demás, me temo, soy bastante desastrosa.

Se rio alzándole un panecillo ya mordido a modo de saludo:

—Tiene un talento, se lo aseguro. Dora es una gran cocinera y aunque me disculpo con ella de antemano, he de reconocer que estos panecillos son los mejores que he probado nunca.

La señora Spencer se rio mirando a Anna tras dedicarle a su marido un gesto que a ella le pareció tierno por lo mucho que denotaba el cariño entre ellos a pesar de los años que debían llevar casados:

—Me sentiría ofendida y enfadada, pero he de darle la razón.

Anna sonrió levantándose de la mesa mientras señalaba ligeramente azorada:

—Me alegro entonces que les gusten. Mientras terminan el desayuno con tranquilidad, voy a ver cómo sigue Calvin.

—Si ha despertado, sería bueno darle té y algo de comida suave para que reponga un poco sus fuerzas. —Señaló el señor Spencer con gesto amable en el rostro.

Anna asintió devolviéndole una mirada y gesto amable antes de ir directamente al pequeño dormitorio donde Calvin aún permanecía dormido. Se sentó en el borde de la cama y tras asegurarse de que su fiebre había bajado le acomodó la almohada y las mantas bien. Calvin se removió ligeramente y parpadeó varias veces antes de abrir los ojos. Anna se inclinó con cuidado hacia él.

—¿Calvin? —Esperó que él girase el rostro hacia ella antes de decir—. Estás bien, a salvo. Estamos en la granja de los señores Spencer. ¿Recuerdas lo ocurrido?

Calvin carraspeó intentando recobrar en su memoria recuerdos, apareciendo de inmediato todo lo acontecido en una rápida sucesión de imágenes trayendo el recuerdo exacto de la noche anterior. Fijó los ojos en el rostro de Anna que parecía cansada, preocupada, incluso asustada, pero aun así lucía extremadamente hermosa, cálida y acogedora. Sintió de pronto una sensación invadir su cuerpo, lejana al dolor que notaba con pasmosa nitidez, y que, de pronto, parecía pasar a un segundo plano ante esa extraña sensación, esa cálida emoción que recorría cada centímetro de su dolorido cuerpo indiferente a ese dolor y a su voluntad.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho? —Insistía inclinándose un poco más hacia él—. El señor Spencer usó un hierro candente para cerrar las heridas. Gritaste y te revolviste de dolor. Sé que fue horrible pero ahora estás mejor, ¿no es cierto? ¿Estás mejor? —Preguntaba claramente preocupada.

Calvin alzó una mano tras sacar el brazo de debajo de la manta y le acarició la mejilla.

—Me has cuidado muy bien. Me has salvado, Anna. Otra vez.

Anna sonrió:

—Es verdad. Tienes que reconocer que no eres muy hábil cuidando de ti mismo.

Calvin se rio, pero enseguida se detuvo con una mueca de color. Anna se incorporó ligeramente con gesto serio.

—Voy a avisar al señor Spencer y a buscar un poco de té y de comida. Has de reponer fuerzas pues perdiste mucha sangre.

Cuando iba a levantarse Calvin la detuvo tomándola de la mano haciendo que volviese a mirarlo.

—Anna, no podemos permanecer mucho aquí. Si Trenton y los suyos nos encuentran aquí pueden hacer daño al señor Spencer y su familia.

Anna suspiró:

—Lo sé, pero tal y como estás, no llegaríamos muy lejos de intentarlo.

Calvin se incorporó ligeramente esbozando una involuntaria mueca y quejido de dolor, quedando con la espalda apoyada contra la pared, deslizando los ojos a ella de inmediato:

—Solo es dolor, Anna, y no tan insoportable como para no poder moverme.

Anna resopló con gesto de incredulidad en sus ojos.

—Calvin, no es que me niegue a creer en tus palabras, pero acabas de recibir un disparo, has perdido mucha sangre y dudo que puedas recorrer unos metros por tu propio pie.

Calvin le sonrió divertido por la preocupada practicidad de ella.

—Anna, solo he de descansar un poco. Como dices, solo he perdido un poco de sangre. Por suerte, la bala no ha tocado ningún órgano o ahora no podría ni moverme, y soportar un poco de dolor no va a matarme.

Anna suspiró con cansada resignación.

—Iré a buscar al señor Spencer y ya veremos lo que dice. —Se puso en pie por fin, pero antes de dar un paso le miró seria—. Les he dicho a los señores Spencer que unos asaltadores nos abordaron y te dispararon.

Calvin asintió.

—Supongo que era lo mejor.

—No estoy segura. Porque ¿Y si Trenton o alguno de sus hombres aparece por aquí? ¿No crees que el no predisponer al señor Spencer y su esposa ante el tipo de hombres que son les puede poner en peligro?

Calvin frunció el ceño pues en cierto modo tenía razón, pero, quizás, lo contrario también sería peligroso, ¿y si conocer a Trenton y los suyos, quienes eran y lo que hacían era lo que realmente pondría en peligro al señor Spencer y su familia? Quizás no apareciesen por allí y mantenerse en la ignorancia les salvare la vida.

—Sé que en cierto modo tienes razón, pero ¿y si ocurre lo contrario? ¿Y si conocer la identidad y actos de Trenton y sus compañeros les convierte en objetivos de éstos por verse enredados de modo involuntario en este embrollo?

Anna frunció ligeramente el ceño mientras meditaba lo que decían y suspirando aceptó que, de las dos opciones, quizás la menos peligrosa era la de mantenerlos ignorantes de la identidad de Trenton, pues incluso aunque acudiere fuere posible que éste se hiciera pasar por familiares o cualquier otra cosa de ellos que les buscasen y simplemente les dejaren tranquilos de no encontrarlos allí.

—Quizás tienes razón. Quizás mantenerlos desconocedores de este embrollo les mantenga más a salvo. Aun con ello, sé que hemos de marchar lo antes posible, pero tú no puedes hacerlo tal y como estás, así que no intentes convencerme de que estás bien.

Calvin sonrió. Era demasiado cabezota y tenaz para dejarse convencer y menos mandar por él e incluso diría que por nadie.

—Anna, no te voy a decir que estoy en plenitud de vivacidad y fuerza, pero no por ello puedo dejar de ponerme en pie y caminar.

Anna de nuevo resopló con esa incredulidad palpable en ojos y rostro.

—Si hasta te duele mucho moverte para simplemente sentarte en la cama. He visto bien tu gesto y como contenías un gruñido de dolor. No me engañas.

Calvin contuvo esta vez una carcajada por el dolor y también por el gesto de empecinado enfado de ella.

—Anna, no pretendo engañarte, pero no por estar herido podemos quedarnos aquí poniéndonos en peligro y sobre todo poniendo en peligro a la familia Spencer. Estoy herido, pero no mortalmente.

Anna le miró ladeando ligeramente el rostro meditando y calibrando la verdad de sus palabras. Asintió con un suave gesto de cabeza.

—Voy en busca del señor Spencer y algo caliente para que comas y puedas recuperar fuerzas.

En cuanto salió, Calvin tomó una profunda bocanada de aire que le obligó a contener un aullido por dolor que sintió atravesarle el costado. Gruñó para sí maldiciéndose por no haber sido más hábil evitando convertirse en un blanco tan directo. Suspiró subiendo un poco la manta hasta su cintura. Miró en derredor la pequeña habitación en la que estaba. Modesta, discreta, pero cálida y acogedora. Miró de nuevo hacia donde hubo salido Anna. Gruñó para su interior. Sabía que ella había pasado la noche velándole, cuidando de él. Su rostro al abrir los ojos frente a él, la sensación de calidez que le producía saberla con él, sus bonitos ojos miel centrados en él con un más que palpable peso de preocupación, ese bonito rostro y ese dulce y al tiempo sensual cuerpo inclinado sobre el suyo... Maldita sea, maldita sea, resonaba con fuerza en su mente. Iba a casarse con ella, se casaría con ella, pero al diablo norma social, chisme o escándalo, lo haría porque quería seguir teniéndola a su lado, verla resoplar y refunfuñar por él, verla sonreír y reír como había logrado que hiciera cuando se relajaba a su lado, y juraba sobre todas las cosas que deseaba sobremanera

poder probar esos deliciosos labios, recorrer cada curva de su bonito cuerpo y hacerla suya, marcarla como suya, marcarse como suyo. Cerró los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás apoyándose en la pared a su espalda. Estaba metido en un buen lío pues convencerla para casarse con él no iba a ser tarea fácil de salir del embrollo en el que estaban, tendría que enfrentarse al hecho inevitable de hacerla ver que una unión entre ellos era inevitable, lo cual haría que ella se revolviere ante esa idea, ante un matrimonio que, a sus ojos, creería forzado por normas sociales, por su honor y reputación y no por razones que empezaban a abrirse en su mente con una claridad pasmosa.

No había terminado de dar forma a su idea cuando precisamente la razón de su quebradero de cabeza actual hacía su entrada en la minúscula estancia junto al orondo y afable señor Spencer tras ella.

—Buenos días, señor Billers. Es grato tenerle de regreso en el mundo de los hombres conscientes.

Calvin le sonrió:

—Gracias a usted, señor Spencer, gracias a usted. Estaremos siempre en deuda con usted y su familia.

El señor Spencer se acercó a su lado y con cuidado le retiraba la manta para inspeccionar la herida mientras, sonriendo, decía:

—Si quiere pagar esa deuda, solo repóngase y libre de preocupaciones a su pobre esposa que no merece tal sufrimiento. —Miró con detalle la herida, como aseverando lo acertado de su actuación nocturna, añadiendo—: Sois un hombre afortunado, sin duda. La bala solo le atravesó la parte externa del costado y salvo la cicatriz, que dejará el hierro, no debiera tener más problemas. Si todos los hombres de mi regimiento que recibieron balas hubieren tenido su fortuna, no habría tenido que enterrar a tantos buenos hombres.

Calvin sonrió:

—Mi fortuna no ha sido sino contar con la generosa ayuda y rescate de un buen hombre, señor Spencer, no lo olvido.

El señor Spencer se rio entre dientes enderezándose tras tapanlo de nuevo hasta la cintura.

—Quizás sí, más no olvide tampoco la de su valiente esposa. —Sonrió ligeramente a Anna que a su vez le devolvió la sonrisa por amabilidad—. Debiera tomar un poco de té y algo suave, así podrá salir de esa cama que estoy seguro siente como el peor de los castigos.

Calvin sonrió:

—No tanto, pero no puedo negar que me preocupa ser una carga para usted y su familia no solo una más que evidente molestia. Además, quienes nos esperan empezarán a alarmarse de no hallarnos.

El señor Spencer sonrió comenzando a caminar hacia la puerta.

—No se apure, joven, no son tal molestia ni menos una carga, aunque no dudo que sus familiares puedan alarmarse de tardar mucho en llegar a su lado, pues una joven pareja por los caminos, seguro piensan puede correr serio peligro, como han tenido la desafortunada oportunidad de comprobar.

Anna que le seguía fuera de la habitación para ir a la cocina, miró de soslayo a Calvin que parecía dispuesto a marchar de inmediato por mucho que ella supiere que no estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Cree que podríamos partir hoy, señor Spencer?

El pobre hombre se paró ya pasado el umbral de la puerta desde la que le miró y después a Calvin:

—No se lo aconsejo. Señor Billers, le convendría reponer fuerzas. Esperen un día, eso no alarmará demasiado a sus familiares y les permitirá viajar con un poco de tranquilidad. Piense que ha de estar fuerte para acompañar y cuidar de su esposa.

Calvin deslizó los ojos a Anna. Con ese argumento el señor Spencer tenía la carta ganadora. Ciertamente, poco o nada podría cuidar de Anna si no se tenía en pie. Asintió devolviéndole la mirada al orondo granjero.

—En ese caso, me temo señor Spencer que abusaremos un día más de su hospitalidad.

Anna le dedicó una sonrisa de tranquilidad antes de seguir al señor Spencer y dejarle de nuevo a solas unos instantes tras los que regresó con una bandeja en las manos.

—Creo que antes de irnos debiéremos dejar algunas monedas a los señores Spencer. Están siendo en extremo generosos con su casa, comida y ayuda.

Calvin la observaba mientras, sentada en el borde de la cama, a su lado, con la bandeja en su regazo, le servía una taza de té que enseguida le entregó.

—Se las dejaremos si gustas, aunque no sabemos si las acabaremos necesitando. De cualquier modo, cuando salgamos de este embrollo podremos regresar y agradecer su ayuda y atenciones como corresponde y entonces ayudarles nosotros de algún modo.

Anna le miró de soslayo mientras removía unas gachas mezclándolas con un poco de miel.

—Me siento un poco culpable por mentirles en todo, incluso en nuestra identidad.

Calvin la miró por encima de la taza de té de la que bebía pensando que en lo referente a la identidad no les habían mentido exactamente, sino simplemente adelantado acontecimientos pues ella pronto sería la señora Billers, lady Anna Billers, vizcondesa de Donvers.

—Bueno, estamos siendo obligados por las circunstancias.

Anna se encogió de hombros tomando su taza y quitándosela de las manos cediéndole después el plato con las gachas y la cuchara.

—Creo que no he comido gachas desde que era un adolescente e iba a la escuela.

Anna se rio.

—Pues a mí me encantaba tomarlas en el barco los días de tormenta.

Calvin sonrió imaginándosela de pequeña frente a su plato de gachas en el elegante salón del capitán de cualquiera de los barcos de sus padres. Tras unos minutos en que se dedicó a comer las dulces gachas, le devolvió el plato evitando que se levantara de inmediato, tomándole la mano.

—Podríamos hablar de lo que haremos desde ahora. —Sugirió consciente de que no era más que una excusa para retenerla a su lado.

Anna dejó la bandeja en el suelo junto a la cama antes de mirarle.

—¿Qué quieres decir con lo que haremos? Creía que iríamos a Glenfield e intentaríamos lograr caballos con los que continuar.

Clavin entrecerró los ojos unos segundos, meditabundo, antes de contestar:

—Ahora no sé si debiéremos dejarnos ver por Glenfield. Si esos dos hombres avisan a Trenton, como supongo harán, de dónde nos vieron por última vez y sabiéndome herido, no dudo presuman, con acierto, que acudiríamos de inmediato a Glendfield buscando cobijo y ayuda.

Anna hizo una mueca:

—Supongo que es cierto, pero si pretendes que rodeemos la ciudad y continuemos camino eludiendo los senderos en los que pudiéremos toparnos con ellos, deberíamos encontrar una alternativa para hallar un lugar en el que hacernos con monturas.

Calvin asintió:

—Quizás algún vecino del señor Spencer pueda alquilarnos un par de caballos.

—Podría preguntarle, pero si le hubimos dicho que no queríamos tomar el coche de postas por ahorrar, resultará en extremo extraño que ahora queramos hacer un gasto aún mayor alquilando una pareja de caballos.

Calvin sonrió:

—Pero ahora hay un buen motivo para tal exceso. Estoy herido.

Anna le miró como si fuere un niño travieso al que su madre reprende:

—Razón por la que cabría que comprásemos billetes del coche de postas no alquilar unos caballos.

Calvin se rio y pronto se detuvo por el dolor. De nuevo sacaba esa vena peleona, testaruda que le hacía replicarlo a la menor ocasión y, al tiempo, se mostraba sensatamente práctica.

—Anna, en un coche de postas no solo tardaríamos más en llegar, sino que sería imposible pasar desapercibidos.

Anna suspiró antes de inclinarse y tomar la bandeja, diciendo mientras se ponía en pie:

—Será mejor que duermas un poco. Mientras ayudaré a la señora Spencer con sus pilluelos pelirrojos y con las tareas de la casa. Al menos eso sí se lo debemos.

Calvin la observó salir de la habitación con la bandeja entre las manos reconociendo la valía de una mujer como ella. Podía ser una jovencita que se desenvolvía con cierta soltura en los salones de la aristocracia y las mejores casas de la nobleza inglesa, pero no era ni melindrosa ni pusilánime como tan acertadamente dijo un pequeñajo que bien la conocía. No mostraba flaqueza a pesar de los rigores a los que la estaba sometiendo y estaba segura ayudaba a la señora Spencer no como mera cortesía sino por agradecimiento sincero y que no le haría ascos a ninguna de las tareas que la señora de la casa pudiese en sus manos. Imaginarse a muchas de las debutantes en tal tesitura le resultaba imposible pero más aún verla realizar tales tareas sin mostrar altanera y orgullosa oposición por considerar cualquiera de ellas indigna de su alta alcurnia. Anna no solo no era de ese tipo de mujeres, sino que por el contrario se sabía en deuda con la familia Spencer y haría lo que fuere por agradecerlo como se merecía.

Anna ayudó a la señora Spencer a recoger la cocina, limpiar y ordenar la casa y después a preparar el almuerzo. De vez en cuando entraba para asegurarse de que Calvin aun descansaba y lo hacía tapado con las mantas que ella se aseguraba le mantuviesen caliente y protegido. Se reprendió todas las veces en que salió de la estancia pues se hubo quedado, sin saber por qué, observándole dormir unos instantes. Pensaba, cada vez más, que era un hombre muy atractivo. Sus ojos azules, que a ella le enervaban cuando se mostraba sarcástico y mordaz con ella, durante todos esos días no hacían sino traslucir una evidente preocupación por ella. Se preocupó de que estuviere cómoda en el carruaje, a salvo, cuando estuvieron en manos de Trenton y los suyos pues no era ignorante del hecho de que, en todo momento, la salvaguardaba y procuró mantenerla muy cerca de él y las más de las veces en sus brazos para saberla protegida. Durante todo el tiempo que vagaron por los bosques y campos, la ayudó a sortear cada rincón o tramo que él estimaba algo más difícil o incómodo y realmente mostró sincera inquietud cuando la hubo dejado a solas al marchar al pueblo a buscar las cosas que necesitaban. Suspiró pues, en esa última ocasión en que hubo entrado a verle, no solo la hubo mirado con los ojos de alguien que vela a un herido sino de mujer. Observó con detalle su rostro y sus rasgos y lo que era más denigrante, su torso descubierto. Había visto a muchos marineros de los barcos sin camisa y era consciente de que Calvin era un hombre fornido, bien perfilado y con unos rasgos aristocráticos que no menguaban su hombría, sino que, por el contrario, acrecentaban su atractivo como varón. Sus andares, gestos y modos de moverse y conducirse solían ser seguros, firmes y resueltos, pero también elegantes, ágiles y propios de alguien que no solo había recibido los modales y la educación adecuados sino, además, la seguridad para conducirse como un hombre que sabe quién es y el lugar que ocupa en el mundo. Meli solía decir que le gustaba de James su aire pícaro y travieso y ese sentido de divertido aire relajado que lucía siempre pero que ella sabía enmascaraba una firme y fuerte personalidad y una voluntad y mente resolutivas y decididas que eran los que la hacían sentir segura, protegida y velada por quién ella, estaba convencida, le antepondría a todo lo demás,

incluida su vida. Quizás eran rasgos que debía achacar también al hermano mayor pues, a pesar de sus constantes agujiones y sus mordaces comentarios que la hacían enfadar, no era ignorante del hecho de que Calvin tenía un sentido del humor fino, ágil y pícaro que dejaba traslucir su aspecto más sático, pero también una mente y una inteligencia despierta y un fuerte carácter. Y para más mortificación, ahora perdía el tiempo observándole como hombre, como uno, además, demasiado atractivo y atrayente para dejarse llevar por esas ideas.

Terminaba de hornear un pastel de los higos que hubo tomado del árbol junto a la casa tras haber hecho, siguiendo la receta de Cooker, un revuelto de riñones y setas para el almuerzo, cuando entraron en trompa los dos más pequeños de la casa Carl y Tommy con un joven alto y muy fuerte que, en cuanto la vio, se detuvo en el umbral de la puerta quitándose la gorra. La señora Spencer que terminaba de preparar un guiso de patatas y zanahorias sonrió de inmediato.

—No te quedes ahí, Rob. Saluda a la señora Billers. Señora Billers él es el mayor de mis hijos, Robin. Trabaja en la casa de los barones de Dusch, que está un poco más al norte.

Anna le sonrió dejando en la mesa el pastel de higos antes de decir:

—Encantada, Robin.

—Señora Billers. —La saludó entrando en la cocina un poco avergonzado.

—No te muestres tan parco, Rob, que la señora Billers no va a pensar mal de ti porque vengas con barro en los pantalones y botas. Estamos en el campo, es normal. —Le decía la buena señora a su hijo intentando que dejare atrás ese azoramiento inicial.

Anna le sonrió tomando la fuente del revuelto y el pan de pasas recién horneado y dejándolos en la mesa preguntó:

—¿Qué labor desempeñas para los barones de Dusch, Rob? Si no es demasiada indiscreción preguntar.

Robin se sentó junto a sus hermanos pequeños al tiempo que entraban por la puerta principal Peter y su padre soltando un par de cestas con leña junto a la chimenea del salón.

—Soy el encargado de sus vacas, señora. Tienen casi treinta vacas lecheras y el señor Candem y yo nos encargamos de ellas y de ordeñarlas para la leche que venden en Glenfield a diario.

Carl que ya estiraba el brazo para tomar uno de los panecillos de pasas sonriendo dijo:

—Tienen un montón de vacas.

—Carl, ni se te ocurra dar un bocado a ese panecillo. Espera a que estemos todos.

Anna sonrió traviesa al pequeño guiñándole un ojo.

—Señora Spencer, ¿le importaría que llevase un poco de su sabroso guiso a Calvin? Creo que un poco de deliciosa comida casera caliente ayudará a reponerse mucho antes.

La señora Spencer se reía dejando la cazuela en el centro de la mesa.

—Claro, no ha de pedir permiso, joven. Lleve a su apuesto marido el almuerzo porque los hombres necesitan alimento para estar fuertes. —Giró la cabeza y con gesto de una madre duramente curtida añadió—: Carl aparta ese bollo de tu boca.

El pequeño resopló enfurruñado, pero lo dejó frente a su plato con mirada de ansioso deseo.

Tras tomar la bandeja dejando a la familia comenzar su almuerzo en relajada y privada compañía, Anna entró en la habitación ocupada por Calvin y tras dejar la bandeja junto a la cama se sentó en el borde de ésta y con suavidad le zarandó por un brazo.

Calvin se rio tardando unos segundos en abrir los ojos.

—Eres mandona incluso para despertar a un pobre hombre herido. —Giró el rostro y la miró sonriendo con impertinente picardía—. Y yo que esperaba un dulce beso tras salir mi nombre de tus tiernos labios en un suave susurro.

Anna resopló frunciendo el ceño:

—No lo verán ni oirán tus oídos. —Respondía con un deje orgulloso y altanero mientras se inclinaba para tomar la bandeja que dejó en su propio regazo—: Venga, incordio, incorpórate un poco para que pueda dejarte la bandeja.

Calvin se rio incorporándose y apoyando la espalda en la pared, tragándose una sonrisa al verla deslizar involuntariamente sus ojos por su torso desnudo y sonrojarse muy ligeramente. Al menos era tranquilizador saberse capaz de afectarla en ese aspecto. Anna dejó con cuidado la bandeja sobre sus muslos e iba a incorporarse cuando Calvin la detuvo diciendo:

—¿Vas a dejarme almorzar solo?

Anna suspiró:

—En realidad, iba a acercarme a la silla para sentarme. Preferiría dejar a los señores Spencer almorzar tranquilos sin la forzosa compañía de quien han acogido por las circunstancias.

Calvin sonrió tomando la cuchara mientras miraba cuenco de barro con un guiso cuyo olor impregnaba maravillosamente sus fosas nasales.

—¿No vas a acompañarme y almorzar?

Anna que acercó la silla colocándola junto a la cama se encogió de hombros:

—He ido comiendo un poco mientras cocinábamos y ahora no tengo apetito. Siempre me pasa cuando estoy nerviosa. Voy comiendo un poco de aquí y allí mientras cocino, pero después no soy capaz de comer más. Come el guiso antes de que se enfríe. Es de la señora Spencer y te aseguro que es muy sabroso. Si después tienes más hambre te traeré un poco de revuelto de riñones y setas.

Calvin sonrió:

—Incluso cuando me muestro incordio, me cuidas. No puedes evitarlo. Reconoce que empiezas a apreciarme más de lo que te gustaría admitir.

Anna alzó los ojos al techo resignadamente:

—Eres peor que un niño pequeño.

Calvin se rio antes de llevarse la cuchara a la boca emitiendo un suave gemido de aprobación hacia el guiso.

—Realmente sabroso.

Anna asintió con un golpe de cabeza.

—¿Te encuentras mejor?

Calvin sonrió tras tragar el segundo bocado.

—Lo cierto es que sí. Debiéremos marcharnos al amanecer.

Anna asintió mirando de soslayo la puerta por si entrasen.

—¿Rodearemos Glenfield?

—Creo que sería lo más sensato. Tardaremos más y será más duro el camino, pero es lo más seguro ahora mismo.

Anna asintió seria mirándole meditabunda unos segundos.

—¿De veras te encuentras bien?

Calvin sonrió engreído:

—Y de nuevo demuestras tu preocupación por mí y con ello revelas que algo sí me aprecias.

Anna frunció el ceño suspirando antes de señalar:

—Lo que demuestro, zoquete, es mi preocupación por poder llegar a nuestro destino sin tener que llevarte a rastras.

Calvin sonrió como un niño travieso:

—Oh, no harías eso. Me aprecias demasiado.

Anna resopló negando con la cabeza:

—Cuánta paciencia he de necesitar para soportarte. —Miró la bandeja antes de preguntar—. ¿Has terminado? ¿Tienes más apetito? Puedo traerte revuelto de riñones si aún quieres.

Calvin negó con la cabeza sonriendo.

—No hace falta. El guiso estaba delicioso. Transmite a la señora Spencer de mi parte mis alabanzas y agradecimiento. —Señalaba mientras Anna le retiraba la bandeja.

—Lo haré. Seguro que agradece que alguien aprecie su buen hacer, además de esos tragones que la rodean. —Contestaba con un deje alegre mientras salía.

Anna pasó la tarde ayudando a la señora Spencer en algunas tareas de la casa incluso zurciendo algunas prendas, aunque reconocía no era en exceso mañosa en ese

tipo de labores. Después, cuando empezaba a anochecer y hubo terminado de ayudar en la preparación de la cena, llevó un té y unos panecillos a Calvin que había estado adormilado el resto del día. Nada más entrar se topó con sus ojos azules fijos en ella.

—Me preguntaba cuánto más ibas a tardar. —Señaló sonriéndola mientras se incorporaba apoyándose en la pared.

Anna caminó hacia él con la bandeja en las manos que dejó en su regazo.

—Voy a declararte el más incordio de los seres vivos, quedas avisado.

Calvin sonrió divertido pues a pesar de su rostro enfurruñado se sentó a su lado en la cama quedando cara a cara.

—Oh vamos, en el fondo sabes que necesitas un incordio tan encantador como yo cerca de ti. Tu vida sería en extremo monótona, tediosa y carente de emociones de otro modo.

Anna se rio entre dientes por el tono y la mirada traviesa que empleó.

—Solo un hombre carente de juicio y sobre todo enajenado debido a la herida que sufre dejándolo carente de fuerzas y sentido de la realidad, diría semejante necesidad.

Calvin se rio antes de llevarse uno de los panecillos a la boca. Sonrió de inmediato.

—Reconozco tu mano en estos panecillos. —Anna se encogió de hombros y él ensanchó su sonrisa—. Al principio de conocernos me sorprendía que no solo te gustare estar en la cocina y elaborar dulces y recetas junto a tu madre, sino que toda la familia aceptase e incluso fomentase esa faceta de ambas. Ahora lo veo como un rasgo de la personalidad heredado de tu madre y también que parece haceros feliz de ahí que tu padre lo fomente y aliente con verdadero entusiasmo, sin mencionar que a través de ello disfruta de muchos manjares.

Anna ladeó el rostro y alzó las comisuras de los labios.

—De pequeña, me sentaba en las cocinas y observaba trabajar a quienes estaban en ellas o a mi madre. Me gustaba cómo olían, como se movían todas las personas y sobre todo ver cómo desde un par de sencillos ingredientes sin sabor ni interés por sí solos se lograban cosas que resultaban deliciosas, que olían de maravilla y lucían tan bien. Me encantaba elaborar cosas e ir corriendo a dárselas a probar a mi padre, a tía Blanche, al abuelo y jugar con el almirante como tantas veces había visto hacerlo a mi madre. Supongo que mi padre, el abuelo y los demás lo comprendían porque no les daba opción a no hacerlo. Puedo ser muy terca si me lo propongo.

—No, ¿de veras? Qué sorpresa. —Señalaba con socarronería mirándola alzando una ceja.

—Si sigues burlándote de mí, te privaré de panecillos y de todo alimento, incluido el té.

Calvin se rio entre dientes divertido.

—Está bien, lo lamento, milady, y os ruego vuestro perdón e indulgencia ante mi falta de cortesía y juicio. Me hallo en el lecho herido, tomadlo en consideración.

Anna resopló.

—Eres un liante embaucador.

Calvin se rio estirando el brazo y, atrapando su mano, la sostuvo acariciando su palma con los dedos.

—Nunca he sido capaz de embaucarte a ti. Desde el momento en que nos conocimos te supe inmune a mis encantos.

La sonrió seductor y encantador mientras Anna alzaba sus ojos fijos en sus manos hacia su rostro un poco sorprendida, encontrándose mirándola con fijeza y un brillo peligroso en sus ojos azules.

—A pesar de que James y yo te asustamos cuando te abordamos en el bosque, mostraste mucha entereza y sangre fría, incluso cuando supiste que nos perseguían hombres con perros y armas te mantuviste serena. Fui brusco, descortés e incluso impertinentemente impositivo y, a pesar de todo, nos ayudaste. —Sonrió provocador—. Debimos darte mucha lástima.

Anna sonrió.

—Mucha, no he de negarlo.

Calvin sonrió negando con la cabeza. Anna suspiró apartando su mano desviando los ojos de los de él.

—Termina el té. Si vamos a partir mañana, necesitas descansar todo lo posible.

Calvin tomó la taza y tras un par de sorbos la miró con fijeza:

—No soy el único que ha de descansar. Hoy has estado todo el día de faena y anoche estuviste velándome. Has de dormir. Necesitas dormir y dado que, a los ojos de los Spencer, somos marido y mujer, habrás de hacerlo conmigo.

Anna le miró abriendo los ojos como platos.

—No pienso hacer tal cosa. —Protestó mitad alarmada mitad airada.

Calvin sonrió.

—Anna, estoy herido, nada va a pasarte y, aunque no lo estuviere, no pienso aprovecharme de ti. De cualquier modo, has de dormir. No te obceques.

—Puedo dormir en el suelo. —Replicó.

—Ni hablar. Te helarás y no lograrás descansar. Además, ¿no crees que los señores Spencer considerarán en extremo extraño que duermas en el suelo?

—No han de enterarse y, de hacerlo, les diré que estaba preocupada por hacerte daño debido a tu herida.

—No, Anna, no dormirás en el suelo. Si tanto te disgusta compartir la cama conmigo, yo dormiré en el suelo.

—Eso sería un despropósito y del todo carente de sentido. No vas a dormir en el suelo.

Calvin sonrió sabiéndose victorioso antes de tiempo.

—Pues, mi querida esposa, estamos en tablas. O dormimos ambos en la cama o dormimos ambos en el suelo.

Anna gimió cerrando los ojos:

—No me llames así, pesado.

Calvin sonrió alzando una mano y deslizando dos dedos por su mejilla.

—Bueno, no te enfurruñes de nuevo. No te llamaré así, —<<todavía>> se dijo para sí mismo—, pero tú aceptarás dormir a mi lado.

Anna cruzó los brazos al pecho con gesto de niña contrariada.

—Bien, pero dormiré encima de las mantas.

Calvin sonrió porque en cuanto la supiere dormida, ya se encargaría él de colocarla bajo las mantas. Anna se levantó y tomó la bandeja de su regazo y mientras la veía marchar Calvin pensó que su padre, hermano, abuelo y demás varones iban definitivamente a molerlo a palos y solo lo dejarían con vida para que pudiese llegar al altar para salvar el buen nombre de Anna, pero aún con ello, algo dentro de él sentía casi indiferencia a ese peligro. Había descubierto lo mucho que le gustaba abrazarla y más cuando estaba dormida y de algún modo no le importaba el riesgo. Sonrió pues mayor riesgo que esos varones sería la propia Anna de saber sus planes. Seguramente ella misma le molería a palos.

Anna se sentó un rato con los Spencer y leyó a los dos pequeños uno de los libros que le cedió la señora Spencer mientras ella hacía calceta y el señor Spencer enseñaba a Pete a tallar madera frente a la chimenea. Era más que consciente que estaba intentando retrasar el inevitable instante de entrar en la habitación pues dormir junto a Calvin le ponía nerviosa. Lo irónico era que ella le pidió hacerlo en aquél especie de antro horrible y fue un enorme alivio sentirlo a su lado toda la noche. Miró al pequeño Carl que había sucumbido al sueño sentado a su lado y después a Tommy que bostezaba del modo que delataba que iba también caer rendido como su hermano menor. En cuanto el señor Spencer tomó al pequeño e instó al otro a seguirles, ella inhaló una bocanada de aire antes de ponerse en pie y tras desear buenas noches a la señora Spencer caminó hacia la estancia frente a cuya puerta volvió a tomar una bocanada de aire intentando insuflarse valor. Entró despacio encontrándose a Calvin con los ojos cerrados. Caminó de puntillas hasta el borde de la cama repitiendo en su cabeza <<que esté dormido, que esté dormido>>. Se inclinó ligeramente hacia él sin llegar a tocarle para comprobar si respiraba lentamente.

—No has tenido suerte, cobardica. Aún estoy despierto. —La sorprendió esbozando una sonrisa traviesa antes de abrir los ojos mientras ella se incorporaba como un resorte.

Anna le miró ofendida, aunque en el fondo se sabía pillada en falta. Pero no tuvo tiempo de replicar porque Calvin estiró el brazo y tiró de ella suavemente haciéndola caer y quedar sentada a su lado.

—Anna, quítate las botas y tumbate.

Anna le dedicó una mirada reprobatoria, pero tras unos segundos obedeció tumbándose con cuidado, de costado y de espaldas a él en la estrecha cama. Calvin se

colocó despacio de costado y pasó su brazo por la cadera de Anna que de inmediato giró la cabeza para mirarle frunciendo el ceño.

—¿Qué crees que haces?

—Asegurarme de que ambos podemos dormir en esta estrecha cama, que no te mueves mucho para no darme golpe alguno en la herida y, sobre todo, proporcionarte un poco de calor.

Respondió con seguridad evitando una sonrisa de satisfecho orgullo pues hubo pensado todas esas excusas antes de verla aparecer intuyendo que ella ni le dejaría taparla ni, menos, abrazarla.

Anna resopló girando de nuevo la cabeza eludiendo mirarle.

—Que conste que esto no me parece bien.

Calvin sonrió.

—Queda constancia de su parecer, milady. Y ahora, cierra tus bonitos ojos miel y duerme.

Anna no pudo evitar sonreír.

—¿Mis ojos miel?

Calvin apoyó la cabeza junto a la suya pegándose un poco más a su espalda cerrando, al tiempo, el brazo en su cintura.

—El color de tus ojos es miel, como el de tu madre y la señora Brindfet.

Anna cerró los ojos al tiempo que decía:

—Me ha sorprendido que los describieses así. Mi padre nos dice lo mismo a mamá y a mí. “Cierra tus ojitos miel, gatita, para que entren en tu cabecita bonitos sueños”, me decía siempre cuando me arropaba. La abuela me llamaba abejita de pequeña por el mismo motivo. No puedo creer que acabes de usar la misma expresión.

Calvin sonrió acercando de nuevo un poco más su cabeza a la de ella. Olía a vainilla, por lo que supuso la señora Spencer le hubo dejado asearse con una pastilla de jabón de tal aroma.

—¿Reconocerás ahora que no soy tan malo? Si soy capaz de ver y apreciar algo del mismo modo que tu padre, no he de ser tan malo.

Anna, que quiso protestar, giró el cuerpo, pero enseguida se arrepintió porque quedó cara a cara con él casi tocándose nariz con nariz.

—Deja de hacer eso.

Calvin sonrió con cara de inocencia.

—¿Hacer qué?

—Eso. Aguijonearme y de inmediato desconcertarme.

Calvin ensanchó su sonrisa sin moverse ni un centímetro.

—¿Te desconcierto?

—Sabes que lo haces. En un instante estás mordaz y sacándome de quicio, y al siguiente te muestras preocupante y extrañamente encantador y amable.

—¿Extrañamente? Yo siempre soy encantador y amable.

Anna suspiró e hizo amago de girar de nuevo para darle la espalda, pero él se lo impidió:

—Anna, mírame. —La instó pues ella fruncía el ceño, pero ladeaba el rostro queriendo girar el cuerpo—. Por favor, mírame.

Anna tardó unos segundos, pero finalmente volvió a poner su rostro frente al de él.

—Debemos hablar de una cosa. No iba a hacerlo hasta sabernos a salvo, pero incluso en este embrollo ya debe haber pasado por tu mente la inevitable consecuencia de nuestra aventura.

En cuanto lo expresó de ese modo, viendo en los ojos de ella que comprendía a qué se refería y ese poso de preocupación tras ellos, de desilusión e incluso desasosiego, se reprendió a sí mismo por haber hablado de ese modo e incluso por haber sacado a colación ese tema en ese preciso momento.

—Anna. —Susurró alzando una mano y deslizándola por su mejilla suave y lentamente—. No quiero que creas que haría nada por mera obligación. Sí, el honor me obliga, pero no es el honor el que realmente me mueve a proponer en el peor lugar para hacerlo, en el peor momento para hacerlo y de la peor manera para hacerlo, tu mano en matrimonio. Bien sabe Dios qué carezco del don de la oportunidad, pero no por ello he de negar que, aun consciente de ello, deseo decirte que, cuando esto acabe, mi único fin en la vida será hacerte feliz, saberte feliz a mi lado.

Anna se giró sin decir nada colocándose de nuevo de espaldas a él, lo que preocupó en extremo a Calvin.

—Anna, por favor, di algo, lo que sea. —Le pidió suavemente incorporándose sobre un codo muy lentamente para no hacerse daño.

—No voy a casarme contigo porque ese loco quiera matarte y en el intento nos haya arrastrado a los dos a esta situación. Te creo cuando dices que intentarás hacerme feliz, pero ¿cómo lo seré? ¿Cómo lo serás tú? ¿Cómo los seremos si nuestra unión estará basada solo en el hecho de que nos vimos empujados el uno al otro para salvar las apariencias?

Calvin suspiró. Sabía que ese era su mayor escollo, hacerla ver que no se casaría con ella por ese motivo, aunque en un primer momento llegó a pensarlo.

—Anna, no he de negar que la idea del matrimonio surgió por ese motivo, pero no es el que me hace pedirlo, ofrecerlo y más aún, desearlo.

Inclinó la cabeza y depositó un beso en su cuello que hizo que ella diere un pequeño respingo, aunque no se movió, solo tensó los músculos de espalda y cuello por la sorpresa. Él deslizó los labios de modo tierno y al tiempo provocador hasta su oreja donde depositó un beso ligero y suave notando el fuerte latido del corazón de Anna retumbar incluso a través de sus ropas. Al menos conseguía afectarla, pensaba.

—Anna, creo que ambos sabemos que no me casaría contigo si no pensare que ambos formaríamos un buen matrimonio, y no me refiero según los ojos de la

sociedad, sino según mis ojos, los nuestros. Estos días han demostrado que estamos muy bien juntos. Sé que me afectas de un modo, de una manera, que soy incapaz de entender, explicar y comprender, menos aún controlar. Y creo que yo produzco cierto efecto en ti lejos del de enervarte e irritarte que no dudo prime la mayor parte del tiempo.

Anna giró el rostro frunciendo el ceño encontrándose el rostro y sobre todo los brillantes ojos de Calvin y sus sensuales labios, esos que un instante antes habían recorrido la piel de su cuello provocando una mezcla de sensaciones y reacciones inusitadas y desconocidas absolutamente implacables para sus sentidos y nervios que la dejaron un instante no desconcertada sino congelada y, al tiempo, aturdida por ese abrumador y subyugante calor que, como un río de acelerada corriente, recorrió su cuerpo calentándolo y descontrolándolo. Esos labios cálidos, esa barba de varios días que cosquillearon su piel, ese caliente aliento deslizándose por su cuello fueron devorando toda capacidad de reacción y pensamiento con sensatez y lucidez.

Calvin vio el desconcierto y la desolación palpables en sus ojos consecuencia de la proposición, pero también una nube de deseo más nítida aún, flotar en ese mar de miel. Si quería lograr tener a Anna como esposa, en su casa, en su vida y sobre todo en su cama, iba a tener que acicatear ese deseo y esa pasión que parecía haberse encendido como una pequeña llama que necesitaba ser avivada por las manos adecuadas, y esas no eran sino las suyas. Inclino de nuevo el rostro y rozó sus labios con los suyos.

—No me contestes ahora, Anna. No permitiré que decidas sobre tu vida estando perdidos, en peligro y sin perspectiva real de lo que pasará. Pero aún con ello, quiero que me prometas que intentarás pensar con la cabeza, el corazón y, sobre todo, tus verdaderos deseos, en la posibilidad de ser mi vizcondesa, mi esposa, mi señora y, si soy afortunado, en la madre de mis pequeños estigmas.

Anna aturdida y casi abotargada como estaba por el roce de sus labios, su cercanía, su cuerpo que parecía engullirla como un enorme muro de cálidos músculos, no supo qué contestar, pero cuando llegó a su cerebro esa última referencia a pequeños estigmas le dieron ganas de reír. Puso su mano en el hombro de Calvin instándolo a echarse hacia atrás y separarse un poco para mirarle bien y él obedeció sonriendo.

—Está bien, yo prometo pensarlo y tú prometes no presionarme para aceptar solo porque creas que es lo que has de hacer, lo que hemos de hacer.

Calvin contuvo una carcajada. Incluso aturdida como sabía estaba, se mostraba terca y obcecada.

—Bien, lo prometo entonces.

Anna asintió con un golpe terco de cabeza antes de girarla y volver a acomodarla en la almohada. Calvin la observó unos instantes antes de acomodarse también en la almohada, pero, esta vez, aprovechando su movimiento anterior, se quedó pegado a su delicioso cuerpo, rodeándola con un brazo proporcionándole calor. Abrió la mano y tomó la de Anna dentro de la suya sintiendo la inicial reticencia de ella, pero, lejos de apartarla, finalmente la dejó quieta dentro de la suya.

—Cuando te cases conmigo, la pequeña mentira narrada a los señores Spencer se convertirá en una verdad. ¿No le parece otro excelente motivo para aceptarme, señora Billers?

Anna gimió sin moverse:

—Morirás siendo un terrible incordio.

Calvin se rio removiendo su cabeza y depositando un beso en la piel libre bajo su oreja de cuyo lóbulo prendían unos zarcillos de oro y diamantes, discretos y elegantes, en los que hasta ese momento no se hubo fijado.

—Deja de hacer eso de una vez. —Lo reprendió sin mucha convicción.

Calvin sonrió porque la supo intentando sonar imperiosa pero apenas sonó su voz como un arrullo refunfuñón.

—Está bien, la dejo dormir en paz, señora Billers.

De nuevo la escuchó gemir.

—¿Quieres no llamarme así?

—¿Lady Donver mejor?

Anna suspiró de pesada resignación.

—¿Quién me mandaría pasear por el bosque hace dos años? —Se quejó.

Calvin se rio entre dientes tras ella.

—Duerme, refunfuñona.

Anna pensó, mientras se obligaba a cerrar los ojos, que eso era fácil de decir, pero, tras esos minutos, estaba lejos de ser capaz de conciliar el sueño. ¿Casarse con él? ¿Pero es que no imaginaba que se pasarían la vida como el perro y el gato? Dios, aun sentía la calidez de sus labios por su cuello. Quiso ponerse a gritar de desesperación allí mismo.

Tardó bastante en sucumbir finalmente al sueño y, durante todo ese rato, Calvin permaneció muy quieto pues con lo cansada que debía estar, estaba seguro que tarde o temprano acabaría rindiéndose al sueño. Cuando la supo profundamente dormida se incorporó ligeramente sobre un codo y la observó. Sí, Anna iba a ser su esposa. Lo había decidido y estaba seguro era lo único de lo que no se arrepentiría jamás. Era tenaz, inteligente, cariñosa, sensata y de una innegable belleza. Incluso tras las penurias de los últimos días, lucía hermosa y deliciosamente apetecible. Deslizó sus ojos lentamente por todo el perfil de su rostro y los fue bajando por su figura. Era bonita, sensual, cálida y estaba convencido que cuando despertase su pasión, sería ardiente, curiosa y apasionada como se mostraba en todo lo que hacía. Incluyó despacio la cabeza y acarició con sus labios la piel de su cuello. Sí, Anna iba a ser suya, se prometió disfrutando ligeramente de ese suave placer.

Ya antes del amanecer despertó a Anna con suavidad deslizando las yemas de los dedos por su mejilla.

—Anna, despierta.

Lo repitió un par de veces hasta que la vio parpadear y finalmente abrir los ojos antes de girar el rostro bostezando.

—Y de nuevo amanezco con cierto incordio a mi lado. Qué gran desilusión.

Calvin se rio besándola en la frente sin poder ni querer evitarlo antes de incorporarse.

—Será mejor que nos levantemos y estemos listos para salir antes de que los niños se despierten. Nos despediremos de los señores Spencer antes del desayuno.

Anna le miró antes de impulsarse y salir de la cama.

—¿Por qué quieres marchar tan deprisa?

—Porque es posible que Trenton y los suyos se dedicaren en el día de ayer a buscarnos por los alrededores y al no hallarnos se dividieren cubriendo terrenos cercanos. Lo mejor es que no nos encuentren aquí.

Anna asintió apresurándose a vestirse y recoger la estancia dejándola bien antes de irse, pero antes de salir de ella y oyendo ya ruidos fuera, signo inequívoco de que la señora Spencer y su marido habían empezado su jornada, detuvo a Calvin que se hubo puesto la camisa que la señora Spencer le hubo dado el día anterior para él y que supuso había sido de su hijo mayor.

—¿De veras estás bien para partir?

Calvin sonrió y por sorpresa la atrajo hacia él abrazándola y besándola en la cabeza.

—Estoy bien, Anna. No has de preocuparte.

Anna alzó la cabeza al tiempo que daba un paso atrás rompiendo el abrazo.

—He pensado que deberíamos decirle la verdad al señor Spencer, bueno, no toda, pues no le diré que no estamos casados. Mientras ayudas a la señora Spencer con el desayuno, hablaré en confianza con el señor Spencer pues de tener razón y ponerles en peligro por no avisarles con tiempo, seríamos responsable de su mala fortuna. Además, si queremos dejarles algunas monedas de oro de esas que llevas en tu bolsa, es el único medio de que las acepten. De considerarnos una joven pareja de granjeros, no aceptarían nuestro dinero y menos oro.

Anna lo observó unos instantes ladeando el rostro, meditabunda.

—Supongo que tienes razón.

Calvin sonrió pensando que no se hubo quejado porque la abrazase sin motivo, aunque la supo conteniendo ligeramente el aliento cuando lo hizo.

—Anna. —Esperó que ella le mirase de nuevo ya que estaba tomando de una silla sus abrigos y cuando se enderezó y lo miró añadió—: Necesito que me prometas una cosa antes de irnos.

Anna frunció el ceño de ese modo tan característico suyo prestándole atención. Calvin alzó las manos y las deslizó por sus mejillas hasta atrapar su rostro.

—Anoche, estuve dándole vueltas a algo que hubo ocurrido y a lo que no presté atención hasta que fue tarde. Regresaste, Anna. Regresaste poniéndote en peligro.

Anna profundizó su ceño fruncido desconcertada pues tardó un poco en saber a qué se refería.

—¿Te refieres a la pasada noche? Estabas en peligro, no iba a dejar que te disparasen sin más pudiendo ayudarte.

—Y te lo agradezco, Anna, pero no quiero que vuelvas a poner en peligro tu vida por mí. Si has de elegir, has de ponerte a salvo. —Dijo tajante y cuando ella abrió la boca para protestar se apresuró a añadir—: Anna, presta atención, por favor. No quiero que vuelvas a ponerte en peligro y menos por mí. Sí, lo que hiciste me salvó la vida, otra vez, pero también te puso en peligro cuando casi estabas a salvo.

Anna alzó las manos dejando caer los abrigos al suelo y le apartó las suyas liberándose de su agarre.

—Aunque te considere un incordio no voy a prometerte quedarme de brazos cruzados si puedo ayudarte.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—No es eso lo que te pido, sino que no te pongas en peligro. Estás en peligro por mi culpa ¿cómo crees que me hace sentir eso? ¿Crees que podré vivir sabiendo que algo te ha ocurrido siendo yo el culpable?

Anna resopló con gesto testarudo cruzando las manos al pecho:

—No serías culpable. Al menos, hasta ahora, no lo serías, sino ese demente del barón y Trenton y los suyos. ¿Piensas que no soy consciente de que, desde que esto empezó, has estado velando por mí? ¿Qué has estado protegiéndome y cuidándome? No soy tonta, Calvin. Sé lo que has hecho y, desde luego, sé lo que hacías deteniéndote en medio de ese campo. Intentabas darme tiempo para tomar distancia y huir de esos hombres y con ello te ponías tú en peligro.

Calvin sonrió, divertido de pronto, por ese gesto cabezota y terco que lucía su rostro, pero más por esa forma de reprenderlo indirectamente por protegerla arriesgándose, que era precisamente lo que él le estaba pidiendo no hiciere. Extendió los brazos y la atrapó dentro de ellos pegándose al pecho.

—Mi terca pastelera. —Dijo abrazándola fuertemente dejando caer la cabeza para besarla en el cabello.

—Empiezas a enervarme con tanto abrazo indecoroso. —Refunfuñó, aunque no se movió ni hizo amago de moverse.

Calvin se reía ladeando la cabeza para besarla en la sien:

—Estamos casados, nada hay de indecoroso en abrazar a una esposa terca.

Esta vez sí, Anna le dio un pequeño empujoncito para apartarlo siendo él el que lo hizo voluntariamente porque Anna carecía de fuerza para moverlo de no quererlo él.

—No digas eso, pesado, o acabarás perdiendo la poca cordura que te queda confundiendo realidad y ficción.

Calvin se rio agachándose para tomar los abrigos, pero de inmediato esbozó un involuntario gemido de dolor.

Anna se apresuró a tomar los abrigos mientras le decía:

—Serás insensato. Malo es que nos pongamos en marcha estando herido pero que ni siquiera pongas cuidado de ti mismo es una locura.

Calvin la sonreía cuando se enderezó de nuevo y le ofreció el abrigo.

—No sonrías, bobo. A este paso no saldrás vivo de aquí, no por Trenton o el barón sino porque yo te daré con el atizador en eso que llamas tan generosamente cabeza.

Anna abrió por fin la puerta escuchando la risa entre dientes de Calvin mientras éste se ponía el abrigo. Enseguida se toparon en el pequeño hogar de la cocina con la señora Spencer y el señor Spencer, éste con una taza de té en la mano.

—Buenos días, señores Spencer. Permítame que le ayude. —Anna se apresuró a acercarse a la señora tomando el huevero de la encimera—. Iré a por huevos al corral y la ayudaré a elaborar el desayuno.

La señora Spencer la sonrió agradecida viéndola salir de la cocina por la puerta trasera.

—Su esposa es un tesoro, señor Billers. —Le dijo la buena señora entregándole a Calvin una taza de té—. Espero que le cuide como ella ha cuidado de usted.

Calvin sonrió haciendo un gesto de cabeza agradecido por el té al tiempo que decía:

—Lo haré, no ha preocuparse al respecto, señora Spencer.

Mientras la señora se volvía para continuar con su faena, Calvin se sentó junto a su marido.

—Tiene usted mejor aspecto. ¿Cómo se encuentra? —Le preguntaba con gesto amable.

—Muy restablecido. Quería agradecerles su amabilidad y hospitalidad. Nos han socorrido en un momento de necesidad y nunca lo olvidaremos. Nos marcharemos antes de que se levanten sus hijos, más, me gustaría tener unas palabras con usted señor Spencer, si no es mucho abuso.

John Spencer alzó los ojos por encima de la taza de té y miró a Calvin con renovada curiosidad, aceptando con un mero asentimiento antes de dejar la taza en la mesa y levantarse.

—¿Le importaría que lo hiciéramos mientras preparo la carreta?

Calvin apuró la taza de té levantándose como su anfitrión y siguiéndole al establo. Una vez allí y habiendo visto por el rabillo del ojo a Anna regresando a la cocina con la cesta de huevos llena, tomó el rastrillo para ir poniendo heno al caballo mientras él señor Spencer preparaba la carreta.

—Pues usted dirá. —Le instó el señor Spencer tras unos minutos.

Calvin terminó de poner heno al caballo de arar y después abrió el portillo del que usaba el hombre para la carreta y sacarlo:

—Quería pedirle disculpas por mentirle, señor Spencer.

El señor Spencer detuvo su labor y le miró por encima de la carreta desde el otro lado.

—No nos atacaron salteadores, sino unos tipos que nos secuestraron a Anna y a mí en Londres. —Lo vio enderezarse del todo para mirarlo con fijeza—. Mi nombre es Calvin Billers, como le dije, más, también soy lord Donver, vizconde de Donver y Anna es lady Anna, hija de lord Plamisthow y nieta del conde de Worken.

—¿De Worken? ¿El conde De Worken?

Calvin sonrió, no era de extrañar que reconociese el nombre de uno de los grandes nobles de las islas. Asintió al tiempo que decía:

—Un hombre ordenó secuestrarnos y nos escapamos antes de que llevaran a cabo el final de sus planes, pero nos persiguen. No queríamos marchar sin ponerles sobre aviso. Son peligrosos, señor Spencer, por lo que, si preguntan por nosotros, fingíos ignorantes y aseverad que no nos habéis visto.

—Pero ¿cómo escaparéis?

Calvin lo miró firme no pasándole por alto el cambio del modo de referirse a él.

—Nos dirigimos a mi propiedad pues allí estaremos a salvo y, sobre todo, daremos tiempo a lord Plamisthow y demás miembros de la familia a alcanzarnos para ser nosotros quiénes demos caza a esos hombres. Pero, primero, he de asegurarme de que Anna esté a salvo.

—No podéis seguir a pie, milord. No, si esos hombres os siguen a caballo.

Calvin asintió.

—Pensábamos rodear Glendfield pues no dudamos alguno de esos hombres ya se encuentre rondando la ciudad para darnos caza, pero una vez dejado atrás, buscaremos caballos en algún establo o granja que nos los alquile.

El señor Spencer frunció el ceño pensativo.

—Os llevaré en mi carreta más allá de Glenfield, milord. A una milla hacia el norte hay una granja cuyo propietario tiene un buen ejemplar que os puede servir para huir. Por esta zona solo los establos de la ciudad os alquilarán una pareja de caballos, más, si realmente creéis arriesgado acercaros a ella, la única opción sería justamente esa, me temo.

—No, señor Spencer, no le enredaremos más en este embrollo. Ha de pensar en su familia. Ya han hecho mucho por nosotros.

—Milord, permitidme llevaros. Si yo he de pensar en mi familia, vos en vuestra joven esposa.

—Lo sé, señor Spencer y realmente se lo agradecemos, más, lo hemos decidido. A lo sumo, os rogaría que, de tener noticia o indicio de quienes a buen seguro vienen a auxiliarnos, les indiquéis que nos dirigimos en dirección a Lancashire, a mi propiedad.

—Milord, aún es mucha la distancia que habéis de recorrer y, con hombres armados siguiéndoos, no debierais estar tan expuesto caminando.

Calvin sonrió.

—No os preocupéis, señor Spencer, tomaremos el camino que nos habéis indicado y alquilaremos ese caballo. Con un poco de fortuna de nuestro lado, tomaremos distancia de esos hombres con tiempo bastante para dar oportunidad a nuestros familiares de alcanzarnos.

El señor Spencer suspiró vencido por su tozudez.

Cuando regresaron a la cocina casi una hora después, Anna estaba sacando del horno de leña una tanda de panes grandes que Calvin supo enseguida había hecho para dejar a la señora Spencer una buena cantidad de hogazas para tanto varón en la casa. Sin resistirse a la tentación que le produjo verla en esa labor que sabía la relajaba, con el mandil atado a la cintura y sabiéndose su marido a los ojos de sus anfitriones, se acercó a ella y cuando terminó de sacar los panes inclinó la cabeza y la besó en la sien en un gesto demasiado confiado, cariñoso e incluso íntimo. De inmediato Anna se tornó amapola mirándolo ceñudo después de deslizar los ojos tras él como si quisiera asegurarse que no le habían visto, lo cual, pensó para sí Calvin, era absurdo por lo pequeño del lugar. Tomó la barbilla de Anna y le alzó ligeramente el rostro al tiempo que él bajaba el suyo y con un suave susurro señaló:

—No te enfurruñes, señora Billers, que nada malo hay en darte un beso en la sien.

—Para. —Le ordenó en un siseo avergonzado logrando que él ensanchara su sonrisa más aún.

—Está bien. —Obedeció soltándole la barbilla—. Tomemos nuestras cosas y apresurémonos a partir. El señor Spencer me ha indicado donde podemos hacernos con un buen caballo pasado Glenfield.

Mientras Anna se despedía de la amable pareja y tomaba el hatillo con comida que le entregaba la señora Spencer, Calvin se apresuró a tomar sus cosas dejando en el cuarto que ocuparon, varias monedas de oro con su tarjeta y una dirección en Londres para que acudieren a ellos de necesitarlo.

Cuando hubieron tomado distancia de la granja siguiendo las indicaciones que le hubo recomendado el señor Spencer, Anna se atrevió a preguntar al fin:

—Le has dejado unas monedas cuando has vuelto a entrar, ¿verdad?

Calvin sonrió asintiendo:

—El pobre señor Spencer estaba empeñado en llevarnos más allá de Glenfield, pero ya ha hecho demasiado por nosotros y no iba a arriesgarlo más, a él o a su familia.

Anna asintió con la vista fija en el sendero estrecho que seguían.

—Has hecho lo correcto. En cuanto regresemos a Londres me aseguraré que mi padre y tía Blanche ponen manos a la obra al administrador de la distribuidora de maíz para que llegue a un acuerdo favorable para ellos que les asegure la cosecha y un buen precio por ella. Además, les compraré un buen caballo de tiro para la siembra y otro para la carreta, así como una carreta como las que usan en la finca de papá, que son muy seguras y buenas, sobre todo para llevar a los niños.

Calvin la miró ladeando la cabeza:

—¿Les comprarás?

Anna se encogió de hombros:

—Todos tenemos una participación en el fondo Brindfet. Mamá, tía Mel y los hijos de ambas. Tengo mi propio dinero.

Calvin sonrió con picardía lanzándole una mirada provocativa:

—¿De modo que voy a casarme con una mujer adinerada? Interesante.

Anna se detuvo en seco mirándole con gesto airado:

—Eso es una tontería sin parangón. Ni nos vamos a casar ni por ello podrás decir que te casas con una mujer adinerada.

Calvin soltó una risotada que rápidamente contuvo al sentir cierta punzada de dolor en el costado.

—Vamos, vamos, no has de molestarte. No me interesas por tu dinero.

—¿Quieres dejar de decir tonterías de una vez?

Calvin se rio un poco más disfrutando de cómo se enfadaba, pero también como se azoraba.

—Está bien, si consideras una tontería decir que no nos casaremos por tu dinero, diré que ese es el principal motivo. Cualquier cosa por hacerte feliz, querida. —Dijo añadiendo cierto tonillo condescendiente.

—Por favor, —Alzó las manos al aire desesperada—, hablar contigo es peor que hablar con Aldo y Jason cuando se les mete algo en sus duras cabecitas.

Calvin se rio:

—Unos caballeros francamente admirables, ambos. —Añadió con sorna y aire petulante.

Anna gruñó y de nuevo comenzó a caminar con paso vivo y casi rabioso, pensaba Calvin siguiéndola sonriendo divertido. Era realmente vibrante agujionarla y nunca podría cansarse de hacerlo, pero también le gustó sobremanera besarla, rozar su piel, notar tan vivamente la tibieza y suavidad de su piel. Al venírsele esas imágenes y esas sensaciones de golpe, tuvo ganas de gruñir de frustración porque solo deseaba estrecharla entre sus brazos y seducirla hasta que se rindiese. Realmente estaba en un buen embrollo si era capaz de centrar su atención en eso estando en el lío en el que estaban. Caminaron durante un par de horas por el sendero recomendado por el señor Spencer que discurría casi paralelo a los caminos principales, pero lejos de la vista y del ajetreo de éstos. Finalmente alcanzaron la granja que les hubo referido y tras conversar con el propietario del pequeño lugar Calvin logró alquilarle un bayo bastante apto para el viaje, pensaba mientras lo examinaba. Casi de inmediato se pusieron rumbo a Marfield al noroeste de Glenfield procurando hacerlo evitando caminos con Calvin guiando el caballo y ella sentada a la grupa.

Pasadas las once de la mañana de ese día, Cliff y Max por fin alcanzaban Glenfield después de un día y una noche francamente ardua. Al llegar a la posada

donde hubieron convenido en reunirse con Maxi y lord Lucas, tomaron asiento y un poco de resuello en uno de los reservados.

Maxi mirando el gesto tenso y cansado de su padre y tío sabía que algo había ocurrido:

—¿Qué ha pasado, padre?

—Primero, —señalaba Cliff tras apurar de un golpe una taza de café—, contadnos si habéis descubierto algo.

—Algo, pero nada útil para localizar a Anna. Muchos comerciantes y posaderos nos han dicho que, justo antes de nosotros, una pareja de hombres provenientes de Londres, por su aspecto y ropas, que describían como propias de quién pasa más tiempo en tabernas que en los caminos, estuvieron preguntando por una pareja que parece asemejarse a Donver y Anna, pero como nos dijeron a nosotros, reconocieron no haberlos visto.

—¿Y los hombres? —intervino Max.

—Se marcharon. Creemos que cuando supieron que nosotros también estábamos aquí, huyeron. —Contestó lord Lucas—. Pero eso fue mucho antes de anoche. Sabemos que uno de ellos, al menos, estuvo todo el día por esta zona. Por ello, habíamos pensado recorrer los alrededores para preguntar por ellos, pero también por milord y milady. Alguien tiene que haberlos visto.

Cliff suspiró dejándose caer en el respaldo.

—Esos hombres serán los que se encontraron en los caminos con los que nosotros buscábamos. —Miró a su amigo antes de mirar a su hijo y acompañante y aclarar—: Encontramos una clara pista de lord Donver en Braunstone Town. Al parecer, se hizo con ropas y comida en una tienda y el mercado, pero eso fue antes de ayer. Como aquí, preguntaron por ellos unos hombres que permanecieron merodeando la ciudad y alrededores casi todo ese día antes de separarse. Unos fueron al norte y otros al noroeste rodeando los caminos. Supongo os topasteis con los primeros. Nosotros seguimos las pistas de los segundos y nos acercamos a ellos lo bastante para ver a tres. Después se nos escabulleron, pero encontramos un poco después, la pasada noche, el cuerpo de un cuarto hombre con dos heridas de bala. Creemos que lo mataron sus compañeros y que venía del norte para reunirse con los que nosotros seguíamos.

—Luego ellos tampoco han localizado a Anna y Donver. Es buena señal. —Concluyó Maxi meditabundo.

Cliff asintió:

—Si estáis descansados, sería bueno que merodeaseis por los alrededores. Vamos a seguir a esos hombres y cazarlos como a conejos antes de que se acerquen a mi pequeña, —Señalaba Cliff con voz gruesa y cargada de furiosa amenaza—, pero no estaría de más que intentemos localizar a Anna antes que ellos. Max y yo necesitamos dormir unas horas pues a este paso en nada serviremos de entrar en lucha con esos hombres.

Maxi sonrió mirando a su padre.

—Padre, duerma unas horas. Lucas y yo recorreremos los alrededores y buscaremos indicios de Anna.

Trenton y los suyos recorrían los caminos en dirección a Lancashire. Trenton, tras lo ocurrido el pasado día, decidió, convencido que Donver se dirigía a Lancashire, que sería mejor tenderle una trampa antes de llegar, de modo que se dirigían rápidos hacia allí y más concretamente a Kirby, situado un poco al sur de Melling donde se encontraba la propiedad de ese maldito vizconde al que iba a destripar con saña por darle tantos problemas.

Todo hubo ido de mal en peor, tropiezo tras tropiezo desde que aceptaron el encargo de ese cegado por el opio de Folks. Apenas si habían encontrado indicios de Donver tras escapárseles de las manos en Braunstone Town cuando se vieron obligados a huir al descubrir que De Worken y algunos de sus hombres les seguían de cerca. Les despistaron por fortuna, pero eso les obligaba a variar sus planes. Ya no podían simplemente dedicarse a seguir al vizconde porque acabarían en manos de De Worken de no tener cuidado. Para colmo, Leroy y Laslo les dejaron escapar cuando ya los tenían y regresaron con Laslo herido convertido en un peligroso estorbo. Sin pensarlo mucho, lo eliminó. Mejor él que todos los demás, dijo a Bill y al resto antes de que se rebelasen.

Pusieron rumbo directo hacia Croft donde, con un poco de suerte, llegarían antes de anochecer si no se detenían. Así pondrían distancia con De Worken y los suyos y podrían esperar a Donver y esa señoritinga que había resultado algo más resuelta de lo que imaginaron si consiguió herir a Laslo.

Maxi y Lord Lucas recorrieron durante el resto del día los caminos y granjas de los alrededores y cuando ya comenzaba a anochecer alcanzaron la de los señores Spencer. Tras descender de los caballos mientras el señor Spencer se acercaba a ellos desde la puerta del establo con evidente curiosidad, Maxi caminó decidido hacia él.

—Buenas tardes. Lamento importunar, más, me gustaría preguntarle si usted o alguien de su familia ha visto a alguien ajeno por estos alrededores.

El señor Spencer limpiándose las manos con un trapo le miró serio reconociendo por sus ropas y caballos a un caballero de inmediato:

—¿Puedo preguntaros quién sois, milord?

Maxi sonrió amable:

—Pido disculpas, he sido descortés en extremo. Mi amigo es lord Williamson, hijo del marqués de Chester y yo soy lord de Worken, hijo del vizconde de Plamisthow.

El señor Spencer de inmediato relajó el gesto abriendo mucho los ojos y caminando decidido hacia él.

—Oh, milord, esperábamos que pudieréis dar con nosotros. Vuestra hermana y su marido estuvieron aquí.

Maxi abrió los ojos ante la referencia de Donver como marido de Anna, pero no quiso de antemano sacar precipitadas conclusiones.

—¿Anna estuvo aquí? —Preguntó ávido de respuestas.

El señor Spencer asintió al tiempo que llegaba hasta él:

—Entrad en la casa y os relato lo acontecido y lo pedido por milord antes de partir.

Maxi miró tras él a Lucas que cedía las riendas de sus caballos al hombre que venía con él adentrándose, como Maxi, rápidamente en la casa. Tras presentarle a su esposa e hijos menores, los acomodaron en la mesa de la cocina mientras la señora Spencer les servía una taza de té.

—Milores, creo que mejor les relato lo ocurrido tal como sucedió pues milord nos advirtió antes de partir del peligro de los hombres que les perseguían, pero también de, en caso de llegar sus señorías, informarles de todo.

Maxi asintió escuchando a continuación el relato de todo desde que los encontraron en el camino de Glenfield hasta su partida esa mañana. Al igual que lord Lucas, se alarmó al escuchar que Donver fue herido y, a pesar de que el señor Spencer calificare la herida como no mortal, eso les dejó en extremo alarmados. Tras agradecer sobremanera su ayuda y despedirse de ellos prometiendo regresar pronto, Maxi y lord Lucas se apresuraron a regresar a Glenfield para reunirse con Cliff y Max que ya estaban esperándoles preparados para partir.

En la posada narraron todo lo que ellos descubrieron y de inmediato Cliff sacó el mapa para intentar hacer cábalas.

—Si fuera Donver eludiría los caminos transitados, pero herido y con un solo caballo ha de ser precavido. —Señalaba mirando el mapa.

Max se inclinó sobre el mapa y comenzó a trazar una línea imaginaria:

—Si busca refugio en su propiedad, lo que no dudo sea lo más acertado, ha de ir aún al noroeste. Rodear Markfield y continuar hasta Coalville, después al norte y con suerte atravesar Melbourne intentando pasar desapercibidos porque rodearlo les llevaría demasiado tiempo, aunque sortearía Derby. Es una ciudad en la que los viajeros y recién llegados se notan demasiado.

Lord Lucas asintió:

—Es cierto. Yo regresé de Londres en una ocasión con lord James y llegamos a las lindes de su propiedad. Si no recuerdo mal, dijo que su hermano y él conocían bien los terrenos que rodeaban Lancashire y que los habían recorrido desde pequeños, campo a traviesa, luego no es de extrañar que, desde esta parte del camino, opte por recorrer la distancia de ese modo evitando encontrarse con esos hombres. Si rodease Derby debería continuar al noroeste hacia Weston Underwood.

—Buscará rutas no en exceso rocosas o arduas para hacer a caballo llevando con él a Anna. Estoy seguro. No desconoce el miedo de ésta a los caballos. —Añadía Maxi mirando a su padre antes de dirigir sus ojos de nuevo al mapa señalando una posible ruta—. Quizás después continuase al noroeste hacia Hulland, Longcliffe y Blakewell.

—Es posible, pero tendría que seguir después al norte. —Añadía Cliff—. Atravesando Peak Dale en dirección a Hayfield.

—Cierto, cierto. —Convino Max—. Quizás con un solo caballo y llevándonos solo un día de ventaja, si se detienen algunas veces para descansar podemos alcanzarles por la zona de Hayfield, quizás mañana en la noche o al siguiente en la mañana.

Cliff asintió con un golpe de cabeza firme estirando los brazos y tomando el mapa para a continuación guardarlo.

—Ahora el otro problema será llegar hasta mi niña antes que esos bastardos o, en su caso, dar con ellos para permitir a Anna llegar a terreno seguro.

Maxi que ya se ponía en pie junto a los demás, miró a su padre mientras salían.

—Envíemos nuevo aviso a tío Ethan y los demás para que ellos se centren en la búsqueda de esos canallas.

Cliff asintió:

—Sí. Si los hombres que enviamos a buscarle hace un par de días los han encontrado, posiblemente ya estén camino en esta dirección.

Habían permanecido todo el día a caballo, sin detenerse, aunque iban a un paso bastante suave, casi al trote, pero a pesar de no ir en exceso deprisa, Calvin entendió que, dadas las circunstancias, no podían arriesgarse a correr y herirse él o Anna o peor, cometer una imprudencia y toparse con sus perseguidores. Además, a pesar de su paso, habían rodeado Melbourne en su camino al norte y se encontraban a medio camino de Derby. Si continuaban a ese ritmo, podrían alcanzar Peak Dale e incluso Hayfield antes del anochecer del día siguiente. Por ello y notando que Anna hacía un rato había aflojado sensiblemente el agarre de sus brazos y apoyaba más su cuerpo en su espalda, por lo que la supo agotada, decidió que era hora de detenerse, descansar unas horas antes de continuar. Buscó un terreno boscoso, pero también con algún lugar protegido llegando a la orilla de un pequeño riachuelo junto a la que había una especie de pequeña cueva que les permitiría resguardarse del frío y sobre todo de la lluvia que iba a caer si no esa noche, al día siguiente. En cuanto se detuvo, Anna se enderezó ligeramente:

—¿Vamos a parar?

Calvin asintió descendiendo de un salto del caballo y ayudándola a hacerlo, le cedió los hatillos tras desanudarlos y con las riendas en la mano le señaló la cueva.

—Entra. Voy a atar en algún lugar protegido al caballo.

Anna, que se veía agotada, asintió obedeciendo sin dudarle. Calvin encontró un recodo de piedra bajo el que podía dejar a cubierto el caballo, a salvo de esa posible lluvia. Tras quitarle la silla y almohazarlo, regresó con la silla junto a Anna que había extendido una de las mantas, encendido la vela del pequeño candil que les hubieron dado los señores Spencer y comenzaba a sacar la comida. Se dejó caer a su lado dejando apartada la silla de montar y la ayudó. Durante unos minutos comieron en silencio y Calvin supo así que Anna estaba algo más que agotada. Sin mediar palabra se colocó más cerca de ella y se colocó a su espalda de costado apoyado sobre un codo instándola a reclinarsse sobre él. Anna le miró ceñuda y, antes de decir nada, él se adelantó:

—Estás helada y tienes aspecto de estar exhausta. Si te apoyas en mí te proporcionaré un poco de calor y estarás más cómoda. Ya que no podemos arriesgarnos a encender un fuego, al menos puedo darte calor. —Decía tomando con una mano la otra manta y cediéndosela añadió—: Cúbrete con ella, Anna. Creo que esta noche lloverá y de ser así, hará bastante frío.

Anna suspiró antes de obedecer de nuevo sin rechistar y durante unos minutos más volvieron a comer en silencio. Finalmente, Anna sucumbió al cansancio y se tumbó de costado permitiendo que él la abrazase por la espalda.

—¿Te duele el costado? —Le preguntó sin moverse.

Calvin, que mantenía un brazo sobre su cintura, se aupó un poco apoyándose por un codo para poder observar su perfil.

—No he de negar que algo sí, pero no tanto como para declararlo insoportable.

Anna giró el rostro y le miró por fin.

—Después de todo el día a caballo, ha de dolerte algo más que de lo que dices. No me engañes.

Calvin sonrió:

—Está bien, cabezota. Duele como mil rayos.

Anna suspiró y giró para ponerse cara a cara con él:

—Enséñame el costado. Te extenderé el ungüento que nos dio la señora Spencer para las quemaduras. Seguro te alivia un poco.

Calvin sonrió negando con la cabeza al tiempo que se dejaba caer de espaldas para abrirse la camisa tras sacarse los faldones de la cinturilla.

Anna tomó del hatillo el pequeño bote del ungüento antes de sentarse junto a él acercando la vela para verle bien la herida. Calvin la observaba fruncir el ceño mientras examinaba al detalle la herida por ambos lados.

—La tienes un poco inflamada y algo enrojecida. Voy a ponerte el ungüento y a vendártelo.

Calvin asintió sin evitar sonreír por lo concentrada que se mostraba en su tarea y a pesar del escozor que le producía el ungüento, le gustó sentir sus dedos en su piel deslizándose con delicadeza y extremo cuidado y esa preocupación por él que mostraba en su rostro y ojos. Incluso al amparo de esa escasa luz de vela, sus ojos refulgían como preciosos topacios amarillos. Cuando terminó de atarle la venda, dejó el bote de nuevo en el hatillo mientras Calvin se cerraba la camisa y chaqueta y antes de darle tiempo a moverse la rodeó con un brazo y la volvió a acomodar del mismo modo anterior.

—Me gusta abrazarte. —Murmuró besándola en la sien.

Anna resopló sin moverse.

—Deja de hacer eso, pesado. No voy a casarme contigo.

Calvin sonrió inclinándose un poco más besándola en la mejilla.

—Para. Has prometido no presionarme. —Decía alzando una mano y dándole un manotazo suave en la cara logrando que él se riese.

—No te presiono. De hecho, intento que comprendas algunas ventajas que tendría el aceptarme.

Anna giró el rostro mirándolo airada.

—¿Ventajas? ¿Llamas ventajas a tomarte libertades conmigo?

Calvin se rio:

—Precisamente. —La miró con picardía logrando que ella de nuevo frunciese el ceño—. Anna, besarte, abrazarte, cubrirte de caricias, tiernos y dulces roces, puedo asegurar no solo me gustarán a mí, sino que, aún a riesgo de parecer arrogante, tú disfrutarás tanto como yo. Te despertarán a la pasión, te enseñarán cuán placentero y gozoso pueden resultar ciertos gestos y momentos compartidos entre hombre y mujer, más aún cuando se trata de la persona idónea, y tú y yo, somos la persona idónea para el otro.

Anna resopló volviéndose a acomodar como anteriormente dándole la espalda intentando evitar que no viera ni su repentino acaloramamiento pues sentía sus mejillas encenderse y ciertas partes de su cuerpo atemperarse de un modo desconcertante:

—Para lo que eres idóneo es para enervarme.

Calvin se rio y la dejó acomodarse de nuevo en una relajada postura. Había notado la dilatación de sus pupilas, el ligero rubor de sus mejillas y el jadeo que se escapó de sus labios instantes antes. Sí, Anna era toda pasión y ardor no solo cuando le reprendía y le miraba reprobatoria sino también en esos instantes en que comenzaba a abrirse frente a ella un mundo del que aún era ignorante y para el que, estaba convencido, estaba hecha a la perfección. Anna sería fuego, pasión, ardor, deseo y sensualidad cuando por fin se entregase y entregase su corazón.

Sonrió dejando caer la cabeza tras la de ella cerrando un poco más el brazo en torno a ella y pegándose un poco más, queriendo saberla caliente, protegida y cómoda. Tras unos instantes Anna giró por completo el cuerpo y se quedó cara a cara con él:

—¿Puedo preguntarte por tu padre?

Calvin frunció el ceño del todo desconcertado por la pregunta.

—No me refiero a tu padrastro sino a tu padre.

Calvin asintió:

—¿Qué quieres saber?

—¿Lo recuerdas?

—Mi abuelo mantuvo vivo su recuerdo en nuestra mente. Nos hablaba mucho de él y de su infancia. Si lo que preguntas es si tengo recuerdos reales de él, compartidos conmigo o con James, —negó con la cabeza—, lo cierto es que no. Era demasiado pequeño para recordar. Mi madre nos contaba a James y a mí que le encantaba llevarnos con él mientras visitaba los campos y a los arrendatarios, presumiendo ante todos a pesar de que no éramos más que unos bebés. Yo apenas si había comenzado a andar, creo. ¿Por qué lo preguntas?

Anna se encogió de hombros:

—Meli me dijo una vez que James afirmaba que él se parecía más a tu madre y tú a tu padre en carácter y, al hacer ese comentario, recuerdo que pensé automáticamente en tu padrastro no en tu padre ¿tiene sentido?

Calvin sonrió:

—Bueno, siendo justos, a mis ojos, mi padrastro era mi padre por cuanto nos educó y nos quiso como a sus hijos. De haber heredado defectos o virtudes adquiridas por crecer junto alguien, serían de él, supongo.

—Bueno, no sé. Yo tengo muchas cosas de mis padres que he adquirido de verlas en ellos, pero muchas otras son rasgos que simplemente tengo por ser hija de mis padres, como el color de pelo, de ojos, la testarudez o incluso una predisposición natural a buscar la compañía de ellos cuando estoy triste, o alegre o simplemente quiero sentirme bien.

Calvin alzó una mano y deslizó un dedo por debajo de sus párpados.

—Eres igualita a tu madre y tu tía, aunque me gusta que seas un poco más obstinada y tenaz que ellas.

Anna rodó los ojos.

—No es verdad. La terquedad la he heredado de papá. En realidad, los cuatro porque mis hermanos son tan tercos o más que yo.

Calvin se rio:

—Más, imposible.

Anna no pudo evitar sonreír:

—Eso es una grosería. Si pretendes galantearme deberías decirme cosas bonitas, aunque no sean del todo ciertas.

Calvin se rio:

—¿Prefieres que mienta?

—Mentir no, pero exagerar un poco mis supuestas virtudes nunca está de más.

—No es verdad. —Replicó acercando un poco el rostro poniéndolo nariz con nariz con la suya—. Sé que no te gustaría que falsease la verdad, aunque solo fuese exagerándola o tergiversándola.

Anna suspiró:

—¿No pretenderás que crea que nunca has galanteado a ninguna dama? Seguro has enfatizado mucho algunos rasgos y obviado otros para hacerla sentir el centro de tus atenciones.

—Puede. —Respondía lanzándole una mirada provocativa—, pero, tú, Anna, no eres cualquier dama y a ti no te galantearé. A ti quiero seducirte, conquistarte, hacerte mía de todos los modos posibles.

Vio dilatarse ligeramente las pupilas de Anna igual que antes y también abrir sus labios muy ligeramente en un suave jadeo. La supo a punto de girarse así que la besó en la frente y después en la punta de la nariz. No la quería presionar, se lo había prometido, pero era consciente que para vencer sus reticencias iba a tener que conquistarla y también lograr seducirla, al menos lo bastante para no comprometerla, pero sí para despertar su curiosidad y su deseo por él.

—Duerme, Anna. Estás cansada y mañana hemos de recorrer muchas millas teniendo en extremo cuidado.

Anna suspiró pues iba a reprenderlo por volver a besarla, pero su protesta no llegó a salir, sino que simplemente giró y se volvió a acomodar dejando que él la abrazase por debajo de la manta pues resultaba muy agradable su calor y de algún modo se sentía segura con él envolviéndola de ese modo.

Calvin la observó dormir deseando gruñir pues tener esas bonitas nalgas apretadas contra él y esas suaves curvas acomodadas en sus brazos y cuerpo, eran una dura prueba para su salvaje interior que no estaba preparado para soportar. La noche anterior sentía con demasiada vehemencia el dolor en el costado, pero esta, resultaba más punzante otro tipo de dolor. Anna acabaría matándolo de seguir por esos derroteros.

Tras un buen rato, inclinó la cabeza enterrándola en su cuello inhalando su aroma, disfrutado de la sedosa suavidad de su piel y de la tibieza de la misma.

—Pequeña, cuando te haga mía aullaré como un lobo. —Murmuró casi inaudiblemente—. Gritaré de éxtasis cuando me entierre en este delicioso cuerpo tuyo mientras disfruto de cómo se dilatan tus maravillosos ojos fijos en los míos sabiéndome tu dueño y a ti mi dueña y señora.

Gruñó cerrando un poco más el brazo encajándola del todo en su cuerpo. Iba a matarlo. Iba a matarlo, pero qué dulce muerte sería hacerlo con ella en sus brazos. Este pensamiento le hizo abrir los ojos y alzar el rostro asombrado ante esa idea. Gimió pues cada vez parecía abrirse en su mente con más claridad esa idea, esa revelación esquiva que llevaba toda la vida eludiendo o, quizás, simplemente, fuere incrédulo ante la posibilidad de que él llegare a sentirla en plenitud y, sin embargo, con Anna en sus brazos... Suspiró y tras soplar apagando la vela, cerró los ojos decidiendo dormir e intentar descansar.

Apenas unas horas después despertó por el ruido del golpeteo del agua y el aire moviendo con fuerza las ramas de los árboles más allá. Enderezándose, vio como una tormenta descargaba con furia agua y viento más allá agradeciendo a los dioses haber tenido el acierto de haber buscado cobijo. Con cuidado, se enderezó y tras cubrir bien con la manta a Anna fue a ver cómo estaba el caballo que permanecía a resguardo en el mismo sitio en que lo hubo dejado. Lo tapó con la manta que tomó de la granja donde lo alquilaron y regresó junto a Anna sorprendiéndose al encontrarla sentada con la vela encendida en la mano y con gesto de alarma en el rostro.

—Anna.

—¿Dónde estabas? —Preguntaba mirándole ceñuda, no por enfado, sino por lo que él apreció como miedo.

Se sentó a su lado tras desprenderse de las botas y la chaqueta mojadas y la miró intentando lucir un gesto tranquilizador.

—Siento haberte alarmado. He ido a ver si el caballo estaba bien y cubrirlo con una manta.

Anna asintió lentamente con los ojos fijos más allá de la cueva. Calvin le pasó el brazo por los hombros cubiertos con la manta y la encajó en su costado.

—No te asustes, Anna. Si lo pensamos bien, esto nos ayuda. Con suerte habrá pillado a Trenton y los suyos en pleno camino.

Anna suspiró encogiéndose y acurrucándose dentro de la manta. Calvin la volvió a tumbar de costado y la abrazó fuerte mientras la mantenía tapada con la manta pues temblaba ligeramente.

Por su parte, Cliff y los demás no habían alcanzado Coalville cuando empezó la tormenta por lo que tuvieron que parar en la primera posada que encontraron donde llegaron empapados y helados. Por suerte, no estaba abarrotada y pudieron acomodarse todos en el comedor frente a una enorme chimenea.

—Cliff. —Max regresó de los establos donde se hubo ocupado de los caballos—. Uno de los mozos acaba de decirme que esta mañana cuatro hombres pasaron raudos en dirección a Coalville. Los recuerda especialmente porque uno de ellos llevaba un arma prendida de cinto demasiado a la vista.

Cliff lo miró frunciendo ligeramente el ceño, pero desvió los ojos hacia la ventana con gesto de preocupación. <<Mi pequeña>>. Rogó al todopoderoso que hubiere encontrado refugio.

—Seguro estará bien, Cliff. —Dijo Max mirándole serio.

Cliff giró el rostro para mirarle y suspiró pesadamente.

—Juro por Dios que voy a destripar al barón por hacer pasar a mi hija por esto.

Lord Lucas que escuchaba a los dos caballeros preguntó a Maxi bajando mucho la voz:

—¿Qué hará tu padre con el barón cuando regresemos?

Maxi se encogió de hombros:

—Si Anna se encuentra sana y salva lo colgará del palo mayor, pero como le haya ocurrido cualquier cosa, ese bastardo nos rogará que le colguemos de ese palo pues lo vamos a despiezar parte a parte. Te aseguro que lejos de detenerle cada uno de nosotros le ayudará.

Lucas sonrió pensando que ciertamente la familia De Worken era una familia unida, que se defendía y protegía por encima de todo. Miró al padre de Maxi y lo veía mirando con gesto de tensa preocupación la ventana. Sus hijas eran su tesoro. Siempre que lo veía con ellas, se mostraba cariñoso, juguetón, protector. Su padre decía que los De Worken sentían debilidad por las damas de su familia y él, al escucharlo, siempre pensaba que era comprensible pues todas ellas, sin excepción y cada una en su estilo, resultaban un ramillete irresistible. Esperaba que lady Anna se encontrara sana y salva pues ciertamente sería una pérdida terrible para todos ellos.

Anna despertó acurrucada dentro de la manta, pero con el cuerpo ligeramente cubierto por algo cálido. Al abrir los ojos vio más allá de la cueva que aún llovía y aunque no con la fuerza de la noche anterior, sí parecía un aviso de que no arreciaría en unas horas. Suspiró, pero antes de moverse notó los labios de Calvin en su mejilla.

—No te muevas, Anna, Voy a ver cómo está nuestro caballo y después regreso para decidir juntos cómo proceder.

Anna se incorporó sentándose al tiempo que Calvin se ponía de pie.

—¿Qué cómo vamos a proceder? Deberíamos seguir camino lo antes posible. Un poco de lluvia no nos matará. Creía que deberíamos por lo menos intentar alcanzar Peak Dale antes de que anochezca.

Calvin poniéndose la chaqueta la miró:

—Anna, si no dejase de llover, serían muchas horas bajo la lluvia.

—Podríamos buscar cobijo en algún punto, descansar un par de horas y comer, antes de continuar, aunque llueva. No podemos simplemente quedarnos sentados esperando que escampe porque nos exponemos a que den con nosotros.

Calvin suspiró.

—Está bien. —Se inclinó y tomó la silla de montar—. Ensillaré el caballo. Enróllate la manta bajo las ropas pues eso retrasará el que cale antes la lluvia en tu cuerpo. Regreso en unos minutos y nos marchamos.

Anna se puso en pie de un salto y sonrió.

—Recogeré todo.

Calvin negaba con la cabeza saliendo de la cueva:

—Cabezota. —Respondía vencido por no tener fuerzas para hacerla entrar en razón.

Apenas media hora después se ponían en marcha, esta vez con un ritmo algo más presuroso. Con suerte, meditaba Calvin, lograría alcanzar Peak Dale, aunque una luz se abrió en su cabeza tras un rato. La propiedad de su amigo lord Fander, al sur de Peak Dale. La sabía cerrada desde hacía unos meses pues él y su nueva esposa se encontraban viajando por el continente en viaje de novios y le hubo dicho, antes de partir, que cerrarían la propiedad hasta verano ya que, al regreso del viaje, él y su nueva esposa se instalarían los primeros meses de casados en la ciudad. Con suerte, podrían pasar allí la noche, podría lograr que Anna descansare en lugar cómodo, caliente y sobre todo alejando de caminos y rocas. Incluso aunque hubieren dejado a algún guardés o a alguien cuidando la casa, había sido asiduo visitante de la misma durante muchos años y suponía le reconocerían. Aún pensaba en ello cuando dejó de llover ligeramente, pero las nubes del horizonte dejaban entrever que sería solo un descanso no muy duradero.

—Anna. —La llamaba desde su posición girando solo un poco el rostro pues ella, sujeta con sus brazos que lo rodeaban, permanecía tras él en la grupa—. He recordado que al sur de Peak Dale se encuentra la propiedad de lord Fander. Estudiamos juntos y es un amigo, pero sé con certeza que se encuentra cerrada pues él y lady Fander están de viaje. Si no nos detenemos más que para dar un poco de descanso al caballo, podríamos llegar allí al anochecer. Va a seguir lloviendo, así que, ¿te ves con fuerzas de no hacer alto alguno?

Anna, que lo miraba desde su hombro, asintió tras mirar, como él antes, las oscuras nubes que llevaban la misma dirección que ellos.

—Yo sí. Pero ¿Y tú? Son muchas horas y la herida aún no ha curado.

Calvin, sonriendo, ladeó más aun la cabeza y la besó por sorpresa en la mejilla mojada y fría.

—Estoy bien. No has de preocuparte.

—Eres un pesado. Incluso a caballo no dejas de hacer eso. Mira que como sigas así te clavo el cuchillo de la pobre señora Spencer.

Calvin se rio enderezándose de nuevo.

—No harías eso, Anna. Al final he comprendido y aceptado que nuestro destino estaba sellado. Tú has nacido para protegerme.

La escuchó resoplar.

—Eso es una tontería. Lo que ocurre es que no paras de ponerte en peligro, bien por culpa de otros, bien por tu propia inconsciencia y lo de no dejar de besarme y abrazarme es una muestra inequívoca de inconsciencia.

Calvin se rio.

—Tú llámalo inconsciencia, yo lo llamaré valentía justificada.

—¿Justificada?

—Por un buen fin, un excelente fin, el mejor de todos. Tu conquista.

—Te daría un golpe si no te supiere herido.

Calvin sonrió con satisfecha arrogancia sabiendo que ella no podía verle.

—Bueno, entonces, ¿nos detendremos en la propiedad de tu amigo? ¿Crees que allí habrá alguien que nos pueda ayudar? —Preguntaba unos minutos después.

—Siendo sincero, me sorprendería que hubiere alguien en la casa. A lo sumo nos encontraríamos con algún guardés o alguien que cuide la casa, más, presumo que no será así pues iban a dejarla cerrada por varios meses y dado que es una propiedad de caza, tampoco habrá arrendatarios o vecinos cerca.

Anna suspiró.

—¿Solo es de caza?

Calvin asintió.

—Era un antiguo monasterio que, varios siglos atrás, se convirtió en residencia de verano de los ancestros de lord Fander, creo que porque es un lugar con excelentes bosques, parajes y zonas de caza.

—Pero si dices que no hay nadie ¿Cómo sabes que no estaremos más en peligro allí si nos encontrare Trenton?

—Es una residencia muy conocida por la aristocracia, pero no todo el mundo ha sido invitado a visitarla. Además, para acceder a ella, se ha de conocer los caminos o acabarías perdido por los bosques que la rodean.

—Ahh, entiendo. Bueno, entonces, supongo que estaría bien. Podríamos descansar y tú recuperarte un poco.

Calvin sonrió pues incluso refunfuñona mostraba preocupación por él.

—Lo único es que, al desviarnos un poco, tendremos que apresurarnos en llegar allí antes de que sea noche cerrada. ¿Estás segura que podrás soportarlo? El cielo no tardará en volver a descargar lluvia, al menos así parecen anunciarlo aquéllas nubes de allí. — Señaló más allá de los campos que quedaban a su derecha.

Anna asintió.

—Estoy bien y no me importa mojarme un poco con tal de que alcancemos una casa donde cobijarnos unas horas y dormir secos y calientes.

Calvin sonrió pues si por él fuere, se aseguraría que durmiese en cálido y muy caliente lecho entre sus brazos.

—Está bien, en ese caso, pongámonos a buen ritmo mientras aún contamos con la ventaja de este pequeño descanso de lluvia.

Trenton y los suyos, tras detenerse en una posada en la que se vieron obligados a pernoctar cuando se endureció la tormenta, no esperaron que la lluvia cesare para ponerse de nuevo en camino en cuanto amaneció. No quería dar la oportunidad a Donver de adelantarse y con ello escurrírseles de las manos, pero tampoco permitir a De Worken y los suyos alcanzarles. Tras haber pasado todo el día anterior galopando demasiado rápido habían alcanzado Longcliff y, con suerte, pensaba mientras ensillaba su caballo ignorando las quejas de sus hombres, en el día presente podría llevar a Blakewell, atravesar Buxton y alcanzar Peak Dale. Suponía que Donver conocería la zona y que iría buscando los caminos más rápidos con los que alcanzar Melling de modo que prefirió ir sobre seguro. Al anochecer podrían llegar a Hayfield y si tomaban caballos de fresco y no detenerse más que lo necesario para comer, seguir hacia el oeste y alcanzar Sutton. Si todo iba bien, tomarían después la ruta al noroeste, a Kirby, donde les esperarían y les tenderían una trampa. Esta idea le hizo sonreír mientras saltaba a su caballo antes de ordenar a sus hombres apresurarse. Mejor no darles opción ni tiempo para pensar demasiado o acabarían rebelándose, mascullaba sacando el caballo del establo.

Por su parte, Cliff, que apenas si hubo podido conciliar el sueño, en cuanto amaneció, organizó los caballos y ordenó preparar unas alforjas con comida y unas pieles con agua por si no contaban con ocasión de volver a parar. La lluvia les iba a retrasar, y aunque esperaba también a sus perseguidos, ello no dejaba de ser un obstáculo que dificultaba su labor de encontrar a Anna. Sentado en el comedor tomando un café tras haberse encargado de todo, esperaba que bajaren sus acompañantes mirando por la ventana.

—Cliff. —Lo saludó discretamente Max al que solo hizo falta ver la cara de su amigo para conocer su estado de ánimo.

—Max. —Respondió lacónicamente mientras él se servía una segunda taza de café.

—No te tortures, Cliff, los encontraremos. —Le intentó animar—. Nos estamos acercando a ellos y tanto si alcanzan Lancashire como si los encontramos antes, Anna no caerá en las garras de esos canallas. Es demasiado lista y Donver es un zorro bastante hábil. Lo ha demostrado hasta ahora.

Cliff suspiró pesadamente asintiendo por pura inercia.

—La lluvia nos retrasará. Tanto los caminos como los campos serán más difíciles de recorrer, pero por suerte eso será igual para todos.

Max asintió y señaló:

—He pensado que deberíamos atravesar Melbourne porque rodearla nos retrasará en exceso, en cambio Derby debiéremos bordearla. Si nos topamos con un día de mucho trajín en la ciudad, nos será difícil movernos por allí. Con suerte podamos ir campo atravesa al noroeste después y alcanzar Longcliffe y si no nos retrasáremos demasiado Blackwell.

Cliff asintió.

—También lo pienso. Si azuzáremos mucho la marcha con estas lluvias podremos sufrir un grave percance y sería peor, además, cuento con que Trenton y los suyos también hayan buscado refugio y se hayan retrasado. Solo espero que Donver encuentre cobijo cuando empezó a endurecerse la tormenta. Tras tantos días y sin las ropas adecuadas, Anna debe estar exhausta y me preocupa que el cansancio, el frío y la tensión la dejen débil.

—En peores nos hemos visto, Cliff. No te apures. Es toda una Mcbeth y probablemente la más tenaz de todas ellas. Nunca se rinde y no dejará que esos canallas la venzan y menos una simple tormenta.

Cliff suspiró girando el rostro hacia la ventana.

—Después de esto, no la perderé de vista nunca más.

Max se rio.

—Siendo justos, no es culpa suya. Mira que tiende a meterse en líos como todas nuestras hijas, pero en esta ocasión es del todo inocente.

—Inocente o no, no volverá a salir de casa sin Troy y dos hombres enormes siguiéndola.

No tardaron mucho en ponerse en marcha en dirección Melbourne y en seguir la ruta que esperaban y cada vez que se detenían, brevemente, volvían a preguntar por Anna y Calvin y por los hombres que les perseguían y aunque de los primeros no encontraron pista alguna, sí de Trenton y los suyos a los que, un hombre en una posada al noroeste Derby, recordó haberlos visto la noche anterior, mucho antes de la tormenta pasando como alma que lleva el diablo en dirección a Weston Underwood con lo que supieron les llevaban, al menos, un día de ventaja.

Cuando alcanzaron Blakewell, casi sin haberse hecho alto alguno en el día, se vieron obligados a buscar refugio en una de las posadas nada más pasar la ciudad por la fuerza de la tormenta que se hubo incrementado desde media tarde y que parecía haber alcanzado su cénit al anochecer.

Por su parte, Trenton y los suyos alcanzaron Hayfield. Cuando comenzó a anochecer habían pasado Peak Dale, pero ni aún entonces Trenton quiso detenerse. Le preocupaba que sabiendo De Worken la dirección que habían tomado, les alcanzasen si no tomaban la suficiente distancia, de modo que no se detuvieron hasta alcanzar el comienzo de Hayfield, donde no llegaron a entrar para no levantar demasiadas sospechas. Se apearon en una pequeña posada a una milla al oeste de la ciudad. Trenton, ya antes de dejar los caballos y subir a dormir un poco, había decidido que alcanzarían Kirby antes de la puesta de sol del día siguiente para poder contar con la ventaja suficiente para tender una trampa bien a Donver y su maldita señoritinga bien a De Worken y los suyos. De cualquier modo, iba a exigir una fortuna a ese bastardo de Folks por el maldito enredo en el que les había metido.

Calvin tuvo que concentrarse el último tramo del camino pues entre la lluvia y la oscuridad, le estaba constanding asegurarse de ir tomando los senderos correctos para llegar a la propiedad de lord Fander. Además, notaba a Anna no solo exhausta, sino que, desde hacía bastantes millas, la sabía intentando controlar sus temblores de frío. Llevaban demasiado tiempo bajo la lluvia y le preocupaba en extremo que Anna enfermase. Por fin vislumbró la casa y aunque no vio luz alguna ni siquiera el farol de la puerta, costumbre que permitía entender que al menos alguien sí habría en la propiedad, encaminó el caballo hasta ella directamente.

Al llegar fue directo al establo donde, tras hacer a Anna descender, se ocupó de dejarlo cómodo en un cajón, secarlo, ponerle agua, heno y una manta. Después, salió y vio a Anna sentada sobre una bala de heno empapada y tiritando. Se acercó a ella y la abrazó un instante.

—Vamos. Entremos. No creo que haya nadie, pero no me importa. Encenderé un fuego, buscaré ropas secas y de abrigo y comida.

La tomó de la mano, tras liberarla del hatillo que sostenía y corrió con ella guiándola hasta el portón principal, por suerte, bajo el que podían estar a cubierto por el saliente de piedra que lo cubría. Llamó fuertemente con la enorme aldaba de hierro y esperó unos minutos abrazando fuertemente a Anna que parecía realmente helada.

—Está bien. —Rompió el abrazo y le tomó el rostro entre las manos que tenía tan frías como ella—. Voy a rodear la casa y entrar por alguna ventana. La romperé. Espera aquí.

Anna asintió tras lo que dejó el hatillo junto a la puerta y corrió rodeando la casa buscando uno de los ventanales que diere a los jardines. No tardó en encontrar uno y, tras forzar las persianas de madera que las cubrían, tomó una piedra y rompió uno de los cristales para poder abrirla. Tras cruzarla buscó en la oscuridad una palmatoria y yesca para encender la vela pues hacía unos años que no estaba en esa casa y suponía que, al no ser la residencia principal de Fander, aún no habría colocado luces. Tras unos minutos y varios objetos tirados torpemente al suelo, encontró una palmatoria y una yesca colgando de su gancho, lo cual agradeció sobremanera.

Por fin, con la luz de la vela pudo ver un poco el lugar sabiendo que tendría que encender muchas más, pero lo primero era lograr que Anna se secase y entrare en

calor así que se apresuró a llegar al vestíbulo y abrir el portón. La hizo entrar y de inmediato la llevó a uno de los dormitorios de la familia.

—Anna, busca en los vestidores ropas para ti. Fander tiene una hermana menor. Sus habitaciones deben ser una de éstas. Has de cambiarte de ropa cuanto antes. Te diría que tomases un baño caliente, pero tardaríamos mucho en calentar el agua. Yo voy a encender la chimenea de esta habitación.

Anna no discutió encontrando, en la tercera de las habitaciones en las que entró, ropas de una mujer de, más o menos, su altura y talla. Quitarse las ropas mojadas y secarse ya le pareció el paraíso y habría sido estupendo tomar un baño caliente, pero era cierto que tardarían demasiado así que se soltó el cabello y decidió que se lo secaría junto a la chimenea tras ponerse ropas secas. Buscó ropas para Calvin antes de regresar dónde había encendido la chimenea.

—Te he traído ropas secas para que te quites esas. —Le decía entrando en la habitación donde él encendía una chimenea.

Al verlo supo que tendría que haber ido a la leñera a buscar la leña y carbón.

—Estupendo. —Le respondía terminando de avivar las llamas—. Acércate y entra en calor. Yo me cambiaré e iré a buscar algo de comida. Seguro hay algo en las despensas. Compotas y algunos envases.

Anna se acercó a la chimenea notando aún el cuerpo frío. Se sentó en la piedra de la base para sentir mejor el calor mientras le veía tomar las ropas y salir por la puerta.

—Espera, espera. —Se puso rápidamente en pie justo cuando él llegó a la altura del vestidor—. Yo voy a buscar comida, tú cámbiate y después busca más velas. Lo de andar a oscuras por casa ajena se me antoja temerario.

Calvin, que se había girado para mirarla cuando lo llamó para detenerlo, se rio ante el comentario.

—Está bien. Si supieras encender la lumbre de la cocina para hervir agua o algo para tomar algo caliente serías mi salvadora.

Anna suspiró alzando los ojos al techo caminando con la palmatoria en la mano hacia la puerta.

—Empieza a ser un trabajo muy pesado el asegurar que sobrevives a tu propia estupidez.

Escuchaba las carcajadas de Calvin a su espalda mientras salía de la habitación. Bajó con cuidado hasta las cocinas. El lugar estaba inhóspito. Como había dicho Calvin, debía llevar semanas cerrado. Tomó varias velas de uno de los aparadores y las encendió para poder iluminar la cocina. <<De hierro antiguo. Bueno, con un poco de leña se encenderá bien, al menos podremos tomar té y con suerte calentar alguna cosa que los cocineros envasaren como cecina o productos ahumados>>. Fue a ver en la despensa y como habían supuesto había tarros de miel, compota y ahumados en botes bien sellados. Había café y té. Aun les quedaba un poco de la hogaza de pan que les hubo metido en el hatillo la señora Spencer y un trozo de queso de cabra. <<Con eso iban más que sobrados>>, se decía tomando algunos botes y llevándolos al centro de la

cocina, dejándolos sobre la mesa. Después miró en derredor y vio en una esquina una cesta con algunos trozos de leña. Se apresuró a colocarlos bajo el hornillo y mientras se avivaba el fuego tras prenderlo sacó una jarra por la ventana dejándola colgando del gancho, suponiendo que con la cantidad de lluvia que caía en ese momento se llenase rápidamente.

Calvin entró en la cocina encontrándosela subida a una silla frente a una ventana sin saber qué diantres estaba haciendo.

—¿Puedo preguntar qué haces?

Anna se giró y tras descender de la silla lo miró fijamente.

—Pues intentar lograr agua para hervirla y poder hacer té.

Calvin se rio.

—Tiene que haber una bomba de agua en algún lugar.

Anna cruzó los brazos al pecho mirándole con clara ofensa en el rostro antes de decir:

—Te reto a que la encuentres. Al menos dentro de la casa.

Calvin se rio y miró en derredor antes de acercarse hasta ella y mirar por la ventana que ella hubo abierto encontrándose que, al fondo del patio, a la intemperie, se encontraba la bomba de agua.

—Bien, bueno, no puedo por menos que reconocer mi error. Cuando salgamos de este embrollo, —giraba para mirar a Anna a la cara—, recuérdame instar a lord Fander a modernizar de una maldita vez esta casa.

Anna se rio soltando sus brazos y regresando a la despensa. Regresó con el bote del té encontrándoselo sentado en la mesa tomando compota con una cuchara. No pudo evitar reírse. Parecía un niño travieso asaltando los dulces de la familia.

—Debería darte vergüenza.

Calvin alzó los ojos y sonrió después de meterse una nueva cucharada en la boca:

—Estoy muy avergonzado, ciertamente.

—Deberíamos subir las cosas arriba y comer junto al fuego de la chimenea. En cuanto haya agua bastante la herviré para hacer té.

Calvin asintió sabiéndola aún con mucho frío y el cabello mojado.

—Subamos las cosas. Yo puedo poner la tetera después ya que veo has encendido el hornillo.

Anna se rio.

—¿Sabrás hacerlo? —Preguntó con burlona desconfianza.

Calvin se puso en pie mirándola con una sonrisa provocativa.

—Mujer de poca fe. Incluso me aseguraré de apagar el hornillo tras hervir el agua para que no provoquemos la quema de nuestro refugio.

Anna se reía tomando una bandeja y poniendo los botes y algunos cubiertos y tazas.

—Lastima no tener leche o limón para el té.

Calvin se reía tomando de sus manos la bandeja para subirla.

—Te estás volviendo muy picajosa. Debe ser que el cambio a mujer casada te ha trastornado más de lo que yo esperaba.

Anna gruñó caminando por delante de él.

—Creo que empiezo a encontrar muchos motivos para convertirme en una feliz solterona, empezando por no tener un marido incordio que me saque de quicio a la menor oportunidad.

Calvin soltó una carcajada siguiéndola escaleras arriba.

—Oh, cariño, no digas eso. —Contestaba con cierto tono socarrón—. Serías una solterona adorable, pero no feliz pues tu estigma preferido no podría llamarte terca pastelera en un suave arrullo mientras te acurrucas en sus fuertes y posesivos brazos.

Anna se detuvo conteniendo un jadeo antes de girar para mirarlo ceñudo:

—Pero qué obcecación tan terca te ha entrado. Acabaríamos lanzándonos jarrones a diario. Seríamos un matrimonio terrible. Estaríamos constantemente discutiendo y posiblemente uno moriría joven y el otro sería acusado por su asesinato.

Calvin soltó otra carcajada sin detenerse y al pasar a su lado la besó en la sien lo que hizo que ella resoplase y le mirase aún más ceñuda.

—No discutiríamos. Al menos no más de lo normal entre dos personas cabezotas. Además, estoy convencido que, por mucho que refunfuñes, te gusta reprendermme pues soy al único al que logras reprender con fiereza.

Anna gimió negando con la cabeza.

—Acabaré siendo juzgada como la asesina de un lord incordio y solo podré alegar en mi defensa que alterabas mis pobres nervios.

De nuevo Calvin se reía entrando con la bandeja en el dormitorio donde hubo colocado algunos candelabros con velas antes de bajar y unirse a Anna. La dejó junto a la chimenea y enderezándose miró a Anna.

—Siéntate junto a la chimenea. Has de entrar en calor. Voy a hacer té.

Anna asintió obedeciendo de inmediato. Calvin regresó un rato después habiendo logrado lo que se le antojaba un milagro, hervir el agua en la tetera. La encontró acomodada entre cojines con la espalda pegada a la piedra del dintel de la chimenea frente a la que había extendido la comida. Alzó los ojos hacia él cuando la alcanzó dejando la bandeja con la tetera en la piedra de la chimenea al alcance de ella.

—Estoy realmente sin palabras. —Decía Anna echando un par de cucharadas del té en la tetera—. Has conseguido hervir agua.

Calvin la miró con petulante arrogancia.

—Debieras empezar a asumir que soy un hombre de sorprendentes y variadas virtudes y habilidades, por mucho que te niegues a creerlo.

Anna sonrió negando con la cabeza.

—Solo un hombre podría considerar una sorprendente habilidad hervir agua.

Calvin le dedicó una sonrisa de travieso seductor alcanzando lo que quedaba de la hogaza de pan de la señora Spencer y un poco del pescado ahumado que ella hubo puesto en un plato.

—¿Qué les dirás a lord y lady Fander cuando les cuentes cómo invadimos su casa y tomamos sus cosas como si nada?

Calvin la miró un segundo intentando parecer indiferente.

—En realidad, no te mencionaré en absoluto. Si acaso les contaré alguna historia sobre verme sorprendido por una tormenta en plena noche cuando iba camino de Lancashire y recordé su casa. No creo que se molesten y tampoco incidirán mucho más en lo ocurrido, no has de preocuparte.

Anna se encogió de hombros.

—Bueno, tú sabrás cómo has de actuar ante tu amigo y qué decir y qué no. Por cierto, ¿por dónde has entrado?

Calvin sonrió:

—Me temo le deberé el arreglo de uno de los ventanales del jardín lateral.

—¿Has roto un ventanal?

Calvin se rio:

—Digamos que tenía prisa y poca paciencia para encontrar un método menos rápido de acceder a la casa.

Anna rodó los ojos con resignación. Tras unos minutos en que comieron en relajada tranquilidad entrando poco a poco en calor. Calvin la observaba relajándose por fin después de tantos días. Parecía sentirse por primera vez ligeramente a salvo o, por lo menos, no tan alerta.

—¿Quién te enseñó a disparar?

Anna le miró un instante sonrojándose ligeramente.

—Mi padre, pero he de confesar que, en el prado, en el momento de disparar, hice lo que siempre me advertía no debía hacer, cerré los ojos un instante. Además, siendo sincera, no apuntaba a ese hombre sino al candil que sostenía en alto.

Calvin se rio divertido:

—Pues, siendo yo igualmente sincero, no lamento que errases el tiro y alcanzares a ese canalla.

Anna suspiró:

—No sé, en el fondo eres consciente de que tuvimos la fortuna de nuestra parte, ¿verdad? Si hubieren disparado, yo solo tendría un disparo más y haberlos acertado habría sido del todo milagroso.

Calvin se rio antes de levantarse y tomar una de las mantas que había en uno de los estantes del vestidor regresando de inmediato con ella y cubriéndole las piernas con ella.

—Debiéremos intentar calentar carbones para el calentador de cama pues presumo tras tanto tiempo sin haber sido preparada no será ni cómoda ni cálida.

Anna miró la cama al fondo de la estancia aún cubierta con una sábana para salvarla del polvo. Suspiró pues la idea de alejarse del fuego ahora que por fin había entrado en calor no le era demasiado apetecible.

—Podríamos poner mantas y cojines aquí, cerca del fuego. La verdad es que calentar la cama nos llevará demasiado tiempo y esfuerzo.

Calvin se rio y la miró con impertinente picardía.

—¿Te has vuelto perezosa?

Anna sonrió:

—Indudablemente. Una perezosa consumada.

Calvin sonrió y de nuevo se puso en pie:

—Está bien, yo tomo mantas y con suerte alguna piel y tú acerca algunos cojines y almohadones.

Anna lo miró suspirando resignada.

—Eres tan mandón como Maxi y Simon.

Calvin se reía caminando hacia el vestidor.

—Lo que no es óbice para que tú ignores cualquiera de nuestros mandatos y hagas tu santa voluntad. —Respondía sardónico sin mirarla.

Anna resopló:

—Terrible futuro me depararía si os hiciera caso. Mira si no cómo estamos por el simple hecho de aceptar tu brazo en el baile de los marqueses.

Escuchó la carcajada de Calvin en el vestidor mientras ella iba tomando los almohadones y cojines de la cama y los sillones.

—Creía que habíamos concluido que la culpa era de ambos pues tú sugeriste dar un paseo por la terraza.

—Retiro mi posible culpa de todo este embrollo. —Respondía ella con aire orgulloso mientras colocaba los almohadones cerca de la chimenea—. Habéis de repartiros toda la culpa ese loco del barón y tú.

Calvin se reía regresando con varias mantas en los brazos.

—Tarde. Tu primera admisión de culpa ya no puede alterarse a conveniencia.

Anna le ayudaba a extender las mantas tras lo que Calvin avivó el fuego. Después, ella volvió a sentarse en el arco de la chimenea de piedra habiendo recogido todo lo que emplearon en la cena dejándolo apartado.

—Dime ¿Cómo es tu propiedad?

Calvin la miró sonriendo:

—La casa ancestral de los Donver, en realidad. Yo he pasado tiempo en ella con mi abuelo, más siempre que pienso en mi casa, pienso en la que ahora ocuparán James y su esposa. Era la casa que mi abuelo materno entregó como parte de la dote de mi madre. Cuando murió nuestro padre, vivimos en casa del abuelo hasta que mi madre se casó de nuevo y, entonces, decidió instalarse en la otra casa. Es una propiedad que linda con la de Donver Hills al sur. Se encuentra en el camino entre Donver Hills y Melling. Sabía que a James le gustaba más que otras de las propiedades de mi abuelo y de mi madre así que me pareció justo que él se la quedare.

Anna frunció el ceño un instante.

—Pero supongo que Meli y él repartirán el tiempo entre Lancashire, Londres e Irlanda ¿no es cierto?

Calvin se rio:

—¿Piensas que, a tu pobre hermana, James logrará separarla de los suyos? Sería toda una proeza, ciertamente. —Anna profundizó su ceño fruncido logrando que él se riese más—. No te preocupes, Anna, tu hermana no es de las que se deja dominar y, de todos modos, dudo que James quiera dominarla en ese aspecto. Le gusta formar parte de una familia tan extensa y unida así que no pondrá traba alguna y, de hecho, estimo que alentará la cercanía con tu familia.

—¿Es verdad que no tenéis más familia?

Calvin se encogió de hombros.

—Creo que mi madre tenía unas primas en Cornualles y mi abuelo una sobrina nieta, hija de una prima que marchó a las Américas, pero salvo esa familia lejana, no, ciertamente no tenemos más familiares.

—Entonces ¿cómo puede ser que el barón sea heredero de faltar ambos?

Calvin suspiró pesadamente mirando el fuego.

—Precisamente porque no hay más familia directa. Es el único varón de una rama de algún primo de mi bisabuelo o tatarabuelo. Supongo que hay que buscar muchos ancestros atrás para encontrar la rama común.

Anna hizo una mueca de disgusto.

—Papá dice que el capitán Cronwell era un gran hombre.

—Lo era. —Respondió tajante Calvin—. Pronto aprendimos, James y yo, lo afortunados que fuimos de que mi madre contrajese segundas nupcias con él y no con cualquier otro que, seguramente, no habría acogido bajo su ala y como hijos propios a los hijos de otro.

Anna lo miró fijamente unos instantes.

—¿Y no os habría gustado tener más hermanos? El capitán y tu madre aún debían ser jóvenes cuando se casaron.

Calvin sonrió:

—Lo creas o no, a mí no me habría importado tener más hermanos, incluso hermanas llegado el caso. Pero no debía ser el destino de mi madre tener más hijos, supongo.

Anna estornudó un par de veces y Calvin se enderezó, alargó el brazo y tiró de ella dejándola caer en las mantas y almohadones que había colocado a los pies de la chimenea.

—Pero...

Empezaba a protestar, pero Calvin la detuvo mientras alcanzaba una manta y la tapaba con ella dejándola de costado de cara al fuego diciendo:

—No empieces a refunfuñar. Para una noche que podrás dormir en lugar cálido y creo que seguro, no quiero ni una queja.

—Pues precisamente porque no pasaré frío con la chimenea ya no es necesario que me abracés. —Se quejaba al tiempo que Calvin pasaba un brazo por encima de la manta, por la cadera de Anna colocándose a su espalda.

Calvin se rio y la besó en la mejilla logrando solo que Anna le diere un ligero manotazo en la cara en protesta y represalia lo que no logró, sino que se riese más por su gesto terco.

—Anna, en esta ocasión, no se trata de que no quiera que te enfríes, lo que obviamente procuraré no ocurra avivando el fuego para que no se apague, sino que, te recuerdo, estamos en casa ajena, en la que nos hemos colado sin permiso, aunque conozca al propietario y suponga no se molestará más de lo necesario. Además, pueden sorprendernos desde Trenton y los suyos, hasta un posible guardador de la propiedad que nos crea ladrones o invasores. O dicho de un modo que no quepa duda; no pienso separarme de ti por mucho que te enfades. He de asegurarme que llegas sana y salva a casa y así te devuelvo a las manos de tu padre.

Anna resopló girando para poder mirarle a la cara:

—Aunque todo eso sea cierto, puedes lograr el mismo resultado durmiendo a medio metro, sin abrazarme y dejando de lado de una dichosa vez esa manía que te ha entrado de besarme cuando se te antoja.

Calvin le dedicó una pícara mirada y una sonrisa traviesa sin intención alguna ni de separarse ni de dejar de abrazarla. Tras unos segundos Anna resopló dándole un suave empujoncito con las manos apoyadas en sus hombros.

—Venga, tú duermes allí y yo aquí... —decía intentando que se moviere un poco, inútilmente pues Calvin no se movió ni un ápice. Gruñó vencida mientras él le dedicaba una sonrisa lobuna y giró con gesto airado dándole la espalda—. Eres un pesado y si no fuera porque no quiero separarme de la chimenea me iría a dormir muy lejos de ti y si tú no fueras un incordio enervante, dormirías como te corresponde, en tu lugar.

Calvin sonrió cerniéndose más sobre ella y cerrando su brazo en la cintura de ella pegándose a su espalda mientras dejaba caer la cabeza posando sus labios en su oreja:

—Creo que estar aquí, abrazándote y preocupándome de ti, es el lugar que me corresponde, mi terca refunfuñona.

Anna gimió enterrando el rostro en el almohadón.

—Si no te necesitase para llegar a tu propiedad y si no estuvieras herido cogía el atizador y te daba con él en esa dura cabezota tuya.

Calvin tiró de ella por su cintura y la hizo caer de espaldas a la manta dejándola boca arriba cerniéndose rápidamente sobre ella quedando de costado, pero inclinado sobre su cuerpo. Alzó una mano y le cubrió la mejilla deslizando sus dedos por su cabello.

—Anna. —Decía acercando sus rostros hasta casi tocarse manteniendo una mirada firme y decidida sobre la de ella—. Escúchame.

Habló de un modo suave pero tajante y ronco logrando que ella se quedare quieta sin rechazar ni su agarre ni cómo la atrapaba ligeramente bajo su cuerpo de modo que parecía engullida por un muro cálido de duro y firme músculo.

—No voy a presionarte, no solo porque lo he prometido sino porque no quiero forzarte a nada, pero quiero que comprendas que no voy a cejar. No estoy actuando por mera cabezonería ni tampoco porque crea que estamos obligados a casarnos. Piénsalo, Anna, formamos una muy buena pareja y sé que te gusto casi tanto como tú a mí. Sé que no eres indiferente a mí como, desde luego, yo no lo soy a tus bonitos ojos miel, tu precioso cuerpo y tu vivaz pasión por todo lo que te rodea.

Acercó un poco más sus rostros rozándole sus labios con los suyos notando el suave jadeo que salió de su boca y cómo se dilataron sus pupilas, no de la impresión, sino de la pasión que sabía despertaba en ella. Era demasiado transparente, pero también apasionada y curiosa a pesar de su palpable inexperiencia.

Le dio un suave beso deslizando sus labios por los de ella tentadoramente después incitándola, tentándola, avivando su curiosidad, pero también ese despierto deseo que comenzaba a crecer más y más en ella.

—Te gusta besarme, Anna. Lo noto como tú puedes notar lo mucho que me gusta besarte. Logras que te desee de un modo que nubla mis sentidos, mi consciencia y toda mi capacidad de pensar con un mínimo de sensatez. Consigues reclamar y llamar al hombre que hay en mí del mismo modo que logras agujonear mi espíritu con tu indómita mente, con tu aguda inteligencia y con ese más que terco carácter. Pero mi deseo por ti no nace solo de la lujuria, de la viva pasión que noto despertar en mí cuando te tengo así, como ahora, en mis brazos, cerca, muy cerca de mí, también es un deseo cargado de una tierna sensualidad, de una especie de necesidad atávica de tenerte, de hacerte mía y también de protegerte, de encerrarte en mis brazos y no dejarte escapar nunca. ¿No lo ves? ¿No lo sientes? Tú y yo formamos una fuerte, firme y, podría incluso que aseverar, invencible unión.

Anna estaba aturdida por las caricias de esa fuerte mano en su rostro, esos dedos en su cabeza y nuca y esos labios, esos malditos labios que conseguían alejarla de cualquier pensamiento coherente. Notaba su cuerpo encerrado, engullido por un manto cálido, fuerte, duro, varonil y casi reclamante de algo que parecía llamarla más

incluso que esos labios y que esas palabras, que esa voz ronca que lograba traspasar no sus oídos sino su piel, parecía meterse por cada poro de su piel como si intentare marcarla, sellarla, grabarla de algún modo. La habitación le daba vueltas a pesar de que ella solo veía el azul de esos ojos que parecían traspasarla, leerla como un libro abierto. Sabía ciertas las palabras en que él aseguraba que ella le deseaba. Era cierto, no sabía cómo, pero todo en él la afectaba y, aunque deseara golpearle, al mismo tiempo deseaba encerrarse en sus brazos, inhalar su aroma y sentir la calidez de su piel que ya podría reconocer sin necesidad de pensarlo. ¿Qué demonios le había hecho?

Gimió intentado centrar su mente y posando las manos en sus hombros lo instó a alzarse ligeramente lo que Calvin hizo sin separarse en exceso de ella. Anna se lo quedó mirando unos largos segundos mientras que Calvin la mantenía aún bajo su casi abrazo deslizando las yemas de los dedos por su mejilla.

—No es justo que hagas eso. Me aturdes. Sabes cómo lograr aturdirme. —Le reprochó sin demasiada convicción.

Calvin alzó ligeramente las comisuras de los labios avivando la intensidad del modo en que la miraba.

—En realidad, Anna, mi intención final no es solo aturdirte, pues deseo que tomes una decisión firme, segura y consciente. Mi intención no es otra que la de demostrar cuán vivos estamos ambos en brazos del otro. Enseñarte qué es la pasión, mostrártela pues entre ambos se da esa pasión y yo he de enseñarte a descubrirla, a avivarla, incluso a emplearla como arma contra tu bobo marido cuando quieras castigarle. Créeme, me postrarás a tus pies con solo mirarme con tus bonitos ojos miel furiosos, apasionados y vivos. Te pasarás la vida reprendiéndome y ambos disfrutaremos como unos locos mientras logro tu perdón y una sonrisa de consentida indulgencia.

Anna resopló mirándole entrecerrando los ojos:

—¿Indulgencia? Contigo tendré que agotar toda la posible clemencia y piedad de los cielos.

Calvin se rio inclinándose de nuevo y besándola en la frente para después deslizar los labios provocativamente por la piel de su rostro hasta sus labios donde depositó un beso lento, suave y meramente tentador queriéndola dejar deseosa de más, curiosa sobre qué podría haber después de esos besos. Alzó el rostro dejándole un instante para abrir los ojos que notaba ligeramente abotargados y atolondrados.

—Cierra los ojos, Anna. Necesitas dormir. Prometo que esta noche seré yo el que te vele.

Anna suspiró lentamente aun sintiendo el ramalazo de calor que recorría su cuerpo de parte a parte y una extraña sensación invadirla, llenarla de algo que no lograba entender pero que parecía no ser bastante. Giró el cuerpo de nuevo para quedar de costado ligeramente azorada por cómo él la miraba claramente complacido, el muy canalla. Cuando de nuevo deslizó su brazo por su cintura pegándose a ella por entero, la volvió a besar en la mejilla y en el cuello.

—Si no dejas de hacer eso, no verás amanecer un nuevo día, pesado.

Calvin se rio apoyando la cabeza tras la suya.

—Está bien. Ya me contengo. Duerme.

Calvin aún sonreía muchos minutos después cuando la supo dormida por su suave respiración y por la relajación de su cuerpo que incluso le permitió enredar los dedos de su mano con los de ella sin que Anna se diere cuenta.

Aún no había amanecido del todo cuando Calvin despertó. Abrió los ojos encontrándose en el mismo lugar, postura y agradable sensación que cuando sucumbió al sueño. Abrazaba a Anna y mantenía sujeta su mano dentro de la suya completamente relajada. Ladeó la cabeza y la enterró en su cuello acariciando su tibia y suave piel con los labios lentamente. Sonrió mientras se separaba de ella con cuidado manteniéndola tapada. Avivó el fuego y echó algunos troncos más antes de ir al vestidor y buscar una navaja y algo con lo que desprenderse de la fastidiosa barba que ya empezaba a molestarle en exceso y, además, iba a gustarle mucho besar y acariciar el rostro de Anna perfectamente afeitado. Sonreía al pensarlo como un bobalicón. Aún terminaba de asearse tras afeitarse cuando comprendió de pronto lo estúpido e inconsciente que había sido. Estaban en el pabellón de caza de lord Fander. Tenía que haber una buena armería en la casa. ¿cómo no hubo pensado en ello antes? Se reprendió tomando la chaqueta que Anna hubo hallado la noche anterior en uno de los vestidores de la casa, caminando, después, decidido al piso inferior para buscar la armería y tomar armas con las que defenderse de necesitarlo. Tras recorrer algunas estancias por fin dio con el armario de Fander donde había desde escopetas hasta pistolas. Seleccionó un par de escopetones, una pistola y otra pequeña que pudiese llevar Anna sin resultarle pesada. Las preparó para su uso tomando pólvora y balas de sobra. Se disponía a salir de la estancia cuando se topó con Anna que parecía haber ido corriendo. Soltó la bolsa con las armas y la atrapó para evitar que se cayere.

—Anna. —Jadeó un poco de la impresión de encontrársela así.

Anna lo miró con gesto preocupado y aún con la respiración ligeramente acelerada.

—Me has asustado. —Señaló con tono preocupado y también acusatorio.

Calvin comprendió de inmediato que debió despertar y al no encontrarlo se asustaría.

—Anna. Nada pasa. —La atrajo hacia él a pesar de su resistencia inicial y la abrazó fuertemente—. Lo lamento. No he querido despertarte y tampoco asustarte.

La escuchó suspirar en lo que no le costó entender como un suspiro de alivio más que evidente.

—Anna, lo siento. Debí haberme asegurado de que no despertases sola.

Anna negó con la cabeza dando un paso atrás para romper el abrazo.

—No, no. Es culpa mía. Me he dejado llevar por mi imaginación. —Suspiró antes de alzar el rostro para mirarlo y después la habitación.

—¿Qué hacías?

Calvin sonrió inclinándose y tomando del suelo la bolsa.

—Tomar algunas armas. Esta casa se usa sobre todo para cacerías y jornadas de tiro de modo que contamos con algunas armas.

Anna asintió deslizando los ojos a la bolsa que hubo tomado y después de nuevo a su rostro.

—Supongo que nos marcharemos de inmediato.

Calvin asintió.

—Buscaré ropas de abrigo, alguna capa o abrigos de piel y con suerte algún gabán para la lluvia por si vuelve a llover. Si gustas, puedes preparar un poco de té o café para que entremos ambos en calor y tomemos algo de fuerza antes de partir. Si no nos detenemos quizás alcancemos Croft o Sutton antes del anochecer.

Anna asintió dando otro paso atrás. Apenas media hora después salían de la propiedad en dirección a norte con idea de rodear Peak Dale y alcanzar Hayfield y seguir después hacia el oeste. Aunque ya no llovía, la humedad y las bajas temperaturas podrían perjudicarles de tener que pasar la noche a la intemperie, incluso con la ropa de abrigo que encontró en la casa, de ahí que Calvin decidiera aumentar ligeramente el ritmo de su marcha con el único límite de ir dos en un mismo caballo.

Por su parte, Trenton impuso, desde primera hora de la mañana, tras abandonar la posada cercana a Hayfield, un ritmo endiablado a los caballos obligando a sus compañeros a no mostrar oposición o queja so pena de verse alcanzados por De Worken y los suyos. Con ese acicate los sabía bastante atemorizados para, por lo menos, no quejarse de más. Alcanzaron Sutton a media mañana evitando cruzar el pueblo y los campos cercanos, rodeándolo y encaminándose prestos en dirección a Windle.

Un poco más al sureste se encontraban Cliff y los demás que, al igual que los anteriores, se pusieron en marcha en cuanto amaneció con el alivio de saber que la tormenta parecía haber amainado y que los caminos, aunque embarrados y posiblemente difíciles de transitar, al menos, serían visibles para jinetes a caballo. Como sus perseguidos procuraron imponer un ritmo veloz logrando llegar a Peal Dale a media mañana y, aunque se detuvieron una hora para tomar nuevas monturas y sobre todo intentar hallar alguna pista de Anna y Calvin o de Trenton y los suyos, marcharon de allí sin indicio nuevo alguno pero convencidos de que acertaban distancia pues la tormenta no solo les retrasaría a todos sino que obligaba a quienes no conocieran el terreno a usar los caminos y mientras Donver conocía la zona, no así Trenton y los suyos que eran quiénes suponían más adelantados. Por su parte, lord Lucas fue de gran utilidad una vez llegados a esa zona pues la había recorrido en alguna ocasión con alguno de sus hermanos e incluso con James un par de veces.

Al mediodía, tras haber dejado muy atrás Hayfield y alcanzando Marple, Calvin decidió dar un descanso al caballo cerca de un pequeño riachuelo en uno de los bosquesillos que se encontraba entre Marple y Stockport. Tras ayudar a Anna a descender del caballo y dejar a éste abrevando tranquilo, siguió a Anna que parecía

querer pasear un poco y dar un pequeño descanso a sus extremidades. Caminaba despacio siguiendo el cauce del riachuelo observando lo que les rodeaba. Giró el rostro cuando lo notó cerca de ella.

—¿Conoces bien esta zona?

Calvin asintió:

—No es que pueda recorrerla con los ojos cerrados, pero te aseguro que no me perdería ni desorientaría ni siquiera de noche.

Aprovechó verla tan relajada para tomar su mano dentro de la suya. Anna lo miró frunciendo el ceño y él simplemente le dedicó una sonrisa encantadora y falsamente inocente, pero a pesar de su ceño y de su suspiro de resignación, ella no retiró su mano.

—Tienes la mano fría, ¿Tienes frío? —Le preguntó tras unos segundos.

Anna negó con la cabeza deteniéndose con la vista fija en el riachuelo.

—No estoy acostumbrada a ir sin guantes cuando bajan las temperaturas.

Calvin se reprendió mentalmente por ni haber buscado unos guantes antes de salir de la casa de Lord Fander.

—Si Trenton nos encuentra nos matará sin ningún miramiento ¿no es cierto? — Preguntó de pronto aún con la vista fija en la corriente del agua.

Calvin giró el cuerpo sin soltar su mano para poder mirarla mejor.

—Anna, no dejaré que te pase nada.

Anna alzó el rostro y le miró:

—Nos quiere matar a ambos.

Calvin la empujó hacia él y la atrapó en sus brazos cerrándolos con firmeza, posando los labios en su frente unos instantes antes de encajar su cabeza en su hombro para acomodarla en su abrazo.

—Anna, antes de montar de nuevo, te daré una pistola para que la lleves contigo siempre. Está cargada y lista para disparar. Procuraré que no hayas de usarla, pero de tener que hacerlo, de creerte en peligro, has de prometer que dispararás contra quién intente hacerte daño.

Anna suspiró dejándose abrazar y sentir la calidez del cuerpo de Calvin envolverla.

—Prometo disparar contra quién intente hacerme daño y cuando todo esto haya acabado, dispararte a ti por incordio.

Calvin se rio apoyando el mentón en su cabeza.

—Un riesgo que estoy dispuesto a asumir casi gustosamente con tal de salir de este embrollo sanos y salvo, especialmente si cierras los ojos cuando dispares contra tu marido.

Anna gruñó, dando un paso atrás y, alzando un rostro para mirarlo, dijo con gesto cabezota.

—En primer lugar, no dispararé contra marido alguno, al menos no mío. En segundo lugar, no deberías ser tan cruel de echarme en cara mi propia confesión de haber cerrado los ojos al disparar. Y en tercer y más importante lugar, cuando te dispare mantendré los ojos bien abiertos.

Calvin se rio, divertido ante el gesto y la mirada de niña enfurruñada y contrariada a la que solo le faltaba dar una patada al suelo para remarcar su enfado. Le encantaba cuando le miraba airada.

—Vamos, vamos, —echó a andar de regreso hasta donde estaba su montura tomando al pasar la mano de Anna para llevarla con él—, no te enfurruñes, mi bella dama. Para que aprecies las virtudes de tenerme como esposo, prometo que no me moveré cuando me apuntes.

Anna se rio, imposible no hacerlo, pensaba intentando reprenderse a sí misma por dejarse enredar por el pícaro sentido del humor de Calvin.

—Serías un esposo apreciado si, además de no moverte, te pintares una diana facilitándome el asesinarte. Creo que sería capaz de apreciarte como el marido que dices ser, en estado de viudez. A mis ojos, tu recuerdo se tornaría encantador.

Calvin soltó una carcajada deteniéndose a la altura de la silla, soltando su mano para poder desanudar la bolsa con las armas y tras tomar la pistola que él acomodó en su propio cinto, sacó la pequeña que extendió frente a Anna.

—Es de dos disparos, así que si fallas el primero no te preocupes, vuelves a amartillarla y dispara.

Anna asintió tomándola y tras observarla un instante la guardó en la cinturilla de su falda bajo la capa que llevaba. Calvin tomó las riendas del caballo y tras pasarlas por su cuello, rodeó la cintura de Anna con sus manos impulsándola a la grupa donde ella cruzó una pierna y se acomodó para poder rodearle a él de la cintura una vez subido a la silla.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Llevamos un buen paso y creo que si no tenemos ningún percance podremos alcanzar Stockport pronto y después alcanzar Sale, Carrington y, con suerte, llegar a Croft cuando anochezca.

Aún no se habían puesto al trote cuando Anna preguntó:

—¿Crees que Trenton y los suyos nos siguen o sospechando dónde nos dirigimos nos han adelantado?

Calvin frunció el ceño sin girar la cabeza pues no quería que le viese preocupado. Ciertamente el que Trenton supiere su destino y decidiera tomarles delantera, sería en todo punto peligroso pues ¿dónde les tenderían una trampa?

—Pues, no sabría decir. De todos modos, procuremos estar atentos. —Apretó su mano en las que ella cruzaba alrededor de su cintura—. Sujétate fuerte, Anna, voy a ir un poco más deprisa y voy a intentar eludir caminos o senderos conocidos, así que quizás el terreno sea un poco abrupto a ratos.

Anna se sujetó con fuerza obedeciendo sin rechistar notando cómo él se había tensado y aunque no le veía la cara, lo sabía preocupado.

Nada más alcanzar Kirkby a última hora de la tarde, Trenton dejó a los demás en una casa abandonada cerca de la ciudad, prohibiéndoles dejarse ver en la ciudad, posada o lugar alguno que delatase su presencia en la zona, recorrió los alrededores a caballo encontrando una colina desde la que se podía observar todo el valle de acceso por el este si, como suponía, Donver y su acompañante hubieren buscado un camino directo. Se quedó un buen rato inspeccionando la zona, buscando dónde tender su trampa, lejos de posibles curiosos y, sobre todo, que les impidiese la huida. Si como suponía, tomarían el sendero al norte en dirección a Melling, debía atraparles antes de alcanzar Kirkby o correría el riesgo de que se le escapasen de entre las manos y no les dejaría hacerlo una segunda vez, menos con De Worken dándoles caza.

Empezaba a anochecer cuando regresó al escondite donde hubo dejado a los demás y tras dar indicaciones a Cosby de colocarse en el lugar de la colina que hubo considerado el mejor como vigía, le ordenó vigilar los senderos y, en caso de ver acercarse a Donver o incluso a De Worken, avisarlos con premura, mientras Bill, Leroy y él se asegurarían de preparar la trampa.

Mientras tanto, Cliff y sus acompañantes llevaban unas horas cabalgando hacia el oeste alcanzando Stockport cuando ya había oscurecido. Tras detenerse para tomar caballos de refresco y comer algo, Cliff y Max meditaron sobre la conveniencia de aprovechar que no parecía que fuese a llover y que, además, los senderos parecían ser conocidos por lord Lucas y tras asegurarse de que Maxi y lord Lucas estaban dispuestos a continuar sin hacer alto en la noche, tomaron sus monturas y pusieron rumbo a Sutton con intención de no hacer alto alguno intentando llegar antes del amanecer.

En cambio, Calvin decidió detenerse tras pasar Croft, en una propiedad situada entre Croft y Sutton, o, mejor dicho, en un viejo molino abandonado que conocía de haberlo visto en infinidad de ocasiones a lo largo de su infancia y adolescencia incluso cuando estaba operativo, claro que de eso hacía ya muchos años pues lo sabía abandonado. Ya antes de detener el caballo cerca de la parte de atrás de viejo molino, Anna estaba dormida apoyada en su espalda y con la cabeza en su hombro. Debía de estar agotada de todo el día a caballo, en la grupa.

—Anna. —La llamó nada más detuvo el caballo—. Pequeña... —la volvió a llamar girando ligeramente la cabeza y besando su frente—. Vamos, Anna. Hemos llegado a un sitio en el que podrás descansar.

—Umm... —Se removió a su espalda antes de enderezarse parpadeando varias veces antes de abrir del todo los ojos—. ¿Hemos llegado? —Miró en derredor y centró la vista pues siendo ya de noche no se veía bien el lugar—. ¿Dónde estamos?

Calvin saltó del caballo y la tomó de la cintura ayudándola a bajar manteniéndola sujeta hasta saberla capaz de sostenerse por su propio pie.

—Estamos en un viejo molino que nos servirá de refugio esta noche.

Tomó el caballo del bocado y lo guio hacia un lateral del molino, un lugar techado que parecía una especie de vieja construcción de madera hecha para guardar aperos y herramientas. Tras liberarlo de la silla, ponerle agua y darle una manzana a falta de otra cosa, lo cubrió con una manta y tomó el hatillo antes de caminar hacia

donde estaba Anna. Se paró un instante al verla. Estaba sentada sobre una destartalada silla de madera que no sabría decir dónde habría dado con ella en aquél lugar. Parecía extenuada. Se acercó a ella y la alzó con cuidado para dejarla de pie. Le pasó un brazo por la cintura mientras decía:

—Ven. Entremos en el viejo molino. Encenderé una hoguera ya que estaremos en lugar a cubierto y pondré las mantas cerca de él para que puedas dormir al calor de la lumbre.

Anna suspiró dejándose guiar sin excesiva resistencia pues estaba agotada y sin casi capacidad alguna para pensamiento coherente alguno.

No le costó mucho romper la raída puerta del molino tras lo que entraron. Realmente por allí no había pasado un alma en muchísimo tiempo, pensaba Calvin tras dejar a Anna sentada en una especie de montículo de piedra y antes de encender el candil que llevaban. Encendió un fuego con la madera de un par de viejos taburetes que rompió.

—Ven, Anna.

La llamó tras enrollar su capa para hacer una almohada, pero al girar y verla adormilada sentada en aquél montículo de piedra, se enderezó y caminó hasta ella tomándola en brazos pasando uno bajo sus rodillas y el otro por su cintura.

—Vamos, Anna. Sé que estás agotada y deseando que acabe todo esto. —Le iba diciendo mientras la llevaba hasta las mantas cerca del fuego.

La posó sobre la manta y le ayudó a desprenderse de la capa con que la cubrió tras tumbarla de costado. Se tumbó a su lado y la abrazó. La sabía tan cansada que incluso prefería no comer nada después de tantas horas y él casi que tampoco pues también sentía el cansancio y, sobre todo, el deseo de simplemente tenerla en sus brazos relajada y tranquila.

—Realmente debes estar extenuada para ni siquiera refunfuñarme ni un poquito.

Anna sonrió sin abrir los ojos ni moverse.

—Lo estoy así que no me obligues a hacer esfuerzos.

Calvin se rio entre dientes cerrando el brazo con el que la rodeó bajo la manta.

—Bueno, bueno. No vayas a enfadarte ahora. Solo duerme mientras yo me ocupo de que estés caliente y segura.

—Está bien. Sé por una vez un incordio útil y complaciente.

Calvin se rio inclinando la cabeza y depositando un beso suave en su cuello.

—Mal encaminado vas si continúas por esa senda. —Refunfuñó Anna sin moverse.

Calvin se rio deslizándose arriba y abajo por la línea de su cuello sus labios en una dulce y suave caricia acabando por darle un beso en el hueco tras su oreja y susurrarle:

—Está bien. No refunfuñes. Me quedo quieto y tú te duermes. Mañana habremos llegado a mi casa y podrás descansar y recuperarte segura mientras esperamos a tu padre que empiezo a temer me despedace pieza a pieza.

Anna sonrió:

—Yo pienso que deberías temer más a tía Blanche.

Calvin sonrió volviendo a acomodar la cabeza tras la de Anna:

—Qué negro y terrible se torna mi futuro. Los caballeros y damas de tu familia descargarán sus idus contra mí sin concederme siquiera la posibilidad de redención, súplica o misericordia.

—Tenlo presente de una vez y déjame dormir.

Calvin gruñó burlón.

—Mujer cruel. Pones un delicioso pastelito en el escaparate al alcance de mis ojos, después me dejas olerlo y cuando estoy a punto de darle un fiero y hambriento bocado lo alejas de mis manos y boca, bajo amenaza de verme torturado por tus feroces y protectores parientes.

—Un momento. —Anna se rio girando el cuerpo para mirarle—. Según ese absurdo símil ¿yo que soy la pastelera o el pastelito?

Calvin se rio y después cerró su brazo en su cintura y mirándola con pícara seducción la hizo tumbar de espaldas cerniéndose sobre ella.

—Una difícil disyuntiva, ciertamente. —Inclinó más la cabeza acariciándole con los labios primero la mejilla disfrutando del suave jadeo que escuchó escapársele de los labios. —Eres una preciosa pastelera, más, en estos instantes, se me antoja que resultas un apetecible y delicioso pastelito. Uno que no hace sino llamar al hambriento que llevo dentro. —Susurraba con cadenciosa, ronca y provocativa voz camino de sus labios antes de asaltarlos con hambre.

La besó. La besó con deliberada y decidida pasión. Posó sus labios en los de ella tentándola primero con lenta paciencia, incitándola, logrando que ella decidiera, pero que se encontrase en ese estado en que, sin decirlo, le pidiese más y lo hizo pues recorrió sus labios con suave lentitud una y otra vez, acariciándoselos, lamiéndolos, provocándola hasta que ella abrió ligeramente los labios reclamando más y él acudió a su reclamo. Entró de lleno en su boca, la paladeó con lento placer. La fue guiando, avivando y azuzando hasta que el reclamo de ella se tornó entrega y vívida participación dándole permiso así para devorar, saborear y deleitarse poseyendo, devorando, disfrutando en plenitud de ese beso y de lo que abría en la mente de Anna, de lo que encendía dentro de ella. Una llama, una luz que le guiaba hacia la pasión que ella probaba e intuía lo que podría haber tras ese primer paso. Eso era lo que necesitaba mostrar a Anna. Pasión, seducción, entrega y esa especie de fuego que sentían el uno con el otro.

Tardó un buen rato y un mayor esfuerzo contener su fiera interna, tirar de las riendas de ese hombre que reclamaba a esa dulce, hermosa y pasional mujer que ahora tenía entre sus brazos y que no estaba dispuesto a soltar jamás. Fue suavizando poco a poco el beso, manteniéndola en esa nebulosa de deseo y pasión que él había

despertado y avivado ligeramente y que se encargaría de avivar más y más, no solo para obtener su rendición y voluntaria entrega, sino, también, para enseñarla y llevarlos a ambos a una entrega mutua a la que no renunciaría y, estaba seguro, su apasionada y testaruda pastelera tampoco una vez se rindiese a él. Suavizó el beso más y más hasta interrumpirlo dándole unos segundos para regresar al mundo de los conscientes mientras él le acariciaba el rostro lentamente con las yemas de los dedos.

—Delicioso pastelito. En este instante te declaro un delicioso pastelito.

Le habló con voz sensual y traviesa, casi en un susurro cuando ella abrió los ojos y tardó unos segundos de más en centrarlos en él dejando un poco de lado esa especie de velo y nebulosa de pasión. Enseguida frunció el ceño de ese modo tan característico en ella que le hizo ensanchar su sonrisa divertido, sabiendo que, aunque hubo tardado de más, le había por fin escuchado llamándola pastelito.

—No te enfurruñes... —la miró con pícaro diversión pasándole la yema de un dedo entre los ojos para quitar ese ceño fruncido—. Si lo prefieres te tildo solo de deliciosa pastelera.

Anna bufó sin moverse entrecerrando los ojos, esos ojos que, abotargados por el deseo y ese calor apasionado, se habían vuelto de un ámbar absolutamente evocador de las maravillas que encerraba la mujer entre sus brazos, pensaba Calvin deslizando de nuevo la yema de su dedo por su frente.

—Imagina lo que podrás sentir, lo que podremos sentir si nos lo permites, Anna. Si un beso nos ha traspasado a ambos, nos ha llevado a ese lugar en que el deseo y la pasión se mezclan con algo más cálido y pleno, imagina lo que podremos lograr entregándonos el uno al otro.

Anna lo escuchaba con una mezcla de entrañas sensaciones, sentimientos e incluso pensamientos que chocaban con toda razón. Estaba asombrada e incrédula por no solo haberle dejado besarla, sino que, en un momento dado, se supo besándolo, reclamándole más y más, como si de un sediento suplicando agua se tratase. ¿Qué demonios hacía con ella? No solo lograba hipnotizarla, sino que parecía saber que ahora, sentía todas esas extrañas cosas, pero, además, curiosidad. Curiosidad por todo lo que él decía, por esas cosas que mencionaba que no lograba entender pero que, por algún motivo, escucharlo le provocaba mil reacciones en su cuerpo incapaz de controlar. Era como si llegado un punto no pudiese resistirse a él y lo que era aún más desconcertante y enervante, que no quisiera resistirse a él. Este último pensamiento le hizo enfadarse consigo misma. ¿Por qué no iba a querer resistirse? ¿Qué loco influjo parecía tener sobre ella? En un momento la hacía enfadar y al siguiente desear ser besada por él, abrazada por él, e incluso besarlo, besarlo y no dejar de hacerlo.

—Eres un canalla embaucador. —Le reprochaba sin mucha convicción poniendo en sus hombros esas manos que antes le habían rodeado el cuello de modo inconsciente, intentando empujarle para que se separase.

Calvin sonrió provocador y dándole un rápido beso en los labios, un simple roce pícaro y travieso dejó caer el peso de su cuerpo de costado junto al de ella sin separarse ni tampoco retirar el brazo que pasó a rodearla de nuevo a la altura de la cintura.

—Bueno, bueno, fierecilla, no te enfades. Vuelve a cerrar esos preciosos ojos miel y yo prometo que esta vez me contendré, por mucho que me cueste, y te dejaré dormir en paz. Vamos, ponte de cara al fuego para que no pases frío. —La instaba a colocarse de nuevo de costado lo que le permitiría, otra vez, abrazarla por la espalda.

Con algún ligero murmullo de queja llamándolo canalla, incordio y pesado, Anna obedeció e incluso no se quejó en exceso cuando él volvió a abrazarla fuertemente por la espalda pues, en el fondo, agradecía que hiciera eso ya que se sentía segura, reconfortada a pesar de lo mucho que solía hacerla enfadar.

A Cliff le rondaba un horrible presentimiento desde antes de la última parada de ahí que pidiese a todos continuar en la noche e intentar alcanzar cuanto antes a Anna o cuanto menos dar caza a esos bastardos a los que iba a desollar como los despojos humanos que eran. Con esos pensamientos se iba torturando hora tras hora mientras cabalgaban recorriendo milla a milla casi con desesperada angustia. Una vez superaron Sale y Carrington, Cliff empezó a pensar que quizás sí podrían alcanzarlos llegando a Anna estando aun sana y salva. Ya había amanecido cuando consiguieron llegar a Croft donde se detuvieron para tomar caballos de refresco, pero también para buscar pistas. Lo que no esperaba es que, al preguntar por Donver, todo el mundo les indicase el modo de acudir a la propiedad del vizconde. Era evidente que era un hombre conocido por sus vecinos, incluso lejanos, aunque ninguno de a los que preguntaron les hubieron visto en los últimos días. Al menos, Cliff se consolaba mientras volvían a subirse a sus monturas, les indicaron el camino que solía tomar para alcanzar Sutton, Kirkby y finalmente Melling tras la que se encontraba su propiedad.

Trenton llevaba más de una hora agazapado tras una roca desde la que se veía un estrecho sendero a más de una milla al norte de Kirkby por donde Donver tendría que pasar de querer evitar el camino principal. Era un lugar perfecto para una trampa pues había un punto en el que, quienes lo recorriesen, se encontrarían con unas pequeñas colinas de rocas cortándoles el paso a derecha e izquierda y tal y como ellos estaban situados, les bastaba que llegasen a su altura para tenerlos acorralados. Con Bill frente a él tras una roca situado a la izquierda del camino y un poco más allá en el mismo lado estaba Cosby. Frente a Cosby se encontraba Leroy y él a su lado creando un cuadrado en cuyo centro quedaba el sendero. En cuanto se colocasen en el centro de ese cuadrado, no tendrían forma de salir bien parados. Sonreía mirando al sur del sendero por dónde esperaba llegasen, pero incluso si decidía tomar el camino principal, desde esa posición, podrían verlos acercarse desde lejos y tomar sus monturas para a galope, adelantarlos y aprehenderlos en un lugar más al norte, pero antes de la llegada a Melling.

No iba a dejarles escapar en esta ocasión, principalmente porque no solo les habían visto la cara, sino que conocían los nombres de todos y les cazarían de dejarles ir llevándolos seguro a la Torre de Londres, eso si no les dejaban en manos de De Worken y sus hombres, que estaba seguro los despedazarían de llegar a darles oportunidad. Con esa idea volvió a centrar los ojos en el sendero y en la idea de tener esa única y última ocasión de matar a Donver y la hija de De Worken antes de regresar

para dar con el barón y hacerle pagar cada uno de los instantes de ese desastroso entuerto en el que los había metido a todos.

Anna despertó desorientada, con el cuerpo entumecido y algo frío. Fijó los ojos en el fuego frente a ella que ya no era tal sino simples ascuas ligeramente humeantes. Frunció el ceño comprendiendo que el frío no solo era debido a que se apagare el fuego sino a que notaba también la ausencia de otra fuente de calor. Giró y se sentó de inmediato de golpe al no verle a su lado. Miró en derredor y no lo vio. Se asustó poniéndose en pie rápidamente y tomando con una mano la pistola de su cinturilla. Caminó hasta la desvencijada puerta sacando ligeramente la cabeza para asegurarse de que nadie había más allá. Escuchó un ruido en la pequeña construcción de madera y cerrando fuerte la mano en la culata de la pistola casi como reacción involuntaria. Como hizo antes, asomó la cabeza con cautela, pero esta vez al interior de la caseta de madera y vio el caballo y tras él algo que se movía. Dio un par de pasos en el interior de la cabaña sin apartar la vista del caballo, pero enseguida apareció tras él la cabeza de Calvin.

—Por los cielos. — Jadeó dejando caer el brazo a un lado y con él la pistola.

Calvin giró la cabeza en su dirección viéndola tras el caballo.

—Me has asustado. —Le reprochó.

Calvin sonrió con aparente inocencia.

—Pues siendo así, me disculpo, más, no sabía que estuvieres aquí.

Anna suspiró al tiempo que de nuevo prendía la pistola en su cintura.

—No te he visto al despertar.

Calvin se rio rodeando al caballo alcanzándola con un par de zancadas.

—Y claro, al no encontrarme a tu lado has sentido miedo por mí. Reconoce que te has acostumbrado a tenerme a tu lado y cuando no estoy sientes desasosiego.

Anna suspiró alzando los ojos al techo.

—Me he asustado por mí no por ti, engreído.

Calvin se rio de nuevo estirando el brazo y alcanzando la mano de Anna comenzó a llevarla de nuevo hasta la otra construcción a pesar de los refunfuños de ella.

—Ven, avivaré el fuego y tomaremos un poco del pan y frutas. Anoche no cenaste y no pararemos hasta pasar Melling pues, con suerte, alcanzaremos mi casa antes del atardecer y podrás por fin darte un tranquilo baño, descansar y comer como Dios manda.

Anna sonrió dejándose llevar y sentar finalmente sobre las mantas sacando del hatillo la comida que aún tenía mientras él encendía de nuevo la hoguera.

—Quizás podríamos haber salido al amanecer, pero estando tan cerca debemos ser precavidos. Mi primer instinto ha sido seguir la senda principal pues nos ahorraríamos un par de horas de viaje, pero ¿y si Trenton y los suyos nos abordan por él precisamente por considerar que las prisas son las que nos guían? Además, con suerte, no habrán contado con tiempo para conocer los otros dos caminos.

Anna le escuchaba mientras sostenía el pan sobre la lumbre para calentarlo.

—¿Los otros dos?

—Hay uno que cruza dos granjas y que suele utilizarse para el ganado, pero con las lluvias de estos días, quizás no sea una buena idea seguirlo.

—¿Lo crees complicado o peligroso de cruzar yendo a caballo?

Calvin hizo una mueca.

—No me atrevo siendo dos en una montura y menos arriesgarnos a que nos veamos bajo la lluvia pues parece que vuelven las nubes desde el sur en dirección al norte que es la nuestra.

Anna suspiró mojando un poco del pan tostado en el pequeño tarro de mermelada que llevaban. Tras un par de bocados le miró.

—Has dicho dos caminos, ¿cuál es el otro?

Calvin tragó el trozo de pan que acaba de calentar antes de contestarla:

—Hay un sendero entre un par de colinas. Es relativamente más seguro, salvo que nos esperen allí y no sé si nos conviene arriesgarnos a caer en una trampa en él.

—Pero has dicho que también podríamos caer en una trampa en el camino principal.

Calvin asintió:

—Y he ahí el dilema. Arriesgarnos a uno u otro.

—Pues supongo que habrás de tomar una decisión tú pues conoces mejor este terreno. De todos modos, piensa que si mi padre nos sigue es posible que no opte por el sendero menos conocido.

Calvin asintió.

—En eso tienes razón, pero, aun suponiendo que hayan conseguido conocer nuestro paradero, difícilmente pueden habernos dado alcance tan deprisa.

—Difícil, no imposible. —Arguyó Anna sacudiéndose las manos y poniéndose en pie antes de empezar a recoger las cosas—. No demos más ventaja a ese canalla de Trenton para encontrarnos. Lleguemos cuanto antes a tu propiedad y sobre todo a un baño y una comida calientes.

Calvin sonrió apresurándose a ayudarla a recoger.

—Bien, supongo que, en ese caso, mejor ir por el camino principal. Si al llegar a la altura de Kirkby no apreciamos peligro continuaremos por él o, en caso de percibir algún contratiempo, decidiríamos cómo proceder.

Anna asintió cerrando el hatillo mientras él terminaba de anudar las mantas para a continuación ir hacia donde aún permanecía resguardada su montura mientras ella le preguntaba:

—¿Qué hora crees que será? Hace ya bastante que ha amanecido.

Calvin que ya había comenzado a colocar el bocado al caballo la miró solo de soslayo.

—Deben haber pasado de las nueve.

Respondió de manera somera pero precisamente el que fuere una hora tan avanzada de la mañana comenzaba a preocuparle pues no solo serían muy visibles a distancia, sino que, además, quizás, sin pretenderlo, hubieren dado tiempo a Trenton y sus hombres a adelantarse y aguardarles en algún tramo del camino, sin embargo, tampoco podían retroceder pues ¿y si ocurría que eran ellos los que iban por delante de sus perseguidores? ¿Y si Trenton hubo cambiado de dirección en algún tramo o simplemente decidido buscarles por otros caminos y precisamente por retroceder topaban con él? Definitivamente no podrían considerarse a salvo hasta alcanzar las lindes de su propiedad donde podría proteger a Anna. La observó discretamente sin detener su actividad mientras ella ataba los hatillos a la silla.

—Iremos por el camino principal. ¿Quién sabe? Quizás topemos con algún conocido o vecinos de esta zona a los que pedir ayuda.

Anna se rio suavemente mientras cerraba la capa que llevaba para ajustársela y cubrirse del frío.

—Sería de una fortuna supina.

Calvin sonrió.

—¿No piensas que la fortuna quiera favorecernos?

Anna bufó mirándole en el fondo divertida. Tras unos minutos se pusieron en marcha en dirección a Kirkby.

Trenton empezaba a impacientarse mirando el reloj de bolsillo que le hubo robado a uno de sus anteriores encargos meses atrás. Pasaban de las doce del mediodía. Les suponía con cierta ventaja sobre Donver pero un día entero se le tornaba excesivo pues si no hubiere sido por De Worken y el tener que desviarse y evitarlo como diere lugar, quizás sí habrían logrado tal distancia de diferencia pero las obligadas paradas por la lluvia y el recorrer más millas para evitar caminos con que toparse con De Worken les hubieron retrasado. Aún daba vueltas a esa idea cuando Cosby le hizo una señal reclamando su atención. Cuando giró la cabeza hacia él vio que le hacía señales para que desviase la mirada a otro lado.

—Maldita sea. —Masculló malhumorado unos segundos después poniéndose en pie casi de golpe. —Id a por los caballos. Ese bastardo ha tomado el camino principal. Hemos de correr para adelantarles y emboscarles en el recodo del riachuelo antes de que lo atraviese. —Les iba ordenando mientras descendía a toda prisa la colina dirigiéndose hasta el lugar donde hubieron dejados atados los caballos.

Atravesaron el sendero cabalgando con rapidez intentando adelantarles todo lo posible para colocarse en lugar certero para su trampa. No era tan bueno como el que dejaban atrás pero no les quedaba otra opción, iba pensando Trenton mientras forzaba su montura para apresurarse todo lo posible. Tenían que situarse bien para no fallar porque, aunque el recodo no era del todo mal lugar para una emboscada, sin embargo, no era precisamente un camino apartado y si no tuvieren extremo cuidado alguien podría verles.

Anna iba mirando en todas direcciones mientras Calvin intentaba calmarla describiéndole algunos lugares cercanos de las zonas que pasaban desde que hubieron salido esa mañana, pero, aun así, no lograba relajarse ni dejar apartado el mal presentimiento que le acompañaba desde varias millas atrás. Parecía que cuanto más se acercaban a su destino, cuánto más a su alcance parecía estar, más profundo era su miedo.

—Anna. —Calvin atrapó una de las manos que ella cerraba en su chaqueta a la altura de su cintura—. Ya queda poco. Unas cuantas millas más y estarás a salvo.

Anna suspiró tras él.

—No sé. Creo que algo no va bien.

Calvin le dio un último apretón a su mano.

—Mira a lo lejos. ¿Ves? Ya se pueden ver las primeras casas de Melling. Pocas millas más allá, se encuentran las dos propiedades del título, Donver Hills y Donver Manor.

—Creía que la casa ancestral de tu familia era Donver Manor.

Calvin sonrió sin girar el rostro para no desviar su atención del camino.

—Y así es, pero un vizconde, hace ya varias generaciones, adhirió la propiedad contigua pasando a ser Donver Hills y que tradicionalmente era ocupada por el heredero cuando este alcanzaba edad para tener cierta vida propia o en muchos casos familia. Era la residencia ocupada por mis padres. Entre las dos casas apenas si hay diez minutos que se recorren a pie por un camino que une ambas.

—Y ahora que tú ocupas Donver Manor, ¿es James el que reside en la otra casa?

—Es lo que hará a partir de ahora pues hasta el matrimonio con cierta damita impetuosa residía en Donver Manor, aunque pasaba bastante tiempo en esa otra propiedad de la que te hablé que tiene también cerca de aquí.

Anna miró hacia el pueblo que se veía a cierta distancia tras una colina y un pequeño riachuelo que se encontraba en la base de esa colina.

—Está bien, un par de horas y podré volver a odiarte como el incordio que ambos sabemos eres.

Calvin se rio negando con la cabeza.

—Cabezota...

No había terminado de decir la palabra cuando un zumbido encabritó al caballo lanzando a Anna al suelo. Calvin intentó controlar al animal, pero enseguida sonaron tres zumbidos más no dudando esta vez que se trataba de disparos, por lo que, sin tiempo a reaccionar y alarmado por Anna, simplemente soltó las riendas y saltó del caballo que salió a la carrera veloz y sin rumbo.

—Maldito. —Espetó Trenton mirando iracundo a Leroy—. Os ordené que esperaseis que llegaren a nuestra altura. —Le gritaba rodeando el árbol tras el que había estado oculto para acercarse más sin quedar, no obstante, al descubierto disparando de inmediato otro rápido tiro tras el que hubo realizado Leroy.

—Dios, Anna, Anna. —Calvin se tiró a su lado cubriéndola ligeramente con el cuerpo al tiempo que la giraba—. ¿Estás bien?

Anna asintió casi por inercia, aunque notaba el dolor en el costado sobre el que hubo caído. Calvin miró más allá y vio varios hombres moviéndose cerca del camino tras los árboles. Giró la cabeza y vio unas rocas a unos metros y sin delicadeza tiró de Anna poniéndolos a ambos en pie y llevándola a la carrera hasta las rocas rezando para que no la hiriesen en esos metros. Se lanzaron tras ellas cuando empezaron a escuchar nuevos disparos que dieron en la roca y en suelo pocos centímetros más allá de donde cayeron los dos.

La rodeó con los brazos quedando tras las rocas agazapados.

—Anna, ¿estás bien?

Anna asintió mirándole por fin.

—Sí. ¿Son Trenton y sus hombres?

Calvin asintió tomando de su cinto la pistola corta maldiciendo el que se hubiere escapado el caballo con la bolsa con las armas pues solo tendría dos disparos.

—Anna, dime que llevas la pistola que te di.

Asintió tomándola y haciendo una pequeña mueca de dolor al tomarla pues cayó precisamente de ese lado clavándose la al golpear el suelo.

—No dispaes. —Le ordenó tenso.

Alzó un poco la cabeza para intentar ver dónde exactamente se encontraban esos hombres, pero en cuanto asomó un poco la cabeza sonó un disparo que dio en la roca obligándole de nuevo a ocultarse.

Miró a Anna que permanecía sentada a su lado con la espalda contra la roca.

—Anna, no tenemos más que dos disparos cada uno, no podemos arriesgarnos a fallar. Habremos de esperar que se pongan a descubierto.

Anna se pegó a él por puro instinto.

—Estamos atrapados ¿no es cierto?

—Sí, pero si quieren atraparnos o al menos alcanzarnos, han de acercarse a nosotros y ponerse a descubierto.

Anna lo miró con gesto de incredulidad.

—Pero ¿qué hacemos entonces? ¿Esperar que vengan? Nos van a alcanzar.

Calvin miró a ambos lados y al sendero. Estaban en terrenos demasiado abierto para huir o esconderse.

—No podemos movernos en ninguna dirección, Anna. Nos alcanzarían sin remedio. Quedamos demasiado expuestos.

Anna imitó lo hecho por él antes comprendiendo de inmediato que estaba en lo cierto. No había a dónde huir.

Trenton, unos minutos más tarde, empezaba a impacientarse. Recargó de nuevo su arma, y, colocado tras un árbol al borde del camino, hizo una señal a Bill para que él

y Cosby rodeasen la roca donde estaban Donver y Anna por el lado derecho indicándole que él y Leroy irían por el izquierdo. No podían quedarse indefinidamente allí esperando que Donver diere un paso en falso y se expusiere pues tarde o temprano alguien podía pasar por allí.

En cuanto Calvin escuchó ramas partirse detrás de ellos, pero por el lado contrario a dónde había visto inicialmente a esos hombres colocados, intuyó lo que iban a hacer. Se dio la vuelta y se colocó de rodillas al tiempo que instaba a Anna a pegar su espalda más a la roca colocándose delante de ella a modo de protección.

—Anna, no te muevas y no dispires salvo que sepas seguro que no fallarás.

Pasó su brazo por sus hombros pegándose del todo para que, de disparar esos hombres, su cuerpo le sirviese de contención. Anna apretó la mano en la culata del arma mientras que Calvin la besaba en la cabeza antes de enderezar la espalda permaneciendo de rodillas cara a la roca con el arma asida y el dedo en el gatillo.

Enseguida notó movimiento a su derecha y sin tiempo de ver bien al hombre que se colocó allí notó movimiento a su izquierda encontrándose a Bill y a otro hombre detrás con las pistolas apuntándoles. Por instinto apretó a Anna más contra él dejándola completamente encerrada entre su cuerpo y las rocas mientras estiraba el brazo para disparar, pero antes de llegar a hacerlo sonó un disparo, luego otro y después varios más.

Tardó varios segundos en comprender que no había recibido disparo alguno por lo que bajó la cabeza separándose ligeramente de Anna.

—Anna, Anna. —La llamaba alarmado—. ¿Anna? —Repitió al verla alzar el rostro hacia él.

—¿Estás herido? —Preguntó Anna con la misma duda que la suya clavada tras sus asustados ojos.

Calvin negó con la cabeza mientras deslizaba las manos por sus brazos aún no convencido de no haber sido alcanzados.

—¿Estás bien?— volvió a preguntar casi incrédulo.

Anna asintió para de inmediato girar la cabeza a un lado frunciendo el ceño.

—¿Qué ha pasado?

De inmediato la misma pregunta bailaba en la mente de Calvin que girando cabeza y cuerpo como un resorte, desconcertado y curioso por lo que sucedía, escuchó cascos de caballo a galope por algún lugar. Giró más el cuerpo buscando el origen de los mismos, pero también en alerta. Al tiempo que giraba más el cuerpo vio a Trenton y Leroy en el suelo, a unos metros de ellos y a éste retorciéndose de dolor con las manos apretadas contra el estómago. Apenas si tuvo tiempo de reaccionar pues vio a Trenton estirar el brazo alzándolo en su dirección con un arma en la mano y sin pensar pasó el brazo por Anna empujándola sin mucha delicadeza tras él mientras con el otro alzaba la pistola disparando casi como reacción instintiva. Se escucharon dos disparos y vio el humo del cañón de su pistola bailando frente a sus ojos antes de poder moverse.

—Papá.

Escuchó la exclamación de Anna a su espada notando como esta se movía mientras, frente a él Trenton, caía de espaldas al suelo y a su lado su pistola de la que también salía humo del disparo que debió haber efectuado.

Anna se lanzó a la carrera prado abajo sin darle tiempo a sujetarla. Se puso en pie, corriendo hacia Trenton para apartar el arma de su alcance de una patada. Gruñía luego muerto no estaba, se decía al tiempo que giraba hacia el otro lado donde veía a Bill apretándose la mano en un muslo y a su lado el cuerpo inerte de otro hombre. Volvió el rostro hacia Anna, de nuevo en alerta, viéndola correr en dirección a un grupo de jinetes que ni siquiera necesitó identificar pues Anna gritaba “papá, papá”.

En cuanto Cliff la alcanzó saltó del caballo y la atrapó en sus brazos.

—Cielo. —La abrazaba fuerte mientras ella se abrazaba también con fuerza a él. —Anna, mi pequeña Anna. ¿Estás bien? ¿Cielo, estás Bien? —preguntaba ansioso tomando su rostro entre las manos, alzándoselo ligeramente. —Anna, ¿estás bien?

Anna asintió.

—Me has encontrado. Sabía que me encontrarías.

Cliff sonrió por fin inclinando el rostro y besándola en la frente antes de volver a cerrar los brazos encerrándola en ellos posesivamente.

Maxi se acercó corriendo y enseguida la libró de los brazos de su padre y la abrazó.

—¿Estás bien, enana?

Anna asintió sonriendo.

—Aunque me encantaría regresar a casa de una vez.

Maxi sonrió besándola en la sien tras pasarle el brazo por los hombros guiándola de regreso hasta donde estaba Calvin siguiendo a su padre que se dirigía decidido hasta él que les observaba con cautela pues a su lado permanecían varios hombres.

—Maxi, arañas. —Se quejaba ella mirándole de soslayo.

Maxi se rio:

—Pequeña ingrata. Te quejas de mi aspecto cuando solo se debe a que llevamos horas, días en realidad, cabalgando sin resuello para dar contigo, hermana desagrada.

Anna se rio entre dientes mirándole divertida.

—Está bien, no me quejaré de tu desastroso aspecto pues es evidente se debe a una excelente causa, sin mencionar, que yo debo lucir peor.

Maxi se reía quitándole de la mano la pistola que asía aún con fuerza, de modo casi inconsciente.

—Creo que mejor aparto de tus peligrosas manos arma de fuego alguna que el cansancio y el mal humor pueden ser letales para quienes estén cerca de una mente peligrosa como la tuya.

Anna se rio negando con la cabeza.

—¿Estáis bien, Donver?

Calvin asintió a la seria pregunta formulada por Max que, delante de Cliff, se colocaba cerca de él mirando, sin embargo, a Trenton y el hombre que gruñía de dolor a su lado sin dejar de apuntarles.

—Su llegada ha sido providencial.

Max sonrió.

—Sí, eso parece.

Cliff situándose junto a Calvin mientras lord Lucas y dos hombres de Cliff se acercaban a Bill y al otro hombre, miró con fijeza a Calvin.

—¿Seguro estáis bien, milord? Según sabemos, habéis recibido un disparo.

Calvin le miró alzando las cejas comprendiendo de inmediato a qué se refería.

—Localizaron a los señores Spencer.

Cliff asintió con un golpe seco de cabeza.

—No os preocupéis, milord. No fue una herida grave y el señor Spencer supo atenderme a tiempo. —Añadió sonriendo.

Cliff, al tener de nuevo a Anna cerca, la volvió a abrazar manteniéndola en su abrazo paternal, protector y reclamante.

—Habéis mantenido a salvo a mi hija. —Dijo tras unos segundos por encima de la cabeza de Anna que ella apoyaba, agotada, en el pecho de su padre.

Calvin sonrió:

—En realidad, creo que nos hemos mantenido a salvo el uno al otro, milord. No he de negar que, sin ella, no hubiere sobrevivido en un par de ocasiones.

—Es un incordio con tendencia a la inconsciencia más supina. Su ausencia de instinto de supervivencia es una prueba de ello. —Refunfuñó Anna girando el rostro para mirar a Calvin, pero sin separarse del abrazo de su padre.

Calvin soltó una risotada al igual que Max, su padre y Maxi que negaban con la cabeza riéndose ante el comentario de su hermana.

—Veo que vuelve a sus fueros de considerarme el peor estigma sobre la faz de la Tierra.

Anna sonrió:

—Dije que lo haría cuando por fin saliésemos de este dichoso embrollo. — Enseguida tornó serio el rostro y lo alzó a su padre—. Ha sido ese loco del barón.

Cliff le sonrió alzando una mano y deslizándole los nudillos por una mejilla.

—Lo sabemos, cielo. Tu abuelo lo custodia.

Anna suspiró volviendo a acomodar la cabeza en el pecho de Cliff cerrando los brazos en sus costados.

—¿Podemos irnos ya a casa, por favor?

Cliff cerró fuerte los brazos sonriendo ligeramente.

—Claro, gatita, pero has de saber que voy a encerrarte bajo siete llaves para que no vuelvas a escaparte.

—Yo no me he escapado. —Protestaba ella mirándole acusatoria—. Han sido ese loco del barón y sus hombres los que me han llevado de un lado a otro sin parar y luego este incordio me ha llevado por media Inglaterra perseguidos por esos locos.

Calvin se rio negando con la cabeza.

—Decir que yo la he llevado por media Inglaterra se me antoja un eufemismo algo exagerado e injusto.

Anna bufó girando el rostro mirándolo ceñuda. Calvin sonrió alzando los ojos a Cliff.

—¿Cómo han conseguido localizarnos?

Cliff suspiró pesadamente muestra también del más que evidente cansancio.

—Mejor dejamos las explicaciones para más tarde. Deberíamos llevar a estos canallas a los alguaciles para poder todos descansar de una vez.

—Nos dirigíamos a Donver Manor como ya imagino supondrán. Mi esperanza era, además de dejar a su hija a salvo en la propiedad, ir a Melling a por los alguaciles para que dieran caza a estos canallas. —Miró a sus pies—. Pero ahora quizás podamos dejarles en Melling y después descansar y recuperarnos en Donver Manor.

—Excelente sugerencia. —Exclamaba alegremente Maxi sonriendo—. Comida caliente, un baño, una cama decente. La mejor de las suertes.

Cliff sonrió abriendo ligeramente los brazos deslizando los ojos al rostro de Anna que le miraba.

—Ahora que sé que estás bien, podemos ocuparnos de cosas más básicas como asearnos, dormir y comer decentemente.

Anna se rio entre dientes dando un paso atrás.

—Como dice Maxi, eso suena a la mejor de las suertes. Nada he de decir en contra de eso, salvo que antes de dormir te asegures que estos canallas no pueden escapar. —Añadió girando el rostro hacia donde estaba Trenton.

Max miró a su sobrina sonriendo.

—Nenita, a estos hombres no les depara un futuro halagüeño, te lo aseguro, y escapar no se me antoja posible, menos para el que está allí muerto.

Señaló con el arma al otro lado, junto a Bill donde yacía el cuerpo sin vida de Cosby mientras Bill maldecía de dolor.

—Había al menos otros dos hombres. —Señaló Calvin serio mirando a Cliff.

—Lo sabemos. Los apresamos camino del sur. Aunque en teoría iban en busca de ambos, en el fondo creemos que huían de este tremendo enredo en el que el barón lio a estos descerebrados. —Respondió de nuevo Max. Miró por encima de su hombro a Trenton que apretaba su brazo del que manaba sangre del disparo de Calvin contra el pecho—. Mejor dejamos a estos canallas en manos de los alguaciles de Melling y que ellos, si gustan, decidan si atenderlos o no. Personalmente, no me siento en exceso

piadoso con ellos y poco o nada me importa si son capaces de curarles antes de llevarlos a la horca.

Calvin miró en derredor.

—Sería mejor mantenerlos aquí vigilados mientras mandamos aviso a Melling y que sean los alguaciles los que vengan a por ellos.

Max asintió tajante antes de señalar:

—Marchad vosotros hacia Donver Manor y al pasar por Melling mandadme los alguaciles. Los esperaré con un par de hombres para vigilarlos. Os seguiré después.

Cliff lo miró serio:

—¿Seguro?

—Sí, sí, marchad. Anna tiene aspecto de caerse antes incluso de dar un paso.

Cliff se rio pasando un brazo por la cintura de su hija empujándola suavemente a su costado instándola a apoyarse en él.

—Supongo que no podemos negar ni su cansancio ni el nuestro pues es más que palpable.

—Me adelantaré yo. —Ofreció Maxi—. Mandaré con presteza a los alguaciles y os espero en Melling.

Lord Lucas se situó a su lado con su montura sujeta de las riendas.

—Yo le acompañaré.

Cliff asintió:

—En ese caso, adelantaos, nosotros os seguiremos.

En pocos minutos Maxi y lord Lucas cabalgaban en dirección a Melling mientras Cliff aupaba a Anna a uno de los caballos.

—Cielo, te llevaré conmigo pues realmente luces como si no fueres capaz de sostenerte en la silla.

Anna se encogió de hombros.

—Es que ese incordio de ahí no me ha provisto de una cama grande, blandita y caliente en varios días.

Calvin se reía aupándose al caballo que le cedía uno de los hombres que se quedaría con Max.

—Bueno, he hecho lo que he podido dadas las circunstancias.

Cliff se aupó delante de Anna haciendo que le rodease la cintura de inmediato.

—En cuanto lleguemos, mandaremos aviso a tu madre para que al menos sepa que estás a salvo.

Anna dejó caer la cabeza en el hombro de su padre.

—¿Se ha asustado mucho?

Cliff giró el rostro y la besó en la cabeza antes de poner en marcha el caballo.

—Todos lo hemos hecho, gatita. Todos los hombres de los barcos que estaban en Londres se han echado a los caminos para buscar a uno de sus grumetillos de Worken.

Anna se rio entre dientes.

—Habrás de dejarme hacer un almuerzo en los jardines y prepararles un buen agasajo lleno de barriles de cerveza, aunque la abuela proteste y diga que intentamos convertirnos en taberneros.

Cliff se rio poniendo el caballo al trote a la altura de Calvin que se había adelantado ligeramente.

—Prometido, cielo. Celebraremos tu regreso con la mejor fiesta estilo taberna de Mayfair. Y deberás asegurarte de hacerle esos pasteles de mermelada y ruibarbo que tanto gustan a Vender para agradecer lo mucho que ha hecho para recuperar a su grumete.

Anna se reía tras él. Para cuando alcanzaron Donver Manor un par de horas después, Anna estaba adormilada tras su padre que se aseguraba de que no se cayere sujetando los brazos con los que ella le rodaba con una mano.

Conforme cruzaban las enormes puertas de hierro forjado con el blasón de los Donver grabado en las mismas Cliff y sus acompañantes observaban el entorno.

—Es la primera vez que estamos en sus tierras, Donver.

Calvin sonrió:

—Pues sean bienvenidos y espero que primera no sea también la última. —Miró el rostro de Anna apoyado en el cuerpo de Cliff con los ojos cerrados—. Dejaremos a vuestra hija en manos del ama de llaves, la señora Potter, una buena mujer, os lo aseguro. Cuidará bien de ella.

Cliff asintió deslizando los ojos al camino rodeado de enormes árboles que conducía a la rotonda de entrada de la gran casa de ladrillo claro y techos grises azulados de cuatro plantas que se coronaba en el centro de unos grandes y espaciosos jardines.

—Tras esos setos se encuentra el sendero que une esta propiedad con Donver Hills que presumo será la que ocuparán James y su hija cuando residan en Lancashire. —Le decía señalando uno de los lados—. Tras aquél bosquecillo se encuentra el río que cruza mis tierras. Es un paraje hermoso y, además, tenemos la fortuna de ser muy fértil, pero precisamente por eso implica cierta necesidad de atención no solo de los arrendatarios sino mía y antes de mí de mi abuelo, del que puedo reconocer aprendí mucho sobre siembras, gestión de terrenos y cultivos.

—Pero no dejaréis de navegar en algunas ocasiones. —Señalaba Cliff sonriendo. Calvin se rio negando con la cabeza.

—Me temo que tras varios meses en tierra empiezo a sentir ciertas ansias hacia el mar.

—¿Y ahora? —Preguntó Cliff alzando una ceja mirándole con fijeza.

—¿Ahora?—Le devolvió la pregunta ligeramente desconcertado pero en cuanto vio los ojos de Cliff no dudó lo que ese ahora significaba. Involuntariamente no pudo evitar sonreír—. Seguiré navegando en ocasiones esporádicas agradeciendo a los cielos que cierta imperiosa dama guste del mar. Más, aun con ello, he de confesarle, milord, que la muy cabezota no va a dar su brazo a torcer con facilidad, y presumo me hará sufrir despiadadamente.

Cliff sonrió.

—Y no espero menos de ella, milord, más tampoco menos de vos. Recordad que no solo habéis de ganárosla a ella sino a todos nosotros y si bien ciertas circunstancias nos hacen inclinarnos a vuestro favor, no dudéis que, de no contar con el consentimiento pleno de Anna, ignoraremos dichas circunstancias y sus consecuencias, especialmente porque, conociendo a las damas de la familia, ya se habrán encargado de que no haya llegado a oídos de tercero nada relacionado con lo ocurrido los pasados días.

Calvin suspiró.

—No vais a ponérmelo fácil, ¿no es cierto?

—Mi obligación, que también mi privilegio, se encuentra en no ponérselo fácil, milord. —Sonrió Cliff malicioso—. Más, para que no digáis que no os tengo en consideración el haber hallado a mi hija ilesa, os concederé el no revelarles a ella esa pequeña información hasta nuestro regreso a Londres, de modo que al menos contaréis con la ventaja de que ella no sabrá que en ningún caso correrá peligro su honor ni el de nuestra familia pues, a buen seguro, la condesa, la tía Blanche y las demás damas se habrán asegurado a conciencia de que ningún rumor surgiera o, por lo menos, tuviere pábulo.

Calvin gruñó:

—Conociéndola, más que una ventaja se me antoja un obstáculo pues pensaré que solo me mueve el deseo de salvaguardar su buen nombre, mi propio pundonor o cualquier otro convencionalismo social que se le ocurra.

Cliff sonrió.

—Y de nuevo me veo en la obligación de insistir, milord, habéis de ganárosla, ganarnos a todos. Después de todo, no cualquier incordio y estigma puede entrar a formar parte de la familia y menos de la mano de mi preciosa Anna.

Llegaron a los pies de los escalones de piedra que precedían la entrada de la mansión donde ya se encontraban esperándoles varios lacayos, el mayordomo y varias doncellas con evidentes rostros de extrañeza, pero también de preocupación conforme les vieron acercarse.

—Leydon. —dijo nada más saltar del caballo—. Por favor, acomode a mis invitados. Hemos tenido unos días realmente arduos y necesitamos descansar. —Se acercó a una oronda mujer que ya le sonreía—. Señora Potter, milady necesitará que la atienda con sumo cuidado.

Cliff que ya había descendido del caballo la tomó por la cintura ayudándola a bajar manteniéndola sujeta apoyada en él.

—Acomodad a los hombres de lord Plamisthow pues también se hayan agotados y hambrientos. Procúrenles cuanto necesiten. —Seguía diciendo Calvin al mayordomo con ya todos los hombres de pie junto a los caballos que los mozos y lacayos se hubieron apresurado a tomar de sus riendas.

Colocado ya junto a Cliff, Anna, Maxi y lord Lucas, les miró:

—Entremos. —Les instaba a seguirle dentro con el mayordomo ya adentrándose en la residencia delante de ellos y la señora Potter siguiéndoles.

Una vez en el interior, los detuvo en el vestíbulo.

—Creo que lo más acertado sería concedernos a todos, la oportunidad de tomar un baño, ponernos ropas limpias y después reunirnos para almorzar algo caliente. —Cliff asintió sosteniendo a Anna—. La señora Potter asistirá a milady y le procurará ropas adecuadas y una doncella.

—Gracias. —Contestó Cliff—. La subiré pues la presumo incapaz de dar dos pasos por esas escaleras sin ayuda.

Anna se rio.

—No es para tanto, pero si te ofreces a llevarme no seré yo la que se queje.

—Te llevaré, pero solo por la bondad de mi alma y porque en cuanto te sepa dentro de un dormitorio voy a encerrarte en él.

Dejada en manos de la amable señora Potter, Anna se dejó cuidar pues en cuanto se sumergió en la tina con agua muy caliente y perfumada consiguió recuperar poco a poco la sensación de seguridad. Estaba agotada, magullada, aturdida tras tantos vaivenes y, además, sabía que estaba apartando conscientemente de su mente no solo pensar en Calvin de modo real sino también esas vívidas sensaciones que incluso abotargada y exhausta como estaba conseguía rememorar en su mente, en su piel, en partes del cuerpo que no llegaba a comprender cómo resultaban tan nítidas en sus sensaciones y reacciones con solo pensar en él, en los momentos en que él se mostraba tercamente cariñoso a pesar de sus poco convincentes reproches. No supo cuánto tiempo estuvo en la tina, lavándose y también relajándose, pero fue bastante y aún seguía rememorando esas extrañas reacciones mientras, sentada frente al tocador, la doncella le secaba y peinaba el cabello. Gimió para su interior porque debía ser el cansancio el que le hacía pensar de ese modo, sentir de ese modo tan absurdo.

—Milady. —La voz de la señora Potter le hizo girar el rostro encontrándosela dejando encima de la cama un bonito vestido crema—. Espero no os molestéis, pero me he tomado la libertad de tomar uno de los vestidos del baúl que lord James envió con algunas cosas de su esposa pues me temo carecemos de vestidos de damas que no así mucha ropa de caballero. Desde que la madre de milord falleció solo han vivido aquí lord Donver y lord James.

—Gracias, señora Potter, sois muy amable. No habéis de preocuparos, mi hermana y yo solíamos intercambiarlos la ropa a la menor ocasión. —La sonrió procurando mostrarse amable y calmada.

Media hora después bajaba hacia una de las salas donde le hubo dicho la señora Potter se encontraban ya algunos de los caballeros. Iba observando con ávido interés

lo que le rodeaba pues no podía negarse a sí misma que sentía verdadera curiosidad por la casa ancestral de Calvin, por el lugar en el que pasó gran parte de su infancia. Llegó al primero de los dos rellanos de las grandes escaleras principales deteniéndose ante un enorme retrato que presidía esa zona. Aparecía una joven pareja, ella sentada en un sillón y él de pie tras ella con la mano en su hombro y a pesar de la formalidad del enfoque y de la misma pintura, la pareja desprendía cordialidad, amabilidad de algún modo. Ella tenía enormes ojos azules y él unos más azules aún que parecían contrastar considerablemente con el color casi azabache de su cabello. Comprendió enseguida que debía ser el padre o el abuelo de los hermanos pues era innegable que ciertos rasgos eran idénticos a los de ellos.

—Son mis padres.

La voz de Calvin le hizo girar como un resorte encontrándolo varios escalones por encima de ella observándola.

<<Bien>>, se decía, <<es innegable que aseado, afeitado y con las ropas limpias lucía francamente atractivo>>. Se reprendió enseguida por tal pensamiento desviando sus ojos de nuevo a la pintura.

—Parecen muy jóvenes.

Calvin descendió los escalones que les separaban colocándose a su lado.

—Fue pintado justo antes de su boda, o al menos el esbozo del que se valió el pintor para después realizarlo.

—Tu padre falleció entonces muy joven. —Añadió girando y comenzando a descender el último tramo de escalera.

—Lo era. —Respondió apresurándose a tomar su mano y posarla en su manga ignorando la mirada de reproche de ella y, para evitar que la retirase, mantuvo la suya sobre la de Anna.

Queriendo evitar que se notaren tanto su pulso acelerado como los delatores pensamientos que surcaban su mente y que esperaba de todo corazón que él no pudiese intuirlos, preguntó:

—Deberíamos reunirnos con los demás. Sinceramente, siento curiosidad por saber cómo han conseguido localizarnos.

Calvin sonrió:

—Al menos sabemos que conocieron a los señores Spencer.

—Me aseguraré de que tía Blanche hable personalmente con el administrador de la exportadora y que les ayuden.

—Cielo. —En cuanto alcanzó el umbral del salón los brazos de Cliff la rodearon posesivo. Anna se rio dejándose abrazar—. No te rías, gatita. Vas a tener que acostumbrarte desde ahora a ser mi prisionera.

Anna alzó el rostro sonriendo:

—¿Puede esta prisionera tomar un té?

Cliff se rio abriendo ligeramente los brazos conduciéndola al interior:

—Puedes, pero lo harás en la mesa del comedor si milord no tiene inconveniente pues, saltándonos toda cortesía, vamos a instarle a alimentar a un grupo de agotados hambrientos personajes.

Calvin sonrió haciendo una pequeña señal a Leydon para que precediere a los invitados hasta el comedor.

Sentándose en la cabecera, dejó a Cliff tomar asiento a su derecha y que sentase junto a él a Anna. Le gustó la sonrisa que Anna le dedicó cuando le pidió a Leydon que le sirviese té caliente. Esa sencilla sonrisa le gustó más de lo que podía disimular pues se supo quedándose mirando más segundos de los convenientes en una mesa en la que había al menos tres varones de su familia a los que no pasaría desapercibido un gesto como ese.

—Si no es demasiado en un momento en el que, estoy seguro, todos estamos exhaustos de estos últimos días, me gustaría saber cómo lograron alcanzarnos. — Inquirió Calvin cuando ya les habían servido el primer plato.

Cliff bebió un trago de su copa de vino antes de señalar:

—Supongo que comprenderá nuestra idéntica curiosidad por el peregrinaje que han tenido que vivir estos días.

Calvin sonrió asintiendo.

—Es justo.

Maxi sonrió mirando a su hermana:

—Tengo entendido que has disparado a uno de esos canallas.

Anna suspiró tras probar un poco de la crema con champiñones.

—Fue mera fortuna hacer diana en alguna parte del cuerpo de ese hombre, ciertamente. Además, después ya no tenía más balas, de modo que estábamos realmente desprotegidos. Por suerte, los cielos cruzaron en nuestro camino al amable señor Spencer. —Giró el rostro y miró a su padre—. Al que le debemos la vida, papá. Me gustaría poder ayudarlo, a él y a su familia en cuanto regresemos a casa.

Cliff le tomó la mano por encima de la mesa y se la apretó sonriendo.

—Lo haremos, te lo aseguro.

Tras unos minutos les narró el camino y los contratiempos que hubieron tenido desde que salieron de Londres, tras conseguir apresar al barón y al canalla de su viejo amigo incluyendo el último tramo del viaje sin descanso ni resuello con la esperanza de localizarlos, con la fortuna de que varias millas después de sobrepasar Kirkby escucharon los disparos que fueron los que finalmente les condujeron a ellos. Pero ya para cuando terminaba de narrar lo acontecido y antes incluso de los postres, instó a Anna a subir a descansar pues se estaba quedando dormida en la silla. Tras disculparse subió al dormitorio que le habían asignado para descansar al fin.

Calvin, una vez salió del comedor, miró a Cliff:

—Presumo, lord Furlington, lord Drundy y los demás caballeros que salieron de Londres con vos, milord, deben haber recibido los mensajes enviados informándoles de la dirección tomada en un momento dado y, con ello, es fácil inferir

que se encuentren de camino aquí. Debiéremos esperarles aquí dos o tres días y regresar juntos, ya que el aviso de que lady Anna se encuentra sana y salva ha salido ya hacia Londres para aliviar un poco el temor de la familia. Además, así nos daríamos un poco de descanso tras estos duros y agotadores días. Sinceramente, la idea de subirme a un caballo o un carruaje de inmediato, aunque usemos los caminos principales para regresar a Londres, se me antoja una tortura.

Cliff asintió con un golpe de cabeza al igual que Max y los dos jóvenes sentados a la mesa que parecían pensar lo mismo.

—Sin olvidarnos que, quizás, estar en tranquilo descanso en el campo, le da cierta oportunidad para vencer la tozuda resistencia de Anna. —Sonrió con picardía Maxi al que esperaba fuere su nuevo cuñado—. Claro que deberá hacerlo bajo la severa vigilancia de ciertos perros cancerberos que no le quitarán ojo de encima.

Calvin suspiró pesadamente ante las bromas de Maxi, pero sobre todo ante la mirada más que inquisitiva de Cliff y de Max.

—Sin embargo, antes de eso, milord. —inquiría Cliff mirándole con fijeza—, deberá narrarnos con todo lujo de detalles los últimos días en compañía de mi hija pues, aunque no le juzgo tan canalla de sobrepasar línea alguna con ella en privada reserva y menos bajo el peligro el que se encontraban, ello no es óbice para que haya de convencerme de que nada malo le ha pasado a mi hija de manos de esos canallas o de otros.

Calvin emitió una risa entre dientes a pesar de la mirada intimidatoria de Cliff.

—Eso habría sido del todo un despropósito por mi parte teniendo en cuenta que, durante gran parte de ese período, vuestra hija llevaba un arma con ella y, aunque reconoció haber cerrado los ojos al efectuar el afortunado disparo que hirió a ese bastardo, no me arriesgaría en modo alguno a que la fortuna siempre le acompañase aun cegándose ella misma, o peor aún, avivando su deseo de hacer blanco e incitándola a abrir bien los ojos.

Max soltó una risotada divertido ante la idea mientras que Cliff negaba con la cabeza antes de mirar a su hijo:

—Dime que te has asegurado de quitar de esas peligrosas manos arma de fuego alguna.

Maxi se reía asintiendo:

—Pero no por la seguridad de milord, sino de la mía propia, no voy a negarlo.

Cliff suspiró tomando la copa de coñac que le hubo servido el mayordomo.

—Supongo que mejor nos narra todo lo ocurrido antes de que sea yo el que tome esas pistolas.

Calvin esbozó una media sonrisa de resignación ante el rostro de Cliff y de Max así como ante la sonrisa de clara diversión de Maxi y de lord Lucas. Una vez se acomodaron en uno de los salones frente a la chimenea, Calvin despidió a los dos lacayos y a Leydon para después quedarse unos minutos absorto mirando por la

ventana cómo la lluvia chocaba con el agua de la pequeña fuente del jardín situada en el centro del rosal, el lugar preferido de su madre, recordó unos segundos.

—De antemano he de decir, milord, —Empezó a decir sin separarse de la ventana ni apartar sus ojos de la fuente—, nada inapropiado ha ocurrido entre vuestra hija y yo, a salvo, eso sí, la necesidad de tener que pasar dos noches en la misma habitación y más tarde en plena huida en el campo y lugares expuestos, pero, en todos los casos, la seguridad de su hija primaba a mis ojos antes que norma alguna de decoro.

Cliff le miró sin moverse del sillón ni hacer comentario alguno y le sostuvo la mirada unos segundos cuando giró y se sentó en uno de los sillones junto a la chimenea donde también se encontraban acomodados Max y Cliff pues lord Lucas y Maxi se hubieron retirado a dormir por fin dejándoles privada tranquilidad para narrarles lo ocurrido con detalles. Calvin fijó la vista en el color ambarino del líquido de su copa antes de tomar una bocanada de aire.

—Se me antoja que vuestra hija pensará que precisamente esas normas de decoro son las que me instan o incluso obligan a pedir su mano y por mera terquedad será ese el motivo por el que ella se negará al enlace.

—¿Y la creencia de mi hija estará basada en la verdad o, por el contrario, no es ese el motivo que os mueve a dar este paso?

Calvin alzó ligeramente los ojos hacia Cliff antes de responder:

—No he de negar que, viajando con esos bastardos, el honor fue lo que hizo surcar por mi mente la evidente consecuencia que, de quedar libres, me correspondía a mí velar por Anna en todos los sentidos, más, pasado ese primer razonamiento inicial, puedo reconocer que, ahora, ese no es el motivo que me impulsa a querer a vuestra hija por esposa y, si me apuran, ni siquiera se encontraría entre las diez primeras razones para ello.

—¿Y cuáles serían esas razones entonces? —Insistió Cliff mirándole severo, pero no intimidatorio.

Calvin se encogió casi imperceptiblemente de hombros:

—Formamos una excelente pareja, milord, e incluso puedo reconocerme afortunado y deseoso de ser el principal, si no el único, objeto de las reprimendas, de las miradas reprobatorias y de pura resignación y de los refunfuños de vuestra hija.

Cliff sonrió negando con la cabeza:

—Desde luego, eso los recibiréis por doquier, milord, no en vano os habéis revelado como el único capaz de hacerla fruncir el ceño con solo aparecer y si me apuráis con solo ser mentado. No olvidemos que os tilda del estigma de la familia, de un incordio sin parangón y no sé cuántas cosas más.

Calvin se rio incapaz de evitarlo apartando la copa de coñac, dejándola en la mesa a su lado antes de tomar otra honda bocanada de aire y mirar con serio gesto a los dos caballeros sentados frente a él. Enderezándose ligeramente en el sillón que ocupaba comenzó a narrar con detalle lo acontecido desde que Trenton y los suyos irrumpieron en el jardín de los marqueses de Chester hasta que les localizaron,

obviando, no obstante, detalles como los pocos besos o caricias robadas para tentar a Anna o incluso el haberla abrazado cada vez que dormían.

Cuando hubo terminado el relato, tanto Cliff como Max permanecieron unos minutos en silencio meditabundos.

—¿Sabéis lo que no logro entender? —Preguntó Max al aire después de unos minutos—. Careciendo de fondos y con las enormes deudas que acucian al barón impidiéndole hacerse con efectivo alguno, ¿con qué dinero pensaba pagar a esos hombres? Pues ciertamente dudo que les dejase como meros deudores en espera una vez hubieren cumplido su parte del acuerdo. Esos hombres no se lo habrían consentido.

Calvin suspiró:

—Supongo que lo primero que hubiere hecho con James y yo muertos, habría sido acudir al banco y saquear las arcas del título y de la familia, pero, francamente, no sabría decirlo pues la mente de ese hombre no solo se encuentra perturbada, sino que también escapa a mi capacidad de comprensión.

—Sí, no es que se encontrase muy lúcido cuando nos marchamos de la mansión. —Convino Max con evidente desagrado.

—Puedo reconocer que supone un enorme alivio para mí saberlo incapaz de atender de nuevo contra James y, bueno, desde su boda, contra su esposa. Al menos, ahora, esa preocupación no arraigará dentro de mí como un terror sincero. —Reconoció con gesto pesaroso Calvin tras haber tomado de nuevo la copa con la vista fija en sus manos que la sostenían antes de alzar los ojos hacia Cliff y Max que le miraban con curiosa determinación—. James es la única familia que me queda. La verdad, prefería ser yo el que muriese antes que quedarme sin mi único hermano.

Max sonrió comprensivo:

—Os entiendo. Hasta unos años antes de casarme, a mis ojos, las únicas personas realmente importantes eran mi padre y mi hermana Adele. —Ensanchó su sonrisa—. Más, ahora, somos una enorme familia, de la que espero comprendáis ya formáis parte y, con suerte, por partida doble, claro que se me antoja deberéis vencer la cabezota resistencia de mi sobrina que, como Mcbeth que es y una que se precia, además, de serlo, no será nimia. Claro que, de vencerlo, podéis estar seguro el premio merecerá la pena. Las damas Mcbeth son fieras, cabezotas y tercas como ninguna otra, más tienen un corazón que bien vale un reino.

Calvin asintió lentamente comprendiendo que, al menos, le daba a entender que no serían los varones de la familia los mayores obstáculos a vencer, si no era tan estúpido de cometer alguna idiotez que les hiciera desconfiar o recelar de él.

—En fin, caballeros. —Señalaba Max poniéndose en pie dejando la copa en la mesa—. Yo me disculpo pues mi dolorido cuerpo reclama descanso.

Tras dejarles a solas, Cliff se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas.

—Os permitiré cortejar a Anna bajo mi vigilancia, por supuesto, pero como os he dicho, de no encontrar el consentimiento sincero y abierto de mi hija, no consentiré

presión de ningún tipo para el enlace y menos por hacerle creer, cuando regresemos a Londres, que su honra o el nombre de la familia corren peligro. De todos modos, quiero dejaros claras varias cosas, milord. Nada tengo contra vos, más al contrario, contáis con mi aprecio, pero, concederos la mano de mi hija supone que habréis de ser el hombre que quiero y espero para ella. Anna es mi pequeña. Quiero a todos mis hijos por igual, milord, y es muchísimo, os lo aseguro, más, por Anna siempre he sentido un afán quizás un poquito más posesivo y protector que respecto a los demás y ese afán de protección incluye el que no me conforme con menos que su felicidad. ¿Queréis casaros con ella? Asegurad su felicidad. Aseguradme que permitiréis que pueda tener y hacer todo aquello que le hace feliz, desde tener cerca a su familia, hasta lograr hacer realidad sus sueños. No sois ignorantes de su deseo de tener su pastelería. Sé que a los ojos de muchos es reprobable, incomprensible o incluso una tontería, pero a los suyos, a los míos, y a los de todos los que la queremos, nos parece un fin loable que en nada perjudica a nadie.

Calvin sonrió:

—No seré yo el que coarte ese deseo, milord, os lo aseguro. No solo lo alentaré, sino que os doy mi palabra que haré lo que esté en mi mano para que lo logre. No repruebo ni esa actividad ni lo que significa para ella y, desde luego, convertiré en mis enemigos a aquéllos que intenten menoscabarla a ella o sus logros de cualquier modo. Además, me auguro a mí mismo un terrible futuro de privar a ciertos pequeños primos el poder tomar el té y asaltar las bandejas de dulces de cierta pastelera en su propia cafetería.

Cliff alzó ligeramente las comisuras de los labios:

—Sí, ellos sí que se convertirían en temibles enemigos. —Cliff se puso en pie al tiempo que añadía—: Bien, yo también me retiro, milord. Creo que el cansancio y el dejar atrás la tensión de tantos días, empiezan a hacer mella en mí. Mañana podremos hablar con calma de los planes para los próximos dos o tres días. Con un poco de fortuna, nuestros amigos habrán encontrado el camino a su propiedad sin mayores contratiempos.

Calvin permaneció sentado en el sillón observando el fuego de la chimenea cuyas llamas bailaban con viveza frente a sus ojos. No hubiere podido imaginarse encontrarse en esa situación años atrás. Tenía a la única mujer capaz de ser su vizcondesa bajo ese mismo techo y la sabía la única capaz de serlo porque solo Anna parecía completar de modo real su vida, su persona, su casa y desde luego, a sus ojos, su cama. Tenía certeza y seguridad de que Anna era su vizcondesa. Ahora solo había de convencer a esa terca mujer.

—Maldita sea. —Mascullaba poniéndose en pie unos minutos después.

Era consciente de que nada inapropiado podía ni debía hacer en su propia casa y menos aún con algunos de los inquebrantables varones de la familia de ella bajo ese mismo techo, incluido su padre, pero aún con ello...

Había pedido que instalaran a Anna en el dormitorio que solía ocupar su madre cuando se encontraba en esa casa por lo que conocía un modo de entrar sin ser visto por nadie e ignorando toda cordura y ese sentido de alarma que le avisaba de la

inconsciencia de sus actos, se deslizó por los pasillos hasta alcanzar la puerta oculta tras un tapiz que daba al salón contiguo al dormitorio y desde éste hasta la habitación.

Nada más entrar lo primero que notó es que la palmatoria de la mesilla junto a la cama aún permanecía encendida deteniéndose en seco creyendo de pronto que Anna estuviere despierta, pero tras unos segundos comprendió que permanecía muy quieta bajo aquéllas mantas. Caminó despacio hasta la cama y la rodeó pues ella estaba echada por otro lado. La observó mientras se acercaba más y más hasta el mismo cabecero. Estaba profundamente dormida echada de costado. Se sentó a su lado, deslizando a continuación la yema del pulgar por su mejilla en dirección a su mandíbula. Despacio, muy despacio pues no quería asustarla.

—Anna. —La llamó con suavidad tras unos segundos—. Anna, despierta.

Tardó unos segundos en reaccionar y en parpadear gimiendo en queja y en cuanto fijó los ojos en él gimió de nuevo frunciendo el ceño.

—No... —murmuró quejumbrosa—. No es posible que todavía estemos huyendo de esos canallas.

Calvin se rio inclinándose sobre ella colocando un brazo a cada uno de sus lados cuando ella se puso boca arriba mirándolo ceñuda.

—Anna. Estás a salvo, no has de preocuparte. Necesitaba hablar contigo y, aunque esté mal que invada tu alcoba y que, además, no te deje descansar como debiera, empiezo a creer que vas a huir de mí a como dé lugar ahora que podrás.

Anna se rio ante la forma de expresarlo e incorporándose ligeramente para quedar con la espalda apoyada en el cabecero, se subió un poco la manta y lo miró de nuevo.

—A ver, pesado, ¿de qué quieres hablar que no puede esperar ni siquiera a que duerma como debiera?

Calvin sonrió negando con la cabeza. Estaba seguro que otra en su lugar habría dado muestras de todo histrionismo y cogido una tremenda pataleta por despertarla y hallarse en su dormitorio.

—Anna.

Enderezó un poco la espalda para poder observarla con cierta perspectiva, además, oler su aroma y ver tan de cerca el color ambarino de sus ojos, conseguía abotagarle los sentidos del modo menos conveniente en ese momento. Tomó una bocanada de aire antes de seguir:

—Anna, quiero que, ahora que estás a salvo, que sabes que nada malo ha de pasarte, pienses bien en lo que hablamos en el molino. En lo que te pedí. No quiero que pienses que hablé sin sentido, sin verdadera consciencia y deseo de lo que quería, decía o pensaba. —La vio fruncir un poco el ceño atendiendo, no obstante, sus palabras—. Creo que hacemos una gran pareja. No, sé qué hacemos una gran pareja. —Abrió la boca para protestar seguramente, pero él se adelantó—: Anna, escucha por favor. —Le tomó una de las manos y se la acarició sin dejar de mirarla a los ojos—. No puedes ignorar que te gusto, aunque te haga enfadar, aunque refunfuñes en cuanto me ves, sé que te gusto. Me has besado, Anna, y sé que nunca me habrías dejado besarte y

menos me habrías devuelto el beso, si no te gustase. Te gustaron mis besos y sé que te gusta que te abrace. —Le sonrió seductor y ligeramente pícaro cuando añadió—: Y te gustaron mis caricias. Tu cuerpo te delataba tanto como a mí el mío. Ciertas cosas no se pueden ni fingir ni ocultar.

—No es justo. Me enredabas. Todas las veces me enredabas.

Calvin sonrió provocador inclinándose hacia ella acercándose a su rostro:

—Bueno, quizás un poquito sí que te enredaba, pero cierta damita impertinente y de carácter no se dejaría enredar si en el fondo no lo desease.

Anna bufó.

—Eso... eso, eso es...

—Un hecho. —Concluyó el tajante sonriendo como un lobo a punto de devorar a su presa.

Anna soltó su mano y poniendo ambas en sus hombros le empujó hacia atrás hasta dejarlo con la espalda derecha.

—No me engañas. Piensas que has de casarte conmigo porque hemos pasado días solos y eso es lo que te dicta el honor y la conciencia.

Calvin negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Por qué no quieres creerme cuando te digo que creo que hacemos una excelente pareja? ¿Por qué te niegas a creer que pueda de verdad querer casarme contigo por algo más que ese honor o esa conciencia?

—Algo más. —Repitió ella con una más que evidente desconfianza.

Calvin sonrió:

—Algo más, Anna, y por esa razón vas a dejarme cortejarte.

—No, ni hablar. —Respondió cabezota cruzando los brazos en el pecho. —No vas a presentarte ante mi familia, conocidos y ante nadie como mi pretendiente. Ni hablar.

Calvin se rio negando con la cabeza.

—No seas cabezota, Anna. Te reto a que me des una buena razón para no poder cortejarte.

Anna resopló orgullosa alzando la barbilla.

—Mi padre no te dejará cortejarme porque eres un incordio.

Calvin se rio y sorprendiéndola se aupó a la cama y evitándola, pasó por encima de ella para sentarse a su lado con la espalda apoyada en la espalda mientras ella refunfuñaba que qué creía que estaba haciendo.

—A ver, tú razón es que tu padre no dará su consentimiento a mi cortejo, ¿no es así? —La miró ladeando la cabeza alzando una ceja y esbozando una sonrisa satisfecha.

Anna asintió con gesto testarudo.

—Pues, mi terca y dulce cortejada, he de informarte que tu padre ha dado su consentimiento a mi cortejo y si bien ha advertido que va a vigilarme como un padre posesivo y protector en extremo, no obstante, también ha dado dicho consentimiento.

—No es cierto. —Se removió ligeramente para mirarle mejor al rostro.

—Lo es, cabezota.

—Pero... pero... —se incorporó ligeramente quedando sentada sobre sus talones mirándole cara a cara con gesto acusatorio y contrariado—. ¿Qué le has dicho para engañarlo?

Calvin se rio:

—Anna, a tu padre no le engañarían ni cien hombres como yo.

—Pues... pues, alguna mentira has de haberle contado... —Abrió los ojos como platos—. Le has dicho que hemos dormido en la misma cama.

Calvin se rio negando con la cabeza:

—Ni aunque hubiere perdido todo el juicio del que estoy dotado le diría a tu padre semejante cosa. No solo porque no pienso colocarte, colocarnos a ambos, en tal tesitura, sino porque, además, si lo hiciera, ¿crees que tu padre no me habría disparado ya mil balas?

Anna cruzó los brazos al pecho mirándole enfurruñada.

Enredó su mano en su brazo y tiró de ella haciéndola caer a su lado tumbada de costado. Le acarició la mejilla a pesar de su cara de contrariedad.

—Anna, voy a marcharme pues no debiere estar aquí y tú necesitas descansar. —Deslizó la yema dos dedos bajo su ojos—. No quiero marcharme sin lograr, al menos, tu promesa de pensar en lo que te he dicho intentando dejar al margen cualquier prejuicio que tuvieses contra mí. No me importa que me consideres un incordio o incluso que sepa que logro hacerte refunfuñar con solo mirarnos, pero ello no es obstáculo ni impedimento para mi oferta ni para que medites seriamente sobre ella. Al menos reconocerás que estos días han demostrado que nos compenetramos bien, nos entendemos e incluso, si no fueras tan cabezota, reconocerías que te agrado más allá de mi deslumbrante aspecto, mi sonrisa y mi incisiva personalidad. Te agradan mis besos, mis abrazos, mis caricias y ello no sería así si, además, no te gustase.

Anna profundizó su ceño fruncido:

—Eres un presuntuoso, petulante y engreído que, además, saca extrañas y convenientemente interesadas conclusiones a su antojo y provecho.

Calvin se incorporó ligeramente cerniéndose sobre ella dejándola de espaldas al cochón acercando sus rostros hasta comenzar a acariciar sus labios con los suyos, tentándola, incitándola hasta que la escuchó jadear ligeramente notando el cosquilleo de su aliento dentro de su propia boca. Entonces la besó, la besó incrementando poco a poco desde su intensidad hasta su propia hambre de ella. Le acarició la lengua con la suya lentamente, recorrió poco a poco su boca y sus labios devorándola con un creciente deseo que no tardó en refrenar con consciencia de que, de dejarse llevar,

podría cometer una locura mucho mayor que la de colarse en el dormitorio y besarla. Fue suavizando poco a poco el beso hasta interrumpirlo. Le dio unos segundos para volver al mundo de los conscientes y abrir los ojos y, al hacerlo, la sonrió con satisfecha arrogancia.

—Te gustan mis besos, Anna. Te gustan casi tanto como a mí besarte. Reconoce al menos eso, terca mujer.

Anna parpadeó un par de veces intentando encontrar el modo de hallar algún pensamiento coherente en su cabeza, pero lo único que su traicionero cuerpo le permitía en ese momento era saborear la sensación cálida y a la vez ansiosa que bullía dentro de él, una sensación que ya era capaz de reconocer de las veces en que él la besaba, la abrazaba o hacía alguna de esas cosas que conseguían aturdira y al mismo tiempo, embriagarla de una vívida conmoción dejándola a su merced por mucho que se resistiere. Incapaz de decir palabra alguna y menos protestar lo que parecía imposible de negar por su más que evidente reacción, una reacción que él no solo provocaba, sino que sabía perfectamente interpretar de modo tal que resultaba absurdo negarla, giró dándole la espalda molesta, enfadada con él y consigo misma, avergonzada por su incontenible reacción, avergonzada por cómo lograba llevarla dónde él quería y lo que era aún más mortificante, cuando le llevaba hasta allí, ella no parecía querer marcharse. Era como si le llevara de la mano a un mundo desconocido y, una vez allí, quisiera probarlo todo, saborearlo e incluso, disfrutarlo, porque incluso en ese momento en que se sentía enfadada, molesta y un poco aturdida, era consciente de que disfrutaba de esos besos, de la sensación que le envolvía cuando la besaba y la abrazaba dejándose llevar por lo que él provocaba, por lo que él le enseñaba.

Calvin la supo debatiéndose consigo misma, la rodeó con un brazo por la cintura pegando su espada a su pecho, la besó en el cuello sonriendo porque Anna alzó una mano y le dio un pequeño manotazo en la cara como si apartase una mosca en protesta por el beso.

—No te enfades, Anna. Nada malo hay en que te gusten mis besos. Considera una ventaja que te guste ser besada por tu esposo.

—No eres mi esposo, pesado.

Calvin se rio entre dientes dándole un último beso en el cuello antes de rodar en sentido contrario al de ella para salir de la cama. Una vez en pie volvió a rodearla para poder mirarla a la cara. Se inclinó para ponerse a su altura sonriéndola encantador:

—Duerme tranquila, Anna, ya estás a salvo, aunque yo no puedo decir lo mismo ya que por muy honorables que sean mis intenciones, temo que cierto padre protector considere motivo más que sobrado el que me halle en las habitaciones de su terca hija para acabar con mi torturada existencia.

Anna entrecerró los ojos fijos en él, pero no le dio tiempo a protestar porque él caminó decidido hasta la puerta del salón contiguo al dormitorio.

Anna amaneció temprano, aunque aún sintiese el cansancio después de todos aquéllos días de huida. Permaneció varios minutos en la cama con la vista fija en el

balcón cuyas cortinas se encontraban abiertas permitiendo no solo entrar la luz sino también ver el cielo y los campos a lo lejos. Necesitaba unos minutos de paz y silencio pues aun rindiéndose al sueño de puro cansancio, nada más se hubo quedado sola de nuevo la noche anterior, su cabeza parecía un polvorín en el que chocaban ideas, imágenes, recuerdos de esos días y de los dos años anteriores, mezclándose todos los momentos compartidos con Calvin que, ahora, se le presentaban con una nitidez que la estremecían y enfurecían a partes iguales. ¿Qué le había hecho ese dichoso hombre? Maldito fueran él y su sentido del honor. Solo quería cortejarla porque se sentía responsable del embrollo en el que se encontraron hasta el día anterior y, ahora, pensaba que su reputación era algo que dependía de él. Gruñó apartando enérgicamente las mantas antes de sacar las piernas de la cama.

—Incordio. —Murmuraba saltando de ella antes de tomar la bata y llamar a la doncella tirando del cordón junto a la cama.

Caminó decidida hasta el tocador cerrándose la bata.

—No me casaré con un hombre solo porque crea que ha de cuidar de mi reputación ni por ningún sentido del honor que tenga ese endemoniado pesado.

Tras dejar que la amable señora Potter le ayudase a vestirse y peinarse, bajó a la sala del desayuno donde se encontró a su padre, a su tío Max y al incordio que la desvelaba, disfrutando de un copioso desayuno.

—Buenos días, gatita. —La saludaba su padre puesto en pie, como los demás, señalándole un asiento junto al suyo.

Anna caminó hasta él y tras besarle en la mejilla tomó asiento a su lado notando los ojos de Calvin fijos en ella a pesar de no mirarlo directamente.

—¿Has conseguido descansar?

Anna sonrió a su padre asintiendo.

—Sí, gracias, papá.

—Estábamos hablando de la conveniencia de esperar unos días, no solo para descansar sino para esperar que se reúnan con nosotros tío Ethan y los demás que salieron con nosotros de Londres para regresar todos juntos.

Anna asintió mientras tomaba la taza de té que le acababa de servir el mayordomo.

—No puedo negar que pasar tantos días en un carruaje no es lo que más me agrade en estos momentos, aunque sea para volver por fin a casa.

—Lo cual creo compartimos todos, cielo, por eso, hemos pensado en mandar aviso al navío del tío Max que se encuentra haciendo una escala en la bahía de Liverpool y regresar en barco rodeando la costa.

—¿De verdad? —miró a su tío Max—. ¿Podrías mandar aviso? ¿Crees que aún estarán allí, tío Max?

—Sí. Aún les deben quedar un par de días en esa zona descargando materiales para lord Sheridan. Mandaré aviso para que nos aguarden y nos lleven de regreso a Londres. —Contestaba Max sonriendo a su sobrina.

—Sería realmente estupendo. Hace mucho que no viajo en tu navío.

Max sonrió divertido lanzando una mirada desafiante a Cliff.

—Será interesante disfrutar viendo a tu padre teniendo que soportar no ser el que da órdenes en un barco.

Anna se rio entre dientes mirando de soslayo a su padre.

—No rías las tonterías de este mentecato que se llama a sí mismo familia, cielo. Nada bueno nos deparará si aumentamos su autoestima y su errónea visión de la realidad pues inevitablemente ello nos pondrá a todos en serio peligro si viajamos en un navío bajo su mando.

—O puedes dejar que sea yo el que lo lleve.

La voz de Maxi les hizo girar el rostro y verle entrar alegremente y tomar asiento junto a su tío.

—Vamos, tío Max, deja que ejerza de capitán. Solo será un corto viaje bordeando la costa.

Max miró a su sobrino alzando las cejas.

—¿Pretendes que te deje el mando de mi navío, muchachito temerario?

Maxi sonrió con arrogancia.

—Vamos, tío Max, siempre decís que el mejor modo de saber mandar es con experiencia.

Max miró a Cliff desafiante.

—¿Soportaríamos los rigores de un viaje bajo la mano de este muchachito?

Cliff se rio.

—Eso depende de si tus hombres tienen la suficiente destreza para sacarnos con presteza de un aprieto si este muchachito yerra en alguna orden.

Maxi resopló.

—Vuestra inquebrantable confianza en mi persona y dotes resulta del todo abrumadora. —Señalaba con evidente ironía.

—Surca mi mente la conveniencia de darle una segunda oportunidad a la idea de regresar en carruaje. —Señalaba Anna mirando a su hermano fingiendo terror.

—Anna, no me obligues a perseguirte y darte unos azotes pues no dudaré en hacerlo si agujoneas mi orgullo de marino. —Respondía Maxi mirando a su hermana con inquisitivos ojos.

Anna se rio.

—Está bien, no zaheriré tu orgullo de marino, pero solo porque has venido a rescatarme de ese canalla de Trenton.

—Cuán generosa. —Sonreía Maxi a su hermana divertido.

—Dado que parece que hoy lloverá, no creo que convenga que salgas, Anna. — Le decía Cliff pasados unos minutos—. Deberías permanecer tranquila en la casa, no solo por estar cansada sino porque pareces un poco resfriada. —Vio que iba a

protestar, pero tras un estornudo se contuvo de hacerlo—. Tío Max y yo iremos a hablar con los alguaciles y asegurarnos que esos bastardos son mantenidos bajo estricta vigilancia hasta que el magistrado de la zona les juzgue.

—Si es por eso, no ha de preocuparse, milord, lo tiene delante. —Contestaba Calvin dejando la taza de café de la que acababa de beber.

—Pero vos no podéis ser víctima y juez, milord. —Señalaba Max tajante.

—No, pero sí puedo pedir que mantengan encerrados a esos hombres hasta que sean conducidos a Londres para que les juzguen por múltiples cargos y delitos.

Anna estornudó varias veces lo que hizo que Cliff le mirase con ojos preocupados. Anna suspiró mirando a su padre con resignación.

—Me quedaré cerca de la chimenea, papá, lo prometo.

Media hora después se encontraba en uno de los salones, acurrucada en uno de los sillones frente a una chimenea cuyo fuego había avivado Leydon unos minutos antes. Su padre y su tío permanecían en unos sillones cercanos departiendo relajados cuando Calvin entró acercándose decidido a Anna con las manos a su espalda. Anna levantó la vista del libro al que realmente no prestaba en exceso atención, al notar movimiento cerca de ella, encontrándose de pie frente a ella mirándola y sonriéndola como un gato que acaba de zamparse un canario.

—Milady, ya que su padre, su tío y yo marchamos en unos minutos al pueblo para hablar con los alguaciles, me he tomado la libertad de asegurarle una adecuada compañía, una que, además de custodiarla, se asegurará de mantenerla cálida.

Anna alzó las cejas, curiosa, esperando. Tras unos segundos, Calvin se inclinó ligeramente hacia ella y sacando ambos brazos de su espalda depositó en su regazo un cachorro con un ligero pelaje color miel. Anna abrió los ojos como platos deslizando de inmediato la mano por el lomo del cachorro.

—Qué bonito. —Murmuró con la vista fija en él.

Calvin sonrió enderezándose sin dejar de mirarla con satisfecha complacencia.

—Es un Cocker spaniel.

Anna alzó los ojos hacia él ligeramente ruborizada.

—¿Es vuestro?

Calvin ensanchó su sonrisa e inclinándose ligeramente hacia ella, consciente de que tanto Cliff como Max, aunque fingieren no prestarles atención no habían dejado de vigilarlo desde que hubo entrado en el salón.

—En realidad, espero que sea nuestro. —Respondió bajando la voz.

Anna frunció el ceño e iba a protestar tomando el cachorro y devolviéndoselo, pero por el contrario bajó la vista al animalito y lo miró unos segundos.

—Es mío.

Calvin soltó una carcajada dejándose caer en el brazo del sillón ocupado por ella.

—¿Ni siquiera vas a fingir que intentas lograr mi venia y aquiescencia a este descarado robo?

Anna sonrió alzando el cachorro acunado en ambas manos y lo frotó con cuidado en su mejilla.

—¿Para qué fingir si una vez lo has puesto a mi alcance has perdido toda capacidad para recuperarlo? —Decía sin mirarle sonriendo mientras hacía carantoñas al perrito.

Calvin sonrió negando con la cabeza.

—Al menos podrías agradecer mi generoso y encantador gesto.

Anna alzó los ojos y lo miró por fin.

—Está bien. Eso sí he de reconocer es justo. Gracias, milord, me gusta mucho mi perrito.

Calvin se rio entre dientes.

—Me alegra saberlo. —Se inclinó ligeramente hacia ella y bajando la voz añadió—: Sobre todo porque será nuestro perrito.

La besó fugazmente en la frente antes de enderezarse y ponerse en pie, sabiéndola no solo sorprendida sino con deseos de lanzarle algo a la cabeza solo impedida por hallarse con las manos ocupadas con el cachorro. Ignoró la mirada que le lanzó Cliff desde su lugar mientras se encaminaba al otro lado del salón para tomar una manta con la que regresó junto a Anna dejándola en su regazo mientras señalaba.

—Dejad al cachorro sobre ella pues acababa de ser destetado y seguro gustará sentir algo cálido rodeándolo.

Anna, dejó el cachorro en su regazo sobre la manta y luego lo tapó.

—Vamos, reconócelo, Anna, soy tan adorable como nuestro pequeño amiguito. —Señalaba Calvin inclinado ligeramente pasando un dedo entre las orejas del cachorro.

Anna suspiró rodando los ojos con cansina resignación.

—¿No decíais que os ibais a algún sitio?

Calvin se reía enderezándose.

—Ah, cuán poco valorado ha sido mi galante gesto. —Suspiraba con aire teatral antes de girar y acercarse a Cliff y Max—. Milores, si gustan podemos marchar al pueblo. Al menos espero ser recibido con aguas menos destempladas que las empleada por cierta terca dama. —Lanzó una desafiante mirada de soslayo a Anna que bufó de indignada reacción.

Cliff se acercó a su hija a la que besó en la frente antes de mirar el perrito y decir:

—Gatita, no salgas de la casa y ya que has de procurar mantener en cálido y seguro lecho a tu nuevo amigo, intenta no meterte en demasiados enredos.

Anna sonrió:

—Papá, no debieras mirar en mi dirección cuando hablas de enredos, de hecho, no soy sino una víctima inocente de los enredos de otros, en concreto, de ese incordio que se halla tras de ti. —Señaló con la mirada a Calvin que se rio divertido.

—Qué cruel puede mostrarse una mujer que adolece de una arraigada terquedad. Yo le traigo un bonito cachorro y ella me tilda de incordio. —Negó con la cabeza mirándola con desafiante diversión—. No soy sino un juguete en manos del destino y de cierta damita cabezota.

—Oh por favor... —resoplaba Anna antes de alzar los ojos a su padre—. Papá, asegura mi paz mental procurando que ese incordio queda en manos de los alguaciles y que éstos tiran la llave tras encerrarlo en la más impenetrable celda.

Calvin soltó una risotada girando y echando a andar con paso decidido hacia las puertas de acceso llamándola terca.

Tras quedarse sola, Anna tomó al cachorro para observarlo bien sin poder evitar sonreír. Realmente había sido un bonito detalle llevarle un perrito. Suspiró acunándolo de nuevo reprendiéndose a sí misma por ser tan fácil de contentar. Para cuando regresaron su padre, su tío Max y Calvin, Anna se hallaba sentada en el mismo salón cerca de la chimenea jugando a las cartas con Maxi y con lord Lucas que habían estado un par de horas antes recorriendo los campos de Donver Manor para conocerlos un poco y distraerse. Cliff, en cuanto entró en el salón se acercó de inmediato a Anna a la que besó en la sien antes de mirarla con cariñosa sonrisa:

—¿Has descansado?

Anna asintió sonriendo:

—Sí, hasta que ha llegado Maxi y me ha sacado de mi tranquilo letargo para llenarme los bolsillos.

Maxi soltó una carcajada:

—Sería más correcto señalar “para dejarme embaucar por una hermana tramposa”. —Alzó los ojos a su padre—. No debiéremos dejar al almirante enseñar a las damas de la familia a hacer trampa en el bridge.

Cliff sonrió negando con la cabeza:

—Apresuras tu acusación, hijo. Presumo que, de hacer trampas, es una dama de la familia la que hemos de considerar como fuente de tales enseñanzas y, por tanto, culpable de tales artes.

Anna se rio entre dientes divertida mientras Maxi suspiraba.

—No sé quién es peor influencia entonces, si el almirante o la tía Blanche.

Anna se rio negando con la cabeza.

—Vuelves a dirigir mal tu acusación, Maxi, —sonreía Cliff—, pues de haber acusado debiera ser vuestra abuela. Estoy seguro que tales habilidades han sido adquiridas bajo la mano y auspicio de mi madre que, estoy convencido, ha aleccionado a más de una damita.

Anna se rio mirando a su hermano con divertido orgullo mientras Maxi gemía cerrando un instante los ojos.

—Estupendo. El almirante, la tía Blanche, la abuela... sinceramente, dudo que caballero alguno sobreviva cerca de damas aleccionadas por tales personajes.

Anna se rio.

—Te recuerdo que tú has sido “aleccionado” por esos mismos personajes en muchas más artes y habilidades que nosotras.

Maxi sonrió mientras que Cliff se reía antes de tomar del regazo de Anna el cachorro que alzó ligeramente para observarlo bien.

—Un bonito ejemplar de Cocker Spaniel. ¿Has pensado qué nombre le pondrás?

Anna asintió:

—Mac, le llamaré Mac, como abreviatura de Mcbeth.

Cliff sonrió alzando un poco más el cachorro con una mano para poder mirarle el rostro.

—Es bonito. Claro que tendrás que asegurarte que se hace amigo de cierta gata acomodada y que se considera dueña y señora del hogar.

Maxi se rio.

—Doody está ya muy ajada, papá, dudo que se ponga a pelear por su territorio. —Giró el rostro para mirar a lord Lucas—. Doody es la gata que el tío William nos regaló hace muchos años. Está muy ajada, pero es nuestra fiel compañera de viajes desde que éramos unos críos.

Anna sonrió:

—Es una gata extremadamente acomodada y acomodaticia. —Tomó de las manos de su padre al cachorro—. Estoy segura que Mac se llevará bien con Doody, ¿a qué sí, bonito?

Besó entre los ojos al cachorro antes de ponerse en pie con él entre las manos lo que imitaron Maxi y lord Lucas. Calvin se apresuró a sentarse a su lado en cuanto se acomodó en el diván junto a la chimenea tras haber servido una copa de jerez a los caballeros mientras esperaban que fuere anunciado el almuerzo.

—¿No vas a preguntarme si considero apropiado el nombre de nuestro perro? —preguntaba a Anna bajando la voz cuando notó que Cliff se puso a conversar con los tres caballeros en los sillones cercanos.

Anna frunció el ceño de ese modo tan característico que le hacía sonreír de inmediato y suspiró:

—Es mi perro, milord, me lo habéis regalado.

—En realidad, he cedido al hurto del mismo sin oposición, más, también he insistido en que es “nuestro perro”, de mi dama y mío.

Anna suspiró lentamente.

—Sois un pesado. Dejad de decid eso. No me casaré porque creáis que debéis hacerlo.

—No deseo casarme contigo porque crea que debemos hacerlo, Anna, y si lo piensas bien, tú tampoco me crees capaz de dar un paso así basándome solo en el deber. Sí, el honor, el deber, el sentido de lo correcto me impulsarían, pero no me llevarían a actuar con terca resolución como la que me lleva no solo a pedir tu mano sino a adoptar la decisión firme de lograrla a pesar de la terquedad mostrada por mi dama.

Anna lo observó en silencio unos segundos antes de desviar los ojos a su regazo, al cachorro.

—No es verdad. Solo os mueve el sentido del honor y el deber que pensáis habéis de guardar hacia mi familia y hacia mí. Si no nos hubiésemos encontrado en el embrollo en el que nos vimos envueltos días atrás, nunca me habríais pedido en matrimonio, y si pensáis lograr convencerme de lo contrario, os encontraréis con una férrea oposición.

Calvin sonrió negando con la cabeza.

—Anna, quizás si no hubieren ocurrido los hechos como han acontecido, no nos encontraríamos en este lugar, en esta tesitura ni en esta disyuntiva, pero de nada sirve pensar en lo que podía ser y no fue. Lo cierto es que nos encontramos donde nos encontramos y, si bien esos hechos han precipitado las cosas, te equivocas considerando que solo ellos me mueven o me impulsan a actuar. Lo reitero, no es solo el honor el que me lleva a pedir y desear con decisión tu mano y menos a vernos como una acertada pareja, más allá de la mera conveniencia social.

Anna resopló con incredulidad, pero si iba o no a añadir algo más quedó en el aire porque Leydon entró seguido de Ethan, su hijo Sebastian y lord Kevin, hermano de Lord Lucas y segundo hijo del marqués de Chester. Todos se pusieron en pie. En cuanto Ethan vio a su sobrina, caminó decidido hacia ella. Anna sonrió al verle y se dejó abrazar devolviéndole el abrazo.

—¿Estás bien, pequeña? —Preguntaba, aunque más que a ella parecía dirigirse a Cliff al que miraba por encima de la cabeza de Anna.

—Sí, tío Ethan, estoy bien. —Contestaba ella antes de romper el abrazo mientras Cliff le lanzaba una mirada de conformidad y asentimiento a su hermano que ella no llegó a ver.

—Siéntense, milores. Es de suponer que, además de exhaustos del viaje, se encuentren sedientos y hambrientos. Permitan les sirva unos licores antes de trasladarnos al comedor.

Calvin hizo un gesto a Leydon nada más decirlo y enseguida un lacayo entregó sus copas a los tres recién llegados. Esperó que Anna saludare con tranquila complicitad a su primo y respondió a algunas ligeras preguntas de éste y su tío Ethan

disculpándose, un poco después, para ir a dejar al cachorro en su dormitorio antes del almuerzo. En cuanto la supieron fuera de la estancia, Ethan preguntó sin tapujos a su hermano lo acontecido. Con premura y procurando ser breve, aunque preciso, en su exposición, le narró lo ocurrido hasta el momento de llegar a Donver Manor. Tras ello se hizo el silencio unos pocos segundos dejando a los recién llegados ese tiempo para asimilar lo narrado y pasado. Ethan, ya de pie y apoyado en el dintel de la chimenea miró con fijeza a su hermano menor.

—¿Crees entonces que con la declaración de ese tal Trenton y de sus dos hombres, los que aún viven obviamente, contaremos con pruebas bastantes para llevar a la horca al Folks y Sir Dennilson sin necesidad de que se hagan públicos los detalles de lo ocurrido?

—Habremos de actuar con firme resolución y asegurarnos que todo se lleva a cabo sin excesivas alharacas, pero sí, creo que contamos con más que pruebas suficientes, aunque lamento no poder acusarlos también del asesinato del capitán Cromwell dos años atrás. —Respondía Cliff con sinceridad.

—Siempre podemos matarlos sin más. —Respondió con seco desagrado Max—. Sinceramente, aplicar la justicia en el mar me parece sumamente tentador para canallas como esos.

Calvin miró a Max y aunque deseo darle la razón al futuro duque de Frenton y colgar del palo mayor de cualquier embarcación a Folks y los suyos debía actuar con la corrección que precisamente su padrastro, el capitán, le hubo inculcado desde niños. Suspiró poniéndose en pie y tomando la botella de jerez para ir rellenando las copas de los caballeros señalaba:

—Por mucho que me guste la perspectiva de colgar con mis propias manos a ese canalla, no por menos, he de procurar hacer justicia como me enseñaron mi abuelo y mi padre. De cualquier modo, nada evitará que les cuelguen ya sea en la torre de Londres, ya en el lugar que el tribunal tenga a bien escoger. Después de todo, los delitos que han cometido nos son nimios y con mi declaración y la de esos canallas, nada les libraré de la justicia que se merecen.

Cliff asintió con un golpe de cabeza viendo por el rabillo del ojo que Anna regresaba mientras tras ella se colocaba en la puerta de acceso al comedor el mayordomo clara señal de que el almuerzo sería servido. Se puso en pie como los demás cuando notaron a Anna y se apresuró a tomar la mano de su hija acercándose y dándole un cariñoso abrazo antes de guiarla a la mesa junto a Calvin. Durante el almuerzo procuraron tocar temas poco peliagudos. Tras el té, Calvin aprovechó que los recién llegados subieron a descansar y que Cliff, su hijo y el resto de los caballeros parecían desear pasar la tarde tranquila y descansada tras tantos días por caminos y campos, para ofrecer a Anna dar un paseo por los jardines con la excusa de que el cachorro corretease libremente ya que hacía horas que no llovía. Anna pareció mostrarse un poco reticente al principio, pero no tardó en verse casi “obligada a seguirle” cuando, por sorpresa, le quitó el cachorro de las manos y girando con él en dirección a los ventanales que daban a una de las terrazas decía:

—Bien, pues si la dama no gusta pasear con dos apuestos caballeros, éstos no dudarán en corretear libres de su yugo por un buen rato.

Anna resoplaba de indignación apresurando su paso para seguirle mientras de refilón observaba que su padre, hermano y tío fingían ignorar tanto la maniobra de Calvin como el que ella saliere del salón casi a la carrera tras él.

—Dejad a Mac, canalla. —Le decía aún sin alcanzarlo cuando cruzaba los ventanales y ponía un pie en la terraza.

Calvin se rio deteniéndose a un par de metros de ella girando para ponerse cara a cara con el cachorro en la mano. Dobló un brazo con gesto exagerado y señaló:

—¿Desea, entonces, la dama acompañarnos en nuestro paseo?

Anna resoplaba recorriendo con gesto airado la distancia hasta él mientras decía refunfuñona:

—Endemoniado incordio.

Le quitó al cachorro y pegándoselo al pecho con ambas manos, protectora y acaparadora, señaló bajando la voz lanzándole una mirada acusatoria:

—Pasearemos, pero no porque no sea ignorante de lo intentas sino porque quiero que Mac sea un perrito fuerte y necesita corretear un poco.

Calvin sonrió de oreja a oreja divertido no solo por su terco gesto y tozuda respuesta sino por saber que Cliff y los demás, habían simplemente ignorado con conveniente interés tanto el verles salir como incluso la excesiva confianza que se tomaba con ella. Extendió el brazo cediéndole el paso hacia las escaleras de mármol que descendían hasta el rosal del inicio del jardín mirándola con desafiantes ojos.

Anna bufó pasando a su lado sin dejar de mirarle con orgullo exagerado alzando la barbilla en gesto terco y cabezota logrando que se riese entre dientes.

—Detrás de la fuente hay un sendero que conduce a los jardines del sur donde nuestro pequeño amigo puede corretear y olfatear libremente. —Le sugirió caminando a su lado tras unos metros.

Anna siguió su sugerencia dejándose guiar hacia allí. En cuanto alcanzaron la zona del césped, dejó a Mac en él para que anduviese libre lo que no tardó en hacer olfateando y curioseando conforme iba dando vueltas alrededor de ellos.

—Has de reconocer que Mac parece a gusto con esta casa. —Señalaba con aire aparentemente relajado y despreocupado tras unos minutos.

Anna lo miró ladeando la cabeza sin decir nada.

—¿No te gusta mi hogar? —Preguntó mirándola con fijeza.

Anna suspiró.

—Es una casa muy bonita. No voy a mentir solo para mostrarme reacia al lugar dónde sé intentas llegar, pero aun reconociéndolo no pienso dejar que me convenzas que sería un perfecto hogar para mí.

Calvin la tomó de la mano con la firmeza bastante para evitar que ella la retirase y la hizo girar para que lo mirase cara a cara.

—Anna, no creo que haya de convencerte de que uno u otro lugar es perfecto para ti pues sé muy bien cuál es el lugar perfecto para ti y no es un sitio sino una persona. Tú lugar perfecto es cualquiera siempre que estés a mi lado, igual que el mío es y siempre será el lugar en el que tú te halles.

Anna entrecerró los ojos pues le conmovía que dijere esas cosas y más que fuere capaz de alterar no solo su pulso sino todo su cuerpo, pero también recelaba de él y sus palabras. Sabía que era un caballero con éxito entre las mujeres. No era ignorante de algunas historias de sus conquistas pasadas de modo que tampoco del hecho cierto de que sabía cómo lograr embelesar a las damas y cautivarlas con algo más que su atractivo.

—¿Alguna dama ha caído rendida a tus supuestos encantos con semejante forma de galantearla?

Calvin soltó una carcajada antes de responder:

—¿Supuestos encantos? ¿Intentas decirme que no aprecias encanto alguno en mí o que eres inmune a los mismos?

Anna bufó sin responder aprovechando él para tirar un poco de ella y abrazarla y, aunque ella se revolvió un poco, finalmente solo apoyó las manos en sus antebrazos alzando el rostro hacía él con ojos refulgentes de indignada desaprobación, pero él cerró aún más los brazos en su cintura mientras sonreía canalla.

—Si no dejas de abrazarme cada vez que se te antoje voy a tener que decirle a mi padre que tome represalias.

Calvin se rio entre dientes estrechando más su abrazo posando los labios en su frente ceñuda dándole un suave beso antes de decir:

—Anna, has de notar lo bien que encajas en mi cuerpo, lo bien que nos sentimos uno en brazos del otro. No puedes negarlo. Siento la calidez de tu cuerpo, de tu piel. Siento el latido fuerte de tu corazón que declara, tan fuerte como el mío, lo mucho que gusta de encontrarnos así. Puedes protestar, refunfuñar y resoplar cuanto gustes, más, el hecho cierto es que te gusta que te abrace como a mí me gusta abrazarte y ello no es sino una prueba inequívoca de que, por mucho que te enerve, por mucho que te enfades conmigo, en el fondo me quieres.

Anna se revolvió ligeramente y apoyando ambas palmas en sus hombros le empujó ligeramente rompiendo el abrazo obligándolo a abrir sus brazos para liberarla mirándolo con el ceño fruncido.

—No es cierto. No te quiero. Eres un fatuo presuntuoso. El que logres atolondrarme lo suficiente para abrazarme y besarme en cuanto sabes que estoy distraída, no es prueba alguna de que me guste que lo hagas y menos de quererte sino solo de que eres un embaucador, canalla y un seductor consumado.

Calvin frunció el ceño molesto de pronto al surgir en su mente el que ella pudiese considerarle o que ante sus ojos él pareciera un seductor consumado.

—¿Crees que usaría algún engaño para seducirte? —Preguntaba claramente ofendido por la acusación—. Si quisiere, podría intentar seducirte, como parece dar a entender, incluso usaría artimañas para atraerte hacia mí, pues es evidente no soy ni

un santo ni un monje, más, si me crees lo bastante indigno para usarlas contigo, para seducir a una dama casadera y una a la que pretendo convertir en mi esposa, en mi vizcondesa, es que tienes un concepto muy poco halagüeño de mi persona, incluso podría entender que me consideras de tal bajeza que ni siquiera conozco límite alguno de decencia para emplear tales artes contigo.

Anna le sostuvo la mirada y vio no solo la indignación en sus ojos, sino que entendió que realmente le había ofendido, casi diría que más que molesto parecía herido. Bajo los ojos cerrándolos casi de inmediato y suspiró negando con la cabeza.

—Lo siento. Estaba siendo injusta. No te has sobrepasado conmigo, no de ese modo y no has hecho ni dicho nada para que pueda acusarte de tal manera, más lo contrario, te has comportado conmigo de un modo honorable y respetuoso, incluso cuando te has tomado alguna licencia. —Suspiró encogiéndose de hombros abriendo los ojos de nuevo—. Aun así, no voy a casarme contigo. No quiero un esposo que al poco de casarnos lamente de su decisión y menos de encontrarse con una esposa que no es lo que deseaba realmente porque en su día tomó la decisión de unir sus vidas en base a un equivocado sentido del honor.

Calvin tomó su barbilla con los dedos haciéndola alzar el rostro de nuevo hacia él.

—Anna, no vamos a casarnos por ningún sentido del honor, equivocado o no.

Anna le empujó suavemente hacia atrás obligándolo a dar un paso atrás, más porque él se dejó mover que por su propia fuerza.

—Deja de decir que nos vamos a casar, pesado. Eso no va a ocurrir. —Protestó antes de girar con gesto altivo buscando a Mac que se encontraba a unos metros escarbando con las patas en un punto concreto, caminando decidida hacia él en cuanto lo localizó.

Calvin negó con la cabeza observándola caminar dándole la espalda en busca del cachorro.

—Terca, terca mujer.

Murmuraba resignado echando a andar hacia ella apresurándose a alcanzarla antes de que tomase al cachorro lo que hizo él cediéndoselo tras sacar un pañuelo de su bolsillo, entregándoselo al tiempo que el animal para que le limpiase con él las patas llenas de tierra y césped.

Con el cachorro de nuevo correteando a su alrededor, Anna se dejó guiar por los jardines y los senderos de los mismos con relajado paso. Llegaron a un bonito cenador lleno de flores y rodeados de rosales y peonías donde se sentaron casi sin necesidad de que ninguno lo pidiese. Anna con Mac en su regazo, ya agotado, le acariciaba distraídamente mientras observaba la vista frente a ella pues desde ese lugar se veían a los lejos los campos abiertos y a un lado, más allá, el bosque que rodeaba una parte de la propiedad.

Calvin, por su parte, la observaba a ella. Su gesto pensativo, su mirada perdida más allá del paisaje que se mostraba frente a ambos, un paisaje que él había recorrido miles de veces desde niño y que conocía a la perfección y que se le antojaba, por

primera vez, incompleto, falto de algo que lo haría perfecto no necesitando que nada ni nadie le indicase qué era eso que, ahora, sentía le faltaba, pues era Anna, la terca mujer sentada a su lado, que parecía empeñada en no dar su brazo a torcer, pero a la que él no quería, no podía dejar escapar pues sabía que, de hacerlo, acabaría lamentándolo de un modo tal que acabaría perdido en su nostalgia.

Alargó la mano tomando la de Anna al tiempo que se deslizaba por el banco para quedar pegado a ella. Enredó sus dedos con los de ella sin que Anna mostrase aparente oposición.

—Anna, cástate conmigo. —Insistió con voz suave y tranquila. Esperó que ella alzase el rostro para mirarle y añadir—: Cástate conmigo. Haré cuanto esté en mi mano por hacerte feliz, por conseguir hacer tus sueños realidad.

—¿Mis sueños? —preguntó de pronto desconcertada.

—Tus sueños. —Sonrió Calvin inclinándose un poco alcanzando su frente donde depositó un casto y suave beso antes de volver a enderezarse y mirarla con una media sonrisa tranquila y amable—. Tu pastelería, mantenerte cerca de los tuyos, disfrutar de tu familia, hacerte feliz, Anna, hacerte muy feliz.

Anna suspiró bajando el rostro hacia sus manos entrelazadas comprendiendo de pronto qué era lo que tanto le impedía aceptarle pues no era que le hiciera enfadar y le aguijonease constantemente, pues era lo bastante honrada para reconocer que incluso eso le gustaba, casi tanto como sus abrazos, sus besos, esa forma que tenía de hacerla sentir segura en su compañía y esa forma de alterarla de un modo que aún no lograba entender. No, eso no era lo que la impulsaba a rechazarlo, lo que le impedía llegar a aceptarlo. Era el motivo que él tenía para casarse o mejor dicho el motivo, la razón que faltaba para casarse. Faltaba el que le quisiese, el que le dijese que él la quería. A ella. A Anna. Quería que él la amase. Necesitaba que él la amase pues de otro modo acabarían lamentándose de su boda, estaba segura. En algún momento, comprenderían que les faltaba algo importante, lo más importante. Le aterraba la idea de despertarse un día sabiendo que su esposo, el hombre a su lado, no la quería, no la amaba y ella le quisiera a él tanto que el no ser correspondida le provocase un dolor tal que no lo soportase.

Tras unos segundos desenredó su mano de la de él tomando con ambas el cachorro impulsándose y poniéndose en pie antes de girar y mirarle.

—No me casaré con quién solo ve en mí un deber. —Inquirió con terquedad—. Acabarías lamentándote, puede que incluso odiándome por privarte de la posibilidad de encontrar alguien a quien de verdad quisieras por esposa.

Calvin gruñó poniéndose en pie sin dejar de mirarla.

—No me casaré contigo por deber alguno, Anna. Métete eso en la cabeza. Y no voy a encontrar a alguien con quien deseé estar unido aparte de ti. No lamentaré haberme casado contigo y menos aún llegaré a odiarte. Me resultaría imposible hacerlo.

Anna negó con la cabeza cerrando un instante los ojos.

—Eso lo dices ahora porque estas convencido de que es lo correcto, de que haces lo correcto. Te has convencido a ti mismo de que lo que dices es verdad, pero, en el fondo, debes saber que los matrimonios de conveniencia pocas, muy pocas veces logran la felicidad de los esposos pues la ausencia de verdadero cariño, de verdadera complicidad entre ellos, lo hace imposible. Pocos matrimonios surgidos de una mera conveniencia alcanzan esa complicidad con los años y esa ausencia les lleva a buscar lo que falta en su unión, en su hogar, en brazos o compañía de otros e incluso a odiarse entre ellos por ver frustrados algunos de sus deseos.

Calvin dio un paso firme hacia ella atrapándola en sus brazos mirándola con determinada resolución.

—Nunca buscaré en brazos de otra mujer nada que mi esposa no pueda darme pues nada hay que no me puedas darme tú. Nada hay en el mundo que desee que tú no poseas incluida esa terquedad que empieza a convertirse en cabezonería irracional. — La sonrió provocativamente travieso—. ¿Crees que cualquier hombre con algo en la cabeza que no fuere serrín sería capaz de posar sus ojos en dama alguna teniendo a una fiera e indómita Mcbeth a su lado? Ninguna dama conseguiría tentarme si a mi lado se halla la fierecilla de ojos miel que me mira con rebelde furia.

Anna bufó logrando que él ensanchase su sonrisa al tiempo que inclinaba la cabeza para besarla en la sien cerrando los brazos con firmeza y un poco de cuidado de no aplastar al pobre cachorro. La mantuvo en sus brazos unos minutos dejándose disfrutar de ese sencillo placer ya que ella no parecía importarle permanecer así, de hecho, la supo suspirando no de resignación, no de cansancio, sino de placer cuando la instó a apoyar la cabeza en el hueco de su hombro, quedándose después unos minutos en silencio, en tranquilo y placentero silencio con él rodeándola con los brazos. Le dio un último beso en la sien sonriendo antes de romper el abrazo dando un pequeño paso atrás.

—Regresemos a la casa pues creo que por allí se acercan nubes que amenazan con un poco de lluvia.

Anna giró la cabeza para mirar el cielo dónde él hubo señalado y ciertamente parecía que se estaba oscureciendo. Asintió pegándose un poco más el cachorro contra ella aprovechando Calvin para poner la mano en su codo y guiarla de modo que no se separase de él. Por mucho que se empeñase en creer que sus motivos eran solo honorables y debidos a deuda con ella o su familia alguna, iba a lograr que lo desease, que lo quisiera a él por esposo a como diere lugar y si bien había sido sincero en decir que no usaría artimaña alguna para deshonorarla ni engañarla en ese sentido, ello no era óbice para usar algunos pequeños trucos para provocarla, tentarla y sobre todo hacerla comprender lo bien que encajaban el uno en la vida del otro, más allá de una estúpida norma social o una conveniencia familiar.

Caminaron en un silencio que no parecía incomodarle a ninguno, más por el contrario, parecía sencillamente agradable. Al alcanzar la terraza vieron un grupo de jinetes descender por el sendero que conducía a la rotonda principal de la casa.

—Entremos. —Dijo instándola a atravesar uno de los ventanales que daban al salón donde estuvieron antes y dónde aún permanecían Cliff y los demás.

—Unos jinetes se acercan por el sendero principal. —Anunció dejando a Anna en el diván junto a la chimenea mirando, no obstante, a Cliff.

Tanto él como los demás caballeros se pusieron en pie a tiempo de que el mayordomo entrase.

—Milord, unos caballeros se acercan por el camino principal. —Le anunció precavido.

Calvin asintió echando a andar con resolutivo paso hacia el vestíbulo.

—Quizás sean tío William y tío Jonas. —Señalaba Maxi caminando con los demás hacia el vestíbulo.

Cliff asintió la cabeza, asertivo a la suposición de su hijo y no tardaron en darse cuenta de su acierto pues desde lo alto de las escaleras de piedra que daban acceso al portón principal les vieron recorrer los últimos metros esperándoles ya con gesto relajado al conocer a sus visitantes.

—Lord Drundy, lord Furlington, señor Spencer —Les saludaba Calvin descendiendo algunos escalones—. Bienvenidos.

William y Jonas desmontaron de sus caballos entregando de inmediato las riendas a los lacayos que les esperaban.

Max y Cliff descendieron dando de inmediato las manos a ambos caballeros.

—¿Anna está bien? —preguntó sin tapujos Jonas viendo a un par de metros a Calvin sano y salvo.

Cliff asintió.

—Por fortuna. Está a salvo y deseosa de regresar a casa.

—Entren, caballeros. —Señalaba Calvin situado junto a Maxi—. Deben estar cansados y hambrientos.

Jonas sonrió subiendo las escaleras.

—Una descripción muy acertada, sin duda.

—Leydon, ocúpese de que los hombres que les acompañan son atendidos y acomodados.

El mayordomo asintió con un golpe de cabeza apresurándose, tras la cortesía, a cumplir la petición de su señor mientras él conducía a los recién llegados al salón.

Anna se apresuró a abrazar a sus dos tíos nada más verles entrar en el salón guiándoles hasta unos sillones para que se acomodaren y descansaren.

—Huelga decir que nos gustaría escuchar el relato completo de lo ocurrido. —Sonreía William aceptando la copa que Maxi le ofrecía.

Cliff, sentado junto a Anna a la que tomaba cariñoso la mano sonrió:

—Tenemos tiempo para narraros todo con detalle en cuanto descanséis. De momento, baste decir que todos esos canallas se encuentran apresados y que nosotros podemos regresar a Londres en cuanto descanséis y recuperéis las fuerzas.

—Regresaremos en barco, no temáis. —Se apresuró a decir Max riéndose entre dientes—. Presumo que, como todos nosotros, estáis deseando dejar los caminos y los caballos por unos días.

Jonas se rio tras tomar un buen trago.

—Aunque como oficial de caballería, casi sea traición que ciertas palabras salgan de mis labios, no puedo sino reconocer que no me importaría no ver caballo alguno en unos días.

Lord Lucas, como los demás, se rio señalando divertido:

—No tema, milord, guardaremos el secreto de su traición.

Tras unos minutos de despreocupada charla, Calvin sugirió a los recién llegados subir a asearse y cambiarse para la cena ya que, por fin, se encontraban todos reunidos. Tras acompañarlos a sus habitaciones, fue directamente a su dormitorio donde se apresuró a asearse y cambiarse para que le diera tiempo a deslizarse con discreción en las habitaciones de Anna. Esperó en el salón contiguo hasta que la supo a solas, sin doncellas pues sabía que la señora Potter era quien la atendía, ya que así se lo pidió él, y que, tras ayudarla a arreglarse, volvía a sus quehaceres. Con mucho sigilo entró en el dormitorio vigilando que no hubiere doncella alguna por allí. La observó sentada en la alfombra frente a la chimenea dando de comer con paciencia al cachorro.

En silencio, caminó hasta ella sentándose en el brazo del sillón cercano mirándola con una sonrisa complacida.

—Estás preciosa.

Anna se sobresaltó ligeramente girando como un resorte hacia él. Miró a ambos lados y a la puerta de acceso desde el corredor principal.

—¿Por dónde habéis entrado? —Preguntaba asombrada pero también con un trasfondo de indignada acusación que le hizo sonreír.

—Estabas demasiado concentrada en el hambriento Mac para darte cuenta de mi presencia. —Respondía eludiendo la pregunta.

Anna frunció el ceño antes de suspirar pesadamente y volver los ojos al cachorro.

—Debéis dejar de hacer eso. No podéis estar a solas conmigo así, y lo sabéis.

Calvin sonrió:

—Lo sé, y no te apures, no pretendo hacer que nos sorprendan como medio para lograr que aceptes mi proposición.

Anna lo miró abriendo mucho los ojos, pero enseguida suspiró con resignada paciencia.

—Por ese motivo deberíais evitar el riesgo y no entrar en mis habitaciones ni tampoco en estancia alguna si estoy sola.

Calvin ensanchó su sonrisa dejándose caer en la alfombra junto a ella.

—Anna, no deseo tu consentimiento forzado. Quiero que cuando aceptes casarte conmigo, cuando me aceptes, lo hagas voluntaria, consciente y deseosamente.

Quiero que seas tú la que me inste a pedir tu mano a tu padre sabiendo que no solo es lo que yo deseo sino lo que tú misma desees.

Anna resopló:

—Mucho esperáis vos, milord.

Calvin alzó la mano deslizando a continuación los nudillos por su mejilla y después por su mandíbula sin dejar de sonreír, más aún por el ceño fruncido que profundizaba por su gesto, aunque a pesar de ello no le impedía su caricia.

—Estamos solos, Anna, como bien has hecho notar, de modo que deja de referirte a mí como milord. Prefiero que me llames por mi nombre e incluso más aún por mi apodo, Incordio, *tu incordio*.

Anna negó con la cabeza:

—Qué paciencia hay que tener para no tomar el atizador y golpearte con saña con él.

Calvin soltó una carcajada divertido.

—¿Sabes? Dentro de dos días estaremos navegando juntos por primera vez.

Anna le miró ladeando la cabeza curiosa ante el modo de expresarse.

—Quizás me aprecies un poco más cuando me veas navegar y comprendas que tengo sobrados talentos más allá de mi atractivo y mi encanto.

Anna se rio, imposible no hacerlo ante el modo en que lo decía y el gesto de niño travieso que lucía.

—Y luego me llaman a mí arrogante por decir que tengo un talento. Además, esas supuestas cualidades, difícilmente se pueden atribuir a un incordio como tú. — Refunfuñó cabezota.

Calvin se inclinó alcanzando el cachorro que hubo devorado toda su cena y después lo dejó entre las manos de Anna dándole un beso por sorpresa en los labios antes de impulsarse y ponerse en pie tras decir:

—Te esperaré abajo. Trae a Mac para que no se sienta abandonado.

Anna lo observó salir por la puerta que daba al salón contiguo con una sonrisa en los labios claramente satisfecho. Se acarició los labios cuando se hubo marchado sintiendo aún el cosquilleo que le provocaban sus caricias.

—Maldito hombre. —Murmuraba reprendiéndose a sí misma por cómo siempre se dejaba enredar por él.

Al bajar al salón se encontraban todos los caballeros menos Maxi, lord Lucas y lord Kevin, que, según le informó su padre, se habían disculpado para ir a conocer los alrededores, lo que Anna, como cualquier dama que tuviere un poco de picardía, interpretaba que habían ido a buscar diversiones y entretenimientos por “esos alrededores”. Se sentó junto a su padre procurando tomar distancia de Calvin que le observaba igual que ella a él intentando, sin embargo, no hacerlo, pero no lograba dejar de hacerlo.

Jonas sonrió al ver el cachorro de su regazo.

—¿Nuevo acompañante?

Anna sonrió alzándolo ligeramente para mostrárselo.

—Es Mac, mi perro. Voy a entrenarlo para que se lance con fiereza y dé certeros bocados a las posaderas de hombres incordios.

Calvin soltó una carcajada consciente de a qué hombres incordios se refería.

—No dejaré que sea entrenado con tal fin. —se apresuraba a señalar riéndose todavía.

Anna se encogió de hombros indiferente a su comentario.

—Le enseñaré a rastrear a su presa y lanzarse sin miramientos a por sus arrogantes traseros. —Insistió cabezota asintiendo con un golpe seco de cabeza.

—Terca. —Murmuraba Calvin sonriendo y negando con la cabeza viéndola tan cabezota y orgullosa.

—Incluso voy a reclutar a Aldo, Jason, Julius y Albert como entrenadores de Mac para que lo conviertan en un fiero custodio. —Insistió.

Cliff alzó los ojos al techo:

—Que los Dioses nos asistan. Si esos cuatro caballeretes guiarán la senda de este pobre animal, dentro de poco habremos, todos, de escondernos en cuanto lo veamos aparecer en busca de presas.

Anna sonrió alzando a Mac poniéndolo a la altura del rostro de su padre.

—Mac, este es el abuelito y debes procurar no darle bocados salvo que se lo merezca.

Cliff soltó una carcajada quitándole de las manos el cachorro a su hija.

—¿Así que solo cuándo lo merezca? Hija desagradecida, ¿cuándo he merecido yo mordisco alguno?

Anna se apresuró a tomar de nuevo el cachorro riéndose:

—Cuando me robas bollos recién hechos, cuando no me dejas subir al palo mayor con Simon y Maxi, cuando le dices al abuelo que le hago trampas con las cartas, cuando no me dejas disparar con el arco...

—Detente, detente, detente, fierecilla. —Se reía Cliff divertido girando el rostro hacia Max—. Nunca debimos enseñarles a hablar. Les hemos dado armas innecesarias a las damitas de la familia.

Anna bufó:

—No pienso callar ese comentario ante mamá y tía Blanche. Espero que te reprendan como mereces y cuando Mac sea grande será él el que haga justicia por tus impertinencias.

Cliff se reía poniéndose en pie al ver por el rabillo del ojo a Leydon acercarse con clara intención de anunciar la cena.

—Vamos, mi fierecilla, alimentémonos ahora que tengo mi trasero a salvo.

Anna se reía aceptando su brazo manteniendo en una mano a Mac mientras caminaba con él hacia el comedor, pero antes de entrar en el mismo cedió su mano a Calvin que la tomó posándola en su manga de inmediato a pesar de que ella los miró a ambos frunciendo el ceño. Empezaba a darse cuenta de que su padre, de un modo u otro parecía haber mostrado conformidad a un cortejo que ella no hubo aceptado, al menos no de modo voluntario. <<Maldito fuera, no lo había aceptado, pero tampoco parecía mostrar demasiada oposición>> se reprendía a sí misma mientras tomaba asiento junto a la cabecera de la mesa ocupada por Calvin al que lanzaba, sin embargo, miradas airadas que no conseguían sino divertirlo a juzgar por las sonrisas que él le dedicaba de pura diversión y desafío. Dejó a Mac en su regazo que no tardó en acurrucarse claramente amodorrado gracias a tener el estómago lleno. Durante la cena, su padre y los demás caballeros parecían no querer tratar temas espinosos por lo que las conversaciones se fueron desarrollando por derroteros no muy peliagudos, más lo contrario, por temas entretenidos y divertidos para todos. Cuando se disculpó para dejar a todos disfrutar del coñac tras el postre, se acomodó en el salón frente a la chimenea con Mac que pareció despertarse y encontrar entretenido el borlón de uno de los cojines de un reposapiés con el que estuvo jugando un buen rato.

Mientras tanto, Cliff, Max y Calvin narraban lo acontecido los días pasados a los recién llegados, así como éstos contaron también su recorrido por los caminos y senderos hasta que recibieron la misiva enviada por Cliff cuando supieron qué camino tomaron Calvin y Anna.

—No sé si es buena idea juzgar al barón y a sir Dennilson en la corte de Londres. —Meditaba en alto William tras un rato.

Cliff le miró alzando las cejas curioso.

—Quizás despierte la curiosidad de terceros, sobre todo sobre ciertos hechos en los que el nombre de Anna podría salir a colación. —Aclaró.

—No dejaré que eso pase. —Afirmó tajante Calvin. —Prestaré declaración reservada y me aseguraré que el nombre de Anna no sea mencionado ni figure en acta alguna.

—Pero pueden mencionarlo el barón o sir Dennilson bien con algún propósito bien por mera inquina o venganza, y todos sabemos que basta un chisme por poco informado que sea, para causar estragos en la reputación de una dama. —Señaló Ethan con practicidad siguiendo el hilo de pensamiento de William.

Calvin frunció el ceño. Quería que Anna se casare con él por encima de todas las cosas, pero no que lo hiciere sintiéndose obligada a hacerlo.

—No dejaré que eso ocurra. —Insistió—. Si es necesario, exigiré justicia militar por el asesinato de mi padre.

Cliff entrecerró los ojos, pensativo:

—¿Creéis contar con pruebas del asesinato del capitán?

—Tenéis al barón en vuestro poder ¿no es cierto? —Inquirió y Cliff asintió serio—. Le sacaré una confesión antes de llevarlo ante la corte y Sir Dennilson dará también su versión confesando su participación, os lo aseguro. Ahora he llegado a un

punto del camino en el que no me andaré con medias tintas ni delicadezas a la hora de tratar a esos canallas y si he de despellejarles vivos para lograr que confiesen, lo haré.

Cliff le sostuvo la mirada con semblante serio unos segundos antes de asentir con un golpe de cabeza.

—Podéis estar seguro que no os impediré hacerlo. Ese canalla secuestró a mi pequeña e iba a matarla. Desde luego no moveré un dedo para ahorrarle suplicios merecidos.

Calvin asintió con gesto pétreo antes de que Leydon entrase en el comedor entregando de inmediato una misiva a Max.

—Es la respuesta al mensaje que envié al capitán de mi navío. Nos esperará el tiempo que sea necesario y regresaremos con ellos a Londres. —Informó a todos los caballeros.

William se rio mirando a Cliff.

—Creo que el que más se alegrará de esa noticia es Vender. Puedo asegurar que es un hombre de mar y si acaso de tierra firme que no así de recorrer los caminos a lomos de un caballo.

Cliff se reía poniéndose en pie para ir a reunirse con Anna al salón.

—En ese caso, se alegrará tanto como Anna, de hecho, no dudo que ambos, en cuanto se encuentren a bordo del barco, invadirán las cocinas con presto ímpetu.

Maxi se rio siguiendo a su padre al igual que el resto de los caballeros.

—Al menos nos darán de comer decentemente durante la travesía de regreso.

Calvin sonrió negando con la cabeza caminando con los demás hasta el salón imaginándose a Anna en los fogones de un barco mercante acompañada de los cocineros que solían ir en los mismos que no eran sino hombres curtidos, rudos y seguramente más soeces de lo que oídos inocentes debieren escuchar.

Al llegar al salón todos se quedaron un poco desconcertados al encontrarse a Anna subida a una mesa alta con el cachorro entre las manos. En cuanto les vio señaló una esquina del salón donde todos dirigieron sus miradas encontrándose a un jabalí que debía haber entrado por los ventanales de la terraza que permanecían abiertos.

—No te muevas, Anna. —Decía Cliff adelantándose rápido—. Si no se asusta ni se siente amenazado no es peligroso.

Calvin se rio negando con la cabeza caminando directamente hacia el animal para de inmediato guiarlo hacia la terraza y dejarlo marchar como si nada. Giró acercándose a la mesa donde aún continuaba Anna subida y sin mediar palabra la tomó de la cintura y la bajó.

—Habría hecho las oportunas presentaciones, pero algo me dice que hoy no pareces muy dispuesta a mostrarte amable con el pobre Rodolfo.

Anna miró hacia los ventanales y después a Calvin.

—¿Rodolfo?

Calvin se rio guiándola hacia los sillones cercanos a la chimenea donde ya se habían dirigido los demás y donde se encontraba el servicio del té colocado mientras señalaba:

—Es la consentida mascota de James. Es de suponer que el aroma a pastas le hayan atraído. Me temo que Rodolfo es tan glotón como ciertos primos revoltosos.

Anna le observó caminando con él un poco desconcertada:

—¿La mascota de vuestro hermano es un jabalí?

Calvin se reía ante el desconcierto y asombro de Anna mientras la acomodaba en el diván.

—Lo recogió en una pequeña escala que hicimos en el sur de España cuando viajábamos por el mediterráneo. Era un animalillo francamente pequeño que encontró deambulando perdido por un campo.

—Pues creo que le atraía más el olor de mi pobre Mac que el de las pastas. — Señalaba Anna acariciando al cachorro al que mantenía protectora en su regazo.

Calvin se rio divertido.

—Bien, no podría asegurar que no sintiese curiosidad, más, conociendo el voraz apetito de Rodolfo, estoy seguro que venía en busca de pastas.

Anna suspiró y miró a Maxi:

—Creo que lo primero que hemos de hacer en cuanto nos reunamos con Meli, será informarle de la curiosa mascota de ese marido que se ha buscado.

Maxi soltó una carcajada.

—Por favor, concédeme el placer de ser yo el que le informe de la existencia de... —giró el rostro hacia Calvin antes de preguntar— ¿Rodolfo?

Calvin sonrió asintiendo.

—Tú le informas de su existencia y yo de su costumbre de entrar en la casa en busca de pastas. —Se reía Anna divertida.

Tras unos minutos, Cliff besó a Anna en la frente tomándole al cachorro del regazo.

—Vamos, gatita, te acompaño a tu dormitorio que aún necesitas recuperar el sueño perdido en estos días. Además, mañana es nuestro último día en Donver Manor y seguro gustas visitar los alrededores y para eso habrás de estar descansada.

Anna sonrió alzándose y enredando su brazo en el de su padre.

—Mientras no me hagas visitar los alrededores montada en caballo alguno, no tendré inconveniente.

—Quizás te sugiera que lo hagas a lomos de cierta mascota peculiar que habita por estos lares. —Respondía Cliff caminando con ella hacia la puerta sonriendo divertido.

Los caballeros permanecieron distraídos jugando a las cartas o al billar hasta que fueron retirándose poco a poco a descansar. Calvin, por su parte, decidió que era hora de tomar las riendas de algo que, por andar con sumo cuidado, podría

escapársele de entre los dedos. Al día siguiente llevaría a Anna al templete que su bisabuelo hubo construido en el pequeño islote del lago al que solo se podía acceder en barca y conseguiría azuzar la pasión, el deseo y la tentación que ya había atisbado muy viva y ardiente en Anna.

Amaneció temprano abriendo enseguida los cortinajes de uno de los balcones del dormitorio cruzando los dedos para que el cielo no estuviere nublado ni amenazare lluvia para ese día. Se apresuró a asearse, vestirse y bajar cruzando los jardines antes del desayuno pues quería asegurarse de que todo salía bien. Regresó topándose con Cliff y su hijo bajando las escaleras principales.

—Buenos días, milord. —Lo saludaba Cliff bajando el último tramo de escaleras.

—Milores. —Respondió amable—. ¿Se dirigen al comedor de mañana? —Tras asentir, Calvin les sonrió—: En ese caso, tenemos idéntico destino.

Apenas hubieron dado dos pasos escucharon un pequeño estruendo procedente del fondo del corredor lo que les hizo, curiosos, dirigirse directamente hacia el lugar del que procedía. Al llegar a un recodo se toparon con Anna corriendo tras un enorme hombre que le precedía con una cesta en una mano y el cachorro en la otra que alzaba por encima de su cabeza mientras se reía.

—Vender, pienso tomar venganza. —Resollaba jadeante saltando en cuanto Verner se detuvo sin bajar los brazos y sin dejar de reírse mientras ella intentaba alcanzar ambas manos.

—Grumetillo, usando la fuerza nada podrás hacer. Más vale que uses esa peligrosa cabecita tuya para lograr algún resultado provechoso.

Anna se detuvo cruzando los brazos al pecho mirándole con furiosa contrariedad unos segundos antes de enderezarse y mirarle desafiante.

—Vender, no te muevas de aquí. Voy a buscar una escalera.

Vender soltó una risotada.

—Bien, grumetillo, ve a por esa escalera. Aquí te esperamos el pequeño Mac y yo. Claro que si no te apresura es posible que devoremos por entero estos deliciosos pastelitos.

—Vender. —Le señaló con un dedo que movió imperiosa frente a él—. Si te veo con pastel alguno en la boca, mis idus caerán sobre ti.

De nuevo escuchó una risotada del hombretón, pero esta vez también otras a su espalda y al girar se encontró a su padre, hermano y a Calvin mirándolos divertidos.

—Milores. —Los saludó con la cortesía Vender que de inmediato adoptó una postura algo más respetuosa.

Maxi se acercó riéndose escuchando el resoplido de su hermana.

—¿No ibas a por una escalera, pequeñaja? —Preguntaba con socarronería.

Anna giró para mirar a Vender.

—Vender, como sé que me quieres más que a este majadero que era quién siempre te robaba las pasas del tarro que escondías, le darás un mamporro por burlarse de mí.

Maxi soltó una carcajada antes de estirar el brazo alcanzando uno de los pasteles de avena de la cesta que sostenía Vender al que dio rápidamente un bocado lanzando una burlona mirada a Anna.

—Delicioso.

—Pero... —Anna los miró indistintamente a él, a Vender y después la cesta para de nuevo mirar a Vender con cara de indignada ofensa—. ¿A él le dejas tomar un pastel y a mí no?

Vender se rio dejando la cesta en una mesa y al cachorro a su lado antes de girar y abrir los brazos hacia Anna.

—A mi grumetillo le daré antes un abrazo.

Anna se rio corriendo para abrazar al rudo hombre.

—Si lo que querías era un abrazo, no hacía falta tanta parafernalia, Vender. — Se reía apoyando la mejilla en su pecho.

Vender miró, por encima de la cabeza de Anna, tras cerrar los brazos a su alrededor, a Cliff.

—Milord, ¿me permitís llevar a milady y al cachorro a corretear un poco por los jardines mientras sus señorías toman el desayuno?

Cliff sonrió asintiendo:

—Pero asegúrate que no se meten en más líos que últimamente parece que ese grumetillo los atrae como las polillas.

Anna se rio rompiendo el abrazo para mirar a su padre.

—No es verdad. Yo solo soy una víctima inocente y Vender lo sabe.

—Oh no, milady, me temo que yo no sé nada. —Respondía con un falso deje respetuoso y a la vez burlón.

Respondía el enorme marinero tomando de nuevo la cesta y a Mac, el cual cedió a Anna, sonriéndole divertido antes de hacer un gesto a modo de cortesía a los tres varones y de ceder el paso a Anna para salir hacia el corredor que llevaba a uno de los jardines.

Viéndola marcharse orgullosa y divertida con el cachorro y ese enorme gigantón, Calvin no pudo evitar sonreír antes de mirar con curiosidad más que evidente a Cliff que, entendiendo la pregunta no formulada, se apresuró a decir:

—Es Vender, uno de los marineros de mi tripulación y quizás el que más tiempo ha pasado con Anna y mi esposa en nuestros viajes pues era el cocinero que siempre nos acompañaba y el que solía enredar con Anna desde muy pequeña en las cocinas y bodegas.

Calvin se rio girando y echando a andar de nuevo hacia el comedor:

—¿Por qué no me asombrará saber eso?

Maxi sonrió:

—Vender es una buena pieza, se lo aseguro. Es un boxeador implacable y certero, pero también un gran cocinero. De hecho, ya puede empezar a pensar en él como el cocinero en todas sus casas pues Anna siempre ha dicho que Vender sería su compañero de cocinas cuando dejare por fin el barco.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—Presumo que más de una de las cocineras y ayudas de cocina en esta o en cualquiera de las casas del título, se asombrarán sobremanera al ver por primera vez a semejante gigantón entrando en esas cocinas, incluso más que tener a cierta vizcondesa rebelde andando entre fogones a diario.

Cliff se rio tomando asiento en el comedor dejando que Leydon les sirviese el café antes de ceder el lugar a los dos lacayos que les servían el desayuno.

—Es posible que haya una general impresión inicial, más, le aseguro, no tardará en convertirse en el personaje preferido de sus casas, no solo por el sincero cariño que Anna siente por él, sino porque Vender es el más leal y protector de los hombres. Aunque eso sí, no podréis lograr, cuando esté con ella, que la trate como algo distinto a su revoltoso grumetillo.

Maxi se rio:

—Es cierto, a mi madre la llamará hasta su muerte “su capitana” y aunque a los ojos de todas las tripulaciones no somos más que los grumetes De Worken, para Vender, Anna nunca dejará de ser la pequeña que se sentaba en un taburete a su lado y pelaba patatas mientras le preguntaba mil cosas sobre cómo elaboraba cada guiso o que se sentaba en una esquina de la mesa grande donde comía la tripulación para cerciorarse de que les gustaba lo que cocinaban entre los dos.

Calvin se apresuró a tomar el desayuno y, tras disculparse con sus acompañantes, fue en busca de ese revoltoso grumetillo y su gigantón protector a los que no tardó en encontrar junto a una de las fuentes de los jardines del este. Anna se reía divertida observando a Mac dando saltitos intentando atrapar a una mariposa que revoloteaba a su alrededor y sentado a su lado permanecía ese hombre tan grande que devoraba algunos de los dulces de la cesta mientras se reía.

Se acercó hasta ellos haciendo una señal a Vender cuando éste le vio e iba a levantarse para que no lo hiciera. Se sentó junto a Anna que ladeó el rostro para observarlo, claramente curiosa.

—Pobre Mac, pocas posibilidades tiene de alcanzar a la mariposa. —La sonrió divertido.

Anna se rio.

—No, pero mientras tanto se divierte en extremo. Míralo, está feliz jugando con ella.

Calvin sonrió mirando al cachorro que ciertamente parecía *divertido en extremo*. Sin dejar de mirarlo alargó ligeramente el brazo y tomó la mano de Anna dentro de la suya.

Anna giró de nuevo la cabeza para mirarle a modo de protesta, pero él ensanchó su sonrisa cerrando un poco más la mano para evitar que la liberase.

—Cuando Mac quede agotado, quiero enseñarte un lugar, el preferido de mi madre.

Anna alzó las cejas sin dejar de mirarlo.

—¿El preferido de tu madre?

Calvin sonrió asintiendo sabiendo su curiosidad agujoneada.

—No hay lugar en la propiedad que más le gustase, te lo aseguro.

Anna suspiró deslizando de nuevo los ojos a Mac sin apartar, sin embargo, su mano de la de él. Tras unos segundos Calvin miró a Vender:

—Según tengo entendido, sois un gran boxeador. Quizás, cuando estemos en el barco de lord Rochester y en Londres guste enseñarme algunos trucos con los que sorprender a mi hermano la próxima vez que entrene con él.

Vender sonrió divertido:

—Será un placer, milord, aunque quizás debiere advertirle que la lección puede resultar algo ardua.

Calvin soltó una carcajada:

—¿Intenta advertirme que puede que reciba algún que otro golpe en esa lección?

Vender sonrió más aún:

—De justos es ser sincero, milord.

Calvin se rio divertido por el modo de expresarse. Era evidente que ese Vender tenía un pícaro sentido del humor. Empezaba a comprender la debilidad de Anna por él y esa forma cariñosa de mirarlo.

—Vender, si le das un buen mamporro por arrastrarme por media Inglaterra perseguida por unos canallas, te haré, además de la tarta de mermelada y ruibarbo, un pastel de melaza, todo enterito para ti.

Calvin se carcajeó antes de lanzar una mirada desafiante a Anna que sonreía.

—Yo también me vi arrastrado por media Inglaterra, fierecilla. ¿O es que has olvidado que éramos dos los perseguidos por esos canallas?

Anna se soltó de su mano y se levantó acercándose a Mac al que tomó antes de girar y mirar sonriendo a Vender.

—Un fuerte mamporro, Vender, no lo olvides. Un pastel de melaza te estaría esperando como merecido premio.

Vender se reía tomando la cesta antes de mirar a Calvin que también de pie se reía:

—Si me disculpáis, milord, creo que voy a practicar un poco pues no he de negar que adoro ese pastel.

Anna se rio acercándose con pasos resueltos a Vender y poniéndose de puntillas le besó en la mejilla.

—Un enorme y delicioso pastel de melaza, prometido. —Añadía sonriéndolo con traviesa diversión.

Calvin sonreía viendo a Vender caminar de regreso a la casa principal dejándoles solos.

—Deberías avergonzarte. Lanzar contra mí los enormes puños de ese gigantón. —Chasqueó la lengua negando con la cabeza sin dejar de mirarla con pícaro diversión.

Anna sonrió antes de alzar a Mac hasta su rostro y frotarlo melosa contra su mejilla.

—Mac y yo no nos avergonzamos en modo alguno. Sabemos que es lo menos que te mereces. Un buen mamporro no te hará apenas daño.

Calvin se reía alargando el brazo acariciando con un par de dedos las orejas de Mac antes de alargarlos un poco y acariciarla a ella en su mejilla.

—Vamos, mi belicosa dama. —Tomó su mano libre con confianza antes de girar llevándola tras él sin soltar su mano—. Te llevaré a ese lugar del que te hablaba donde Mac seguro podrá encontrar nuevas víctimas para sus juegos.

Anna se dejó arrastrar sin mostrar oposición pues sentía curiosidad por ese lugar y por el motivo que lo convertiría en el preferido de la madre de Calvin. Tras unos minutos caminando en dirección a bosque, preguntó:

—¿Dónde exactamente me llevas?

Calvin, sin detenerse, la miró por encima del hombro.

—Ya lo verás. Ten un poco de paciencia. ¿Estás suficientemente abrigada?

Anna se detuvo obligándolo a él a hacerlo y mirarla:

—¿Abrigada? ¿Abrigada para hacer qué? —Preguntaba con evidente desconfianza.

Calvin sonrió dando una zancada y abrazándola tomándola por sorpresa al tiempo que ella se veía obligada a alzar el rostro para poder mirarlo pues tenía los brazos encerrados entre sus cuerpos y en su mano a Mac.

—Voy a llevarte a la pequeña isla que hay en el lago. No has de apurarte pues, si llueve, hay un lugar en el que resguardarnos, pero aún con ello, no quiero que te enfríes. Aún estás recuperándote de los rigores de nuestra huida.

Anna frunció el ceño pues estaba un poco resfriada y, aunque su padre se hubiere dado cuenta, le sorprendía que él también lo notare. La besó en la frente.

—No frunzas el ceño, fierecilla. —Dijo antes de romper el abrazo tras darle otro beso más—. Vamos. —Añadía tomando de nuevo su mano—. En cuanto nos montemos en la barca, te pondrás esos guantes que sé llevas en el bolsillo de la pelliza.

—¿Vamos a montarnos en una barca?

Calvin se rio.

—Salvo que quieras llegar a la isla nadando.

Tras unos metros Anna miró tras ella sin detenerse viendo que se habían alejado mucho de la casa.

—Mi padre se preocupará.

—Tu padre sabe que estás conmigo y, antes de que refunfuñes y me acuses de actuar de modo indecoroso o inapropiado, me ha hecho prometerle bajo solemne palabra de honor, que no haría nada fuera de ese decoro que se espera de un cortejo “apropiado”.

Anna se rio:

—¿Mi padre ha usado el término “cortejo apropiado”? —Preguntó divertida y extrañada.

—En realidad, creo que ha sido tu hermano el que ha usado dicho término y precisamente para burlarse de mí, lo que, espero comprendas, será tenido en cuenta como otra chanza más de la que habré de vengarme cuando por fin pueda tratarlo como cuñado.

Anna resopló:

—En ese caso, se quedará sin vengar.

Calvin sonrió negando con la cabeza antes de mirarla por encima de su hombro sin detener sus pasos.

—Terca.

Alcanzaron el pequeño embarcadero donde estaba la barca esperándolos y tras acomodarla remó hasta un pequeño islote que había en el centro. Calvin sonrió discretamente pues veía a Anna observando ya desde que se hubo sentado, todo a su alrededor con curiosidad e interés, pero en cuanto vislumbró el islote la vio abrir los ojos y ligeramente los labios con sorpresa.

—¿Tienes un templete en una isla en el centro del lago de tu propiedad? —Preguntaba sin desviar los ojos de la pequeña edificación acristalada del centro de la isla.

—Fue el regalo de mi abuelo a la abuela cuando aceptó convertirse en su vizcondesa. —Le iba diciendo remando lentamente—. Según contaba, en la casa de sus padres, mi abuela tenía un pequeño lugar que ella consideraba su refugio. Un templete rodeado de rosales y algunas plantas que ella cuidaba primorosamente. Así que, cuando se comprometieron, el abuelo hizo construir el templete en el islote para ella. Mi madre lo acristaló años más tarde para que en invierno también pudiese usarlo y pasó a convertirse en su lugar preferido.

Al detener la barca en la otra orilla, Calvin desembarcó y la ayudó a hacerlo, guiándola hasta la pequeña edificación mientras ella observaba con detalle la vegetación y flores que la rodeaban.

—El señor Potter, el esposo de la señora Potter, cuida de estas plantas y flores desde que murió mi madre.

Anna sonrió deslizando la palma de su mano libre pues en la otra llevaba al cachorro, por las hojas de algunas de esas plantas.

—Es un sitio francamente bonito. Comprendo que a tu madre le gustase tanto.

Calvin sonrió satisfecho tomando su mano y guiándola hasta la edificación.

—Y mi vizcondesa podrá disfrutarlo tanto como la anterior.

Anna resopló tragándose una queja. Se detuvo en el umbral de las puertas dobles de cristal que había abierto mirando algo más que sorprendida el interior del templete. Todo era acristalado permitía ver desde la vegetación que lo rodeaba hasta un poco del lago. Había grandes almohadones y cojines esparcidos doquier sobre varias alfombras de estilo árabe y algunas macetas grandes, faroles de hierro forjado colocados en esquinas y algunos rincones, dotando al lugar de cierta calidez. Era como el rincón de un cuento de hadas exótico en medio de un bosque inglés.

—Ven.

Calvin tiró de ella suavemente haciéndola entrar cerrando los ventanales a su espalda. Tomó a Mac y lo dejó en un cómodo lugar en medio de una gran alfombra. Después la condujo hasta el centro y la hizo sentarse sobre una mullida alfombra acomodándose a su lado.

—No puedo creer que mi padre te haya dado permiso para llevarme a un islote solos.

Calvin soltó una carcajada dejándose caer de costado.

—He obviado ese detalle, más, no por ello me reconozco ignorante ni de la promesa hecha ni de las consecuencias de incumplirla.

Anna le miró frunciendo el ceño, pero después observó con mejor detalle todo a su alrededor.

—Túmbate, Anna. Acomoda la cabeza en los almohadones y mira hacia arriba.

—La instó sin moverse ni dejar de observarla.

Anna alzó el rostro y vio que el techo era completamente acristalado. Sonrió dejándose caer de espaldas, como él le había sugerido.

—Mis padres venían a ver las estrellas y en verano, abrían los ventanales dejando que el frescor del agua y los aromas de las plantas impregnasen el lugar mientras ellos observaban el cielo nocturno.

Anna giró el rostro y lo miró, tumbado a su lado, con sus enormes ojos azules, penetrantes, intensos y profundos fijos en ella.

—¿Cómo murió tu padre?

Calvin suspiró.

—Tuvo un accidente a caballo. Se golpeó la cabeza y no despertó. Mi madre, decía mi abuelo, estuvo inconsolable durante mucho tiempo y solo el conocer, casi dos años después, al capitán, le sacó de su tristeza. Yo no recuerdo esa época con nitidez pues era demasiado pequeño. Recuerdo notar que algo me faltaba, eso sí. Supongo que notaba que mi padre no estaba como antes, pero no tenía demasiada consciencia de ello, sobre todo porque mi madre siempre fue cariñosa y atenta con nosotros y mi abuelo siempre estaba ahí, y pronto el capitán formó parte de nuestras vidas llenando ese posible vacío.

Calvin, se incorporó ligeramente apoyándose sobre un codo para poder observarla mejor. Alzó una mano deslizando las yemas de los dedos por su mejilla, mandíbula y cuello, pero ella le detuvo, alzando su mano y tomando la de él justo en el punto donde se cerraba el cuello de su pelliza.

—Anna, ¿por qué no me dejas cortejarte?

Anna suspiró cerrando un instante los ojos. Quiso responder que no deseaba ser cortejada por quién no podría amarle pues supo que confesando eso confesaría lo que ya empezaba a temer, amarlo y no poder lograr su corazón. Giró el cuerpo dándole la espalda deslizando los ojos al lugar en el que Mac permanecía acurrucado dormitando.

—No voy a dejar que me cortejes sabiéndote obligado a ello.

—Por Dios bendito, sí que eres terca. —Murmuraba ronco acercándose a ella cerrando su brazo para rodearla y pegando su pecho a su espalda antes de besarla en la mejilla y después en el cuello—. No pienso casarme contigo por ese motivo sino por los miles que nos hacen una excelente pareja.

Anna resopló girando de nuevo para quedar de espaldas a la alfombra y mirarle cara a cara:

—¿Qué otros motivos hay? Y no vayas a decir de nuevo eso de que me gusta besarte, engreído.

Calvin sonrió abriendo una mano y atrapando su mejilla deslizando los dedos por su cuello y cabello.

—Te gusta besarme, Anna, y aun careciendo de experiencia, no eres ignorante de lo que ello puede significar, de las posibilidades que se abren ante tus ojos. Te gustan mis besos, mis abrazos y mis caricias, y más te gustará todo lo que podremos hacer como marido y mujer pues has de saber que nos compenetraríamos tan bien como en lo demás. Eres preciosa, apasionada y absolutamente evocadora. Déjame enseñarte la pasión que ha despertado en ti, lo que podemos lograr con ella. —Inclinó un poco más su rostro acariciando lentamente su mejilla con los labios—. Anna. Mi preciosa Anna. No puedo expresar lo mucho que te deseo. Quiero demostrártelo, quiero descubrirnos a ambos lo mucho que ese deseo puede provocar en ambos, crear en ambos.

—¿Así que además de poder cumplir con tu deber, tu único motivo para casarte conmigo es lograr tenerme en tu cama?

Calvin se rio por su cara de contrariada ofensa.

—Anna, no es eso lo que he dicho. —Le dio un suave beso en la frente acariciándosela para que eliminase su ceño fruncido—. Tenerte en mi cama no es un motivo, es un premio y uno que no escapa a mi consciencia lo mucho que ha de ser valorado.

Anna alzó los ojos para poder mirarle bien intentando alcanzar la verdad de sus palabras.

—¿Cuáles son, entonces, esos motivos?

Calvin ensancho aún más su sonrisa pues era demasiado terca para cejar y no lograr lo que deseaba averiguar:

—Soy un hombre egoísta, Anna, pues no solo quiero el premio de tenerte en mi cama. Lo quiero todo de ti y todo para mí.

Anna frunció el ceño:

—Eso es una tontería.

Calvin se rio inclinando el rostro posando los labios en su mejilla acariciándosela y descendiendo a sus labios que acarició tentadoramente pretendiendo solo provocarla, despertar un poco su vívida curiosidad.

—Anna, si desear que tu esposa sea tuya por completo es una tontería, me declaro el más tonto de los hombres. Y más aún lo debo ser pues quiero que seas mía por completo y que tú me declares y reclames como tuyo por completo. —Alzó un poco el rostro para poder mirarse el uno al otro—. Adoro verte con los tuyos y esa forma de quererles, de cuidarles. Quiero ser el objeto de ese cariño, de esos cuidados. Quiero ser aquél a quién más quieras, a quién más atenciones dediques, a quién vayan destinados tus cuidados y desvelos, al menos hasta que tengamos pequeñajos a los que podrás adorar más que al bobo de su padre. Y también quiero que me dejes ser quién tenga el derecho, la posición y el privilegio de cuidarte, de protegerte y de mimarte cada día del resto de tu vida y, desde luego, quiero ser el que tenga preciosos hijos de ojitos miel y terco carácter contigo.

Anna suspiró o más bien expulsó el aire que no sabía contenía girando avergonzada el cuerpo y el rostro dándole la espalda pues cada palabra que decía, cada forma de decirlo era lo que quería oír, pero también sabía que en el fondo, faltaba lo más importante, el verdadero motivo que debiera tener para casarse con ella pues en el fondo, todo ello no eran sino razones de las que él se había convencido para convertirse en su esposo pero que la única razón que le motivaba realmente era su sentido del honor, su sentido del deber.

—Todo eso lo dices porque sabes que es lo que querría oír de quién dijere querer ser mi esposo, pero en el fondo, lo único cierto es que te guía tu sentido del honor. Crees que debes actuar de ese modo, pedir la mano a mi familia y asegurarte que ni mi nombre ni el de los míos corre peligro por el estúpido lío en el que nos ha enredado el barón. Si nada de esto hubiere ocurrido, no pedirías mi mano, ni siquiera te habrías planteado tenerme a mí en el lugar que ha de ocupar tu esposa.

Calvin gruñó de pura impotencia. Era más terca que mil mujeres tercas. Si no hubieren estado en ese embrollo ¿no habría deseado casarse con ella? Suspiró enderezándose y poniéndose en pie dando unos pasos hasta uno de los grandes ventanales mirando más allá. Incluso reconociendo que esos hechos habían sido determinantes de esa situación, Anna nunca le había sido indiferente, de hecho, era la única mujer que lograba alterarlo de un modo que no era capaz de controlar ni entender. Siempre lograba hacerle sentir vivo, curioso, despierto, deseoso de ella de algún modo. ¿Qué no se había imaginado a Anna en el lugar de su vizcondesa? Hasta él debía reconocer que, en más de una ocasión, en su lecho, en la oscuridad de la noche, la imagen de Anna había surgido en su cabeza muy vívidamente y no solo como esa

hermosa mujer que deseaba marcar y hacer suya sino como algo más, algo más que nunca supo definir pues, en cuanto surgía esa inquietud dentro de él, procuraba apartarla con rapidez por lo peligroso que se tornaban esos pensamientos, esos deseos en tales instantes.

Giró y posó los ojos en el cuerpo tendido frente a él. Anna permanecía de costado, de espaldas a él, acariciando al cachorro que había acercado a ella. Ella era la única mujer que ocuparía el puesto de su vizcondesa, de su esposa, de la madre de sus hijos. No importaba cómo o en qué lugar hubiere llegado a esa certeza, el hecho cierto era que así había ocurrido y solo ella había de ocupar ese lugar pues solo ella estaba destinada a él.

Se acercó a ella y se tumbó a su lado abrazándola como ya parecía algo innato en él. Enterró el rostro en su cuello a pesar del refunfuño de ella, no muy convincente ni firme según le parecía.

—Anna, no voy a cejar, no voy a cambiar de parecer ni deseos. No importa cuán terca te muestres, cuánto te rebeles o cuántos obstáculos me pongas hasta alcanzarte. Vas a ser mi esposa y nada, escúchame bien, nada de lo que digas, hagas o pienses me hará cambiar, ni impedirá que logre a mi vizcondesa. Nada tiene que ver el honor, el deber o el nombre de tu casa, la mía o nuestras familias. Eres mi vizcondesa, métetelo en esa dura cabecita tuya, pues lograré llevarte al altar y declarar ante Dios, los hombres y tu terca cabecita, que eres mi esposa, mi vizcondesa y la mujer que me hará clamar a los cielos las más de las veces de impotente desesperación como en este momento.

Anna se rindió al nudo que sentía aprisionándole el pecho y sucumbió a las lágrimas que corrían por sus mejillas haciéndola sentir avergonzada y enfadada consigo misma. Enterró el rostro en el almohadón.

—No me casaré contigo. No quiero casarme contigo. —Decía con la voz ahogada por el llanto y el cojín.

Calvin se incorporó ligeramente apoyándose sobre un codo de pronto consciente de que lloraba.

—Anna. —Susurró abrumado por un instante.

Enseguida reaccionó rodeándola con los brazos girándola y encerrándola en su pecho con fuerza. Acunándola y queriendo que ella le sintiere rodeándola por entero.

—No llores, mi terca Anna. No llores. No dejaré que nada ni nadie te haga llorar, ni siquiera este, el más inepto de los pretendientes. No vas a casarte conmigo ni con nadie que no quieras, más, lograré que quieras casarte conmigo. Lo lograré, Anna. Venceré tu resistencia, venceré cualquier cosa que haya de vencer con tal de lograr que me aceptes.

Anna negó con la cabeza sin apartarse de él cerrando fuerte las manos en sus solapas donde se aferraba con inconsciente fuerza. Tras unos minutos en que la mantuvo en sus brazos, Anna por fin cesó su involuntario llanto, pero no parecía tener deseos de apartarse de él por lo que la mantuvo en sus brazos, acomodados como estaban en los almohadones en suave y cálido lecho, con el rostro de Anna en su pecho

y su aroma impregnado sus fosas nasales dejándole un poso de suave familiaridad, de recuerdos de hogar y felicidad. Sí, Anna evocaba sus más ávidos deseos de hombre, incluso en ese momento, pero también era la única que conseguía evocar sensaciones más cálidas y sosegadas, olvidadas tantos, tantísimos años atrás, sensaciones de hallarse en el lugar que era y sería su hogar, un lugar que solo con ella lograba asociar de manera innata a la familia y a la felicidad que durante años se le mostraba esquiva y ahora se abría paso ante sus ojos como algo que casi podía tocar con los dedos de las manos. Aún bailaban en su cabeza esas ideas cuando ella interrumpió el silencio sin moverse ni hacer gesto alguno para romper su abrazo y agarre:

—Cuando regresemos a Londres, deberías cortejar a lady Cinthia. Antes de este embrollo era ella la que parecía contar con tu predilección.

Calvin frunció el ceño de un modo más que pronunciado. Abrió los brazos y tomándola de los hombros la hizo enderezarse para quedar, como él, sentada el uno frente al otro. La miró con fijeza unos segundos antes de señalar con determinada convicción:

—Dejemos esto claro, Anna. Ni antes, ni ahora, ni en el futuro, lady Cinthia ha ocupado el lugar que pareces insinuar, ni de mi predilección ni de nada. Ni ella, ni mujer alguna.

Le tomó el rostro entre las manos obligándola a mirarle y no desviar sus ojos ni su rostro.

—Si ha habido mujer alguna capaz de declararse de mi predilección esa era, es y siempre será la terca mujer que tengo frente a mí. Quizás haya tardado un poco en darme cuenta de que así era, es y será, pero ni se te ocurra insinuar que lady Cinthia o cualquier otra dama podría ocupar el lugar destinado a mi lady pastelera.

Anna alzó las manos atrapando las de él y desasiéndose de su agarre.

—Te has convencido de que eso es así solo porque piensas que es lo correcto y esa idea te ha conducido inexorablemente a la equívoca certeza de que es el destino el que me coloca en esa posición, más, lo cierto, lo único verdaderamente cierto, es que si, hace una semana, te hubieren dado a elegir esposa entre cualquier dama de Inglaterra mi nombre no habría sido el que saliere de tus labios.

—Por todos los cielos, mujer. —Exclamaba con impotencia—. ¿Qué he de hacer para que dejes atrás esa idea de una vez?

La miró con fijeza un instante comenzando de inmediato a cernirse sobre ella lo que la obligó, por inercia a ir dejándose caer de espaldas mientras abría sus enormes ojos miel que refulgían como dos intensos y brillantes topacios de asombro ante el modo en que él le miraba.

—Anna. —Murmuró con la voz ronca tumbándose sobre ella con los brazos apoyados a ambos lados de ella—. Eres la única mujer, el único nombre que resuena en mi cabeza, tu imagen es la única que me acompaña desde hace muchísimo tiempo y solo tus bonitos ojos, tu suave piel y tu cálida voz despiertan al hombre que hay en mí.

Posó sus labios en la piel suave tras su oreja y la besó lentamente susurrando con cadenciosa voz su nombre notando no solo como su pulso sino el de Anna se

disparaban casi de inmediato. Deslizó los labios por su cuello muy despacio al tiempo que alzaba una mano posándola sobre el otro lado de su cuello acariciándose con las yemas de los dedos de modo suave y provocativo logrando un inconsciente jadeo salir de sus labios y como echaba ligeramente la cabeza hacia atrás dándole mejor acceso a su piel.

—Mi dulce Anna. —Murmuró sin detener su ascenso a su rostro.

Posó los labios en los de ella y con deliberada lentitud se los frotó instándola a abrirlos un poco para él y al hacerlo apresó su labio inferior entre los dientes y tiró suavemente de él antes de alzar el rostro lo justo para poder mirarla y sonriendo señaló en un mero susurro:

—Abre los ojos, mi dulce Anna. Enséñame tus preciosos y cautivadores ojos miel.

Anna escuchó su voz como si fuera un lejano eco del viento, pero aun así reclamó sus sentidos, esos que estaban abotargados y casi indiferentes a nada que no fueren sus labios, sus caricias, el calor de su cuerpo que parecía engullirla de un modo abrumador sin, sin embargo, sentir aprehensión o miedo, sino por el contrario, sintiéndose extrañamente alerta y a la vez segura y protegida. Abrió los ojos necesitando parpadear un par de veces para poder centrar la vista encontrándose de golpe el azul de sus ojos tan cerca, tan intensamente cerca que apenas si conseguía encontrar pensamiento alguno en esa nebulosa que parecía rodear su cabeza.

Calvin sonrió, incapaz de evitarlo en cuanto ella abrió los ojos velados por esa nebulosa de apasionado aturdimiento que claramente la había desconcertado.

—Eres preciosa, terca Anna. —Deslizó las manos por su cuello y atrapó sus mejillas con ellas—. Preciosa, deliciosa y un pastelito que devoraría con inusitado placer y hambre insaciable si no hubiere dado mi palabra a cierto padre posesivo y fiero que me despedazaría de hacer cualquiera de las cosas que estoy a punto de hacer de no contenerme.

Anna parpadeó de nuevo un par de veces saliendo por fin de esa nebulosa asimilando esas palabras un instante antes de fruncir el ceño y mirarle entrecerrando los ojos pues empezaba a comprender que era lo que Calvin hacía. Tentarla, despertar su curiosidad por esas sensaciones que él parecía conseguir con suma facilidad.

—Estás intentando enredarme. —Le acusó por fin.

Calvin se rio entre dientes antes de bajar la cabeza y besarla suavemente en la mejilla acariciándosela camino de su oreja.

—No, cielo, intento que comprendas que ambos estamos enredados por igual. Ambos estamos unidos irremediablemente, pero tú pareces obcecada en negarlo.

La besó tras la oreja sabiendo que ese punto causaba un ligero e involuntario temblor de placer en ella. Alzó de nuevo el rostro para poder mirarla bien. El rubor de sus mejillas, sus labios ligeramente enrojecidos, esos ojos brillantes que se aclaraban como preciosos topacios al sol. Deslizó los pulgares por sus mejillas lenta y cariñosamente sin dejar de mirarla.

—Prometo contenerme y no devorarte si tú prometes quedarte aquí conmigo un rato.

Anna suspiró y sin saber de dónde surgía ni el deseo ni tampoco la razón que le impulsó, alzó una mano deslizando las yemas de los dedos por su mandíbula, que en ese instante se le antojaba, fuerte, segura, arrogante. Calvin ensanchó su sonrisa al notar esos suaves y delicados dedos recorrer su piel con curiosidad mientras ella miraba allá por donde deslizaba los dedos.

—Tienes una cicatriz aquí. Es pequeña.

Calvin no se movió mientras ella recorría con un dedo la pequeña marca que tenía bajo su barbilla, una marca que no se veía.

—Me la hice la primera vez que trepé por el palo mayor de la nave de su majestad que capitaneaba mi padre. Resbalé y me golpeé con un travesaño. El segundo de mi padre dijo que todo hombre ha de dejar un poco de sangre en el barco. Como un rito de iniciación y esa fue mi iniciación.

—Al menos a ti te dejaban subir al palo mayor. A mí, papá y el resto de la tripulación me lo impedían cada vez que lo intentaba. Solo me subía hasta el puesto del vigía, subida a la espalda de papá. Se sentaba conmigo arriba del todo y me enseñaba en el horizonte las cosas. “¿Ves, gatita? Aquél es un delfín saludándote” Decía señalándome un lugar donde nadaban delfines y yo movía la mano y les saludaba desde allí arriba riéndome.

Calvin se dejó caer de costado a su lado sin separarse de ella.

—¿Por qué te llama gatita?

Anna se encogió de hombros.

—No sé. Siempre me ha llamado así. A Meli le llama azucarillo. Yo pensaba que era porque siempre tomaba los azucarillos del azucarero de papá para dárselo a los caballos, pero Meli dice que ya le llamaba así antes de empezar a darle azucarillos a sus ponys.

—Bien, supongo que habré de seguir la tradición familiar y cuando mi dulce Mcbeth me dé bonitas fierecillas habré de llamarlas de algún modo que solo su padre pueda emplear.

Anna resopló:

—Eres un pesado. Y aunque me tildes a mí de terca, tú lo eres más.

Calvin soltó una risotada que detuvo al instante cuando escuchó un cuerno a lo lejos.

—¿Qué es eso? —Preguntó Anna incorporándose para quedar sentada junto a él que se había sentado alzando el rostro hacia la puerta.

—Es el cuerno que suelen usar si James o yo estamos lejos de la casa para avisar de la llegada de alguien.

—¿La llegada de alguien? —Preguntaba mientras Calvin se impulsaba para quedar de pie.

—Ven. Vayamos a averiguar de quién se trata. —Decía tomándola de las manos y ayudándola a quedar de pie frente a él tras lo que tomó a Mac y lo puso en sus manos, sorprendiéndola al rodearla con los brazos abrazándola—. Sean quienes sean serán recibidos con aguas destempladas pues me han privado de quedarme con mi dama en nuestra isla.

Anna alzó el rostro y le miró sonriendo con picardía.

—Bien, tú les recibes con aguas destempladas y yo y Mac con alharacas y alegría desmedida por salvarnos de tu cautiverio.

Calvin sonrió inclinando la cabeza y besándola en la sien antes de romper el abrazo.

—Mac está de mi parte, te lo aseguro. Estaba muy a gusto en su descanso mañanero y el que le despertemos por una inoportuna visita dudo que le ponga a buenas con esa visita. Es más, deberé lanzarlo contra ellos con fiereza. Después de todo ha de practicar para morder los traseros ya que su ama pretendía convertirlo en un fiero mordedor de traseros de hombres incordios.

Anna sonrió.

—Cierto, quizás sí deba usar a esas posibles víctimas como entrenamientos.

—Ah, mujer cruel, te muestras implacable cuando tienes un objetivo... pobres, pobres víctimas...

Iba diciendo tras tomarla de la mano contraria a la que sujetaba al cachorro, llevándola con él de camino hacia el sendero para subir a la barca. Cruzaron el lago y dejaron la barca en el pequeño embarcadero regresando con un paso algo más vivo que cuando se dirigieron antes al lago. Calvin la llevaba sujeta de la mano sin dejarla separarse de él sintiendo la agradable sensación de mantener su mano, sin guante, dentro de la suya, como si fuere algo ya innato y natural de lo que no quería ni privarse ni en ese momento ni nunca. Al alcanzar los jardines, posó su mano en su manga adoptando una postura algo más adecuada consciente de que cualquiera podría observarlos.

Llegaron a la terraza y enseguida apareció Leydon buscándole.

—Milord, lord James y lady Billers acaban de llegar. —Les anunciaba tras hacer las cortesías—. Se encuentran en el salón verde junto a lord Plamisthow y sus acompañantes.

Calvin asintió tomando de nuevo la mano de Anna con confianza y, llevándola consigo hasta el interior, cruzó uno de los ventanales dobles y tras ello varias estancias hasta llegar al salón verde donde se toparon con casi todos los caballeros y con James y Meli que permanecía sentada junto a Cliff.

—Meli. —Anna se soltó y corrió hacia ella que también se puso en pie en cuanto la vio abrazándola en cuanto la tuvo a su alcance.

—¿Estás bien? —Le preguntaba sonriéndola aparentemente divertida—. Según dice Maxi te has dedicado a disparar a todo ser vivo sin siquiera abrir los ojos.

Anna se rio.

—Solo he disparado a uno y se lo merecía.

Calvin que también se hubo acercado a su hermano le saludaba con igual complicidad.

—¿Qué hacéis aquí?

James soltó una carcajada:

—Qué grato recibimiento, hermano. —Contestaba con sorna tomando la mano de Meli de modo relajado y confiado antes de tomar asiento con ella al tiempo que Anna se sentaba junto a su padre—. Nos salieron al encuentro varios de los hombres de milord para ponernos sobre aviso e informarnos de lo ocurrido y supuse, no sin acierto, que regresarías aquí a la primera oportunidad que se te presentase.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—Me conoces demasiado bien.

—Oh qué bonito. —Les interrumpió Meli tomando de las manos de Anna el cachorro que pronto se frotó contra la mejilla.

—Es Mac, mi mascota. —Se apresuraba a decir Anna con cierto deje de orgullo que hizo sonreír a Calvin.

—Sí, Meli, Anna ha ganado un cachorro de mascota con su inesperado viaje, y, en cambio, tú, has ganado otra distinta con cierto matrimonio. —Intervino Maxi colocándose frente a ella sonriendo con clara socarronería burlona.

Anna se rio con la misma diversión que su hermano dibujada en el rostro mirando la cara de desconcierto de su hermana mayor.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Te refieres a James? —Pregunto desconcertada.

—Gracias, cariño. —Señalaba el mentado riéndose por su comentario.

Anna le quitó de las manos a Mac riéndose antes de mirar a su hermano y preguntar:

—¿Se lo dices tú?

—No sé, no sé. Creo que lo mejor es que le presentemos al bueno de Roberto para que comprenda su inmensa fortuna. —Respondía con picardía.

Meli resopló mirándolos indistintamente frunciendo el ceño:

—Os estáis burlando de mí, pero no logro entenderos así que haced el favor de no marearme.

James le pasó el brazo por los hombros acercándosela y besándola en la sien antes de decirle:

—Creo, por la cara de ambos, que tus dos hermanos han conocido a Roberto, pero no dejes que sus burlas te predispongan contra él. Es una mascota francamente excelente.

Meli le miró alzando las cejas:

—¿Roberto? ¿He de deducir que tienes una mascota con tal nombre? ¿Qué es?

—Sí, sí, decídselo, por favor. —Se reía Maxi.

James suspiró alzando los ojos al techo con resignada paciencia antes de mirar a Meli:

—Es un jabalí.

Meli parpadeó un par de veces sin dejar de mirarle antes de reírse:

—¿Tu mascota es un jabalí?

James se rio:

—¿Qué puedo decir? Me atraen los seres peculiares.

—Y qué seres más peculiares hay que un jabalí y una esposa como tú. —Añadía riéndose con sorna Maxi.

—Maxi, pienso clavarte el cuchillo de la carne en cuanto nos sentemos a la mesa en el almuerzo. —Refunfuñaba Meli mirando a su gemelo.

Calvin se adelantó al decir:

—Si habéis estado hasta ahora de viaje, James, debierais subir, descansar un poco antes del almuerzo y bajar cuando estéis un poco más relajados.

James asintió poniéndose en pie ayudando a Meli a hacer lo mismo:

—Lo cierto es que nos vendría bien descansar un poco del traqueteo del carruaje y después asearnos con tranquilidad ya que os sabemos sanos y salvos. Después, podréis terminar de narrarnos con detalle lo acontecido.

Calvin asentía, de pie, como el resto de los caballeros hasta que James y Meli abandonaron el salón. Anna miró a su padre al cerrarse las puertas para preguntarle curiosa:

—¿Enviaste hombres a buscar a Meli cuando supiste nuestra desaparición?

—Un poco antes, gatita, pero enseguida mandamos también aviso de lo ocurrido. —Respondía tomándole la mano acariciándosela cariñoso.

—¿Regresarán con nosotros en el barco?

—Sí. Como nosotros, están un poco cansados de tanto trasiego por caminos. —Giró el rostro hacia Calvin antes de decir—. Si no es inconveniente, milord, creo que yo voy a visitar los campos del norte donde me ha informado su mayordomo se encuentran los dos molinos que acaba de construir usando ciertos avances mecánicos. Me gustaría inspeccionarlos y quizás robarle alguna idea para mi propiedad de Irlanda.

Calvin sonrió:

—Si gustáis, iré con vos y así os revelo algunas de esas ideas haciendo innecesario robo alguno, milord.

—Uy, yo quiero ir. —Se puso en pie de un salto Anna con evidente entusiasmo—. Así Mac paseará un poco.

Cliff se reía poniéndose en pie abrazándola de inmediato y besándola en la cabeza tras cerrar los brazos.

—No pienso perderte de vista, cielo, pues pavor siento ante la idea de que vuelvas a meterte en algún lío.

Maxi soltó una carcajada acercándose a ellos tirando de Anna para enseguida pasarle un brazo por los hombros.

—Vamos, pequeñaja. Yo te vigilaré para que nuestro ajado padre no sufra achaque alguno.

Anna se reía dejándose arrastrar por su hermano mientras ambos lanzaban una mirada burlona a su padre.

Cliff resoplaba mirando a Max y su hermano Ethan:

—Ciertamente, fue un craso error enseñar a hablar a nuestros vástagos.

Todos los caballeros decidieron conocer el terreno y esos molinos como modo de entretenerse esa mañana y hacer un poco de ejercicio sosegado con un paseo antes del almuerzo.

Calvin sonreía al regresar pues les enseñó los molinos, los avances instalados en los mismos y la labor que podían realizar gracias a los mismos, más, el motivo de su sonrisa fue el poder disfrutar de la Anna de siempre, relajada, confiada, cariñosa, en compañía de su padre, hermano y tíos. El regreso lo hizo caminando de la mano de su padre como si fuere una niña pequeña a la que gusta pasear en compañía y bajo el cuidado y la protección de su padre. Le fue narrando las horas pasadas en compañía de los señores Spencer y sus hijos y el hondo recuerdo que le hubieron dejado, no solo de agradecimiento, sino también de cariño.

Al llegar a la casa, subieron a asearse apresurándose él en hacerlo pues quería colarse en la estancia de Anna sabiendo que, con todos en la casa, incluida su hermana y James, no podría llevársela a ningún lugar a solas con facilidad, por mucho que supiere que Cliff y los suyos se habían “fingido” ligeramente descuidados de su vigilancia de Anna y de él durante los dos días pasados.

Esperó a saberla sola tras escuchar a la señora Potter y la doncella excusarse al otro lado de la puerta, para deslizarse al interior del dormitorio. Entró con sumo cuidado y atención por si su conclusión de que estuviere a solas fuere errónea. Tras un par de minutos, por fin la halló sentada en la alfombra frente a la chimenea atando alrededor del cuello de Mac una cinta de color azul que anudaba cerrándola con un pequeño lazo.

—Así estás muy guapo y elegante, Mac. Cuando llegemos a casa te compraré el más bonito de los collares para que, cuando paseemos por el parque, seas el perrito más envidiado de cuantos se encuentren en la ciudad.

Calvin se rio acercándose:

—¿De modo que estás segura que Mac será el más bonito de los perros?

Anna giró el cuerpo hacia donde procedía su voz y enseguida frunció el ceño:

—Pero, ¿se puede saber por dónde te cueles en mi habitación? —Le preguntaba con evidente tono acusatorio.

Calvin se reía terminando de recorrer los metros que le separaban dejándose caer en la alfombra a su lado.

—No te enfurruñes, mi terca dama. —Señalaba con un tono pícaro y divertido—. Tras uno de los tapices del corredor privado hay una entrada escondida al saloncito de estas estancias.

Anna abrió y cerró la boca un par de veces sorprendida.

—Pero...

Calvin sonrió con gesto de falsa inocencia tomando a Mac entre las manos.

—No te enfades, nadie me ha visto, lo prometo. ¿Por qué le has puesto un lazo al pobre Mac?

—¿Pobre Mac? —Preguntaba indignada quitandoselo de las manos—. Solo le pongo un bonito lazo para que luzca elegante, al menos hasta que le compre el más elegante de los collares de cuero que haya con una bonita placa con su nombre.

—Entiendo. De modo que le has vestido acorde a su estatus de caballero engalanado para su dama.

Anna sonrió besando a Mac entre las orejas en un gesto cariñoso.

—Ha de lucir bonito para que pueda presumir de él frente a Meli y que no pueda aducir que ese glotón de Roberto ha de ser considerado una mascota más bonita y elegante que mi pequeño Mac.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—No apresures aun tus conclusiones, Anna. Roberto es un contrincante duro de pelar. Cuando se pone meloso y juguetón resulta bastante irresistible.

Anna resopló:

—Nada podrá hacer frente a mi Mac. —Le miró alzando la barbilla de modo exagerado pegándose el cachorro al cuello—. Y tú no deberías mostrar predilección por ese bruto de Roberto si lo que pretendes es congraciarte conmigo. A tus ojos, Mac debería ser la mejor de las mascotas, el más bonito y listo de los perritos y negar ante Dios y los cielos que exista cachorro mejor o animal sobre la faz de la Tierra más bonito que él.

Calvin se reía impulsándose para quedar en pie y de inmediato auparla también.

—Bien, si ese es el precio para congraciarme con mi terca dama, declararé ante todos los hombres, Dios y los cielos que no hay ni habrá mejor perro que Mac ni animal más bonito, inteligente, fiel y fiero guardián. —Le quitó a Mac de las manos sonriéndola provocador antes de girar y echar a andar hacia la puerta de comunicación con el salón privado—. Bien, nuestra querida dama, sus dos engalanados, hermosos y encantadores caballeros, le esperarán ansiosos en el salón previo al comedor dentro de unos minutos.

—Pero, pero... no te lleves a mi perrito, ladrón. —Caminaba tras él con gesto de contrariedad.

—Nuestro. Nuestro perrito... —Señalaba él sonriendo antes de girar para mirarla cara a cara sin dejar de sonreír y, apartando del alcance de sus manos al perrito, añadir—: No tardes o estos dos caballeros sufriremos de puro y ansioso anhelo.

Anna refunfuñó llamándole “hombre imposible” mientras él salía ufano por la puerta. Anna salió a la carrera por el corredor principal bajando las escaleras sin dejar de murmurar imprecaciones contra Calvin entrando aceleradamente en el salón. Miró hacia donde todos, menos Meli y James, se encontraban ya acomodados con una copa de jerez, dirigiéndose de inmediato hacia su padre.

—¿Dónde está ese incordio de hombre? —Preguntó situada frente a él mirando en derredor.

Cliff se rio entre dientes al alzar los ojos hacia ella.

—Gatita, te recuerdo que nos hayamos invitados en el hogar de ese al que tildas de incordio. Al menos podrías no mostrarte tan imperiosamente impertinente.

Anna resopló poniendo los brazos en jarras.

—Me ha robado a Mac. —Señaló a modo de justificación y también acusación.

—En realidad, lo he rescatado de una dama empeñada en ponerle lazos. Eso en nada favorece la varonil autoestima ni la fiera naturaleza del bravo Mac.

La voz de Calvin se escuchaba entrando en el salón llevando en una mano al cachorro.

Anna se le acercó con paso imperioso y terco quitándole al perro de las manos antes de girar con exagerado brío caminando de regreso donde se encontraba su padre y tomando asiento cerca de él en el diván, al tiempo que refunfuñaba un “no hay paciencia bastante para soportar la penitencia de semejante incordio” logrando que no solo Calvin sino más de un caballero se riese. Se sentó mirando de soslayo a Calvin con gesto de indignada contrariedad.

Calvin aún se reía entre dientes tomando asiento junto a ella en el diván mientras ella se aseguraba de que no le quitase a Mac de las manos.

Ethan, acercándose a Calvin y entregándole una copa de jerez, señaló:

—Milord, estábamos hablando de la conveniencia de salir mañana temprano para alcanzar el puerto antes de media mañana y así zarpar antes de la bajada de las mareas. Con suerte, alcanzaremos el puerto de Londres en apenas dos días.

Calvin asintió tras tomar la copa:

—Ciertamente sería lo mejor pues no dudo que sus familias estén deseando tener de regreso a todos, especialmente a milady. —Sonrió a Anna lanzándole una mirada que a ella se le antojó cariñosa a pesar de que ella le seguía mirando con el ceño fruncido.

Cliff se levantó sentándose en el brazo del diván junto a Anna a la que besó en la frente de ese modo que a Calvin le parecía tierno y protector a partes iguales.

—Serán tus últimos días libres, gatita, pues en cuanto llegemos a casa pienso encerrarte bajo mil llaves para que no vuelvas a escaparte de nuestras protectoras

manos y te aseguro que ni tu madre, ni la tía Blanche, ni la abuela pondrán objeciones a mi proceder.

Anna sonrió alzando los ojos, pero no llegó a decir palabra alguna pues entraron en el salón Meli y James, la primera de los cuales fue directa a sentarse junto a Anna quitándole a Calvin el lugar que había ocupado hasta ese momento.

—James acaba de enseñarme a Rodolfo y aunque es una mascota peculiar, creo que nos llevaremos a las mil maravillas pues siente debilidad por las galletas de modo que me aseguraré de que tenga una buena provisión cuando se acerque a mi lado. Voy a seguir las enseñanzas de cierta hermana usada para engatusar a unos enanitos glotones.

Anna se rio mirando a su hermana:

—¿De modo que ahora soy tu maestra?

Meli sonrió tomando de las manos de Anna el cachorro:

—Maestra en malas artes, pero sí, sí que lo eres. —Alzó un poco a Mac para observarlo bien—. Es un cachorro francamente bonito.

Anna sonrió orgullosa:

—Y lo voy a entrenar para que dé certeros bocados a los hombres impertinentes.

Calvin se rio al tiempo que le cedía a su hermano una copa de coñac y decía:

—Me temo que me encuentro dentro de tal categoría.

James sonrió:

—¿Quién te consideraría a ti tal cosa? —Preguntaba James con evidente ironía.

Calvin sonrió lanzando una impertinente mirada a Anna:

—Sí, ¿quién podría tener tal osadía?

Anna resopló lanzándole una mirada furiosa que no cejó hasta que Leydon entró anunciando el almuerzo. Tras acomodarse alrededor de la mesa del comedor y comenzar relajadas conversaciones, Meli, sentada entre James y su padre, se inclinó ligeramente hacia éste y bajando la voz preguntó:

—¿No obligarás a Anna a casarse de no querer hacerlo?

Cliff tomó la mano de su hija y se la apretó sonriendo:

—No, cielo. Nadie obligará a tu hermana a casarse de no querer hacerlo, pero si no me equivoco, el que ella tilda de incordio y estigma está más cerca de lograr su consentimiento que un golpe en la cabeza, lo cual, teniendo presente que no hace mucho era lo contrario, hemos de considerarlo un gran avance.

Meli se rio entre dientes deslizado los ojos a su hermana que se reía de un comentario hecho por su tío Ethan.

—¿De veras? —Sonrió lanzando una mirada de complacencia a su padre después de mirar indistintamente a Anna y a Calvin—. Sabía que por mucho que refunfuñase, Anna congeniaba bien con lord Donver.

Cliff sonrió negando con la cabeza:

—Pues, siendo sincero, hasta que los he visto juntos estos días, yo no estaba muy convencido de esa posibilidad.

Meli se mordió la lengua para no mencionar que Anna era testaruda hasta lo imposible y que de creer que lord Donver solo le pediría su mano por motivos honorables y de mero pundonor, no atendería a ningún otro motivo o posible razón de tenerlos e incluso aunque le agradase, e incluso, empezare a desarrollar sentimientos por él, no aceptaría esa boda, creyéndola desde el inicio viciada por creerla ausente de lo que ella juzgaba esencial para un matrimonio feliz y que no era sino un amor como aquél con el que había crecido, el que sentían mutuamente sus padres. Tras el almuerzo, Anna marchó a pasear con Meli por los jardines en relajada privacidad dejando a Mac corretear a su alrededor evitando, tanto la una como la otra, tratar el tema de la posible boda con lord Donver o las consecuencias de no querer aceptar su proposición. Por su parte, Calvin que se quedó en la terraza con James, observándolas en todo momento a lo lejos, comprendía que tenía que azuzar esa curiosidad despertada ya en Anna por los sentimientos que sospechaba casi con certeza, ella sentía por él pues cada vez que la besaba, la abrazaba y la aturdía, las reacciones, las respuestas de Anna eran demasiado sinceras y reales para no interpretarlas con transparente nitidez.

—¿Qué respuesta has obtenido de ella cuando le has pedido su mano?

La voz de James le sacó de sus pensamientos haciéndole girar el rostro hacia él desviando sus ojos de Anna donde hasta ese momento los tenía centrados. Suspiró cuando entendía no solo la pregunta, que no le sorprendió que la formulase, sino el gesto de serias dudas de su hermano.

—Digamos que no he conseguido su asentimiento aún, pero tampoco una negativa tan firme que me haga desistir ni cejar por saberme incapaz de vencer su terquedad.

James hizo una mueca de comprensiva resignación antes de girar el rostro hacia las dos hermanas metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Sospechaba lo que sentías por ella desde hace mucho tiempo.

Calvin entrecerró los ojos fijándolos en él esta vez sí sorprendido por la rotundidad con la que lo había dicho.

—Explícate.

James sonrió antes de volver a mirarlo:

—Calvin, no eres tan difícil de comprender cuándo se te conoce. —Giró el cuerpo para poder mirarle mejor, de frente, apoyando la cadera en la baranda de piedra—. La forma en que siempre la has mirado, en que la buscabas entre la multitud, incluso en que parecían brillarte los ojos cuando sabías su atención centrada en ti, aunque solo fuere para refunfuñar o reprenderte por algún mordaz comentario que le hicieras, siempre hacía surgir en mi mente la idea de que solo cuando la tenías cerca o la sentías cercana de algún modo, parecías un poco más vivo, más feliz, incluso más

joven, despierto y animado. Has de reconocer que la mayoría de las ocasiones buscas su compañía sin más motivo que el de saberla y quererla cerca de ti.

Calvin giró el rostro hacia los jardines fijando los ojos con determinación en Anna permaneciendo en silencio unos minutos.

—Por mucho que intente convencerla de lo contrario, parece empeñada en no creer que tenga motivo alguno para casarme con ella salvo el honor, el deber e incluso la gratitud.

—Pero sí lo hay ¿no es cierto? —Insistió tajante James.

Calvin suspiró, permaneciendo de nuevo unos instantes en silencio.

—Anna es lo único sin lo que no quiero vivir, James, y temo, además, que sea lo único sin lo que no pueda vivir.

James sonrió, aunque su hermano no le mirase:

—Pues convéncela de ello. —Calvin por fin deslizó los ojos hacia él antes de que James continuase—: Convéncela. En mi experiencia, las damas Mcbeth son muy testarudas y difíciles de convencer, pero cuando lo haces, logras que se abran por completo y se entreguen por entero y, te aseguro, no hay mejor premio que el de saberte el objeto del cariño de ellas. Meli tiene el corazón de las damas Mcbeth y su terquedad, pero el carácter de su padre y su abuelo. Su hermana, en cambio, a decir de mi esposa, tiene no solo el corazón sino el carácter, la mente y la cabezonería de las damas Mcbeth. No es solo la que más se parece físicamente a su madre y tía sino también en lo demás, por eso, solo te la ganarás si te ganas su corazón y logras que ella sepa sin dudas ni fisuras que es correspondida. Debes tener muy presente quiénes son sus padres y que tanto ella como sus hermanos toman como modelo y referencia el matrimonio de lord y lady Plamisthow y el cariño más que evidente que se tienen.

Calvin de nuevo posó los ojos en Anna con gesto serio:

—No quiero vivir sin Anna, James, y te aseguro que es ella la única a la que quiero, deseo e imagino en el papel de mi esposa, de vizcondesa y de señora de esta casa.

—Pues insisto. Convéncela, Calvin. Convéncela y haz que ella te quiera, desee e imagine también como su esposo, el hombre al que desea tener a su lado y que la querrá tal y como es, sin cambiarla. Te recuerdo que las damas Mcbeth no son simples damas a las que les guste conformarse con lo que les rodea, sin más.

Calvin sonrió antes de mirarle.

—Supongo que esa es tu forma de sugerirme que ni se me ocurra desalentarla en todos esos deseos que tiene de montar su pastelería y contratar en ella a los chicos del orfanato para asegurarles un porvenir.

James se limitó a sonreír y tras unos segundos giró cuerpo y cabeza hacia el jardín fijando los ojos en su esposa:

—Si sirve de algo, yo no solo pienso alentar sino ayudar a mi particular terca dama Mcbeth en su empeño de tener su propia yeguada y también que los chicos del orfanato que parecen querer relacionarse con caballos, formen parte de esas cuadras

y de mi casa. No quiero que Meli cambie y para ello quiero poder hacer realidad aquello que le hace feliz y adoptaré la sabia opinión de su padre, tía y abuelos, de hacer oídos sordos a cuántos consideren que es inapropiado su deseo y pobre de aquél que critique a mi esposa o sus sueños en mi presencia o en la suya.

Calvin sonrió negando con la cabeza volviendo a dirigir sus sentidos a la mujer que tanto los atraía:

—Si alguien critica a mi testaruda dama lo despedazaré sin contemplaciones. Me gusta demasiado mi lady pastelera como para permitir que nadie intente cambiarla y menos aún menospreciarla por ello.

—Bien dicho, milord.

Una voz a su espalda les hizo a los dos girarse encontrándose a Maxi y su primo Sebastian tras ellos caminando hacia ellos.

—Le aseguro que no hay mejor dama que las fieras Mcbeth y nuestra lady pastelera es un excelente ejemplo de ellas. —Añadía Sebastian sonriendo divertido.

—Y como buen ejemplo que es, también peca de terquedad incurable, me temo —Sonrió Calvin negando con la cabeza.

—Ciertamente, incurable. —Se reía Maxi colocándose junto a ellos en la baranda dirigiendo sus ojos hacia los jardines—. Permitidme un consejo, milord. —Deslizó los ojos hacia Calvin—. No intentéis avanzar demasiado en vuestra conquista una vez nos hallemos en el barco. Entre los hombres que nos acompañarán se encuentran no solo Vender sino otros que nos han seguido desde Londres y que forman parte de las tripulaciones con las que hemos crecido y, puede estar seguro, no dejarán de vigilarle como unos fieros custodios. Incluso los miembros más jóvenes de las tripulaciones de mi padre sienten debilidad por mis hermanas.

Calvin giró el rostro para observar a Anna pensando entonces que, el hecho de carecer de posibilidad alguna de acercamiento durante los dos días de travesía, iba a suponer un gran obstáculo en sus planes.

—No desespere, milord. —Escuchó la risa de Maxi a su lado y le miró—. Al menos tiene el favor de los varones de la familia que no seremos tan tercos como las damas, pero casi lo logramos. Vamos, reunámonos con ellas y paseemos con ese perrito al que vos deberéis rehuir el resto de vuestra vida ya que no dude que su amenaza de enseñarle a lanzarse con fiereza hacia ciertos traseros no es ni vana ni hueca.

Calvin rio divertido.

—En fin, sobrellevaré mi trágico destino con entereza, más aún cuando he sido yo mismo el que ha puesto en manos de esa belicosa dama dicho perro.

Estuvieron paseando los seis por los senderos del bosque asegurándose Calvin en todo momento que Anna fuere de su brazo o junto a él. Después, tras asearse y cambiarse, se reunieron con el resto de los caballeros en el salón previo a la cena unos minutos antes de la misma para después disfrutar de una tranquila cena y unos juegos de naipes tras ella. Anna que se hubo quedado sentada cerca de la chimenea jugando al ajedrez con su tío Ethan, finalmente sucumbió al sueño quedándose dormida junto a

su padre que la rodeó con un brazo manteniéndola cómoda al tiempo que conversaba con su hermano Ethan tranquilo y relajado. Tras un rato en que supo que se estaba quedando más profundamente dormida de lo que suponía, la despertó con suavidad.

—Gatita, vamos, te voy a acompañar a tu dormitorio antes de que cojas frío.

Anna parpadeó varias veces antes de fijar los ojos en su padre y alzando ligeramente a Mac entre sus manos señaló con la voz abotargada:

—Mac y yo te querremos un poquito más si nos llevas en brazos.

Cliff se rio enderezándose antes de levantarse y tomarla en brazos al tiempo que decía:

—Gatita, no debieras hacer gala de tu pereza.

Anna sonrió dejando caer la cabeza en su hombro mirándolo melosa:

—He tenido unos días muy duros. Debieras perdonar mi pereza por esta vez, como el padre bueno y adorable que eres y que, además, me quiere mucho.

Cliff sonreía besándola en la frente echando a andar hacia las puertas dobles:

—No me pongas ojitos que reconozco un enredo cuando lo tengo frente a mí y por mucha inocencia que pretendan mostrarme, tus ojitos miel no me engañan. No debieras considerarme tan fácilmente engatusable, pequeña.

Anna se reía traviesa escondiendo el rostro en su hombro pegándose al pecho a Mac. Cliff regresó unos minutos más tarde acomodándose de nuevo junto a su hermano, Mac, Jonas y William que departían relajados mientras los más jóvenes jugaban a las cartas.

—¿Crees que ya se encuentra recuperada de esta experiencia? —Preguntaba Ethan con gesto preocupado a su hermano.

Cliff suspiró lentamente.

—Eso creo, pero aún con ello, la vigilaré de cerca unos días. En cuanto lleguemos al barco dejaré que trasteo un poco en las cocinas con Vender que sé con certeza la vigilará y se asegurará de que cuando esté lejos de mis ojos, esté bien.

Jonas miró por encima de su hombro asegurándose de que los jóvenes no les prestaban atención antes de señalar bajando ligeramente la voz;

—¿He de suponer que consideras adecuado a Donver para Anna dado que has estado dejándole más espacio del que permitirías a cualquier otro estando cerca de ella?

Cliff sonrió.

—Será adecuado cuando pase por mis diestras manos, así como las de tía Blanche.

Ethan se rio negando con la cabeza.

—Qué temible futuro le espera.

Cliff se rio.

—Si quiere ganarse a mi gatita, ha de demostrar que vale más que ningún otro caballero.

Max sonrió.

—Al menos sabe que no ha de imponerse a Anna pues parece que no intentará cambiar ni su carácter ni su deseo de cierta autonomía, aunque la mantenga bajo la protección de su mano.

Cliff se encogió de hombros.

—En realidad, en relación a Anna lo importante es que no intente subyugar su espíritu, coartar sus sueños, ni apagar su alegría.

Calvin subió al dormitorio de Anna tras disculparse con todos y retirarse. Esperó a encontrarse seguro de que se encontraría sola para deslizarse dentro de su dormitorio. Se acercó con cautela a su cama hallándola profundamente dormida con el cachorro acurrucado a su lado. Sonrió observándola en silencio varios minutos. Era una preciosidad, se decía incapaz de apartar los ojos de ella. Con cuidado se inclinó y la besó en la sien, en la mejilla y finalmente en el cuello inhalando su aroma, disfrutando de la calidez de su piel.

—Duerme, cielo, sueña conmigo pues no pienso dejar que ningún otro hombre ocupe tus sueños.

Salió del dormitorio completamente relajado, con esa sensación que solía acompañarle tras estar con ella, de tranquilidad, de encontrarse en calma cuando la sabía a salvo y que ahora, tras los días pasados huyendo y evitando a Trenton y los suyos, era capaz de identificar con absoluta nitidez, y que dejaba tras de sí un poso de plena consciencia de lo que necesitaba en su vida, de lo que la completaba y sin la que no podría vivir.

Anna despertó muy temprano pues Mac se removía nervioso a su lado con evidentes ganas de salir a corretear, comer y comenzar su día. Tras desperezarse, se apresuró a asearse y vestirse sin llamar a la doncella pues con lo temprano que era la sabría desayunando en el comedor del servicio y no le agradaba la idea de obligarla a atenderla. En casa, su doncella, acostumbrada como estaba a que ella fuera a las cocinas antes incluso que la mayor parte del servicio, solía atenderla después, arreglándola cuando ya había trabajado un poco en las cocinas.

Tomó a Mac que parecía ansioso y nervioso y salió por el corredor principal topándose antes incluso de alcanzar el vestíbulo con Leydon.

—Buenos días, milady. —La saludó con formal cortesía.

—Buenos días, Leydon.

—¿Deseáis que se os sirva el desayuno en el comedor de mañana, milady?

Anna le sonrió procurando no parecer incómoda ante el mayordomo de la casa.

—Aún no, gracias. Voy a dar un paseo por los jardines con Mac que parece ansioso por corretear y desperezarse, aunque, si no fuere un abuso, ¿podría pedir un poco de leche tibia y pan desmigado para él?

Laydon asintió manteniendo su formal postura:

—Enviaré un lacayo en su busca, milady.

Anna le sonrió encantadora antes de seguir su camino. Apenas unos minutos después Calvin bajaba las escaleras con gesto más que tenso. Se había colado en el dormitorio de Anna pues deseaba tener un rato a solas con ella antes de partir hacia el puerto donde les esperaba el navío de Lord Rochester, consciente, tras la advertencia de Maxi, de que una vez en el barco, pocos o ningún momento a solas encontraría lo que le dejaba con poco tiempo con ella antes de llegar a Londres, momento en el que sabía podría escurrírsele de entre los dedos con su terco y tenaz carácter. Fue al comedor de mañana y encontrándolo vacío se alarmó. Al ver a Leydon caminar hacia el vestíbulo lo detuvo:

—¿Habéis visto a Lady Anna esta mañana?

Leydon asintió:

—Se encuentra en los jardines de la terraza del norte paseando con el cachorro, milord. Acabo de enviar a Lottan con comida para el perro de milady.

Calvin asintió conteniendo una sonrisa bobalicona que casi se le escapa:

—Bien, gracias. —Iba a dirigirse hacia allí pero antes miró con determinación a Leydon y añadir—: ¿Está todo listo para partir?

—Así es, milord. Esperamos solo la orden para ensillar los caballos y preparar el carruaje.

Calvin asintió:

—Cuando marchemos, procurad vigilar un poco lo que ocurra. No creo que volvamos a tener problemas con el barón de Folks y sus hombres, pero no estaría de más estar pendiente por si algún rezagado aún anduviese por estos lares.

Leydon asintió firme dejando a su señor ir a buscar a la que todo el servicio estaba seguro sería la próxima lady Donver.

Al alcanzar la terraza Calvin encontró a los pies de las escaleras a Lottan, el joven hijo de Leydon que ahora ocupaba puesto de lacayo en formación pero que no tardaría en ocupar el puesto de su padre como mayordomo de la casa. Sostenía una bandeja y lo que parecía ser el desayuno del consentido perro de su dama. Sonrió acercándose a él.

—Lottan, regresa si quieres a lo que estuvieres haciendo. Yo me ocupo de entregar a milady el desayuno de su consentida mascota.

Lottan contuvo una sonrisa por el gesto de su señor dejando la bandeja en la baranda de piedra antes de hacer una cortesía y retirarse. Calvin permaneció unos minutos observando a Anna deambular por el jardín mientras dejaba a Mac corretear y olisquear a su alrededor antes de acercarse a ella y hacerse notar.

—Buenos días, mi terca dama.

Anna giró para mirarle dedicándole una furibunda mirada y un resoplido tras mirar en derredor asegurándose que no hubiere nadie cerca:

—No soy tu dama, pesado.

Calvin se rio antes de inclinarse y tomar a Mac con una mano:

—No refunfuñes, mi dulce Anna, pues solo vengo a dar de comer a nuestro cachorro. —Señaló con un golpe de cabeza en la dirección donde se encontraba la bandeja alzando ligeramente a Mac hasta la altura de sus ojos—: Vamos, nuestro fiero guardián, un copioso desayuno te espera. —Añadía dando los primeros pasos hacia la terraza sabiendo que Anna le seguiría presta.

—Deja a mi pobre Mac, canalla. —Se apresuraba a alcanzarlo y quitarle a Mac de las manos sin detener su caminar.

Calvin se rio dejándola hacer alcanzando el lugar donde hubieron dejado la bandeja, ayudándola dejando en uno de los escalones el cuenco con la leche y entregándole el pan una vez Anna se sentó dejando a Mac delante del cuenco. Permanecía apoyado en una postura relajada sobre la baranda observándola en silencio mientras desmigaba el pan y lo echaba en la leche que ya parecía devorar el perro. A los pocos segundos Anna alzó los ojos hacia él:

—Hoy regresamos a casa. Estoy deseando volver a la tranquilidad.

Calvin la sonrió antes de enderezarse y dar unos pasos hacia ella, sentándose a su lado.

—No durará mucho esa tranquilidad pues habrás de ponerte manos a la obra para organizar la boda, adecuar Donver House a tu gusto y, sobre todo, asegurarte que tu encantador prometido no comete locuras por su atontado estado de embelesamiento hacia su bella prometida.

Anna suspiró lentamente antes de mirarle con fijeza:

—No voy a casarme contigo.

Calvin sonrió más aun alcanzando una de sus manos que se apresuró a encerrar en la suya inclinándose ligeramente hacia ella acercando sus cabezas:

—¿Por qué no quieres casarte conmigo? —Se inclinó un poco más y la besó en la mejilla acariciándosela provocativamente con los labios mientras con voz cadenciosa, suave y ligeramente ronca añadía—: Te haré muy feliz, tienes mi palabra de honor de que te haré muy feliz.

Anna sintió un escalofrío recorrerla de parte a parte y una cálida sensación cubrir su piel, atravesarla y alcanzar una parte de su cuerpo que parecía solo despertar y responder al de Calvin, como si tuviere vida y voluntad propias.

—Déjame hacernos muy feliz, Anna. —Susurró posando los labios en el punto suave, cálido y sensible tras el hueco de su oreja notando cómo el pulso de Anna se aceleraba y su piel se calentaba sensiblemente.

—No... no... no es justo. —Jadeó con esfuerzo antes de apartar ligeramente su rostro incapaz de ningún otro movimiento—. Sabes cómo aturdirme y lo usas contra mí. —Consiguió decir girando el rostro para mirarle intentando recobrar un poco de aliento y evitar que su cabeza diere vueltas.

Calvin se inclinó de nuevo alcanzando sus labios dándole un beso muy suave y ligero, pero acariciándoselos suavemente unos instantes después, enderezándose para dejarla recobrar un poco de espacio y consciencia.

—Anna, si te aturdo no es porque me valga de ningún ardid sino solo porque tú logras el mismo efecto en mí, lo que no es sino prueba inequívoca de lo que provocamos el uno en el otro, de lo que nos une y de lo que, si nos dejases, podríamos llegar a ser juntos. Un matrimonio, una pareja, una unión feliz, unida y sobre todo atolondrada pues si me acusas de aturdirte, tú logras convertirme en un bobo atolondrado y obnubilado deseoso de ser el objeto de los refunfuños y reprimendas de mi lady pastelera.

Anna frunció el ceño antes de girar el rostro hacia Mac intentando evitar que siguiera dejándola tan aturdida y expuesta con esos ojos, esa forma que tenía de dejarla a su merced con solo besarla o acariciarla. Tomó una bocanada de aire deslizándose la mano por el costado de Mac que aún parecía entretenido y concentrado en su comida.

—No me enredes. Bien sabes que no es cierto eso que dices o que si lo fuere sería solo porque te has convencido, te has obligado a ello por mero sentido del honor y del deber.

Calvin gruñó tras murmurar un “terca”. Abrió ligeramente los brazos y los cerró rodeándola y pegando su espalda a su pecho al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza para besarla en la mejilla.

—Anna. —Cerró un poco más los brazos para evitar que esa se removiese e intentare desasirse de su agarre—. No me he convencido de nada pues de nada había de convencerme y menos por motivos de honorabilidad o deber. Lo único que ha ocurrido, lo único que ha cambiado entre nosotros es que he abierto los ojos, he comprendido que me gusta no solo tu compañía, tus refunfuños y el saberme “tu incordio” sino que todo lo que eres, lo que soy cuando estoy contigo y lo que seríamos si nos lo permitieses, es lo que deseo para mí, para nosotros, para poder tener lo que siempre he querido. ¿Por qué te obcecas en lo contrario? ¿Por qué te aferras a la errónea creencia de que solo nos une y nos unirá un deber, un sentido del honor o una deuda que no otros motivos?

Anna cerró los ojos unos instantes, consciente de que ya sentía como algo propio los abrazos de Calvin. Ya reconocía esa sensación cálida que alcanzaba solo cuando él la abrazaba, pero al tiempo sentía que faltaba algo, que faltaba algo que se le antojaba esencial para alcanzar esa felicidad que él mencionaba y que parecía tan convencido de alcanzar a pesar de todo. Faltaba aquello de lo que precisamente él nunca hablaba, nunca mencionaba y menos aún ofrecía ni entregaba y esa falta acabaría haciendo mella en ellos, acabaría, inevitablemente, llevándolos a ambos a resentir esa ausencia. Sí quería seguir sintiendo esa calidez, esas sensaciones que él provocaba en ella, en su cuerpo, en su pecho y cabeza, pero también quería sentirse como sabía se sentía su madre con su padre y a éste con ella. Quería saberse algo más que un deber, un papel o una figura en la mente y, más aún, en el corazón de quién decía querer ser su esposo.

Calvin suspiró cerrando un poco más los brazos besándola, a continuación, en el cuello sabiéndola debatiéndose consigo misma y sabiendo que, de continuar presionándola, podría lograr sus propósitos, pero también que ella se sintiere obligada y no quería lograr su asentimiento así. Quería que se entregase consciente, voluntaria y de modo pleno a él. La quería por entero y para ello debía ser ella la que se entregase no que se viere empujada por otros o por su conciencia hacia él.

—Anna, no voy a presionarte. Dije que no lo haría y no lo haré. Pero quiero que me prometas que pensarás bien en mí, en nosotros, en lo que somos y podemos ser. Quiero que nos des una oportunidad y que dejes de una vez apartadas esas ideas de que solo me mueve el deber o el honor pues estás errada, nada hay en mí que te quiera como mi esposa, mi señora, mi Anna, guiado por deber u honor alguno. Por favor, cree al menos esto.

La besó una última vez en el cuello antes de aflojar su agarre abriendo sus brazos y dejándola libre por fin. Anna giró el cuerpo y le miró en silencio unos segundos antes de tomar a Mac, que había por fin devorado a placer su desayuno y, colocándolo en su regazo, desvió los ojos al jardín.

—Pensaré en ello. Te dije que lo haría y lo haré. —Giró el rostro y volvió a fijar los ojos en Calvin—. Pero si no quisiere casarme contigo, no puedes presionar a mi padre para que intente convencerme.

Calvin esbozó una sonrisa perezosa mordiéndose la lengua para no replicar que su padre no dejaría que ni él ni nadie lo presionase y menos para convencer a hija alguna suya de nada ni, aunque los cielos se abrieren sobre sus cabezas, claro que tampoco le iba a decir que su padre le había prácticamente dado su consentimiento al enlace, no solo al cortejo.

—Respetaré tu decisión, Anna, más, también has de saber que no cejaré. El que no presione ni quiera saberte obligada o empujada hacia mí, no impedirá que no ceje. Eres la única dama que será mi esposa y yo soy el único caballero que será tu esposo. —La sonrió arrogante disfrutando de cómo ella volvía a marcar ese ceño que tanto le gustaba ver dirigido hacia él—. Ningún caballero estará a la altura de mí ante tus ojos y ninguno alcanzará el honor de ser el estigma e incordio preferido de mi dama Mcbeth.

Anna resopló:

—¿Así que lo que te hace el caballero único para mí es que eres el incordio mayor del reino? Eso dice muy poco a favor de quienes aspiren a ser mi caballero.

Calvin se rio lanzándole una mirada pícara y traviesa:

—Al contrario, mi dulce dama, alzarse con el título de incordio mayor del reino a los ojos de cierta dama de terco carácter, no es sino el honor mayor al que puede aspirar todo caballero que se precie de serlo.

Anna suspiró rodando los ojos con resignación y Calvin, riéndose entre dientes, se aupó y, de pie frente a ella, la ayudó a levantarse.

—Vayamos al comedor pues justo es que tras dar de comer a uno de tus caballeros permitas al otro proceder de igual modo.

Anna suspiró negando con la cabeza comenzando a subir los escalones y Calvin, con su mano en su codo, la fue acompañando de regreso al interior de la casa y de allí al comedor de mañana donde ya se encontraban algunos de los varones de la familia y otros invitados. Anna, tras saludar en general a todos, se acercó a su padre, al que besó en la mejilla y tomó asiento a su lado ignorando el hecho de que su padre no hiciera comentario alguno por verla aparecer junto a Calvin. A los pocos minutos de comenzar su desayuno, se unieron a ellos James y Meli que sonrió al ver a Mac cruzar la mesa de lado a lado en lo que parecía una búsqueda de alguna víctima en concreto. Finalmente lo atrapó Sebastian entre risas.

—Creo que huye de un ama fiera y temible. —Señalaba acariciándole la cabeza.

Anna miró a su primo riéndose como él:

—En realidad, buscaba su primera víctima para darle un buen bocado en su arrogante trasero. No puedo por menos que alabar su criterio al posar sus ojos en ti, Sebastian.

Sebastian se reía haciéndole carantoñas al perrito antes de dejarlo en el suelo para que corretease libre por el comedor antes de mirar a su padre y su tío Cliff y preguntar:

—¿Hemos de suponer que en cuanto terminemos el desayuno podremos partir?

Fue Max el que contestó al hijo de su amigo:

—Sí, salvo que alguno quiera o necesite demorar nuestra marcha lo que, por otro lado, no creo que fuere recibido con aprecio por muchos de los presentes que, aun agradeciendo la amable acogida y trato dispensados por lord Donver y los habitantes de la casa, estamos deseando regresar a las nuestras.

Anna sonrió y miró a Meli:

—Bueno, tú regresas a tu nuevo hogar.

Meli sonrió y contestaba mientras que James le dedicaba una sonrisa cariñosa y le tomaba la mano con cierta termura:

—En realidad, nos instalaremos unos días en casa de tía Blanche. Esperaremos la partida de todos a Irlanda para pasar el verano. Además, Marian y tú estáis en plena temporada.

Anna frunció el ceño y miró a su padre con gesto ansioso:

—¿No puedo considerar finalizada mi temporada? Solo quedan unas pocas semanas y no me importaría no tener que socializar mucho más.

Cliff la besó en la mejilla antes de contestar:

—Gatita, aun nos quedaremos unas semanas en Londres y ¿no querrás que la pobre Marian acuda sola a todos esos eventos sin su prima para apoyarse mutuamente?

Anna gimió:

—Ese es un golpe bajo, papá. —Refunfuñaba sabiéndose vencida con solo ese argumento.

Cliff se rio entre dientes tomando su mano y llevándosela a los labios cariñoso:

—Lo es, cielo, pero piensa que, si bien acudirás a fiestas y bailes con tu prima, también podrás cometer tropelías con los pequeñajos.

Anna se rio:

—Papá, yo no cometo tropelías, eso solo lo hacen Sebastian y Maxi que les enseñan travesuras temibles que las primas y hermanas hemos de soportar con estoicismo.

Maxi y Sebastian soltaron sendas carcajadas:

—Debiéremos llevarte ante un magistrado por falsaria, Anna. —Aseveraba Maxi mirando divertido a su hermana—. Podríamos enumerar las travesuras de esos enanos y confrontar de qué mente han procedido cada una de ellas. Estoy seguro que Meli, Marian, tú y el resto de esas féminas, supuestas víctimas, surgiréis como el origen y la mente maquinadora de la mayoría de ellas.

Meli se rio al igual que Anna respondiendo con igual tono jocoso:

—Nosotras solemos arreglar los desastres ocasionados no siendo responsables de ellos, más, por el contrario, vosotros sí podéis consideraros responsables de muchos de ellos y no, en cambio, su solución.

—Eso. —Asentía Anna con un golpe de cabeza tozudo y terco—. Nosotros arreglamos y vosotros no. Somos víctimas y, además, quienes procuramos que no haya males mayores. Acusarnos de ser como vosotros es un despropósito y, además, te convierte a ti en el perjurio, mal hombre.

Maxi soltó una carcajada mirando a su padre para decir:

—Quizás no convenga llevar de regreso a casa a estas peligrosas damas que se tachan y tildan de víctimas cuando será más preciso denominarlas perniciosas influencias para jóvenes mentes.

Anna se inclinó tomando a Mac de sus pies que olisqueaba desde hacía unos segundos y colocándolo encima de la mesa le dio un suave empujoncito hacia Maxi:

—A por él, Mac, muerde a placer. No te contengas. Ataca a ese mal hombre.

Maxi se reía viendo al perrito cambiar de dirección e ir sin dudarlo y con pasitos resueltos hacia Calvin que sonreía incapaz de evitarlo.

—Definitivamente, milord, sois la pieza preferida de la mascota de cierta dama terca y fiera.

Señalaba Maxi entre risas al tiempo que Mac se sentaba junto al plato de Calvin que divertido le rascaba de inmediato las orejas lanzando una pícara mirada a Anna.

—Mac, no te dejes engatusar, ataca. —Le decía Anna desde su asiento—. Vamos, bonito, un bocadito.

Calvin se reía negando con la cabeza.

—Mac es demasiado listo y sabe juzgar bien a los hombres de bien.

Anna resopló:

—Se ha dejado engatusar por un tazón de leche y pan dulce.

En cuanto terminaron el desayuno, todos se apresuraron a recoger sus cosas reuniéndose en el vestíbulo. La mayoría parecía preferir ir a caballo, incluso Meli, mientras que Anna, Calvin y Cliff se acomodaron en el carruaje. Cliff acomodó en su costado a Anna que se dejó hacer para ir más segura y sujeta mientras que Calvin se sentó en el asiento delantero tomando a Mac de sus manos y acomodándolo a su lado acunado en una manta.

Durante las tres horas que tardaron en llegar hasta el pequeño puerto donde permanecía atracado el navío de Max, Cliff fue contándole a Calvin algunas de las anécdotas vividas con su padre, el capitán Cronwell cuando ambos navegaron mano a mano para su majestad haciendo reír las más de las veces a Calvin y a Anna por las historias que narraba.

Nada más embarcar, Anna se escabulló a las cocinas con Vender como hubo predicho más de un miembro de su familia, no volviendo a verla hasta el mediodía en que Calvin, buscándola, la halló sentada en la mesa en la que comían los miembros de la tripulación, departiendo con algunos de ellos con el enorme Vender a su lado, que al igual que Anna les habían servido el almuerzo, algunos de cuyos platos hubieron elaborados entre ambos. Sonrió observándola en la distancia desde un discreto lugar y tras unos minutos regresó a la parte de la cubierta donde James permanecía con algunos de los caballeros entretenidos luchando con espadas.

Aquella pareció la tónica de los casi tres días que tardaron en regresar a Londres, pues Anna amanecía temprano y se escabullía a las cocinas donde permanecía algunas horas de la mañana y otras de la tarde. Después solía buscar la compañía de su padre, hermanos o de sus tíos. Para cuando atracaron en Londres, Calvin tuvo que reconocer el acierto de Maxi al advertirle que durante la travesía le sería imposible intentar acercamiento alguno con Anna pues incluso cuando permanecía cerca de los suyos, parecía que muchos pares de ojos la custodiaban.

Al llegar al puerto les esperaban varios carruajes y antes de desembarcar una maraña de familiares subieron al barco como si necesitaren cerciorarse de que todos estaban bien. Calvin era muy consciente de lo unidos que estaban los De Worken y todos aquéllos a los que ellos consideraban familia, pero sentirlo de un modo tan palpable le resultó algo abrumador. Observó como las damas de la familia y muchos de los varones se lanzaban a por Anna con evidente ansiedad aún. Julianna, incapaz de dejar de nuevo a su hija, no quiso apartarse de ella ni siquiera cuando las condujeron a la mansión Brindfet donde toda la familia y los miembros del servicio acogieron con algarabía y alegría a todos, especialmente a Anna. Los pequeños, a los que solos se les había dicho que habían hecho un viaje, también reclamaron su dosis de atención.

Sentado en uno de los sillones, cerca de donde James conversaba con el conde de Worken, observaba a Anna sentada a los pies de un diván donde su madre y su padre permanecían juntos y ella jugueteaba con los dos más pequeños de la familia, Aldo y Jason y el cachorro que parecía contar con la inmediata atención y cariño de los niños. Habían almorzado todos juntos en los jardines y ahora departían relajados,

entre ellos con los marqueses de Chester y sus hijos que habían sido invitados agradeciendo la ayuda que les hubieron brindado.

—Bien. —Dijo de pronto la condesa mientras disfrutaban del té y algunas pastas—. Ante toda la sociedad, Anna se encontraba con un fuerte catarro que le ha impedido socializar unos días, pero ahora, conviene no dar pábulo a rumor alguno que pudiere surgir por una ausencia tan prolongada, por ello, Anna, deberás acudir a todos los bailes, cenas, reuniones de té y algunas salidas en las próximas semanas.

Anna gimió dejándose caer hacia atrás apoyando la espalda en el diván que ocupaban sus padres hacia los que alzó los ojos:

—¿Es necesario? —Miró de nuevo a su abuela con cara de tortura—. ¿No bastaría con acudir a algunos?

—Cielo, has estado ausente más de una semana. Se trata de no permitir que surjan dudas sobre dónde estabas, pero tampoco de hacerles creer que tu catarro era algo más grave u otra cosa que les induzca a creer que ocultamos algo y, por lo tanto, incentivar su curiosidad, o peor, su imaginación.

Anna suspiró resignada mirando a su abuela y después a la tía Blanche, que como su abuela parecía darle a entender por su mirada y gesto que estaba muy de acuerdo con la sugerencia de la misma.

—Está bien. Lo haré y procuraré hacerlo con buena cara y sin quejas.

Cliff se inclinó besando en la coronilla a su hija sonriendo:

—Fingiremos que creeremos que no habrá quejas ni caras de puro aburrimiento y resignación, gatita.

Anna emitió una risilla traviesa alzando el rostro y los ojos a su padre:

—Cuán generoso.

—Anna. —La voz de Jason que se subía en su regazo con una más que evidente indiferencia a nadie más—. Ahora que estás en casa, ¿vendrás a pasear con nosotros?

—Claro, enanito, ¿con quién pasearía mejor que con mis caballeros?

—Pero después tomaremos el té y has de hacernos galletas y bollitos.

Anna se rio rodeándolo con los brazos.

—Por supuesto. Tomaremos el té y os haré ricos dulces. Y a cambio, vosotros me ayudaréis a entrenar a Mac para que sea un fiero guardián y de bocados certeros en los traseros de los hombres impertinentes y molestos.

Deslizó los ojos hacia Calvin que sonrió negando con la cabeza.

—Nada podrás hacer pues Mac me adora. Ha demostrado que me considera un excelente caballero y un gran hombre.

Se estiró alcanzando al perrito que correteaba por la alfombra alrededor de Aldo y lo alzó colocándolo a su lado frente a una tacita donde sirvió un poco de leche mirando de soslayo a Anna desafiante.

Anna alzó los ojos hacia su padre.

—Necesito un experto entrenador de perro que lo convierta en un certero cazador de las presas que yo le indique empezando por traseros de hombres arrogantes e imposibles.

Para cuando se despidió de todos para dejarles disfrutar de un poco de privada reserva y de la tranquilidad de saber a Anna de regreso sana y salva, se había hecho de noche por lo que marchó directamente de regreso a Donver House. Tras tomar un baño, cambiarse y acomodarse en su sillón preferido en la biblioteca mirando el fuego encendido en la misma, se sabía añorando a Anna, más incluso de lo que era capaz de comprender. Se levantó decidido y fue a su despacho al lugar donde dejaban todo el correo recibido seleccionando una a una las invitaciones para las próximas dos semanas. Si la condesa estimaba necesario acallar, antes incluso de que surgieren, rumores sobre Anna y su ausencia en plena temporada, haciendo que su nieta se dejare ver por doquier, él se aseguraría de que no lo hiciera sin estar bajo su atento cuidado. No, Anna era su vizcondesa y no dejaría que ni ella ni nadie pensare otra cosa. Actuaría como un pretendiente con determinado y único interés en cierta dama de terco carácter, mostrando ante la sociedad y ante ella que solo una mujer estaba llamada a ser su esposa y señora y no era sino la dama Mcbeth de ojos miel y ceño fruncido que sabía era suya. Se apresuró a escribir la contestación a todas las invitaciones para las fiestas y reuniones a las que presumía iría Anna dejándolas, antes de acostarse, en la bandeja para que el mayordomo las enviare a primera hora de la mañana. Sí, se decía subiendo los escalones de la escalera principal de la casa, Anna iba a ser perseguida de nuevo pero esta vez por el que iba a ser su esposo.

Durante las siguientes dos semanas, la condesa cumplió su propósito de asegurar que Anna fuere vista en fiestas, bailes, reuniones de té y cualquier evento para debutantes. Calvin, que acudía a muchas de las fiestas de noche y los bailes conseguía bailar con ella, permanecer cerca de Anna, en compañía de sus padres, abuelos u otros familiares, ante la atenta mirada de más de una *grande dame* de la sociedad, asegurándose que los ojos curiosos intuyesen claramente sus intenciones. Aunque no volvió a permanecer a solas con ella el tiempo bastante ni en un lugar lo suficientemente reservado para continuar cierto asalto a esa pasional curiosidad que ya había intuido y probado en ella, sí, al menos, consiguió mantenerse vivo en su recuerdo, constante ante sus ojos y sobre todo en su cabeza pues, a pesar de sus refunfuños, de algunos acicates mutuos, la había descubierto en más de una ocasión buscándolo, intentando dar con él cuando llegaba tarde a algún baile o cena o, incluso, cuando se despistaba de su lado más tiempo del que la había acostumbrado.

Tras esas dos semanas, Calvin supo que no podría demorar mucho más ese “cortejo” pues poco quedaba de la temporada social y con certeza toda la aristocracia se desperdigaría al volver al campo, las propiedades familiares o lugares de descanso para el verano y eso incluía a la familia de Anna que partiría a tierras irlandesas sin demora. Además, añoraba poder estar con Anna a solas. Soñaba incluso despierto con ella, con abrazar, y, por fin, hacerla suya demostrándole que era suya como él lo era de ella.

Por suerte para él, esa resolución de no demorar más esa espera le hizo enviar una nota a Donver Manor informando de su regreso apenas dos semanas después,

para cerciorarse de que todo iba bien y tratar algunos asuntos con el administrador, antes de regresar a Londres para el ajusticiamiento del barón, de sir Dennilson y de todos sus hombres. Acababa de poner dicha misiva en manos de su mayordomo cuando un lacayo le entregó una nota procedente de la mansión Brindfet. James le invitaba, a instancias de la tía Blanche, a un almuerzo en el jardín de la mansión pues las damas Mcbeth habían preparado una fiesta al aire libre, en los jardines de la mansión, para las tripulaciones de los barcos de Cliff y Max y sus familias, con la que agradecer sus desvelos y su ayuda. Animado ante la idea de ver a Anna, pues tras casi dos días sin verla estaba francamente ansioso, no dudó en acudir a la mansión Brindfet.

Al llegar, fue recibido de inmediato por Lady Julianna que sonriente le acompañó hasta los jardines donde ya había un buen alboroto con todos los marineros, oficiales y algunas esposas e hijos de los mismos en plena algarabía. Se detuvieron en la terraza donde otros miembros de la familia le saludaron y recibieron. Aún departía con el conde que acababa de saludarlo cuando una pequeña manita se coló dentro de la suya haciéndole bajar los ojos a la misma topándose con Aldo que sonriente alzaba el rostro hacia él.

—Buenos días, lord Aldo. —Le sonrió sin soltar su mano.

Aldo hizo un gesto de cabeza a modo de saludo sin dejar de sonreírle ni soltar su mano con confianza.

—Mamá dice que he de permanecer aquí unos minutos porque he hecho una travesura pero que después puedo volver al juego de las herraduras.

Calvin sonrió:

—¿Y es justo el castigo para la travesura cometida?

Aldo hizo una mueca de pura resignación:

—No sé. Solo he atado los cordones de Chris. —Se rio travieso—. Se ha caído de bruces en cuanto ha dado un paso.

Calvin se rio:

—¿Y puedo saber por qué ha usado a su hermano mayor de víctima de su travesura?

Aldo resopló alzando la barbilla a modo de orgulloso gesto:

—Esta mañana me ha robado una de las galletas que Anna ha horneado para mí.

Calvin sonrió inclinándose para tomarlo en brazos:

—Bien, en ese caso, aun no elogiando ni justificando su travesura, puedo entender que sintiese deseos de vengarse de ese robo galletas.

Aldo sonrió complacido apoyando sus manos en ambos hombros de Calvin para sujetarse mejor.

—Me ha robado mis galletas nevadas. Anna nos ha hecho galletas a Jason, Albert, Julius y a mí y el bobo de Chris se ha puesto celoso.

—No por menos que comprendo los celos de su hermano. Yo también los siento al saberlos como los únicos destinatarios de tal privilegio. Galletas solo para vuestras mercedes.

Aldo se rio:

—Pero eran un pago por nuestros servicios. Hemos estado entrenando a Mac. Le hemos enseñado a correr tras nosotros. Vamos a ser los entrenadores del perrito de prima Anna.

Calvin sonrió deslizando los ojos hacia el conde:

—¿Juzgáis que lady Rochester consideraría un atrevimiento retornar a este reo condenado a los jardines para que dé rienda suelta a las fechorías que presumo su cabecita sigue maquinando?

El conde se rio dedicando una mirada altiva a Aldo que sonreía divertido:

—Bien, quizás sí que lo considere un atrevimiento, más, no seré yo el que le delate, milord, al menos, si no me tortura para hacerme confesar.

Aldo estiró un brazo inclinándose un poco para alcanzar al conde y tras darle un beso en la mejilla señaló:

—Le diré a Anna que habéis sido bueno y que os dé un pedazo grande de uno de sus pasteles.

El conde soltó una carcajada mirándolo:

—Más te vale informar a esa nieta mía de mi buena acción y de la necesidad de premiarme convenientemente.

Calvin sonreía llevando en brazos a Aldo de regreso a los jardines divertido por el modo en que el niño iba señalando por doquier diciendo “ese es Tom, el cañonero de papá”, “ese en Leroy, el oficial primero del tío Cliff” “Esa es la señora Willson, la esposa de timonel de tío Cliff” y así conforme caminaban enumeraba uno a uno a todos los personajes que veía repartidos por los jardines, mezclados con algunos miembros de la familia, sobre todos los más jóvenes.

En cuanto vislumbró a Anna que departía con varias jóvenes esposas de marineros y algunos de éstos alrededor de una mesa con todo tipo de viandas y bebidas, no dudó en encaminarse hacia ella manteniendo a Aldo en sus brazos.

—Acabo de ver a vuestra prima, quizás sea un buen momento para hacerle saber la buena acción de su abuelo.

Aldo asintió sonriendo.

—Anna siempre da los trozos más grandes al abuelito y al conde. Mamá dice que es porque son sus predilectos pero sus preferidos somos nosotros, Aldo, Jason, Julius, Albert y yo. —Afirmó orgulloso.

Calvin sonrió:

—Sois afortunado por ello, milord. Sin duda es un honor ser el predilecto de tan dulce damita.

Por fin alcanzaron la mesa y Calvin dejando a su lado a Aldo sonrió a Anna en cuanto ésta alzó los ojos a él tras haber visto a Aldo.

—Milady. —La saludaba formal.

Anna lo miró frunciendo el ceño y después a Aldo que sonreía travieso.

—¿Por qué presumo que veros juntos y con esa evidente satisfacción en el rostro no deparará nada bueno?

Aldo se rio encaramándose en el borde de la mesa sentándose de modo desgarbado con las piernas colgando.

—Milord me ha liberado de mi castigo. —Le informó satisfecho—. Tendrás que dar un pedazo grandote de pastel al conde por no delatarnos.

Anna sonrió de inmediato con los ojos fijos en él:

—¿Así que he de premiar al abuelo por callar tu fuga?

Aldo asintió con un golpe firme de cabeza antes de girarla hacia un lugar del que procedía muchas voces y risas infantiles saltando de inmediato de la mesa y saliendo a la carrera mientras preguntaba sin intención alguna de esperar respuesta:

—¿Puedo ir a jugar a la herradura?

Calvin se rio viéndole salir como alma que lleva el diablo. Anna se puso en pie mirándolo también. Tras unos segundos, Calvin tomó su mano y la posó en su manga con tranquila confianza.

—Acompáñame a la mesa de los dulces pues aún no he probado bocado y siento unos incontenibles deseos de probar algunos de los dulces manjares preparados por mi dama. —Le pedía bajando la voz y dedicándole una sonrisa de seductor canalla.

Anna frunció ligeramente el ceño, pero le dejó llevarla por el jardín hasta el lugar donde estaba una de las mesas de dulces.

—¿Qué me recomiendas?

Anna suspiró resignada.

—Mamá ha hecho un pastel de ruibarbo que es el preferido de todos, aunque a mí me gustan más sus tartaletas de crema y grosellas.

Calvin tomando uno de los platos se colocó a su lado:

—Bien, pues probemos un poco de todos ellos, claro que también desearía probar el famoso pastel de melaza con el que cierta dama gusta premiar a gigantones que golpean a su pobre prometido.

Anna resopló negando con la cabeza:

—No eres mi prometido, pesado.

Calvin sonrió de oreja a oreja al tiempo que señalaba con un tono jocoso:

—Aún no.

Anna gimió girando y echando a andar a lo largo de la mesa mientras le iba sirviendo algunos de esos dulces. Después Calvin, tomando de nuevo su mano y colocándola en su manga señalaba:

—¿Por qué no me dejas disfrutar de estos deliciosos manjares en la sala de navegación de la que tanto he oído hablar a James y por la que siento una profunda curiosidad?

Anna le miró entrecerrando los ojos unos segundos:

—Te llevaré si prometes que este no es uno de tus enredos.

Calvin se rio:

—Me ofendería si no fuere porque no te estimo capaz de no esperar de mí siempre lo peor.

Anna resopló antes de murmurar:

—Incordio.

Lo guio hasta una de las terrazas laterales y después le condujo hasta una bonita sala llena de lo que él sabía eran instrumentos de navegación, libros, cartas de navegación y mapas, algunos de los típicos cachivaches de todo marino, pero también muchos objetos que no le eran difícil apreciar como de gran valor sobre todo para quién apreciase las tradiciones náuticas. Calvin, una vez dentro, dejó el plato con los dulces en una mesa y caminó lentamente en derredor curioseándolo todo, asegurándose antes, eso sí, de no solo estar a solas con ella, sino que había cerrado las puertas y ventanas a posibles ojos curiosos pues el único acceso abierto era por el que hubieron entrado y él se hubo encargado de cerrarlo tras de sí.

—Siendo marino, puedo entender por qué James considera esta estancia el sueño de cualquier aficionado al mar. —Señalaba acercándose a un globo terráqueo con marcadores y señales náuticas detalladas en el mismo.

Anna se acercó al globo y deslizó las yemas de los dedos por él.

—Es la estancia preferida de mis padres. Mamá siempre viene aquí a leer y papá a planear sus viajes o simplemente a buscar tranquilidad. De pequeños siempre era fácil dar con él pues lo encontrábamos aquí o en la sala de esgrima con Simon y Maxi.

Calvin sonrió negando con la cabeza.

—No preguntaré dónde había que buscar a cierta damita de ojos miel pues es fácil inferir que allá dónde hubiere una lumbre y un horno, estaría enredando con entregado placer.

Anna se encogió de hombros indiferente antes de girar y mirar por uno de los ventanales hacia los jardines dónde bullía la actividad de los invitados. Calvin rodeó la mesa y se acercó a ella rodeándola por la espalda, cerniéndola dentro de su abrazo.

—No quiero que regreses a Irlanda y me dejes. —Reconoció apoyando la mejilla en su sien. —Anna suspiró lentamente sin moverse—. Cásate conmigo, terca Anna, y déjame pasar el resto de mi vida a tu lado.

Anna cerró los ojos sin querer mirar el bullicio más allá, pero tampoco sin querer moverse pues era muy consciente de que en esas semanas había añorado sus abrazos, su cercanía, incluso su forma de tentarla. Pero había tomado una decisión, una determinación en realidad. Si quería casarse con ella debía darle la única cosa sin la que ella no podría unirse a él. No quería ser la única en ese matrimonio enamorada, pues lo estaba y mucho de él. Por mucho que le hiciera rabiar, por mucho que la enfadase, estaba enamorada de Calvin. Durante esos días juntos sintió cómo él la protegía, la cuidaba, se preocupaba por ella y, sobre todo, la hacía sentir cálidamente

completa y segura de sus sentimientos. Pero no se casaría con un hombre que no la quisiera como ella a él pues acabaría resintiéndolo esa diferencia. Acabaría mirándolo con pesar, y seguro, él, acabaría lamentando haberse casado con quién no amaba.

—No quiero pasar la vida al lado de un hombre cuyo único motivo para casarse conmigo es el honor y el deber.

—Por todos los cielos, Anna. —Exclamaba abriendo los brazos y separándose de ella caminando con impotente rabia por la estancia antes de detenerse girando para, de nuevo, centrar los ojos en ella, situada ya a unos metros de él—. No puedes ser tan obcecada. ¿Qué honor o deber crees que siento si no hay peligro alguno de que surja rumor, chisme o simples motivos para ver en riesgo ni tu nombre ni el de tu familia? Tanto la condesa como el resto de las damas de tu familia se han asegurado con eficaz resultado de que no exista peligro alguno al respecto.

Anna le devolvió la firmeza de su mirada con renovada cabezonería:

—Aunque otros no lo sepan ni puedan saberlo, tú sí sabes lo que ha ocurrido y solo actúas así por deber hacia mi familia. Te consideras obligado respecto a ellos y por eso eres tú el obcecado ante la necesidad de unirnos en matrimonio, no intentes hacerme creer lo contrario. Si no hubiésemos estado esos días juntos, solos y sin conocerse ni nuestro paradero ni lo que hacíamos, a estas horas estarías cortejando a lady Cinthia.

—Por Dios bendito. —Exclamo con exasperación alzando los brazos antes de dejarlos caer—. Lo tuyo no es terquedad, es simplemente pertinaz obcecación. —La miró con furiosa mirada—. ¿Lady Cinthia? ¿Por qué diantres querría yo cortejar a lady Cinthia cuando no deseo tenerla a ella por esposa?

Anna cruzó los brazos al pecho con cabezonería:

—Eso no es verdad. Antes la imaginabas en ese papel, tú lo dijiste.

—Jamás ha salido tal cosa de mis labios ni siquiera cuando me agujoneabas con ello. Sé justa, Anna, nunca he dicho frente a ti, y con completa sinceridad y paz de conciencia puedo decir que, tampoco frente a nadie, que he deseado que el papel de esposa, vizcondesa y madre de mis hijos sea para lady Cinthia.

Anna abrió y cerró la boca varias veces pues viniéndole a la cabeza las veces en que ella lo embromó sobre ello, no recordaba escucharle decir que lady Cinthia era la mujer que deseaba como esposa, aunque tampoco lo negó lo que le dio a ella pábulo para entenderlo. Frunció el ceño enfadada, aunque no sabía si con él, con ella o simplemente con el hecho de que no sabía cómo lograr que él reconociese que le amaba o, lo que era peor, de no hacerlo, cómo lograr que sí la quisiera. Giró dándole la espalda tomando una bocanada de aire antes de con voz más calmada decir:

—Sigues sin decir qué motivos hay para que nos casemos.

Calvin se acercó con decisión a ella y tomándola de un hombro la hizo girar con suavidad para que le mirase. Lentamente alzó una mano que posó en su rostro acariciando con delicadeza su mejilla.

—Anna, con la mano en el corazón creo que seremos una excelente pareja y un excelente matrimonio. Tú eres preciosa, inteligente, cariñosa, terca hasta extremos

inauditos, pero también generosa, amable y absolutamente evocadora de mis deseos de hombre y estoy seguro que yo no te soy indiferente en ese sentido y también en otros muchos. Aunque te enfades conmigo, sé que me conoces lo bastante para esperar de mí que te cuide, proteja y aliente cuando lo necesites. Prometo no coartar tus sueños y hacer cuanto esté en mi mano para hacerlos realidad. ¿No son estos motivos bastantes para ti?

Anna suspiró cerrando los ojos dando un paso atrás antes de dejar caer ligeramente la cabeza negando con ella:

—No. Así no me casaré.

Calvin dio un paso hacia ella para abrazarla, pero ella rápidamente alzó el rostro mirándolo al tiempo que daba un par de pasos atrás.

—No. —Le detuvo—. No intentes enredarme.

Giró abriendo los ventanales y saliendo por ellos sin esperarle ni mirar atrás sintiéndose de pronto tremendamente triste y cansada. Atravesó la terraza y fue directamente hacia el salón de los ventanales preferido de la tía Blanche por estar orientados al jardín de los frutales, dejándose caer pesadamente en el banco bajo el gran ventanal mirando con pesar hacia los limoneros. No supo cuánto estuvo allí pero solo la voz de tía Blanche la sacó de su letargo.

—¿Cariño?

Anna giró el rostro, ligeramente surcado por lágrimas que no se hubo dado cuenta de que se le habían escapado.

—Cielo, ¿qué te ocurre? —Preguntaba sentándose junto a ella tomándole las manos.

Anna se encogió de hombros bajando el rostro.

—Calvin me ha pedido que me case con él. —Respondió casi en un murmullo ahogado.

La tía Blanche le empujó la barbilla instándola con suavidad a alzar el rostro para mirarla antes de preguntar aun conociendo la respuesta:

—¿Y tú no quieres casarte con él?

Anna negó con la cabeza:

—No, así no.

—¿Así?

—Solo porque se siente obligado.

La tía Blanche inspiró lentamente:

—¿Crees que solo desea casarse contigo porque se siente obligado?

Anna asintió.

—Le he preguntado muchas veces por sus motivos para casarse y nunca. —Se calló de golpe bajando de nuevo la mirada.

—¿Nunca? —La instó con suavidad la tía.

—Pues... —Anna tardó unos segundos en responder mortificada—. Nunca dice que me quiera y si no me quiere acabará arrepintiéndose y yo resentiré el que él no me quiera porque yo.

De nuevo se quedó en silencio con gesto de mortificación. La tía le tomó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas.

—Tú sí quieres mucho a lord Donver, ¿no es cierto?

Anna suspiró pesadamente antes de asentir.

—Cariño, ¿no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor sí te quiera?

—No, no me quiere. Le he dado muchas oportunidades y ocasiones para decírmelo, pero nunca lo hace. —Respondía sollozando—. Solo se siente en deuda con papá y el abuelo y conmigo por habernos visto obligados a pasar esos días huyendo solos.

—Pequeña, no puedes esperar que un caballero te abra sin más su corazón. Si lo que deseas para aceptar su proposición es que reconozca que te ama, quizás debas decirle lo que esperas o quizás él también desee escuchar de tus labios esa misma declaración.

Anna frunció el ceño asimilando lo que le decía y tras unos segundos negó con la cabeza:

—Papá siempre le dice a mamá que la quiere mucho y tío Max a tía Mel.

La tía Blanche se rio entre dientes tomándole de nuevo el rostro entre las manos:

—Pero, cariño, al principio, tardaron mucho en reconocer que las querían. Los hombres suelen ser bastante tercos cuando se trata de reconocer ciertas cosas, más aún cuando se trata de los sentimientos propios.

Anna se secó sin mucha delicadeza las mejillas tomando una bocanada de aire:

—Pues no me importa si le cuesta reconocerlo, yo quiero que Calvin me quiera y que me lo diga. No me casaré si no me quiere de verdad.

—Te recuerdo, pequeña cabezota, que tú acabas de decirme que le amas.

Asintió con un golpe tozudo de cabeza:

—Y si él no me quiere no puedo casarme con él por mucho que le quiera.

—Está bien. —Señalaba con voz animosa y firme incorporándose y tomándola mano de su sobrina nieta para ayudarla a ponerse en pie—. Si eso es lo que deseas, habremos de esperar que ese vizconde cabezota reconozca que te quiere o nada habrá de conseguir. Y, ahora, toma una buena bocanada de aire y vamos a animarnos con los muchos invitados que ahí fuera celebran que nada malo te ocurriese.

Anna tomó un par de bocanadas, enderezó la espalda y miró con determinación a su tía y después hacia los jardines.

—Es verdad. He de estar agradecida por sus desvelos. No es correcto que les corresponda con una mala cara y una actitud triste. —enredó el brazo en el de su tía y la sonrió—. Vamos, tía.

Calvin se dejó caer en uno de los sillones de cuero de la estancia cuando Anna salió por los ventanales tras rechazar de nuevo su petición. Era terca hasta lo imposible y por mucho que deseara alzarla y tomarla en sus brazos, hacerla suya y demostrarle lo mucho que se pertenecían, sabía que de hacerlo podría cometer precisamente el fallo final que le hiciera perderla para siempre. Gruñó dejando caer la cabeza entre las manos. A esas alturas habría logrado vencer la resistencia de cualquier mujer, tenerla embelesada y entregada, pero con Anna todo parecía demasiado complicado y cada paso infructuoso. Sentía una tremenda impotencia pues tenía al alcance de la mano lo que más deseaba, lo único que realmente deseaba y, al mismo tiempo, parecía tan lejana como la mismísima luna. ¿Cómo diantres se vencía la férrea cabezonería de Anna cuando ésta se convertía en un muro de obcecación y negación? Cerró los ojos dejándose caer en el respaldo del sillón de modo desgarrado fijando la vista en uno de los retratos de la habitación. Un retrato de Lady Julianna de joven que no era sino la viva imagen de Anna, idéntica en todo incluso en esa bonita y cariñosa sonrisa que brotaba de sus labios cuando se encontraba relajada y tranquila.

—Por fin. —La voz de James le hizo girar el rostro hacia los ventanales—. Llevo una hora intentando dar contigo pues me habían confirmado que ya te encontrabas en la casa. ¿Qué haces aquí? —Le preguntaba entrando en la estancia y colocándose frente a él.

Calvin gruñó cerrando los ojos dejando de nuevo caer la cabeza en el respaldo:

—Maldiciendo mi suerte de haber elegido por esposa a la más cabezota, terca y testaruda mujer de este mundo.

James soltó una carcajada acomodándose en el sillón parejo al suyo.

—¿Te pregunto qué ha ocurrido para tal maldición o doy por hecho que de nuevo has tenido una de tus pequeñas tiendas con cierta dama Mcbeth?

Calvin se inclinó hacia delante apoyando los codos en sus rodillas expirando con cansancio.

—Estoy a punto de gritar de pura impotencia, lo juro, James. Ya no sé qué hacer o decir para convencerla. Estoy seguro que Anna está enamorada de mí, pero aún con ello se niega a dar su brazo a torcer y a mí esta situación empieza a dejarme exhausto. La añoro incluso entrando en estancias donde ella nunca ha estado. Invade mi mente y con ello la veo por doquier y al saberla lejos siento verdadera añoranza de ella y de lo que me hace sentir cuando estoy con ella. A este paso acabaré volviéndome loco.

James le observó en silencio unos minutos:

—Hace pocos días me dijiste que sin ella no querías ni podías vivir, ¿es cierto? —Calvin alzó los ojos hacia su hermano asintiendo con determinación—. Pues no te dejes vencer, Calvin. No vayas a darte por vencido ni a rendirte sin más porque lo que perderías no lo recuperarías jamás. —Se puso en pie y le hizo un gesto de cabeza señalando una de las puertas—. Vamos, necesitas una copa y no creo que te convenga que cierto vizconde sobreprotector te vea con alguna copa de más si lo que pretendes es lograr la mano de su pequeña lady pastelera.

Ambos se marcharon de la mansión, aunque antes James dio una nota a Furnish para que se la entregare a su esposa y supiere que se marchaba con Calvin y así evitar que se preocupare.

Anna se despidió del último de los invitados cuando ya había anochecido, acompañando finalmente a sus abuelos hasta el carruaje que les llevó a su casa. Para cuando subió las escaleras de la mansión se sentía exhausta, pero sobre todo triste pues, tras su discusión con Calvin, no volvió a verlo y por mucho que lo buscó no lo halló suponiendo, finalmente, que se hubo marchado sin más, dejándola con un extraño nudo en la boca del estómago, pero, sobre todo, con una opresión en el pecho que no le parecía dejar respirar plenamente.

—Gatita, ¿te has divertido?

Le preguntaba su padre tomándola de la mano nada más llegó al vestíbulo llevándola con él de regreso al salón donde se encontraban su madre, la tía Blanche, Simon y Maxi, pues Meli se hubo retirado temprano.

—Sí, ha sido una gran fiesta. He visto a Vender lanzar como si fueran bolas de cañón a Aldo, Jason y algunos de los más pequeños a una montaña de heno que parecían haber colocado para tal fin.

Simon se rio alzando la vista hacia ellos desde el sillón frente a su hermano en el lugar donde ambos jugaban al ajedrez.

—Ha sido idea de Chris. Les ha retado a dejarse “lanzar” y todos se han apresurado a rodear a Vender exigiéndoles usarlos de balas de cañón. Se han divertido de lo lindo, aunque tía Mel y tía Cloe nos han reprendido porque dicen que tardarán días en quitarles el olor a heno de la piel.

—Y no se equivocan. Aldo, Jason y el resto de los que se han dejado lanzar, olían a cuadra y a heno a mucha distancia. —Se reía Maxi—. Y lo mejor es que todos ellos, cuando se marchaban, iban removiéndose y rascando como si se hubieren restregado por zarzas.

Anna se rio:

—¿Por eso andaban de ese modo? —Preguntaba divertida—. Era como si tuvieran lagartijas dentro de los pantalones. Pobrecitos.

—Ah, no, ni se te ocurra apiadarte de ellos. Los muy canallas me han dejado sin probar la tarta de melaza y la de ruibarbo. Comían a dos carrillos, junto a Albert y Julius, enormes trozos de pasteles sin permitir a los demás siquiera probarlos.

Julianna sonrió con cariño maternal al menor de sus hijos:

—No les culpes a ellos sino a tus dos hermanas y a Marian que les iban sirviendo, como si no existiere mañana, de cuanto dulce o plato les gustase y antojare.

Simon miró alzando una ceja impertinentemente a Anna:

—¿De modo que os habéis dedicado a consentirlos en perjuicio de los demás invitados con absoluto descaro e indiferencia hacia el resto de nosotros?

—Justo eso. —Afirmó Anna sonriendo y alzando la barbilla—. Además, les estábamos premiando por entrenar a Mac y por ayudar a colocar todos los juegos esta mañana.

La tía Blanche se rio:

—A cualquier cosa llamas tú ayudar. Esos cuatro enanos revoltosos se han dedicado a volver locos a los pobres lacayos y doncellas que sí ayudaban a colocar esos juegos y, sobre todo, enredar alrededor de Furnish que aún me asombro y maravillo de su poder de contención pues, sinceramente, no habría podido reprenderlo de haberlos insertado en una enorme pica.

Anna se reía inclinándose y besando en la mejilla a su tía:

—Ninguno de nosotros te cree, tía. Sabemos que te encantan esos cuatro enanos revoltosos y sus enredos.

—Bien, mis hermosas damas, pequeñaja impertinente, —iba diciendo Maxi poniéndose en pie—, yo parto ya pues tengo una cita con Sebastian y algunos amigos para presenciar las partidas de billar en White's.

Simon lanzó una mirada anhelante a su padre:

—¿Padre?

Cliff sonrió negando con la cabeza:

—Lo siento, Simon, pero, me temo, esta noche tú habrás de conformarte con esperar las noticias de Maxi. Ha habido tal avalancha de reservas en el club para asistir a la partida que solo los que como tu hermano se apresuraron a reservar lugar, podrán asistir.

Simon resopló de disgusto.

—¿Qué es eso de unas partidas de billar? —Preguntaba Anna curiosa.

Maxi se rio tomando el gabán y demás complementos que le iba cediendo Furnish para salir a la calle pues ya se hubo cambiado y llevaba ropa de noche.

—Algunos caballeros retaron a los americanos presentes o miembros del club a una fraternal pero no por ello menos encarnizada batalla en el tapete, entre americanos e ingleses y, finalmente, se ha preparado una especie de torneo para dilucidar quién se alza con el honor de ser el mejor, esperando todos los compatriotas respectivos que sea un americano o un inglés, más, en mi caso, me declaro traidor a mi patria pues he apostado por el señor Spencer que se ha revelado como un magnífico jugador. Así como lord Allen parece mejor tirador de esgrima, su hermano tiene mejores dotes para el billar.

—¿Has apostado? —Preguntaba Anna con su curiosidad más que incentivada.

Maxi se rio:

—No te escandalices, pequeñaja, tú sueles apostar a las cartas a la menor ocasión.

Anna resopló indignada:

—Pero yo solo apuesto cerillas. —Aseveró con terco gesto.

Maxi, Simon y su padre soltaron una enorme carcajada

—Serás mentirosa, pequeñaja. A mí has llegado a ganarme una libra sin ningún rubor, aunque sería más correcto decir que me la has robado con arteros ardides y viles engaños.

Anna sonrió deslizando los ojos a su tía y su madre que eran de las dos personas que más le habían enseñado a jugar junto con su abuela.

—Pero apostar contigo no cuenta.

De nuevo los tres caballeros se reían con su respuesta. Maxi aún lo hacía tras despedirse de todos y marchar a su cita.

Anna no tardó mucho en retirarse a su dormitorio, agotada.

Al otro lado de la ciudad, Calvin permanecía apoltronado en un sillón de White's que parecía abarrotado esa noche, pero que a él se le antojaba indiferente tanto el motivo de esa aglomeración como las risas a su alrededor. Él solo pensaba en Anna, en su terca Anna y en lo difícil que parecía ponerle el conseguir que de una vez por todas se diere por vencida. Llevaba varias horas bebiendo y refunfuñando con James a su lado soportando estoicamente todos esos refunfuños y quejas.

—Buenas noches, milores.

Una voz familiar les hizo a los dos alzar los ojos, a él con cierto esfuerzo sobre todo para atinar a fijar la vista en cara alguna debido a su más que evidente estado embriaguez.

—Lord Maximilian, lord Sebastian. —Les correspondía James puesto en pie a diferencia de él que se limitó a emitir un gruñido casi incoherente.

—¿No disfrutan de las partidas? —Les preguntaba Maxi no habiéndoles visto en las salas donde se habían colocado todas las mesas para el torneo.

James suspiró lanzando una mirada cansina a Calvin:

—Habré de conformarme con ir escuchando de boca de otros los resultados ya que, al parecer, hoy he de asumir el papel de custodio de mi hermano mayor.

Maxi y Sebastian lanzaron miradas divertidas a Calvin que se limitaba a refunfuñar entre murmullos etílicos “no hay mujer más terca”.

Maxi sonrió y lanzó una mirada comprensiva a James:

—Creo que, por esta noche, Seb y yo nos fingiremos ignorantes de a qué “mujer terca” se está refiriendo.

James suspiró pesadamente mirando de soslayo a Calvin.

—Voy a llevarlo a casa y, con suerte, caerá en la cama sin mayores contratiempos.

—¿Queréis que os ayudemos a meterlo en un carruaje? —Preguntaba Sebastian mirando a Calvin comprendiendo que en cuento se levantara de ese sillón caería a plomo al suelo tras todo lo que parecía haber bebido.

James negó con la cabeza:

—No os preocupéis, he traído el carruaje de este beodo. —Señaló con la cabeza a Calvin con evidente resignación—. Su cochero nos ayudará. Regresad a los salones de juegos pues mañana, posiblemente, os pida me deis detalle de lo acontecido.

Tras despedirse de ellos, James, con ayuda del cochero que hizo entrar, metió a Calvin en el carruaje y ya estaban cerca de Donver House, en Mayfair, cuando Calvin, con una agilidad y rapidez del todo asombrosa para alguien en su más que deplorable estado, saltó del carruaje y echó a correr calle abajo. James, sin poder evitarlo, tuvo que saltar tras él y perseguirle varias manzanas maldiciendo a los dioses cuando supo a dónde se dirigía el muy inconsciente.

Anna bajó corriendo las escaleras tras atarse presurosamente su bata de terciopelo encontrándose a sus padres, a la tía Blanche y a Simon en el vestíbulo que, aun vestidos con la ropa de noche, pues parecían haber estado relajadamente conversando en un salón hasta ese momento, iban camino del jardín ante los gritos que se oían desde el mismo. Furnish, abrió las contraventanas a tiempo para que ellos las cruzasen. Al llegar a la terraza, Cliff detuvo a Anna en el último escalón de las escaleras de acceso al jardín para que no bajare más mientras él se colocaba a su lado con los demás un par de escalones por detrás, viendo, frente a sí, una escena del todo inesperada y desconcertante. Calvin permanecía sentado con las piernas estiradas sobre el césped en una postura que revelaba que se había caído de modo involuntario y junto a él, con una rodilla en tierra, permanecía James con cara de resignación:

—Lo lamento. Se me ha escapado. Ahora lo llevo de regreso a casa para que duerma la... —estaba diciendo James mirándolos a todos cuando Calvin le interrumpió:

—¿Ves, James? Es preciosa. Incluso mirándome enfurruñada es lo más hermoso del mundo. —Decía Calvin con una voz pastosa y una sonrisa claramente etílica, señales inequívocas de su estado no demasiado bueno mientras señalaba con la mano a Anna y la sonreía bobalicón.

James se inclinó hacia su hermano para intentar ponerle en pie, pero él le dio un manotazo apartándolo sin dejar de mirar a Anna:

—Mírala, ni siquiera el alcohol consigue borrarla de mi mente. Mi bonita Anna... —Decía sonriendo de ese modo atolondrado que consiguen quienes no son conscientes de su estado, antes de hipar. Alzó los ojos a James como si no viere a nadie más que a su hermano y a Anna que permanecía frente a él y junto a su padre—. Pero es tan terca como una mula. Está decidida a no casarse conmigo. Pero yo soy más terco y pienso casarme con ella.

Rodó ligeramente como si intentare ponerse en pie, pero tras un traspiés dio con su cuerpo de nuevo en el suelo de modo desgarbado. Anna bajó el último escalón y se arrodilló junto a él haciéndole rodar para quedar boca arriba y asegurarse de que no se había hecho daño, pero Calvin la sorprendió incorporándose con asombrosa rapidez, dado su estado, dejándola sentada entre sus piernas, sonriéndole como un borrachín feliz e inconsciente, rodeándole la cintura con los brazos.

Cliff dio un par de pasos para ayudarla, pero Anna alzó la mano deteniéndole:

—No, papá. Está borracho, solo eso.

Calvin se rio dejando caer la cabeza apoyándola en su hombro:

—Incluso en mis sueños me proteges. No puedes evitarlo.

Anna giró el rostro y le miró enfurruñada alzándole el rostro para que la mirase:

—Estás borracho, vete a casa.

—No, si no vienes conmigo. —Respondía poniendo gesto extrañamente serio dadas las circunstancias. Tomó el rostro de Anna entre las manos y volvió a sonreír con esa risa propia de los borrachos mitad felicidad mitad inconsciencia—. ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

Anna miró de soslayo a su padre que permanecía de pie junto a ellos y después miró a Calvin suspirando con resignación.

—No pienso casarme porque creas que debes hacerlo, porque te lo dicta tu conciencia y unas absurdas reglas sociales.

Calvin soltó una risotada antes de volver a mirar su arrugado ceño de niña contrariada y mujer airada:

—Anna, me importan muy poco las reglas sociales. —Contestaba entre risas.

Anna, que vio que su padre iba a tomarla y separarla de él, alzó la mano y le detuvo porque, teniéndolo allí, iba a conseguir respuestas, respuestas que, de una vez por todas, le indicaren la verdad, la pura y sinceramente cruda verdad, gracias a su estado de semiinconsciencia.

—¿Por qué quieres entonces casarte conmigo? —Preguntó insistiendo.

Calvin se rio y le deslizó un dedo por la frente hasta la nariz.

—Jamie, mira qué bonita está cuando se enfada. Solo yo consigo que se enfade así. Se enfurruña y me llama incordio. —Se rio divertido rodeándola de nuevo por la cintura acercándola ligeramente—. Pero soy su incordio. Solo suyo.

—Calvin, concéntrate. —Le decía Anna tomando su rostro—. Si no empiezas a decir cosas con sentido, me marchó.

—No, no, no, no. No te vayas. —Respondía él tras hipar cerrando un poco más los brazos para anclarla en ese lugar—. No te vayas. Tienes que casarte conmigo.

Anna suspiró pesadamente:

—Pero ¿Por qué? ¿Por qué quieres casarte conmigo? Dices que no te importan las reglas, así que ¿por qué?

Calvin soltó una risotada echando la cabeza hacia atrás para mirar a James:

—¿Oyes, James? Es terca hasta en mis sueños. Quiere saber por qué me quiero casar con ella. ¿Qué pregunta más absurda? —Bajó el rostro y miró a Anna de nuevo sonriendo como un borracho alejado de la realidad—. Mi dulce, valiente, hermosa y terca Anna. Mi Anna. Mi lady pastelera...

Bajó el rostro y la besó en la sien y después en la mejilla y Anna hizo una mueca de disgusto empujándole un poco mientras decía:

—Apesta a coñac.

Calvin se rio:

—Bueno, es lo que ocurre cuando bebes coñac. —Respondía divertido sonriendo y mirándola con ojos risueños y traviosos al tiempo que claramente distraídos por el alcohol. —Pero no sirve de nada. Por mucho que beba, mi Anna está en mi mente. Siempre está en mi mente. —La miró con una extraña fijeza—. Qué hermosa eres, Anna.

Anna gruñó:

—Deja de decir tonterías. James va a llevarte a casa. —Dijo poniendo las manos en su antebrazo con intención de impulsarse, pero él la retuvo de nuevo.

—No, no. Tienes que venir conmigo. Tienes que cuidarme y protegerme. —Decía cerrando los brazos y abrazándola lo que la obligó a ella a abrir los brazos para ponerlos en sus hombros.

De nuevo Anna vio a Cliff hacer el gesto de ir a por ella de una vez, pero lo detuvo:

—No, no, papá. Déjame a mí. —Separó un poco el rostro para poder ver a la cara a Calvin—. Calvin, déjame. Es tarde y he de ir a acostarme y tú has de regresar a casa. James te llevará a casa.

—No. —Negó con la cabeza desordenándose un poco más su melena oscura lo que casi hizo sonreír a Anna porque realmente parecía un niño cabezota negándose a ir a la cama ante el mandato de sus padres. —Quiero a mi Anna. Ven conmigo. Tienes que casarte conmigo. Voy a convencerte de que eres mi Anna y yo soy tu Calvin. El estigma que te acompañará hasta el fin de los días, porque soy tu estigma, solo tuyo. De mi Anna. Me gusta ser tu estigma. —Inclinó la cabeza y la acomodó meloso en el cuello de Anna mientras ella lanzaba una mirada avergonzada a Cliff que, a su vez, la miraba cada vez más ceñudo.

Anna le empujó un poco para separarlo, pero él se resistió y solo consiguió que alzase el rostro sin romper su abrazo.

—Calvin, has de marchar con James.

Calvin resopló frunciendo el ceño:

—No hasta que me digas que te casarás conmigo. Dime qué he de hacer para que te cases conmigo, Anna.

Anna gimió cerrando los ojos antes de abrirlos cabezota:

—Decir por qué quieres casarte conmigo. La verdad.

Calvin gruñó abriendo y alzando los brazos al aire como si estuviere vencido por la naturaleza y se quejare por ello:

—No hay mayor terquedad que la de una mujer que no quiere ver, oír ni entender. —Suspiró negando con la cabeza antes de mirarla con esos ojos brillantes del alcohol y esa mirada resignada—. Quiero casarme con mi Anna. Eso es todo. Eres mía, Anna.

—Pero qué pesado. Deja de decir eso. —Refunfuñó mirándolo ceñuda—. No soy tuya.

Calvin gruñó cerrando de nuevo los brazos mirándola con ojos cada vez más distraídos.

—Sí, eres mía. —Respondió como si fuera un niño reclamando su juguete—. Eres mi Anna. Vas a casarte conmigo porque me quieres, aunque sea un poquito. Y yo voy a casarme contigo, porque, porque, porque —Resopló quedándose callado dejando a Anna con ganas de golpearle.

—¿Por qué? —Preguntó enfadada.

Calvin se rio de nuevo con esa risa de borrachín divertido.

—¿Por qué no? Eres hermosa, buena, cariñosa, demasiado inteligente incluso para mi bien, me encanta verte refunfuñar y más si lo haces por algo que yo he dicho o hecho, y me gusta mucho verte reír, abrazarte y besarte. —Anna se tornó amapola mirando de soslayo a su padre al que oyó gruñir—. ¿Qué por qué quiero casarme con ella? —Preguntaba alzando el rostro en dirección a su hermano que le miraba, como Cliff, cada vez más desesperado—. Qué pregunta más absurda. —Repitió bajando el rostro y fijando sus vidriosos ojos en Anna—. Porque eres mi Anna, mi lady pastelera, mi protectora. Mi Anna —murmuró finalmente su nombre dejando caer la cabeza en su hombro encajándola meloso en su cuello besándoselo suave—. Mi Anna. —Repitió cada vez con voz más pesada y lenta antes de suspirar—. Quiero a mi Anna. Anna tiene mi corazón. Es mi corazón. —Dijo finalmente casi en estado de inconsciencia pues se quedó abrazado a ella unos largos segundos hasta que Anna se removió un poco y él cayó a plomo de espaldas sobre el césped, inconsciente, con los brazos abiertos en cruz de modo desgarrado.

Anna sentada entre sus piernas lo observó unos segundos desconcertada hasta que unos brazos fuertes la auparon dejándola en pie al lado del cuerpo inerte de Calvin. Cliff se inclinó de nuevo, pero esta vez para tomar por un brazo a Calvin mientras que James lo tomaba por el otro.

—Lo subiremos a la habitación de invitados de la primera planta.

Fue Cliff el que lo indicó mientras lo incorporaban y Anna se apartaba sin dejar de mirar el rostro inconsciente de Calvin y cuando lo hubieron puesto en vertical sosteniéndole como un peso muerto, Anna sonrió de pronto divertida. Miró a su padre antes de que este diere paso alguno y estirando el brazo acarició la mejilla de Calvin que tenía la cabeza apoyada desgarradamente en el hombro de su hermano.

—Sé bueno con él, papá. Tienes que cuidarlo bien para que sea un buen marido.

Cliff suspiró pesadamente alzando los ojos al cielo.

—Qué cruz. Gatita, ya puede ser un magnífico marido porque lo que es beber no es algo que sepa hacer bien.

Anna se rio entre dientes mirándolos indistintamente antes de apartarse y dejarle el camino libre para que pasaren a la terraza y al interior de la casa.

Anna les siguió cruzando los brazos a la espalda, caminando con pasos risueños mientras sonreía y, al pasar junto a su tía, la sonrió con picardía.

—Sigo la tradición familiar, tía. Ahora soy la salvadora de mi marido y él me quiere y me querrá mucho porque sabe que no puede vivir sin mí. —Señaló con satisfecha complacencia.

Tía Blanche y Julianna la miraban pasar con esa sonrisa de satisfecha felicidad y se rieron echando a andar tras ella después de una declaración tan poco ortodoxa y al tiempo sincera de cierto vizconde enamorado.

Calvin amaneció con un enorme dolor de cabeza y el cuerpo dolorido, signo inequívoco de la ingesta de alcohol de la noche anterior. Abrió los ojos con esfuerzo rodando por la cama para quedar boca arriba. Su cerebro tardó un poco en funcionar y con ello en ser consciente de hallarse en un lugar desconocido. Se incorporó haciendo de inmediato un gemido de dolor llevándose una mano a la cabeza. Miró en derredor incapaz de reconocer la habitación en la que se hallaba. Se miró el cuerpo y estaba aún vestido con la ropa de noche.

—Ahora que por fin regresas al mundo de los conscientes, que no de los seres racionales, pues, tú, hermano, eso no lo serás en la vida, creo que mereces ese dolor de cabeza que por tu cara veo empiezas a sufrir con intensidad.

Calvin giró el rostro encontrándose, en una puerta cercana a la cama, a James con el hombro apoyado en el umbral.

—¿Dónde estoy?

—En la mansión Brindfet.

Calvin frunció el ceño mientras se removía y sacaba las piernas de la cama quedando sentado en un lado de ella.

—¿Me has traído tú? —Preguntaba desconcertado.

James se rio:

—Ni por asomo. Digamos que te seguí con esfuerzo hasta aquí.

Calvin alzó los ojos mirándole con esfuerzo:

—¿Vine yo? No recuerdo...— gruñó dejando caer la cabeza entre las manos.

Escuchó las risas de James mientras decía:

—Ya he pedido una cafetera pues presumo necesitarás más de una taza.

Calvin gruñó sin alzar la cabeza.

—¿Qué ocurrió anoche?

James se rio entrando en la habitación y tomando asiento en una silla frente a la cama estirando las piernas y cruzándolas a la altura de los tobillos.

—Pues, desde un punto de vista de cortesía y decoro, creo que cometiste más de una infracción por la que deberás disculparte con los habitantes de la casa. — Calvin alzó el rostro y le miró con enfado y advertencia, pero James ensanchó su sonrisa disfrutando al ver a su hermano en tal situación—. No todo fue malo, hermano. Al menos lograste que lord Cliff no te disparase, claro que eso solo has de

agradecérselo a cierta damita con tendencia a protegerte por algún inexplicable motivo.

Calvin frunció el ceño intentando hacer memoria, pero su mente estaba completamente alejada de allí.

—¿Qué hice?

James se encogió de hombros justo cuando dos golpecitos en la puerta anunciaron la llegada del café:

—Será mejor que te tomes el café, asees y vistas. Tu valet espera en el vestidor con tu ropa. Mejor adecéntate y únete a los demás en los salones.

En cuanto vio que James se marchaba al tiempo que entraba una doncella con la bandeja, Calvin se enderezó ligeramente:

—Espera. Dime ¿qué ocurrió?

James le saludó con la mano sin siquiera detenerse ni volverse para mirarlo:

—Te esperamos abajo. Espero que tengas una buena disculpa preparada. — cloqueó la lengua conteniendo una carcajada sabiéndolo a punto de entrar en cólera—. Después de todo, no es usual encontrarse a un vizconde en el jardín ebrio y con las facultades más que afectadas.

—James. —Lo llamó enfadado, inútilmente pues la puerta se cerró dejándole ignorante aún de lo ocurrido, con una jaqueca tremenda y, ahora, además, malhumorado.

Tras asearse y vestirse con la ropa que James hubo enviado traerle, Calvin salió de la habitación encontrándose, una vez en el vestíbulo, a Furnish, con gesto impertérrito y formal, que enseguida hizo una suave reverencia.

—Milord.

—¿Puede decirme dónde se encuentran los señores?

Furnish asintió girando con un gesto de cortesía:

—Si sois tan amable, milord, os guiaré. La familia se encuentra en el salón que da a los jardines.

Calvin asintió dejándose guiar por la elegante mansión hasta un salón cuyas puertas abrió el mayordomo cediéndole el paso. Calvin se tragó un brusco exabrupto cuando vio un sinfín de caras girando desde distintos puntos del salón hacia su dirección. Estaban todos, el conde, sus hijos y nietos, la señora Brindfet, el almirante, sus hijos y nietos y, por supuesto, su hermano con su esposa Mely. Sin embargo, todos desaparecieron cuando la vio ponerse en pie, dejar al pequeño Mac en manos de su madre y caminar risueña hacia él. Se detuvo delante de él sonriendo y con aspecto de duende travieso a punto de cometer alguna fechoría.

—Ven.

Le tomó de la mano sin ceremonias girando y llevándolo tras ella y que, desconcertado, se dejó llevar. Lo detuvo frente a su padre y ensanchando aún más su

sonrisa y sin soltarle la mano señaló con gesto, extrañamente risueño y terco al mismo tiempo:

—Ahora, sé bueno y pide mi mano a mi padre. Dile lo mucho que me quieres y necesitas y lo vacía y sin sentido que estará tu vida sin mí a tu lado.

Calvin escuchó algunas risas entre dientes a su alrededor mientras él miraba con fijeza a Anna.

—Bueno, ¿a qué esperas? —Le azuzó dejándole un instante más desconcertado aún.

—¿Y eso es todo? ¿No vas a refunfuñar, discutir o mostrar tu vena terca? — Preguntó empezando a esbozar una sonrisa extrañamente divertido aun sabiéndose observado por todos cuantos les rodeaban, desde niños hasta adultos.

Anna se encogió de hombros con aire inocente y respondió:

—He decidido que, con algunas pequeñas enseñanzas, y cuando te acostumbres a mostrarte solícito, obediente y del todo encantador para conmigo, una adorable y sin igual esposa, llegarás a ser un marido excelente.

Calvin sonrió negando con la cabeza:

—¿Pequeñas enseñanzas?

Anna asintió:

—Bueno, si vas a casarte con una dama Mcbeth, has de aprender que siempre, siempre, tenemos razón y que no hay motivo alguno para no creer que mi opinión será más acertada que la tuya.

Calvin alzó una ceja, inquisitivo:

—Aun a riesgo de verme golpeado por más de una de esas damas Mcbeth, dudo que llegue a aprender o, al menos, seguir a pie juntillas esa lección. Puede que admita tu terco acierto en alguna ocasión, más, también has de reconocer que tu futuro esposo es un hombre cabal, inteligente y del todo capaz.

Anna resopló frunciendo el ceño:

—Capaz de convertirse en el mayor incordio sobre la faz de la Tierra.

Calvin se rio tirando de su mano acercándola a él y, por sorpresa, abrazarla besándola en la frente:

—No refunfuñes, mi dulce Anna. —Señalaba bajando la voz cerrando los brazos a su espalda encajándola en su cuerpo con la cabeza en su hombro indiferente al posiblemente poco decoroso gesto antes de alzar la cabeza mirando a Cliff, de pie tras Anna, y sin soltar a ésta añadía—: Milord, ¿me concederíais el inmenso honor de otorgarme la mano de vuestra hija, lady Anna? Prometo cuidarla, protegerla y, como bien ha indicado ella, quererla mucho, hasta el fin de mis días.

Cliff suspiró mirando a Anna que, sin separarse de él y con la mejilla apoyada en el hombro de Calvin, le miraba con sus hermosos ojos miel brillantes, ilusionados y esperanzados.

—Milord, os concedo su mano, más, os convendría no volver a probar copa alguna de coñac.

Anna se rio traviesa enterrando el rostro en el hombro de Calvin mientras éste miraba avergonzado y con una disculpa silenciosa a Cliff antes de bajar la cabeza hacia Anna que no le miraba.

—No te rías de tu prometido.

Anna alzó el rostro rodeándolo por la cintura con ambos brazos acomodándose mejor en sus brazos:

—No puedo prometer tal cosa cuando mi prometido tiene una alarmante tendencia a decir y hacer ciertas inconscientes tonterías. Pero aun riéndome de ti, prometo protegerte de los idus de mi padre y de la de los demás.

Calvin sonrió alzando los ojos hacia Cliff que se reía como algunos varones de la familia.

—No os preocupéis, milord, las damas de esta familia suelen ser fieras protectoras de los caballeros.

—Es verdad. Siempre nos cuidan.

Una vocecita sonó al otro lado del salón y cuando Calvin giró hacia ella para hallarla, se encontró con Aldo mirándolo sonriente y orgulloso.

Anna se reía separándose ligeramente de Calvin rompiendo el abrazo, abriendo los brazos en dirección a Aldo.

—Ven, mi pequeño protegido. Vayamos a asaltar la cocina y tomar unas ricas galletas antes de que traigan el té, seguro logramos que Furnish finja no vernos. Dejemos a estos caballeros que se defiendan solos por un ratito.

Miró de soslayo a Calvin mientras Aldo saltaba de su asiento y corría hacia Anna para enseguida abrazarse a ella antes de salir del salón con Jason, Albert y Julius apresurándose a seguirles. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Calvin miró a Cliff y a las dos damas sentadas junto a él.

—Según tengo entendido, debiera disculparme por el incidente de anoche, del que, me temo, no recuerdo nada.

Julianna sonrió mientras que la tía Blanche señaló con un dedo el asiento frente a ella para que se acomodare en él:

—No os apuréis, milord, estamos acostumbradas a que los caballeros cometan algunas locuras poco decorosas antes de comprender la verdad innegable a la que han de hacer frente. Ser presas de ciertas damitas.

Cliff se rio negando con la cabeza:

—Unos cometieron unas locuras mayores que otros en el pasado, tía. —Lanzó una mirada de desafío a Max que se rio con una sonora carcajada—. No es justo que a todos se nos juzgue por igual.

—Todos iguales, me temo. —Señaló la tía Blanche sonriendo—. Todos igual de ciegos por un tiempo y carentes de sensato parecer y actuar cuando abrieron los ojos.

Se escucharon varias risas femeninas antes de que comenzaren a conversar relajadamente, sabiendo Calvin, que lo hacían para que él se sintiere a gusto. Tras un rato regresaron a la carrera los cuatro pequeños con Anna siguiéndoles y riéndose de alguna trastada. Aldo, con confianza, se sentó junto a Calvin y le miró con un visible rastro blanco alrededor de la boca que le hizo reírse mientras Anna se sentaba junto a Aldo. El pequeño alzó una mano dentro de la que llevaba un pequeño trapo envolviendo algo.

—La prima Anna nos ha dejado tomar galletas del tarro grande. Están muy ricas.

Calvin se rio viendo al pequeño enseñarle su alijo mientras Anna tomaba un pañuelo:

—A ver, enanito glotón, gira tu travieso rostro hacia mí. —Aldo sonrió girando la cabeza y Anna de inmediato se lo pasó por la boca y las mejillas—. Este rastro te delata.

Aldo se rio travieso removiéndose y sentándose en el regazo de Anna que lo dejó hacer mientras que Calvin aprovechó el movimiento del pequeño para acercarse a ella. De nuevo Aldo lo miró con interés:

—Cuando os caséis con Anna habréis de invitarnos a jugar a vuestra casa. Ha prometido que nos seguirá haciendo dulces, jugando con nosotros y llevarnos de paseo, como siempre.

Calvin se rio deslizado los ojos hacia Anna y recorriendo con ellos su rostro ligeramente sonrojado con deliberada lentitud.

—Mi querido, lord Aldo, estáis formalmente invitado a visitarnos y considerar nuestra casa como la vuestra propia cuanto gustéis y prometo hacerme el ignorante de cuántos dulces robe a nuestra particular dama.

Aldo asintió con un golpe firme de cabeza sonriendo satisfecho:

—Iré a veros y jugar con los dos. El abuelo me acompañará. —Se inclinó un poco hacia Calvin como si fuere a contarle un secreto—. Él también querrá comer las galletas y los dulces de Anna.

Anna se rio besándole la coronilla.

—Enanito delator. —Murmuraba riéndose.

Aldo alzó la vista hacia ella echando la cabeza hacia atrás:

—Bueno, es verdad. El abuelo siempre se come tus dulces y los de tía Juls antes que nadie. Y cuando tengas tu pastelería iremos todas las tardes a tomar el té allí. Lo has prometido.

Anna se rio besándolo en la frente acomodándolo de nuevo con su espalda apoyada en ella, pero, unos minutos después, Mel tomó al menor de sus hijos en brazos y lo sentó junto a su padre para tomar el té aprovechando Anna para recuperar de manos de su madre a su cachorro que dejó acomodado en su regazo. Calvin tomó la mano de Anna dentro de la suya acariciándosela cariñoso y tierno.

—¿Te gustaría que saliéremos a dar un paseo por los jardines?

Anna asintió y sorprendiéndolo apoyó la cabeza en su hombro de modo relajado indiferente a hallarse rodeados por toda su familia.

—Esperemos a que termine el té.

Calvin sonrió inclinando la cabeza besándola en la frente.

—Como guste, mi terca prometida. Después pasearé con mi dulce Anna y nuestro perrito. —Respondía pasando un dedo entre las orejas del perro adormilado en el regazo de Anna.

—Mi perrito. —Respondía terca alzando el rostro hacia él—. Ser mi marido no te convertirá en el amo y señor de Mac. Además, te recuerdo que cuando te muestres irracional y terco se lanzará con fiereza a por tus posaderas que morderá con firme determinación.

Calvin se reía inclinando el rostro besándola después en la frente:

—No lanzarías a Mac contra tu encantador esposo.

—Sí, sí que lo haría. Es más, se me antoja que en el futuro será una de mis actividades recurrentes, preferidas y que más me placerán a mí y, también, a Mac.

Calvin sonrió tomando a Mac con la mano libre alzándolo frente a su rostro:

—No creo que a Mac le agrade mucho mi trasero.

No llegó a terminar la frase porque Jason se sentó en el borde de la mesa frente a ellos y alzando los brazos le quitó a Mac de las manos:

—¿Puedo darle la leche y un poco de pan de avena?— preguntaba mirando a Anna.

—Puedes, pero asegúrate que se lo come todo.

Jason asintió sonriendo llevándose enseguida a Mac junto a la chimenea donde estaban sentados Albert y Julius con sendos trozos de bizcocho que devoraban cerca de algunos de sus primos y hermanos mayores.

—Esos pequeñajos convertirán al pacífico Mac en una fierecilla indómita. —Decía Calvin mirando de soslayo a Jason tumbándose boca abajo tras poner un cuenco frente a los morros de Mac.

Anna resopló y lo miró desafiante:

—Lo convertirán en una mascota fiera y protectora de su dama Mcbeth y que tiemblen quienes intente molestar a esa dama.

En cuanto terminó el té, Calvin, disculpándose con algunos de los presentes, se llevó a Anna a los jardines paseando con ella unos minutos en silencioso relajo llevándola de la mano como dos jovenzuelos atolondrados. Al ver el cenador situado en el centro de la parte del terreno dedicado a los árboles frutales o aromáticos, la condujo hasta allí. Una vez dentro, y seguro de hallarse lejos de la vista de otros y resguardados de miradas indiscretas gracias a la vegetación que les rodeaba, acomodó a Anna en el banco, pero no dejándola sentarse en éste, sino en sus rodillas lo que hizo que ella sonriese de pronto divertida al tiempo que alzaba los brazos y le rodeaba los hombros con ellos.

—Si no fueras mi descarado prometido, te diría que procedes como todo un canalla seductor.

—Si no fueras mi deliciosa prometida, me vería en la obligación de destripar al canalla que se atreviere a sentarte en sus rodillas pues no consentiría que nadie me alejare de mi fiera Mcbeth.

Anna sonrió más aún mientras Calvin cerraba sus brazos en su cintura acercándola más a su pecho y cerniéndola sobre él. La besó en la mejilla acariciándosela con los labios antes de deslizarlos por su piel camino de su cuello donde de nuevo la besó de modo sensual, provocativo y travieso.

—¿Por qué has consentido que pidiese tu mano a tu padre y me has aceptado?
—Preguntó curioso tras unos segundos.

Anna separó ligeramente su rostro de él para poder mirarle a los ojos.

—Porque por fin me diste el motivo que quería para casarme con un incordio como tú.

Calvin soltó una carcajada sorprendido por el tono de casuística diversión de ella.

—¿Y cuál fue tal motivo?

—Reconociste, por fin, que me querías mucho. Además, sabes que, sin mí, tú vida corre serio peligro pues tiendes a la mayor de las incompetencias en lo referente a conservar y mantener tu vida a salvo, sabiéndote necesitado de mí para la protección de tu persona.

Calvin se reía dedicándole una mirada traviesa y un poco sorprendida.

—Ahora debieras ser tú la que reconocieses tu inconmensurable amor por un ejemplar de varón sin parangón como este que ha reconocido, al fin, quererte mucho a pesar de sus muchas debilidades y carencias en lo que a su vida se refiere.

Anna hizo un mohín con los labios antes de contestar seria:

—Pero lo dijiste estando muy borracho.

Calvin sonrió alzando una mano posándola en su mejilla sosteniéndole con delicadeza el rostro.

—Cariño, los infantes y beodos son los únicos que jamás mienten. Debieras, por ello, considerar como una verdad inmutable e irrevocable tal confesión.

Anna resopló mirándolo ceñuda:

—¿Ni siquiera vas a ser capaz de reconocerlo ahora?

Calvin sonrió travieso ladeando la cabeza deslizándola en su cuello donde la acomodó acariciándole la piel suave y cálida con los labios.

—Te quiero, mi preciosa Anna. —Dijo con la voz suave y cadenciosa antes de enderezarse y volver a mirarla a los ojos—. Te amo y adoro a pesar de que me vuelvas loco, me reprendas, incluso antes de hacer o decir nada y a pesar de saberte incapaz de colocarme por encima de ciertos pequeñajos tiranos y mandones que acaparan tu atención y mimos sin miramientos.

Anna sonrió brillándole sus bonitos ojos topacios con viveza.

—Bueno, quizás por encima no, pero puede que llegues a estar a su misma altura si te portas muy bien conmigo y me obedeces.

Calvin le dio un mordisco jugueteón en la barbilla mientras ella se reía:

—No seas mala conmigo, terca Anna. Se tú también buena y di que me quieres. A mí también me gustaría escuchar de labios de mi dulce prometida tal confesión.

Anna se rio de pronto divertida y avergonzada acomodando su cabeza en su hombro melosa y también con cierto aire pícaro.

—Está bien, pero si confesare tal cosa habrías de hacer algo por mí.

—Pero, serás desvergonzada. —La zarandó ligeramente sin cambiar su postura—. ¿De modo que para que confieses tu amor por mí he de ganármelo mediante un pago? —Anna se rio enterrando más su rostro en su cuello cerrando sus brazos a su alrededor—. A ver, pequeña chantajista, ¿Qué he de hacer para ganar tal confesión?

Anna se rio traviesa sin apartarse de él antes de tomar una buena bocanada de aire y enderezarse para mirarle al rostro con gesto serio:

—Debes prometer que cuando estemos casados no intentarás cambiarme. No impedirás que tenga mi pastelería. Y no me impedirás ayudar a tía Mel, a mamá y a tía Blanche en el orfanato.

Calvin, que había tornado su rostro tan serio como el de ella, tomó la cara de Anna entre sus manos firme, pero con gesto suave:

—Anna, no quiero que cambies ni un ápice. Eres perfecta tal y como eres. Terca, tenaz, obstinada, cabezota, pero también tierna, cariñosa, generosa, inteligente y con esos cautivadores ojos en los que me perdería cada día con auténtico placer.

Le acarició las mejillas con los pulgares lentamente mientras Anna, sonriendo, dijo al fin:

—Te quiero mucho, Calvin, y me pasaré la vida reprendiéndote y riñéndote, pero lo haré porque te quiero mucho y he de corregir tus innumerables errores y, sobre todo, protegerte de tu propia inconsciencia.

Calvin soltó una risotada cerrando de nuevo los brazos a su alrededor pegándose del todo al pecho.

—Es la declaración más impertinentemente sincera que he escuchado, mi terca dama.

—Bueno, has prometido no querer cambiarme. —Contestaba Anna dejando caer la cabeza en su hombro.

—Anna.

La llamó tras un par de minutos en que la mantuvo abrazada de ese modo que parecía calmarlo al saberla, con él, a salvo y relajada en sus brazos. Cuando ella alzó la cabeza para mirarlo, él tomó su rostro entre sus manos acercándose al suyo para besarla de modo suave y tentador.

—¿Me permites venir a verte esta noche?

Anna apartó un poco el rostro para poder mirarle a los ojos:

—¿Esta noche?

Calvin sonrió como un lobo a punto de devorar a una ovejita.

—Me gustaría venir a ver a mi dama y postrándome a sus pies, proclamar ante ella mi amor, obediencia y pleitesía para después poder demostrarle cuán rendido tiene cierta terca dama a este caballero.

Las mejillas de Anna se colorearon de inmediato rubor, pero enseguida sonrió:

—No creo que guste a mi padre tal demostración de pleitesía de llegar a descubrirlo.

Calvin se rio entre dientes con cara de pícaro:

—Razón por la que mi protectora dama, deberá, no solo asegurar el secreto sino, además, el debido cuidado para garantizar que mi romántico plan tenga un final feliz.

—¿Romántico? —Preguntaba riéndose.

—Muy romántico. —Respondía tajante y orgulloso mirándola desafiante—. ¿Dudas acaso que mi plan sea romántico, terca dama?

Anna se rio impulsándose y poniéndose en pie frente a él sin dejar de mirarlo:

—Lo que creo, canalla de medio pelo, es que tu plan no es sino una muestra inequívoca de los abyectos motivos y fines que se propone tu maquiavélica mente.

Giró riéndose saliendo a la carrera con Calvin lanzándose a por ella mientras decía:

—Ven aquí, endiablada mujer. Yo te enseñaré cuán maquiavélico me obliga a ser mi cabezota prometida.

Anna se reía recorriendo los caminos del jardín a la carrera con Calvin corriendo tras ella. Al alcanzar los jardines que rodeaban las rosaledas, Anna se detuvo jadeante dejándose caer en la hierba para a continuación hacerlo a su lado Calvin. Éste abrió la mano y atrapó la de Anna dentro de la suya mientras ambos recuperaban el resuello con los ojos fijos en el cielo sobre ellos. Se quedaron unos minutos así hasta que se vieron interrumpidos por las risas traviesas de los niños que de inmediato se lanzaron sobre ellos haciéndoles también reírse mientras se enderezaban para quedar sentados sobre el césped con los cuatro niños enredando a su alrededor o sobre ellos.

Enseguida se pusieron a jugar con ellos por el jardín con Mac correteando a su alrededor como loco arengado por Anna, por los niños e incluso por Calvin. Finalmente fueron llamados para prepararse antes del almuerzo regresando a la casa. Calvin, al que le habían llevado ropas y algunos enseres esa mañana, se aseó y cambió con ayuda de su valet, pero antes de salir de la habitación en que le hubieron acomodado, vio a Anna hacerle una señal discretamente desde un rincón para que despidiere a su valet y les dejase solos sin que la vieran, lo que de inmediato obedeció.

Curioso, caminó directo hacia el rincón donde se escondía tras la marcha del valet sabiéndolos no solo sin compañía sino con las puertas cerradas. Anna sacó discretamente la cabeza de su escondite para asegurarse que estaban solos y cuando lo vio acercándose a ella salió riéndose y, corriendo, se lanzó a sus brazos, recibiendo Calvin en ellos con idéntico entusiasmo.

Anna le rodeó el cuello con los brazos mientras él la aupó para ponerla a su altura.

—Hola, mi traviesa dama.

Anna se rio dándole enseguida un beso en los labios, fugaz y travieso.

—Quiero que hablemos de una cosa.

Calvin sonrió llevándola, sin soltarla, hasta la cama donde los dejó caer abrazados. Enseguida le acarició el rostro con la mano y la besó procurando no mostrarse en exceso ansioso o reclamante pues de perder el control no podría recobrarlo con ella en sus brazos pues ya se sabía perdido y vencido en lo que a Anna se refería.

—¿De qué quieres hablar, mi hermosa Anna? —Le preguntaba con voz serena y cadenciosa sin dejar de acariciar su rostro.

Anna suspiró frunciendo ligeramente el ceño mientras enredaba los dedos nerviosamente en su corbatín a la altura del nudo del cuello con los ojos fijos en dicho punto.

—Pues, verás, es que... —se quedó un instante callada antes de volver a suspirar alzando la vista hacia los ojos azules de Calvin que sonreía de modo paciente y cariñoso—. Verás, Meli me ha dicho que tu casa en la ciudad está cerca de aquí y que es bonita y agradable y eso, pero... —se mordió el labio nerviosamente

—¿Pero? —La instó él con suave paciencia.

Anna de nuevo suspiró sin dejar de enredar sus dedos en su corbatín que prácticamente había deshecho.

—Bueno, me preguntaba... en fin... que... no te enfades, pero, cuando estemos en la ciudad... —de nuevo se detuvo y Calvin la sonrió divertido.

—Cuando estemos en la ciudad te gustaría pasar un poco de tiempo en casa de tía Blanche, quizás, incluso, residir aquí en algunas ocasiones.

Anna asintió mirándole sintiéndose ligeramente culpable.

—Ay, cariño, —se reía Calvin acercando sus labios a los de ella—. No has de sentirte avergonzada ni culpable por querer pasar tiempo junto a los tuyos. He prometido ser un marido que hará todo lo posible para hacerte feliz y si pasar tiempo en esta casa con tu tía, tus padres y los tuyos lo logra, no seré yo quién te lo impida, más al contrario, no he de negar que me agrada mucho recibir atenciones de las fieras Mcbeth.

Anna sonrió:

—Bueno, es que las fieras Mcbeth prodigamos atenciones a quienes lo necesitan y ¿quién más necesitado que mi inconsciente y poco capaz de cuidarse incordio?

Calvin deslizó los labios por su piel riéndose hasta enterrar el rostro en su cuello cerrando los brazos bajo su cuerpo.

—No he de negar que me siento honrado de ser el incordio de la más terca y dulce de las damas Mcbeth.

Anna se reía dejándole hacerle cosquillas con los labios en su cuello y tras su oreja de modo juguetón por unos minutos antes de escuchar el gong de llamada del almuerzo. Calvin alzó el rostro sonriendo casi de inmediato al ver el rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Se inclinó y tomó sus labios con auténtica hambre, tensando firmes las riendas de su deseo y de ese reclamo interior que de dejarlo libre podría llevarlo a cometer una locura, no sin antes, concederse la pequeña licencia de saborear una muestra de ella de sus labios. Suavizó poco a poco el beso dándole un poco de tiempo a Anna a volver al mundo de los vivos tras unos segundos, sin separarse de ella ni moverse. En cuanto ella fijó sus aturridos topacios en él, la sonrió con cierta satisfecha arrogancia.

—Vamos, mi delicioso bocadito, vayamos al salón a unirnos a esa fiera familia que, de demorarnos mucho, saldrán en nuestra búsqueda, y probemos otro tipo de deliciosos bocados, aunque dudo estén a la altura de mi deliciosa pastelera.

Anna se rio negando con la cabeza:

—No sé si debiera ofenderme o simplemente golpearte por llamarme bocadito. Pero estoy de acuerdo en que debiéremos unirnos a los demás, sobre todo porque estoy hambrienta.

Le acarició la nuca con las yemas de los dedos de modo distraído y relajado lo que estaba haciendo estragos en los sentidos de Calvin y convirtiendo en una difícil prueba el no lanzarse y devorarla. Calvin inclinó la cabeza una vez más y la besó en la mejilla deslizando los labios a la piel tras el hueco de su oreja donde depositó un suave beso antes de enderezarse por fin llevándola con él y dejándolos a ambos de pie. Tomó su mano de modo relajado y la llevó consigo camino de la puerta.

—Esta tarde deberías acompañarme a mi casa y conocer la que pronto será también tu casa.

Anna se detuvo obligándolo a él a hacerlo y girarse para poder mirarla.

—¿Quieres enseñarme tu casa?

—Nuestra. Nuestra casa. Dentro de lo que espero sean muy pocos días, serás vizcondesa de Donver y, por lo tanto, la dueña y señora de mi hogar, ya sea aquí, ya en Lancashire, ya donde nos hallemos.

Anna sonrió dando el paso que los separaba abrazándolo y acurrucándose en sus brazos.

—Puede que permita que tú ejerzas de vez en cuando como el amo y señor de esas casas si eres bueno con la señora y adoptas la costumbre de no llevarle nunca la contraria. Al fin y al cabo, ella sabe cuidarte mejor que tú mismo.

Calvin se rio cerrando los brazos sin importarle hallarse en un corredor de la casa al final del cual había dos lacayos ya viéndoles en tan confiada postura. Inclino la cabeza y la besó en el cuello.

—No sé si podré contenerme y no llevarte la contraria en más de una ocasión. Después de todo, aunque tiendas a protegerme, también sueles mostrarte pertinazmente terca la más de las veces.

Anna se rio dándole un empujoncito hacia atrás:

—No empiezas bien tu andadura si me tachas de pertinazmente terca, sobre todo si esperas que me muestre conforme contigo y acepte ser conducida a la “cueva del dragón incordio”.

Calvin soltó una risotada lanzándole una mirada provocativa y seductora antes de tomarla de la mano y volver a llevarla con él.

—Vamos, mi fierecilla. ¿No habías dicho que estabas hambrienta?

Anna bufó sin detener su paso:

—Cambiar el hilo de la conversación no hará que olvide mi queja ni tu comportamiento.

Calvin la miró por encima de su hombro sonriendo:

—Lejos está de mi intención tal fin, más, no por ello, puedo ignorar las necesidades básicas de mi damita, como su apetito. Especialmente si calmando éste lograrse aplacar sus idus por mis muchos delitos y faltas.

—Hoy probarás los dientes de Mac pues lo pienso lanzar contra ti antes de que el ocaso se anuncie.

Calvin se rio negando con la cabeza murmurando un terca alcanzando ya las escaleras principales que conducían a su destino que no era sino el salón previo al comedor de día. En cuanto cruzaron el umbral, Anna se soltó de su mano apresurándose hacia la alfombra frente a la chimenea donde Mac mordisqueaba un cordón que sostenía por el otro lado Aldo. Enseguida lo tomó y giró para mirarle a él que la había seguido deteniéndose al comienzo de los sillones. Anna se acercó y alzando a Mac para colocarlo a la altura de Calvin dijo:

—A por él, pequeñín. Muerde a este incordio de hombre por burlarse de mí.

Calvin se rio fijando los ojos en el desconcertado cachorro que ella sostenía con las dos manos. Se lo quitó y sorprendiéndola la besó en la frente tomándola de una mano para a continuación acomodarla con él en un sofá frente a la condesa y la tía Blanche que los observaban curiosas y divertidas. Dejó a Mac en el regazo de Anna lanzándole a ella una mirada desafiante al tiempo que rascaba tras las orejas al cachorro que se había enrollado sobre sí mismo acomodándose en el regazo de su ama.

Anna bufó entrecerrando los ojos con estos fijos en el cachorro:

—Mac, no te dejes engatusar por este canalla. Muérdele. Vamos, pequeñín, un bocadito de nada.

Calvin se rio alzando el brazo y pasándoselo por los hombros inclinándose para besarla en la sien.

—Mac sabe bien juzgar a los que no se merecen bocado alguno. Ríndete, mi dama. Tus dos caballeros se aprecian en su justa medida y nunca se lanzarán el uno contra el otro, más por el contrario, solo lo harán contra aquéllos que molesten a nuestra fiera damita, por terca o cabezota que ésta sea.

Anna de nuevo bufó mirándolo con el ceño fruncido:

—Y de nuevo haces hincapié en tu hiriente impertinencia. —Giró el rostro buscando con la mirada a su padre al que halló cerca de su abuela, sentado junto a su madre—. Papá, al menos tú no te dejas enredar por los arteros engaños de este hombre, así que, por favor, atácale.

Cliff soltó una sonora carcajada mirándola claramente divertido:

—Gatita, ¿pretendes que yo le muerda dado que Mac se te ha rebelado?

Anna alzó la barbilla:

—Me conformo con que lo golpees un poquito o le des una patada en su arrogante trasero.

Esta vez fueron más de un caballero los que se rieron incluido Calvin.

—No te rías, bobo, necesitas una buena patada en tu trasero. —Le miró Anna reprobatoria logrando que él se riese más.

Anna suspiró dejándose caer en el respaldo del sofá con gesto refunfuñón.

—Mamá, deberías reprender a papá por no anteponer mi equilibrio y paz mental al bienestar de este mal hombre.

Julianna se rio.

—Lo haría, cielo, pero me temo que tu paz mental, como tú la calificas, no retornará jamás pues, te recuerdo, has decidido unir tu destino y tu vida al causante de tus “supuestos males”.

Anna rodó los ojos con resignación antes de dirigir sus ojos a Calvin:

—La culpa la tienes tú. Pero me desquitaré usándote de diana a diario. Avisado quedas.

Calvin sonrió negando con la cabeza mirando entonces a Julianna:

—Presumo que no es una vana amenaza.

Julianna se rio:

—Me temo que no, milord. Más, por suerte para vos, es posible que solo emplee frutas, como limones y manzanas, para lanzáros las a la cabeza. No fallará, más tampoco os causará un daño irreparable.

Calvin se rio empujando a Anna hacia él apretando el brazo con el que le rodeaba y encajándola mejor en su costado antes de besarla en la sien. Le gustaba

mucho la familiaridad con la que se comportaban en la familia y no sería él el que abandonase esa costumbre y menos con su terca esposa:

—Mi terca pastelera podrá, entonces, usarme cuanto guste de diana. Procuraré contener mis impulsos y no me moveré para que sacie en justicia sus idus.

Anna gruñó alzando de nuevo a Mac hacia él:

—Vamos, Mac, muerde, muerde a placer. No te dejes engañar.

Calvin de nuevo se inclinó besándola en la frente esta vez logrando que ella bufase.

—No intentes engatusarme, canalla. —Alzó los ojos hacia él que la sonrió encantador.

—En realidad, cielo, ya te he engatusado. Has aceptado desposarte con tu incordio predilecto. —Le respondió casi en un susurro.

Tras el almuerzo, sentados en el salón con el té, Calvin departía relajado con James, el conde y el almirante, mientras sostenía relajado la mano de Anna sentada a su lado que, a su vez, charlaba con Marian y Meli. Al cabo de un rato Anna apoyó la cabeza en su hombro lo que le hizo bajar la vista hacia ella que de inmediato lo sonrió:

—¿Estás cansada?

Anna ensanchó su sonrisa:

—Un poco. Un incordio de hombre no tuvo mejor ocurrencia que invadir los jardines a altas horas de la noche desvelándome.

Calvin se rio entre dientes inclinándose ligeramente para besarle la frente, cariñoso. Al enderezarse Anna giró el rostro buscando a su padre:

—Papá, ¿puedo ir a pasear un poco más tarde con Calvin?

Calvin se rio:

—Debiera ser yo el que pida el consentimiento de tu padre, fierecilla.

Anna sonrió alzando los ojos a él mirándole con inocencia.

—No, no. No me mires como si fueres un angelito inocente y puro cuando no eres más que un diablo peligroso con faldas largas.

Anna se rio acomodando de nuevo la cabeza en su hombro mirando de nuevo a su padre que, suspirando, alzó los ojos al techo con resignación.

—Está bien, fierecilla, puedes salir de paseo con tu particular incordio.

Calvin se rio divertido:

—Gracias, milord, el incordio os lo agradece.

Cliff alzó su taza de té hacia el a modo de brindis burlón.

Aldo se apresuró a subirse a las rodillas de Calvin con confianza a pesar de la mirada de divertida sorpresa de éste. Alzó los ojos hacia él sonriéndole y preguntó sin más:

—¿Entonces nos vais a llevar a pasear? Hoy es día de barquillos.

Calvin se rio mirando de soslayo a Anna que sonreía:

—Bien, si es tarde de barquillos, no puedo por menos que respetarlo pues sería una cruel injusticia privarle de tal placer.

Aldo asintió con un golpe tajante de cabeza antes de acomodarse un poco mejor dejándose caer en el pecho de Calvin mirando pedigüeño a Anna que se rio inclinándose ligeramente hacia delante para alcanzar un plato de pastas y bollos.

—Enanito glotón. —Le sonreía cediéndole una pasta que Aldo se metía rápidamente en la boca.

Un rato después, Anna y él salían de la casa con Aldo y Jason camino del parque ya que Julius y Albert iban a ser llevados por sus hermanos mayores de paseo por la Real Escuela de Caballería.

Tras devolver a los pequeños a la casa de la tía Blanche, Calvin, sorprendiéndola, tomó a Anna y la llevó caminando en dirección a su casa que se hallaba a pocas manzanas de allí. Caminando con ella de su brazo, sonrió como un bobalicón. Bajó los ojos hacia ella cuando casi habían alcanzado su casa. La encontró observando con curiosidad todo a su alrededor y de nuevo sonrió.

—¿Intentas encontrar el mejor camino para huir de tu nuevo hogar cuando te canses de mí?

Anna alzó los ojos hacia él riéndose:

—¿Debería?

Calvin apretó su mano posada en su manga sin dejar de sonreír.

—Ya eres mía, terca Anna, nunca podrás dejarme atrás. Te pertenezco y tú a mí. Donde vayas tú te seguiré.

Anna se rio.

—Si eso es cierto, solo puedo concluir como aciago mi futuro teniendo a un marido con escasas dotes para la supervivencia y sí, en cambio, para lograr convertirse en el centro de los idus de otros, incluida su sufrida esposa.

—¿Sufrida esposa?

—Muy sufrida. Torturada.

La detuvo frente a los escalones de la entrada de Donver House sabiéndose seguidos por la doncella de Anna que, a una prudente distancia, los vigilaba con formal diligencia.

—Ya veremos cuánta tortura es capaz de soportar, mi querida lady pastelera.

Le dio un suave empujoncito instándola a subir los escalones al tiempo que el mayordomo abría la puerta.

—Joseph, te presento a lady Anna de Worken, mi prometida. Anna, Joseph es el mayordomo de Donver House desde hace muchos años y, posiblemente, el hombre que mejor conocía a mi abuelo.

—Milady. —Contestó formal conteniendo, con eficaz profesionalidad una sonrisa para su señor.

—Un placer, Joseph. —Le saludó Anna, sonriendo amable.

Calvin, sin soltar la mano de Anna, miró a Joseph.

—Joseph, voy a enseñar a milady el que será, dentro de muy poco, su reino, empezando por el jardín que espero se convierta en uno de sus lugares predilectos. Quizás, podrías acompañar a la doncella de milady a conocer a algunos de los habitantes de la casa y también ofrecerle un té y un refrigerio ya que, me temo, debe encontrarse exhausta tras seguirnos a nosotros y algunos de los primos más jóvenes de milady, por el parque.

Anna sonrió, sabiendo que pretendía así lograr que se quedaren a solas y girando el rostro hacia Luisa, señaló:

—Luisa, ciertamente debes estar agotada. ¿Por qué no dejas a Joseph llevarte a algún lugar donde descansar y relajarte frente a una taza de té?

Luisa, curtida como estaba respecto a las damas de la familia, sonrió ligeramente al tiempo que hacía una suave reverencia antes de seguir a Joseph por un pasillo. Calvin la llevó hasta la biblioteca encajando ligeramente la puerta tras él.

—Calvin, todas las personas de la casa nos sabrán a solas en una habitación.

Calvin sonrió cerrando los brazos a su alrededor, abrazándola por entero.

—Lo cierto, cielo, —contestaba bajando la voz e inclinando la cabeza para acercarla a la suya—, es que he dejado la puerta abierta y he mencionado que voy a llevarte a los jardines que están más allá de esa cristalera a tu espalda. A nadie le extrañará que paseemos una hora o un poco más por los jardines especialmente cuando ambos estamos ya formalmente prometidos.

Anna se rio alzando los brazos y rodeándole los hombros con ellos:

—Eres un canalla embaucador.

—No, cielo, aún no. De momento, solo soy un prometido a punto de lograr llevarte a su cueva.

—Creía que era donde estábamos.

Calvin cerró más los brazos y la alzó ligeramente apartando sus pies del suelo, llevándola con él al caminar hacia un lateral donde enseguida presionó un lugar abriéndose un panel.

—Esta casa tiene un pequeño secreto, amor. Hay un acceso desde la biblioteca privada del vizconde al dormitorio del vizconde. —Iba diciendo sin detenerse—. Ahora, sí que te llevo a mi cueva.

Anna se reía mirando en derredor por el estrecho túnel con escaleras de piedra por el que la conducía.

—¿También me dejarás decorar este túnel? Porque creo que un par de telarañas y quizás algún esqueleto puede servir para darle un trasfondo tenebroso muy acorde con el vizconde canalla que habita el lugar.

Calvin se rio al llegar arriba, sin soltarla aún, abriendo otro nuevo panel, saliendo a una enorme estancia donde al fin la depositó de nuevo en el suelo antes de cerrar tras ellos el panel. Anna se giró y miró en derredor antes incluso de notar los

brazos de Calvin volver a rodearla desde la espalda y sus labios en su cuello depositando un suave beso.

—Esta es la alcoba del vizconde de Donver, aunque ahora será la alcoba de mi fiera Mcbeth y de su incordio preferido.

Annaladeó el rostro para poder mirarlo:

—¿No querrás que tengamos dormitorios separados?

Calvin frunció un poco el rostro abriendo los brazos girándola para mirarla de frente.

—¿Tú querrás? —Preguntó con claro disgusto.

Anna negó con la cabeza acurrucándose en su pecho rodeándolo por los costados.

—Me gustaba que me abrazases al dormir.

Calvin sonrió cerrando fuerte los brazos a su alrededor.

—No tanto como a mí abrazarte.

La besó en la cabeza antes de romper el abrazo y tomando su mano la llevó hasta la enorme cama con dosel del fondo de la estancia donde la sentó en el borde y después puso un brazo a cada uno de sus lados inclinándose para cernirse ligeramente sobre ella.

—Nuestro dormitorio será siempre aquél en el que nos hallemos, juntos, siempre juntos, ya sea aquí, en Donver Hills o en cualquier otro lugar, más, ahora y siempre mi dama dormirá en mis brazos y yo dormiré solo con los dulces brazos de mi terca fierecilla rodeándome y tornándome el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Anna sonrió alzando los brazos atrapando su cuello y nuca con sus manos.

—Pero me dejarás libre por las mañanas para que pueda ir a las cocinas.

Calvin se rio inclinándose más instándola a caer de espaldas al mullido colchón.

—Cielo, si piensas que te prohibiré preparar ricas viandas a tu encantador esposo es que aún no conoces bien al canalla que te ha embaucado. Sin embargo, eso tiene una muy sencilla solución. —Sonrió provocador cerniéndose sobre ella y tumbándose sobre ella asegurándose de no dejar caer todo su peso sobre su cuerpo—. Esta noche, conocerás bien a quién es tu prometido, el que será el esposo y padre de tus revoltosos hijos y, sobre todo, el más atento y dedicado amante.

Anna se tornó amapola ante la promesa que sus palabras encerraban no solo para el resto de sus días sino precisamente para esa noche. Calvin sonrió y la besó en las comisuras de los labios lentamente recorriendo el contorno de estos con deliberada parsimonia.

—Cariño, si no supiere que he de retornarte a tu casa en poco más de una hora, te haría mía, nos haría el uno del otro en este preciso instante, más, como quiero que mi dama esté en mis brazos toda la noche, dejaré eso para el ocaso pues, dado que has consentido permitirme ir a visitarte en la noche, te demostraré lo que esa pasión, ese deseo y ese fuego que existe entre nosotros es capaz de lograr.

Anna jadeó mirándole azorada pero también anhelante e incapaz de no dejarse arrastrar por él a ese mundo cuyas puertas le hubo abierto durante esa forzosa huida y que ahora ardía en deseos de conocer de su mano, solo de su mano.

—¿Me querrás siempre? —Preguntó mirándole con los ojos brillándole esperanzados mientras él le acariciaba el rostro con los dedos suavemente dibujando sus líneas y contornos.

—Siempre. —Contestó firme—. Mi corazón es tuyo, Anna. Incluso sé el instante preciso en que te lo entregué sin vuelta atrás, aunque ninguno de los dos tuviese consciencia de ello ni estuviese aún preparado para lo que implicaba nuestra inexorable unión.

Anna sonrió:

—¿De veras? ¿Cuándo fue?

—Cuando me entregaste el hatillo con víveres el día que regresamos a Lancashire James y yo, acompañados de tu padre y lord Rochester, tras rescatarnos en nuestro primer encuentro en la propiedad del conde.

Anna frunció el ceño, pero enseguida sonrió:

—Lo cierto es que, por entonces, te deseaba la peor de las caídas, una que no te matase, pero te hiciera daño en tus odiosas y arrogantes posaderas.

Calvin se rio.

—Pero ¿a qué ahora deseas mis posaderas a salvo?

Anna se rio enredando sus dedos con su pelo por encima de su nuca:

—No diría tanto. Quizás, solo las deseo a punto para ser mordidas por mi fiero Mac cuando su dama se lo pida por enfadarse con un esposo imposible y cabezota que no atiende a razones.

Calvin sonrió rodando en la cama con ella, tumbándose con Anna acomodada en su costado y la cabeza apoyada en el hueco de su hombro, consciente de que, de seguir teniéndola, como la tenía hasta ese instante, bajo su cuerpo, acabaría convirtiéndose en un volcán a punto de estallar. Le acarició de modo distraído el brazo mientras mantenía los ojos fijos en el dosel de la cama al tiempo que mantenía la mano que ella apoyaba en su pecho, dentro de la suya.

—Creía que ibas a enseñarme lo que tú has calificado de “mi reino”. —Dijo al cabo de unos minutos sin moverse de los brazos cálidos y cómodos de Calvin.

Calvin sonrió:

—Digamos que prefiero mantenerte así, quietecita, en mis brazos, antes que deambulando por la casa.

Anna se rio:

—Quietecita, ¿no es cierto? —Repitió con socarronería.

Calvin giró el rostro posando los labios en su frente que acarició suavemente.

—Me gusta tenerte tranquila en mis brazos y también observarte cuando estás relajada en compañía de las personas que quieres, pero reconozco que me encanta observarte cuando estás quietecita concentrada en alguna tarea.

—No sé si reprenderte o considerarme halagada. —Reconoció alzando los ojos hacia él.

Calvin fijó los ojos en los de ella sonriendo.

—Eres preciosa, cielo. Nada ni nadie hay más bonito que mi terca dama ni mayor placer que poder observarte. —Deslizó la yema de un dedo por su frente y la línea de su nariz—. Dime, mi terca prometida, ¿qué regalo de compromiso te gustaría recibir de tu prendado prometido?

—¿Regalo de compromiso?

—Pues claro. ¿No pensarás que soy tan prosaico de entregarte solo un anillo de pedida como un cualquier otro vulgar caballero? Los vizcondes de Donver agasajan a sus damas como corresponden. Mi abuelo construyó un templete, un refugio para su prometida, mi abuela; mi padre un invernadero que llenó de las plantas y flores predilectas de mi madre y yo he de hacer lo mismo por mi dama.

—Pues no sé. —Se encogió de hombros mirándole—. ¿Una cocina grande?

Calvin se rio.

—Cielo, eso lo haré por propio interés, pues nada hay que me guste más que las creaciones de mi lady pastelera. Me refiero a algo que tú desees de veras. —Sonrió incorporándose ligeramente para colocarse de costado apoyado sobre un codo—. Tu pastelería. Te compraré tu pastelería. El lugar en el que uno de los sueños de mi dulce, terca y preciosa esposa, se hará realidad.

Anna se incorporó quedándose de costado cara a cara con él sin dejar de mirarlo.

—¿Me comprarías mi pastelería?

Calvin sonrió alzando una mano acariciándole el rostro disfrutando no solo de sus sonrojadas mejillas sino del intenso brillo topacio que habían cobrado sus ojos de clara ilusión.

—Te prometí hacerte feliz y hacer realidad tus sueños.

Anna emitió un grito de alegría lanzándose hacia él rodeándole con los brazos y haciéndole caer de espaldas al cochón y reír de inmediato.

—Tomaré eso como el reconocimiento del acierto del presente escogido por tu encantador, inteligente y atento prometido. —Decía sin dejar de reírse mientras la abrazaba.

La llevó de regreso a Brindfet House una hora más tarde, tras recorrer con ella los jardines de la casa pues supo que, de permanecer mucho con ella en el dormitorio, podría llegar a perder el poco control que mantenía con extremo esfuerzo. Una vez la dejó en manos de su madre y tía, regresó a su casa para cambiarse y marchar de regreso, tras la cena, a la Brindfet House y colarse en el dormitorio de cierta damita terca y fiera que sabía acudiría al baile de lady Astor, lo que le daría ocasión de trepar

por los jardines y alcanzar el dormitorio, consciente, no obstante, de tener que aguardarla sin entrar en dicho dormitorio pues su doncella la esperaba para, al regresar del baile, ayudarla a cambiarse y prepararse para dormir. Sonreía camino de la mansión siendo ya de noche, pues él se encargaría precisamente de que su dulce pastelera no durmiese en exceso esa noche. Quería convertirse ya en el esposo de Anna y que ella se convirtiera en su esposa de manera irremediable, definitiva e inquebrantable y por los cielos esa noche lo sería.

No le fue fácil alcanzar el tercer piso en el que se encontraban las habitaciones de la familia, detalle que conoció bien esa misma mañana. Tampoco le resultó sencillo alcanzar el balcón de Anna pues se hallaba en la esquina que daba a los jardines de los frutales lo que implicaba escalar intentando evitar ser visto por los dos guardias que siempre había en esa parte de la casa. Tras auparse al balcón inspeccionó discretamente la habitación sin llegar a entrar pues no quería toparse con la doncella e hizo bien, pues ésta entró en un par de ocasiones, una para avivar el fuego de la chimenea y otra para dar de comer a Mac permanecía acomodado en el centro de la cama de su dama. Sonrió al pensarlo pues estaba seguro Anna dormiría con él subido en su cama y seguramente acomodado de modo que pudiese acariciarlo.

Apenas una hora después, Anna entró seguida de cerca de su prima Marian que se sentó en una banqueta mientras Anna parecía buscar algo en una cómoda.

—Sinceramente, no logro entender cómo me dejo convencer de hacerte este tipo de encargos.

Marian se reía viendo a su prima refunfuñar mientras metía las manos en unos cajones.

—Oh vamos, nada hay de malo por encargarse encuadernar mis artículos.

—Marian, si el abuelo se entera que tú eres la que escribe la columna de consejos sobre dónde comprar cosas, hacer tal o cual actividad y lo que es peor, dónde encontrar las novelas románticas y libros que muchas damas no consiguen leer sin ser severamente reprendidas por sus madres, padres o parientes, nos encerrará a ambas en una torre. A ti por escribirlas y a mí por ayudarte a que lleguen a manos del editor del periódico sin saber su origen.

Marian se rio.

—Piensa que, al menos, lo que me pagan por ellos va a parar al orfanato y a comprar libros, carboncillos y pizarras para los niños.

Anna se giró enderezándose por fin con un pequeño paquete envuelto en papel de estraza que acercó hasta su prima.

—Toma, escritora de pacotilla.

Marian se rio desenvolviendo con ansia el paquete:

—No dices lo mismo cuando te ríes mucho con mis líneas.

—Bien, bueno, no he de negar que se te da muy bien narrar con sentido del humor hasta el más sencillo acto. Pero eso no quita para que ambas nos encontremos en un buen lío si se enteran.

Marian soltó un grito de placer alzando el libro frente a ambas:

—Oh, mira, qué bien ha quedado. —Lo abrió pasando las hojas y acariciándolas con devoción.

Anna sonrió negando con la cabeza.

—Anda, ve a acostarte y mañana se lo enseñas a Meli, a tía Blanche y a mamá. Les encantará verlo.

Marian se rio poniéndose en pie y pegándose el libro al pecho.

—Bien, mañana se lo enseñaré a todas ellas. Verás que contenta se pone tía Blanche. Aunque tendré que guardarlo aquí para que el abuelo no lo encuentre.

—Está bien, te dejaré guardarlo en mi estantería de libros de recetas.

—Estupendo. —La sonrió desde la puerta—. Hasta mañana, vizcondesa. —Añadía con claro tono de burla.

Anna alzó los brazos al aire gruñendo.

—Si alguno de vosotros vuelve a llamarme así lo horneo.

Escuchaba aun las risas de su prima tras cerrarse la puerta y al ver a Luisa acercarse suspiró pesadamente.

—Ay, Luisa, por favor, libérame de este vestido antes de que me dé por ir a cazar a cierta prima impertinente.

Tras unos minutos y con Anna ya vestida con su camisón y bata, la escuchó decirle a Luisa que se retirase a descansar. Esperó escuchar el cierre de la puerta del vestidor antes de deslizarse dentro del dormitorio. Sonrió deteniéndose bajo el arco del balcón pues la halló tumbada de costado sobre la colcha acariciando a Mac. Se acercó con sigilo e, inclinándose, la besó en el cuello, en un punto libre de prendas y de su cabello que caía suelto hacia un lado. Anna giró como un resorte alarmada y para evitar que gritase Calvin la besó cerniéndose sobre ella al mismo tiempo quedando ambos tumbados sobre la cama. Anna apenas tardó unos segundos en reconocerle pues le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar por el beso.

Calvin sonreía al interrumpir el beso acomodándose ligeramente sobre ella mientras Anna abría los ojos aturdida.

—Hola, mi dulce vizcondesa.

Anna sonrió sin siquiera impedir que la sonrisa se dibujare en su rostro con solo sentir sus ojos centrados en ella.

—Hola. —Respondió en un susurro.

—¿Por qué no dejas a tu prima y hermanos llamarte vizcondesa? —Le preguntaba sin separarse un ápice de ella.

Anna frunció el ceño:

—¿Nos has oído? —Calvin asintió sonriendo—. ¿Cuánto llevas aquí?

—Digamos que he sido precavido y he procurado hallarme en el balcón de mi dama antes de su regreso.

Anna sonrió.

—Eres un canalla, pero un canalla previsor. Deberé tenerlo en cuenta a partir de ahora.

Calvin se rio dándole otro beso antes de volver a alzar ligeramente el rostro para poder mirarla.

—No has contestado.

Anna suspiró deslizando una mano por su cuello acariciándose antes de dirigirla hasta su mentón que comenzó a acariciar, así como a reseguir la línea de su mandíbula con la yema de sus dedos.

—Es que no quiero que los demás me vean como algo distinto. Me refiero a mi familia. Cuando nos casemos, sé que pasaré a ser tu vizcondesa y me gustará serlo y que los demás me llamen así, pero no que lo hagan mis padres, hermanos y demás familia. Quiero seguir siendo yo.

Calvin sonrió deslizando los labios por su mejilla hasta su cuello donde la besó.

—Seguirás siendo tú, cielo. Seguirás siendo mi lady pastelera solo que ahora serás una lady pastelera con título de vizcondesa.

Anna se rio cerrando los brazos alrededor de su cuello. Permanecieron en cómodo abrazo un par de minutos hasta que Calvin lo rompió dejándose caer de costado a su lado sin separarse de ella.

—Dime, mi preciosa vizcondesa, ¿vas a invitarme a quedarme contigo o voy a tener que suplicar y rogar?

Anna sonrió ladeando el cuerpo para acurrucarse dentro del de Calvin.

—Suplicar no, pero tendrás que ceder en algunas de mis exigencias.

Calvin deslizó su brazo por la cintura rodeándola y pegándose más a su cuerpo.

—¿Exigencias?

—Muchas exigencias. —Respondía alzando un poco el rostro hacia él.

Calvin la besó entre los ojos antes de mirarla:

—Expón tus exigencias y negociaremos sobre ellas.

Anna se rio.

—Nada de negociaciones. O las aceptas o te consideraré un escasamente prometedor prometido y futuro marido.

Calvin se rio rodando con ella dejándola de espaldas al colchón apoyándose en los codos a ambos lados de ella para liberarla ligeramente de su peso y tener las manos libres.

—Eres una tirana, aún con ello, me arriesgaré. Insisto. Expón tus exigencias, mi tiránica dama.

Anna ensanchó su sonrisa dejando sus manos deslizarse por sus hombros hasta su pecho.

—La primera es que, de dejar quedarte aquí, has de prometer abrazarme toda la noche.

Calvin la besó en los labios de modo suave pero tentador.

—Aceptada tu primera exigencia. ¿Qué más?

—Habrás de venir mañana por la mañana, con mamá y conmigo al orfanato. Nunca lo has visitado y si vas a formar parte de la familia, has de conocer la labor que realiza el orfanato y ayudar un poco.

De nuevo sonrió:

—Bien, acepto esa exigencia, más, incluyo una pequeña condición a la misma. —Anna alzó una ceja inquisitiva a interrogante que lo hizo sonreír más aún antes de añadir—: Habrás de presentarme a todos esos jovencitos y jovencitas a los que quieres emplear en la pastelería y ayudarles a tener un empleo.

Anna sonrió:

—Es justo. ¿Entonces, aceptas?

—Acepto la segunda de tus exigencias. Continúa con ellas. —La besó de nuevo haciéndola reír.

—¿Por qué presumo no serás tan fácil de convencer en el futuro como ahora?

Calvin sonrió:

—Dependerá, esposa mía, de cómo emplees tus talentos y tus muchas armas.

Anna se rio:

—¿De modo que habré de usarlos despiadadamente y sin remordimientos para obtener de ti cuanto desee?

—Lo has entendido. —Sonrió seductor antes de darle un pequeño y juguetón beso en la barbilla—: Continúa, pastelito mío, que si te detienes te devoraré sin contención.

Anna le tomó el rostro entre las manos haciéndolo mirarla:

—Ni se te ocurra. Aún tienes muchas exigencias que aceptar.

Calvin se rio besándola rápidamente en los labios antes de decir:

—Está bien, tirana. Continúa.

—Bien. Ya que por la mañana vendrás al orfanato, seré buena y te premiaré, invitándote a almorzar.

—Cuán generosa. —Señalaba divertido.

—Sí que lo soy. —Sonrió ella orgullosa—. Después de almorzar, pedirás permiso a mi padre para llevarme de paseo y, esta vez, serás bueno y me enseñarás mi supuesto reino de verdad.

Calvin se rio negando con la cabeza.

—Sientes mucha curiosidad, ¿no es cierto?

Anna resopló:

—Me dijiste que me enseñarías tu casa y no lo hiciste.

Calvin se rio enterrando el rostro en el cuello de Anna pensando al tiempo que, si por él fuera, la tarde del día siguiente, tampoco tendría oportunidad de conocer estancia alguna de la casa más que su alcoba y más concretamente la cama en la que, con suerte, engendrarían su primer vástago. Pensar en ello lo endureció y encendió de un modo abrumador. Alzó el rostro y tomándole el suyo entre sus manos señaló con firmeza:

—Anna, acepto todas tus exigencias, cualesquiera que sean, más, te lo ruego, permite que me quede contigo, permíteme abrazar a mi terca dama y demostrarle cuan rendido y embelesado tiene a su incordio.

Anna sonrió, le rodeó rápidamente el cuello con los brazos y lo acercó a su rostro.

—Solo si me amas.

Calvin sonrió:

—Hasta que el cielo se lleve nuestras almas y aún entonces brillaremos juntos en el firmamento como dos estrellas unidas por el destino para la eternidad.

—En ese caso, no dejemos que el destino se sienta defraudado; bésame y demuestra cuán acertada es su predicción para con nosotros.

Calvin se apresuró a tomar sus labios en lo que pretendía ser un suave y tentador beso que no tardó en convertirse en el acicate final de su más que enfebrecido estado. Posar los labios en los suyos, notar su suavidad, tibieza y esa forma dulce, inocente y a la vez ávida y deseosa con que respondía a sus besos, azuzaba el hombre hambriento que habitaba en su interior y que solo parecía salir a la luz cuando se hallaba cerca de Anna. Deslizó con deliberada lentitud su lengua dentro de su boca, saboreándola, paladeándola, disfrutando del placer de sentirla entregarse por completo a él mientras cerraba sus brazos alrededor de su cuello como si pretendiere anclarse al mundo de los vivos siendo él su ancla y su seguro. Le gustó su sabor, su calidez, su entrega, ese suave gemido que salió de su garganta de pleno disfrute y placer y, también, el suave e inconsciente movimiento de sus dedos enredándose en su cabello por encima de su nuca que no hacían sino avivarlo y acicatearlo más y más. Deslizó los brazos por debajo del cuerpo de Anna rodeándola por entero, cerrándolos fuerte sin dejar de besarla notando como ella se rendía más y más al evidente deseo y ese fuego que parecía haberse encendido tiempo atrás y que ahora sabía no se apagaría jamás. Ladeó ligeramente el rostro, acariciando la piel de su mejilla en dirección a su cuello donde comenzó a acariciarla de modo tentador, a lamer suavemente la piel cálida, tersa y suave de su cuello mientras ella ladeaba la cabeza y se arqueaba en involuntario reflejo dejándole mejor acceso al mismo.

—Mi Anna...— murmuró embriagado por la suavidad de su piel y su aroma, que en ese instante se le antojaba el más evocador elixir del mundo.

Gruñó cuando llegó al hueco entre sus clavículas que acarició y besó con placer antes de alzar la cabeza para poder mirarla. Sonrió pues se encontraba con el cabello suelto como si fuera un bonito abanico de onduladas hebras de seda castaña sobre la cama rodeando su rostro como un encantador halo de sensualidad. Su piel brillaba

ligeramente enrojecida, enardecida por los efectos de su apasionada vitalidad, los labios en plenitud y esos ojos aturdidos que tardaron un instante en fijarse en él.

—Cariño, eres una preciosidad.

Anna parpadeó un par de veces desconcertada hasta que por fin sonrió fijando la vista en su pícara sonrisa, en esos increíbles ojos de un intenso azul con que la miraba y ese petulante gesto tras ellos de pura satisfacción.

—Y tú un arrogante.

Calvin se rio atrapando enseguida su labio inferior entre los dientes tirando suavemente de él se lo soltó jugueteón.

—No refunfuñes mi terca Anna.

Se incorporó abriendo los brazos rompiendo su abrazo y rodó a un lado para salir de la cama. Bajó de ella y, decidido, caminó hasta la puerta del vestidor que cerró echando el pestillo repitiendo esa acción en la puerta principal del dormitorio, encontrándosela apoyada en ambos codos observándole con curiosidad.

—Quiero casarme con mi dama seguro de que no hay motivo alguno por el que se sienta obligada a unir su vida y destino a este su caballero y eso incluye, cielo, — señalaba cerniéndose de nuevo sobre ella—, el no dar pábulo a rumor, chisme o comentario alguno sobre dónde y con quién pasaba las noches previas a su enlace, cierta damita de terco carácter.

Anna se rio alzando los brazos, rodeándole de nuevo los hombros con ellos.

—De nuevo demuestras ser un canalla muy previsor.

Calvin sonrió dejando caer la cabeza en su cuello donde depositó un suave beso antes de acariciarle la piel con suavidad.

—Este canalla quiere a su dama bajo las mantas, en cálido lecho para que no se enfríe.

Alzó el rostro para poder mirarla bien. Deslizó las yemas de los dedos por su mejilla y su mandíbula antes de auparse.

—Vamos. Tú te metes dentro de la cama y yo llevo a Mac al sillón para acomodarlo en cómodo y cálido lugar.

—¿Te llevas a mi guardián?

Calvin que de nuevo había saltado de la cama, tomó a Mac sonriendo llevándolo consigo hacia el sillón cercano a la chimenea.

—No quiero que cierto “guardián” hingue sus colmillos en mis posaderas cuando devore a su dama.

Anna se rio.

—Y de nuevo demuestras que eres un arrogante.

Calvin sonrió como un lobo a punto de darse un festín apartando la levita que se hubo quitado mientras regresaba a su lado, aflojando después el nudo del corbatín, sentándose en el borde de la cama junto a Anna.

—Cielo, tienes tres segundos para quitarte esa bata, que se me antoja una prenda molesta, innecesaria y del todo superflua, y meterte bajo las mantas.

Anna se rio girando para ponerse de inmediato a gatear hacia el otro lado de la cama.

—Para ser un hombre que, supuestamente, iba a postrarse a mis pies, te muestras muy mandón. Quizás me convenga traer de regreso a mi guardián para que te reprenda convenientemente.

Abrió la cama por su lado, desprendiéndose de la bata antes de deslizarse bajo las mantas, pero en cuanto desvió el rostro hacia el lado de Calvin jadeó al tiempo que abría los ojos que se quedaron fijos en su espalda, ya desnuda pues se hubo desprendido de su camisa, quedándose solo con los pantalones. Calvin giró el rostro al tiempo que soltaba la segunda de sus botas que cayó al suelo, a los pies de la cama, con un hueco sonido al chocar con el mármol. La vio con las mejillas encendidas, azoradas, los ojos ligeramente dilatados fijos en él y ese bonito cabello cayendo en cascada por sus hombros desnudos pues el camisón solo quedaba prendido de sus hombros por una fina cinta de satén. Sonrió enderezándose y poniéndose en pie rodeando la cama sin dejar de mirarla mientras ella, a su vez, le observaba con ese rubor de claro azoramiento. Se sentó a su lado, cara a cara con ella que permanecía con la espalda apoyada en el cabecero. Le tomó una de sus manos y le acarició la muñeca con el pulgar lentamente mandándole oleadas de calor y de una sensación nerviosa y agradable a cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Anna, ¿estás segura? —Preguntó consciente de que quizás no habría sido del todo honesto con ella al aturdira y embotar sus sentidos cada vez que la hubo tenido a su alcance.

Anna, con la vista fija en la mano que él sostenía y el punto que le acariciaba, tardó un poco en responder con un simple asentimiento.

—Cielo. —Le alzó el rostro con dos dedos bajo su barbilla instándola a mirarle—. Si lo deseas, podemos esperar al día de la boda.

Anna sonrió de pronto divertida. Ladeó la cabeza lanzándole una mirada traviesa.

—¿Qué harías si te dijere que me gustaría esperar hasta ese día?

Calvin alzó ambas cejas y enseguida empezó a reírse.

—Serás...

Se cernió sobre ella tumbándola en la cama abrazándola posesivo mientras Anna se reía.

—Dime, fierecilla, ¿puedo devorar mi pastelito preferido o he de esperar que cierta tiránica pastelera se pliegue por fin a la evidencia de que quiere y desea a cierto estigma que se declara voluntariamente suyo, solo suyo?

Anna sonrió:

—Tienes una preocupante tendencia a convertirme en pastelera y pastelito al mismo tiempo, más, como pastelera te concedo la venia de cierto festín y como pastelito me pliego presta a ser devorada por mi estigma.

Calvin sonreía deslizando las manos bajo su cuerpo en dirección a sus muslos mientras se apoderaba de sus labios apretando aún más su cuerpo contra el de ella. El suave movimiento de las manos de Anna tanteando la piel desnuda de sus hombros y su nuca le enardecía. Fue una suave caricia, un mero movimiento dubitativo por parte de ella y, sin embargo, a él le hizo sentir una fuerte explosión de calor en cada poro de su piel como si no solo lo hubiere calentado sino prendido en llamas de un modo absolutamente incontrolado e incontrolable.

Gruñó al tiempo que alcanzaba el borde de su camisón a medio muslo cerrando los dedos fuertemente en la tela aferrándola en primitiva reacción mientras devoraba con ansia su boca. El suave sonido de la garganta de ella le hizo alzar el rostro para mirarla y darle unos leves segundos para recobrar la consciencia. Cuando abrió los ojos, velados, aturcidos, la sonrió al tiempo que alzaba un poco el torso.

—Quiero sentir tu piel. —Susurró ronco antes de tirar de su camisón hacia arriba deslizándolo por su cuerpo en camino ascendente sacándoselo de la cabeza mientras la instaba a alzar los brazos.

Lo lanzó, sin siquiera mirar, a un lado de la cama cerniéndose de nuevo sobre el suave y cálido cuerpo de Anna apoyándose después sobre los codos mientras deslizaba las yemas de los dedos por la piel de sus hombros, cuello y rostro lentamente.

—Eres preciosa.

Anna sonrió enredando los dedos de una mano con su cabello tras la oreja y la otra por su nuca.

—La primera vez que te vi eras un marinero de aspecto desastroso y que olía a rayos.

Calvin se rio:

—Llevábamos días huyendo campo atravesado cruzando páramos, ríos, riachuelos, campos de cultivo e incluso bosques, ¿no esperarías que apareciese frente a tus ojos perfectamente engalanado y perfumado?

Anna sonrió:

—Me hubiere conformado con un ligero afeitado y un aroma algo menos... — hizo una mueca con la nariz antes de añadir—: salvaje.

Calvin se rio y su risa, que reverberaba en su pecho y en el de ella y que producía un ligero roce de sus pieles, la hizo ruborizar más aun lo que provocó cierto hinchido orgullo en él por saberse capaz de causar tan natural e imposible de disimular efecto en ella.

Deslizó los labios por su mejilla camino de su cuello mientras con voz ronca, sensual y cadenciosa decía:

—Yo sí que voy a enseñarte lo que es ser un salvaje.

Siguió un lento y tentador sendero con sus labios dejando un reguero de besos y suaves mordiscos hasta alcanzar sus pechos que tomó al asalto con deliberada lentitud. Dibujó con los labios y la lengua uno de los pechos y su pezón introduciéndoselo entre los labios endureciéndolo, excitándolo, notando los suaves jadeos que se escapaban de los labios de Anna, deleitándose con su sabor, su textura suave y tersa y esa forma que tenía de arquearse para ofrecerse más y más a él introduciéndoselo más en la boca. Mesuró con la mano el otro pecho mientras dedicaba pulcras atenciones a uno antes de alternar su acción al otro pecho sabiendo a Anna sucumbiendo a una vorágine desconocida para ella pues no solo respondía a sus caricias, a sus besos, a esa forma en que le arrancaba jadeos y algún gemido involuntario, sino que se aferraba a él con fuerza enterrando los dedos de una mano en su cabeza y apresando con fuerza uno de sus hombros con la otra.

Se aupó sobre ella para embeberse de ese bonito rubor por un instante más. Observó la desnuda belleza de Anna que era abrumadora, más si cabía que su inocente entrega, pero cuando abrió sus enormes y brillantes ojos ámbar, velados por una densa capa de lujuria y pasión se detuvo, se quedó suspendido en un momento que supo recordaría el resto de su vida. Anna era su pareja, su esposa, su corazón, su alma. Era suya y como suya se entregaba y él era suyo y como suyo iba a entregarse, entregarse para toda la eternidad marcándolos a ambos como lo que eran, eternos amantes.

—Mi Anna. —Susurró antes de besarla con ansiosa hambre encendiéndolos a ambos en el instante en que sus labios se tocaron, en el instante en que sus lenguas se acariciaban.

Siseó ligeramente el cuerpo sobre el de ella deseoso de sentir la calidez de su piel rozarse con la suya. Las manos de Anna se movieron con curiosidad por sus costados. Sonrió al tiempo que interrumpía el beso sabiéndola ávida y deseosa de explorar tanto como él. Cuando ella abrió los ojos frunciendo casi al instante el ceño por haberse detenido, ensanchó su sonrisa. Ávida, curiosa y exigente, se decía a sí mismo disfrutando de ese gesto de enfurruñada exigencia.

—Dime lo que quieres. —Le susurró en un tono juguetón frotando su nariz con la de ella.

Anna profundizó su ceño desconcertada por unos segundos, pero enseguida sonrió desafiante, como él con ella.

—¿Intentas decirme que puedo ser yo la que decida lo que quiero hacer?

Calvin se rio:

—Sí, es precisamente lo que digo.

—Pues, en ese caso... —deslizó la mano por su costado en dirección a su torso donde posó ambas almas abiertas bajando los ojos a la altura de donde estaban éstas—. Quiero explorar.

Calvin se rio dejándose caer de costado a su lado y después de espaldas al cochón y mientras pasaba los brazos por debajo de su cabeza señaló:

—Soy todo tuyo.

Anna se colocó de costado pegada a su lado posando una mano en su pecho y sonrió mirándolo a los ojos procurando mostrar la misma arrogancia que él.

—¿Todo mío?

—Todo tuyo. —Contestaba tajante sonriéndole petulante y con una mirada pícara en los ojos como si le desafiara a dejarse llevar.

Anna se rio dejándose caer ligeramente sobre él quedando apoyada en su costado:

—No creas que no sé lo que estás haciendo. Me desafías y acicateas mi orgullo para saber si voy a amilanarme. Pero te equivocas.

Calvin se rio liberando uno de sus brazos tomando la mano que ella posaba en su pecho llevándosela a los labios para besar sus dedos.

—Demuéstrame cuán osada y valiente puedes ser.

Anna se reía liberando su mano:

—Eres un incordio y uno que no conseguirá vencerme. —Respondía con petulante orgullo mientras deslizaba el dedo índice resiguiendo la línea central de su torso perfectamente musculado hasta alcanzar su ombligo.

Después, con lentitud y una más que evidente curiosidad, exploró cada recodo, cada línea de los músculos de su pecho siguiéndolo como si fuera un tapiz y sus dedos el pincel que pintaba sobre su particular lienzo las líneas de su cuerpo y las líneas del ligero vello masculino de su pecho.

—No es justo. —Señalaba deteniendo sus dedos justo debajo de la franja de ligero bello que bajaba desde el ombligo por debajo de la cinturilla de su pantalón—. Yo estoy desnuda y tú aún continúas a medio vestir.

Calvin sonrió tomando su mano alzándosela, haciendo al tiempo que desviase sus ojos a su rostro.

—He dicho que pidas lo que quieres. Si deseas que yo quede completamente desnudo puedes pedírmelo y obedeceré como el corderito en el que me convierte mi fiera Macbeth.

Anna se reía siseando su cuerpo colocándose a todo lo largo encima de él:

—Un corderito, ¿no es cierto? —Calvin se rio asintiendo—. Esa patraña no lograrías que la creyese ni el más crédulo de los mortales.

Calvin alzó una ceja con fingida altivez y decía:

—Ahora soy yo el que dice que sé lo que estás haciendo. Me desafías con intención de que no me amilane, así que...

Rodó dejándola caer en el cochón para liberarse de ella antes de removerse y tras desabrochar la pretina de sus pantalones bajarlos se desprendió de ellos con un par de patadas. Después, se colocó de costado mirándola cara a cara y sonriendo arrogante señaló:

—Desafío aceptado.

Anna se rio:

—Eres un arrogante además de un incordio declarado.

Calvin se rio cerniéndose sobre ella cubriendo su cuerpo con el de él deslizando los brazos bajo el de ella para abrazarla posesivo, reclamante, ávido. Permaneció unos instantes solamente abrazándola, disfrutando del placer de mantenerla ahí, dentro de sus brazos, desnuda, sintiendo el uno la calidez del otro.

—Cuando seamos unos ancianos que hayamos perdido casi todos nuestros sentidos y seguramente nuestra cordura, te abrazaré así, te encerraré en mis brazos y recobraré de inmediato mis sentidos, mi cordura y mi realidad. Tú eres mi luz.

Anna sonrió alzando ambos brazos enredando los dedos con su pelo a ambos lados de su cabeza.

—Eso ha sido muy bonito, pero siento ser yo la que te informe que tú perderás sentido, cordura y seguramente muchos de esos arrogantes gestos tuyos con el paso de los años, pero yo, por el contrario, mantendré intactos tantos mis sentidos como mi cordura, ¿Cómo sí no pretendes que te lleve por el sendero de los justos, los hombres decentes y honorables y merecedores de la redención en los cielos?

Calvin se rio negando con la cabeza:

—A ver si lo he entendido. Yo no solo careceré de cordura y sentidos, sino que, además, necesitaré la guía constante de mi esposa para no acabar perdiendo ese sendero que tú reseñas ¿no es así?

—¿Ves cómo con la guía adecuada consigues entender lo que te rodea con correcto sentido? —Contestaba burlona.

—Yo sí que voy a enseñarte cuán correcto es el sentido de la vida, empezando por ser poseída, marcada y tomada por tu amante, esposo y el hombre que realmente dota de sentido tu existencia.

Anna se rio:

—¿Eres ese hombre? ¿De veras?

—Se acabó. Ahora has agujoneado mi pundonor.

Tomó al asalto sus labios cerrando fuertemente los brazos con que la rodeaba dejando que saliese a la superficie ese hombre hambriento, el salvaje que reclamaba salir desde hacía mucho tiempo casi desde la primera vez que fue consciente de lo que sentía por ella y que ahora pedía a gritos tomar las riendas y dejar que ambos tomaran y reclamaran lo que era de cada uno, y eso no era sino el otro.

Exploró su boca a placer, cada rincón de esa deliciosa boca que era tan ávida como la suya en cuanto se desató la pasión entre ellos. Deslizó los brazos bajo su cuerpo hasta su cabeza atrapando su rostro entre sus manos sin dejar de besarla. Comenzó a acariciar avariciosamente su rostro con las manos y después con los labios. Quería explorar, saborear cada rincón de ella, de esa piel, de ese delicioso cuerpo que le cautivaba y le sometía bajo su yugo. Dejó un camino de besos y caricias hasta su cuello arrancando de sus labios algunos jadeos y gemidos mientras se removía ansiosa bajo él frotándose con su cuerpo.

Anna se sentía convertida en gelatina entre sus manos, bajo su cuerpo, bajo esos peligrosos labios. Calvin sonrió al alcanzar sus pechos permitiéndose un instante para observar la delicada piel, el arrobo de su rostro, ese suave sonrojo de su cuerpo por cada lugar que él tocaba, besaba y acariciaba. Anna brillaba y lucía como un precioso reclamo para sus sentidos de varón. Mesuró ambos pechos con las manos mientras se introducía en la boca uno de ellos saboreándolo a placer. Sintióse enfebrecido cuando ella se arqueaba más y más ofreciéndose, entregándose, reclamando hambrienta. Frotaba su cuerpo con el suyo de modo inocente y a la vez tan sensual y apasionadamente como sabía sería su pequeño volcán de brillantes ojos dorados.

Devoraba sus endurecidos pezones e hinchados pechos con ansioso reclamo, excitado y con el deseo y la lujuria ya descorchadas sin vuelta atrás, siendo consciente de la intensidad de sus caricias cuando notó las uñas de Anna clavarse, inconsciente, en sus hombros. Gruñó con un sonido ronco que reverberó en su garganta antes de auparse y tomar de nuevo al asalto sus labios queriendo apoderarse de esos pequeños ruidos que emitía en apasionada reacción mientras deslizaba los brazos por su cuerpo hasta alcanzar ese cálido lecho entre sus piernas introduciéndola con destreza, comenzando un suave, pero sensual movimiento, acicateando su botón poco a poco. Alzó ligeramente el rostro interrumpiendo el beso para observarla mientras la azuzaba, la excitaba con los dedos. Estaba cautivado. Cautivado y extasiado por la belleza de sus hinchados labios, su sonrojado rostro perfectamente enmarcado en ese lecho de cabello suave y precioso de color castaño, por esos ojos aturcidos y velados por esa pasión ignota para ella hasta ese momento. Abrió ligeramente los labios en un jadeo echando ligeramente la cabeza hacia atrás cerrando fuerte los ojos cuando él comenzó a avivar sus caricias entre sus muslos. Recorrió de nuevo en camino descendente ese cuerpo ardiente alcanzando esa intimidad que comenzaba a sentir vibrando entre sus dedos y le abrió los muslos colocándose mejor entre ellos lamiendo el botón a tiempo de escuchar la pregunta no formulada que estuvo a punto de salir de los labios de Anna antes de dejarse caer de nuevo en el colchón en irrefrenable reacción ante su acción.

—Calvin.

Jadeó cuando empezó un sensual, torturador y tentador baile con su lengua y labios, acariciando y lamiendo más y más ese monte que los auparía a ambos a una mucho más alta cúspide de placer.

Anna sintió su cuerpo atravesado por un rayo extraño y a la vez excitante y vibrante que le recorría salvaje el cuerpo y los sentidos provocando sensaciones incontroladas. Lo que fuere que le hiciera provocaba oleadas de sensaciones no solo en esa parte de su cuerpo sino en sus entrañas, en su piel, en todo ella. Su cuerpo ardía y parecía explotar y al tiempo parecía querer y exigir más y más de algo, de algo que debía, que necesitaba que llegase.

Calvin introdujo un dedo en esa cueva caliente, excitada y húmeda arrancándole un pequeño gemido, ronco, irracional, profundo que él sintió como una oleada de excitación y vida y mayor fue cuando empezó a moverlo, a excitarla como

tan bien sabía debía hacerlo y ella reaccionaba de manera natural, espontánea y sincera abriéndose más, alzando sus caderas buscándolo. Estimuló más sus caricias devorándola con entrega al tiempo que introducía un segundo dedo. No solo quería arrancarle un orgasmo, una primera prueba de placer sino prepararla, prepararla para él, para ellos.

Rodeó uno de sus muslos abriendo una mano posando la palma por debajo de su ombligo para sujetarla, para anclarla firme cuando comenzó a notar los primeros espasmos, los primeros temblores que anunciaban el estallido que estaba punto de experimentar. La azuzó con fiero reclamo llamándola, excitándola más y más hasta que estalló gritando y cerrando fuerte una de sus manos en su pelo sujetándose firmemente a él. Anna se sintió transportada a otro mundo, aupada por encima del cielo hasta que algo se rompió, estalló y brilló dentro y fuera de ella haciendo romperse en miles de pedazos todo a su alrededor y dentro de ella, temblando hasta el instante mismo en que su cuerpo pareció caer en un sopor, en una laxitud extraña, agradable y saciada.

Calvin alzó su cuerpo poco a poco recorriendo el de Anna con lenta parsimonia disfrutando de la ligera laxitud en la que se encontraba, su respiración aún forzada, aún jadeante. Deslizaba sus manos abiertas por esa cálida, tersa y enrojecida piel mientras sus labios acariciaban el sendero en línea recta hasta su rostro cerniéndose más y más sobre ella. Cuando alcanzó su rostro esperó que ella abriese sus ojos con un sopor inundándolos antes incluso de lograr centrarlos en él.

—Eres un pastelito delicioso. —Susurró acariciando tentadoramente sus labios con los suyos.

Anna se rio saliendo por fin de esa especie de nebulosa en que se encontraba.

—Pero ¿qué ha sido de los caballeros que entonaban a su dama prosas floridas, versos cargados de empalagosas metáforas e hipérboles ensalzando la belleza de su enamorada con halagos elaborados y llenos de símiles épicos? Tú te quedas en el simple pastelito delicioso.

Calvin se rio siseando un poco más las caderas encajándose mejor entre sus piernas mientras deslizaba ambas manos bajo su cuerpo atrapando sus nalgas.

—Mi simple halago, como tú lo has tachado, tan cruelmente, está cargado de sincera y entregada verdad. Eres mi pastelito, mi pastelito delicioso al que voy a devorar con placer y entrega.

Arqueó ligeramente las caderas y despacio se fue introduciendo en ella arrancando un jadeo de sorpresa notando como ella se tensaba de golpe.

—Cielo, iré despacio. —Le susurraba acariciando sus labios deteniéndose justo en la barrera de su virginidad—. Solo durará un momento. Sujétate a mí, amor, sujétate fuerte y mírame.

Anna se mordió el labio al tiempo que obedecía y cerró los brazos por sus costados apretándolos todo lo que podía. Calvin cerró los ojos un instante mientras enterraba el rostro en su cuello sabiendo que en cuanto se moviere, en cuanto diere un golpe con su vara, la dañaría. Le dolería y eso era algo que le sobrepasaba. Sabía

que esa primera vez era dolorosa e incómoda para las mujeres, pero quería asegurarse que ella sufriera lo menos posible, que sintiera el menor dolor posible. Era su deber cuidarla y, además, deseaba que ella no sintiera aprehensión ante lo inevitable. Tensando las riendas de su propio cuerpo, cerró firmemente las manos en sus nalgas anclándola, asegurándose su quietud antes de embestir firme, seguro y con un único y determinado golpe de caderas. Sintió el gemido de Anna tanto como lo oyó. Se mantuvo quieto, muy quieto para no dañarla más, mientras alzaba la cabeza y comenzaba a besarla suavemente por el rostro.

—Shh, cielo, pasará, pasará. —Le susurraba enseguida intentando calmarla mientras ella fijaba los ojos, sus enormes y bonitos ojos ámbar en él.

Anna sentía un fuerte calor tras un pequeño dolor previo que iba mitigándose poco a poco al mismo tiempo que sus sentidos, sus reacciones anteriores parecían retornar despacio, pero con determinación pues ahora notaba con nitidez el cuerpo caliente, duro y que sentía vibrar en su interior y que la llenaba de un modo absolutamente desconocido, pero también que su cuerpo parecía indicarle poco a poco, más y más como placentero y sobre todo deseable. Su cuerpo le reclamaba más.

Calvin sonrió sintiendo una oleada de excitación, de renovada vibración en cada parte de su cuerpo cuando Anna sonrió ligeramente deslizando sus manos por su espalda en dirección a su trasero mientras dentro de ella le aferró con fuerza. Reclamante y pasional diosa carnal, pensaba apoderándose de sus labios sabiéndola habiendo dejado atrás el posible dolor, la posible incomodidad anterior mientras él se sentía a su vez endurecido y enfebrecido de henchido deseo.

Comenzó a moverse muy, muy lentamente dentro de ella, con cuidado, dándole tiempo a acostumbrarse a su invasión sintiendo poco a poco cómo ella recobraba la anterior tensión de placer no de dolor, el anterior fuego y excitación. Anna comenzó a responder primero con dubitativos movimientos y después acompañándolo, saliendo a su encuentro, buscándolo, abriéndose más a él, llenándose más de él, aferrándolo dentro y fuera como si el reclamo de sus propios cuerpos fueren los que tomaran el control de sí mismos y del otro, exigiéndose, pidiendo y tomando cuanto deseaban, pedían y exigían. Sintió ese ramalazo de excitación desbocada cuando ella le apretaba más y más en su interior como si una vorágine de lujuria guiase sus movimientos. Algo primitivo, primigenio, comenzó a apoderarse de ambos pues en un momento dado no supo quién guiaba a quién. Ella le azuzaba, le apresaba las nalgas y le empujaba hacia ella mientras se arqueaba, se ofrecía, y él tomaba, tomaba sin límite ni intención de dejar nada atrás. Tomaba sus labios, sus turgentes pechos, su sedosa piel y desde luego tomaba esa sedosa, húmeda y caliente cueva en la que empezó a entrar y salir ya sin contención alguna, ya sin medida. Dentro, fuera, dentro, fuera, marcando el destino de ambos, sellándolo para la posteridad. Se enterraba en ella marcándolos a ambos, perdiéndose en ella y dejándose llevar por fin no solo por el deseo, por la pasión o por la simple lujuria sino por el amor, el inmenso amor que sentía por ella, amor y devoción por la que estaba seguro el destino, el bueno y generoso y destino le había deparado como pareja, como esposa, como compañera de vida.

Subyugado por sus sentimientos, por su deseo de hombre, por ese cuerpo de diosa que le convertía en su esclavo, se dejó llevar, se perdió en ella con rendido placer y gratitud. Anna se sentía completamente poseída, enfebrecida y anhelante no solo del cuerpo que la tomaba sino de esas sensaciones que acompañaban tan primitivo y básico baile. No sabía qué la guiaba, pero reclamaba, se movía al compás de Calvin como si su cuerpo siguiera una tocata que solo sus cuerpos supieran escuchar y bailar al compás, un compás que conseguía un exquisito placer. Un placer lleno de sensaciones que abotargaban cualquier sentido y cualquier razón mientras los llevaba a un mundo privado solo de ellos, a un paraíso particular reservado solo a ellos dos.

Calvin tomó sus labios besándola con profundidad antes de arquear la espalda apoyando los codos a ambos lados de ella en los enfebrecidos, salvajes y ya incontrolables envites finales notando el reclamo del éxtasis, el anuncio de estallido de ambos en los ligeros temblores de ella, en la forma que tenía de aferrarlo cerrándose más y más y sobre todo en esa especie de ramalazo de lujuria que nacía en algún lugar de su cuerpo recorriéndolo cual relámpago salvaje que acabaría en esa punta que enterraba frenético más y más en ella, embistiendo, hundiéndose en esa sedosa cueva hasta la misma empuñadura. Gritó en el estallido final y él se apoderó de su grito, de su estallido reclamando sus labios ansioso, posesivo, egoísta mientras él se dejaba estallar, se dejaba llevar hasta el final por esa sensación de poder y de triunfo desconocido y completo. Estalló con ella en ese clímax febril, en ese logro único y finito de placer glorioso.

Jadeantes, con los cuerpos agotados, las extremidades demasiado pesadas y laxas para reacción alguna tras unos instantes, Calvin, consciente de la verdad de lo ocurrido alzó el rostro tomando el de ella entre sus manos.

—Anna. —La llamaba con suavidad besándola intercaladamente—. Anna, ¿estás bien?

Esperó que abriera los ojos, con su rostro enrojecido, los labios hinchados de sus besos, y esa respiración aun ligeramente trabajosa tuvo ganas de ponerse a aullar cual cavernícola victorioso de una batalla que no sabía había luchado. Anna parpadeó un par de veces, dejando que sus dilatadas pupilas se acostumbrasen de nuevo a lo que le rodeaba y a ese rostro que la observaba con precavida cautela. Sonrió lentamente con una sonrisa perezosa y al tiempo relajada y complacida.

—Creo que cierto incordio acaba de enseñarme algo que no esperaba poder conocer y sentir.

Calvin enterró el rostro en su cuello riéndose mientras cerraba fuertemente los brazos alrededor de ella antes de salir de su interior con cuidado y sin separarse ni un ápice rodar dejándola encima de su cuerpo.

—Eres una pastelera licenciosa.

Anna rio dejando caer la cabeza en su hombro acomodándose sobre él que estiraba uno de los brazos alcanzando la manta que cubría la cama ya deshecha para pasarla por encima de sus cuerpos. Después volvió a cerrar los brazos posesivamente alrededor de ella dejándola relajada, caliente y agotada sobre su cuerpo.

En ese instante, notando ese cuerpo suave, cálido y agotado sobre el suyo, el corazón de Anna latiendo al unísono del suyo, su respiración suave y calmada acariciando su piel y esa melena sedosa cayendo en cascada a un lado, se supo feliz, feliz y completo por primera vez en su, ahora, afortunada vida. Ladeó la cabeza y posó sus labios en la frente de Anna que acarició lentamente:

—¿De verdad estás bien?

Anna asintió sin separar su cabeza de él.

—Creo que empiezo a considerarte un estigma interesante.

Calvin estalló en carcajadas ante el comentario y el tono casi pícaro con que lo había dicho a pesar de su voz ahogada y ligeramente abotargada.

—Eso es una impertinencia. Solo pasas a considerarme interesante cuando me tienes a merced de tu licencioso apetito carnal. Realmente eres una pastelera en exceso licenciosa.

—Viniendo de quién me ha convertido en un pastelito, al parecer lo suficientemente delicioso para ser devorado sin contención, lo consideraré un halago.

—Sí, considéralo de tal modo, pastelito mío.

—No me llames así, majadero. —Refunfuñó sin mucha convicción.

—Está bien, mi quejumbrosa dama, te llamaré pastelera, mi lady pastelera.

—Bueno, eso sí te lo permito. —Contestaba bostezando ligeramente.

Calvin la dejó, los siguientes minutos, quedarse en un abotargado sopor mientras acariciaba su espalda de modo distraído, deslizando arriba y abajo las yemas de sus dedos. Le gustaba sobremanera el tacto de su piel, la suavidad y calidez de la misma y esa forma que tenía de colorearse cuando él la besaba, acariciaba o, como en ese instante, dibujaba las líneas de su cuerpo lentamente.

Con la vista fija en el dosel de la cama, sonrió pensando en lo mucho que iba a disfrutar devorándola cada noche, cada día, cada instante en que la tuviere a su alcance. Iba a asegurarse de tener toda una tribu de adorables revoltosos a los que su madre consentiría y prepararía dulces delicias y él, por su parte, los convertiría en revoltosos pequeñajos a los que llevaría a navegar junto a su madre. Ladeó el rostro y la besó en la frente deslizando los labios por ella acariciándosela.

—Anna. —Esperó que ella alzase ligeramente sus abotargados ojos hacia él sin mover la cabeza del hueco de su hombro antes de continuar—: Supongo desearás casarte en la propiedad de los condes.

Anna se encogió de hombros:

—Bueno, salvo que, por ser heredero del título, tú prefieras que la ceremonia se celebre en Donver Manor.

Calvin sonrió alzando la mano deslizando lentamente la yema del dedo índice por la línea de su nariz.

—Cielo, sé que te gustaría casarte en el mismo lugar que tu hermana, que tus tías y abuelos y yo no tengo inconveniente alguno en celebrar la boda en Irlanda rodeados de esos fieros De Worken y de las indómitas damas Mcbeth.

Anna sonrió siseando el cuerpo para colocarse a su altura sobre él.

—Pero no quiero hacer un viaje después. Ya hemos recorrido muchos caminos. Podríamos pasar esos días en Lancashire. Podrías enseñarme tu hogar, los sitios en los que creciste y los lugares donde conserves tus mejores recuerdos.

Calvin inclinó ligeramente la cabeza besándola en la nariz y los labios.

—Pasaremos unas semanas en Lancashire y después regresaremos a Irlanda para que pases unas semanas con todos antes del comienzo de la temporada social en Londres y quizás, y solo quizás, si eres buena con tu encantador y adorable esposo, dejaré que me convenzas para regresar antes a Londres y preparar tu pastelería.

Anna se rio dejando caer la cabeza en su hombro acomodando el rostro en el hueco de su cuello.

—No intentes agujonearme endemoniado incordio, si soy buena... —Resopló falsamente ofendida.

—Tu endemoniado incordio. —Repetía él deslizando las palmas abiertas por su espalda hasta alcanzar sus nalgas que acarició bajo la manta.

—Debiéremos ir a visitar a los señores Spencer tras la boda. —Señaló ella sin moverse tras unos instantes.

Calvin ladeó la cabeza posando los labios en su frente.

—Lo haremos y aprovecharemos para llevarles esa carreta y los caballos que cierta dama quería regalarles por ser tan generosos con nosotros y salvarnos la vida.

Anna se aupó ligeramente y, apoyando la barbilla sobre las manos cruzadas en su pecho, lo miró fijamente:

—Tía Blanche me dijo que su administrador regresó muy contento con el maíz pues mi tía le hubo dado indicaciones firmes y no sabía lo que esperar, pero, según su opinión, el señor Spencer decía la verdad al calificar su maíz como excelente. Mi tía dijo que ya ha adquirido todo el maíz que aún tenía de esta cosecha pasada y que, en estos días, irán a recogerlo y les ha comprado dos vacas lecheras para que la señora Spencer no tenga que comprar leche para hacer quesos.

Calvin sonrió negando con la cabeza pues ya no se asombraba de la generosidad de las damas de la familia especialmente con quienes consideraba necesitados o que se ganaren su aprecio.

—Yo les he enviado al techador para que les encale todo el tejado. Además, se me ocurrió que, dado que el señor Spencer ya no habrá de recorrer los caminos para vender el maíz, podría dedicar un poco de ese tiempo a cultivar frutas y verduras para autoabastecimiento, por eso he pedido a un administrador de Glenfield que adquiera una arroba de terreno justo donde termina el terreno de la casa.

Anna sonrió:

—Es un bonito detalle. Deberíamos, aprovechando la visita que les haremos, llevarles semillas y raíces para plantarlas.

—Bien, mi dama. —Giró dejándola bajo su cuerpo—. Ahora que hemos solucionado nuestro futuro a corto plazo, ¿creéis que podríamos dedicarnos al más inmediato?

Anna sonrió rodeándole el cuello con los brazos:

—¿Qué sugieres?

Calvin sonrió como el lobo hambriento que se sentía apoderándose de inmediato de sus labios y enseguida de su todo su bonito y terso cuerpo.

Cinco meses más tarde...

Calvin escuchó la puerta del vestidor abrirse y aparecer Anna que ya lucía en su falda algunos rastros de harina. Adoraba esa imagen. Adoraba que, cada mañana, su traviesa esposa, se deslizase con sigilo muy temprano a la cocina y, antes de él bajar para reunirse con ella y tomar el desayuno juntos, realizar algunos de sus deliciosos manjares junto al ya consolidado miembro del personal de la casa, Vender.

Anna, en cuanto posó los ojos en él, corrió saltando hacia sus brazos con un periódico en la mano, ignorando a su pobre valet que se apartó a tiempo de que su señor tomase en brazos a su esposa, sin terminar de anudar el cuello de la corbata. Anna, riendo, rodeó sus hombros con los brazos al tiempo que decía:

—Querido incordio mío, oficialmente estás desposado con una lady comerciante, con una vizcondesa comerciante para ser más exactos.

Calvin soltó una carcajada cerrando los brazos más fuertemente pegándose del todo a lo largo del cuerpo:

—¿Lo estoy?

—Lo estás. —Respondió tajante antes de darle un beso rápido sin dejar de sonreír orgullosa y complacida.

—¿Y puedo saber quién tilda a mi vizcondesa de ese modo?

—El periódico. —Movié un brazo alzándolo.

Calvin la llevó hasta la cama, sabiendo que su valet se había deslizado discretamente fuera del dormitorio, dejándose caer con ella sobre el colchón. Se quedó de costado y tomó el periódico que ella llevaba abierto en la página de sociedad.

—Veamos... —Empezó a decir mientras buscaba esa noticia. Se rio incluso antes de empezar a releer en alto una pequeña reseña de los chismes de sociedad—: *“Lady Comerciante: Una nueva muesca en la excéntrica familia De Worken. Lady Anna de Worken, nueva vizcondesa de Donver, ha inaugurado, acompañada de los muchos de los nobles y aristocráticos amigos de su familia, un negocio. Sí, queridos lectores, leen bien. La joven vizcondesa es la dueña de una pastelería situada en la capital del reino, y, según nos cuentan algunos invitados a tal evento, la propia vizcondesa elabora algunos de los productos. Sí, como escuchan, una dama que no teme ensuciarse y emplear sus propias manos para algo muy distinto a bordar o acariciar las teclas del pianoforte. Parece que es, finalmente, su sangre comercial la que predomina en vos, milady, pues dudamos los nobles De Worken hayan tenido ese tipo de inclinaciones y menos aún sus damas. Excentricidades muchas, pero de tipo comercial, me temo, milady, solo vos y vuestra madre adolecéis de esa nota de color. En fin, conde, su nieta sigue la senda de su madre y parece preferir ser una vizcondesa dedicada al comercio antes que a sus labores de dama de sociedad.”*

Calvin soltó una carcajada apartando el periódico cerniéndose enseguida sobre su apetecible esposa que parecía encantada con ser tildada de lady comerciante y tras quitar un rastro de harina de su mejilla con el pulgar, la besó en ella y después en el

cuello antes de alzar el rostro y fijar la vista en sus brillantes y felices ojos topacios sin dejar de sonreír encantado.

—Así que, esposa mía, ¿sois una lady comerciante?

Anna le rodeó con los brazos el cuello sonriendo de oreja a oreja:

—Lo soy. ¿No suena al mejor de los halagos? Ahora soy como mamá, como tía Mel y como tía Blanche. —Añadía risueña.

—Sí, el mejor de los halagos. —Respondía Calvin riéndose—. Más, ahora que sois oficialmente una vizcondesa pastelera, ¿no creéis, milady, debierais ofrecer un rico pastelito a vuestro esposo?

Anna se reía mientras él, con destreza, desanudaba el cuello de su camisa, pues llevaba un vestido dos piezas compuesto de chaqueta y falda con una camisa debajo.

—Tú lo que intentas es devorar a la pastelera no pastelito alguno... —Se reía mientras él ya besaba y acariciaba la piel que iba descubriendo.

—En realidad, en este instante eres más un pastelito que una pastelera. Se bueno, pastelito mío, y no te muevas que este hombre de apetito voraz no quiere dejar ni un pedacito de tu delicioso cuerpo sin catar.

Dos años más tarde...

Anna yacía boca abajo, desnuda en la cama del camarote que compartían en el barco de su padre con el que toda la familia viajaba a Irlanda a visitar a los condes. Permanecía abrazada a un almohadón, mientras Calvin con la cabeza acomodada entre sus omoplatos, la rodeaba con ambos brazos. Habían pasado toda la noche haciendo el amor, lo cual no era nada extraño, y ambos se sentían agotados, complacidos y abotargados. Calvin sonreía satisfecho.

Desde el instante en que se hubieron casado, no pasaba lejos de los brazos de su esposa ni una sola noche. La asaltaba a la menor ocasión, no solo en la intimidad de su alcoba, y nunca parecía tener bastante de ella. Era su adicción, su deliciosa adicción. Incluso embarazada de su primer hijo, Samuel, que en ese instante dormía plácidamente en la cuna a poco más de un metro de ellos, la devoró sin contención. Anna era su hogar, su calma, su mitad, pero también el fuego, la pasión y el deseo que conseguía dotarlo de fuerza y vitalidad.

Pasaban la mitad del año en Londres y la otra mitad repartida entre Lancashire e Irlanda, donde, además, los padres de Anna les regalaron, junto a la finca de Mel y James y muy cerca de la de Cliff y Julianna y la de los condes, una propiedad rodeada de extensos terrenos de cultivo y un bosque que servía, además, de linde con la propiedad de su hermano. En todas las casas se sentía bien mientras Anna estuviere allí con él. Giró el rostro y la besó en la base del cuello removiéndose ligeramente, abriéndole al tiempo las piernas.

—Cielo... —susurró posando los labios en su oreja—. Cielo... quiero otro bocado de mi pastelito preferido antes de que mi pequeño Sam se despierte.

Anna se rio entre dientes sin abrir los ojos.

—Eres un goloso insaciable... —Respondía no obstante no mostrar oposición a sus movimientos y reclamos, más, por el contrario, azuzándolo al alzar las nalgas rozándolas con su ya endurecido miembro.

—Así me gusta, pastelito mío, que te muestres presta al festín de tu incordio. Alza más este bonito trasero tuyo que voy a empezar mi festín por él. Vamos, cielo, quiero marcar tu trasero que esta noche no ha sido aún devorado.

Anna gimió de placer enterrando el rostro en la almohada cuando Calvin la sujetó firme de las caderas embistiendo duro y penetrándole por detrás de ese modo que la hacía sentir salvaje, deseada y completa. Sí, le gustaba que jugasen de ese modo pícaro y lascivo que siempre les convertía en dos volcanes sin capacidad de extinción. Le gustaba que le tomase de todos los modos en que le hubo enseñado desde el primer día, incluso le gustaba que penetrase su trasero como en ese momento, duro, firme, reclamante, ansioso y al tiempo pasional, entregado, anhelante. Se rompió en mil pedazos en un estallido agotador sin tiempo siquiera de recuperar el resuello pues Calvin la giró y sentó a horcajadas sobre él penetrándola desde delante con idéntica ansia comenzando un nuevo asalto, un nuevo, salvaje y carnal baile de deseo y placer en estado puro.

Cuando cayeron de nuevo en un enredo de brazos, piernas y cuerpos, Calvin solo tenía fuerzas para estirar el brazo y cubrirlos a ambos con una sábana antes de cerrar los brazos a su alrededor, posesivo y protector, y de posar su mano abierta en su apenas abultado vientre. La besó en el cuello acomodando la cabeza tras la de ella inhalando el aroma de su piel y el almizcleño olor a sexo compartido que aún flotaba a su alrededor. Sí, era adicto a su esposa, a su cuerpo, a su cálida piel, a su suave aroma, a la forma en que susurraba su nombre en plena pasión... La besó de nuevo enterrando la nariz en su cabello que caía por su espalda ligeramente desordenado acariciando al tiempo con las yemas de los dedos su bonito vientre, ese en cuyo interior crecía su bebé.

—¿Cómo se encuentra mi pequeña Julianna?

Anna sonrió posando su mano sobre la de él.

—A lo mejor es un pequeño Cliff.

—No, no, cielo, Cliff vendrá más tarde. Ahora me toca tener una pequeñaja de ojitos miel que me embelese con sus bonitos ojos y su risa traviesa.

Anna enredó sus dedos con los de él.

—Papá y tú estáis muy pesados con lo de tener ahora una niña. Ya tenéis dos: Blanche y Amelia. Claro que habéis de compartirlas con su pobre padre. James siempre se queja de que el abuelo y el bisabuelo acaparan a sus gemelas en cuanto las tienen a su alcance y Meli dice que se siente una madre a la que todo varón de la familia roba sus pequeñas a la menor oportunidad.

Calvin se rio.

—Y presumo yo tendré la misma queja desde que nazca mi bonita Julianna. Además, como se parecerá a su adorable madre, el abuelo Cliff no dejará que nadie más que él mime a su nueva gatita.

Anna se rio.

—Eso es mucho suponer. Samuel se parece a ti, aunque tenga los ojos como Simon y como yo y, aun pareciéndose al incordio de su padre, es el preferido de todas las damas Mcbeth, pero también de mi padre que asegura lo convertirá en un hábil marino.

—Sí, no dudo lo consiga. Ayer lo pillé con él en brazos frente al timón instándolo a agarrarlo con sus pobres manitas de bebé.

Anna sonrió:

—Y lo logró. Mi madre dice que una vez cerró las manos en el timón, no parecía dispuesto a soltarlo ni siquiera cuando Maxi intentaba virarlo un poco pues protestaba con un aullido muy fiero. De hecho, se extraña que no acabemos en las Indias pues estuvimos un buen rato sin cambiar de rumbo ante el imperioso deseo de mi pequeño de no mover el timón.

Calvin rodó saliendo de la cama un instante y tomando a Samuel con cuidado, lo llevó con él a la cama colocándolo sobre su madre antes de tumbarse de nuevo a su lado. Le acarició la cabeza, que Anna hubo colocado acunada cómodamente en su

hombro, mientras permanecía aun profundamente dormido. Le encantaba abrazar a Anna y a Samuel al mismo tiempo, verlo dormir en brazos de su madre. Adoraba regresar a casa y jugar con él mientras ella o la abuela Julianna les preparaban ricas delicias con ellos sentados en la cocina de alguna de las casas. Mac dormitaba en su cojín junto al camastro del camarote inmutable a lo que ocurriese alrededor.

—Duerme, cielo. Yo me quedaré velando el sueño tranquilo de mi fiera Mcbeth y mi pequeño lord Billers. —Señalaba Calvin acariciando el moflete de Samuel.

Anna giró el rostro y lo besó antes de cerrar los ojos tras tapar bien a Samuel sobre ella.

—Cuando amanezca, premiaré tu servicial comportamiento haciendo junto a Vender tu bizcocho preferido.

Calvin sonrió rodeándola con los brazos atrapando la mano de Samuel dentro de la suya con cuidado, posando los labios en la frente de Anna.

—Pero asegúrate que esos robas dulces de ahí fuera no me dejan sin él.

Sonreía muchos minutos después observando a Anna y su pequeño dormir con la misma apacible tranquilidad. Dos años, un hijo, otro en camino y una esposa que le llenaba de completa felicidad. <<Sí>> pensaba sonriendo <<no puedo negar que soy un hombre afortunado, el incordio afortunado de mi lady pastelera>>.

FIN

ISBN—13: 978—1539788935

ISBN—10: 1539788938

Autor: Claire Phillips

Argumento:

Solo si me amas es la tercera novela de la saga de las familias Macbeth y de Worken tras "*Ángel con ojos color miel*" y "*Amando a un duque*". Lady Anne Blanche es la tercera de los hijos de lord Cliff de Worken, vizconde de Plamisthow, y lady Julianna. Tan parecida a su madre, cariñosa, risueña, inteligente, gusta de las excentricidades de su familia con quienes se siente segura y protegida por su inquebrantable unión. No concibe su vida y su futuro lejos de los suyos, menos aún de la mano de un hombre que desde el instante de conocerlo le hacía enfadar y deseos de golpear su dura y arrogante cabeza.

Lord Calvin Billers, vizconde de Donver, no podría prever que el destino le llevaría a buscar el auxilio de un viejo amigo de la familia y con ello encontrar un futuro inesperado. No imaginaba que esa jovencita que le prestó auxilio no solo era la hija de su anfitrión sino, además, la joven que marcaría su destino a pesar de su terco carácter, su antipatía hacia él y su habilidad para hacerle desear constantemente hacerla enfadar y refunfuñar solo para sentir el fuego furioso de sus ojos color miel centrados en él.

Pero el destino a veces es caprichoso y pone duras pruebas a quienes no lo piden. Una huida les hará necesitarse y aliarse para salvar sus vidas y su reputación. Quizás aunar esfuerzos les lleve a un futuro distinto del que imaginaban e incluso comprender que los celos y la antipatía mutua no eran tales sino el comienzo de algo que escapaba de su control y voluntad. Quizás huir de hombres que deseaban matarlos no fuere el mayor peligro al que tuvieran que enfrentarse, quizás lo fuere aquél con quien huían, quizás ellos mismos y sus propios sentimientos. ¿Es el destino sabio o caprichoso y loco?

[1] Los postres efectuados por Julianna y Anna eran: 1. Crema de frutos rojos con calabaza y nata especiada con canela, Cardamomo y aromatizada con flor de Loto. 2. Pastelitos de masa de nueces y avellanas molidas, rellenos de crema de mandarinas y ron. 3. Buñuelos de patata rellenos de chocolate aromatizado con menta y jengibre.

[2] Gretna Green; pequeño pueblo escocés donde las parejas se fugaban antiguamente para contraer matrimonio.